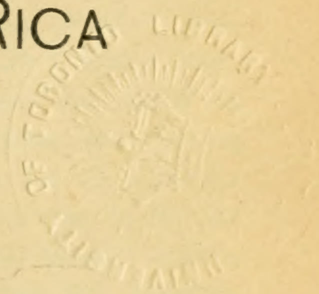
106

ESCRITORES Y POETAS DE COSTA RICA

ROGELIO SOTELA

ESCRITORES Y POETAS DE COSTA RICA





1923
IMPRENTA LEHMANN (SAUTER & CO.)
SAN JOSÉ, COSTA RICA



PROEMIO

Si las condiciones naturales de un país determinan su literatura,—según la teoría enunciada por el autor de *La Philosophie de l'Art*—, Costa Rica dará una creación artística armoniosa, jovial y optimista. No hay, en la naturaleza de nuestro país, nada que sea desmesurado ni gigantesco; como en Grecia, las montañas no son muy altas; los ríos no son extraordinarios, la temperatura no es rigurosa y todo tiene cierta proporción suave que la mirada puede recoger sin dificultad, y así, puede expresarse fácilmente la emoción receptiva del espíritu.

Empero, los hombres no son influídos siempre por unas mismas causas; quién se hace permeable al ambiente en que vive, quién se siente absorbido por ideas singulares que obran sobre su espíritu, y quién, finalmente, rompe la teoría con su propio genio universalizado.

Relativamente estos tres factores existen en Costa Rica,—y diríamos en todo pueblo—, y de esa suerte es natural que haya una diversa manifestación de arte, y no sea todo una justa expresión del ambiente. Pero, en general, pueden señalarse

estos caracteres en nuestra literatura: jovialidad, optimismo y cordura.

El escaso *folk-lore* costarricense ha tenido sinceros cultivadores: Magón, Aquileo Echeverría, Ricardo Fernández Guardia, Joaquín García Monge, Claudio González Rucavado, Jenaro Cardona, María Fernández de Tinoco, Teodoro Quirós, Lisímaco Chavarría; y podríamos afirmar, sin duda, que en los escritos de todos ellos están presentes los caracteres de que hablamos.

Por otro lado, no hay en nuestra historia literaria poetas exclusivamente melancólicos; tal vez algún aficionado con más o menos talento artístico ha sabido cantar sus pesimismos, no por cierto a la manera de Lucrecio, sino con ese inútil romanticismo artificioso de los que se sienten poetas por el primer desdén amoroso. Sin embargo, el caso no es corriente entre nosotros y esto nos halaga, tanto más, porque estamos convencidos de que la literatura costarricense es una de las más pujantes y vigorosas hoy en Centroamérica, así por su forma comedida de expresión como por la preparación consciente de la mayoría de nuestros intelectuales.

Aquí la bohemia ha sido planta exótica; el snobismo morboso y estéril que tanto ha sentado en otros países, se resuelve aquí en un culto serio por las cosas del pensamiento, y los jóvenes, en su mayor parte, viven con preocupaciones sanas que equilibran sus facultades, como si cumplieran con el verso de Silva: *La cabeza en llamas y los pies entre el lodo.*

La tonalidad corriente es, pues,—hablando de

nuestros artistas que lo son de veras , de optimismo, de alegría serena; todo dentro de una forma que, como se verá, sin ser anticuada por un afán tradicionalista, está lejos de parecerse a la de tantos innovadores sin freno.

Entre nosotros no hay «ismos». Las escuelas (mundonovismo, integralismo, ultraísmo, trascendentalismo, postumismo, etc., etc.) no nos han alcanzado.

No tenemos formas extravagantes ni modelos extraños; no se dirá, como cuando Gil Blas no puede entender el soneto de su amigo: *C'est l'obscurité qui en fait tout le mérite;* y más bien se vería en nuestro solar apacible a Góngora y Argote darse la mano con el imponderado autor que creó el teatro nacional de España.

En cambio, se trabaja con sinceridad y se estudia.

Dentro del marco helénico en que vivimos, responde nuestra manifestación artística a un ideal social y el poeta es como lo pide Lugones: «un hombre que puede hacer lo que cualquiera otro hombre y que, además, hace versos».

Se decía en la edad de oro de Grecia que si Júpiter hablara en griego lo hubiese hablado como Platón; y a Jenofonte se le llamó, por la pureza de su estilo, «la abeja ática». Pues bien, bajo el palio azul y transparente de nuestra atmósfera helena, sean ellos nuestra egida y extiendan el amparo de su numen propicio para que esa virtud serena y armoniosa en que alentamos no se destruya ni se amengüe jamás.

*
* *

El plan que hemos tratado de seguir para esta antología se inspira sobre todo en el deseo de que preste el mejor servicio posible a todos los que quieran informarse de nuestras letras. Aun a los escolares.

Dividimos en generaciones a los intelectuales, como lo hicimos en «Valores Literarios de Costa Rica», y los colocamos en orden alfabético. Así hemos creído que se logra: determinar más o menos la edad de los antologados, agruparlos con los compañeros con quienes vinieron trabajando y facilitar la consulta que se haga.

Hemos procurado no omitir ningún nombre significado en las letras nacionales; pero natural es que no vamos a poner aquí a todos los que un día escribieron algo ni a los que, por la índole de su trabajo, no caben dentro de esta obra. Tampoco aparecen en nuestro libro los extranjeros que han influido en la cultura literaria del país; ellos serán motivo para un libro que debe hacerse.

La obra, tal como la ofrecemos, nos parece completa; sólo sí, habríamos querido contar con más posibilidades de edición para que fuera aún de mayor volumen a fin de insertar mayor número de trabajos de cada uno. Mas, así como está implica un esfuerzo editorial tan grande, que apenas si se puede acometer. Y justo es consignar en este punto, que si se ha realizado la obra, se debe ello en gran parte al concurso material que nos ha prestado

don Julio Acosta García, amador sincero de las letras, cuyo es el honor singular de fomentar un trabajo de este vuelo.

Nuestro libro anterior, de esta misma orientación, llenó una necesidad en el país; fué obra de difusión, generosa y amplia. Pero no era posible, dentro de sus dimensiones, que fuera completa. Por eso emprendimos el trabajo de éste. Arduo, cruel, inquietante, pero necesario y útil. Y como, sabiéndolo ya, nos ofrecimos en el otro gustosamente a ser inmolados por lograr la tarea que precisaba realizar, aquí estamos de nuevo, serenos y seguros de haber llevado a cabo una labor de comprensión y de armonía y, más que todo, de indudable prestigio para la patria.

Las noticias biográficas y bibliográficas que insertamos al frente de cada uno, son bien someras, de acuerdo con la índole del libro, que no permite otra cosa. Pero quien deseare ampliar los datos que aquí se consignan, puede ir a nuestros «Valores», donde se escribió extensamente sobre algunos de nuestros intelectuales.

Rogelio Sotela

Mayo de 1923.

LOS PRECURSORES

LOS PRECURSORES

He aquí los nombres ilustres de la patria naciente; representan ellos la inicial de la cultura nuestra y vienen aquí, no a que les demos prestigio en estas páginas de antología, sino a brillar noblemente para que el libro se prestigie con sus nombres preclaros.

Las biografías que damos de estos hombres son muy someras. No es posible,—dada la profusión del material que debemos insertar,—hacer un estudio detallado de cada una de sus vidas. Aún más: habríanos bastado colocar solamente sus nombres al comienzo del libro, para que fueran allí como puntos de luz que lo guardaban.

Pero hemos preferido consignar siquiera algunos detalles en servicio de los jóvenes, para que busquen ellos estas vidas y las amen.

No van, como los demás, en agrupación antológica, porque las letras costarricenses nacen en verdad con los hombres que llamamos de la primera generación y que se sintieron crecer al lado de dos maestros que vivieron aquí por el año 90 y rompieron entre nosotros la sonora fuente de Hipocrene: se comprende que nos referimos al Dr. Antonio Zambrana y a Darío, iniciadores de nuestra cultura contemporánea, pero cuya influencia lírica, sin embargo, no se ha hecho ostensible en las letras costarricenses.

Fray Antonio de Liendo y Goicoechea

Es el primer nombre literario de Costa Rica, y uno de los más ilustres en Centroamérica, por su ciencia y por su vida admirable.

Nació Fray Antonio de Liendo en la ciudad de Cartago el 3 de Mayo de 1735. A los 12 años tomó el hábito de San Francisco. Pero la carrera religiosa no cerró su mente a la verdad y fué un investigador ferviente. Estudió con ahinco las Matemáticas; conoció profundamente la Física y la Química y fué adicto a las ideas de Descartes.

Desde su Cátedra de Filosofía en la Universidad de San Carlos, de Guatemala, lanzó los principios que habían de revolucionar por completo las ideas de aquel tiempo. Los escolásticos le combatieron rudamente y tuvo que sostener una lucha heroica, de la que salió vencedor, tanto por los sólidos conocimientos que poseía, como por su palabra segura y limpia, pues era un orador.

Estuvo en España en época de Carlos III, y de su viaje trajo una nueva visión y una cultura más amplia, que él se gozó en dar a los demás, sin tasa.

Fué este ilustre compatriota, compañero digno de aquellos preclaros hombres del Istmo: Larreinaga, nicaragüense; José Cecilio del Valle, hondureño; Presbítero Méndez, salvadoreño; y García Goyena, el celebrado fabulista guatemalteco.

Don Pedro Molina, orador ilustre, decía del sabio Liendo: «De modales afables y de una conversación amena, que rayaba en lo jocoso; se hizo notable no menos

por sus luces que por su benevolencia y sencillez apostólica, dejando una memoria que será por siempre venerada en Centro América.»

Como poeta no tuvo gran importancia; dejó un poema en latín, de poco mérito, aunque muy laborioso. Como escritor dejó las siguientes publicaciones: *Acto Público de Física Experimental*, 1767; *Acto Público de Teología Dogmática*, 1792; *Acto Público de Religión; Acto Público de legibus; Descripción de las solemnes honras celebradas en Guatemala al Excelentísimo señor don Matías de Gálvez*, 1785; *Elogio Fúnebre de don Matías de Gálvez*, 1785; *Disertación político-económica sobre los medios de destruir la mendicidad y socorrer a los verdaderos pobres de Guatemala*, 1797; *Elogio fúnebre de los españoles muertos en la gloriosa defensa de España*, 1810; *Memoria político-económica sobre hospicios* (manuscrito); *Memoria sobre el trabajo de los indios; Sobre Pasigrafía; Sobre estilos;* todas editadas en Guatemala.

Al pie del retrato suyo, de gran tamaño, que está en la Dirección de la Biblioteca Nacional, se lee esta inscripción, puesta allí en latín: «He aquí el genio de Descartes unido al ingenio de Quevedo.» Se unieron, pues, en él, armoniosamente, la Filosofía y las Letras, y en ellas fué admirado por sus discípulos durante los treinta años en que sirvió como profesor.

Liendo y Goicoechea murió el 2 de Julio de 1814.

Presbítero don Florencio del Castillo

Nació en Ujarrás, población de Cartago, en el último tercio del siglo XVIII y estudió en la Universidad de León de Nicaragua, de donde también salieron titulados los costarricenses don José María Castro y don Braulio Carrillo.

Fué un orador eximio. Como representante de Costa Rica en las Cortes de Cádiz estuvo al lado de ilustres

hombres, entre los cuales pudo, sin embargo, sobresalir, siendo electo Presidente de las Cortes españolas el 24 de Mayo de 1813. Con justicia se le llamó el Mirabeau centroamericano.

Investido con los hábitos religiosos en León, volvió al país en 1806 y desempeñó el curato de la provincia de Alajuela. Pero lo más hermoso de su vida, lo que se recordará siempre con profunda simpatía y con orgullo nacional, es su actuación en las Cortes, abogando por la causa de América, de la libertad y de la igualdad. Verdadero iluminado, adelantándose a su época, su figura apostólica se alzó allí como una antorcha para alumbrar las bárbaras tinieblas en que se envolvía entonces a los indios, mestizos y negros. Abogó por ellos y proclamó con palabra luminosa la igualdad humana y el salvajismo de las diferencias de castas. Así mismo, se le ve protestar airado contra las mitas o mandamientos, oprobio de una época medioeval, ceguera de un pueblo que no podía, a pesar de su religión, comprender el verdadero sentido de la dignidad humana.

Cuando Iturbide fué Agustín Primero, llamó al Presbítero Castillo para que formara parte del Consejo de Estado del Imperio. Murió amado y admirado de todos los centroamericanos este costarricense en el año 1834, siendo Obispo de Oajaca, México.

Don Víctor de la Guardia y Ayala

El señor de la Guardia es el fundador en Costa Rica de este apellido, y posiblemente vástago de aquel olvidado e ilustre don Manuel Josef de Ayala de quien se hace referencia en su "Representación al Rey Nuestro Señor"; y aunque nacido don Víctor en Panamá el 11 de Marzo de 1772, debe considerársele como costarricense porque lo fué al fin y porque fué aquí donde más vivió y donde se ha ramificado su genealogía.

La Política del Mundo es una tragedia suya, escrita y representada en 1809 y que constituye una verdadera curiosidad literaria.

Don Ricardo Fernández Guardia la hizo publicar en 1902 y con ello ha hecho un señalado servicio a la historia literaria de Centroamérica.

Como se lee en el prólogo, *La Política del Mundo* es una pieza alegórica y de circunstancias. «A través de César, tirano de un pueblo romano, asoma la figura guerrera de Napoleón, opresor de la península ibérica.» En cuanto a los anacronismos que contiene la obra, son voluntarios, como lo advierte el autor por boca de Calpurnia.

En esta misma edición de la tragedia publica el señor Fernández Guardia algunos documentos acerca de la personalidad del autor y de los sucesos políticos en que estuvo mezclado en Nicaragua. Publica también dos cartas dirigidas por el mismo don Víctor a la Junta Gubernativa de Costa Rica, una de las cuales contiene la siguiente predicción: «Costa Rica, con su prudente neutralidad, no influye en perjuicio de ninguna otra provincia; goza de un gobierno nivelado, justo y liberal, y saldrá más airosa que todas las provincias en su último resultado.» Y, como decía Fernández Guardia en 1902, hasta la fecha la profecía se ha cumplido.

Bachiller don Rafael Francisco Osejo

El Bachiller don Rafael Francisco Osejo fué uno de los pocos hombres científicos que vivieron a principios de la República. Hemos visto en la urna de la Biblioteca Nacional el ejemplar que se conserva de su *Catecismo de Geografía con una Adición acerca del Estado libre de Costa Rica*, impreso en San José el año 1833 en la Imprenta de La Merced. Vale ir a este tomito, donde el Bachiller Osejo, en diecisiete páginas, recoge el estado

geográfico de Costa Rica y estudia las condiciones naturales de este pueblo, según la visión de aquellos días iniciales.

El señor Osejo vino a Costa Rica en 1814, contratado por el Ayuntamiento de San José por medio de su Síndico Procurador el Presbítero don Manuel de Alvarado, para que regentara la Casa de Enseñanza de Santo Tomás, que fué el vestíbulo de nuestra famosa Universidad.

Nicaragüense de origen, fué naturalizado costarricense y sirvió a nuestra patria como buen hijo de ella. Dió sus luces en los últimos años de la colonia y en los albores de la República, no sólo como profesor sabio sino también como organizador político, como tribuno y como escritor. Fué el primer Rector de la Casa de Enseñanza, cargo que tomó el 14 de Abril de 1814, siendo además, el primer profesor que en Costa Rica escribió textos didácticos. Prueba de ello su *Aritmética*, publicada en 1831, y la *Geografía* de que ya hemos hablado. Publicó también la *Igualdad de Acción.* Fué colaborador de «El Noticioso Universal», periódico que redactaba don Joaquín Bernardo Calvo.

El Bachiller Osejo «era mestizo, de carácter recto y altivo, a la vez que dulce, afable e insinuante», como se hace constar en los documentos de aquel tiempo. Daba lecciones de Derecho, Matemáticas, Filosofía y otros ramos de instrucción que hasta entonces eran ignorados en nuestro país. De ideales democráticos, émulo de don Florencio del Castillo, se presentó como defensor de los indios de Pacaca, Cot, Quircot, Aserrí, Curridabat y Barba; pero su actuación ilustrada despertaba ya recelos y envidia entre algunas personas y tuvo que sufrir la malquerencia del Gobernador español don Juan Manuel de Cañas. El Alcalde de Barba pedíale a Cañas instrucciones para despedir a Osejo, «abogado que tiene alzados los indios . . . »

Hay una gloriosa acción suya que le mereció persecución: fué él el primero que salió por todos los pueblos de Costa Rica predicando las ideas republicanas, apenas

proclamada la independencia. En el año 23, cuando se dividió la opinión pública y Cartago y Heredia fueron imperialistas mientras que San José y Alajuela fueron republicanas, Osejo tomó parte activa conforme a sus principios y tuvo que ser nuevamente víctima de sus enemigos. El 24 de Noviembre de ese año el Ayuntamiento de Cartago le acusó de «genio inquieto y perturbador.» Y por último, el mismo Ayuntamiento lo extrañó de la Provincia, acusándole, entre otras cosas, «de suponerse Comandante General y como tal ofrecer esta Provincia al Gobierno de Colombia.» Pero la Junta Superior Gubernativa desaprobó el acuerdo. Sin embargo, Osejo emprendió viaje a Nicaragua en Enero de 1824. Hallábase en guerra civil su país y perdió cuanto llevaba. Regresó a los pocos días a Costa Rica y desde entonces supieron estimar mejor sus luces y le hicieron participar en la vida política nacional. Se dedicó a la práctica forense al lado de don Manuel Aguilar, íntimo amigo de Osejo.

Nombrado después representante de Ujarrás a la Asamblea, se distinguió por su amor a Costa Rica y por su talento cultivado. Fué reelecto en varias ocasiones: 1827, 1830 y 1831, actuando como Secretario y Presidente de la Asamblea. En 1834 fué electo para Diputado Federal, pero anulada su elección por motivos de política interior, se alejó de Costa Rica para no volver más. Se sabe que estaba en Honduras por el año 43 y que se trató de hacerlo regresar a Costa Rica, pues se encontraba allá aislado y pobre; pero no fué posible que volviera y terminó sus días en aquella República.

El Bachiller Osejo cultivó especialmente la amistad de don Manuel Aguilar, don Francisco María Oreamuno y de don Joaquín Bernardo Calvo, condiscípulo el primero y alumnos los segundos.

Es indudable que fué un iniciador de nuestra cultura, el primer educador que tuvo la República y que merece el título con que le honró la Asamblea de 1823: *Benemérito de la Patria.*

Presbítero don José Francisco Peralta

Orador como el Presbítero don Florencio del Castillo, y como él, ordenado sacerdote en León de Nicaragua. Fué representante de Costa Rica en la Corte mexicana y gran partidario del general Morazán; ocupó la presidencia del Congreso en 1842. En ese puesto reveló sus altas dotes de orador, pues hasta entonces sólo se le había admirado en la cátedra sagrada. En una oración fúnebre pronunciada por don Andrés Sáenz se habla del Presbítero Peralta así: «Era uno de esos hombres que por sus hechos merecen el título de grandes. Cartago le vió crecer y le cupo la honra de haber sido el lugar escogido para su residencia; ella y toda la República han sido testigos presenciales de su heroísmo, de sus grandes capacidades, de su patriotismo, de su saber y de su honradez.» Sobre él hay un estudio en la *Revista de Costa Rica*, No. 1, Año III.

Nació el preclaro costarricense en 1788 y murió en 1844, víctima de un accidente ecuestre.

Señorita Manuela Escalante

Como una figura amable y risueña de esa época, cuando las mujeres sólo tenían el culto exagerado de la iglesia y se respetaba con temor la prohibición de la literatura profana, en esos días oscuros, alboraba una mujer, de apenas veintiséis años, que merece consignarse aquí, no porque escribiera luengos tratados de sabiduría sino porque su vida fué un orto magnífico, entregada a la enseñanza y a la caridad. De una cultura increíble para su tiempo, sus biógrafos se exaltan al hablar de ella; fué de ilustre familia, llena de simpatía, de modales cultos, todo en ella era admirable por una distinción singular. Conocía a los griegos y latinos con propiedad y recitaba entusiasmada párrafos enteros de los clásicos españoles. Indudablemente su actuación fué un aliento precursor para las letras costarricenses.

Don Joaquín Bernardo Calvo

Don Joaquín Bernardo Calvo nació en Cartago el 20 de Agosto de 1799. Hizo su primera educación con el Bachiller Osejo. A la edad de 17 años ejercía ya en Cartago el cargo de maestro de escuela. En 30 de Abril de 1821, el «Muy Noble y Muy Leal» Ayuntamiento de Cartago hizo constar *«la estimación grande que le merece don Joaquín Bernardo por los buenos resultados de la enseñanza que le estaba confiada»*. El 22 de Mayo de 1823 fué aprobado su nombramiento para Secretario del Jefe Político de Cartago *«con $ 10 de sueldo pues de los $ 15 que le correspondían deja $ 5 para la patria»!* Fué Secretario General del Gobierno de don Juan Mora en 1827 y colaboró en los gobiernos de Gallegos y Carrillo, teniendo que emigrar a Nicaragua cuando el movimiento político llamado de la Liga, que dió en tierra con el orden político en que actuaba. Bajo la administración de don Manuel Aguilar volvió al país, en 1838, y un año después fué electo diputado al Congreso Federal. Pero vuelto Carrillo al poder por el golpe de cuartel del 27 de Mayo de 1838, tuvo don Joaquín Bernardo que sufrir la cólera de aquel gobernante,—sabio y patriota, pero inexorable y violento,—y fué obligado a servir como maestro en la escuela de primeras letras. Pero no fué insulto para él aceptar el cargo sino que gustoso volvió a la misión que lo había elevado.

Fué electo Magistrado de la Corte Suprema en 1840, el mismo año en que contrajo su segundo matrimonio con la señorita Salvadora Mora, de ilustre prosapia. En 1842 Ministro General; en el 46 Ministro de Gobernación y Relaciones Exteriores. Fué siempre notable su cordura en el difícil manejo de las cuestiones internacionales y su cultura y suavidad en los asuntos de orden interior. En 1852 el Congreso lo jubila por sus grandes servicios prestados al país.

En su labor de periodista fué íntegro; hombre sin mácula, de indudable honradez, severo y juicioso. Fundó *El Noticioso Universal*, editado en 1833 en la Imprenta La Merced, primero en San José y luego en Alajuela. Puede verse un volumen coleccionado de este semanario en la urna-archivo de la Biblioteca Nacional, donde se guarda como una reliquia. Como curioso detalle literario anotamos: que en las páginas 1124 a 1128 se lee un romance anónimo titulado «La Avecilla» que es sin duda de un poeta inspirado y que entre las composiciones poéticas antiguas es ésta una de las pocas que nos han parecido realmente admirables. En ese semanario dejó don Joaquín Bernardo gran parte de su labor intelectual.

Conocedor profundo de la legislación patria, arregló y editó la que había en el país hasta entonces.

No sólo mereció los honores de su propia nación sino también de otras, siendo distinguido por Su Santidad el Papa Pío IX, en 1853, con la Cruz de Caballero de la Orden del Santo Sepulcro.

Murió el 28 de Octubre de 1865.

Don Joaquín Bernardo Calvo Mora

Cabe mencionar inmediatamente a su hijo, del mismo nombre, quien ha aportado valioso concurso a la historia de Costa Rica y que prestó igualmente grandes servicios al país en la carrera diplomática. Don Joaquín Bernardo Calvo, vástago de aquel patricio, dejó escritas varias obras. Consignamos en este lugar las que hemos hallado en la Biblioteca Nacional: *Apuntamientos Geográficos, Estadísticos e Históricos*, que es una compilación y arreglo hechos con cariñosa devoción, 1886; *La Costa de Mosquitos*, extenso artículo publicado en la sección editorial de «El Diario de Centroamérica» del 21 de Noviembre de 1890; *The Republic of Costa Rica*, editada en Washington en 1894; *Los Museos de Filadelfia*,

que es un Informe presentado al Presidente don Rafael Yglesias en 1896; y *Estudios sobre la Campaña Nacional contra los filibusteros en 1856-57,* editada en 1909.

Nació en 1852 y en el 77 se mezcló en la revolución que jefeaba don Zenón Castro y que logró tomar el Cuartel Principal. No tuvo éxito ese movimiento y tuvo que huir el señor Calvo por tierra, a Nicaragua. Estuvo luego en Guatemala, donde casó con dama muy principal. Volvió en el año 83 a Costa Rica y ocupó el puesto de Cajero del Banco Nacional. En el 84 fundó «El Diario de Costa Rica» y poco después fué nombrado Gobernador de Cartago, cargo que dejó para ser Director General de Policía. Cuando en 1888 fué el Licenciado don Pedro Pérez Zeledón nuestro Ministro en Washington, el señor Calvo fué como Secretario de esa Legación. Regresó don Pedro al país y quedó la Legación al cuidado de don Joaquín Bernardo, ocupando ese puesto como Encargado de Negocios desde el 91 hasta el 98, época en que fué nombrado Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario. Con este cargo permaneció durante las administraciones de Yglesias, Esquivel, González Víquez y Jiménez, hasta que en 1914 tuvo que abandonarlo.

Un año después murió en Washington y sus restos fueron traídos a San José ese mismo año. Para entonces se le hicieron honores fúnebres, el 22 de Diciembre de 1915, dignos de un hombre que sirvió con lealtad y con decoro a la República.

Don José María Castro

Fundador de la República; bastaría ese título para saber quién fué este patricio eximio que en los principios de nuestra vida independiente tuvo la visión genial de procurar el engrandecimiento de Costa Rica por medio de la educación pública. Salidos apenas de aquella lamen-

table situación colonial, en que el maestro se obligaba por acto notarial «a enseñar a sus discípulos a leer, escribir y contar; ítem más, doctrina cristiana y buena educación; asistir con ellos a las procesiones, rosarios, viacrucis, etc.; imponerles castigos moderados, como por ejemplo, *no más de un día de cepo»;* cuando una de las condiciones era «la entrega al maestro de un zurrón de cacao, bueno de dar y recibir, por año»; en el alba de nuestra vida política, el Doctor hizo al país el beneficio imponderable de redimirlo por la cultura.

El 3 de Mayo de 1843 decretóse, a su iniciativa, la ley de erección de la Universidad de Santo Tomás; y decía entonces el Dr. Castro: *El primer deber de un buen gobierno es promover la Instrucción Pública; sólo la instrucción lleva al hombre al importante conocimiento de sus derechos y obligaciones; sólo la instrucción refrena y dirige sus pasiones; sólo ella siembra en el corazón la semilla de la dignidad y del honor, e inspirándole sublimes y nobles pensamientos, le hace justo, útil, beneficioso y patriota.*

En el acto inaugural de la Universidad, «celebrado a las once del memorable día 21 de abril de 1844»—como dice el título de este precioso documento que hemos hallado en la Biblioteca Nacional—el señor Ministro de Relaciones Exteriores, Doctor y «Maestro», como allí se lee, don José María Castro, pronunció un discurso que si se refería a la inauguración de una Universidad, se refería también a la inauguración de la cultura costarricense. Vale recoger algunas frases de ese discurso: «Aquel bien a que todos aspirábamos por fin se ha realizado. La Universidad de Santo Tomás queda solemnemente erigida. Yo os congratulo... perdonad, señores; las dulces emociones que me afectan embargan mi voz... desde mi niñez este había sido el pensamiento de mis vigilias, esta la idea fija que se producía en mis ensueños; y al verla realizada no acierto a dominar mis propios sentimientos... perdonad, os lo suplico...»

No puede ser más conmovedor el acento de since-

ridad que puso el Dr. Castro en obra de tal magnitud. Esas palabras serían suficiente galardón para un gobernante, y más, en una época de incipiente cultura. Es, sin duda, un gran precursor el Dr. Castro.

Presidente de la República a los 29 años, en 1847, mereció el unánime consentimiento para volver a regir los destinos del país en 1866. En este segundo período y con ayuda de su Ministro de Instrucción don Julián Volio, formuló un plan de total reforma de la enseñanza primaria, al cual se refiere el Lic. don Pedro Pérez Zeledón en su estudio sobre el Dr. Castro y que importa mucho conocer, no sólo como un detalle del siglo pasado, sino también como una fuente de consulta para adoptar sistemas. En el proyecto Castro-Volio se declaraba, 19 años antes de la emisión de la ley de don Mauro Fernández, *obligatoria, uniforme, gratuita y a cargo del Estado la enseñanza primaria en toda la República;* se mandaba facilitar gratuitamente a los niños pobres los libros de texto adoptados; se creaba una escuela en cada distrito donde el número de escolares se elevara a treinta, con un maestro auxiliar en aquellas escuelas cuyo número de alumnos llegara a cincuenta, etc.

«Padre y Campeón de la garantía de la emisión del pensamiento» le llamó el Dr. Páez. Y Zambrana, el orador admirado e impulsor de nuestras letras, decía: «Castro no fué sólo Caballero de la Legión de Honor de la Francia, sino Caballero de la Legión de Honor de Costa Rica, de la Legión de Honor de América; de la Legión de Honor de la Humanidad».

El primero de Setiembre de 1918 se celebraba el centenario del natalicio del gran repúblico, y recogimos entonces en nuestra revista «Athenea» algunos trabajos escritos especialmente para esa fecha, que será interesante consultar; además, incluimos allí algunos trabajos del Dr. Castro que revelan al escritor culto y al patriota excelso, como la *Protesta contra el Cadalso* y *El Mensaje Inaugural* de su segunda administración.

Vayan los jóvenes a beber en esa fuente patricia y sentirán una ablución espiritual vivificante.

Don Julián Volio

Cartago,—que ha sido cuna de hombres ilustres—, fué su ciudad natal. Nació el 17 de Febrero de 1827 y a los doce años pasó a Guatemala llamado por su tío el Presbítero don Anselmo Llorente y Lafuente, que fué el primer Obispo de esta Diócesis. En 1848 obtuvo el señor Volio su título de Abogado y regresó a su patria donde ejerció su profesión.

Desde 1852 sirvió al país en distintos puestos y en toda ocasión fué su conducta ejemplar y admirable su carácter. Hombre culto y versado en las letras, influyente en la política y en la educación del país, se le debe señalar como a uno de los precursores intelectuales que, si bien no dejó obra escrita, colaboró eficazmente para el desenvolvimiento de la cultura costarricense. Las escuelas de la República tuvieron en él un poderoso impulsor y eso sólo basta para que merezca el recuerdo imperecedero de sus compatriotas.

Su muerte es para una página de Esquilo: sufría terriblemente de una enfermedad mortal y demostró entonces un estoicismo tan alto que acaba de pintar grandiosamente su carácter. Rogó a sus hijos que le trajesen una vasija conteniendo veneno y la colocó sobre su velador. Un día, después de haber sufrido los dolores más crueles, decía a un amigo suyo que lo visitaba: «Ya ves, aquí está el remedio para mi mal; lo tengo en mis manos; pero quiero sufrir. El hombre debe tener el valor de soportar con serenidad todo lo que la vida le depara. Si no, es un cobarde. En tus grandes tribulaciones acuérdate de Julián Volio que supo vivir aun con el dolor más grande.»

Frases dignas del mármol sobre todo para los jó-

venes amilanados que al primer golpe de la suerte creen abominable la vida.

Don Jesús Jiménez

He aquí un nombre que evoca el verdadero nacimiento de la instrucción pública de Costa Rica. Al pronunciarlo vienen también a la memoria los otros nombres de José María Castro, Julián Volio y Mauro Fernández, que han sido las columnas egregias sobre que descansa la primera cultura costarricense.

Fundadores de la Escuela, fueron ellos el aliento vivo y fecundo de la Educación. ¿A qué mayor gloria puede aspirar un hombre? El Licenciado Jiménez llegó a la Presidencia de la República el año 63 para encender en el espíritu de los niños el calor visionario que hace a los hombres conscientes de su propia condición humana. La educación de la mujer, descuidada más que ninguna otra en esa época, fué por sus manos como se levantó; para lo cual, entre otras cosas, decretó en 1869 la creación de una Escuela Normal. Y no fué sólo la enseñanza primaria su gran preocupación: estableció en forma el primer colegio haciendo venir un cuerpo de profesores, entre quienes llegó el Dr. Ferraz; y fué él quien abrió el Colegio de San Luis Gonzaga, de Cartago, que aun funciona con provecho y de donde han salido ilustres costarricenses.

Un detalle estadístico, aunque sea rápido, nos dirá que es justo y cierto el calificativo que ha merecido de FUNDADOR DE LA INSTRUCCION PUBLICA en Costa Rica. En 1858 el Ministro Dr. Toledo aseguraba que «por cada doce varones y por cada una mujer que sabían leer y escribir había cien varones y cien mujeres que no lo sabían». El censo de 1864, según refiere el Licenciado González Víquez—cuyo es el calificativo de Fundador de la Instrucción—da esta proporción de varones

analfabetos: San José 57 %; Cartago 70 %; Heredia 30 %; Alajuela 66 %; Liberia 90 % y Puntarenas 64 %.

En 1868 decía el Ministro señor Volio al Congreso: «Basta saber que las escuelas de esta provincia continúan cerradas en todos los cantones y distritos, excepción de la escuela central y de párvulos de esta ciudad, para deducir lo que en otras partes ocurrirá». Y asombra cómo en 1892 hay multitud de escuelas trabajando y es casi imperceptible el analfabetismo. Hoy, el estado de la enseñanza en Costa Rica, que es de lo poco que puede gloriarse el país, es el resultado de esa labor constante y honda del ilustre ex-Presidente. Después los caminos. Ese fué su otro miraje. Maravillosa visión de estadista! Caminos de la tierra, caminos del espíritu! Imposible es para nosotros, en una nota somera como esta, enmarcar una figura de tan grandes relieves. Sirvan estos apuntes para el joven curioso y amante de las cosas gloriosas de su patria; vaya un día a buscar la vida de este hombre para que tenga en ella un magnífico ejemplo de bondad, de talento y de carácter.

En la ciudad de Cartago, donde nació el Licenciado Jiménez, se alza un bronce majestuoso que recuerda a las generaciones la vida excelsa del patricio que nació hace ya cien años, el 18 de Junio de 1823.

Don Vicente Herrera

El ilustre ex-Designado a la Presidencia de la República que dirigió los destinos del país durante catorce meses en 1876-77, debe citarse en este capítulo por la singularidad de que sus escritos, que fueron muchos, a más de ser un modelo de perfección por la forma y por el fondo, eran el producto de una improvisación inimaginable. Ha sido proverbial en Costa Rica la fluidez de su pluma y a muchos hombres que le conocieron les hemos oído referir que jamás se cuidó de ver las cuartillas que había escrito. Redactaba con rapidez y pasaba

inmediatamente los originales a la imprenta. El asombro era grande cuando todos veían la forma castiza de sus escritos y que, a pesar de ser esa literatura oficial tan rígida, tan escueta, se ductilizaba y era armoniosa en la pluma del señor Herrera.

Don Francisco María Iglesias

En el campo de la historia patria tiene primacía indudable don Francisco María Iglesias, hombre de gran cultura y repúblico eminente.

A la muerte de su padre don Joaquín Iglesias, quedó la familia en desamparo; y fué entonces cuando el eximio estadista don Braulio Carrillo recogió a los niños, haciéndose cargo de su crianza y educación.

Don Francisco María se educó en Europa y llegó al país en aptitud de poder prestar servicios opimos. Dedicado al comercio en un principio, supo administrar su hacienda y fué rico. Casó con una sobrina suya, hija de don Saturnino Tinoco, tal vez la mujer más bella de su tiempo. El año 73 fué enviado por el Presidente Guardia para arreglar el embrollo de los empréstitos de 1871-72. Ese viaje comenzó a desorganizar su fortuna, pues se cometieron errores en su ausencia. Tuvo la desgracia de perder la vista; pero aun así siguió trabajando por medio de sus secretarios, a quienes les dictaba, como lo hiciera el viejo cantor del «Paraíso». Más hermoso es este empeño suyo en el trabajo si se piensa que debía hacerlo para vivir sin gravar a nadie, pues ya su fortuna había desaparecido. Fué siempre un hombre generoso. En su época de rico llegó hasta no cobrar sus sueldos, destinándolos a obras de utilidad pública, o a instituciones de beneficencia. Supo estimar a la juventud y supo alentarla, espiritual y materialmente.

No sería posible detallar todos los puestos públicos que ocupó el ilustre costarricense; sólo no fué Presidente

de la República; pero sí fué consejero de casi todos los gobiernos de su tiempo.

En la búsqueda que hemos hecho para detallar su bibliografía, encontramos las siguientes obras que están en la Biblioteca Nacional: compilación de los *Documentos Relativos a la Independencia*, tres tomos publicados sucesivamente en 1899, 1900 y 1902; anotación del tomo *La más pequeña de las Repúblicas Americanas*, de 1887, que tradujo del inglés don Manuel Carazo; *Pro-Patria*, editado en 1898 y donde se recogen: un apunte histórico y una biografía de su padre don Joaquín Iglesias, nacido en 1794 y que participó activamente en todos los acontecimientos que sucedieron en los años posteriores a la independencia; otro libro con el mismo título, *Pro-Patria*, que contiene una reseña, un episodio histórico y algunos documentos sobre la unión centroamericana, 1900; *Réplica* al folleto «Comparaciones Históricas» del Licenciado don Rafael Montúfar, 1900; y finalmente, el arreglo cuidadoso que hizo del *Tributo Patrio*, consagrado a la memoria de don Braulio Carrillo en la celebración del primer centenario de su natalicio, el 20 de Marzo de 1900.

Don Salvador Jiménez

¿Quién nos hablará de este hombre ilustre y modesto, ejemplo de ciudadanos, cuyo retrato de tamaño natural está en el colegio donde estudiamos el Derecho? ¿Quién nos dirá de su vida? Perdido el sentimiento de tradición en nuestro país,—dolorosa confesión, pero cierta—; sin haber encontrado detalles de su vida, nos dirigimos entonces a un discípulo suyo que habiéndole comprendido y amado le recuerda como el primer día y se emociona cuando lo evoca.

La vida de don Salvador Jiménez merece la amplitud de una verdadera biografía. Aquí nos conformaremos con una nota ligera.

Nació el señor Jiménez en la villa de Guadalupe. Se vió obligado a venirse a la ciudad, pues deseaba entrar al colegio de la capital. La vida que hizo el joven humilde en los primeros días recuerda la de muchos grandes que, como Shakespeare, tuvieron un día el oficio de guardar los caballos a las puertas de los teatros y que después fueron inmortales e hicieron glorioso a un pueblo. Llegó descalzo a San José y ofreció sus servicios como muchacho de mandados a cambio de la comida. De este peldaño ínfimo en que se posó su juventud se levantó por su propia voluntad al más alto en la conciencia del país.

Recibió su título de Bachiller en Filosofía en la Universidad de Santo Tomás y fué a Guatemala a hacer sus estudios de Derecho. Poco antes del año 1860 estaba ya en Costa Rica el joven abogado y ejerció funciones de Juez por varios años; fué luego Magistrado de la Corte Suprema de Justicia y llegó a ser su Presidente. Presidió también la Constituyente convocada por don Bruno Carranza y en la Universidad fué Catedrático de Derecho Civil y Público. Este aspecto de su vida es sin duda el más interesante.

Su discípulo que nos informa del maestro lo encontró ya en su Cátedra en 1871. Un año después sufrió destierro por habérsele señalado como no adicto a la causa de Guardia, pero volvió a dar sus lecciones. Nos refiere su discípulo que ya el 72 les daba don Salvador los originales de su tratado sobre Derecho Civil para que estudiaran. Obra duradera es ésta, producto de su vasta cultura y de su dedicación pertinaz, en la cual estudiamos todavía los alumnos de la Escuela de Derecho y que constituye una fuente de información y de exégesis de la doctrina jurídica. Se publicó este tratado por primera vez en 1876, en dos tomos, con el título de *Elementos de Derecho Civil y Penal de Costa Rica.*

El método de enseñanza de don Salvador era singularísimo: siempre comenzaba la lección con una historieta referente a lo que se iba a tratar ese día; y no se

explicaban sus alumnos cómo acertaba a encontrar un cuento diario para cada asunto de Derecho. El profesor logró exaltar a tal punto la ambición de cultura de sus alumnos, que todo el grupo era sobresaliente, cosa que admiraba a los examinadores. Entre esos estudiantes fueron notables don Pedro Pérez Zeledón, don Benito Serrano, don Andrés Venegas y don Francisco Carranza.

Producto de ese método singular que empleaba don Salvador fué el brillante resultado de su curso; hasta los perezosos, hasta los lerdos eran buenos conocedores de la materia. En este sentido puede afirmarse que fué un profesor insigne. Trataba como a hijos a sus alumnos; muchas veces comían los jóvenes en casa del maestro y él los enseñaba a su esposa con orgullo; «mira,—la decía—, este será un gran hombre, es un magnífico estudiante, te lo presento.» Así estimulaba el anhelo de los muchachos y es natural que no sólo llegaran a admirarlo sino también a quererlo como a un padre.

Su carácter era benévolo, pero muchas veces tuvo oportunidad de revelar su energía. En la opinión pública estaba que debía ser el Presidente de Costa Rica, pero nunca se realizó tan hermosa idea.

En el año 77 hubo algo que fué decisivo en su vida y que conmueve: una noche, después de estudiar largamente un negocio que le estaba confiado, salió de su gabinete hacia el comedor de la casa. Atravesó un corredor descubierto y se sentó a la mesa a tomar su chocolate. Apenas había dado el primer sorbo cuando hizo esta pregunta súbita a su esposa: ¿Por qué apagaron las luces? Nadie las ha apagado,—repuso sorprendida la señora. Dióse cuenta don Salvador de que sobre sus ojos había caído la noche y llevándose las manos a la cabeza, con espanto exclamó: ¡Estoy ciego!

Efectivamente, las tinieblas apagaron sus ojos ávidos. Acaso hubiera podido decir entonces como Milton: «Tan cerca de mi está Dios que sus alas me tapan los ojos.» Vino a menos su razón por tan grande pesadumbre y se

le vió andar vacilante por las calles de la ciudad, tanteando en la sombra. Se le envió a San Francisco de California para curarle, pero no fué posible; murió loco en esa ciudad, en 1881. En el año 88 el gobierno de Soto hizo traer sus restos y hubo entonces un homenaje nacional para el hombre eximio que había dado todas sus energías en provecho de la juventud.

Don Rafael Orozco

Entre los escritores de literatura jurídica figura el Doctor Orozco por su interesante obra *Elementos de Derecho Penal de Costa Rica* y por su *Proyecto de Código Penal* que, por comisión especial del gobierno, formuló y el cual se emitió como ley de la República el 27 de Abril de 1880.

Fué Catedrático de Derecho Romano, Internacional y Penal en la Universidad de Santo Tomás; Presidente Honorario del Colegio de Abogados, Presidente de la Corte Suprema de Justicia, Miembro de la Real Academia Española, y sobre todo, fué honrado y patriota. Debe hacerse notar, porque es considerable, que *Elementos de Derecho* lleva prólogo del ilustre jurisconsulto Doctor don Antonio Zambrana y fué adoptada esta obra como texto en la Universidad de la República. Su primera edición data de 1882.

Era el Doctor Orozco hombre estudioso y tenía buena ilustración. Un detalle que se sabe poco es que cultivaba con frecuencia la poesía. Escribió muchos versos, pero posiblemente no eran estimables porque ni él los recogió ni aparecen citados en ninguna parte.

Casó el Doctor Orozco con la señorita Elena Castro, hija del eximio hombre público Dr. don José María Castro y fué ese un nuevo estímulo en su vida para trabajar activamente en beneficio de las instituciones nacionales, ya que su padre político fué un modelo de ciudadanos y es una de las más altas figuras de nuestra historia.

Don Manuel Argüello Mora

Es, sin duda, el precursor de la novela costarricense. En 1899 y 1900 publicó varias novelitas históricas con asunto costarricense, en estilo sencillo y ameno: *Elisa Delmar, La Trinchera, Historia de un Crimen y otras Novelitas de Costumbres Costarricenses, Un Drama en el Presidio de San Lucas, La Bella Herediana,* y una serie de cuentos regionales en el tomo titulado *Costa Rica Pintoresca.* En su libro *Recuerdos e Impresiones,* editado en el 98 por la Imprenta El Fígaro hay un estudio sobre Argüello Mora debido a la pluma de Eulogio Horta. De él entresacamos: «Creo que no existe en Costa Rica escritor más fecundo que el señor Argüello Mora. En producción literaria me parece que no hay quien le aventaje. Tiene una actividad de vértigo que me recuerda esos monstruos de producción como Balzac, Jorge Sand y Saint-Beuve. Una de las primeras cualidades del escritor de que hago mérito, es la sinceridad. Los que lean sus *Páginas de Historia* podrán, sin esfuerzo ni fatiga, vivir muchos de los sucesos característicos de esta porción del territorio de Centroamérica, expuestos por una personalidad seriamente moral que ama de veras a su patria.

Viajó mucho, conoció París como a su propia patria y fué hombre muy culto. Su vigor físico e intelectual fué admirable, pues en 1898, ya en edad en que otros ni recuerdan, él escribía sobre hechos que había presenciado, con su mismo sencillo estilo, sin afectación de ninguna clase. Fué Profesor de Derecho, Magistrado de la Corte de Casación, Ministro de Gracia, Justicia y Fomento, etc.

Nació Argüello Mora en el año 1834, en San José, y murió en 1902. Madre suya fué doña Mercedes Mora, hermana del prócer don Juan Rafael Mora. Hizo sus primeros estudios en la ciudad de Heredia, por el año 45; pasó luego a la Universidad de Santo Tomás donde se graduó de Bachiller en Filosofía en 1850 y de Licen-

ciado en Leyes en 1853; fuése a Guatemala donde practicó en los bufetes de distinguidos abogados. Allí recibió el título de Doctor en Leyes, en el año 57. De regreso a su país y contando apenas 23 años de edad, fué nombrado Juez de Primera Instancia de San José.

El 14 de Agosto de 1859 fué desterrado el joven Doctor por su solidaridad con el Presidente Mora, su tío, a quien habían traicionado. Entonces fué cuando viajó. Se sabe en la historia de Costa Rica que fué él uno de los que desembarcaron el 17 de Setiembre de 1860 en Puntarenas para jefear el movimiento político que había de dar en tierra con el régimen que derrocó al Presidente Mora. Fracasado ese movimiento, en el que se inmolaron tan preciosas vidas, el señor Argüello fué nuevamente desterrado del país. Regresó de ese exilio en el 62 y fué en ese año cuando contrajo matrimonio con la señorita Mariana de Vars y Castillo. Hijos de ese hogar modelo han sido don Manuel y don Juan Rafael Argüello de Vars, dilectos cultivadores de las buenas letras y caballeros irreprochables.

Una gloria muy justa cabe a don Manuel Argüello Mora: la de haber iniciado la literatura criolla, en forma de novela, y haber sido un ejemplo de honradez y de energía.

Don León Fernández

Costa Rica debe a don León Fernández la compilación de documentos históricos y le debe también la fundación de los Archivos Nacionales. Fué también periodista brillante, distinguiéndose sobre todo por su ironía terrible, casi mordaz. «El Cencerro» fué un periódico suyo que apareció en Alajuela, su ciudad natal, en Octubre de 1867.

Genio chispeante, una frase le costó su vida. Se sabe que se batieron en el campo del honor el Doctor Figueroa y el señor Fernández; lance del cual resultó muerto el Dr. Figueroa. Parece que los familiares del Doctor alegaban

que don León había llegado al duelo protegido por una cota de malla. Tal idea arraigó en la mente de un hijo del Doctor y una mañana, al tomar el tren, llegó el hijo exaltado del Doctor Figueroa y disparó su revólver sobre el señor Fernández. Moribundo, al saber don León quién le había disparado dijo una frase esquiliana.

Don León Fernández, como lo dice en el prólogo de sus *Documentos,* tuvo un gran deseo de conocer la historia de nuestro país desde muy niño, cuando entre los papeles que dejara su padre don José León Fernández encontró algunos manuscritos relativos a la historia de Costa Rica que contenían la narración de los principales sucesos políticos acaecidos durante los años de 1835 a 1842, en los que su mismo padre tomó parte muy activa.

Sus *Documentos para la Historia de Costa Rica* están recogidos en diez volúmenes y publicados de 1881 a 1907, año en que reanudó la publicación de la serie su hijo don Ricardo Fernández Guardia. En 1889 editó en Madrid su mismo hijo don Ricardo los originales que dejara don León sobre *Historia de Costa Rica* durante la dominación española, de 1502 a 1821. En el prólogo dice don Ricardo: «No tiene pretensiones este libro de ser una obra histórica completa y mucho menos de serlo literaria; para lo primero fáltale perfección que su autor le hubiese dado a no haberle sorprendido la muerte en la flor de su edad y de su inteligencia; para lo segundo carece del pulimento y demás cualidades que obras de este género requieren. Dicho esto, debe considerársele solamente como el fruto de una constante labor de diez años, que sólo puede ser apreciada en su justo valor por las personas familiarizadas con esta clase de trabajos.»

Don Mauro Fernández

Continuador de la obra del Dr. Castro, de don Jesús Jiménez y de don Julián Volio, tuvo más que ellos

la oportunidad de realizar sus magníficos planes en la enseñanza, y fué así un creador. No fué don Mauro el fundador,—como dice González Víquez en su estudio sobre don Jesús Jiménez—, pero sí el reorganizador de la enseñanza primaria y secundaria, y eso es ya por sí solo ejecutoria para que su nombre quede eternamente unido al de Costa Rica. Jiménez y Fernández no se hacen sombra el uno al otro,—continúa el Lic. González Víquez—, «más que rivales son dos aliados que colaboraron a distancia por el bienestar de su Patria común. Ambos comprendieron que pueblos modernos gobernados democráticamente, no pueden vivir en la ignorancia porque ésta trae como acompañante necesaria una perpetua tutela.» Son ellos,—agrega—, sin duda alguna, los que más han hecho en beneficio de la enseñanza popular. La diferencia entre estos dos esclarecidos estadistas consiste en que don Mauro, más afortunado que su antecesor, fué con calma corrigiendo y puliendo su obra y saboreando sus frutos; en tanto que el señor Jiménez, apenas echados los cimientos de su vasto plan, fué derrocado violentamente del Poder y apartado del manejo de los negocios públicos, al cual jamás quiso volver aunque fué solicitado en varias ocasiones.

Don Mauro Fernández,—dice Rómulo Tovar en su estudio sobre el gran educador—, hizo en la vida pública y en la vida privada cuanto es bastante para que la memoria de un hombre constituya una tradición útil para el presente y para el porvenir de una nación: puso muchas cosas en orden, a otras les dió impulso, resolvió con admirable tino negocios difíciles y la nación se aprovechó con excelencia de su cultura rica, de sus talentos, de su genio y de su perspicacia.

Nació el Licenciado don Mauro Fernández en San José el 19 de Diciembre de 1843. Su biógrafo lo describe: era un anciano de mediana estatura, y todos sus rasgos concurrían a hacer de él un tipo caballeresco. Amplio era el busto, de correctas líneas, de cierta delicadeza que no

amenguaba su varonil presencia. Sus movimientos fáciles y armónicos; amaba el ritmo en todo, lo había adquirido por su cultura musical y se servía de él en los salones como en la tribuna, entre los suyos como entre los extraños. Sus cabellos eran blancos, su semblante pálido; sus ojos no muy grandes, de brillante y poderosa mirada; los detalles de su semblante acusaban un carácter sin asperezas, mas, lleno de voluntad y firmeza; tenía una expresión de singular dignidad, de majestad y de poder. Su voz, suave, melodiosa, poseía tonos para todos los sentimientos y para todas las expresiones.

Fué un liberal comprensivo; suya es esta expresión: *Mi respeto es profundo por los sacerdotes de mi tierra. Yo no voy, no iré nunca a su casa, pero no sería capaz de cerrar a la fuerza ningún templo. Bienaventurados los que allí encuentran refugio en las tribulaciones de la vida.* «El mal es transitorio»—decía.—Y en otra parte: *Todos debemos creer en algo; yo creo en el derecho.*

Fué abogado, político y tribuno, y en estas tres actividades fué culminante.

En 1874, don Tomás Guardia, Presidente provisorio de la República, le nombró Magistrado Fiscal de la Corte Suprema de Justicia. En 1883 don Próspero Fernández le hizo formar parte de la Comisión Codificadora encargada de la preparación de un Código Fiscal; también ocupó por entonces una Cátedra en la Facultad de Derecho. Fué diputado varias veces, de 1880 a 1902, época esta en que hizo campañas grandiosas y en que reveló para siempre sus cualidades singulares de hombre superior. Colaboró con varios gobiernos en su calidad de Secretario de Estado, pero donde más viva está su influencia y donde tuvo mejor oportunidad para realizar sus planes, fué en la administración de don Bernardo Soto. Ese ministerio, terminado en 1889, se ha señalado en Costa Rica como una aurora.

Casi nada dejó escrito el genial educador. Como la de Sócrates, su obra fué su vida y su vida fué su palabra.

Al morir, el 11 de Julio de 1905, e instado que fué para recibir la unción católica, contestó con estas palabras, que fueron las últimas: *Estoy en paz con Dios y con los hombres.*

Don Manuel María de Peralta

Es un ilustre costarricense, cuya vida puede enseñarse a la juventud como hermoso ejemplo de noble esfuerzo y de constante trabajo.

Nació el señor de Peralta en la ciudad de Cartago el 4 de Julio de 1847 y vive todavía, en París, donde es nuestro Ministro hace ya más de cuarenta años. Es actualmente el decano de los diplomáticos en Francia y curioso será anotar el hecho de que ha representado a Costa Rica ante el Vaticano, en el reinado espiritual de cinco Pontífices; así, conoció a Pío IX, León XIII, Pío X, Benedicto XV, y Pío XI, que es el actual.

En París contrajo matrimonio con Jeanne de Crérembault, nacida condesa de este nombre y luego Marquesa de Peralta.

Mucho habría que anotar y amable labor sería seguir el curso de su vida en estas líneas; empero, debemos sacrificar nuestro deseo para consignar, al menos, su bibliografía que es muy extensa y que tiene particular interés para los costarricenses. He aquí esas obras: *Historia de Costa Rica de 1502 a 1580*, que es su obra más vasta; *Costa Rica*, Memoria leída ante la Sociedad de Geografía de Ginebra en Enero de 1871; *La República de Costa Rica*, memoria publicada para promover la emigración europea hacia nuestro país; *Costa Rica, su clima, constitución y recursos*, publicada en Londres en 1873; *El Canal Interoceánico de Nicaragua y Costa Rica en 1620 y 1887; Etnología centroamericana*, que es un catálogo razonado de los objetos arqueológicos de Costa Rica en la Exposición Histórico-Americana de Madrid en 1892.

Este trabajo fué hecho en colaboración con don Anastasio Alfaro; *Mapa Histórico Geográfico de Costa Rica y el Ducado de Veraguas*, preparado para la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América; *Límites entre Costa Rica y Colombia; Nuevos documentos para la historia de su jurisdicción territorial; Historia de la jurisdicción territorial de Costa Rica, de 1502 a 1580; Costa Rica y la Costa Mosquitia; Costa Rica y Colombia de 1573 a 1881; Exposé de droits territoriaux de la Republique de Costa Rica; Costa Rica, Nicaragua y Panamá; Jurisdiction territoriale de la República que de Costa Rica a l'Exposé de la Republique de Colombie; Atlas histórico de la República de Costa Rica, Veraguas y Costa de Mosquitos,* para servir al arbitraje de la cuestión de límites entre Costa Rica y Colombia; *El Río San Juan de Nicaragua; derechos de sus ribereños las Repúblicas de Costa Rica y Nicaragua;* y *Los Aborígenes de Costa Rica*, publicada en 1901, que es su última obra.

El señor de Peralta ha sido honrado en varias ocasiones por gobiernos y asociaciones de otros países, con distintos honores que bien se merece el ilustre costarricense. Es Gran Oficial de la Legión de Honor, Comendador de las Reales Ordenes de Carlos III e Isabel la Católica de España, del Cristo de Portugal, de Leopoldo de Bélgica, Gran Cruz del Santo Sepulcro, Gran Cruz de San Gregorio Magno del Vaticano, Comendador de las Ordenes de la Cruz Blanca y de la Corona de Italia, etc.

Además, es Correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua, de la Real Academia de la Historia de Madrid, de la Academia Americana de la Historia de Buenos Aires, de la Academia de Buenas Letras de Sevilla, de la Sociedad Geográfica de New York, del Comité de Honor de la Asociación Literaria Internacional, Vicepresidente de la Sociedad de Americanistas de París.

Presbítero don Juan de Dios Trejos

Fué político, orador y polemista. Es una figura interesante del siglo pasado: primero liberal ardoroso, hombre de combate; luego su camino de perfección, su dedicación al bien, su espíritu cristiano de hombre superior, pero haciendo vida humilde en los curatos.

En su época de librepensador prestó servicios a la República como Subsecretario de Estado en distintas Carteras, bajo las administraciones del Dr. Castro y de don Próspero Fernández. Y cuando iba a ser culminante su actuación en la política del país, resuelve hacer vida retirada y dedicarse completamente a la religión, con el consiguiente asombro de la sociedad que lo había visto tan empeñoso en el campo profano.

Su labor literaria tiene, por natural transición, dos aspectos. Pero es indudable que es más valiosa su labor en el campo sagrado, donde sostuvo polémicas memorables y dijo sermones que deben recogerse. Como los de Fray Luis de Granada, se distinguen por la elevación del concepto y por la forma pura. La mayor parte de su labor de liberal está en el periódico *El Ferrocarril*, y su labor doctrinaria está en *El Eco Católico, La Unión Católica, El Manantial* y *La Nave.* De índole literaria han publicado varias revistas, entre ellas *Pandemonium, Páginas Ilustradas* y *Fígaro.* Las polémicas le dieron gran prestigio; y tuvo contendores ilustres: Juan de Dios Uribe, Darío, el Dr. Zambrana, don Mauro Fernández, etc. *Sobre el Yunque* es un folleto en que se han recogido los artículos con que sostuvo su polémica contra Uribe.

Nació en Taras, Cartago, en 1853 y murió en 1912 en Pacayas. Casi perteneciente a la primera generación, pues que en una época formó él trilogía brillante con don Ricardo Jiménez y con don Cleto González Víquez—, lo ponemos aquí, porque su labor fué más bien de precursor y todo lo suyo se acomoda con el espíritu que informó a nuestra primera literatura.

Don Rafael Carranza

Nació el 4 de Abril de 1840 y vive todavía. No es el suyo un nombre ungido por la política ni ha sido su actuación literaria gloriosa. Pero, en cambio, cábele al señor Carranza el mérito singular de haber contribuído a cimentar la imprenta en Costa Rica. Después de concluídos sus estudios fuése a trabajar como tipógrafo en la «Imprenta de la Paz», la primera que hubo en el país, importada por su abuelo don Miguel J. Carranza. Dueño su padre del incipiente taller, el hijo supo aprovechar tan valiosa ocasión y fundó, en 1861, *El Estudiante*, de formato pequeño, pero único en esa época, en que sólo se publicaba *La Gaceta*, periódico oficial que, además, recogía las noticias sociales. En el 64 fundó *El Impresor*, en el que colaboraban jóvenes como Manuel María Peralta, Miguel Tapia, Tirso Navarro y otros. En los años 66 y 67 publicó *El Travieso*, periódico humorístico que tuvo su importancia en la política de entonces. Durante la administración de don Tomás Guardia editó *El Ferrocarril*, especialmente para fomentar la obra que se proponía aquel gobierno en vías férreas. *El Reventazón* es también de ese tiempo y con iguales fines. Luego publicó un periódico jovial, con intención política, *La Chirimía*. El último que editó fué *El Rayo*, de ingrata recordación para él, pues sufrió un doloroso accidente que le impidió seguir cultivando el periodismo, que ya era un arma en sus manos. Por el año 85 se estrenó un juguete cómico suyo en el Teatro Municipal: *Un Duelo a la Moda*, en el que se hacía una crítica dura a las costumbres sociales y al gobierno. Dialogan en el juguete un militar y un literato y se trata de señalar cómo el militar ignorante se siente con una superioridad ridícula y cómo el hombre culto está supeditado en un gobierno de fuerza, a vivir empequeñecido.

Lo que hoy queda del señor Carranza es una colección de epigramas y versos ligeros, género en que se

especializó y que, tomando en cuenta la época de gestación cultural en que se vivía, son muy estimables. Sobre todo lo son por el carácter histórico-político que tienen. Escritos en octasílabos, chispeantes unos, mordaces otros, pasan por sus líneas los nombres de muchas gentes que pertenecen ya a la Historia. Es indudable que en este campo triunfó entonces el inquieto periodista porque no era profusa la obra literaria y porque casi estaba solo en el género epigramático que, después de todo, aunque se haga con poco atildamiento, regocija al público y hace popular al autor.

Ahora se dedica el señor Carranza a escribir sus *Memorias*, que serán muy interesantes en algunos aspectos de la vida nacional, sobre todo en su caso, pues que escribe con entera imparcialidad y en forma completamente desnuda de ficción.

Don Miguel Tapia

Este es uno de los escritores a quienes recuerdan más los hombres del siglo pasado. Hablan con cariño de él todos los que le conocieron. Fué un verdadero periodista, de estilo brillante y puro. Sus artículos políticos eran leídos con avidez y en una ocasión tuvo que sufrir destierro en compañía de don Pedro Pérez Zeledón, por la causticidad de su pluma. El periódico en que luchaba Tapia era *El Ciudadano*, del que era Director el señor Pérez Zeledón. Se combatía en él a Guardia tenazmente y se acuerpaba la labor de la Constituyente. Fué en esa hoja donde comenzaron a hacer sus primeras campañas intelectuales don Máximo Fernández y don Rafael Iglesias, ambos influyentes después en la política nacional.

Miguel Tapia era un hombre en quien se habían hecho carne las ideas de la Revolución Francesa. Era la Revolución misma. Así fué un apóstol de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad.

No figuró jamás en la política costarricense ni ocupó puesto alguno. Tenía una cumbre en su propia conciencia, desde donde veía a los demás, y sólo quiso ser hombre idealista y escritor independiente.

De la escuela literaria de Bernardino de Saint-Pierre, se exaltó su sentimiento en toda cosa y ejercitó noblemente su corazón en la vida.

Un *fatum* doloroso lo empujó a la pendiente y no pudo su voluntad detener el ansia de los nepentes. Y murió, por fin, en Río Grande, de manera triste, casi trágica.

Don Venancio Calderón

Este es un hombre casi olvidado ya en las letras costarricenses, pero que debe recordarse ahora que hablamos de precursores. Son pocos los detalles de su vida que conocemos. Nació en Cartago en 1844 y murió trágicamente en esa ciudad en 1885. Después, le conocemos por sus versos líricos que recogió el Licenciado don Máximo Fernández en la «Lira Costarricense» de 1890. Modesto su nombre, mas, indican sus poesías que cultivó con sinceridad el arte en aquellos días tan oscuros para la creación poética.

Don Pedro Jovel

Es otro nombre que va ya hundiéndose en el olvido y fué, sin embargo, una de las mejores promesas que tuvo la literatura patria en esa época. Nació este compatriota en San José en 1851 y murió en Panamá en 1877. Estudió en la Universidad de Santo Tomás y recibió el grado de Bachiller en Filosofía, después de haber obtenido una nota sobresaliente. Se dedicó al magisterio y fué un verdadero maestro.

Constan sus poesías en la «Lira Costarricense»; están llenas de ternura y alienta en ellas un verdadero espíritu de poeta. Es de suponer que si no hubiese muerto tan joven, las letras patrias tendrían con Jovel un acervo poético muy valioso.

* * *

Otros nombres que deben consignarse en este capítulo: Braulio Carrillo, Presbítero Domingo Rivas, Francisco Ulloa Mata, Presbítero Vicente Castro, Nicolás Gallegos, Manuel Aguilar, Vicente Segreda, Uladislao Durán, Angel Anselmo Castro, Bruno Carranza, José Antonio Pinto, Salomón V. Escalante, Manuel Carazo Peralta, Tirso Navarro.



PRIMERA GENERACIÓN

(NACIERON HACIA 1860)

JOSE MARIA ALFARO COOPER

Nació Alfaro Cooper en 1861 en San José, no siendo, por tanto, como creen algunos, nativo de Cartago. Del 80 al 83 ya había dado sus frutos líricos en versos melancólicos y amatorios. Desde esta época, en la cual se hizo sentir como cantor sincero de las cosas del sentimiento, no volvió a escribir versos hasta veinte años después, en 1904, cuando la musa del hogar rompió ese silencio y lo hizo cantar para su compañera y para sus niños «de pies rosados».

En 1912 la revista «Ariel» publica su primera colección de versos, y en 1914 se insertan en los «Anales del Ateneo» todas sus poesías, que él llamó *Moldes Viejos*. En 1921 se editó la primera parte de *La Epopeya de la Cruz*, obra extensa y admirable sobre la vida de Jesús, que aún no ha terminado, pero de la que lleva escritas más de trescientas páginas. Su proyecto de esta obra es hermoso: se propone realizar un poema augusto que cante la vida de Jesús en todos sus aspectos. Cumple así el poeta con su modalidad artística, inspirándose en lo religioso. Esas son las dos cuerdas áureas de su lira: el hogar y la religión. No es solamente místico, en el sentido que lo fué Nervo; es, además, religioso con fervor. De su verso clásico no decimos más que cumple su misión dentro de las ideas estéticas que tiene el poeta: no es él amigo del modernismo y tiene arraigos hondos con esa escuela, —si es que es posible hablar de escuelas, —que ya va desapareciendo. Pero así y todo, su poema cristiano, escrito en varios metros, será leído con deleite y se admirará siempre en él ese espíritu idealista que lo anima, la visión celeste que lo crea.

INTIMAS

NOSTALGIA

Son mis versos sin arte
muy sencillos y breves,
pero en ellos el alma
dejo ver transparente
como el agua que brota
de las rocas agrestes;
por lo humildes semejan
esas flores silvestres
que en la sombra del bosque
se marchitan y mueren,
sin sentir el consuelo
de expirar dulcemente
sobre un seno de virgen
entre rosas y nieve.
Como un niño llevado
de improviso entre gentes
que le causan asombro
y a mirar no se atreve,
así voy, de la vida
por la oscura pendiente,
ocultando en mi pecho
la nostalgia perenne.
¡Oh! yo tengo una patria,
una patria celeste,
donde solo hay dichosos,
donde el alma no tiene
sino amor sin engaños
para todos los seres;
allí el odio no existe,
ni el orgullo insolente
ni la humana falsía,
ni la ira que enciende
las pasiones salvajes
que desgarran y muerden...
Nuestra vida es un sueño
de dolor y de fiebre
que sacude y disipa
cariñosa la muerte:
huye entonces el alma
de su cárcel y asciende
con sus fúlgidas alas
a su patria celeste.

1904

A MI ESPOSA

Es una fecha muy grata
la que, por gracia de Dios,
hoy celebramos los dos
con nuestras Bodas de Plata.

Va en aumento tu bondad,
y mi amor según opino,
la virtud tiene del vino:
que mejora con la edad.

Ya está blanco mi cabello
y tú conservas, querida,
en la mitad de la vida,
tu rostro agraciado y bello.

Tu belleza, sin aliño,
para mí no tiene engaños:
la que pierdes con los años,
la repone mi cariño.

Y estrecho más nuestros lazos
al verte en plácida escena,
como Madona morena
con el infante en los brazos,

porque Dios benigno quiso
colmar mi afán amoroso
y un querube delicioso
enviarme del Paraíso.

Su cuerpo, rosa en botón,
y su alma en flor todavía,
transportan la mente mía
al reino de la ilusión.

Es un misterio profundo
y a veces duda cruel:
cómo vivíamos sin él
antes que viniese al mundo.

Son sus ojitos dos cielos
y entre otras mil maravillas
en sus rosadas mejillas
puso el amor dos hoyuelos.

Cuando risueño despierta,
mi gozo llega al exceso
al ofrecerme su beso
con la boquita entreabierta.

Es un placer sin igual,
en una caricia loca,
libar en tan dulce boca
un ósculo angelical.

Y, lo diré, aunque no cuadre:
ese chiquillo hechicero
es el Príncipe Heredero...,
del corazón de su padre.

24 de Noviembre de 1914.

AMOR DIVINO

(Cuarta parte de «Cantos de Amor»)

Señor, tú que la tierra presides y los cielos
y sabes de las ansias v místicos anhelos
con que cantar quisiera tu inagotable amor,
alumbra con tu gracia mi oscura fantasía
y habrán de ser mis cantos raudales de armonía
que infundan en las almas angélico candor.

¡Oh! si sentir pudiese los éxtasis divinos
de aquellos siervos tuyos, sublimes peregrinos,
enfermos con la santa locura de la Cruz,
que por tu amor ardieron en una llama pura,
absortos se quedaron mirando tu hermosura
y fueron por el mundo nimbados con tu luz.

Señor, que de los antros oscuros y profundos,
resplandecientes sacas las almas y los mundos,
pues quieres ser amado y sobre todo amar,
que cuidas del insecto y velas por los nidos
sobre las altas ramas del árbol suspendidos
y por el monstruo horrible del fondo de la mar,

que con tu amor proteges los infinitos seres
que el universo pueblan, y en tu bondad prefieres
al hombre a quien hiciste Monarca del Edén,
haz que el amor humano se extienda dulcemente,
por sobre el hombre mismo, a todo ser viviente
que sufre porque tiene su corazón también.

Que vibren en las almas amores franciscanos,
que en todas las criaturas contemplen sus hermanos,

del águila pujante al débil caracol,
como hizo San Francisco de Asís, cuando temía
pisar la yerbecilla que en su piedad sabía
era una hermana suya, como el hermano Sol;

que existan corazones humildes y sencillos
que sufran cuando sufren los pobres pajarillos
y nunca al ser odioso pretendan hacer mal,
y sobre todo puedan amar todos los hombres,
sin distinción de razas, de patrias ni de nombres,
con caridad inmensa y a todos por igual;

al que pasiones sufre ardientes y salvajes,
a la mujer caída que siente los ultrajes
del mundo que implacable castiga su desliz
y al criminal que olvida su Dios y su decoro
y agota las blasfemias, sin conocer el lloro
ni la piedad que hicieran su corazón feliz.

Señor, brilla tu gloria con el amor profundo
que enfoca los amores dispersos en el mundo
y es el dolor tan sólo que sirve de crisol:
en él dejan lo impuro, lo bajo, lo terreno
y ya purificados, retornan a tu seno
hermosos y radiantes como la luz del Sol.

1915.

LA ABUELA

¿Quién busca
los niños,
sus gracias
celebra,
los ama,
los mima,
tan dulce,
tan tierna?

¿Quién goza
si ríen,
si sufren,
quién pena
y excusa
sus faltas
por graves
que sean?

La madre
dos veces,
la plácida
abuela.

¿Quién blancos
cabellos
cual galas
ostenta
y grata
los tiempos
pasados
recuerda?

¿Quién sólo
virtudes
y amores
revela?

¿Quién nunca
se enfada,
y es siempre
tan buena?

La madre
dos veces,
la plácida
abuela.

1903.

ANASTASIO ALFARO

Es más escritor que poeta; y como escritor, es más científico que literario. Profesor de Ciencias Naturales, han sido muy estimados sus servicios en el Liceo de Costa Rica, Colegio Superior de Señoritas, Escuela Normal e Instituto de Alajuela. Sus trabajos en cerámica acusan al artista.

En asocio de don Manuel María de Peralta publicó en Madrid su primer volumen de *Etnología Centroamericana*, 1892. Después ha publicado un libro sobre *Arqueología Criminal Americana*, otro sobre *Mamíferos de Costa Rica* y algunos *Anales* del Museo Nacional, cuyo director es desde su fundación. En 1917 publicó su último libro, *Petaquilla*, de prosa y verso, con prólogo del Conde de las Navas. En ese libro está visible su característica: el nacionalismo. Todos los asuntos de la obra son referentes al país; allí se canta en versos sencillos, de factura clásica, el motivo popular o la cascada hermosa, o el monte enhiesto, todo lo que puede ser admirable en nuestro ambiente de tonos medios.

El señor Alfaro nació en la provincia de Alajuela el 16 de febrero de 1865 y es Pasante de Abogado y Notario Público. Ha viajado mucho y ha recibido honrosos nombramientos: Comendador de Número de Isabel la Católica, Caballero de Primera Clase de la Real Orden Wassa de Suecia y Miembro Correspondiente de varias Sociedades Científicas europeas y americanas.

LAS GARZAS BLANCAS

La mayoría de personas que han de seguir el curso de estas líneas conocen seguramente las garzas blancas, y saben que hay una especie grande, llamada por los naturalistas *Ardea egretta,* y otra pequeña conocida con el nombre de *Garceta candidissima.*

La de mayor tamaño alcanza un metro de longitud próximamente, desde la punta del pico hasta las uñas; su plumaje es de un hermoso blanco, puro y deslumbrador, compuesto de plumas cortas, abundantes, blandas y flojas. El pico amarillo, largo y puntiagudo, parece un arpón expresamente hecho por la Naturaleza para coger los pececillos y ranas de que se alimentan estas aves; la cabeza es pequeña, estrecha y aplanada a los lados; los ojos de color amarillo pálido; y la región desnuda de las mejillas de un amarillo verdoso. El cuello delgado y largo, semejante al cuerpo de una serpiente, siempre listo para plegarse en forma de S, y para estirarse con la rapidez del relámpago cuando se lanza contra su presa. Su musculatura enjuta, y un esqueleto formado por huesos huecos les permiten a estas aves recorrer extensas regiones por los aires o caminar sobre las plantas acuáticas en busca de sustento, con el auxilio de sus alas largas y anchas, como las velas de un barco. La cola parece corta, redondeada, porque las piernas son sumamente largas, y cuando vuela las estira, sirviéndole de timón; las patas largas, de color gris intenso, casi negro, con dedos largos, y uñas bien desarrolladas, que le permiten caminar por las ramas, con la misma facilidad que recorre las playas, o se interna en los pantanos y en las aguas estancadas. Pero lo más notable de estas aves, en estado adulto, son las plumas desbarbadas, largas, finísimas, que tienen en el dorso, y que el lujo de las mujeres de mayor representación social han convertido en objetos de adorno para los sombreros, cotizándolas a un precio que excede al de su peso en oro; así se explica que muchos cazadores de otros países, ávidos de riqueza, maten las garzas por centenares para recoger un manojo de plumas con que las damas sin corazón se atavían paseándose airosas en medio de una sociedad que hace alarde de sentimientos de ternura.

Durante los meses comprendidos entre noviembre y marzo, las garzas se dispersan por los trópicos, en busca del sustento que las aguas heladas del Norte les niegan durante la estación del invierno; pero a mediados de marzo se congregan de nuevo en el Sur de los Estados Unidos, formando colonias numerosas, en aquellos lugares donde la cultura de los hombres y la eficacia de las leyes las protegen, para construir sus nidos y criar sus polluelos con absoluta libertad. Imaginaos un sitio de 14 a 15 hectáreas de terreno pantanoso, con una laguneta al centro y rodeado de pequeños árboles donde se congregan cien mil aves acuáticas para fabricar sus nidos todos los años,

sin que haya un metro cuadrado libre, ni una rama en que quepa un nido más; sin que pueda tirarse una piedra por la noche, sobre los árboles, que no choque con un pájaro, y donde la blancura de las garzas cuando se levantan al amanecer, semeja una sábana, formada por copos de nieve que se extienden desde la laguna, en todas direcciones hasta perderse de vista sobre el horizonte a muchos kilómetros de distancia. Imaginaos el regreso de esas aves, por la tarde, quebrando sobre sus alas los últimos rayos del sol, con el buche cargado de pececitos para tranquilizar el hambre de sus hijos, y el encanto con que los pequeñuelos reciben la vuelta de sus padres, y comprenderéis que no hay razón alguna para que el hombre se convierta en fiera, cuando debiera ser grande por el amor, si pretende arrogarse el título de rey de la creación.

En esas colonias se reunen a las garzas blancas, las garzas morenas, las espátulas, los martín peña, las gallinas de ciénaga y otras zancudas que ocupan todas las plantas con sus nidos, desde las ramas más altas hasta las que están a flor de agua. Las garzas ocupan las posiciones elevadas, construyendo sus nidos expuestos por regla general a los rayos del sol, con lo cual consiguen mayor calor para la incubación de los huevos y desarrollo de los pichones, permitiéndoles, por otra parte, volar a gran altura para escaparse a los tiros de escopeta, y descender casi verticalmente sobre el nido que guarda su tesoro.

El nido lo fabrican con palitos y ramitas, sin acolchonamiento alguno, de manera que desde abajo pueden disitinguirse los huevos, que son generalmente cuatro, poco menores en tamaño que los huevos de gallina, de color verdoso, como el agua del mar. A principios de abril comienza la postura; cuando los pichones tienen diez días de nacidos cogen el pico de los padres, al regreso de sus correrías diurnas, y les sacuden el buche repetidas veces para sacarles el alimento que para ellos traen almacenado; en el nido permanecen por espacio de cinco a seis semanas, hasta que han adquirido el plumaje necesario para remontar el vuelo en busca del propio sustento. Semejantes esas sociedades animales a las sociedades humanas, tienen sus alternativas de tranquilidad e inquietud, cuando un pájaro le quita a otro algunas ramitas de su nido, cuando se presenta alguna de las grandes rapaces y se lleva un pichón indefenso, o cuando por otro motivo cualquiera de natural alarma, chillan las aves, y se alborotan; después... renace la calma perdida por momentos, y la colonia toda, pasa las altas horas de la noche, sin que se pueda sospechar siquiera que haya un ser viviente en aquel enjambre de pájaros alborotadores.

Al terminar la época de la nidificación la colonia se dispersa otra vez y las palmípedas de las regiones templadas del Norte vienen a ocupar el sitio desierto, para pernoctar y cazar en la laguna, mientras las garzas regresan de su excursión a los trópicos. Estas

colonias se establecen otras veces en islotes solitarios, pero siempre a orillas de las costas, lagos o ríos caudalosos, donde los esteros y pantanos se hallan abundantes, de manera que las aves puedan ir y venir siete u ocho veces durante el día para traer a sus crías el alimento ordinario, porque el sitio escogido para la nidificación no podría sustentar por sí sólo a la inmensa familia de zancudas. A veces algunas de las aves no regresan a sus nidos y los pichones se mueren de hambre al cabo de dos o tres días; y se cita el caso de que toda la colonia haya sido destruida por los cazadores de plumas blancas, matando los pájaros adultos en sus propios nidos y dejando morir abandonados los pichones, en medio de sus gritos angustiosos, porque la sed de oro que caracteriza a los hombres de este siglo y el afán de lujo de las mujeres, tienen establecidos en los países más cultos de la tierra, como dijimos antes, ese comercio ilícito y criminal de las plumas de garza blanca. Bien está que las culebras maten a las serpientes y se las traguen enteras, porque ellas las necesitan para nutrirse, pero las mujeres bellas son indudablemente más hermosas sin esos adornos que las semejan a los pueblos bárbaros y cuya blancura representa el dolor cristalizado de centenares de aves inofensivas; por otra parte, los hombres disponen de las entrañas de la tierra y los inagotables rendimientos de la agricultura para recoger el oro a manos llenas, sin llevar la tristeza y la desolación a las colonias de la garza blanca, cuya blancura debiéramos considerar como el símbolo de la paz entre los seres organizados que con nosotros comparten los encantos y atractivos de la vida. Por eso, allá en los islotes solitarios, bien lejos de la presencia del hombre, tratan las garzas blancas de establecer sus colonias numerosas, porque saben que hay fieras humanas, insensibles a sus gritos de dolor y para quienes la presencia de centenares de nidos abandonados, donde los pichones gritan y se mueren de hambre, les hace tanta impresión como el ruido del mar o el zumbido del viento entre los árboles.

Por fortuna nuestra gente de pueblo tiene mejores sentimientos que la de otros países: hace muchos años, cuando me ocupaba en colectar animales para nuestro Museo Nacional, me hallaba una tarde en Santa Clara, al momento en que un pájaro blanco *(Carpodectes nitidus)* llegó a posarse en la copa de un árbol altísimo de zurá; el administrador de la finca tenía una escopeta de gran alcance y gozaba de fama merecida por su excelente puntería; le supliqué que matase aquel pajarito para disecarlo, y tomando la escopeta lo hizo caer sin vida desde la elevada cumbre; estábamos contemplando el precioso plumaje de nuestra presa cuando llegó a la misma copa el pájaro compañero; supliqué de nuevo que hiciese un segundo disparo, y el viejo campesino, entregándome su escopeta, me contestó: «Tome, tírelo usted, porque yo no tengo el corazón tan duro para matar esos pájaros encantadores.»

EL FAROLERO

Hace muchos años, cuando había en Alajuela sólo faroles con lámparas de canfín en las esquinas de las calles, conocimos un viejecito llamado Toribio Jara, alto, delgado, moreno, vestido de camisa blanca, pantalón azul, ceñido con banda roja, descalzo y con sombrero de paja. Llevaba siempre una escalera pequeña, un galón de aceite, un embudo y un trapo de limpiar los tubos de las lámparas y los vidrios de los faroles.

En otro tiempo debió desempeñar las funciones de sereno, porque aun continuaba atendiendo el servicio del alumbrado público: encendía los faroles al oscurecer y los apagaba al salir el sol.

Tenía el espíritu de justicia connaturalizado con su persona, seguramente por herencia y por hábito, de tal modo, que siempre separaba a los muchachos que reñían a la salida de la escuela; y en una pelotera estudiantil bastaba con decir «allí viene ñor Toribio» para que cada cual tomara el camino de su casa por la vía más corta. Sin embargo, todos los chiquillos de la vecindad lo querían y respetaban porque hacía trompos, boleros de carrucha, yugos y carretas para bueyes de olote, que les obsequiaba, amén de algunas frutas de su casita propia.

Una mañana, a la hora del almuerzo, le contábamos a mi padre lo que hacía ñor Toribio, extrañados de que sin pertenecer al personal de la escuela, ejerciese las funciones de celador callejero.

Así ha sido siempre, replicó mi padre; en mi tiempo hacía lo mismo que hoy: una vez, en una de esas peloteras, castigó al mayor de nuestros compañeros, vecino del Llano, porque le estaba pegando a otro más pequeño y porque después de separarlos trató de emprender la riña a pedradas con el mismo ñor Toribio.

«Anda, viejo seco, vos vas para abajo y yo voy para arriba; algún día me la pagarás!» dijo el llanero y se alejó llorando. Su padre lo supo y le dió las gracias a ñor Toribio, como era la costumbre en aquellos buenos tiempos; pero el muchacho jamás se la perdonó.

Pasaron algunos años y cuando el llanero fué ya hombre, durante las fiestas de la Concepción buscó a ñor Toribio en la plaza de la Agonía, para desquitarse del antiguo vapuleo.

Mi padre calló un momento.

¿Y qué resultó? preguntamos todos con interés

Que el viejecito, contestó mi padre, así como ustedes lo conocen, cogió un cabo del bejuco con que habian amarrado las barreras y lo volvió a castigar por vengativo.

ROMANCE HISTORICO

De mil setecientos treinta,
Jueves Santo, en la mañana,
sale la gente de misa
con dirección a sus casas:
un panameño arrogante,
viendo las niñas que pasan,
en el atrio de la Iglesia
con amigos hace charla.

Deja a todos en suspenso
la presencia de una guapa
joven rubia, encantadora,
linda como la alborada,
vestida de azul celeste,
con guarniciones de plata;
las zapatillas de raso,
de brocado es la casaca;
luce corales y perlas,
y sortijas de esmeralda;
sus modales distinguidos
pregonan la buena casta:
es la hermosa Catalina,
hija del Alcalde Ibarra.

Cortando al punto el silencio
el forastero, así exclama:
ésta no es mujer, señores,
¡es el lucero del alba!

***

Don José Antonio Oriamuno,
caballero de esta hazaña,
a Panamá se regresa
dejando el amor en llamas:
los dardos tiene prendidos
en menos de una semana,
con tal fuerza en Catalina,
que nadie los arrancara.

Vive en la noble Cartago
un español de Navarra,
llamado Juan José Cuende,
tratante en trapos y lanas,
quien con atentas visitas
al viejo Alcalde agasaja:
por las noches, en su tienda
se entretienen con las cartas,
y no pasa mucho tiempo
cuando su amor le declara,
pretendiendo por el tronco
llegar después a la rama.

Consulta el padre con su hija
las pretensiones de alianza
manifestadas por Cuende,
ignorando lo que pasa;
la obediencia en ese tiempo,
en el hogar era usada:
¿Cómo decirle a su padre
que al señor de Cuende no ama?
¿Qué le dirá cuando sepa
que otras promesas la embargan?

Plazo pide la doncella,
y la respuesta se aplaza;
tiene ella su amor oculto,
y a otro su padre le manda
que dé la mano de esposa
dentro de pocas semanas.
¡Qué situación tan difícil;
qué triste suerte le aguarda,
si José Antonio no vuelve,
o retira su palabra!

Pronto la tregua termina
y la crisis se prepara:
tramitan las diligencias,
tan sólo la boda falta.
De hinojos frente a una imagen
con llanto que parte el alma,
que la proteja le pide
la novia desesperada:

«¡Oh! dulce niño de Atocha,
¡Oh! Jesús, que angustias calmas,
¿No ves que mi prometido
en su viaje mucho tarda?
Hazle que regrese pronto,
¡Ojalá fuera mañana!»

***

Antes de ponerse el sol
al día siguiente, en la plaza,
el anhelado viajero
de su mula presto baja;
luego se entera de todo,
consulta con Valderrama:
el Gobernador le ofrece
su ayuda cortés y franca.

En Cartago la noticia
por corrillos comentada,
vuela, y saben que en la Curia
información se levanta,
y que a la noche siguiente
debe terminar el drama;
corre el quince de setiembre,
fecha después venerada.

***

El Gobernador, el Cura
y ocho soldados con armas,
se van a donde el Alcalde,
que gente alista en su casa
y le ordenan que a la novia
presente luego en la sala:
con altivez Catalina,
acudiendo a la demanda,
sostiene que José Antonio
de su amor la llave guarda.

Cuende con ceño terrible
de aquella gente se aparta,
mientras el Cura bendice
la unión de Oriamuno y Cata,
que así marido y mujer,
nadie en el mundo separa.

Asoma la media noche,
el triunfo los gallos cantan,
de haber el amor vencido
las conveniencias humanas.

***

Confundido y contrariado
se encuentra el anciano Ibarra,
a Cuende toda la noche
la misma cosa le pasa;
¿Cómo deshacer el nudo?
¿Cómo revivir la calma?
Yo debo, murmura Cuende,
volver sin demora a España...

Yo debo, dice el Alcalde,
retirarme a Talamanca;
y las horas se deslizan
sin acercarse a sus camas.

En la torre del Convento
suena luego la campana:
a misa llegan los fieles
envueltos en sendas capas;
Cuende va por una puerta,
por la otra puerta entra Ibarra,
que la justicia en el templo
ambos esperan hallarla;
después da la Sacristía
el señor Cura los llama,
y al triste Cuende propone
que se case con la hermana
de Catalina, que es buena;
más humilde y recatada.
«Le mejoraré la dote
con seiscientos pesos plata»
quiere agregar el Alcalde,
que el desenlace esperaba;
pero Cuende la propuesta
acepta en pocas palabras,
que ponen de manifiesto
honradez y buena pasta:
de este modo las dos bodas
se celebran sin tardanza,
y español y panameño
como hermanos ya, se abrazan.

De José Antonio Oriamuno
queda descendencia larga,
gente de lo más notable
en las letras y en las armas;
de Cuende, hasta el apellido
se pierde... no queda nada.

JOSE ASTUA AGUILAR

Costa Rica no tiene solamente escritores y poetas; también tiene oradores. No con la facundia de otros pueblos tropicales donde en cada esquina se alza un «tribuno», mas con la corrección y ánimo que caben en un pueblo culto. Oradores forenses como Ascensión Esquivel y Cleto González Víquez; oradores de Cámara como Leonidas Pacheco, Nicolás Oreamuno y Ricardo Jiménez; oradores políticos como Rafael Yglesias, Julio Acosta y Ernesto Martín. Y orador lírico de polífonos acentos, el Licenciado Astúa Aguilar. Cuando ha estado en la tribuna ha habido espectación. Su palabra es siempre cálida, emocionada, sus gestos elocuentes y oportunos, su figura nerviosa.

Pero el señor Astúa es tanto como orador, educador. En este sentido le hemos conocido en la Escuela de Derecho donde oímos sus lecciones. Es un maestro; tiene el arte de enseñar. Se pone de relieve también en ésto, como en su conversación, la inquietud de su espíritu: hablando golpea la mesa, agita la mano derecha contínuamente, se le encienden los ojos y le da un vigor tan exaltado a su expresión, que lo que dice se ve.

Es el decano de los Catedráticos de la Escuela de Derecho, pues ha dado lecciones de Derecho Romano, Penal y Comercial desde antes del 89, aún sin recibir su título de abogado, que obtuvo en ese mismo año.

Nació en el año 1859 y a los treinta años fué Subsecretario de Estado en el Gobierno de Soto. Fué miembro del Congreso que disolvió el Presidente Rodríguez. En el gobierno de Yglesias fué diputado, Ministro, Designado, Magistrado de Casación, Secretario de la Legación que fué a Europa y de la que fué a Bogotá. En el gobierno

de Esquivel fué su Ministro de Gobernación de 1902 a 1906 y en el del Licenciado González Víquez de Gobernación y Fomento. Pero durante todo ese tiempo no dejó de dar sus lecciones de Derecho, actividad ésta a la que ha consagrado el señor Astúa todo su afecto.

De muchacho había sido maestro e Inspector de Escuelas Primarias, razón de más para comprender sus cualidades de Catedrático.

En 1917 fué miembro de la Constituyente y Presidente del Senado y en 1920 fué electo por la República de Guatemala para representar a ese pueblo en la Asamblea Federal que había de estudiar la Constitución de Centroamérica.

Su labor son sus discursos y alegatos, algunos publicados y la mayor parte solamente dichos. Además: su Código Penal, magnífica obra presentada a la consideración del Congreso de 1910, pero que no se ha puesto en vigencia, y dos folletos de apuntes de lecciones sobre el delito y la pena.

En su juventud escribió versos; pero lo que no tuvo de poeta en esa manifestación lo ha conservado para el discurso, que es en él imaginativo y ardiente.

DISCURSO

SOBRE LA MUERTE DE DON MAURO FERNÁNDEZ

Señores:

La Patria lamenta una desgracia inmensa; llora la desaparición de uno de sus más esclarecidos hijos: del varón fuerte, ilustre, nobilísimo en todos conceptos notable, cuyos despojos rodeamos con el corazón henchido de amargura en estos instantes solemnes: ayer no más gala de nuestro Foro, verbo elocuente y luminoso de nuestra tribuna parlamentaria, apóstol de la juventud, orgullo y gloria de Costa Rica.

La mano rugosa de la fatalidad llamó a su morada, y el espíritu del prócer, como ave migratoria, se remontó a la altura donde la fe de las religiones señala el reinado de las claridades perpetuas; la tierra de promisión de los peregrinos del mundo!

Y a mí, señores, su discípulo, su admirador constante, me ha tocado en suerte la honra altísima, pero triste, de venir a este lugar en nombre del Gobierno, interpretando el sentimiento nacional, a proclamar sus virtudes, a recordaros sus servicios de ciudadano insigne, a pronunciar ante las sagradas reliquias de su sér, esta despedida que sale vibrando como un lamento; que se eleva, yo no sé si como una plegaria o como una protesta; que parte de mis labios hacia lo ignoto, hacia la eternidad, buscando el alma del inolvidable ausente.

No voy a haceros una biografía del señor Licenciado don Mauro Fernández, eximio patriota que en sus últimos momentos ha podido con verdad repetir la hermosa y consoladora expresión de Horacio: *non omnis moriar,*—yo no moriré del todo. Sería inútil que os presentara tal bosquejo: todos vosotros le conocísteis; todos vosotros habéis contemplado el desarrollo de esa existencia laboriosa y fecunda, compartida entre su hogar, hoy desolado, modelo de hogares, en donde brilló con todo su esplendor la belleza de su figura moral, y las graves y ominosas tareas del hombre de Estado, que se desvela por el porvenir de su país y a él consagra lo mejor de sus esfuerzos. Vivió en una cima en donde no se puede ser ignorado de nadie; desde donde los hombres se ofrecen al juicio de los pueblos de cuerpo entero, en su cabal contorno: ha sido durante su no corta carrera pública, comenzada en 1876, enhiesta y soberbia montaña que recorta sus perfiles distintamente en el panorama de nuestras ideas y de nuestras instituciones.

Sin embargo, señores, en este homenaje tributado a su grata memoria, que mi palabra modesta no acierta a formular a medida de los votos vuestros, de los anhelos del Poder Ejecutivo y de los mandatos de mi respetuoso afecto, no debo omitir el esbozo de su personalidad en la que fué la más alta y también la más querida de sus labores de estadista y de servidor devoto de la Nación. Me refiero a su propaganda por la difusión de las luces, a la reforma del organismo de las instituciones docentes, a la orientación científica de sus procedimientos y de sus fines; a su famosa Ley de Educación Común, que puso las bases del posterior desenvolvimiento de la cultura patria en lo que mira a la habilitación de las masas, de la muchedumbre, para una vida individual y colectiva, que sea sana, vigorosa y feliz.

El comprendió que el ciudadano se construye sobre el hombre iluminado por la verdad y disciplinado por el deber; que el bienestar de los pueblos implica la amplia posesión de los medios de vencer en la lucha por la existencia; que el progreso es una redención constante de las almas, antes que de los cuerpos; que la República vive de la intelectualidad y del carácter de sus hijos.

Y sobre esas convicciones fué Legislador, fué Ministro, fué el Mesías de esta generación que en los años juveniles aprendió con

las primeras letras a silabear su nombre y lo murmura ahora llena de tristeza.

En 1885, dos años después de iniciarse en Francia la gran revolución en las ideas relativas a la enseñanza popular, que ha rodeado de aureola perdurable el recuerdo de Julio Ferry, él inauguró desde allí, *(señalando una de las oficinas del Palacio)* desde lo que yo llamo su Sinaí resplandeciente, desde el Ministerio de Instrucción Pública, la nueva era de la escuela costarricense, abandonada a la sazón, con raras excepciones, en brazos de la rutina y de la general indiferencia, después de los esfuerzos a ella dedicados, antes de 1870, por la Administración del meritísimo patricio don Jesús Jiménez.

El interés de la enseñanza se incorporó en la administración local por medio de las Juntas de Educación; se hizo sentir en los hogares, palpitó en todas partes; la juventud aprendió juntamente desde sus primeros pasos a recorrer el camino del templo adonde se ora y el del plantel adonde se enseña y se educa: y el país hasta en sus más remotos caseríos ha venido poblándose de escuelas desde cuyas aulas, como pájaros que en sus nidos celebran con sus cantos la llegada del nuevo día, los alumnos saludan cada mañana el porvenir de la Patria entonando su himno sonoro y grandioso.

Obra magnífica que lo recomienda a la gratitud de los costarricenses, y que dan vivo y tierno testimonio las apretadas filas de los niños que fuera de este recinto aguardan esos restos venerandos para cubrirlos de flores, antes de que la tierra los acoja en su seno.

Ah, señores, si el ilustre e infatigable Ministro de 1885 pudiera en estos momentos erguir su noble cabeza, para ellos serían sus miradas, y exclamaría como Cornelia señalando a sus hijos: «¡He ahí mis joyas!»

Debo deciros para concluir, señores, que en la personalidad del señor Fernández se armonizaban a maravilla, como notas musicales de un acorde perfecto, los más elevados atributos de la humana naturaleza: inteligencia robusta, de amplias perspectivas; corazón generoso, sensibilidad exquisita, voluntad firme, ánimo de valiente, fe de innovador.

Nació para ir a la vanguardia de las ideas y en ella estuvo siempre; para roturar los campos del porvenir, para dejar prosélitos en pos de sí, para ser caudillo.

Nació, señores, para caer como ha caído: en el regazo de la madre Patria, que levanta su cuerpo con amor y va a depositarlo blandamente en su sarcófago, mientras el buril de la Justicia graba su nombre bendecido en el panteón de nuestra historia.

HE DICHO.

FRAGMENTO

(Alegato verbal del Licenciado don José Astúa Aguilar como Representante del Gobierno de Costa Rica, en la vista del juicio seguido por el Gobierno de esta República contra el de Nicaragua.)

Excelentísimos señores Magistrados:

Tengo el grande e inmerecido honor de comparecer ante este Alto Tribunal en ocasión tan solemne, representando al Gobierno de Costa Rica en su controversia con el de Nicaragua, a virtud de encargo especial de última hora, de hace sólo cuatro días, que me es satisfactorio cumplir por la nobleza de su objeto; encargo grato a mi alma de ciudadano y a mi corazón de patriota, que siente los intereses del hogar nacional con amor de hijo y que sabe sentir también las esperanzas que Centro América funda en el mantenimiento enérgico, cuidadoso, de cuanto somos, de cuanto poseemos, limpio de gravámenes, como hacienda bien saneada, para fundirlo en un solo todo, en una sola grandiosa entidad, en la Patria Grande, algún día: día feliz, día de luminosa resurrección, en que los pueblos ístmicos empuñarán en el concierto de las naciones el cetro de su poder efectivo, hoy endeble por fraccionado y disperso.

Encargo muy elevado, puesto que pone en mis manos el asta de la querida, de la venerada bandera de la Patria, símbolo de su honor, símbolo de su integridad, símbolo de la majestad de la propia soberanía en la tierra de nuestros mayores, y emblema asimismo, perdonadme que os lo diga, de esta comunidad costarricense, trabajadora, pacífica, leal, respetuosa del ajeno derecho, llena de las virtudes que hacen a los pueblos fuertes y felices en la evolución de la cultura humana.

Encargo que me emociona, que me oprime con su peso, porque confía a mis labios la palabra de reclamo, la expresión del derecho herido: del agravio causado a nuestro dominio y señorío, no por una nación enemiga, no por una nación de extranjera extirpe, lejana de nuestros afectos y de nuestros ideales para lo presente y lo porvenir, sino por una nación que comparte con nosotros el mismo materno regazo; aledaña nuestra por la raza, por la historia, por el espíritu y la situación geográfica, a la cual estamos y estaremos unidos en la prosperidad como en la desgracia, por la ley de un común destino; a la cual estamos y estaremos unidos en el trabajo, como en el esfuerzo vindicativo, por otra razón además, razón santa... porque guarda en las aguas del San Juan y en los campos de Rivas las tumbas de centenares de soldados costarricenses, que allí cayeron defendiendo la autonomía de Nicaragua de la ominosa invasión de

extraños, y así documentaron con su sangre y decoraron con sus huesos, de una vez y para todos los días de la historia, el principio orgánico, vital; el postulado hermoso de que los pueblos de Centro América no tienen — no deben tener más que un corazón, una conciencia, una energía, un solo interés sintético frente a sus amigos, como frente a sus enemigos; corazón, conciencia, energía, interés, que palpitaron en el pecho de nuestros próceres, al firmar la Constitución Federal de 1824, catorce años después desgarrada por la inexperiencia en las convulsiones de desgraciadas luchas que el recelo y la ambición provocaron.

Muy halagadora también la mision mía, porque me trae a esta Sala, a esta Tribuna y ante una Corte que es exponente de la conciencia de Centro América, para dirimir las querellas de sus hijos con la autoridad de la Justicia, mas también con la templanza de la madre que quiere evitarles motivos de discordia; Tribunal en que se cristalizó un día la solidaridad de nuestras aspiraciones en la más apremiante de las necesidades comunes, la constitución de la justicia externa, y que es, por el ejemplo que de él emana, faro guiador para el derrotero del mundo en la organización, no hecha todavía, de la comunidad de las naciones, a fin de alcanzar el verdadero reinado del Derecho en la esfera más compleja de la vida humana.



Voy a cumplir la obligación que gravita sobre mí con todas las dudas del que sabe que la faena es superior a sus aptitudes y ha tenido que prepararla apresuradamente, en momentos de mala salud; este Alto Tribunal se servirá tenérmelo en cuenta, voy a satisfacerla con la convicción de que mi palabra será flaca, ineficaz, para decir la causa de Costa Rica como debe ser dicha, exacta y noblemente; pero ha de valerme mucho la indulgencia vuestra y el conocimiento que ya tenéis del libelo de demanda en que con claridad perfecta y la extensión debida, se expresan los hechos lesivos de que mi Gobierno se queja y el derecho de Costa Rica a obtener reparación suficiente; libelo que no voy a repetir en este instante, porque sería labor inútil, pero que servirá de criterio y punto de partida a mis consideraciones y razonamientos.

Pienso, así lo deseo vivamente y tal es mi deber, mantenerme en este discurso dentro de los límites de la cordialidad de relaciones que, a pesar de la litis, felizmente persiste entre las Altas Partes contendientes, desentendiéndome de la relativa dureza con que el Excelentísimo señor Secretario de Estado de Nicaragua alude al justo reclamo de mi país, y desentendiendome también de la altiva, inesperada y quizá disolvente manifestación suya, de que su Gobierno

negará todo acatamiento al fallo que esta Corte de Centro América pronuncie en la especie controvertida, caso de serle adverso.

No serán, no podrán ser mis palabras voces de dulzura, porque al fin y al cabo tengo que puntualizar agravios inferidos a mi país, en primer lugar, y a Centro América por necesaria resultancia; pero serán conceptos que la razón serena dicte, ajena a todo móvil pasional; y yo os ruego que donde no pueda evitar vehementes vibraciones de mi afecto de costarricense y centroamericano, sólo miréis en ellas la expresión de sentimientos de familia, que tienen que ser comunes a todos los hijos de esta tierra que limitan México y Panamá; antaño, ciudadanos de las Provincias Unidas de Centro América, según la mentalidad de 1823; ogaño, miembros de una familia que camina lenta, pero seguramente, a hacer resurgir la llama de oro en las brazas del viejo hogar, que aun mantiene el fuego sagrado bajo las cenizas conservadoras de los años.

***

Como la sociedad de las naciones no es aún, ni lo será en mucho tiempo, un organismo dotado de leyes positivas para someter el desenfreno, y de un tribunal con imperio suficiente para domeñar cualesquiera rebeldías, sino que marcha bajo el régimen de convenciones, no siempre respetadas, y de usos, muchas veces desconocidos, cuando se atraviesa el incentivo de la utilidad o las avideces de la ambición,—los casos de justicia que ocurren tienen que resolverse, a falta de pactos, según los principios generales del Derecho, de cuando en cuando sofocados por el egoísmo, y según el criterio resultante de la costumbre, base bien sospechosa en verdad, ya que por la ley del triunfo de la energía mayor, sólo son llamadas las grandes potencias mundiales a formar el acervo de los precedentes, quedando reducidos al papel de simples seguidores sumisos, los cien pueblos de la tierra que carecen de ejército y de armada para hacerse oir y respetar.

Tal es la condición general de las controversias internacionales, a pesar de las pomposas proclamas de las grandes Cancillerías en momentos de fiesta; a pesar del Instituto de Derecho Internacional; a pesar de las Conferencias de la Haya; a pesar del Tribunal de Arbitraje en ellas convenido, de cuyo palacio deben haber huído ya sus Ministros, empujados por la ola de sangre que lo ha invadido en el monstruoso conflicto actual, en que parece van a desvanecerse todas las conquistas de la civilización de los siglos, para no dejar más que un inmenso cementerio, desde donde la exangüe especie humana rehaga con esfuerzo vacilante, la admirable obra que ensombrecen los odios y van derrumbando de prisa los cañones.

JUAN DIEGO BRAUN BONILLA

Nació en esta capital en 1859 y murió en 1885, cuando su musa comenzaba a dar sus mejores acentos. Perteneció a la escuela romántica de su época y sus versos están moldeados en esa forma fría, pero correcta, que constituyó la virtud del clasicismo.

Un biógrafo suyo, el Licenciado don Máximo Fernández, dice: «Era Juan Diego modelo de hijo, de hermano, de amigo... Abogado distinguido y laborioso, que a brazo partido luchaba contra esa especie de indigencia que, con pocas excepciones, parece ser siempre el lote de los favorecidos por las nueve hermanas.»

«Trabajando honradamente para mantener a su apreciable familia, ahogando en el trabajo la inmensa pesadumbre que le dejó la muerte de su querida madre; y soportando la carga de su vida, tomaba a ratos su lira para consagrar cantos a María Teresa y entonar otras armonías que nunca olvidaremos.»

En la Corona Fúnebre que se hizo a su memoria en 1885, hay datos completos sobre su vida. Consta allí el homenaje vivo de sus contemporáneos al poeta querido, y entre los escritos de ese libro está un soneto de Rubén Darío, fechado en Managua, cuando tenía Rubén veintisiete años, y que transcribimos:

«Para el varón eximio que proclama
la ley de la verdad; para el severo
vate que halla en la luz rico minero
y a sublimes regiones se encarama;

para el que siente la divina llama
de inmensa inspiración, y el santo fuero
de la virtud defiende, y pregonero
de la razón su majestad proclama;

para ese tiene Historia excelsa lumbre;
Humanidad un lauro relumbrante
y Patria una guirnalda de victoria;

un eterno clamor la muchedumbre
y el Poeta una lira resonante
para cantar antífonas de gloria.›

Efectivamente, no se ha olvidado a Juan Diego Braun, y los jóvenes hemos oído siempre su nombre con cariño. Desde luego, al hablar de historia literaria de Costa Rica, tendrá que venir su labor que, aunque no copiosa, sí era la de un artista.

ADIOS

A MARIA TERESA

Think of me vohere' er you be
Though many miles apart
Others may have mi company
But you may have heartt.

Adiós! adiós! Si mi contraria suerte
En otras playas o en la mar tal vez
Me obligan, niña, mísero a perderte,
Sin el consuelo de volver a verte,
De hinojos a tus pies;

O si impelido por el viento helado
De la ansiedad continua y del afán,
No encuentro donde reposar, cansado,
Ni un ser amigo que me dé apiadado
Las migas de su pan;

¿Recordarás entonces, hermosa mía,
Al pobre desterrado de tu amor?
¿Empapará una lágrima, María,
Tu rostro encantador?

Ay! déjame pensar por un instante,
En el momento mismo de partir,
Que hay algún ser que mi destino errante
Llora con tierno corazón amante,
Porque sabe sentir.

Deja, por Dios, a mi ternura, ¡oh niña!
Acariciar esa ilusión de amor,
Antes que deje el prado y la campiña
Y que mi frente pálida se ciña
La toca del dolor.

Adiós! Adiós! lejos de ti no espero
Un bálsamo encontrar a mi aflicción;
Pues sin tu luz, bellísimo lucero,
Sólo tendrá un acento lastimero
Mi herido corazón.

¿POR QUE ESTAS TRISTE?

Cuántas veces... ¿Recuerdas, vida mía?
Sentado yo a tu lado,
Al rayo del amor y la alegría,
Te dije enamorado
Los sueños de ventura que pasaban
En torno de mis sienes ardorosas,
E inquietos en mi mente se posaban
Cual bellas mariposas.

Dime, Teresa mía,
¿Recuerdas esas noches de alegría?

¿Y no es verdad que aun vive en tu memoria
Cada instante pasado dulcemente,
Yo delirando amor y ansiando gloria,
Y tú, piadosa, por borrar mis dudas,
Jurando amarme con amor ardiente?
Si tu memoria guarda, cual la mía,
Las promesas de amor que tú me hiciste,
¿Por qué, Teresa, al parecer sombría
Te muestras a mis ojos ¡ay! tan triste?
¿Acaso alguna pena
Hiere tu corazón en desventura,
Teniendo por corona la hermosura,
Y bella cual la cándida azucena,
El cetro del amor y la ternura?

No, mi bien, no es posible
Que airada tempestad sobre tu frente
Haya batido sus malignas alas;
Porque eres tú tan tierna y apacible,
Nacida entre los sueños del Oriente,

Que pareces un ángel de otros mundos
Que por la tierra se desliza apenas
Sembrando rosas, lirios y azucenas.
No, mi bien, no es posible
Que en tu alma tan joven como pura
Haya el dolor cebado su fiereza,
Marchitando la flor de tu ventura
Con el soplo glacial de la tristeza.

Luego dime, alma mía,
¿Por qué estás triste, al parecer sombría?
¡Acaso, acaso el corazón te dice
Que no debes amarme un solo instante,
Pues la distinta suerte que nos guía
Tu frente eleva a la región del cielo,
Y, pobre artista que maltrata el viento,
Mi corazón arroja en el tormento!
Acaso te predice
Sibila malhadada
¡Ay! que serás amándome, infelice,
¡Ay! que serás amándome, olvidada!

¡Oh! no!... por Dios! consuélate, alma mía;
Busquemos el desierto, si tú quieres,
Sitios desconocidos y sin nombres
Do pueda nuestro amor formar su nido
Lejos de la maldad de otras mujeres
Y libres de la envidia de los hombres;
Y allí... ¡oh! en mi loco desvarío
Al ver risueños tus brillantes ojos,
En rapto de entusiasmo exclamaría:
«¡El mundo, el cielo, la ventura es mía!»

ALBERTO BRENES CORDOBA

Visto por nosotros desde los banquillos de estudiantes de la Escuela de Derecho, nos parece tener una impresión justa de su actuación como profesor, que es sin duda la más saliente de sus actividades. Talento analítico, no se precisa para deducir; intuye con serenidad, razona como un naturalista y da la conclusión segura.

Como tratadista, el Licenciado Brenes Córdoba ha dedicado los últimos veinte años a la ingente labor de proveer a la Escuela de textos para el estudio; y lo ha hecho tan bien, a nuestro juicio, con tanta abnegación y con tanto conocimiento del asunto, que sus obras durarán lo que duren nuestros principios generales de Derecho.

La primera obra suya en ese sentido es el *Tratado de los Bienes*, 1906; hay tal unidad en el plan y están tan claramente expuestas las teorías jurídicas, que el estudiante tiene en esa obra un magnífico auxiliar y es, a la vez, fuente de consulta profesional. El segundo de sus textos es la *Historia del Derecho*, 1913, una de las obras más serias y más interesantes de la bibliografía costarricense. Su tercer tratado es sobre *Obligaciones*, que está inédito; lo conocemos solamente sus alumnos. Actualmente prepara el tratado sobre *Personas*, y creemos que emprenderá el de los *Contratos*, con lo que completará la serie de obras que demanda el curso total de Derecho Civil, según el plan de estudios de la Escuela.

Pero no sólo eso ha escrito el distinguido Catedrático: en 1888—año en que recibió su título de abogado—, publicó su primera obra, *Ejercicios Gramaticales;* poco después, a instancias del Ministerio de Instrucción Pública que servía don Mauro Fernández, redactó su *Curso Ele-*

mental de Lengua Castellana. Había sido profesor de Castellano desde 1881 en el Instituto.

El Licenciado Brenes ha prestado su concurso al país en varias ocasiones; así, ha sido Subsecretario de Relaciones Exteriores, Promotor Fiscal, Juez de Primera Instancia, Presidente de la Sala Primera de Apelaciones y Magistrado de la Sala de Casación, que es el más alto Tribunal de la República.

DE LA «HISTORIA DEL DERECHO»

INTRODUCCIÓN

Es la Historia el cuadro que representa la labor del espíritu humano, en la sucesión de los tiempos.

Borrascosa unas veces, apacible otras, ya inspirándose en el bien, ya influída por el mal, el alma humana va modelando sus creaciones con mano diligente. Un pueblo, una institución, un solo hombre, llega a veces a ejercer por un tiempo influjo preponderante en los destinos o mentalidad de las naciones; a concentrar el interés de una época y a irradiar de sí la luz que alumbra por un trecho el curso de la Historia.

La mente es la potencia creadora. Tanto la vida individual como la colectiva se condicionan poco a poco, pero de modo indudable, de acuerdo con la resultante de la mentalidad; no siendo la conducta, el proceder ordinario, sino la expresión, más o menos definida, de las ideas que han arraigado en el entendimiento y trascendido a la conciencia. Por eso sienta Pascal que el pensar bien es el principio de toda moralidad.

Además del interés que tiene el conocimiento de los hechos históricos por las provechosas enseñanzas que encierra, suministra los elementos necesarios para descubrir las leyes que las manifestaciones del espíritu siguen, en la vida de relación.

La sociabilidad es condición obligada de nuestro sér. Unicamente en el medio social se halla el hombre en su verdadero centro. Sus aptitudes y posibilidades de adelanto no encuentran las condiciones favorables a su desenvolvimiento sino en la vida colectiva. «Animal político», esto es, sociable, lo apellidó Aristóteles con tal motivo.

Cuando superficialmente se contemplan los fenómenos sociales, parece como si marchasen sin derrotero fijo, en perpetuo desorden acusador de un modo de ser completamente anárquico cual si fuese debido a que la voluntad de los agentes que ponen en movimiento

la máquina social fuese de lo más arbitrario y desconcertado que imaginarse pudiera. Mas examinados los hechos con detenimiento y sometidos a riguroso análisis, hánse descubierto líneas que señalan determinadas orientaciones en la marcha de los sucesos, a pesar de sus caprichosos giros, de su aparente desorden.

Y de esa manera debía ser. Si todo el mundo físico se mueve con regularidad y se condiciona para el desempeño de funciones armónicas con la naturaleza de las cosas, lo que implica la existencia de leyes, de un plan, de un Pensamiento, inadmisible sería que el movimiento humano, producto de incesantes esfuerzos individuales y colectivos provocados por estímulos de todo linaje para alcanzar superiores estados de existencia, estuviese fuera de regla, de dirección determinada, en abierto conflicto con la ley de analogía y la de equilibrio general; lo que no es así, ciertamente. La filosofía de la Historia demuestra que hay ciertas leyes aplicables a los hechos históricos, cuyo conocimiento importa mucho para la recta comprensión de la vida social. La ley del *progreso* y la ley de *solidaridad* son las principales hasta ahora descubiertas.

La ley del progreso, que no es otra cosa que un aspecto de la ley más general de la *evolución*, puede definirse, en este particular, *como la necesaria subordinación de los acontecimientos al adelanto del mundo.*

Se camina siempre hacia adelante, aunque no precisamente en línea recta, pues la que el progreso sigue es más bien espiral, y sinuosa o quebrada; lo que explica los retardos y aun períodos de retroceso que a veces ocurren, pero que sin embargo sirven para acumular los elementos y fuerzas que determinan el próximo avance.

Para bien comprender el funcionamiento de la ley, preciso es colocarse a distancia y en punto elevado, a fin de obtener amplia perspectiva, porque en este orden de ideas cuando las cosas se miran de cerca se presentan por lo regular bajo apariencia falsa. Ilustremos todo esto con un ejemplo.

A fines del siglo cuarto de la era vulgar, el Imperio romano, después del largo pasado de poder y grandeza, minado por los vicios, envilecido por la tiranía y debilitado por las guerras, caminaba con el paso vacilante de la decrepitud. Era, sin embargo, depositario de preciosas reliquias: los tesoros de la cultura antigua estaban en sus manos y conservaba todavía el prestigio y el brillo, aunque mortecino, de las decadentes grandezas. Por entonces, aquellos innumerables pueblos bárbaros que hasta allí habían sido rechazados de las fronteras por las picas de los soldados romanos, ávidos del rico botín, se precipitan con fuerza irresistible sobre el Imperio que saquean, desmiembran y aniquilan de mil suertes. Entre ellos se distinguen por su ferocidad los hunos o tártaros, de espantable figura, sin vislumbre de humanos sentimientos, capitaneados por el

terrible Atila que a sí mismo se apellidaba el «azote de Dios». Todo es horror y confusión. La Iglesia, llena de espanto, pone en sus letanías este grito de angustia: *A furore tártarorum libera nos, Domine!* La barbarización del mundo es completa. ¡Hasta aquel idioma latino cincelado con primor durante tantos siglos, al pasar por las rudas gargantas de los invasores, se convierte en multitud de informes jerigonzas que apenas si conservan las huellas de la primitiva lengua!

Pues bien: al cabo de diez siglos van surgiendo de aquel caos las modernas nacionalidades de Europa, llenas de vigor y lozanía; y van surgiendo también, ciencias, artes, literaturas, inventos, libertades, ideales y derechos que son la gloria de nuestros tiempos. ¡Y hasta de aquellas informes jerigonzas han brotado las espléndidas lenguas neolatinas!

Quienes miraban de cerca los acontecimientos y sufrían sus consecuencias, no habrían podido menos de considerar las invasiones de los bárbaros como un mal, como deplorable retroceso; mas quienes hoy contemplan los mismos hechos comprenden que ellos han producido en definitiva bienes inestimables y fueron la base de un adelanto sólido y duradero. Los bárbaros inocularon sana y vigorosa sangre al debilitado organismo de los antiguos pueblos de Occidente; sangre que, vitalizándolos, regenerándolos, vino a redimirlos, andando los tiempos, de la tiranía, la miseria y la ignorancia.

Y ese fenómeno es constante en la Historia del mundo. Por maravillosa virtud de la Ley suprema que todo lo encamina hacia la superior transformación de los seres, hasta del mal nace el bien, de la muerte, la vida. De ahí la exactitud de este profundo concepto de Hegel: «La Historia es la justificación de Dios.»

No menos cierta es la existencia de la ley de solidaridad. A pesar de que entre los seres humanos hay innumerables diferencias de carácter y de condiciones físicas, intelectuales y morales que en cada uno indican su propio grado de evolución, existen caracteres fundamentales comunes a todos, lo que demuestra la unidad básica de la raza, pues hasta esas mismas diferencias denotan que todas las individualidades se complementan entre sí para integrar el gran todo en que se reunen formando un verdadero organismo, de complejidad infinita, mas perfectamente armónico visto en su conjunto. Y como en todos los organismos vivientes cuanto afecta a una parte afecta al todo en virtud de la íntima y necesaria relación que hay entre las unidades y la totalidad en que concurren, lo mismo sucede en el organismo social, cuyo adelanto o atraso, felicidad o desgracia, bien o mal, se determinan por la resultante de todas las condiciones individuales que en un sentido u otro prevalecen. *Esta mutua y necesaria influencia de los individuos entre sí y respecto a la unidad social*, es lo que constituye *la ley de solidaridad.*

Individuos, gremios y pueblos tienen de consiguiente por su naturaleza, un común destino: son solidarios; de modo que las ideas, acciones y voliciones de cada uno de ellos no son indiferentes para los otros, pues les afectan más o menos intensamente según la relación y proximidad en que se hallan y la fuerza y calidad de aquéllas. Y esta influencia de unos a otros no se limita al tiempo actual sino que puede trascender a dilatados períodos, porque de acuerdo con la ley de causalidad, la cual establece que toda causa origina un efecto el cual a su vez es causa de otro efecto y así de seguida en interminable cadena, el presente es fruto del pasado y gérmen del porvenir; principio de unidad que inspiró a Pascal el pensamiento de que «la sucesión de los hombres, durante el curso de los siglos, debe considerarse como un solo hombre que subsiste siempre y aprende continuamente.»

***

El *Derecho* es el principio regulador de las relaciones de los hombres entre sí. Es una emanación de la Justicia, la que, en su sentido más general y elevado, consiste en la absoluta conformidad de los movimientos del ánimo y de los actos humanos, con la Verdad y el Bien.

No es el Derecho una creación de la mente, pero la razón desenvuelve su idea, formula sus preceptos y metodiza su estudio. Constituye el principio armónico por excelencia y es necesidad social de primer orden. Sin él no se concibe siquiera la existencia de las sociedades, pues los opuestos intereses, las pasiones y los otros varios estímulos que impulsan a los hombres a procurar el predominio de su voluntad y conveniencia sobre los demás, no podrían menos de crear una situación anárquica y disolvente, incompatible por lo mismo con la marcha ordenada de la sociedad.

Por eso, en razón de lo imprescindible de su concurso para el orden y prosperidad de los pueblos, se le ha visto aparecer en todos los tiempos y lugares; mezclarse en la vida íntima del hombre, protegerle, estimularle al trabajo, disipar sus temores, desligar su pie de la cadena de la servidumbre y procurarle siempre felicidad y paz.

La primera minifestación del Derecho en los pueblos primitivos aparece en forma de *costumbres*, esto es, de leyes que el uso ha establecido y se han conservado sin reducirse a escritura, por larga tradición.

Generalmente tales costumbres proceden del instinto jurídico popular, reflejo más o menos pronunciado de la luz del derecho natural, común a todos los seres racionales.

Después aparecen las leyes formalmente promulgadas por quienes ejercen el poder de legislar; y la regla escrita llega con el

trascurso del tiempo a ser en todo o gran parte, la fuente del derecho *positivo.*

La historia del derecho es una rama de la historia general, que trata de dar a conocer las leyes e instituciones jurídicas que han aparecido en los diferentes pueblos de la tierra. Puede ser general o particular; lo es del primer modo, cuando se refiere a todas las naciones que han desempeñado importante papel en la civilización; y lo es del segundo, cuando se concreta a un pueblo determinado.

La historia general del derecho comprende los tiempos antiguos, —Oriente, Grecia y Roma—; y los posteriores, en que figuran las principales nacionalidades modernas.

JENARO CARDONA

Es Jenaro Cardona uno de nuestros intelectuales más laboriosos. Poeta y novelista, su nombre es bien conocido fuera de Costa Rica, sobre todo por sus dos novelas *El Primo* y *La Esfinge del Sendero.* La primera fué publicada aquí en 1905 y mereció valiosos juicios nacionales y extranjeros. La Biblioteca Calleja, de Madrid, ha hecho de *El Primo* varias ediciones y siempre tiene actualidad, pues en esa obra está la nota característica de Cardona: el vigor descriptivo del ambiente americano. La otra novela suya, de mayor relieve, obtuvo el segundo premio en el concurso promovido por el Ateneo de Buenos Aires, para las fiestas del Centenario de la República Argentina. En esa ocasión disputó el primer premio al gran novelista argentino Hugo Wast y logró que el Dr. Zeballos, miembro del Jurado calificador, le otorgara su voto para el primer premio. En esa novela se estudia un problema sociológico de trascendencia: el celibato católico.

También ha sido laureado en poesía; prueba de ello su poema *La Caída del Arbol* y el soneto *La Lavandera,* que recogemos aquí. Además, tiene poemas valiosos como *La Quema* y el *Canto Epico* a don Juan Rafael Mora.

Una virtud suya es su nacionalismo. Aquí, donde se alejan tanto los artistas del motivo costarricense, es muy estimable una tan constante dedicación a cantar las cosas nuestras. Toda la obra de Cardona tiene ese matiz precioso.

Su bibliografía la constituyen esas novelas, suficiente labor por cierto, para que ocupe lugar preeminente entre los novelistas de Hispanoamérica.

LA LAVANDERA

Va por la calle con andar ligero,
moviendo el busto en equilibrio airoso;
en la cabeza, el peso fatigoso
de enorme lío atado con esmero.

Cual si fuese la nuca fino acero,
y sus muslos macizos, roble añoso,
ni el cansancio la rinde, ni el fragoso
caminillo que baja al lavadero.

Al despuntar el alba está sonriente
con las piernas desnudas entre el río
restregando la ropa en la corriente

que retrata el azul, las verdes frondas,
y va arrastrando en tímido desvío
la espuma del jabón sobre sus ondas.

BLASON

MAURO FERNÁNDEZ

Ha muchos años que el metal hervía
en el crisol candente de la fama,
y ha mucho tiempo que tu nombre aclama
la enhiesta cumbre de la patria mía.

Con santo anhelo y con tenaz porfía
difundió las auroras de su llama
aquel cerebro que la ciencia inflama
en incendios de noble rebeldía.

Nace hoy su bronce consagrado y fuerte
al mundo de la gloria y de la idea
desafiando el olvido de la muerte.

¡No muere quien audaz blandió la tea,
y fulminando el dogmatismo inerte,
un sol radiante en la conciencia crea!

LA CAIDA DEL ARBOL

(ROMANCE)

Como titán orgulloso
que domina la alta selva
se alza el cedro milenario
de áspera y ruda corteza;
sus verdes frondas extiende
llenas de savia y de fuerza
y a los árboles vecinos
su grata sombra les presta.

Por el tronco del gigante
confusa maraña trepa
de líquenes caprichosos
y de extrañas madreselvas;
desde lo alto del ramaje
descienden hasta la tierra
los bejucos retorcidos
cual serpientes gigantescas.
Del tronco en las oquedades
viven orquídeas espléndidas
de perfumes exquisitos
y de raras florescencias.

El viejo cedro resiste
del cielo las lluvias recias
que tamiza en su ramaje
que al rudo choque retiembla,
para transformarlas luego
en aljófares y perlas
que cual rocío fecundante
sobre otros árboles riega.

Los huracanes bravíos
que azotan la antigua selva
mil veces han desgreñado
del cedro la cabellera
y con sus filosas garras
troncharon las hojas nuevas,
pero venció el árbol viejo
en la titánica brega.

Pobre cedro milenario,
altivo rey de las selvas
que valiente has resistido
de los años la ira ciega,
y del agua y de los vientos
las embestidas tremendas;
¡pronto será aniquilada
tu arrogancia y tu grandeza!

Ya se acerca el cruel momento...
el hacha relampaguea
y tu tronco hiende airada
fatal e invencible fuerza;
empezó el lento suplicio
y en todas tus ramas tiemblan
los espasmos dolorosos
que circulan por tus venas.

Por los ámbitos del monte
que con la aurora despierta,
repercuten los hachazos
como una canción siniestra;
a los golpes, las astillas
el hacha homicida aventa
y cual espantosa herida
se abre ya la honda camella.

El viejo cedro vacila...
los filamentos revientan
como un ruido de sollozos,
como tristísima queja;
y va a ganar la victoria
el hacha: — ¡siempre la idea
que es acerada y cortante
taló seculares selvas...!

El gigante ya agoniza,
el hacha no ha dado tregua
y su canción por el bosque
acompasada aun resuena.
¿Qué prodigioso equilibrio
sostiene la copa enhiesta,
si es tan débil el apoyo
que su gran mole sustenta?

De pronto se oye un chasquido,
es un ¡ay! que el bosque atruena
como el rugido de rabia
que da al caer enorme bestia;
luego el tronco se estremece,
majestuoso tambalea,
y un estruendo formidable
conmueve toda la selva,
que el eco va repitiendo
con sus múltiples trompetas
y que parece de lejos
el fragor de una tormenta.

En el ancho claro abierto
yace el hijo de la selva,
y el sol con sus rayos de oro
el rugoso tronco besa.

HIMNO A LA CRUZ ROJA

(Premiado en el Concurso
para proveer de himno a la
Cruz Roja Costarricense.)

Juntemos nuestras manos en lazo de concordia,
unamos nuestras almas en noble aspiración,
al pie de esta bandera de la misericordia,
enseña sacrosanta de amor y redención.

Su armiño es una aurora de paz y de consuelo
en las tremendas luchas del mal y del dolor!
bajo sus pliegues, todas, las razas de este suelo
encuentran un regazo de caridad y amor.

Lino de bendiciones, cendal santificado
con el eterno símbolo de la divina luz:
¡tan pronto eres sudario del triste mutilado
o bien unges heridas, rojas como tu cruz!

Ignoras la fatiga; tu abnegación sublime
anima tus cruzados en horas de pavor;
¡ni amigos ni enemigos! a todos les redime
tu altruismo soberano, tu celestial fervor.

¡Oh lábaro bendito de eternas claridades!
enseña victoriosa de la divina luz.
¡Que el mundo te venere, que libre de crueldades
evoque para siempre los brazos de tu cruz!

CELAJES DE OCASO

Sentado en el rústico banco del amplio sotechado interior, frente al prado que reverberaba bajo el pertinaz saeteo del sol de aquel día de verano, el viejecito octogenario, después de dormir la siesta, contemplaba con expresión melancólica las lejanías de aquel paisaje tan viejo para él, y del cual sin embargo no apartaba la vista, sumido no se sabe en qué hondas meditaciones.

Un tanto encorvado, con la cabeza arrollada en un amplio pañuelo de colores desteñidos, sobre el cual mostraban su rebeldía algunos mechones de cabellos blancos, y apoyado ligeramente en un grueso bastón que mantenía entre las piernas, lindamente pulimentado por la caricia de sus manos, ante aquel gran campo de trabajo que brillaba inundado de sol, era un bello asunto para la égloga, el cincel o lá paleta.

Aquello era la heredad de sus mayores, que había mantenido y mejorado al golpe de sus bravos puños, remojada muchos años con el rocío bendito de su frente, inagotable en las constantes y rudas faenas, así como fué inagotable también aquel suelo que le daba siempre el ciento por uno en sus opimas cosechas.

Allí nació y se crió; después amó y tuvo larga prole. Como Príamo, el viejo rey de Troya, habría podido partir el pan en ágape patriarcal bajo la encina secular rodeado de sus cincuenta hijos. Luego éstos y las hijas fueron abandonando el hogar para formar el suyo; otros murieron. Fué el éxodo completo. El pobre viejecito había quedado solo con su compañera en la vieja casona, ahora huérfana de juventud, de risas y de amores, como nido abandonado por los polluelos que tendieron las alas por diferentes y lejanos rumbos. Así había visto el pobre octogenario cómo el vendabal aventaba en locos torbellinos las hojas amarillentas que antes fueran gala y frescor del árbol viejo que aun erguía allá en el fondo del paisaje su añoso esqueleto. ¡Eterna renovación de la vida!

La viejecita, octogenaria también, había llegado acuciosa, y ocupado su asiento habitual no lejos de su consorte, quien no pareció advertirlo, y quedóse igualmente con la vista fija en el paisaje.

¿Qué visiones retrospectivas desfilarían por aquellas cuatro retinas que escrutaban las azules serranías, como en una completa suspensión de todas sus facultades?

¿Qué recuerdos o qué esperanzas se erguirían en el fondo de aquellas dos almas que por una ley biológica penetraban en el limbo de esa infancia encantadora que se llama senectud, locura celeste, granos de opio con que la sabiduría infinita compensa piadosamente el enorme dolor de la vejez?

¿Cómo de otra manera podría la senectud destilar en su cerebro el burbujeante y generoso vino de la ilusión?

. . . .

De pronto, por un sendero que rayaba con su ancha cinta polvosa el verdor de la grama, a poca distancia del sotechado en que permanecían los dos octogenarios en muda contemplación, apareció una zagala robusta, blanca, de hermoso busto y brazos desnudos; iba con la falda un tanto recogida mostrando al firme andar las gruesas y blancas pantorrillas, y desde el sotechado habrían podido apreciarse las encendidas rosas que florecían en sus mejillas.

El viejecito, al notar la aparición de la campesina, se irguió cuanto pudo en su asiento, clavando la vista y reconcentrando en ella toda la vida como en un espasmo de muda adoración. Su rostro de marfil viejo rayado de arrugas pareció colorearse ligeramente, y en esa actitud permaneció todo el tiempo que la celeste visión tardó en perderse al doblar tras unos matorrales.

Largo rato estuvo el viejecito con la vista fija en aquel punto. Poco a poco su cuerpo, cansado del esfuerzo, volvió a encorvarse sobre el bastón, y ahora miraba al suelo con expresión tristemente ansiosa.

¿Qué clase de sentimientos despertaría en el alma del octogenario la aparición de aquella linda zagala, que cual encarnación de gloriosa juventud había pasado ante su vista deslumbrando su pobre alma desorientada por la chochez?

¡Amor!, oh perfume de amor, eterno martirio del corazón, sé compasivo, no turbes con tus ondas voluptuosas la vida que se va de puro vieja y gastada al merecido ocaso del descanso!

El viejo lanzó un suspiro entrecortado, y volviéndose a su esposa la viejecita como él octogenaria, le dijo balbuciente:

—Martina.... ¡Ah Martina! vos no sabés cuánto la quiero...! Podías ir onde el compadre y pedirla pa mí... Quiero casarme con ella... Andá...

Dijo esto a la vieja compañera de su vida, mirándola suplicante desde el limbo de su inconsciencia senil.

La octogenaria le miró asustada; había comprendido y levantándose con más bríos de los que podían suponerse en ella, contestó airada:

—¡Jesús María y José! ¡qué tentaciones le mete ahora el diablo a este hombre!... ¿Pos acaso no estoy aquí todavía? y echó a andar trabajosamente hacia el interior de la casa enjugándose una lágrima.

Costa Rica, 1920.

TRANQUILINO CHACÓN

Se ha distinguido sobre todo como escritor político. Prueba de ello el éxito de su reciente libro *Proceso Histórico.*

Su labor es copiosa, pero está dispersa.

Y cabe anotar el hecho de que ha sido más conocido como escritor en el extranjero que aquí. En 1920, cuando estuvo en Cuba, le recibieron con muestras de gran simpatía. Ha colaborado en varias revistas del exterior, y *Bohemia*, la gran revista cubana, le llama su colaborador y publica con preferencia su cuento *El beso de Bebé.* Rubén Darío fué su amigo y trabajó con él cuando el Poeta era director de *La Unión*, diario de El Salvador. También le menciona Darío en su libro *La Vida de Rubén Darío escrita por él mismo* (págs. 87, 206 y sigs.), recordando su camaradería con nuestro compatriota.

El señor Chacón ha hecho una vida activa en el país y ha ocupado distintos puestos, ya en el servicio de Justicia, pues se preparó en el estudio del Derecho, ya en el Magisterio. Fué Secretario del Liceo de Costa Rica cuando era su Director don Luis Schonau y al mismo tiempo tenía a su cargo lecciones de Contabilidad y Educación Cívica. En el Instituto de Alajuela ha sido profesor de Historia Patria y Administración Pública y en ese mismo colegio inició las clases de Sociología.

Nació en 1859 y tiene aún energía; se dedica a su trabajo de Notario, ejerciendo esta profesión como cabe a un hombre de sus cualidades, íntegro, cumplidor de su deber y cuidadoso del patrimonio ajeno más que del suyo.

LAS FIESTAS DEL CARMEN EN HEREDIA CIUDAD DE COSTA RICA

(Recuerdos infantiles.)

En Heredia, bella ciudad de Costa Rica, había muchos devotos de «Nuestra Señora del Carmen»; los hay todavía, aunque al parecer menos entusiastas que antaño. Refiérome a unos cincuenta años atrás. Siendo yo apenas un niño, mi madre me llevó a casa del señor Cura para que me «echara» el escapulario que debía convertirme en *hermano carmelo*. El buen sacerdote bendijo el escapulario que al efecto le presentó mi madre y me mandó arrodillar; obedecí, y cuando estuve en actitud beatífica, me lo puso, pronunciando ciertas palabras en latín que nunca entendí. Ufano me retiré de la casa cural, ostentando en mi pecho el escapulario, cual otro Grande de España el Toisón de Oro. Yo entendía que aquella insignia, que usé durante muchos años, era el mejor escudo de defensa en mi vida, porque así me lo explicó aquel ministro del Señor. Quedé, pues, armado caballero, como la inmortal creación de Cervantes, aunque sin confundir la casa cural con la venta que don Quijote imaginó castillo.

Los escapularios del Carmen eran confeccionados por «Las Rufinas», así llamadas dos ancianas enjutas, que moraban en su casa solariega, construída en el siglo XVIII, en forma conventual, a usanza española.

El escapulario del Carmen recordábame el relato que un sacerdote de apellido González hacía en mi casa, familiarmente, sobre los milagros de la Virgen, y el muy impresionable, por lo pintoresco, de su paso por el Monte Carmelo, en cuya cumbre se detuvo a descansar. En una de las grutas de aquella misteriosa montaña, decía el padre González, hubo de albergarse el profeta Elías, arrebatado después al cielo en un carro de fuego, del que tiraban velozmente cuatro caballos envueltos en llamas que iluminaban el espacio. ¡Cómo se avivaba mi imaginación escuchando ese relato, en que tan atrayente se me manifestaba aquel monte de la Palestina, con su diáfana perspectiva, y veía cómo las aguas del Mediterráneo besaban sin cesar sus faldas, exornándolas con las blancas espumas de su eterno oleaje! De ahí que leyera, viejo ya, con suma complacencia—precisamente por los recuerdos de mi infancia que me evocaba—el libro *Por tierras y mares*, del presbítero Schafers; sobre todo, este párrafo:

«—No es tan considerable su altura, pero forma contornos que le dan un aspecto pintoresco. Las brisas del mar, el bálsamo de las hierbas odoríferas, las aguas cristalinas que bajan de sus faldas, el silencio respetuoso del monasterio donde día y noche se cantan ala-

banzas al Eterno, hacen del Monte Carmelo un lugar precioso y en él se verifica la palabra del salmista: «El Monte de Dios es un monte fértil; Dios tiene placer en habitar en esta montaña y permanecer aquí para siempre.»

Hacia el oriente de la ciudad de Heredia destácase el magnífico templo que la piedad cristiana consagró a la Virgen del Carmen. Lo conocí en mi infancia. Ultimamente ha sido descrito por la magistral pluma de mi amigo don Luis Dobles Segreda, en su libro *Rosa Mística*. En aquella época de mi vida celebrábanse fiestas cívicas y religiosas anualmente en homenaje a la Virgen, a mediados de Julio, predominando el mayor entusiasmo, y se gastaba sin tasa, con gran desprendimiento. Los encargados de la dirección y que a la vez corrían con el gasto de su propio peculio, eran denominados «mantenedores». Fijábanse en número de tres, uno por cada día de fiestas.

Designábanse con un año de anticipación, no recuerdo si *inter misarum solemnia*, como se hacía para los altares de Corpus.

¿En qué consistían aquellas fiestas? Además de las religiosas, en alboradas, o sea paseo con la música militar al despuntar el alba, repiques de campanas a las 12 horas en punto, acompañados de petardos (tan en boga hoy, so pretexto de la «moratoria») y, sobre todo, de música parrandera; el «tope de toros», acto previo a la lidia de los mismos, en la plazoleta frente al templo, cercada ya de las populares barreras para que sirviera de cozo,—«tope de toros» decíase, porque el público, con la mascarada y la banda militar, salía a encontrar los toros que eran conducidos al toril para enseguida ser lidiados, acto que comenzaba a las 15 horas y terminaba a las 18, lo que se anunciaba reventando una recámara que atronaba el espacio. Ya a estas horas había salido el convite (mascarada) para las fiestas del día siguiente. A las 20 horas daban principio los fuegos pirotécnicos (vulgo «juegos de pólvora»), preparados por los hermanos Chaverri, muy expertos en la materia y, por ello, de gran prestigio en todo el país. Esa diversión cesaba regularmente a las 21 hs. y 30 m.

La mascarada a que aludo, tal vez pueda considerarse como un remedo siquiera del carnaval, la fiesta de la alegría más generalizada en la Habana. Entre los disfraces, distinguíase «el Viejo de la Vejiga», en figura de diablo, terror de los muchachos a los cuales perseguía dándoles de vejigazos; fuera de otros varios, el Gigante y la Giganta, destacándose entre la multitud, bailaban junto con los demás disfraces, que parecían liliputienses a su lado, al son de la música callejera, que con sus cornetas, bombos, platillos y tambores causaban el delirio en la multitud. Los gigantes iban cargados por hombres un tanto hábiles en el floreo, improvisadores *sui géneris*, de pequeñas estrofas, malitas por supuesto, porque no nacían de cultura intelectual alguna, aunque a veces eran oportunas, sonando la flauta

por casualidad. En el último día de fiestas que yo recuerdo, la mascarada se situó frente a mi casa, y al ver a mi padre en el umbral de la puerta, el hombre de la Giganta, sacando la cabeza por la abertura de un costado de la gran bata que vestía aquel disfraz y con la mano extendida por delante *(Honi soit...!)* para recibir lo pedido, exclamó:

Vengo aquí, don Jesusito,
con esta mujer gigante
para que usted, tan galante,
le regale un escudito.

Escudo en mano, rompe la música y la mojiganga sigue su marcha, formando la gran algarada... «en revuelto torbellino», como dijo cierto poeta definiendo a la humanidad en su peregrinaje por este mundo.

Uno de los números del programa de las fiestas del Carmen era el reparto de chicha y *chinchibí* entre los concurrentes en casa del respectivo mantenedor,—bebidas ambas, muy gustadas por el pueblo, fabricadas la primera de maíz y la segunda de gengibre,—de ahí que *chinchibí* tal vez pudiera ser un derivado del inglés *gingerber*. Un señor de apodo Rana (que aún vive), fabricaba el chinchibí, distinguiéndose por esa su especialidad industrial.

En el último año y día de fiestas que yo recuerdo, no sólo hubo el acostumbrado reparto de chicha y chinchibí, sino también un banquete para los indigentes del vecindario del mantenedor respectivo, el RINCÓN DE FLORES, precioso lugar, en aquel tiempo, que debió su nombre a la profusión de sus pensiles, de los cuales apenas sí puede verse hoy una que otra señal. Como los indigentes eran muchos, se ordenó la invitación de manera que no se quedara ninguno sin invitar, y hubo que construir una enramada en el patio de la casa del anfitrión para colocar debajo el comedor, pues las estancias de la habitación eran insuficientes para contener el considerable número de los invitados. Llegó la hora señalada para la recepción y colocación de los comensales en sus asientos correspondientes. Paulatinamente fueron presentándose. Algunos tenían que ser conducidos del brazo, porque su avanzada edad impedíales caminar y moverse con expedición. El mantenedor y su señora esposa atendían con la debida solicitud, el primero a los varones y la segunda a las mujeres, pues la invitación se había hecho extensiva a unos y otras. Reflejábase desde un principio la alegría en todos los semblantes. Después de la sopa, que consistía en un sustancioso caldo de frijoles, comenzaron las libaciones a iniciativa del anfitrión, saboreando un exquisito vino blanco, baratón en la época a que nos referimos. Comunicóse enseguida la alegría general entre aquellos espíritus que antes parecían abatidos, a lo que contribuía en mucho la música que

a la sazón se tocaba: el tamborcito pastoril, la chirimía, la marimba y una guitarra con tan armoniosos acordes que llegaban al alma. Los comensales no bailaban con los pies, porque no podían; pero bailaban con los ojos y la cabeza, que movían al compás de la música.

Como el mantenedor había dado sus órdenes al efecto, la mojiganga pasó por ahí, deteniéndose un rato para diversión de los comensales. Entonces sí que algunos bailaron, a pesar de sus años.

Terminada la fiesta cada uno de dichos comensales, al retirarse recibió medio peso plata que el anfitrión soltaba en su mano al estrechársela, según se supo después.

Así participaron de la alegría general, resultante de las fiestas del Carmen, hasta los desgraciados indigentes, ya que todos sin excepción somos hijos de Dios, y así pudo manifestarse en todo el esplendor de su belleza la Caridad, que significa amor.

ELÍAS SALAZAR

«¿No ha confundido Dios la sabiduría de este mundo?»

Diz que así exclamó en cierta ocasión solemne un ilustre sacerdote católico, acaso sin parar mientes en que si su apóstrofe no era una blasfemia contra la omnisciencia y justicia divinas, sí implicaba un contrasentido, apoyado abiertamente por Pío IX en su celebérrimo *Syllabus*, y en ese caso debe reconocerse que el orador sagrado obró consecuentemente, sin oscurecer en nada la «Cátedra del Espíritu Santo.» Entonces hay que convenir en que el credo católico difiere sustancialmente del cristianismo, porque el evangelio de éste, en lo moral y religioso, es la expresión de la verdad que envuelve en su propia fuerza dinámica, digamos, la destrucción de todo dogma, de suyo falaz. No puede ser que el Artífice Supremo tratara de aniquilar su propia obra, confundiendo, como las lenguas en Babilonia —según la leyenda bíblica— la sabiduría de los hombres, ¡oidlo, oh sacerdotes que me llamaríais ateo! y la expresión atribuída a Kempis, «Sólo es grande el que practica la Caridad», ¿no descansa también sobre una base falsa? En verdad, grandes fueron Vicente de Paúl, Bossuet, Fenelón, los Borromeos y miles más que iluminaron con sus nombres las páginas de la Historia, no sólo por su amor a la humanidad, sino, sobre todo, por su sabiduría.

La conciencia del hombre bueno y útil, está constituida por el amor y la razón ilustrada, en consorcio íntimo. Su resultante precisa es el ALTRUISMO en su más alto concepto. La conciencia pura por el saber y la virtud, cristaliza la personalidad humana elevándola

hacia lo infinito, mediante la evolución que tiende siempre al bien y a la verdad. Así el *Profesor don Elías Salazar*, consciente en todos los actos de su vida, fué un altruista singular; ejerciendo la caridad, amó; esparciendo, como los efluvios de las flores en su vergel, todas las luces que brillaban en su cerebro, enseñó por lo menos a una generación entera. Si no hubiera tenido una conciencia formada por el saber y la virtud, no habría sido prosélito fidelísimo del evangelio o moral cristiana ni de la ciencia, tan necesaria en el mundo.

Don Elías en moral y religión fué ecléctico, pero con base siempre en el evangelio de Jesús, e inconmovible en sus principios hasta el último momento. Al tocar los lindes del supremo trance, se acercó al lecho un discreto sacerdote católico, revestido de toda buena fe, y le interrogó: —¿Desea algo, don Elías? —Salud para usted, le contestó. Hízole alguna otra pregunta, de que yo no pude enterarme, y el moribundo expresó: «Siempre he sido tolerante en esta sociedad y he procurado observar con mi familia la mayor moralidad.» El sacerdote acarició con su mano la frente de don Elías, expresándole su buena voluntad, y salió de la estancia. Parecióme que derramaba algunas lágrimas y entonces comprendí que aquel virtuoso sacerdote más que católico era cristiano. Excepción entre algunas.

El Profesor Salazar nació en el caserío Colima, cantón de Tibás, el 6 de enero de 1866, y murió ayer, en brazos de su estimabilísima familia y de esta sociedad alajuelense, que supo aquilatar sus relevantes méritos y agradecer sus innúmeros servicios. Fueron sus padres personas distinguidas por su honradez, quienes figuraron en su pueblo a manera de patriarcas, como los del Antiguo Testamento, que tanto evolucionaban hacia su Dios; pero no eran acaudalados como aquellos personajes bíblicos; su pobreza les impedía darle a su hijo una carrera científica y literaria, según parecían reclamarlo las dotes especiales que desde niño revelaba el ilustre extinto. Entró en la escuela, donde iba a sobresalir por la corrección de su conducta, por el despejo de su inteligencia y por su aprovechamiento. De ahí tuvo que pasar,—ya en los umbrales de la adolescencia,—a las penosas faenas del trabajo rural. Él mismo se complacía, después, en amena y pintoresca conversación y en sugestivas conferencias, en relatar minuciosamente su labor en el campo, explicando cómo enyugaba los bueyes que debían uncirse a la carreta, o al arado para labrar la tierra; cómo viajaba, a veces bajo lluvia torrencial, por caminos escabrosos, guiando aquéllos hacia Río Sucio, de donde partía la línea férrea al Atlántico. Después de esa época de su existencia, sus padres pudieron mandarlo al colegio, una vez que su afán por el estudio imponíase desde sus primeros años. Con el chuzo al brazo y chapoteando barro, al frente de sus bueyes, veíasele constantemente leyendo todo papel impreso con que tropezaba; y nada de lo que leía olvidaba, porque así fué la poderosa memoria con que lo

dotara la naturaleza, la que conservó fresca hasta su muerte. Ahí están los anales del INSTITUTO AMERICANO de Cartago y del INSTITUTO NACIONAL, encomendados a la hábil dirección de los señores Fernández Ferraz, poniendo de manifiesto su notable labor de estudiante hasta alcanzar bien pronto la categoría de profesor, y ya ganaba para proveer a su propia subsistencia y aun en parte a la de sus progenitores, a quienes rendía sobre todas las cosas, el homenaje de su acendrado cariño.

Por aquel tiempo desempeñaba la clase de Historia en el Instituto Nacional don Francisco Picado, persona acreditadísima en la intelectualidad del país por su vasta ilustración y por sus especiales dotes pedagógicas. Al aula donde daba sus lecciones acudían, a veces, algunos de sus comprofesores, además de los alumnos, a escucharlas con admiración. En esas circunstancias, cayó enfermo el señor Picado y don Elías fué su sustituto. Según es fama, desempeñó su cometido a igual altura, sin atenuar el interés con que su antecesor revestía dichas lecciones. Don Elías renunció al sueldo en favor de su amigo el profesor en propiedad.

Siendo muy joven todavía, el maestro que mueve ahora mi pobre pluma y conmueve mi corazón, fué nombrado para profesor de moral en el Liceo de Costa Rica. Yo tuve a mucha honra ser su compañero en ese mismo plantel docente, enseñando caligrafía y contabilidad lo digo para que se vea que al referirme a don Elías obro con conocimiento de causa y puedo asegurar que sus lecciones despertaban, como las de Historia, gran interés; su palabra, siempre fácil y amena, dominaba por lo sugestiva. Hablaba con la misma maestría tanto en una como en otra ciencia; autoridades en el asunto, que conocieron al señor Salazar, lo aseguran. Era tan instruído en matemáticas como en ciencias físicas y naturales, como en varios otros ramos del saber humano. Muchas veces le oí dolerse de que él no hubiera tenido la ocasión de ejercer el profesorado de matemáticas, ciencia a la cual había dedicado mucho estudio. Escribió un texto de Aritmética, para todos los grados docentes, el cual se conserva inédito, porque no tuvo fondos para imprimirlo. Con un caudal tan copioso de ilustración, en el campo de Humanidades, no es extraño que sobresaliera como escritor y como orador. Lo repito, el estudio constante era el alimento de su espíritu tan investigador en todo momento. Escribió muchas monografías, entre ellas la que trata del cultivo del café, que mereció ser premiada en un certamen promovido por la Escuela Normal de Costa Rica. ¿Cómo iba Dios a confundir la sabiduría de este hombre excelente? y, ¿cómo considerarle grande solamente por sus obras de caridad? No, señores sacerdotes; don Elías Salazar es grande por la brillantez de su conciencia, la que supo inspirarse siempre en el evangelio de la verdad, la sabiduría, y en el evangelio de la beneficencia, la caridad.

Puede decirse que el profesor Salazar educó a más de una generación que lo recordará agradecida. Ese es su mejor monumento porque se levanta en el corazón, más que sobre el pedestal de granito el tallado en mármol. Bien lo merece, ya que su acción tan benéfica no tuvo límites; ya que su altruismo formó en él su preclara personalidad. Vivió la vida procomunal. Sus hermanos fueron todos sus connacionales, especialmente los niños, los indigentes y los desvalidos en general, los cuales fueron objeto de su predilección.

Tal fué el prohombre con cuya valiosa amistad me honré altamente. ¿Lo he perdido? ¿Lo ha perdido su amable familia? ¿Lo han perdido Alajuela y la Patria? No por cierto, porque su espíritu vive, y vivirá siempre en sus obras de progreso de pujante mentalidad y de beneficencia. Fué un libro abierto y un corazón noble. Cayó como el héroe en un campo de batalla, iluminado por los resplandores de la gloria. Pasa a figurar con el brillo de un sol naciente en la galería de nuestros hombres ilustres. ¡Descubríos, conciudadanos!

Alajuela, 22 de Agosto de 1922.

GRACILIANO CHAVERRI

Cultivó a ratos la poesía y en los últimos años de su vida fué un poeta cristiano.

Nació en la ciudad de Heredia el 11 de Agosto de 1854. Desde muy joven se dedicó a la enseñanza primaria, ramo en que prestó importantes servicios.

Su labor está dispersa en los periódicos nacionales y es de muy diverso valor; tiene poesías muy estimables, como *Heredia*, que insertamos aquí, y tiene muchas de poca intensidad poética.

HEREDIA

Por los céfiros mecida
Y por las aves cantada,
En ancho valle se anida,
Entre flores escondida,
Heredia, mi cuna amada.

Modesto pueblo situado
Entre campiñas hermosas,
Do tienen su nido amado
El pajarillo pintado
Y las ledas mariposas,

Donde auroras purpurinas
Y bellas tardes plateadas
Esmaltan de perlas finas
Aquellas verdes colinas
Y montañas azuladas.

Es con célica sonrisa
Como allí el aura enamora
A la nube que indecisa
Lleva en sus alas la brisa
Cuando aparece la aurora.

En primaveral encanto
Allí se ostentan las flores,
Desde el pálido amaranto
Que habita en el camposanto,
Emblema de los dolores,

Hasta la rosa altanera
Que desprecia la violeta,
Porque una linda hechicera
La prende en su cabellera,
O la besa en su maceta.

El murmurio de la fuente,
El zumbido de la abeja,
Y do la torcaz doliente
La nota que tristemente
Exhala cuando se queja;

Del jilguero el suave acento
Que modula en la mañana
Armonioso, vago y lento,
Forman el dulce concento
De la música herediana.

¡Oh mi pueblito encantado
De América rico edén!
¡Oh paraíso soñado,
Donde no hay fruto vedado
Que nos prive de tu bien!

Son tus montañas verjeles,
Son jardines tus praderas,
Donde crecen los laureles,
Parásitas, sanmigueles (*)
Y gigantes palmileras.

En ti los naturalistas
Encuentran con profusión
Insectos, plantas y cristas,
Y los amantes artistas
La fuente de inspiración.

Aves de pluma dorada,
Flores de vario color,
Fuentes de linfa argentada,
Aura fresca embalsamada
Y la Venus del amor.

II

La simpática herediana,
De ojos negros, tez de rosa,
Talle esbelto de sultana
Que parece por hermosa
Lucero de la mañana;

Nereida de leve espuma,
Sirena de dulce canto,
Un cisne de la laguna
En cuyo nítido manto
Refleja un rayo la luna;

Golondrina en sus dolores,
En el placer, mariposa,
Fiel paloma en sus amores
Que inocente y cariñosa
Forma su nido de flores;

Ligera como la nave,
Cimbreña como la palma,
Semejando por lo suave
Un pensamiento del alma
Que toma el vuelo del ave.

III

Oh tierra de bendición!
Oh mi tierra americana!
En ti se ostenta galana
La flor de mi corazón,
La simpática herediana.

Tú acariciaste en tu seno
Aquella madre querida,
Cuya imagen bendecida
Es aún el iris sereno
De mi borrascosa vida;

Y mi ilusión nacarada,
De amor sonrisa primera,
La dulce niña hechicera
Quince veces coronada
De Flora en la primavera;

Los amigos de la infancia,
Con quienes crecí sonriendo
Tras los pájaros corriendo,
Y aprisionando en su estancia
A las palomas durmiendo.

Y guardas en tu mansión
Los restos ya carcomidos
De aquellos seres queridos,
Pedazos del corazón
Por la tierra recogidos.

Eres, pueblo, mi tesoro.
Eres, Heredia, mi encanto.
Ante tu altar sacrosanto
Yo vierto triste mi lloro,
Y entono alegre mi canto.

IV

De Heredia en la tierra amada
Caven ¡ay! mi tumba helada,
Que es dulce morir así,
Como el tierno colibrí
Sobre la flor más preciada.

(*) Flor silvestre muy apreciable.

AQUILEO ECHEVERRIA

De acuerdo con la teoría de Taine sobre el ambiente, Costa Rica puede ofrecer, como expresión de su naturaleza armoniosa, la poesía fresca de Aquileo Echeverría. Es, en efecto, nuestro genio típico; el alma campesina del país hecha armonía en el verso. Por eso dijo Darío en «Peregrinaciones», hablando de Aquileo: «Costa Rica tiene un poeta. Tiene, es verdad, otros poetas, pero *su* poeta, el poeta nacional, el poeta regional, el poeta familiar, se llama Aquileo Echeverría.» El Dr. Zambrana decía en el prólogo de *Concherías:* «su musa es una muchacha alegre, fresca y coloradota, si ligera de lengua, de muchas libras de peso. De imaginación traviesa, pero que sabe ponerse seria si le conviene.»

La sencilla y franca alegría del campesino, la gracia fresca y humilde de la campesina, todo dicho en la misma lengua arcaica de nuestro pueblo feliz, éso son las poesías de Aquileo.

Por eso serán inmortales.

Su biografía no tiene notas extrañas: nació el 11 de Marzo de 1866 y vivió su vida de poeta en aquellos días propicios, cuando Darío llegó joven a Costa Rica y alisaba las alas para el triunfo, cuando el Dr. Zambrana tenía su pléyade, no como la de Ronsard, pero sí llena de ese *humour* que fué el alma de la época.

El ingenio feliz de Aquileo llenó el ambiente de notas alegres, a pesar de su vida pobre y de su enfermedad. Todos los periódicos y revistas de su época le contaron entre sus redactores y en ese campo fué grande su trabajo, pues son frecuentes sus crónicas joviales, así

como los juicios literarios y artículos serios con que se prestigiaban «La Revista de Costa Rica», «Páginas Ilustradas», «Cuartillas», «Boccaccio», «El Periódico» y otras publicaciones de entonces.

Otro aspecto suyo, poco conocido, pero que debería difundirse a despecho de la mogigatería, es el del epigrama y de la copla, que cultivó este poeta con ingenio singular. Allí está su musa chispeante y picaresca y allí está también su propia vida reflejada. Es el cascabeleo alegre de su tristeza.

«Tras de cien colones ando,
úrgenme de tal manera
que conseguirlos quisiera
aunque fuera trabajando.....»

Pero «ese otro» Aquileo se quedará inédito.

Un decreto del Congreso de 1908 le procuraba un viaje a Europa para que recobrara su salud; y un año después, en Marzo de 1909, murió en Barcelona el poeta nacional, dejando una obra, *Concherías*, su único libro, donde constan sus «Romances» y «Misceláneas» de 1903, y que es suficiente labor para que la patria lo recuerde siempre con gratitud y con cariño.

MI MUSA

Mi musa es joven y ardiente,
morena, de erguido seno,
boca sensual y más roja
que las bayas del cafeto;
blanca, firme dentadura,
que es albo nido de besos;
ojos grandes, expresivos,
dulces, brillantes, serenos.

Una espalda tentadora,
mórbida como su cuello;
unos brazos que, si abrazan,
es difícil salir de ellos.

Corre por su cuerpo criollo
la roja sangre del pueblo,
fresas fingiendo en su boca,
rosas en su cutis terso,
y en la gloria de sus ojos
cálido fulgor de incendio.

Canta a mi patria adorada,
canta a mi ubérrimo suelo,
a mis floridos rosales,
a mis frondosos cafetos;
al mozo fuerte y honrado,
alegre, noble, sincero;

a la moza de alma blanda
y de durísimo seno,
a nuestras altas montañas,
a nuestros valles risueños,
a nuestra tierra fecunda,
a nuestro límpido cielo.

Que no brinda en copa de oro,
sino en los cálices bellos
que le ofrecen los claveles,
ya de nieve, ya de fuego,
que embalsaman con su aroma
mi apacible y caro huerto.

LA VELA DE UN ANGELITO

Apenas el rezador
pone fin a lo que reza,
cuando sale a relucir
la hidrópica botijuela.
¡Qué besos tan cariñosos!
¡Qué caricias tan extremas!
Unos la apuntan al muro,
los más hacia las soleras.
Libre la sala de estorbos,
puesta en un rincón la mesa,
donde en caja destapada
duerme el ángel que se vela,
adelanta el maestro Goyo,
que es el director de orquesta,
con el chonete canchao,
bajo el brazo la vihuela,
en la boca el cabo hediondo
que ha llevado tras la oreja,
cabo que ha de ser al cabo
soberanísima cuecha.
Da principio el zapateado.
Cómo saltan y dan vueltas,
se detienen o adelantan,
se separan o se estrechan.
Ellas con la falda asida
y la mano en la cadera.
Ellos con pañuelo al cuello
o en la mano, según quieran.
Ahora dando pataditas,
ya girando con presteza,
van de la una a la otra banda,
van de la una a la otra puerta.
Envuélvelos una nube
que forma la polvareda

que por los pies arrancada
surge del piso de tierra;
nube contra la que luchan
en vano doce candelas
colocadas en pantallas
que de las paredes cuelgan,
o adheridas al horcón
de recia y tosca madera,
donde dejan al morir
sebo, hollín, pabilo y yesca.
Alguien grita: ¡Bomba! ¡bomba!
Párase al punto la orquesta,
y un mozo de buena estampa
así dice a su mozuela:
«Como mi almuhada es de paja
y mi novia no está vieja,
toda la noche la paso
con la paja tras la oreja.»
—¡Bravo!
—¡Bien!
—¡Viva Domingo!
—¡Vivan ñor José y Grabriela!
—¡Vivan los dueños de casa!
—¡Otro trago pa l'orquesta!
—¡Música, mestro, y arréle,
que ya encontré compañera!
—¡Oh viejiyo tan asiao!
—¡Que viva yo y mi pareja!
—¡Que viva!
—¡Bomba!
—¡Otra bomba!
Párase al punto la orquesta,
y la niña, puesta en jarras,
responde así zalamera:
«Quisiera ser cojoyito
o flor de la hierbabuena,
para perfumarle el alma
al negro que me quisiera.»
—¡Bueno!
—¡Muy bueno, caramba!
—Alcánsensen la limeta,
que la cususa hase falta
y es cususa de cabesa.
—Dame un trago, Valentín.
—Sampale, que no hay tranquera.

Los mozos de la familia
a las jóvenes obsequian,
repartiendo en azafates
sendas copas de mistela,
que toman en compañía
de empanadas de conserva,
polvorones, pan de rosa
o enlustrados con canela;
mientras las damas mayores
con la escudilla en las piernas,
se atipan de miel de ayote,
usando para comerla
de sus no pulidos dedos,
las sus no muy limpias yemas.
Fortalecidas las panzas
sigue de nuevo la juerga,
y entre risas y palmadas
se inician juegos de prendas:
«San Miguel, dame tus almas»;
luego «La gallina ciega»,
luego el «Estira y encoge»,
«El muerto» y «La mula tuerta».
En tanto, allá en la cocina
la madre suda y se empeña,
ya batiendo chocolates,
ya saqueando su alacena,
donde el bizcocho dorado
duerme en amplias cazuelejas,
o ya sacando empanadas
de papa y carne rellenas,
ruborizadas de achiote
y trasudando manteca.
El padre, con una soca
de más allá de la cuenta,
suelta un rosario de verbos
y rajonadas tremendas,
diciendo que allí no hay hombres
que se paren; que son hembras,
y que el que quiera probarlo
que se salga a la tranquera
pa arriarle cuatro planasos
y hacerle ver las estrellas...

La gentil aurora pone
fin, con su luz, a la fiesta;

y al niño, en la caja blanca,
se llevan para la aldea,
donde le aguarda el regazo
cariñoso de la tierra.

MERCANDO LEÑA

—¡Hola, ñor José María!
Traiga la leña pa bela.
¿Cuánto cobra?
—Sinco pesos.
—Abe María grasia plena!
¡Los tres dulcísimos nombres!
—Deje la jesuseadera;
yo pido lo que yo quiero
y usté ofrece lo que ofresca,
que usté manija su plata
y yo manijo mi leña,
y no hemos de disgustalos
por cuestiones de pesetas.
Eso sí, quiero disirle
que repare en la carreta,
y que espí si está cargada
con consensia o sin consensia.
Si le cabe un palo más
me lo raja en la cabesa.
Yo soy un hombre legal,
feo desilo; pero bea,
a yo naide me asariao
hasta l'ora por mi leña.
Esta es quisarrá amariyo,
laurel y madera negra:
de jierro pa consumise,
y pa prendese de yesca.
Con una leñita asina
se lucen las cosineras.
—Sí, pero está muy menuda;
tres pesos le doy por ella.
—Por cuatro se la baseo.
—Si quiere los tres, baséla.
—Se la pongo en tres con seis,
nada más que pa que bea
que yo sí quiero tratar.
—No mejoro la propuesta.
Acuérdese q'ués berano
y que anda dunda la leña.
¿Sabe en cuanto compró dos
carretadas ña Manuela,
la mujer que bibe ayí
onde está echada la perra?
¡En sinco pesos!
—¡Caramba!
de fijo que era de cerca.
Tal vez jocote o güitite?
—Que va pa güitite!... Buena:
juaquiñiquil y targuá...
—Puede ser que asina sea.
Mas volviendo a nuestro trato
se la largo en tres cuarenta.
—Los tres pesos que le dije.
—Arrímeles la peseta
y tratamos.
Ni un sentavo.
—¿Dónde le boto la leña?
—¡Abríte el portón, Jacinta!
—¡Está con yabe, ña Chepa!
—Aspérese, boy abrile.
—Guí! Güey biejo sinvergüenza!
¡Confisgao tan pachorrudo!
¡Guí, guí! ¡Jesa, jesa, jesa!
—Entrela en brasaos pequeños
pa librar la chayotera.
Coja por este saguán
y d'iay crusa a la derecha,
y en el rincón de l'esquina
me l'acomoda en estebas
de modo que deje paso
al común.
—¿Sí? ¿De deberas?

¿Con que quiere de remache
que le meta yo la leña?
y que d'iay se la acomode,
y que ha de ser de manera
que dé paso a la letrina?
Dígame, señora Chepa:
¿no le gusta más pelada
y olorosa a yerbagüena,
y con lasos en las puntas,
y aspergiada de canela,
y que además le regale
como a moda de una feria,
el chonete, los güeisillos,
los calsones, la carreta,
y este chuso, y esta faja,
y la sonta de miagüela?
¡Qué hombresiyo tan malcriao!
Cargue pronto con su leña!...
—No, si la boy a dejar
pa que la queme de muestra!...
¡Que me alse el Patas el día
que güelba a tratar con biejas!

COPLAS

Por qué, Señor, nos sometes
a penas tan horrorosas:
si bandidos, a grilletes,
y si casados, a esposas?
O te dejas de esas cosas
o mira donde te metes.

***

Es el amor un aroma
y la amistad un diamante.
Claro está que vale más
lo que no se lleva el aire.

***

No esperes nada de mí.
¿Qué puedo ofrecerte yo?
Si tú fueras *concha*, sí.
Pero siendo *perla*, no.

JUSTO A. FACIO

Nació en Panamá; pero desde muy niño, en 1861, vino a esta tierra que es hoy la suya. En los asuntos públicos ha ocupado distintos puestos: fué Subsecretario de Instrucción Pública en tiempo del Presidente Iglesias y ha sido Inspector de Enseñanza y Profesor de Castellano y Literatura.

En 1894 publicó Facio *Mis Versos*, edición hecha en la Imprenta Nacional.

Es el único libro que ha publicado.

Para hablar con exactitud de sus versos es preciso darse cuenta del romanticismo de la época en que aparecieron y de la onda de clasicismo estrecho en que se vivía entonces. En general sus giros poéticos parecen hoy un poco anticuados, pero tienen sus versos buena factura. En la sección de *Bronces* y *Sonetos Grises* es donde está mejor: la rima es fácil, y se advierte un buen conocimiento de la métrica. Luego, gusto de artista para elegir tipos y motivos.

Facio, además, tiene una labor dispersa en periódicos y revistas; sobre todo refiriéndose a asuntos de enseñanza, a la que ha dedicado casi todo su empeño.

LA AURORA Y LA MAÑANA

ROMANCE

Ya perezosa y envuelta
En su túnica rosada
En el confuso horizonte
Asoma la virgen Alba.
Apenas, apenas brilla
Su soñolienta mirada,
Que en el nocturno ropaje
Azules perfiles traza;
De la brumosa colina
Sobre las cumbres lejanas
Desaliñado y rugoso
El manto sutil arrastra;
Y al paso indeciso y breve
Que sobre los montes graba
Azulado polvo en torno
Su pie ligerísimo alza.
Ya desciende, y de la noche
Silenciosa y reposada
Tras el capuz vacilante
Con misterio se recata,
Y festiva de repente
El oscuro velo rasga
Y entre el turbio cortinaje
Asoma su faz de maga;
Y al brillar de sus pupilas
La claridad sonrosada
La parda sombra flotante
Se transparenta y enrala,
O si gira, sus caricias
Repartiendo enamorada,
A cada beso, temblando
La luz en espiras salta,
Su recogido plumaje
Sacude el ave en la rama,
Y ruborosa su frente
La rosa encendida baja;
Y la tierra que dormita
En su lecho de esmeralda
Estremecida despierta
Al contacto de sus plantas.
Al batir en raudos giros
Entonces sus leves alas
Se cierne por el espacio
Polvo luciente de plata;
Y de su cándida veste
La más vaporosa gasa
Sobre la tierra descoge
En ondas tornasoladas.
Infatigable discurre
Entre las sombras que aclara
Y de cambiantes estelas
La bóveda azul esmalta,
Hasta que en la verde loma
Dulcemente reclinada
Al bullir de la alegría
Busca rendida la calma.
Mas ¡ay! cuando de natura
En el regazo descansa,
¿Por qué súbito parece
Que moribunda desmaya?
¿Por qué desfallece y tiembla
Triste la faz y turbada?
En ademán de despecho
Inclina la frente pálida
Y en un punto recogida
La veste seráfica alza,
Que allá vió que del Oriente
En las puertas nacaradas
Sus rojas cortinas cuelga
La rubicunda mañana.
Al tender su vuelo entonces
La Virgen con tristes ansias

De sus ojos zafirinos
Nítido llanto derrama
Que tiembla sobre las hojas
En perlas aljofaradas.
Trémula y grave de pronto
Sobre las cumbres se para
Y luego palideciendo
El vuelo otra vez dilata;
Ya apenas tenue, indecisa,
Oscila su forma vaga
En el lejano horizonte
Que leve la sombra empaña.
Allá va la fugitiva
Moribunda y desalada
Por esconder su quebranto
Trasponiendo la montaña;
Acá de la hermosa ninfa
El noble triunfo proclaman
Los arrullos y los cantos
Que la natura levanta.
Al cruzar el vasto cielo
El manto de oro desata
Y, del rey del día heraldo,
Su brillante imperio aclama;
O mil tesoros luciendo
A nuestros ojos, ufana
De palmas y de tisúes
El regio dosel prepara:
Tiende al cielo rico palio
Que en campo de oro y tumbaga
Entretegidas ostenta
Rizadas plumas de nácar;
Y del pabellón en torno
Ondosa cenefa labra
Con el crespón de las nubes
Que en blondas teje y engarza.
Cómo brilla! cuál despliega
En cambiantes visos, franjas
Opalinas en el centro,
Orlas abajo argentadas.
Cómo entre la orfebrería
De su fina urdimbre salta
De topacios y rubíes
Deslumbradora cascada!
Y porque la tierra luzca
Más seductora y gallarda
Sobre ella la ninfa extiende
Su cabellera dorada,
Aureo crespón orla y ciñe
A la cúspide más alta,
Y azuladas tocas cuelga
A la distante montaña;
Mientras que brillante asoma,
Llena de fúlgidas galas,
La corte que rompe y guía
Del rey vencedor la marcha;
Y mil guerreros en ella
Dispuestos a la batalla
Parecen lucir inquietos
Las relumbrantes corazas:
Desde la cresta del monte,
Firme escabel de sus plantas
A las sombras fugitivas
Sus bruñidos dardos lanzan;
Hasta que cerca el gigante
A quien homenaje pagan
Sus escuadrones en torno
Despliegan y desparraman:
Ya surge, ya resplandece
De mil diamantes cuajada
La coruscante diadema
De sus sienes soberanas;
Y extendiendo el regio manto
Guarnecido de oro y grana,
Lentamente al cenit sube
Sobre su plaustro de llamas.

JUAN SANTAMARIA

Cayó el valiente: su atrevida planta
Al dardo cede del intruso odiado;
Pero al rodar su cuerpo mutilado
Vencedora la patria se levanta.

La roja llama que al tirano espanta
El triunfo dice del audaz soldado,
Y su vivo fulgor jamás nublado
De la gloria los campos abrillanta.

Mas a la par que resplandor de gloria
Brillante esparce su rojiza tea,
Aclarando su nombre y su memoria;

La amenazante luz con que flamea
Desde la cima de la patria historia
Terror de audaces invasores sea!

SONETO

Declina tu actitud batalladora,
Enfermo corazón,—ya estás vencido,
Ya es inútil la lucha, ya el olvido
Más negro que el sepulcro te devora.

Ninguno entre la turba bullidora
A gloriosa misión te halló nacido;
Sufre pues tu miseria, y escondido
En tu vergüenza desespera y llora.

Quisiste en vano en tu ilusión sencilla
Del águila trepar a la eminencia,
Tú, solitaria y débil avecilla;

Que en medio del horror de tu existencia,
Oh corazón de miserable arcilla,
Es grande solamente tu impotencia!

...

RICARDO FERNANDEZ GUARDIA

Nació en la provincia de Alajuela en 1867; a los seis años hizo su primer viaje a Europa, permaneciendo en un colegio de París hasta 1878, año en que regresó a Costa Rica. Por su estada en Francia había olvidado el español, de modo que tuvo que aprender de nuevo su lengua materna. Continuó sus estudios en el Instituto Nacional de San José y en el Colegio de Alajuela hasta 1883, volviendo a Europa para perfeccionarlos. Muy joven se inició en la carrera diplomática con su padre el historiador don León Fernández que era Ministro en Londres, París y Madrid. Después fué dos veces Secretario de don Manuel María de Peralta, nuestro Ministro en Europa. En 1896 fué Subsecretario de Relaciones Exteriores, en 1900 Ministro en Roma en misión especial y en 1909 Ministro de Relaciones Exteriores en tiempo del Presidente González Víquez. De 1910 a 1913 colaboró con don Pedro Pérez Zeledón en el pleito de límites con Panamá y ha desempeñado después varias comisiones diplomáticas especiales.

Su bibliografía es valiosa: en 1894, *Hojarasca*, libro de cuentos con sabor parisino que tuvo la fortuna de ser justipreciado por Gutiérrez Nájera y otros intelectuales de valía que entonces estaban en el ambiente diario. En 1901, *Cuentos Ticos*, donde hay exactitud en la tradición costarricense y flexibilidad amena. Ha merecido este libro varias ediciones y traducciones al inglés. En estos cuentos hay sencillez, naturalidad, unidad en el plan. Tiene una comedia: *Magdalena*, 1902, y luego, tres libros de importancia nacional, los que le han dado el justo

renombre como historiador ameno y sagaz: *Historia de Costa Rica*, que comprende el descubrimiento y la conquista; *Cartilla Histórica de Costa Rica*, que es un compendio bien arreglado de nuestra historia hasta hace ocho años; y la *Reseña Histórica de Talamanca*, obra de erudición y de amor por las áridas búsquedas. En 1921 publicó su último libro: *Crónicas Coloniales*.

UN MILAGRO

Si la afición a las bebidas fuertes es parte de nuestra herencia indígena, no así el vicio del juego. El indio americano no era codicioso ni avariento, ni conocía la manera de ganar o perder riquezas interpelando la suerte. En los días lejanos de la conquista nunca pudo explicarse el afán con que el español buscaba ese metal amarillo, que a él sólo le servía para labrar ídolos, extrañas joyas y algunas veces hachas. A la dosis de sangre caucásica que corre por nuestras venas debemos los hispano-americanos la pasión de la baraja y los dados. El Asia parece haber sido la cuna de los juegos de azar. En las tumbas egipcias de la más remota antigüedad se han encontrado los pequeños cubos de cuya invención se envanecían erradamente los griegos. Con delirio los amaban los romanos y todos saben que sirvieron para jugar la pobre túnica del Redentor. La España de la Edad Media no era menos inclinada a los dados, como lo prueba el Ordenamiento de las Tafurerías del rey don Alfonso el Sabio, y ese país fué el primero de Europa en que se conocieron los naipes. Los conquistadores trajeron a América los demonios de la codicia y del juego. Cuentan las historias que aquellos hombres rudos, de músculos de acero y corazón de bronce, se disputaban el fruto de sus rapiñas con hojas de árboles convertidas en cartas. Llenos están los archivos coloniales de papeles que relatan sucesos ocurridos en torno del tapete verde, y por ellos vemos que hasta los eclesiásticos desafiaban las iras de la excomunión mayor con el cubilete y los cartones en las manos.

Este preámbulo de erudición barata, no tiene más objeto que traer a cuento a un caballero de antaño, para quien no tuvo secretos ningún juego de envite. En su niñez ganaba y perdía cigarrillos, granos de cacao y golosinas a la taba, al chócolo y las *cuepas*, robando muchas horas a la escuela, donde la palmeta del maestro suplía las deficiencias del método educativo.

Apenas adolescente fué iniciado por cierto amigo en los misterios de las paradas y las pintas; pero tan sólo crueles experiencias

personales le enseñaron a guarecerse de las trapacerías del dado cargado y de su hermano el dado fiera. El monte y el faraón eran para él menos gratos que los huesecillos de seis caras y los gallos En cuanto a la malilla y la lotería las miraba con desdén, juzgándolas esparcimientos propios de viejas desocupadas y maldicientes y pretextos para beber chocolate.

Con la frecuentación asidua de cuantos garitos y fulleros había en Alajuela, su ciudad natal, más la pérdida de quinientas onzas, adquirió un saber y una maestría que ciertamente no estaban por demás en una época en que el juego era ocupación predilecta de muchos caballeros, de los cuales no pocos tenían la mala costumbre de corregir la suerte.

Los ojos negros y el corpiño repleto de una doncella linajuda lo distrajeron hacia los treinta años de su vicio favorito; pero cuando la prosa de la vida conyugal hubo disipado en él la embriaguez del deseo, olvidó las promesas de enmienda que le exigieron para concederle la manecita y demás encantos de su novia. Una noche llegó a las once, disculpándose con que se había entretenido en el billar, juego inocente si los hay; tres días después entró a las doce y hubo lágrimas, sollozos y recriminaciones, que sólo pudieron acallar solemnes juramentos para lo futuro; pero no había transcurrido un mes, cuando la desdeñada esposa pasó la noche sola. Desde entonces esta fué la regla en aquel hogar, del que una pasión innoble había desterrado el amor.

Sin parar mientes en la amenaza que se cierne sobre la cabeza del marido que descuida a una mujer joven y linda, torturada por el despecho y el recuerdo candente de una felicidad desvanecida, pasaba las noches en claro el empedernido jugador con notable perjuicio de salud y hacienda. Ni los ruegos de su atribulada consorte, ni los amargos reproches de una suegra justamente irritada, ni las reflexiones de amigos verdaderos, lograron desviarlo del abismo de perdición en que cada día se iba hundiendo más y más. «Sólo un milagro puede salvar a ese hombre capaz de jugarse hasta la camisa», decían las buenas gentes, y un milagro lo salvó, si hemos de dar crédito a personas respetables, al parecer enteradas de las cosas sobrenaturales, que yo por mi parte confieso que poco o nada entiendo.

Es el caso que una noche acudió el caballero, como de costumbre, a cierta tahurería que era en aquel entonces el centro de reunión de los jugadores más adinerados de Alajuela. La concurrencia habitual se había aumentado con la llegada de unos ganaderos ricos que traían sendas talegas llenas de oro, producto de la venta de sus reses. El juego no tardó en encandecerse; las paradas crecían a medida que se iban acalorando los contrincantes; las monedas circulaban en la mesa redonda con un ruido siniestro acompañado del choque sordo de los dados en el cubilete de madera y de las voces

alteradas de los tahures; las caras palidecían, los resuellos se cortaban, y los dedos, agitados por un temblor febril, tenían crispaciones de despecho o caían estirados con avidez sobre la presa codiciada. El caballero, que en achaques de juego sabía tanto como el famoso Vilhán, permaneció impasible y en acecho de una buena coyuntura. Estuvo capeando la adversidad con mucha maña hasta las dos de la madrugada, hora en que una serie de suertes le hizo dueño de una buena parte del dinero que había en la mesa. Entonces, a fuer de hombre precavido y familiarizado con las veleidades de la fortuna, emprendió la retirada con gran disgusto de los perdidosos; pero como era bien sabido que no aguantaba pulgas, lo dejaron ir sin chistar.

Al salir respiró con deleite el aire puro y fresco, después de larga permanencia en la atmósfera en la sala de juego, viciada por el aliento humano y las emanaciones fétidas de una lámpara de petróleo. Contento y satisfecho se dirigió a su casa, sintiendo el agradable peso de las monedas que llenaban sus bolsillos. En medio del cielo transparente la luna se destacaba como un disco de azogue, bañando la ciudad dormida con su luz misteriosa y pálida en el gran silencio de la noche, que sólo rompía el paso firme del jugador afortunado.

De pronto, al llegar a una bocacalle, vió dibujarse una silueta femenina sobre la blancura de una tapia enjalbegada. En aquellos tiempos, una mujer sola en las calles de Alajuela, a las tres de la mañana, era un hecho tan extraordinario que el caballero hizo un ademán de sorpresa y se detuvo un instante; pero luego, impulsado por la curiosidad, se fué siguiendo los pasos de la desconocida, tal vez con la esperanza de que la buena fortuna que lo acompañaba aquella noche le deparase algo más poético que las onzas de los ganaderos. Enardecido por tan grata perspectiva, apresuró el paso para dar alcance a la mujer, lo que no era fácil, porque ésta avanzaba rápidamente con un leve susurro de faldas que era una provocación. Observó que vestía el traje popular, y del garbo de la figura y la agilidad del andar dedujo que era joven. El rebozo, puesto sobre la cabeza, ocultaba las facciones, pero este detalle era un incentivo más para el enamorado perseguidor, que ya se imaginaba ver salir de aquel tapujo una carita seductora con grandes ojos negros.

La tapada siguió su camino sin volver la cabeza ni darse por entendida de la solicitud de que era objeto, y el caballero no tardó en notar que, por más que había alargado el paso no disminuía la distancia que de ella lo separaba. Empeñado en una aventura que sin saber por qué lo atraía de modo singular, se resolvió a romper por todo echando a correr en pos de aquella hembra, que bien podía ser fea y desagradable. Comenzó entonces una persecución encarnizada. El caballero corría con toda la presteza de sus piernas vigorosas, pero corría en vano, porque no ganaba terreno sobre la fugitiva y ya

las fuerzas comenzaban a faltarle. En medio de su carrera loca le asaltó de pronto el presentimiento de algo extraño y terrible, y tuvo un escalofrío al reparar en que la postura de la mujer no era la de una persona que corre. Erguida, sin ninguna moción visible, se deslizaba veloz como la sombra de una nube que arrastra el viento. Por la mente del jugador cruzó el recuerdo de todas las consejas que había oído en su niñez y sus piernas vacilaron; pero recobrándose enseguida hizo un esfuerzo desesperado y dando saltos enormes llegó tan cerca de la fugitiva, que alargó el brazo para echarle garra. En el mismo instante ésta dobló una esquina y desapareció... El caballero se detuvo jadeante, con los cabellos erizados de terror y la sangre helada en las venas.

Luego se repuso y buscó la puerta por donde hubiera podido meterse la mujer. En una distancia de treinta varas no había ninguna, y su espanto ya no tuvo límites al reconocer el sitio donde estaba. Era exactamente el mismo en que por primera vez había divisado la silueta femenina destacándose sobre la blancura de la tapia que la luna alumbraba de lleno. ¿Cómo podía ser esto, después de haber corrido tanto en otra dirección? El hecho era inexplicable, pero evidente, y lo atestiguaban todos los objetos de los contornos con su silencio pavoroso. El jugador sintió agitarse las alas del ángel de la muerte y, dando un grito ronco, se desplomó sobre el suelo.

Gentes madrugadoras lo llevaron por muerto a su casa, donde los activos cuidados de un médico y de su mujer consiguieron volverle al mundo de los vivos; pero aquel hombre, que no era ningún cobarde, que había peleado bizarramente contra los veteranos de Morazán en 1842, que estuvo en El Arroyo con D. Juan Alfaro Ruiz, en El Sardinal con D. Florentino Alfaro y en la trinchera de Angostura con el general Cañas, no volvió a tocar un dado ni una carta en el resto de sus días, que fueron muchos y felices.

Con el oro de los ganaderos compró una hermosa túnica para el Nazareno de la parroquia, y éste pagó el obsequio colmando de hijos a la esposa del jugador arrepentido, que desde aquella noche nunca durmió sola.

LAS HADAS NEGRAS

Perdido en el corazón de la sierra, inaccesible a los hombres, el volcán muerto era el lugar señalado para el aquelarre. Su cráter parecía despertar de un sueño de siglos al bullicio de la multitud de seres fantásticos, congregados en espantable saturnal para celebrar misterios horrendos a la pálida luz de la luna. Espectáculo indescriptible, digno del loco pincel de Goya; mascarada pavorosa en que se mezclaban viejas desgreñadas, lúbricas, y hermosas jóvenes en

lascivas actitudes de bacantes. Feos gnomos, barbudos y deformes, retozaban haciendo sonar los cascabeles de sus gorros, en tanto que horribles brujas, sentadas en cuclillas alrededor de grandes calderos llenos de filtros abominables, atizaban las hogueras con sus dedos flacos, armados de largas uñas encorvadas. Galápagos, culebras y multitud de sabandijas iban arrastrándose por entre las patas de monstruos estrafalarios, como los que se ven en las gárgolas de las catedrales góticas, y todos esos abortos infernales fraternizaban alegremente. El tumulto crecía por instantes con la llegada de nuevos asistentes, ávidos de concurrir el Sábado. Los hechiceros y nigromantes volaban agitando sus negras alas, a semejanza de enormes murciélagos, y las brujas venían cabalgando por el aire sobre palos de escoba. En un extremo, rodeado de sombra, alzábase el trono rústico de Su Majestad Satán, el soberano todo poderoso, cuya figura siniestra se destacaba indecisa en la penumbra, cubierta la cabeza por un sombrero con penacho de plumas de gallo negro. A su lado estaba su compañera, la más jóven y hermosa de las brujas, desnuda y coronada de flores silvestres.

—¡Abraxas! ¡Abraxas! ¡Abraxas!— grita la bruja de pronto.

A esta voz todos enloquecen y lanzando aullidos frenéticos se precipitan a adorar al soberano. Su compañera lo acaricia en medio de la terrible algazara. Luego empieza el banquete, inmunda orgía en que se prodiga un vino diabólico, a la luz vacilante de las antorchas y de los cirios verdes que blanden algunas de las brujas. Todos se aman sin pudor, ébrios de vino y de lujuria. Al banquete sigue la danza. Las manos se juntan, suenan flautas y tamboriles y la concurrencia parte en farándula vertiginosa, vuelta de espaldas a Satán, cuyo cuerpo velludo se yergue fatídico en el centro, bañado por el rojo resplandor de los fuegos, sobre los cuales van saltando los danzantes. Llega la hora de la misa negra y la bruja favorita se prosterna para que sus ancas sirvan de altar. Un demonio se acerca en ademán de oficiante a consumar el sacrilegio; mas de pronto, un grito de alarma interrumpe la siniestra burla. Cesa el bullicio, al que sucede un momento de ansiedad:

—¿Quién se atreve a turbar nuestros misterios?—interroga Satán con voz ronca y amenazadora.

-Señor—contesta una voz,—son tres hadas negras que desean verte y probar el alcance de tu poder.

—Traedlas a mi presencia.

Desaparece un demonio y vuelve luego con las hadas que tiemblan de pavor. Las rodean gentiles elfos y gnomos, codiciosos de su belleza.

—¿Quiénes sois y qué pretendéis de mí?—pregunta Satán.

—Poderoso príncipe de las tinieblas- responde una de ellas, la más hermosa, henos aquí postradas a tus plantas, en demanda

de una gracia que no hemos podido obtener de ninguno de los misteriosos espíritus del mundo; pero tú, cuyo poder es infinito, nos la vas a conceder si te mueve a compasión nuestro infortunio. Somos hermanas las tres, nacidas en un mismo día y de una misma madre; y aunque ahora ves nuestros cuerpos negros como el azabache, éramos al nacer más blancas que los nardos. De cien leguas a la redonda venían gentes a conocernos, tal era la fama de nuestra gentileza. Esta fué la causa de la desgracia que nos amarga la existencia; porque otra hada muy poderosa, enemiga y rival de nuestra madre, resolvió vengarse de ella, empañando lo que era su mayor orgullo: la singular belleza de sus hijas. Vanos fueron todos los cuidados que se tuvieron para precavernos de la maldad de tan rencorosa enemiga. Un día se le presentó la ocasión que tanto deseaba. Dormía nuestra madre sobre la hierba fresca a la margen de un río y nosotras flotábamos sobre una cuna de hojas de nelumbo, oculta entre los juncos, cuando sobrevino el hada perversa. Al amparo del traidor silencio con que se fué acercando, logró llegar hasta nosotras, sin que la sintiese nuestra madre, y pudo así cubrirnos con un velo que tiene la virtud de ennegrecer la más cabal blancura. Agotados han sido todos los medios para destruir el maleficio; los más hábiles conjuros y encantamientos han fracasado ante su misterioso poder; negras hemos quedado y negras seguiremos siendo, si tú no lo remedias. Oh, Satán, señor omnipotente de las sombras, sé generoso, compadécete de nosotras y vuélvenos nuestra piel de lirio.

—Accedo a vuestro ruego—replicó Satán y, dirigiéndose al concurso, exclamó con acento imperioso:

—Acercaos, espíritus infernales, demonios, brujas, hechiceros, gnomos y trasgos.

A este llamamiento del amo, todos acuden en actitud humilde.

—Oid lo que os mando. Juntad vuestra ciencia infernal y devolved a estas hadas su blancura perdida.

—Señor,—grita una bruja centenaria, horrible y desdentada,—el filtro que ha de obrar esa maravilla yo lo conozco; pero se necesitan para componerlo dos cosas que no tengo: la sangre de un recién nacido y el corazón de un avaro.

—Ven aquí, Asmodeo,—llamó Satán,—tú, el más astuto de mis demonios, parte en el acto y trae lo que esa vieja pide. Roba a la madre feliz el hijo de sus entrañas y rasga con tu puñal el duro pecho del avaro.

Asmodeo desaparece en una espiral de humo. Pocos minutos después regresa triunfante con lo pedido. La vieja prepara los ingredientes y pronuncia los conjuros; en seguida lo echa todo en un caldero, revuelve los tizones y masculla fórmulas cabalísticas. Brilla la lumbre y empieza de nuevo la ronda infernal en torno de la hoguera. Crecen más y más las llamas, pinos enteros se retuercen con lúgu-

bres estallidos y la vieja no cesa de atizar el fuego. El cráter tiembla de placer como si renaciese a una nueva vida; los demonios mismos admiran la intensidad del incendio y es milagro que no se funda el caldero.

—¡El alba! ¡el alba!—claman varias voces y por encanto desaparecen todos. La vieja, montada en su palo de escoba, grita desde lo alto:

—Si el corazón del avaro está blando, el filtro es bueno y bebiéndolo recobraréis vuestra blancura.

El fuego se ha extinguido y las tres hadas se aproximan ansiosas al caldero. Sacan el corazón y lo palpan. ¡Oh dolor! ¡Está petrificado! Todos los fuegos del infierno no han podido ablandarlo.

Entonces, con el pecho lleno de sollozos y los párpados cuajados de lágrimas, alzan también el vuelo; y al llegar a la cumbre del volcán, los rayos del sol naciente pusieron en sus cuerpos un reflejo sombrío como el de las perlas negras.

· • • • ·

LUIS R. FLORES

Si la estética fuera exclusivamente la psicología de lo bello, Luis R. Flores no sería un creador de belleza; pero siendo también la teoría de lo bueno, este poeta está entre los creadores. Si se toma en cuenta para juzgar de la belleza de su obra la época en que florecieron sus versos, hace más de treinta años, se verá que su poesía es la de un poeta equilibrado. Si bien un poco fría en la forma, tiene un noble calor ideológico. Es su característica: la preocupación filosófica. De joven se dedicó al trabajo de la tierra y aprendió que los surcos se prodigan mejor que los hombres y fué un hijo de la Naturaleza. Pero al mismo tiempo que cultivaba sus parcelas cultivaba su espíritu de artista y ejercitaba su mente en todos los sentidos, teniendo así lo que Guyau enuncia como rica fuente de goces estéticos: la visión integral.

Criado al rumor de los ríos y en el plácido ambiente virgiliano, su obra tenía que responder a esa pureza nacida en su ánimo con la proximidad de las cosas sencillas.

Un amigo suyo nos dice: «De cuando en cuando escribe versos en hojas dispersas, que allí se perderían si no fuéramos de tarde en tarde a robarle algunos. No quiere nombre ni anhela fama. Allí está aquel hermoso poema *Surraca*, que Rubén Darío quiso llevarse para publicarlo y que se han llevado en pedazos los ratones.» A esa indiferencia se debe, tal vez, que no haya publicado un libro todavía.

Hoy vemos que está cansado el felibre de hace ya seis lustros y contempla desde su cumbre de años este ir y venir de los jóvenes que mañana estaremos sobre otra cumbre glacial, contemplando el ir y venir de otros jóvenes.

A LA JUVENTUD

Para luchar, hasta ganar la cima
y llegar al final de la jornada,
desecha, juventud, los precipicios,
fija, sólo en la cumbre, tu mirada.

¡Marcha! y sin temer las tempestades
ni el áspid de la envidia, persevera;
como el mancebo de Longfellow, grita
¡Excelsior! tremolando tu bandera.

Y erguida llegarás a las alturas
llenas de sol, que victoriosa escalas.
Para alcanzar del éxito la palma

dos grandes fuerzas misteriosas llevas:
la Esperanza y la Fe: dos grandes alas
con que rema la góndola del alma!

AL IRAZÚ

Temblando de dolor el alma mía
Como ave herida que azorada vuela,
Llegué a la soledad de tus montañas
Buscando alivio a mis amargas penas.

Pensé encontrar en mi delirio insano
Entre alcatifas de menudas yerbas,
Lirios del valle, perfumadas flores
Y tantas cosas que los bardos sueñan.

Pensé encontrar en el follaje verde
Aves canoras modulando endechas,
Y fuentecillas que entre guijas corren
Saltando alegres por feraces vegas.

Subí después a tu gigante cima
A contemplar en la extensión inmensa
Las feraces campiñas de mi patria,
Sus montes escarpados y sus selvas.

Y allá en el confín del horizonte
Entre celajes que encendidos tiemblan,
Contemplar en estático embeleso
De los dos océanos las riberas.

Mas ¡ay! que todo se deshizo en breve.
¡Cuántas visiones y esperanzas bellas
Que exaltan, al soñar, la fantasía,
Forja y halaga nuestra mente inquieta!

Ensueños, ilusiones y esperanzas
Son nubecillas que en el éter vuelan,
Doradas por los rayos de la aurora
Y después por el ábrego deshechas.

En vez de flores con perfumes suaves
Y de hojas verdes que en las ramas tiemblan,
Allí un desierto solitario y triste
Sin más vegetación en sus riberas,

Que el ardiente arrayán que se deshace
Con la más tenue chispa que lo encienda,
Emblema de mi dicha ambicionada
Y de ilusiones y esperanzas muertas.

Subí después a tu gigante cima
A contemplar en la extensión inmensa
Y en vez de níveo cinturón de mares
Miré las nubes en tropel envueltas,

Cerrando con pavor los horizontes,
Los montes escarpados y las selvas,
Presagiando furiosas tempestades,
Borrascas bramadoras y tormentas.

Todo era horror, desolación y muerte;
Mi espíritu inundado de tristeza
Ante el fiero espectáculo plegaba
Las alas voladoras de la idea.

Confuso y aturdido quise en vano
Pulsar el arpa y demostrar mis penas,
Y en vano el arpa moduló sonidos
Que respondieran a mis tristes quejas.

Entonces descendí como azorado,
Lleno de espanto a tu infernal caverna,
Y sentí, con asombro entre mi pecho
Más fuego arder que en tus entrañas negras.

Tal vez dormido por mi bien estabas;
Pero, si un día con furor despiertas
Y rugen y retumban tus pulmones,
Y estremeces los ejes de la tierra,

No olvides ¡oh coloso! que yo estuve
Un Jueves Santo en tu gigante sierra
A orillas de tu cima tenebrosa,
Llorando con afán en tus riberas.

A LA MEMORIA DEL NOTABLE POETA JUAN DIEGO BRAUN

Caiste cual la flor en primavera
Al soplo arrasador del torbellino!
Ya está muda la lira plañidera
Que pulsabas, Juan Diego, en tu camino.

Ya de tu acento melodioso y suave
No más escucharemos la armonía.
Callaste ¡oh bardo! como calla el ave
Herida al golpe de la flecha impía.

Destino ingrato de la suerte fiera!
Cuando el amor el porvenir colora,
Nos sorprende en mitad de la carrera
El monstruo de la muerte y nos devora.

Que muera quien no sienta entre su mente
Arder la inspiración, brillar la idea,
Quien no ambicione coronar su frente
Con los laureles que el ingenio crea;

Quien no tenga una musa bienhechora
Que abrase el corazón desfallecido;

Quien no ha pensado cuando el alma llora,
Como las aves fabricar su nido;

Pero quien mira un porvenir de gloria
Brillar cercano en su ansiedad secreta,
Quien ha soñado en agrandar la Historia,
Quien ha nacido como tú poeta;

¿Por qué permite el cielo que sucumba?
¿Por qué permite que en edad temprana
Baje al abismo de ignorada tumba
El que nació para brillar mañana?

¡Ay! todo en confusión se precipita
De la muerte en el piélago sombrío!
¿Qué es el hombre? ¿qué el mundo en que se agita?
¡Sarcófagos flotantes del vacío!

Y entre esas tempestades que nos hieren,
Entre ese loco torbellino insano,
Tan sólo, oh bardo, a su furor no mueren
Las flores ¡ay! del pensamiento humano.

CARLOS GAGINI

Es filólogo, escritor, poeta y sobre todo eso, maestro. Así se le llama con cariño el maestro Gagini; porque ha dedicado toda su vida al noble ejercicio de la enseñanza; ya en las aulas, ya en la prensa. Como filólogo no sería posible estudiarlo en pocas líneas; basta decir que es uno de los más notables del país y que ése es su mejor campo. Como escritor, no es imaginativo; es realista. Como poeta, es sincero y reflexivo, no se preocupa sino de que se diga en sus versos lo que él piensa.

Incansable y laborioso, tiene gran número de obras que apuntamos aquí: PEDAGÓGICAS y LINGÜÍSTICAS: *Ejercicios de Lengua Castellana, Vocabulario de las Escuelas*, ambas editadas en la Imprenta Nacional; *El Lector Costarricense*, cuatro volúmenes, edición de Barcelona; *Elementos de Gramática Castellana*, cuarta edición de la Librería Sauter; *Programas de las Escuelas Primarias*, 1909; *Diccionario de Barbarismos*, 1892; *Diccionario de Costarriqueñismos*, 1918; *Ensayo lexicográfico sobre la lengua de Térraba; Educación Nacional* (folleto); Tomo I de los *Documentos Históricos de los Archivos Nacionales*, todas éstas editadas en la Tipografía Nacional; *Nociones de Psicología*, 1911, Imprenta del Comercio; *La ciencia y la metafísica*, en los talleres de Falcó y Borrasé; y *Los Aborígenes de Costa Rica*, editado donde Trejos Hnos. LITERATURA: *Chamarasca*, (cuentos), 1898, Imprenta de Lines; *Obras dramáticas* (dos zarzuelas y una comedia), Imprenta A. Delgado, San Salvador; *Cuentos Grises*, 1918, Falcó y Borrasé; *El Arbol Enfermo*, *La Sirena*, *La Caída del Aguila*, novelas impresas donde Trejos Hermanos; en la revista *Páginas Ilustradas* se publicó una

comedia suya: *Las cuatro y tres cuartos.* Tiene además, siete obras inéditas y tres en preparación, lo cual hace ver que a pesar de sus sesenta años este hombre trabajador y lleno de energía está en plena cosecha intelectual.

EL ARTE

(A la memoria de Lisímaco Chavarría.)

Es la belleza luz que se difunde
por todo lo creado: ved sus huellas
en la bóveda azul, donde titilan
cual áureas mariposas, las estrellas;
en el mar que festona con encajes
el soberbio cantil; en la montaña
nimbada de polícromos celajes;
en el volcán rugiente,
en la hiedra que cubre la cabaña...
¡Qué bellas son las flores!
Cuando soplan de abril las frescas brisas,
los vergeles floridos
parecen constelados de sonrisas.
Bella es la selva umbría,
la nevada montaña, el océano,
el lago y la tonante catarata:
mas, ¿qué belleza natural podría
nunca igualar al pensamiento humano
cuando en alas de ardiente fantasía
al país del ensueño se dilata?
El arte es uno: en mármol o en colores,
en acorde o palabra,
sus idëales el artista labra
y ciñe de inmortales resplandores.
¿Qué importa el material, si la luz viva
del Genio deja en él su eterno rastro?
Cada verso del Dante es una ojiva
tallada en alabastro;
el viejo Partenón es un pöema;
una copla andaluza, un arabesco;

y Miguel Angel cuando pinta un fresco,
en lugar de pincel, esgrime un astro.
¡Gloria al artista, que en amor profundo
une los corazones,
y en lluvia de inefables emociones
anega las miserias de este mundo!
Podrá la envidia ruin negarle palmas;
pero no sepultarle en el olvido.
¿Cómo olvidar al vate que ha sabido
arrancar un sollozo a nuestras almas?

Heredia, 5 de Setiembre de 1913.

LACRIMÆ RERUM

(Con motivo del terremoto de Cartago, 1910.)

¿Conque el vergel florido,
el nido de rosales ya no existe,
y hoy, convertido en pavorosa ruina,
brota de sus escombros un gemido
interminable y triste?
El alma se resiste
ante la atroz verdad! ¿Qué fué, oh Cartago,
de tus bellos palacios y tus templos?
Y qué de tus moradas
de nobleza y virtud dignos ejemplos?
Cayeron ¡ay! segadas
al furor infernal de tus volcanes;
en su antro los titanes
con sus mazas las bóvedas hirieron
y por doquier la muerte y el espanto
sus alas pavorosas extendieron.
Mudos están los labios; sólo el llanto
decir puede las penas que destrozan
los corazones... Lágrimas del cielo
descienden sin cesar sobre las ruinas.
Los escombros parece que sollozan...
El agrietado suelo apenas rozan
llorando por su hogar las golondrinas...

Por aquí una mujer, muda y sombría
como la estatua del dolor, se sienta
sobre un montón informe
y en su seno calienta
el cadáver deforme
del hijo que fué un tiempo su alegría.
Más allá, dando gritos, desgreñada,
una joven remueve los escombros
en busca de su esposo. Un pobre anciano
al cementerio va, llevando en hombros
del tierno nietecito el cuerpo inerte...
¡Cartago es la morada de la muerte!
¡Todo es sangre y horror y desventura!
¡Vida crüel que brindas despiadada
sonrisas de placer a la alborada
y a la tarde... una negra sepultura!
¡Madre tierra de entrañas diamantinas,
esfinge a quien no apiadan
de los niños las risas argentinas!
Naturaleza airada,
¿qué vale tu grandeza comparada
con la grandeza del amor humano?
¿Es acaso más dulce
tu nombre que el de *hermano*?
¡Implacable y feroz Naturaleza!
¿Qué importa al mundo tu furor insano
si, con amor sublime,
los cuerpos que tú arrojas en pedazos
otros hombres recogen en sus brazos?

LA BRUJA DE MIRAMAR

Ni aún los más guapos del pueblo se atrevían a aventurarse de noche por la calleja del río, temerosos de aquella lucecilla que parpadeaba en la sombra como un ojo felino; y si algún labrador era sorprendido por la oscuridad al volver del abrevadero con su yunta, pasaba de prisa y persignándose delante de la casucha sin atreverse a mirar, por el ventanillo siempre abierto, la humilde estancia alumbrada por una vela de sebo, la mesa llena de potingues,

el baúl desvencijado, la camilla de lona y el fogón donde se calentaba la frugal cena.

Sentada en un banquillo al lado de la mesa, una mujer cincuentona, de nariz aguileña, ojillos penetrantes y tupidas cejas grises, removía sin cesar el contenido de un mortero.

Llamábanla en Miramar la Tía Mónica y pasaba por bruja. Vivía absolutamente sola en aquella choza sin vecindario, cultivando de día una huerta de media hectárea y confeccionando de noche jabón de hiel, jarabes para la tos y otros menjurjes que junto con sus hortalizas iba a vender al pueblo dos veces por semana. Comprábanle sus artículos más por miedo que por caridad; y fué sin duda por alejarla de la aldea por lo que don Alonso, el dueño de los terrenos colindantes, insistía en comprarle la exigua finca. ¿Venderla? Ni por pienso. ¿Cómo deshacerse de una propiedad que le proporcionaba la subsistencia y le permitía vivir sin mendigar favorés de nadie?

Allí veía deslizarse los años, siempre atareada y silenciosa, cada día más flaca y huraña, gastada prematuramente por las penas del alma y los achaques del cuerpo.

Pero cuando rendida del ajetreo diurno se echaba sobre su pobre lecho, una sonrisa de inefable dicha entreabría sus marchitos labios y parecía iluminar como una aurora las paredes de la estancia. Y es que no hay nadie, por infeliz que sea, que no tenga un recuerdo o una ilusión que mitigue sus penas... Y la Tía Mónica tenía un hijo.

Quince años atrás, cuando vivía en la capital, se vió obligada a separarse de su brutal marido y a irse a Miramar, a aquella casita que le había legado una tía suya; pero su hijo único, su Jorge, fué reclamado por el padre y encerrado en un colegio con orden expresa de evitar las visitas de la madre. Durante muchos años la pobre mujer se contentó con ir de cuando en cuando a la ciudad para contemplar a su hijo al través de la verja del patio de recreos y con enviarle furtivamente dinero, dulces y cartas que nunca eran contestadas.

Al fin murió el tirano, cuando el niño, convertido en gallardo adolescente, iba a comenzar sus estudios en la escuela de comercio; y la Tía Mónica pudo entonces visitar con frecuencia a Jorge y enorgullecerse de costear su educación. Por eso se ingeniaba de mil modos para afanar el dinero; por eso trabajaba noche y día sin importarle su quebrantada salud; por eso cuando dormía brillaba en sus labios una sonrisa. ¿Qué importaba que el joven recibiera con frialdad, casi con disgusto sus visitas?

¡Era natural! Estaba relacionado con las principales familias de San José y ¿qué dirían sus amigos si supiesen que era hijo de la bruja de Miramar?

* * *

Terminados sus estudios se encontró Jorge con un problema de más difícil solución. ¡No había plazas vacantes en los almacenes! En vano solicitó, recurrió a los amigos, a los avisos. ¡Nada! ¿Estaba, pues, condenado a morirse de hambre en la capital? Nó, su madre velaba por él. Precisamente el señor Rodríguez, el tendero más acaudalado de Miramar, necesitaba un tenedor de libros. Por consejo de la Tía Mónica solicitó Jorge la plaza y la obtuvo, gracias a sus excelentes recomendaciones. Pero antes de trasladarse al pueblo manifestó a la pobre vieja la conveniencia de ocultar su parentesco: él alquilaría un cuartito y ella podría visitarle de noche. ¡Y ella que había soñado con arreglarle la única habitación de su casucha y tenerle a su lado! ¡Paciencia! Sí... Jorge tenía razón... ¿Cómo conquistarse buena posición social si los vecinos se enterasen de que era hijo de la bruja?

* * *

La acogida que le dispensó el señor Rodríguez no pudo ser más cordial: bien es verdad que a su competencia unía el joven cierta distinción de maneras y una formalidad que le captaban la simpatía de todos.

Poco a poco se granjeó la voluntad de su patrón y llegó a manejar todos los negocios de la casa.

Imposible pintar la satisfacción de la Tía Mónica al ver los progresos de su hijo y el legítimo orgullo con que oía a los vecinos ponderar las prendas del joven forastero. Habría dado los años de vida que le quedaban por poder decir a todo el mundo: «ese joven que tanto elogiáis es hijo de esta vieja y su educación es obra de esta pobre bruja!» Y en la imposibilidad de hacer tan imprudente revelación, la Tía Mónica se alejaba suspirando.

Su instinto maternal descubrió una noche un secreto importante. ¡Jorge estaba enamorado! Tenía el señor Rodríguez una hija bellísima y modesta—Anita—y entre ambos jóvenes brotó desde el primer momento una corriente de simpatía que la convivencia convirtió pronto en amor. Estaba resuelto a confesarlo todo a su principal y a solicitar la mano de Anita; pero por consejos de la Tía Mónica aplazó su petición. Era preciso consolidar antes su posición en la casa, acabar de ganarse el cariño del jefe, y sobre todo ahorrar algo. Así lo hizo y el resultado confirmó la previsión de su madre. El señor Rodríguez aprobó aquellos amores y la boda quedó concertada para principios del año siguiente.

* * *

En Diciembre se efectuaron las fiestas cívicas del pueblo, y a ellas concurrieron muchos forasteros entre los cuales se encontraban

tres o cuatro calaveras de la capital, antiguos condiscípulos de Jorge. Este se creyó en el deber de obsequiarlos y fué a cenar con ellos después de la corrida de toros. En la sala contigua al comedor se jugaba fuerte, y nuestros amigos, excitados por el champaña, resolvieron probar fortuna. Esa tarde había cobrado Jorge quinientos colones de un deudor del señor Rodríguez, y los llevaba en el bolsillo por no haber tenido tiempo de guardarlos en la caja.

Trastornado por el licor y deslumbrado por los montones de oro y de billetes, jugó por primera vez, jugó toda la noche, y al amanecer había perdido cuanto llevaba, inclusive el dinero que no era suyo.

Cuando el aire de la mañana hubo refrescado su frente, pensó avergonzado en su calaverada y recordó con horror que dos días después era el balance anual de la tienda. ¿Cómo confesar su falta, su cadena de faltas a un hombre de tan rígidos principios? ¿Dónde conseguir aquel dinero si había invertido todos sus economías en los preparativos de boda?

Estaba perdido, irremisiblemente perdido... Posición, estimación, amor... todo se había hundido en el abismo de aquella noche fatal.

* * *

A las diez, cuando la Tía Mónica llegó sigilosamente al cuarto de su hijo sintió helársele el corazón. Echado sobre el escritorio, en el cual se veían algunos pliegos recién escritos, Jorge sollozaba con el rostro oculto entre las manos. Sobre los papeles había un revólver cargado. A fuerza de caricias, de súplicas y de lágrimas la pobre mujer logró averiguar la causa de tan terrible determinación. ¡Cómo! ¡Si aquello no valía la pena!

¿No estaba allí su madre?

No, no había que menear la cabeza con desconfianza.

¿Qué estaba pensando? Ella tenía sus ahorros; si al día siguiente no estaba allí el dinero, podía él suicidarse si quería. Y así que le hizo jurar que no atentaría contra su vida hasta la noche siguiente y después de asegurarle de nuevo que para entonces traería los quinientos colones, la Tía Mónica se retiró, llevándose el revólver.

* * *

Algunos curiosos la vieron otro día entrar con el rico don Alonso en la oficina del notario y salir luego con el rostro radiante de gozo y apretando algo bajo el raído pañolón. ¡Eran los quinientos colones en que había vendido su casa y su huerta que valían más de mil! Ocho días de plazo le había dado el comprador para desocupar

la casa. ¿A dónde iría a refugiarse? ¿De qué viviría en adelante? Qué importaban esas pequeñeces con tal de salvar al ídolo de su corazón?

* * *

Durante dos semanas la vieron por las calles del pueblo vendiendo potingues, pero ya no hortalizas, cada vez más flaca y tosiendo sin cesar. Su hijo ignoraba la venta de aquella heredad que ni siquiera conocía, e ignoraba también que su madre vivía en un cobertizo azotado por el viento y por la lluvia.

«¡Cuánto sufriría si lo supiera!» Pensaba la infeliz, cegada por su amor materno, sin comprender el profundo egoísmo de aquel hijo desnaturalizado.

Después... nadie la volvió a ver por las calles del pueblo. Devorada por la tisis, y postrada en el lecho, habría muerto abandonada si una vecina caritativa no le hubiese llevado de tarde en tarde algún socorro.

Una esperanza galvanizaba aún su endeble cuerpo: la de presenciar la boda de su hijo y confundida entre el gentío verle salir del templo, dando el brazo a la gentil Anita.

Faltaban apenas ocho días...

¿Le concedería Dios tanta felicidad?

* * *

El viento de aquella sombría noche de Enero azotaba el rostro de los escasos transeuntes con una llovizna fría y penetrante como puntas de agujas.

A las once no se veía un alma en las calles ni una luz en las casas: solamente los balcones de un edificio de dos pisos frente al Mercado proyectaban sobre la plazoleta cuatro barras de luz dorada. Dentro resonaban los acordes de la música, el rumor de las carcajadas y el chocar de los vasos...

A la misma hora, por la callejuela del río avanzaba penosamente una sombra, se detenía de cuando en cuando para apoyarse en las paredes o sentarse en una piedra, y continuaba luego su camino, casi arrastrando, murmurando entre accesos de tos: «¡Dios mío, dame fuerzas para llegar!»

Más de media hora tardó en recorrer los trescientos metros que la separaban de aquellos balcones. Al llegar frente a ellos se dejó caer extenuada sobre la hierba...

¿Era sueño o realidad?

Al través de las vidrieras vió una lujosa mesa guarnecida de señoras y caballeros: en el sitio de honor una bellísima joven vesti-

da de blanco y coronada de azahares bajaba los ojos ruborizada y sonriente, mientras a su lado un apuesto mancebo murmuraba a su oído palabras de amor.

Y la moribunda pensó enajenada que toda aquella felicidad era obra suya, que su misión estaba cumplida, y que el cielo la había otorgado la recompensa debida a su heroica abnegación...

Y mientras en la sala continuaba el alegre concierto de la música y las risas, fuera la llovizna seguía cayendo, cayendo, fría como el olvido y despiadada como el egoísmo.

* * *

A la mañana siguiente se encontró sobre la hierba de la plaza el cadáver de la Tía Mónica. Su rostro reflejaba aún en una inefable sonrisa la encantadora visión que tuvo al partir de este mundo.

JUAN GARITA

El Presbítero don Juan Garita fué un verdadero precursor en el regionalismo costarricense. Fué un poeta popular y si no de alto vuelo, sí de fresca y sencilla musa. En el país no habrá un campesino que ignore el nombre de «Fray Juan», con el que publicaba sus cosas. Explotaba invariablemente asuntos relativos a la vida y a las costumbres del pueblo—dice un comentarista suyo—, entre el cual vivió a sus anchas, en comunicación directa y afectuosa con él. Sus artículos (cuentos, fábulas, descripciones) solían ser muy cortos y tenían casi siempre intención moral, sin que al seguir este noble propósito, cayera nunca en impertinente gazmoñería.

Es un detalle curioso que la primera letra que tuvo nuestro Himno Nacional fué suya; la escribió por el año 79, cuando estudiaba en el Seminario.

Colaboró en casi todos los periódicos del país y en 1908 editó sus *Composiciones poéticas*, *Fábulas y Fabulillas.*

Nació el Padre Garita en Tierra Blanca, Cartago, en 1859. Sus primeros versos constan en periódicos del año 84 y ya tienen el sello característico de su numen: el regionalismo. En ese mismo año se ordenó de sacerdote y desde entonces hace una vida interesante y laboriosa. Interesante por lo humilde que fué, que en veces labraba sus parcelas, como Albio Tibulo, pues el curato no daba para la vida; y laboriosa, porque no sólo en la literatura, donde tiene un lugar preferente, sino en toda actuación suya, fué un hombre generoso, que lo dió todo, hasta el extremo de quedar en la miseria. Y tan doloroso fué ésto, que resultan trágicas sus palabras, tres días

antes de morir, en 1912: «Estoy enfermo de muerte, sin auxilio médico, después de 28 años de buenos o malos servicios y en un país de cristianos. Adiós, o hasta después. Juan Garita.

EL RIO DE LA VIDA

A LISÍMACO

Ven, laureado cantor, ven, contemplemos
el rumoroso *Río de la vida*,
que baja entre peñascos hacia el mar.
¿Ves esa rica góndola? Los remos
rozan apenas la onda estremecida;
me parece volar.

De grana y oro y raso va cubierta;
lleva tal vez monarcas poderosos,
o es un reflejo del naciente sol.
—¡Ah de la góndola!—¡Estará desierta?
—¡Paso a la nave! ¡somos los dichosos!
—¿Lo ves? ¡cuán pocos son!

Y va la muchedumbre forcejeando
en toscas balsas y pesados leños,
que las ondas amagan destrozar.
En confuso tropel, otros saltando,
por ambos lados las abruptas peñas,
y estos somos los más.

¡Ay! en llegando al mar tendremos rota
la planta de los pies: el alma herida
por las crueles espinas del dolor.
Y en tanto se oye por la selva ignota
del majestuoso *Río de la vida*
el desigual rumor.

MI CANTO

¿Cómo distingues, amable Ríos,[1]
los inarmónicos cantares míos
en el silencio del robledal?
Son mis dominios las espesuras,
no alzo mi vuelo por las alturas
donde otras aves van a cantar.

Meció mi nido la brisa ufana,
de una aldehuela siempre lozana,
en el regazo del Irazú
donde los fríos secos y suaves
para los hombres, para las aves,
hacen eterna la juventud.

Dejé mi nido de blancas plumas,
las frescas aguas y finas brumas,
dejé los míos y eché a volar.
Y desde entonces en los boscajes,
en las honduras semisalvajes
por intervalos suelo cantar.

1 Orlando Ríos, pseudónimo con que escribía don Salomón Alcázar.

CLETO GONZALEZ VIQUEZ

Nunca hallaremos el vocablo justo para exaltar la figura de este hombre, verdadero prestigio de la intelectualidad costarricense.

Su nombre pertenece ya a la historia de los hijos ilustres de Costa Rica y su vida será siempre ejemplo de constante trabajo y de amor a la patria.

Nació el señor González Víquez el 13 de Octubre de 1858, en Barba. Fué su padre don Cleto González Pérez, de las primeras familias de la provincia de Heredia. Aficionado al derecho, profesional en la agrimensura, el señor González Pérez sirvió al país como diputado en tiempo de Guardia. Muy preocupado por la educación de sus hijos, pudo el joven don Cleto educarse en el Colegio de San Luis Gonzaga de Cartago, dirigido a la sazón por el Doctor Ferraz. Comenzó a distinguirse desde allí el precoz colegial. Con ese motivo escribió en 1903 don Alejandro Alvarado Quirós en «Pandemonium»: «Si se registran los anales del Colegio de Cartago, allá por 1872, se encuentra que el alumno González Víquez obtenía sobresalientes en todas las asignaturas y que en las oposiciones a premio lo disputaba con brillantez a los más aventajados y los vencía en el torneo. Después, en la vida pública y en su conducta de particular, ha continuado recibiendo la nota de sobresaliente, sólo que ahora no es el Tribunal del Instituto que califica sino el gran Jurado que llamamos la opinión nacional.»

Magón, refiriéndose a él en ese mismo año, decía: «La historia, especialmente la patria, tiene en González Víquez un sacerdote distinguido; paleógrafo, escudriñador,

infatigable rebuscador de datos, conoce todos los dédalos de ese laberinto y todos los vericuetos de esa selva enmarañada y casi virgen que él recorre con impasible seguridad.»

Efectivamente, el país le debe al Licenciado González Víquez valiosos estudios de geografía histórica, de genealogía, y el inmenso trabajo, poco conocido, en los Protocolos. En ésto ha hecho una labor de benedictino y ha sacado de allí la vida íntima del país durante siglos.

De la Universidad de Santo Tomás salió, antes de ser abogado, para integrar como Secretario, la comisión codificadora que realizó los actuales códigos vigentes, y en la que trabajaron el Dr. Cruz, don José J. Rodríguez, don Ascensión Esquivel, don Ricardo Jiménez y otros.

En el 87 se recibió de abogado y casó con la señorita Adela Herrán Bonilla, dama muy principal de San José. Después fué Catedrático de la Escuela de Derecho en varias asignaturas y ha sido dos veces Presidente del Colegio de Abogados. En 1885 fué a Wáshington como Secretario de la Legación; en el 87 fué Subsecretario de Relaciones Exteriores y al final de este año estuvo con don Ascensión Esquivel en Guatemala, conociendo de nuestra cuestión de límites con Nicaragua; en el 87 fué Ministro de Gobernación y de Relaciones Exteriores de Soto y como tal le tocó acompañar al Presidente de la República a Nicaragua para un asunto de relaciones entre ambos países; en el 88 fué a Europa como comisionado para colaborar con don Manuel María Peralta en la cuestión de límites con Colombia; en el 89 fué Ministro de Relaciones Exteriores de los cien días de Esquivel; en el 92 diputado en el famoso Congreso que integraron los hombres más ilustres de aquel tiempo y que disolvió el Presidente Rodríguez; en 1902 Ministro de Hacienda de don Ascensión Esquivel y Designado a la Presidencia; en 1904-905 Presidente Municipal y en 1906 ocupó la Primera Magistratura de la República, entregando el poder legalmente en 1910 a su sucesor el Licenciado don Ricardo Jiménez.

Después, cumpliendo con su propio deber y de acuerdo

con la vida democrática de Costa Rica, vuelve a ser diputado en 1916 y Presidente Municipal en 1922.

Y en todo momento ha sido un gran amigo de todos los costarricenses, consejero de todos y, como abogado eminente, el asesor de cuantos asuntos difíciles hayan podido presentarse. Su bufete ha sido el oráculo forense.

Su vida, pues, ha tenido una trayectoria espléndida. A nadie ha odiado jamás ni nadie puede decir que haya sufrido por él directamente. Como hombre público fué grande: dió libertad irrestricta y a veces sacrificó sus propios intereses por el bien de un amigo.

Se sabe que la biblioteca del Licenciado González Víquez es la primera biblioteca particular que hay entre nosotros; y que sus escritos son innumerables. No es posible señalar su bibliografía. Ha sido tan constante su trabajo en toda actividad y tal la profusión de artículos y estudios suyos, que no existe periódico o revista donde no haya dejado una estela su pluma sencilla y sabia. Se impone, eso sí, la necesidad de reunir la labor de este patricio para que, como dijimos en «Valores», sea un libro de consulta para las generaciones venideras y un alto exponente de la cultura de la época. En documentos públicos, por ejemplo, hay tal acervo de preciosa literatura suya, que debería encargarse a algún encariñado con estas cosas de la patria para que salvara del olvido piezas literarias de un estilo puro y de noble pensamiento.

Y este hombre modesto y sabio, que ha sido Magistrado, Diplomático, Ministro, Diputado, Presidente de la República, Presidente Municipal, Catedrático, vive hoy en su mismo trabajo de abogado, como en el primer tiempo, aconsejando a una clientela «digna de un abogado romano.»

Los costarricenses—como pedía «La Tribuna» en el mes de Febrero,—han de llamarlo, porque lo es verdaderamente, el *Padre de la Patria.*

CARTA DIRIGIDA AL DIPUTADO SEÑOR RODRIGUEZ EN OCASION DE HABER ÉSTE SOLICITADO SE DECLARASE BENEMÉRITO DE LA PATRIA AL LIC. GONZÁLEZ VÍQUEZ

San José, 17 de Julio de 1910.

Señor don Rafael Rodríguez,
Presente.

Muy estimado amigo:

Mentiría a Ud. si le dijera que he visto con desagrado que el Congreso haya reconocido como acto de justicia que fuí gobernante respetuoso a la ley, sumiso a las decisiones del Legislativo y garante fiel de la libertad de sufragio. No me abonan ciertamente otros títulos, pero esos sí los reclamo.

Y que este reconocimiento lo haga un Congreso compuesto en su gran mayoría de diputados que fueron enemigos de mi candidatura y de mi gobierno, es cosa que me llena de satisfacción.

Pero con la misma franqueza y sinceridad con que le expongo los sentimientos anteriores, he de decirle que preferiría que ese reconocimiento ya hecho, no viniese acompañado de la declaración de Benemérito.

Ud. me conoce: soy por naturaleza rebelde a lo aparatoso, especialmente cuando se trata de mi persona. El declararme Benemérito no borrará los errores que cometí, ni me daría merecimientos, si por acaso no hubiese tenido alguno. Pero en cambio es propio de la humana condición mirar con disgusto a veces, a veces con cólera, que se eleve a un hombre, sobre todo cuando ese hombre no cuenta con medios de influencia o de poder, o de riqueza, con los cuales pudiera halagar a unos y amedrentar a otros.

Bien está San Pedro en Roma. Prefiero por lo mismo que se me deje tranquilo en mi retiro y oscuridad. En mi profesión de abogado no tendré probablemente ocasión de pleitear, y por ende no estaré expuesto a recibir tiro, no diré de enemigos, porque no tengo ninguno, pero sí de malquerientes, los cuales no le faltan a ningún mortal.

Le ruego, pues, haga todo lo posible porque el asunto quede encarpetado.

En cuanto a hacerme favor o prestarme ayuda para educar a mis hijos, eso sí me lastimaría. Carezco de fortuna y tendré necesidad para cancelar mis deudas, de sacrificar los bienes de mi mujer: pero todavía puedo trabajar, y si por caso no me basto yo mismo para mantener y educar a mi familia, no veo que tenga la culpa otro sino

yo; el Estado no ha de enmendar con su largueza mis faltas de juicio; o si Ud. quiere, las sobras de mi corazón.

Menos había de admitir esa ayuda en los momentos actuales en que el tesoro público y el país sufren grandes congojas y en que multitud de jóvenes de mejores condiciones intelectuales que mis hijos han tenido que ver tronchada su carrera y que interrumpir sus estudios por exhaustez de las rentas públicas. No quiero de ninguna manera que mi nombre o el nombre inocente de mis hijos, pueda servir de base para que se moteje o censure la conducta de los poderes públicos de mi país, que por otro lado se muestran conmigo tan bondadosos.

¿Necesito decir a Ud. que le guardaré toda la vida el más profundo reconocimiento por su benevolencia hacia mí?

¿Le molestaría mucho suplicándole manifieste, mientras puedo hacerlo personalmente, igual gratitud a sus colegas del Congreso, que con su palabra o con su voto han querido honrarme como no merezco?

Por todo le rindo las más efusivas gracias.

Quedo de Ud. agradecido amigo,

(f) CLETO GONZÁLEZ VÍQUEZ.

MINOR C. KEITH

Nuestra antigua metrópoli festejaba, hace cosa de tres o cuatro años, la apertura de una vereda a Reventazón, y aclamaba con inaudito entusiasmo, al ejecutor de la obra, Licenciado Fuentes. En esa fiesta, animada y espontánea, con que la ordinariamente tranquila ciudad celebraba aquella comunicación embrionaria, se hallaba presente Mr. Keith. Según usanza en todas nuestras expansiones, las lenguas no se dieron punto de reposo, y como varias personas instaran al empresario americano para que dijese alguna cosa y se asociase de palabra al coro de vítores y aplausos, él se excusó en estos términos: «Señores, suplico darme su perdón: yo no ser hablador, ser puramente trabajador.»

Mr. Keith es, en realidad, el tipo del trabajador infatigable. Pertenece a la familia de hércules modernos, que ignoran la palabra y no conciben la idea de lo imposible; que no admiten descanso, y que hacen sinónimas las voces *vida y lucha.*

El Ferrocarril al Norte, -sueño de nuestros mayores, la obra mesías, -que había servido de ocasión para tantas acciones vergonzosas y para tantas insignes torpezas, se hallaba abandonado a los escasos recursos del país y caminaba derechamente a un fracaso cuando Keith propuso terminarlo. Era preciso desde luego combatir

el recelo con que se miraban, por experiencia, las grandes contratas; pero Keith, que gozaba ya de la reputación de hombre activo, de energía indomable, de espíritu inabatible, pudo lograr una concesión que abarcaba dos proyectos de realización problemática:—el arreglo de nuestra deuda exterior y la conclusión de la vía. La solución ofrecida era demasiado halagüeña para confiar en el éxito: se necesitaba no sólo pedir al inglés una rebaja de crédito y convencerlo de que Costa Rica podía y estaba pronta a lavar su mancha de país insolvente y petardista, sino también sacarle más dinero, y esto cuando aún duraba la crisis financiera que casi nos arruina. Por algunos meses se creyó, con razón, que el contrato Soto-Keith sería una más en la larga lista de concesiones que otorga tan liberalmente nuestro Congreso, y que no producen otro efecto que el de servir de tema a los diputados para ejercicios oratorios y el de aumentar espacio en las colecciones legislativas. Poco a poco fué entrando en nuestros pechos la esperanza. Mr. Keith se trasladaba a Europa y sitió a los acreedores de la República: durante tres años, viajes, fatigas, entrevistas con banqueros y bolsistas, mucho fraguar combinaciones, continuo fabricar ejércitos de números, desvanecer dudas, alejar temores, reducir desconfianzas contra el crédito nacional y la buena fe del Gobierno, presentar como excelente un negocio que tenía todas las apariencias de un desastre, transformar al enemigo en decidido apoyo, levantar, en fin, la declaración de quiebra que pesaba sobre el país como losa de oprobio: tal fué la labor y tal la victoria que tuvo en Londres el modesto trabajador de privilegiados alcances.

Keith volvió a Costa Rica a cumplir su compromiso y, desde entonces, empeñó ese combate titánico contra el bosque virgen, contra la altiva colina, contra la dura roca, contra el terreno deleznable, contra el agua abundosa e inclemente. Hoy el manso arroyo, invocando el auxilio del cielo, se convierte en impetuoso torrente y arrebata el trabajo de meses; mañana la tierra, en venganza de las heridas y hendiduras que sufre, se complace en sepultar la doble cinta de acero. Y aquel hombre indomable, sin que se contraiga un sólo músculo, desafía de nuevo los adversos elementos, aparta el obstáculo, renueva el puente, reconstruye el lecho. La fiebre palúdica lo embiste por todas partes, con su rostro de cera y con su estómago abultado, y le arrastra cientos de obreros: Mr. Keith siempre encuentra un cadáver futuro con qué sustituir el cadáver ya frío. Precipicio tras precipicio, como mandíbulas batientes de gigante burlón, se atraviesa en el camino y se ríe de la atrevida empresa: Keith amarra las dos quijadas del monstruo con una red de hierro, para que sirvan de puente al comercio entero de la Nación. Hombres de recio temple, de constitución robusta que lo acompañaban, desfallecieron, cuando no fallecieron; y Keith, de cuerpo endeble, de cara femenil, de mirar

dulce, es siempre el más audaz, el más vigoroso, *et animi et corporis*, y escapa a todo peligro. El dinero recibido no le basta para cubrir los gastos de la vía y los que extraordinariamente le obliga a hacer la naturaleza implacable: Mr. Keith emprende en incontables negocios y saca ganancias pingües y todo el *más* de estas empresas pasa a colmar el *menos* de la empresa gigante. Tanta perseverancia tiene su recompensa, y hoy a esfuerzos de una tenacidad tan pasmosa, vemos entrar en la capital de la República, todavía perfumada por las brisas del Caribe, luciendo su penacho gris y saludándonos con su voz de tiple trasnochada, la máquina poderosa que borra la distancia y que nos pone a un paso del mundo civilizado.

Mr. Keith es un gran carácter, aun entre yankis. Al admirar su obra y al reflexionar en la suma de esfuerzos necesarios para llevarla a cabo, sentimos la misma impresión de asombro y de envidiosa pequeñez que nos causa la armadura de Carlos V, para la cual es hoy estrecho cualquier hombre. Aquél era un gigante, decimos sin querer. Este es un gigante, reconocemos también: sólo que éste emplea su fuerza en construir y no en destruir.

Todo cuanto se haga en honor de Mr. Keith es merecido.

Ha concluido la línea férrea a Limón: pronto empezará la que ha de llevarnos a orillas del Gran Lago, y nuevas empresas vendrán después a ocupar la actividad de este hombre extraordinario. Que en todas tenga completo éxito y que dedique su talento y su energía a empujar hacia adelante esta tierra, que lo cuenta con orgullo, aunque él no quiera, entre sus hijos y bienhechores.

Diciembre de 1890.

MANUEL GONZÁLEZ ZELEDÓN

Magón—que es el nombre con que ha regocijado a sus lectores—tiene la gloria de ser uno de los primeros, si no el primero, que han cultivado el *folk-lorismo* en Costa Rica. Todos sus cuentos, todos sus paisajes tienen la jovialidad tica. Ora recuerda momentos de muchacho, cuando se bañaba en La Mina, ora es un paisaje costarricense, «plein air», ora un cuento lleno de picardía y de gracia fina. Otra singularidad suya es su estilo que, con ser costarricense, no cae en la gazmoñada de tantos imitadores. Habla un lenguaje sencillo y propio de los asuntos que trata. Indudablemente, nuestra literatura tiene en Magón a su mejor representante en el costumbrismo, en el regionalismo fácil. Sus principales trabajos,—que son un poco del alma costarricense—, se encuentran en «Colección Ariel» N.º 15, y en la edición que hizo el año pasado García Monge con el título de *La Propia*. González Zeledón nació el 24 de Diciembre de 1864, en San José, y ha sido de todo,—como él dice—, hasta Diputado al Congreso Nacional... Trabajó en el «Diario de Costa Rica» en 1886 y fué editor y propietario de «El País» en 1901. En 1906 salió para Nueva York y allí se a hido quedando y allí ha ido triunfando como es natural en un hombre de su energía y de sus capacidades. Hoy es Jefe del Departamento Latinoamericano de la Asociación Nacional de Fabricantes de los E.E. U.U. Fué uno de los fundadores de la Unión Benéfica Española de Nueva York y uno de sus tres Presidentes Honorarios; fundador también del Círculo Literario Hispano de la misma ciudad y es actualmente Secretario y Director de la Cámara de

Comercio Centroamericana de Nueva York, donde ha sido nuestro Cónsul por varios años.

Un día se escribirá extensamente sobre Magón y su influencia en la literatura costarricense; en esta nota ligera, sólo queremos consignar que fué,—como él dice en una carta a García Monge—, «denunciante de la rica veta COSTUMBRES NACIONALES».

EL CLIS DE SOL

No es cuento, es una historia que sale de mi pluma como ha ido brotando de los labios de ñor Cornelio Cacheda, que es un buen amigo de tantos como tengo por esos mundos de Dios. Me la refirió hará cinco meses y tanto me sorprendió la maravilla, que juzgo una acción criminal el no comunicarla para que los sabios y los observadores estudien el caso con el detenimiento que se merece.

Podría talvez entrar en un análisis serio del asunto, pero me reservo para cuando haya oído las opiniones de mis lectores. Va, pues, monda y lironda, la consabida maravilla.

Ñor Cornelio vino a verme y trajo consigo un par de niñas de dos años y medio de edad, nacidas de una sola «camada», como él dice, llamadas María de los Dolores y María del Pilar, ambas rubias como una espiga, blancas y rosadas como durazno maduro y lindas como si fueran «imágenes», según la expresión de ñor Cornelio. Contrastaba notablemente la belleza infantil de las gemelas con la sincera incorrección de los rasgos fisonómicos de ñor Cornelio, feo si los hay, moreno subido y tosco hasta lo sucio de las uñas y lo rajado de los talones. Naturalmente, se me ocurrió en el acto preguntarle por el progenitor feliz de aquel par de boqui-rubias. El viejo se chilló de orgullo, retorció la jetaza de pejivalle rayado, se limpió las babas con el revés de la peluda mano y contestó:

—Pos yo soy el tata, mas que sea feo el decilo! No se parecen a yo, pero es que la mama no es tan pior, y pal gran poder de mi Dios no hay nada imposible!

—Pero dígame, ñor Cornelio, su mujer es rubia, o alguno de los abuelos era así como las chiquitas?

—No, señor; en toda la familia no ha habido ninguno gato ni canelo; todos hemos sido acholaos.

—Y entonces, cómo se explica usted que las niñas hayan nacido con ese pelo y esos colores?

El viejo soltó una estrepitosa carcajada, se enjarró y me lanzó una mirada de soberano desdén.

—De qué se ríe, ñor Cornelio?

—Pos no había de rirme, don Magón, cuando veo que un probe inorante como yo, un campiruso pión sabe más que un hombre como usté, que todos dicen que es tan sabido, tan leído y que hasta hace leyes onde el Presidente con los menistros?

—A ver, explíqueme eso.

—Hora verá lo que jué.

Ñor Cornelio sacó de las alforjas un buen pedazo de sobao, dió un trozo a cada chiquilla, arrimó un taburete en el que se dejó caer satisfecho de su próximo triunfo, se sonó estrepitosamente las narices, tapando cada una de las ventanas con el índice respectivo y soplando con violencia por la otra; restregó con la planta de la pataza derecha limpiando el piso, se enjugó con el revés de la chaqueta y principió su explicación en estos términos:

«Usté sabe que hora en marzo hizo tres años que hubo un clis de sol, en que se escureció el sol en todo el medio; bueno, pues como unos veinte días antes, Lina, mi mujer, salió habelitada de esas chiquillas. Dende ese entonce, le cojió un desasosiego tan grande, que aquello era cajeta; no había como atajala, se salía de la casa de día y de noche, siempre ispiando pal cielo; se iba al solar, a la quebrada, al charralillo del cerco, y siempre con aquel capricho y aquel mal que no había descanso ni más remedio que dejala a gusto. Ella siempre había sido muy antojada en todos los partos. Vea, cuando nació el mayor, jué lo mesmo; con que una noche me dispertó tarde de la noche y m'izo ír a buscale cojoyos de cirgüelo macho. Pior era que juera a nacer la criatura con la boca abierta. Le truje los cojoyos; endespués jueron otros los antojos, pero nunca la llegué a ver tan desasosegada como con estas chiquitas. Pos hora verá, como le iba diciendo, le cojió por ver pal cielo día y noche y el día del clis de sol, que estaba yo en la montaña apiando un palo pa un eleje, es que se estuvo ispiando el sol en el breñalillo del cerco desde buena mañana.

«Pa no cansalo con el cuento, así siguió hasta que nacieron las muchachillas estas. No le niego que a yo se me hizo cuesta arriba el velas tan canelas y tan g[illegible]as, pero dende entonces parecen que hubieran traído la bendición de Dios. La mestra me las quiere y les cuese la ropa, el Político les da sus cincos, el cura me las pide pa paralas con naguas de puros linoses y antejuelas en el altar pal Corpus, y pa los días de la Semana Santa las sacan en la procesión arrimadas al Nazareno y al Santo Sepulcro; pa la Nochebuena, las mudan con muy bonitos vestidos y las ponen en el portal junto a las Tres Divinas. Y todos los costos son de bolsa de los mantenedores y siempre les dan su medio escudo, gu bien su papel de a peso gu bien su buena regalía. Bendito sea mi Dios que las jue a sacar pa su servicio de un tata tan feo como yo! Lina hasta que está

culeca con sus chiquillas y dionde que aguanta que no se las alabanceen. Ya ha tenido sus buenos pleitos con curtidas del vecindario por las malvadas gatas!»

Interrumpí a ñor Cornelio, temeroso de que el panegírico no tuviera fin y lo hice volver al carril abandonado.

—Bien, pero ideai?

—Ideai qué? pos no ve que jue por ber ispiao la mama el clis de sol por lo que son canelas? Usté no sabía eso?

—No lo sabía y me sorprende que usted lo hubiera adivinado sin tener ninguna instrucción.

—Pa qu'es engañalo, don Magón. Yo no jui el que adevinó el busiles. Ud. conoce a un mestro italiano que hizo la torre de la iglesia de la villa? Un hombre gato, pelo colorao, muy blanco y muy macizo que come en casa dende hace cuatro años?

—No, ñor Cornelio.

—Pos él jue el que me explicó la cosa del clis de sol.

UN DIA DE MERCADO EN LA PLAZA PRINCIPAL

Yo vivía en la casa de mi abuela doña Chanita Castro, establecimiento «El Toro», esquina opuesta del Seminario, junto a la fábrica de hielo de Chaves y taller de Ricardo Méndez. Desde muy temprano oía, al través de la pared anchísima de adobes, el constante rodar de innumerables carretas por el empedrado desigual de la calle y el rumor más o menos sordo me hacía inferir el contenido.

—Seguro que esa cal es de Indalecio Fallas.

—Y esa otra es leña, y ese que acaba de parar en raya el chirca enfrente de la pulpería, es Juan Ureña, oilo pidiendo su trago.

Ya en la pulpería, abierta desde las cuatro de la mañana, se oía el murmullo de las conversaciones de los parroquianos.

—¡Buenos días, Pedro!

—Buenos se los dé Dios, Ureña.

—Echeme unos tragos pa mí y pa los muchachos. Arrímense a espantar el diablo!

—¿Qué tomás, Indalez?

—Pa mí un isná con gotas.

—Pa mí cususa.

—Pa mí un mistao.

Se oía el rastrilleo de los caites de los «muchachos», el golpe seco del eslabón y los pasos de los que, ya con el diablo «espantao», volvían a su faena de «bueyeros.»

Pronto, el paso «picao» largo de un macho «mosquiao» denunciaba la presencia de don Juan Monje. Paraba en la pulpería, entraba

haciendo resonar las bolitas de las espuelas, tomaba su ron de a diez, sacaba del pecho de su «cotón» de jerga su buen bolsillo de seda repleto de cuartas y plata blanca, pagaba y se volvía a montar en su «mosquiao», con más aires que Roldán [1] y más plata que el Gobierno. Ya en la esquina, volvía el macho y con aire altanero preguntaba:

—¿Se debe algo?

—No señor, está pago, decía Pedro.

Y don Mariano se alejaba.

A las seis de la mañana, ya estaba yo bebiéndome mi bebida y preparando los sacos y canastos para ir con Chanita a comprar el diario.

—No te se olvide el saco para la verdura; y cuidado con andarte perdiendo; ya sabés que compramos en el canasto y vas echando en el saco que dejás onde don Pepe!

—Mamitica, decía mi madre, me compra las moras y el almidón de Cartago, y si hay pacayas, tráigale un diez a Joaquín.

—Y a mí un cinco de coyolitos para comer con dulce.

—Y vea que el dulce sea del fino de ñor José María Rivera, el del otro sábado estaba revenido.

—¿A cómo estarán hoy los frijoles de Santana?

—Sepa Judas; si se está uno comiendo la plata; hoy hace ocho, no rebajaban de quince el cuartillo; eso y los güevos, qu'están a cuatro por medio, va ber que dejar de comerlos.

La cocinera, consejero nato de mi casa, era consultada previamente acerca de la especie, calidad y cantidad de los víveres; y ella, con nagüillas de zaraza de color indefinible, su camisa de gola y su pañuelo de rabo de gallo en el pescuezo, constestaba con tono magistral, a la vez que se pasaba por las narices y los lagrimales una de las puntas del pañuelo de hombros:

—Pos yo conozco los ayotes pejiballes de pellejillo con solo enterrales la uña y que sean bien esparramaos; los de onde ña Custodia Cordera son como buenos.

—Y si ve a Concho, el de mana Menegilda, mérquele los tacacos que son sin estopa, y hora que digo estopa no se li'olvide trerse achote del de tusa y el librillo pal máiz.

Tras de ese seguían mil encargos; Chanita cogía su sombrilla y su pañolón, yo la canasta y los sacos y ambos emprendíamos la marcha hacia la Plaza Principal, hoy Parque Central. Todavía en la acera de las niñas Freer nos alcanzaba dando grandes voces la chichigua de Marcelina para decirle algunas palabras a Chanita, de las que a mi oído apenas si llegaban las de tripa... bitoque... y otras de las que nada sacaba en claro.

***

[1] Un personaje, de leyenda, célebre por sus hazañas valerosas de caballero.

La Plaza Principal, con su baranda de hierro, sus hermosos higuerones e higuitos y su pila monumental, únicos testigos mudos de aquellas escenas, era el lugar de mercado a donde acudían los vendedores y compradores, unos en espera de la módica ganancia, los otros en busca del pan nuestro de cada semana.

Las calles circunvecinas estaban cubiertas de truchas, armazones de madera y techo de manta, tiendas ambulantes, unas de ropa hecha, otras de géneros, otras de artefactos de hojalatería, otras de tiliches y, en fin, otras de santos o cromos de carácter puramente religioso. El gran rectángulo estaba lleno, en variada confusión, de víveres, entre los que descollaban enormes montones de papas, ayotes, sapayos y repollos, grandes cueros secos en forma de batea, llenos de maíz y frijoles, espléndidos tendidos de atados de dulce, oloroso a caña, e infinidad de ventecillas de vainicas, chayotes, elotes, nabos, coles, rábanos y todo el gremio de las sabrosas verduras que adornaban nuestras suculentas ollas. Las frutas eran a la vez que abundantes, de una risible baratura: mangos, limas, pejivalles, tunas, naranjas, cidras, plátanos verdes y maduros, guineas amarillas y moradas, guineos machos, piñas, membrillos, duraznos, higos verdes, matasanos, nances, aguacates, zapotes, marañones, coyoles, y en fin, ese millón de riquísimos dones con que la Naturaleza virgen de este privilegiado rincón de la tierra ha empalagado a todas las generaciones de chiquillos.

Frente al Cuartel Principal, y dentro de la Plaza, en correcta fila, estaban arrodajadas las vendedoras de melcochas, sobao, güesillas, rosquetes de Alajuela, bizcocho, empanadas de chiverre, turrones, puros de Iztepeque y bajeras, con sus mercancías sobre sendos canastos cubiertos con servilletas de hilo, adornadas con caballito rojo o encaje de tres puntadas. Seguían las polleras, vendedoras de huevos, gallinas, chompipes, patos y demás volátiles, después los molejoneros y por último las moreras, con sus vestidos característicos de pursiana azul con ojos blancos y sus jucós llenos de sabroso fruto.

En la banda oriental, con largos cajones a modo de bancas, su cuchillo de mesa oxidado y su reglita o medida llena de muescas, campeaban los jaboneros, entre los que figuraban muchachos de familias decentes. Recuerdo que a las doce en punto, con el cuchillo y la medida, redoblaban sobre el cajón acompañando al tambor del Cuartel y no era posible que despacharan ni una barra hasta que habían terminado su tarea de redoblantes.

Seguían a estos alegres vendedores los arroceros y negociantes de cacao, con su mochila de pita colgando del cuello, encerrada en el pecho, sus manos empolvadas y carrasposas y siempre mascando granos del mejor Nicaragua o del Matina más colorado. Después los hojalateros con sus rayos de lata de canfín, sus jarros, sus platos con abecedario en el borde y elefante en el centro, sus santos con vidrio y marco lleno de soldaduras, sus camarines cuajados de soles,

estrellas y medias lunas coloradas, verdes y azules, su hornillo y sus candiles, tintero viejo del «áccido» y barra de soldadura para remiendos instantáneos.

—¿Cuánto me lleva por echármele marco a mi Señor San José?

—¿Con vidro o sin vidro?

—Con vidrio porque se me destiñe.

—Seis reales.

—Trato hecho; ahí se lo dejo y vuelvo el sábado; y dígame, ¿mañana podrá cogerme una gotera de limajoya?

—No señora, eso sólo Maján o Mates.[1]

Seguían los herreros, entre los que descollaban las figuras de Mr. Berry y el maestro Santiago Muñoz, con sus tendales llenos de armellas, hachas, bisagras, llantas, bocinas, varillas de carreta, etc., todo criollo, hechizo, con el color que les dejaba la fragua y las rayaduras de lima. Tras éstos vociferaban los chiquillos pajareros, arrimados a las gradas de la pila, con sus jaulas de tora y verolís, unas ordinarias, otras en forma de cuartel o iglesia con torrecilias, e invariablemente a caja de sardinas llena de agua herrumbrada y la guinea y la escudilla del alpiste.

—¿Cuánto pide por ese agüío?

—Treinta.

—¿Y por ese setillero?

—Se lo doy en cuarenta y cinco, porque es collarejo y cantador.

—¿Ese yigüirro es macho?

—Pues claro, hora estaba haciendo enredijos y eso que está peleche.

Y cada uno salía con su viuda, su rey de picudo, su canario de costa, su mozotillo o su cacique naranjero.

Y por todas partes, atropellando viejas, regando sacos, deshaciendo montones, en medio de los denuestos de los perjudicados y las risotadas de los espectadores, con su cajón de pino a la altura del vientre, sostenido por ancha correa de baqueta, lleno de tiliches como botones, agujas, aretes, gargantillas de perlas falsas, broches, cintas de papelillo[2], betún de Mason, mechas para eslabón y mil otras chucherías baratísimas, y con las manos llenas de pañuelos de a diez y rosarios de cuentas de vidrio, pasaba, saltaba, vociferando su mercancía hasta enronquecer, el gracioso tipo del tilichero, con su sombrero ensartado hasta las orejas, saliendo el mechón de pelo por el boquete de la copa y su cara de desvergüenza y su risa de superioridad altanera.

—¡Fósforos de globooooo! ¡a dos cajas por cinco!

---

[1] Cogedores de goteras, famosos en su tiempo.

[2] Así llamadas por su parecido con el papel.

—Negrita, cómpreme esta gargantillita de ámbar legítimo de Mompelas y este par de aretes de dublé fino que nunca se ponen negros.

—Este chato sí le va a comprar a ña María el rosario bendito por el Nuncio de Lima, con cuentas de madera del Huerto de los Olivos. En seis reales le vendí uno a Bupedra[1] y a usted se lo doy en cuatro.

—No friegue; écheme acá una mecha pa eslabón y no me jorobe más, pero que sean de las que echan buena yesca y se les saca cola de a jeme.

Y todos estos cuadros vivos, llenos de sangre joven y aliento de atleta, de sabor de tierra virgen y perfume de honradez y de virtudes, pasaba en medio de una alharaca espantosa como el bramido del Océano, bajo los ardientes rayos de un sol de trópico, precursor de lluvia torrencial y teniendo como techo el azul purísimo de ese cielo que nos cobija y que es nuestro orgullo, nuestra tarjeta de bien venida, nuestro blasón nobiliario.

Pues bien, a ese maremagnum entrábamos Chanita y yo, ella a comprar el diario, yo a cargármelo.

—Cuánto dijeron de güevos?

—Dos reales, un diez de yucas, veinte de vainicas, y el diez de pacayas.

—Andá comprate las vainicas, aquí te espero y si no me hallás aquí, las echás al saco y te me juntás en la venta de cacao de ñor Bejarano. Mirá que no te las den con hebra y que no sean de las de palo; son a cuatro rollos.

Mi abuela me daba la plata y yo, relativamente libre, despachaba la compra y con un diez que unas veces me daba doña Bárbara Bonilla, otras don Aquileo Echeverría y otras papá, compraba seis manos (30 granos) de cacao Nicaragua escogido y con esa moneda de cuño antiguo y que hoy ya no circula, cambalachaba por melcochas, güesillas, mangos y limas, me echaba al coleto mi buen jarro de chinchibí de donde don Matías Valverde y conseguía un par de docenas de jaboncillos, que iban a parar junto con las frutas compradas y cachadas, al seno, a esa bolsa sin fin de los muchachos de mi tiempo.

Concluida la compra del diario y repleto ya el gran saco de brin que servía de depósito, la canasta atestada de huevos y mantequilla lavada e higos para hacer dulce, el par de súrtubas y el palmito arrimados al sobaco y el manojo de cebollas de San Juan coronando el nutritivo altar, principiaba el para mí dificilísimo trabajo de la carga.

—Ñor José, écheme por vida suyita, este saco al hombro.

—¿A cuál carga usté?

—Al izquierdo.

El enorme saco, pesando sobre el delicado hueso de la cla-

[1] *Tu madre*, en malespín.

vícula, me hacía zanja con los bordes de unas condenadas tapas de dulce, a pesar del colchón que los frijoles trataban de interponer: agarraba la boca del saco con la mano izquierda, me metía el canasto hasta la «zangradera» del derecho, cuyo sobaco oprimían ya las súrtubas y el palmito y agarraba con la mano el rollo de cebollas. El chonete me servía de tapojo y tras de cuatro o cinco pujidos, lograba echarme a andar por la mal enladrillada acera, camino de mi casa, que estaba a dos cuadras de distancia.

Derepente algún caritativo pasajero me gritaba:

—¡Chiquito, se le van regando las alverjas!

A aquella voz de alarma volvía todo el cuerpo para poder contemplar el daño; me arrimaba a la pared para equilibrarme; las súrtubas y el palmito se escurrían de debajo del brazo y al hacer un movimiento brusco para sujetarlas, el saco se me iba a la espalda, me maltrataba horrorosamente los nudillos del espinazo; la muñeca izquierda, ya acalambrada, cedía al dolor de la torción violenta, y con estrépito que a mi acongojada imaginación parecía el del juicio final, el enorme saco se venía al suelo, esparciendo su contenido en media calle, yendo a parar el ayote de pellejillo al caño sucio y quebrándose en mil pedazos un «atao» de dulce y unos cuantos huevos de la canasta.

Con la cara como un chile, cubierta de sudor, y nublada la vista por enormes lagrimones y las narices chorreando candelas, me ponía a juntar los víveres desertores y a acomodarlos en el maldito saco, haciendo inventario de las pérdidas irreparables y de los heridos menos graves. Un sapayo estaba inútil, los rabos de las cebollas llenos de barro, una tapa de dulce había hecho blando nido en una boñiga y las yemas y claras de media docena de huevos salpicaban todo el embaldosado y parte de la pared.

Por fin, previo un nuevo auxilio de un ñor José y algunas precauciones, lograba seguir mi calvario; pero mi contento de verme tan cercano al fin de la jornada, ya en la esquina de ñor Juan de Jesús Jiménez, en frente de mi casa, se desvanecía dando lugar a la mayor angustia. Cleto Herrera, Tatono Bolandi, Abraham Zúñiga y otros más que a mí me parecían miles de foragidos, despreciando mis gritos y mis injurias y aprovechando mi estado de indefensión absoluta, me sacaban las mangas de la camisa y mis mangos, mis melcochas, mis güesillas, mis limas y mis dos docenas de jaboncillos rodaban a mis pies y eran presa de aquellos salteadores, que a mi vista y paciencia se los tragaban, riéndose de mi copioso sudor y llanto. Y no era eso lo peor, sino que con la violencia, me habían saltado el botón de los calzones, único sostén de esa adorable prenda, y al dar yo el primer paso hacia mi casa se me escurrían y se me escurrían hasta dejarme casi atadas las pantorrillas, en cuya vergonzosa y triste figura me acercaba a la puerta de mi hogar paterno.

—Cójanme el diario, que no puedo subir la grada porque traigo caídos los calzones; cójanme estoooo!

A mis gritos acudía la familia toda, me descargaban y previo un par de puntapiés por sin vergüenza, me hacían entrar de las orejas.

—Aquí falta una tapa de dulce y un sapayo, decía mi abuela.

—Fué que...

—Silencio! Ya viene con sus mentiras. Ahora, en castigo, en cuanto almuerce mete esa carretada de leña!

No había apelación: estaba convicto, confeso y sentenciado. Pensaba un rato en las injusticias de la vida. Almorzaba con apetito voraz, y metida la leña, llenos de raspones y cáscaras las orejas y el pescuezo, echaba un sueño de ángel, feliz en el regazo de mi madre.

NOCHE-BUENA

> Vamonós pastores,
> vamos a Belén,
> a ver a la Virgen
> y al Niño también.

Corría para mí el dichoso año de 1872. Libre de las faenas escolares, en plenas vacaciones, pasados los sustos y angustias de los exámenes, despedido ya de los queridos profesores don Manuel, don Adolfo y don Angel Romero, don Amadeo Madriz y mi tío don Alejandro González, frescos aún en mi memoria sus últimos consejos y en mi cuerpo sus últimos reglazos y coscorrones, me disponía a gozar con todas mis fuerzas de los veinte o treinta días de libertad relativa, dando de mano al Cinelli, al Herranz y Quirós, a la Aritmética de «don Joaquín», a los carteles y a las planas rayadas en cuarta.

Soñaba una noche con mi trompo de guayacán con puyón de tope, obra maestra de ñor Santiago Muñoz, y lo veía triunfante, roncando desdeñoso entre un montón de monas por él destrozadas, esparcidas las canelas, abolladas las cabezas de tachuela de tanto y tanto tataretas que con él habían osado medirse en sin igual mancha brava. ¿Qué eran para él, sino objetos de desprecio, la mona de cacho de Narciso Blanco, el obispo de cocobola del Cholo Parra y el pasarraya de Arnoldo Lang?

Después entraba el bolero, orondo como cura de parroquia grande, con su casquillo de cápsula de revólver y su cazoleta ancha y honda como la pila de la Plaza. Y echaba docenas con los mejores jugadores y los dejaba avergonzados: una una, una dos, una tres, una cien, y destorcía el cordel con aire magistral y seguían los millares de revueltas hasta caer el brazo desfallecido y dejar rojos

como tomates a todos los contrincantes como el Sapo Gutiérrez, Isaac Zúñiga y toda esa pléyade de valientes campeones.

El bolero se esfumaba en el rosado horizonte y aparecía el barrilete colosal, más grande que mi padre, de varillas de cedro labradas por la diestra mano del maestro Moris, con sus frenillos de cabulla torcida y encerada, con su forro de lienzo de a real, de donde don Pepe, sus flecos de vara y media de coletilla azul y roja y con un rabo de buen mecate entrelazado con muestras de zarazas de brillantes colores. ¡Y qué cuerda! de más de tres cuadras, toda encerada a mano por Nácar, el rey de los zapateros, con chuste legítimo de María Seca; y ya estábamos en la boca de la Sabana, a donde había llegado en triunfo el barrilete, escoltado por los primos y amigos íntimos como guardia de honor y más de cien chiquillos como espectadores; y Chepe me lo echaba y Abraham le quitaba los colazos y Félix le metía correos y Tobías le echaba engaños; y todos aplaudían y me envidiaban, porque yo era su dueño y señor, yo tenía el ovillo en la mano y la cuerda arrollada en la cintura. De repente el viento reforzaba su violencia, el barrilete impelido por el huracán daba grandes «cabezadas» y ¡zás! la cuerda se reventaba y toda la máquina, hecha un remolino, caía por allá por los cafetales de Pío Castro. El susto me despertaba del sabroso sueño, y todavía sudoroso y convulso, abría de par en par los ojos a la claridad suave de la mañana, un veinticuatro de diciembre.

Hería mis pupilas con inusitado reflejo el abigarrado color del vestido que sobre un baúl de cuero me esperaba al lado de la cama. Componíalo una chaquetilla ajustada a usanza mujeril, de color verde esmeralda, con botones de hueso, un pantalón corto y ancho de color anaranjado con franjas azules, un birrete de coletilla amarilla con hermosa pluma de gallo, un par de medias «maternas», rayadas de azul y blanco, una caña brava, con flores de trapo y campanilla de cobre en la punta superior, a modo de cayado, una zalea de color de ladrillo que me prestaba don Pedro Zúñiga y un par de zapatos amarillos de talpetao con correaje ídem. Era mi equipo de pastor, mi uniforme de gala, con el que debía recorrer desde las cuatro de la tarde hasta media noche, cantando y bailando, todos los portales importantes de la capital, en unión de veinte compañeros, muchachos y muchachas, ensayados y dirigidos por el bondadoso e inolvidable don Marcelo Zúñiga.

Esperar a que pueda describir el cúmulo de emociones que la vista de ese traje despertaba en mi alma de siete años, querer enumerar las cien mil peripecias que su adquisición me costaba y los pleitos, promesas, lágrimas y propósitos de enmienda que habían servido de peldaños para escalar el deseado puesto de pastor, sería obra de nunca acabar, así como el Teatro Nacional o el Ferrocarril al Pacífico. Pero estaba al alcance de mi mano, era mío propio,

hecho casi todo a mi medida, por Ramoncita Muñoz y la niña Gertrudis, para mí entonces las más aventajadas modistas que blandían tijera. Sí, era mío; en el forro del birrete se leía con grandes caracteres mi nombre con el estribillo de «Si este gorro se perdiere, como suele acontecer, etc.» Era muy mío, como mi alma, como mis años, como mi niñez.

Llegaban por fin las cuatro de la tarde, las que me hallaban armado de punta en blanco con mi caña y mi ramo de flores de pastora.

—Cállate, demontre, me decía mi madre, si seguís atarantando con esa campanilla no vas a los pastores, te quito el vestido.

—Ya despertó a Marcelina, decía mi abuelita; este mocoso es insoportable. Dejá esa maldita caña, muchacho!

—Que los llama don Marcelo, gritaba Aquileo desde la puerta, ataviado de pastor, con las medias caídas y las faldas de afuera.

—Y corran porque ya nos vamos, ya llegaron los músicos, decía Alejando Cardona, blandiendo su caña encintada y su gorra de pana (porque era de los ricos).

Corríamos en tropel, saltando de gozo, a formar en la ancha acera de la casa de don Marcelo. Allí estaban José, Chico y Ricardo Zúñiga Valverde, Isaac y Abraham Zúñiga Castro, Alejandro y Jenaro Cardona, Félix y Aquileo Echeverría, Chepe y yo, cada uno con su compañera, las Gargollo, las Zúñiga, las Cardona, las Aguilar, todas preciosas, llenas de vida, con la alegría en los ojos y la dicha en los corazones.

Rompía la música en acordes formados por notas de cristal, con armonías de arroyo murmurador entre el campanilleo de los cayados y las voces argentinas de los pastores cantando villancicos de sin igual ternura, expresión sencilla de cariño infantil hacia el Niño Dios y a su preciosa y adorada madre la Virgen María.

Así recorrimos uno a uno los portales olorosos a piñuela y cohombro, albahaca y piña, con sus racimos de limas y naranjas, pejivalles y coyoles, con sus encerados figurando montañas, y sus vidrios representando tranquilos lagos, con sus entierros, procesiones, carretas, degollación de inocentes, escenas populares, críticas de costumbres, lluvias de hilos de plata, luna y sol de cartón dorado y cercas de piedra y barro de ollas. Y allá en el hueco de una roca, con huevas de algodón salpicado de talco, sobre un montón de pajitas en forma de nido de gorriones, el Niño Jesús, el Hombre-Dios, desnudo y con los bracitos al aire, en actitud juguetona, con aureola de risa y majestad de rey; ese precioso conjunto de gracias y de martirios con que la imaginación del hombre ha personificado a su Salvador.

Todo respiraba satisfacción, alegría, infancia, todo llenaba el alma de dulcísimas emociones, que revoloteaban rápidas y brillantes como doradas mariposas.

Y luego la espumosa chicha y el picante chinchibí y los ricos tamales y el jolgorio y el bailoteo y los cantos y los triquitraques en el portal de Chanita, con su Paso de Guatemala y sus indios de Guatemala y sus molinos y sus culebras y su amable sonrisa y su contento sin rival, su exquisita finura y su mistela de cominillo y perfecto amor.

Bendito mil veces el recuerdo querido de aquellos años felices, bendito el que dijo por primera vez:

Vamonós pastores,
vamos a Belén,
a ver a la Virgen
y al Niño también.

MANUEL JESÚS JIMÉNEZ

Es uno de los verdaderos grandes hombres que ha tenido el país. Como historiador y escritor de costumbres no ha tenido émulo entre nosotros; y es indudable que el acervo literario que dejó a su muerte constituye una gloria para las letras costarricenses. Como orador, pocos hubo en aquellos días del 92, cuando se alzaba en el Congreso Nacional y era imponente su palabra.

Hace ya veinte años decía de él Luis Barrantes Molina en la revista *Pandemonium:* «A pesar de haber suspendido sus estudios para ayudar a su familia, cuando la fortuna de su padre sufrió rudos quebrantos, ha llegado a ser profesor distinguido, orador discreto, prosista galano, entendido en finanzas y funcionario público de indiscutible competencia.» Se entiende que hay tibieza en el juicio de Barrantes y que se refiere a una época en que aún no se había sabido estimar justamente la noble figura del señor Jiménez.

Manuel Jesús Jiménez fué hijo del patricio don Jesús Jiménez, dos veces Presidente de Costa Rica, y hermano de don Ricardo, de quien hablamos enseguida. Nació en la ciudad de Cartago en el año 1854. Hizo sus estudios de Segunda Enseñanza en el Colegio de San Luis Gonzaga, dirigido entonces por el Doctor Ferraz. En ese mismo colegio sirvió más tarde como profesor de Historia, Geografía y Literatura. Se inició en la vida política bajo la Administración de don Bernardo Soto en que fué electo diputado al Congreso Nacional por la provincia de Cartago. En 1883 empezó a trabajar en la agricultura, a la cual dedicó muchos esfuerzos. En 1888 fué Secretario de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores y

cuatro años más tarde se le eligió nuevamente como diputado. En 1893 fué candidato a la Presidencia de la República, pero los juegos de la política lo excluyeron y no tuvo oportunidad el país de que rigiera sus destinos un hombre de tanta sabiduría y de tan recto carácter. En la Administración de Esquivel desempeñó los cargos de Secretario de Estado en los Despachos de Gobernación y Hacienda, sucesivamente (1902-1904). En 1905 fué nombrado Cónsul General de Costa Rica en la República de El Salvador y en 1910 lo eligieron de nuevo diputado al Congreso, a la vez, las provincias de Cartago y Alajuela, aceptando el nombramiento por ésta. No había aún terminado su mandato legislativo cuando su provincia natal lo eligió otra vez para el período legal de 1912 a 1916.

En la Administración de su hermano don Ricardo, 1910, fué Primer Designado a la Presidencia de la República.

LA ALBORADA DEL SIGLO XIX EN COSTA RICA

La transformación social de Europa y América efectuada en este siglo dimana de las ideas filosóficas enunciadas en el siglo XVIII. De las fraguas que encendieron los enciclopedistas, saltaron las chispas que propagaron el incendio en cuya combustión se consumieron la majestad del trono, los fueros de la nobleza, los privilegios del clero y otras muchas iniquidades político sociales que señoreaban entonces por el mundo.

Los derechos del hombre fueron proclamados y definidos por Francia. A esa nación tocó el nobilísimo encargo de esparcir la buena nueva de la democracia, ora con la doctrina de sus sabios, ora con la impetuosa voz de sus tribunos, ora con las armas de sus guerreros invencibles.

Cuando en la carrera de los tiempos apareció el siglo XIX, trescientos mil soldados esperaban la señal de Bonaparte para desquiciar fortísimos imperios, asombrando, conmoviendo y modificando el mundo entero.

No se libró España de aquella conflagración europea ni se escapó de aquella regeneración universal: las águilas imperiales cruzaron por su territorio llevando el rayo de la revolución. Ese mismo rayo iluminó poco después los oscuros horizontes de Hispano América. La revolución cundió por todas las colonias españolas, inclusive Costa

Rica. Pero durante la alborada del siglo XIX, no sospechaba esta provincia la inminencia de tan graves y transcendentales sucesos, sino que, por el contrario, asida al manto de los reyes, pensaba atravesar la deshecha tempestad cuyos estruendos llegaban confusamente a su noticia.

No podía ser de otra manera. Esta colonia cruzó los dinteles del siglo XIX tal cual había salido de las manos de sus fundadores: pobre e ignorante. Entraba cubierta de indigencia a los tiempos consagrados al dinero; llegaba al siglo de las luces sumida en la ignorancia; y sin cultura intelectual no se pueden divisar los caminos del progreso, así como tampoco se pueden adquirir sus dones sin riqueza. Por eso Costa Rica permanecía estacionaria.

Pasaban a la vista de Cartago unas en pos de otras las generaciones de los hombres; se hundían los años unos detrás de otros en los abismos del tiempo; pero la índole de los sucesos que acaecían en la ciudad, permanecía inconmovible, asentada en la rutina. Eran distintos los actores, pero siempre, por costumbre inmemorial, idéntica la acción.

Por costumbre inmemorial éramos pobres, tan pobres que toda ponderación es poca: «Pudiendo aseverar,—dice un informe oficial de los primeros años de este siglo, -que ninguna provincia está más indigente en toda la monarquía, pues aquí se ven gentes vestidas de corteza de árboles, otras que su cama consiste en un cuero y otras que para ir alguna vez a la iglesia, alquilan o piden prestada la ropa que han de vestir.» (Informe del Gobernador Acosta.)

Y también por costumbre inmemorial éramos ignorantes. Los documentos de ese tiempo no dejan a ese respecto duda alguna. El cuadro de nuestra cultura en los albores del siglo no puede ser más desconsolador. El Gobernador Acosta es quien lo pinta. Hélo aquí «...Generalmente hablando, las gentes de la Villa Vieja de Heredia son laboriosas, de arreglada conducta y dócil índole y viven en paz y armonía; pero no así en esta ciudad de Cartago donde la emulación, el odio, el ocio y la cavilosidad parece que son su patrimonio.›

En cuanto a nombrar alcaldes—continúa—no es conveniente, porque entre los vecinos de Villa Vieja de Heredia no hay seis en quienes concurra el talento e instrucción necesarios para el desempeño, pues, a la verdad, que la mayor parte de aquéllos que por su calidad pudieran obtener este empleo, apenas saben firmar...›

«...En todo el territorio de La Alajuela apenas se encuentran seis sujetos que sepan escribir y tres aptos para desempeñar el empleo de Teniente de Gobernador, pues aunque ellos hagan materialmente renglones, es trabajosa su explicación no menos que su comprensión...»

‹...Siendo público y notorio en esta provincia y fuera de ella los escándalos y libertinaje de algunos vecinos y moradores de dicha Villa Nueva de San José...»

Sus costumbres, pues, tenían que amoldarse al medio ambiente en que vivían.

Cincuenta mil vasallos de Carlos IV, repartidos entre Cartago, Villa Nueva, Villa Vieja, Villa Hermosa, Esparza, Bagaces, Escazú, Ujarrás, Matina, Tucurrique, Orosi, Cot, Quircot, Tobosi, Curridabat, Barba y Aserrí, pedían a Dios en el año de 1800, no que conjurase el incendio de los enciclopedistas, porque ellos no lo veían, sino que aplacase sus iras, manifiestas en las nubes de langostas que habían caído por los campos de las villas; en los recios huracanes que estaban arrasando las plantaciones de Matina; en la hormiga, ratón y ardilla que devoraban las mieses del verano, y el gusano, chapulín y candelilla que aniquilaban *los siembros* del invierno; pues eran entonces estos súbditos pobres de espíritu y ricos de fe.

Invariablemente ellos pedían en tales tribulaciones el amparo celestial, y confortados con sus plegarias, acompañadas de un cabo de candela a las ánimas, de un padrenuestro a San Isidro o de una misa de rogación, reposaban tranquilos en seguida, confiando a la Divina Providencia sus haberes. Y en efecto, a ellos sí los oyó el Cielo, porque les concedió en don Tomás de Acosta un mandatario justo, probo y progresista que solícito cuidase de todos sus intereses.

De veras, que pocos gobernantes ha tenido Costa Rica tan dignos de respeto como el señor Acosta: su afán por el bien público le recomienda; su constante devoción por el incremento de la agricultura le enaltece y el bando de buen gobierno que promulgó, declarando libres de derechos las nuevas plantaciones que se hicieran de añil, algodón, cacao y café, le singulariza honrosamente, porque algunos de nuestros jefes, perdidos en el laberinto de discutibles progresos, han olvidado que la agricultura es en Costa Rica la única fuente de riqueza pública.

Laudables son, en verdad, esos afanes del señor Acosta, y sin embargo, no son ellos los que hacen perdurable su memoria: es el espíritu profético que le animó a implantar en nuestro suelo un cultivo con el cual hemos podido alcanzar la estatura que hoy tenemos. Don Tomás de Acosta ha pasado a la posteridad llevando en sus manos las primeras semillas de café que germinaron en Costa Rica, porque él las importó.

Trabajaba, pues, en beneficio de la posteridad, ya que no podía, por la limitación de sus facultades administrativas, trocar desde luego en floreciente la triste situación de sus contemporáneos.

Triste situación aquella en que sin agricultura, ni comercio, ni estímulos para el trabajo, conformaban los costarricenses sus costumbres para el ocio y la rutina, y en que sin escuelas, ni colegios, ni estímulos para el saber, adiestraban su espíritu sólo para la intriga y el litigio.

Y no es que exageremos aquel atraso a fin de que resalte más

vivamente la metamorfosis de Costa Rica, porque ahí están los documentos auténticos que dicen con fecha de 1803 lo siguiente:

«...No se acostumbra aquí el arado, ni otros utensilios para la labor del campo que hacha, machete, macana y pala, ésta de madera, que ellos mismos hacen...» «De lo dicho se deduce que así por la pobreza de esta provincia, como por su ningún comercio, no se hacen ni pueden hacerse abundantes siembras de los frutos de que es susceptible, porque el labrador, el artesano, el comerciante, el noble y el plebeyo, todos hacen sementeras de lo que han menester para el sustento de sus familias...» (Gbr. Acosta.)

«...Pero nada de esto es bastante para nivelarse esta provincia y sacarla del mísero estado a que está reducida y que reclama ya con urgencia...» (Téllez.)

Esa era, pues, la situación de Costa Rica. Cuando el fecundo sol del siglo XIX comenzó su carrera por el mundo y a pesar de la esplendidez de su fulgor, aquí los costarricenses permanecían a media luz: tan densas y tan negras eran las sombras que cubrían los patrios horizontes.

La alborada del siglo XIX en Costa Rica fué como el amanecer de un día de temporal.

LAS CARRERAS DE SAN JUAN

Es diversión tan antigua en Costa Rica la de las carreras, que su origen se remonta a los primeros días de la Colonia. Ellas son reflejo de los juegos de valor y agilidad usados en la Edad Media para estimular el orgullo de los nobles y la admiración de los plebeyos.

En las antiguas carreras de aquí no había como en los torneos de por allá[1] lanzas rotas que rodaran por el suelo ni escudos que empañaran sus blasones con el polvo de la tierra ni cimeras que perdieran sus penachos al caer en la pelea, pero sí había caballeros que caían desmontados y caballos que rodaban por la calle y mirones que salían con huesos rotos y gallos que morían despadazados, haciendo todos ellos la delicia de españoles, indios y mulatos.

Las carreras y los toros en Costa Rica fueron durante el Coloniaje las dos diversiones públicas por excelencia. Los toros aún conservan esa preeminencia, pero no así las carreras. Y si no, traigamos a colación las carreras de San Juan del año 1820, penúltimas que corrieron aquí los vasallos fernandinos, y así veremos que las de ahora ya no sirven para nada.

Como de costumbre, comenzó el jolgorio de aquel día, desde que se acabó la misa mayor, no porque principiaran tan temprano las

[1] En Guatemala sí se hicieron verdaderos torneos y se jugaron cañas.

carreras mismas, sino porque a esa hora comenzaban a recorrer las calles de la ciudad los más aficionados a la equitación.

Nadie se quedaba el día de San Juan sin montar a caballo. Las damas más gentiles, los muchachos más elegantes, los vecinos más respetables, los orilleros, los campesinos, todos tomaban parte en las cabalgatas de por la mañana, salvo caso fortuito o fuerza mayor. Ahora pasaba un gamonal acaudillando un grupo de mestizos, después un señorón gobernando una cuadrilla de doncellas; ahora un marido llevando en el tejuelo de su albarda a la consorte, luego un padre de familia con la recua de criaturas por detrás: cabalgando todos, hombres y mujeres, grandes y chicos, radiantes de alegría, por ser día de San-Juan.

Sin embargo, las personas más respetables no pudieron en aquel día montar temprano a caballo, porque otras atenciones preferentes y anexas a su condición así lo demandaron. Era día de San Juan, es decir, onomástico del Gobernador, don Juan Manuel de Cañas, a quien era preciso ir a cumplimentar.

En efecto, poco antes de mediodía salieron de la Sala Capitular para la Casa de Gobierno los Cuerpos de la ciudad. El Venerable Estado Eclesiástico iba de primero: allí los padres don Pedro José de Alvarado, don Nicolás Carrillo, don Joaquín Alvarado, don Ramón Ugarte y don Juan Manuel Carazo, vestidos con sombrero nuégano, manteo de tafetán, sotana de *fulá*[1], medias moradas y zapatos bajos. Después seguía don Manuel García Escalante, sirviendo de lazarillo al anciano ex-Gobernador, Brigadier Acosta. En pos de éstos el Muy Noble y Leal Ayuntamiento, Justicia y Regimiento, compuesto de don Joaquín Oriamuno, don José Joaquín Prieto, don Manuel de la Torre y don José María Peralta, quienes lucían sombreros de castor, coletas largas de a jeme, corbatines negros de resorte, camisas de cordón, casacas de paño verde con botones amarillos, calzones a media pierna, de tapa entera y oreja, medias blancas labradas, zapatos de *talpetao*[2] y capas a la española. Y por último, cerraba la marcha el honorífico cuerpo de oficialidad de esta cuarta Brigada, formado por don Juan Dengo, don Hermenegildo Bonilla, don Joaquín Iglesias, don Pedro José Carazo, don Rafael Escalante y don Joaquín Carazo.

Así que se pronunciaron las frases de cortesía deseando al Gobernador largos y felices años, venga una mistela de leche con prestiños, enlustrados y zapotillos; venga un apretón de manos, y luego, cada cual a su casa, para ir después a asomarse un rato a las carreras.

No se podía correr en todas las calles, porque la mayor parte de ellas eran muy disparejas, pero la que va del Molino a San Ni-

[1] Foulard.

[2] Cuero suave con la carne para afuera, o paño, en su defecto.

colás estaba recién compuesta y era la preferida. En esa calle corrieron aquel día, observando los requisitos de costumbre.

En un lugar intermedio de la ruta destinada a las carreras, se levantaban a uno y otro lado de la calle dos maderos, ligados entre sí por una soga a cierta altura, de la cual colgaban de las patas un gallo vejancón, y luego otro y otro, hasta que se acababan las carreras.

Los mirones preferían el lugar cercano a los maderos: allí estaban los violines, la chirimía y el tamboril; allí los cohetes, los gallos y el mantenedor que repartía con medida escasa el guaro. Fuera de esto, era el lugar más a propósito para examinar punto por punto a los jinetes, puesto que por allí desfilaban en dirección al arrancadero, sacando plumas y enseñando vistosos pellones con largas mechas moradas, mullidos acericos, sillones con estrellas de plata, estriberas colosales con grifos en alto relieve, espuelas con chilindrines y cabezadas de cordobán.

A las dos de la tarde en punto dió principio la fiesta; a esa hora hicieron los mirones *cancha*[1] en la calle, porque vieron que allá venía corriendo la primera pareja. Los dos jinetes venían separados uno de otro, traían los sombreros amarrados con barboquejos, blandían al aire los *dantos* y repicaban con los talones. Al llegar a los maderos alzaron entrambos brazos, no acertaron a coger el gallo y siguieron desaforados gritando: «Padre mío San Juan Bautista», hasta el fin de la carrera.

Allá viene la segunda levantando gran polvareda. No corre sino vuela; viene en raudo torbellino, y por eso, tan sólo acierta a arrancar plumas al gallo, y sigue y desaparece enardecida, oyendo confusamente los vítores a San Juan y el estruendo de los cohetes y los gemidos de la chirimía y los tristes ayes del gallo.

Allá sale la tercera. Vienen dos ginetes admirables: don Félix Oriamuno y don Francisco Peralta, en sendos caballos rabicanos, corredores a cual más; ora toma el uno delantera, el otro le aventaja; disputan palmo a palmo la victoria; pasan como sombras por el frente de los postes; allí levantan los brazos, y sin embargo el gallo no se queja; no se queja, porque su cabeza ya la lleva entre las manos don Félix Oriamuno.

Luego parte otra pareja. Vienen dos notables tejareños: Ventura Garro y Ventura Pereira, en carrera peligrosa rajando un gallo sin ventura y sin cabeza.

Y así por ese tenor hubiera continuado aquella fiesta hasta la puesta del sol, si un suceso inesperado no la hubiese acabado antes de tiempo.

---

[1] Plaza o campo.

He aquí la narración de ese suceso. En el grupo de ginetes apostados en el arrancadero figuraba don Ramón Jiménez. Estaba allí, no con el ánimo de correr, sino tan sólo de lucir su potro doradillo, no bien domado todavía; pero a Ventura Garro se le metió en la cabeza que había de echar con él una pareja. Don Ramón rehusaba la carrera, tanto por la impericia del potro, como porque Ventura tenía la maña de atravesar en la carrera su caballo, para contener así el ímpetu del contrario. —No tenga miedo, don Ramón, y tanteamos el doradillo,—dijo Ventura; y ya con esta pulla don Ramón se puso al hilo, no sin advertir a Garro que cuidado con la maña. —No hay cuidado, que yo soy hombre legal.—Una, dos, tres, y partieron los ginetes. Por supuesto, maña vieja no es resabio: desde el principio iba Garro haciendo de las suyas. —¡Ventura, no me atravieses el caballo!--gritaba don Ramón; pero Ventura, apenas tomaba ventaja, lo atravesaba. —Ahora lo verás, coyote,—dijo don Ramón; y haciendo un gran esfuerzo, ciñó con su brazo la cintura del mañoso, lo desquició de la albarda, lo soltó luego, y Garro fué a parar por fin al suelo; mas el potro doradillo, bien fuera por la caída de Garro, o por el espolazo que había recibido, es lo cierto que se desbocó en seguida; rompió el freno, rompió la valenciana, y a medida que más corría, más rauda era su carrera.

Don Ramón comprendió por entero su peligro, pero no se acobardó, abrigando la esperanza de que el potro por fin se agotaría; mas fué vana su esperanza: el doradillo al llegar a la plaza de San Nicolás, en vez de seguir calle derecha, sesgó la dirección hacia la izquierda, y de esta suerte iba a estrellarse contra el muro, alto de dos varas, que cercaba el patio de la iglesia. El potro era de primera: dió un salto admirable, traspuso el alto muro, metió las manos en la contigua acequia y cayeron por el suelo caballo y caballero.

Corrieron los vecinos, y compadecidos del ginete, le echaron encima un cobo negro, le alzaron del patio como muerto, y ya con eso se acabaron las carreras de aquel día.

JUAN SOLANO,

UNO DE LOS FUNDADORES DE CARTAGO

Juan Solano nació en Castilla en el año de 1538, pues en el de 1568 declaró ser de treinta años de edad.

Perteneció a una famila distinguida, a juzgar por las palabras que a este respecto dejó consignadas Domingo Jiménez: «Le tengo por hombre muy principal, caballero, hidalgo, de solar conocido, pues conozco en España a muchos deudos suyos que por tales son tenidos.»

Siendo muy joven todavía emprendió viaje al nuevo mundo.

España se despoblaba. Todos querían venir a recoger su parte de riquezas o de gloria, ofrecida entonces ampliamente por la fortuna a los audaces.

Juan Solano fué uno de los muchos que vinieron y uno de los pocos que dejaron su nombre limpio de crueldades. Dichosamente la nave en que él cruzó los mares traía el rumbo de la América Central, pues más bién fué el bondadoso fundador de una colonia, que el duro conquistador de caciques indefensos.

En el año de 1561 estaba en León de Nicaragua. Allí se alistó entonces en las filas del Licenciado Juan Cavallón, para venir al descubrimiento de Costa Rica. Cavallón vino por tierra y entró por la parte de los indios chomes. Los indios del interior presentaron muy poca resistencia; sin embargo, en Garavito trataron de repeler, con las armas en la mano, la invasión que amenazaba su salvaje libertad. Los defensores de Garavito traspasaron a Juan Solano un pie con una flecha y le hicieron otras heridas, cuyas cicatrices le duraron todo el resto de su vida.

Cavallón penetró hasta el actual valle de Cartago, pero, no encontrándose fuerte para mantenerse en lugar tan apartado, regresó y fundó hacia los llanos del Carmen la ciudad que designó con el nombre de Garcí Muñoz. Nada firme estableció en el año de su permanencia en Costa Rica, pasado el cual regresó a Guatemala, a consecuencia del llamamiento que le hicieron para que fuese a desempeñar el cargo de Fiscal de la Audiencia Real de los Confines.

El padre Juan de Estrada, quedó al frente de la nueva población; y bien sea que los vecinos no encontraran en él las condiciones aparentes para Jefe o que los arredrase la empresa de la conquista, es lo cierto que paulatinamente se fueron saliendo de la tierra. Sin embargo, unos pocos se quedaron; y entre ellos se menciona a Juan Solano.

Juan Vázquez de Coronado recibió el encargo de continuar la conquista de Costa Rica. Llegó a principios de 1563 a Garcí Muñoz; y enseguida dió principio a su trabajo.

Juan Solano acompañó a Vázquez de Coronado en todas las principales expediciones de la primera jornada, mediante las cuales se sometieron al dominio español las provincias del interior del país; él presenció la sumisión de los caciques de Colloche, Accerrí, Pacacua, Guarco y Co; él se encontró en la toma del palenque fortificado de Coucto, la acción de guerra más notable de la conquista, en la cual salieron heridos veintidós soldados españoles; y él, en fin, llegó con su General hasta la remota comarca de Turucaca.

Vázquez regresó a Garcí Muñoz, y mirando lo inadecuado del sitio en que estaba fundada la ciudad, dispuso trasladarla al valle del Guarco, valle que en tiempo de Cavallón había sido descubierto por Ignacio de Cota, y del cual el mismo Vázquez se expresa en estos

términos: «Envié a Juan de Illanes, sargento mayor, a la provincia del Guarco con sesenta soldados, que se habían rebelado uno o dos caciques y el principal de todos no había dado la obediencia y vasallaje... El sargento y soldados me dieron noticia de que en estas provincias había un valle, el mejor de Indias, para poblar una ciudad. Vista la nueva que el sargento me dió del buen asiento del Guarco y consideradas las faltas que el de esta ciudad tiene, especialmente de tierras para sembrar, y el estar apartado del concurso de los naturales; y que estando en comarca de ellos con más comodidad serán doctrinados, acordé ir a ver el valle y visitar las provincias a él comarcanas; enviéles a avisar con un soldado solo: recibiéronle bien, durmió entre ellos; y otro día llegó con doce hombres y el padre Fray Pedro de Betanzos y Fray Martín de Bonilla; holgáronse conmigo; diles rescates; estuve con ellos seis días; ví el asiento; parecióme bien y no he visto otro mejor en estas partes, excepto el de Atrisco en Nueva España. Tracé una ciudad en un valle, en un asiento junto a dos ríos. Tiene el valle tres leguas y media en largo y legua y media en ancho; tiene muchas tierras para trigo y maíz; tiene el temple de Valladolid, buen suelo y cielo. Nombré a la ciudad, Cartago, por llamarse esta provincia de este nombre.»

Vázquez de Coronado, pues, señaló a mediados del año de 1563 el lugar de la ciudad de Cartago, y comisionó enseguida a Alonso Anguciana de Gamboa para que viniese a delinear la población y a construir las habitaciones provisionales que eran menester. Juan Solano acompañó a Anguciana en el desempeño de esta comisión, la cual tardó para cumplirse el trascurso de varios meses, pues no fué sino por el de marzo de 1564 cuando los españoles, abandonando a Garcí Muñoz, vinieron a residir en este valle del Guarco. Por lo tanto, bien puede decirse que Juan Solano vió nacer a la ciudad de Cartago, en el campo en que confluyen el Taras y el Purires; en el mismo punto en que hay unos robustos cruceros de poró y un grupo de naranjos deshojados, aquéllos con su orientación hacia los rumbos cardinales, figurando los solares, y éstos con el musgo añoso que los cubre, parecen indicar que allí precisamente tuvo su primer asiento Cartago, y su cuna Costa Rica.

Vázquez temporalmente se ausentó de Costa Rica, para traer de Nicaragua nuevos elementos, indispensables a la prosecución de la conquista, dejando a Juan Illanes de Castro por su teniente en Cartago. Los indios mientras tanto se revelaron y mataron a ocho soldados españoles. Fué preciso hacer nuevas correrías; y en ellas Juan Solano demostró cumplidamente su actividad y pericia.

Cuando volvió Vázquez de Nicaragua, emprendió su famosa jornada al río de la Estrella, en la cual no tomó parte Solano, porque se había quedado encargado de la guarda de Cartago.

En tiempo de Pedro Venegas de los Ríos, sucesor de Juan

Vázquez de Coronado, se levantaron otra vez los indios comarcanos. La ciudad se velaba noche y día y las cosas fueron tomando tan mal sesgo que la mayor parte de los soldados, abandonando la comenzada conquista, se salió de la provincia. Tan sólo quedaron nueve vecinos, desamparados, y entre ellos Juan Solano.

Los nuevos elementos que trajo el Gobernador Perafán dieron estabilidad a la colonia. Juan Solano fué encargado de hacer varias entradas de guerra, y con ellas se consiguió nuevamente la sumisión de los rebeldes.

Perafán fundó en 1569, en las vecindades de la actual Esparza, la ciudad de Aranjuez, y nombró por corregidor de ella al capitán Juan Solano.

El astuto Perafán, para enardecer el decaído entusiasmo de los soldados y obligarlos a seguirle en la expedición que proyectaba a Tierra Adentro, les repartió en encomienda todos los pueblos de indios que existían en la provincia.

Los indios, pues, entraron en 1569, bajo título de encomienda, en una odiosa y disfrazada esclavitud. Sin embargo, debemos convenir en que sin las encomiendas, es decir, sin el trabajo forzado de los indios, los españoles, al mirar la pobreza de este país, de seguro que se hubieran ausentado, llevándose consigo el germen de la relativa civilización de que disfrutamos. El predominio de las razas superiores ha sido, es y será la eterna ley de la Historia; ley que debiera a nosotros mismos ponernos sobre aviso, impulsándonos, por efecto de nuestra espontánea libertad, a mejorar de condición social, para evitarnos la repetición de la catástrofe irresistible que, en los días de la conquista, llenó de espanto a nuestra tierra.

Todas las historias están llenas de pavorosas enseñanzas, escritas con caracteres indelebles, en sus páginas más útiles, o en los restos dispersos del lenguaje, o en las piedras funerarias de antiguas sepulturas. Los chorotegas, asentados en las costas del Pacífico, habían venido del Norte, y del Sur, los Coutos, que vivían en las partes de Boruca. En los llanos de Santa Clara, habitaban algunos restos aztecas; y los güetares del interior, originarios del Brasil. De modo, pues, que a juzgar por los datos arqueológicos y lingüísticos, recogidos por personas entendidas, bien se puede decir que, aun desde antes de venir los españoles, ya se habían efectuado aquí, entre los mismos aborígenes, irrupciones anteriores, tragedias pavorosas, castigos severísimos; pues los pueblos todos de la tierra han debido soportar el peso de esa dura ley del predominio del más fuerte en la constante peregrinación hacia el progreso.

En aquella ocasión, Perafán de Rivera era el más fuerte; y por eso repartió las encomiendas. A Juan Solano le tocaron ciento cincuenta indios de Puririce y doscientos cincuenta de Garavito.

La provincia de Garavito era de las más notables de Costa Rica,

cuando vinieron los españoles; se extendía a lo largo de la ribera derecha del río Grande, desde las inmediaciones de Barba hasta el valle de Landecho; y el pueblo estaba situado como a cuatro leguas de Esparza, cerca de la actual villa de San Mateo.

Llamáronla Garavito porque ese era el nombre del indómito cacique que la gobernaba cuando la conquista; pero esa palabra indudablemente es de origen castellano. Los indios con frecuencia se ponían los nombres de sus conquistadores; así es que el adoptado por el cacique referido debe de provenir del capitán Andrés de Garavito, personaje notable en la borrascosa y efímera existencia de la villa de Bruselas, la primera población de españoles que hubo en Costa Rica.

Pedrarias de Avila, Gobernador de Darién, comisionó en 1519 al Licenciado Espinosa para que hiciese descubrimientos en la Mar del Sur hacia las partes de Occidente. Hernán Ponce de León, que formaba parte de esa expedición, fué el primero que descubrió nuestras costas del Pacífico.

Más tarde, en 1522, las recorrió por tierra y mar, el animoso Gil González; pero ninguno de los dos dejó en ellas un recuerdo permanente de su paso,

Siguiendo las huellas de Gil González, vino el capitán Francisco Hernández de Córdoba, enviado por el astuto Pedrarias, para aprovecharse mañosamente de los descubrimientos entonces efectuados.

Hernández de Córdoba fundó en 1524, en las costas de Orotina, la villa de Bruselas; y como se dirigía hacia Nicaragua, dejó por su teniente en la villa referida al capitán Andrés de Garavito.

Hernández fundó también las ciudades de León y de Granada. Comenzó, pues, con buen suceso la jornada, pero la terminó trágicamente, porque su desmedida ambición lo condujo a rebelarse contra su propio jefe, el cruel Pedrarias.

Necesitando Hernández de soldados para resistir a Pedrarias, dió órdenes en 1525 a fin de despoblar a Bruselas. El capitán Garavito rehusó secundar los proyectos de Hernández, pero fué reducido a prisión y la villa quedó desamparada.

Pedrarias llegó con gente a Nicaragua; el rebelde fué vencido y muerto en el patíbulo; y la villa de Bruselas, de nuevo repoblada.

Dos años después tuvo Pedrarias que volver a Panamá, para dar la residencia del tiempo que allí había sido gobernador; y, durante su ausencia, Diego López de Salcedo se hizo recibir por gobernador de Nicaragua; y porque, enviadas sus provisiones a Bruselas, no quisieran recibirle, a causa de no extenderse su gobernación a esta provincia, envió al capitán Andrés de Garavito, con gente, el que la despobló, sin dejar españoles en ella.

Cuando volvió Pedrarias hecha su residencia, con provisiones reales de gobernador de Nicaragua, halló despoblada a Bruselas, mucha carestía, y muertos muchos indios.

La hazaña devastadora del capitán Garavito no tuvo reparación, porque la infeliz villa de Bruselas después de esta segunda acometida ya no volvió jamás a levantarse.

Consta, pues, que el capitán Garavito permaneció algún tiempo en nuestras costas; así es que, tanto por estos datos, como por llevar más tarde su mismo nombre el cacique de las riberas del río Grande, debemos inferir que él fué el primer español que penetró hasta el interior de Costa Rica; pero de esa expedición no ha quedado rastro alguno en los Archivos. El pueblo de Garavito ha sido el único testimonio, que con su nombre, acredita aquellas olvidadas correrías.

Pues bien, en ese pueblo de Garavito fué en donde el capitán Juan Solano recibió el premio de sus servicios, con la encomienda de doscientos cincuenta indios infieles.

Encargaban mucho a la conciencia de los encomenderos que se empeñasen en la conversión de los infieles. Dicen que los españoles, cuando fundaban un pueblo, lo primero que hacían era una iglesia. A este respecto el capitán Solano debió de tener tranquila la conciencia, pues el pueblo de Santa Catarina de Garavito tenía su iglesia y su convento.

Consta por un documento inédito del año 1590, que la iglesia era muy pobre, puesto que solamente tenía «una imagen de bulto de Santa Catarina, que costó cien pesos, un Crucifijo, unos papeles pintados de historias, en las paredes de la iglesia, un cáliz de plata con patena, una casulla de tafetán blanco y azul, una alba, una ara quebrada, un atril, cuatro petates, un frontal de manta de la India, y unos manteles viejos para el altar.»

Como se ve por estos datos, la iglesia de Santa Catarina era muy pobre, pero eso no obstante, la encomienda de Garavito fué de las más apetecidas, porque como aquellos indios, desde el principio, fueron totalmente dominados, tenían que ser de los más puntuales en acudir con sus respectivas tasaciones.

Habiendo sido, pues, el capitán Solano tan favorecido en el reparto, claro está que había de ser un entusiasta partidario de la expedición que proyectaba el Gobernador a Tierra Adentro.

Estaban frescas todavía las noticias que Vázquez y sus compañeros habían traído de los ricos lavaderos de la Estrella y de la numerosa población de aquella parte. Perafán, no obstante su avanzada edad, dispuso ir en persona tras el codiciado metal, que tanto apetecía. El capitán Solano fué uno de los más notables colaboradores en esta famosísima empresa.

A pesar de las dificultades del camino, pudieron sojuzgar los pueblos de Cherripó, Pococí, Aoyaque, Moyagua y Ciruro, y llegar a las orillas del río de la Estrella, en donde encontraron quemados los palenques y taladas las sementeras. Probablemente no siguieron las mismas huellas de Coronado, pues no se dice que encontraran ni

siquiera las señales de aquellos famosos lavaderos, que desde entonces se ocultaron a las miradas codiciosas de aquellos que buscándolos han perdido inútilmente tiempo y dinero.

Pasando trabajos inauditos llegó Perafán al sitio de Arariba, en donde permaneció por largo tiempo; y allí dispuso que Juan Solano continuase la exploración hasta llegar a los confines del territorio costarricense. Solano, en efecto, tomó posesión de aquellos lugares apartados en nombre del Rey de España.

El Gobernador abandonó las regiones del litoral atlántico, tramontó la cordillera, y bajando a las comarcas de Boruca, fundó la ciudad que llamó Nombre de Jesús.

Juan Solano fué nombrado Teniente Gobernador de la referida población, pero su estada allí fué de pocos meses, porque los vecinos, no encontrando manera de permanecer en un lugar en donde carecían de toda clase de recursos, tuvieron que regresar a Cartago.

Poco tiempo después de la vuelta de Perafán, se sublevaron nuevamente los aoyaques. El Gobernador envió contra ellos a su hijo don Diego López de Ribera. El Capitán Solano acompañó a don Diego en esta entrada.

El lugar escogido por Juan Vázquez para asiento de la ciudad de Cartago no satisfizo a Perafán. Se formaban allí tan grandes lodazales que llamaban por apodo a la ciudad: «Ciudad del lodo». El terreno, en verdad, abunda mucho en barro de ollas; mas fuera por el barro o por otro cualquier motivo, es lo cierto que Perafán en 1572 trasladó la población al sitio de la Mata Redonda, la actual Sabana de San José, conservándole, sinembargo, su nombre primitivo de Cartago.

Perafán, que cuando vino traía tan grandes esperanzas de hacerse rico, mirando la pobreza del lugar, abandonó la gobernación, dejándola provisionalmente a cargo de Solano.

En 1571, siendo gobernador Alonso de Anguciana, ocurrió la traslación de la ciudad al lugar en que hoy está asentada. Probablemente en el documento que autorizó esta última y definitiva traslación, figuraron, en primera línea, los nombres de Juan Solano y Alvaro de Acuña, pues en Cartago, muchos años después, las personas más versadas en los Archivos del Cabildo, atribuyeron, erradamente, a aquellos dos viejos conquistadores la fundación de la ciudad.

Por órdenes terminantes del Monarca, era forzoso a los encomenderos el casarse. Seguramente el capitán Solano no quiso buscar su compañera en los humildes ranchos de su encomienda, pues en 1576 hizo un corto viaje al vecino reino de Tierra Firme, de donde regresó casado con doña Mayor de Benavides.

El recto y probo Gobernador Artieda, hostilizado por la Audiencia, fué llamado, en 1579, a Guatemala; y durante su prolongada ausencia quedó el Capitán Solano por tercera vez al frente del gobierno superior de la provincia.

Fué el primer Alcalde de la Santa Hermandad que hubo en Cartago; sirvió el destino de Tesorero de la Real Hacienda; y varias veces el de Regidor de la ciudad. Es decir, desempeñó durante largo tiempo los más altos y más honrosos cargos públicos de la provincia, de los cuales no se apartó sino cuando, por razón de su avanzada edad, dejó de tener aptitud para servirlos; y aun entonces, siguió desempeñando otras funciones más altas y más honrosas: las funciones de la experiencia y del buen juicio, pues siempre fué Solano el hombre de consejo en la ciudad.

El día 8 de Agosto de 1610, siendo Gobernador don Juan de Ocón y Trillo, llegó a Cartago la noticia de la apurada situación en que se hallaban los vecinos de Talamanca, a causa del levantamiento general de los cavécares. La noticia causó profunda impresión en la ciudad, y a són de campana tañida se reunieron en el Cabildo los vecinos principales del lugar, para disponer lo que fuera acertado practicar en ese evento.

El documento oficial que refiere aquel funesto fin de Talamanca y lo resuelto por la junta consultiva de Cartago, consigna también el nombre del consejero Juan Solano, con muestras de grandísimo respeto. La junta resolvió que se enviasen sin demora los auxilios que imploraban los sitiados. Los auxilios se mandaron; se salvaron los sitiados; pero la ciudad de Talamanca para siempre se perdió.

El documento aludido es el último en que aparece la firma del capitán Juan Solano. Debe de haber muerto por el año de 1615, pues en 1616 dice su hijo Francisco que ya era muerto recientemente su padre.

A las relevantes cualidades que adornaron al capitán Solano, debe agregarse también la recomendación de haber sido el progenitor de una familia que durante largos años ocupó el lugar más distinguido en la ciudad.

Como se ve por estos datos, recogidos de fehacientes documentos, el capitán Juan Solano fué persona prominente en la primitiva Cartago, por los notables servicios que prestó en la conquista del territorio, en la perpetuidad de la colonia, y en la organización de la ciudad.

A donde él, constantemente llegaron a buscar los forasteros un albergue, los soldados un caudillo, los Gobernadores un consejero, y los indios un protector. Sus amplias casas pajizas, fueron en la naciente Cartago, lo que en las regiones del oriente, las tiendas hospitalarias de los tiempos patriarcales.

Por eso don León Fernández, refiriéndose a Solano, ha dicho lo siguiente: «Él fué sin duda una de las figuras más prominentes y simpáticas de la conquista de Costa Rica, por su honradez, desprendimiento y larga e importante hoja de servicios, siempre limpia y sin mancilla. Su larga vida, su numerosa familia y sus valiosos servicios lo hicieron ser considerado, por sus contemporáneos, como la persona de mayor respeto e la Colonia.»

RICARDO JIMÉNEZ

Es una de las más altas figuras de la intelectualidad de Costa Rica. No porque haya cultivado un género literario en que mostrara excelencias líricas; no porque hiciera cuentos de trama feliz o poemas encantados de musicalidad. Es que en todos sus actos, en cada palabra suya, en cada frase escrita, está de relieve el hombre intelectual, el pensador, el ironista, el hombre de talento singular y de espíritu admirable.

Como orador, es gallardo y es culto. Como polemista, inconfundible y seguro. Como adversario, irónico y tenaz. Eminente jurídico, de vastísima cultura, gran estadista, es ciertamente una de las grandes figuras que puede enseñar la historia contemporánea de Costa Rica.

Manuel González Zeledón decía de él en 1903, cuando empezaba a culminar su vida política: «Es de aquellos que han pasado por todas las pruebas, pudiendo decir con altivez que no tiene tacha ni sombra en su vida de combatiente. Como estadista de ideales propios le colocan aquellos que pueden juzgarle, en primera línea, entre los de Centroamérica».

El cronista salvadoreño Arturo Ambrogi dice en un libro suyo: «Costa Rica tiene un Teatro Nacional y un Ricardo Jiménez». Y esa frase, excesiva tal vez, no pareció imposible cuando fué conocida. Es que su figura se presta aun a la paradoja.

En nuestro país se le ha tenido justa admiración y hay quienes le rinden verdadero culto; pero también, como grande, ha tenido sus adversarios políticos. Mas, ninguno, ni sus enemigos más ardorosos, dejan de declarar que su mentalidad es orgullo para Centroamérica

y que bien merece este hombre una gloria continental. Sus detractores muestran algunos de sus actos políticos para amenguar su grandeza; pero nosotros lo admiramos sin reservas y con toda lealtad declaramos que él vale más que todos los defectos que pudieran atribuirle.

Limitado el espacio de que disponemos aquí para hablar de su vida,—luminosa trayectoria,—tenemos su nombre entre los de aquellos costarricenses a quienes se debe estudiar con toda atención y cuyas vidas son ejemplo de civismo. Un día, pues, nos complaceremos escribiendo tan hermosa biografía.

La obra del Licenciado Jiménez está esparcida en todas las publicaciones del país; no ha habido revista o periódico de importancia donde no conste algún brote de su pluma. Así es que será utilísima y fecunda la labor de quien alguna vez trate de recoger esa obra dispersa.

Su iniciación política la hizo en 1880 en el periódico «El Ciudadano» que editaba don Pedro Pérez Zeledón, con un artículo titulado: *Lo que hay que hacer*, y que era un estudio profundo sobre la situación política de entonces. Era sorprendente que quien había escrito página de tanto valor tuviera apenas 21 años de edad.

A San José llegó como a los 12 años y comenzó trabajando en un Juzgado, de simple escribiente. Entró a la Escuela de Derecho y empezó a triunfar. De Pasante de Abogado trabajó en el bufete del Dr. don Antonio Cruz, a quien dió su saber, junto con don Cleto González Víquez, en aquella labor codificadora que formalizó nuestra legislación vigente. En el 84 recibió su título de Abogado.

En el 85, a los 26 años, ocupó su primer puesto político de importancia: fué como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante el Gobierno de México. No regresó a Costa Rica concluida su misión sino que viajó por los Estados Unidos y Europa. De regreso al país abrió su bufete y logró desde el principio imponerse como abogado. En el 88 fué nombrado Plenipoten-

ciario para las Conferencias Centroamericanas de ese año en esta capital. En el 89 fué Ministro de Soto y luego del Dr. Durán, a su llegada al Poder el 8 de noviembre de ese año. A los 31 años, en 1890, fué Presidente de la Corte Suprema de Justicia, hasta que el Presidente Rodríguez rompió el orden constitucional suspendiendo el Congreso, motivo por el cual se retiró de su alto puesto el joven Magistrado. Dejó de aparecer en la política en los años de 1894 a 1902, fecha en que vino a colaborar con el Presidente Esquivel como Primer Designado y Presidente del Congreso. En 1906, siendo Presidente de la República el Licenciado don Cleto González Víquez, estuvo don Ricardo en el Congreso, lo presidió, engrandeció su figura política y salió de allí en 1910 a ocupar la Primera Magistratura de la República.

VETO A PROPÓSITO DEL JUEGO DE GALLOS

Señores Diputados:

Me veo en el muy penoso deber, cumpliendo el que me impone la Constitución en la elaboración de las leyes, de vetar vuestro decreto que transforma en acto lícito el juego de gallos y dispone que se derive de él una nueva renta municipal. A mis ojos esa ley, si llega a darse, significará que nuestras costumbres bien necesitadas todavía de perfeccionamiento, sufren una nueva y lamentable caída. Es mala esa ley porque fomenta el juego, sirte en que naufragan el amor al trabajo, el espíritu de ahorro y previsión, el bienestar del hogar, y, no pocas veces, los sentimientos de honradez y compasión humana; es mala porque si hoy se abren al público de par en par las puertas de las canchas de gallos, mañana, por lógica fatal de las cosas, habría de hacer lo mismo con las puertas de los garitos, porque ver correr los dados es menos innoble que ver correr la sangre de animales sacrificados para solaz o en aras de la codicia de los jugadores. En el juego de gallos no hay de noble sino el denuedo de los animales. Lo brutal está de parte de los hombres. Que éstos necesiten para emocionarse ver en el polvo sangriento de la cancha animales heridos que se arrastran, o que arrastran, enredadas en la navaja, sus propias entrañas, o que ciegos, en un supremo esfuerzo de coraje, dan picotazos, inútiles y sin tino, hasta

perder la vida, en medio de los clamores soeces de espectadores sin entrañas, es muy triste y desconsolador. Pueblo que se divierte así, pueblo que goza torturando seres, es pueblo que está aún por civilizar. No creo, sin embargo, que Costa Rica merezca clasificarse en esta categoría. Habrá un grupo de personas que no ven en el juego de gallos otra cosa que un inocente pasatiempo, y habrá también otro grupo de ultra individualistas para quienes toda ley que restrinja la laxitud de costumbres, es engendro de la tiranía; pero esos grupos no son el país, ni mucho menos. Bien veo que hay hombres que reclaman como su derecho, el armar de navajas a los gallos para que se maten; pero al mismo tiempo vemos niñas que se congregan para abrir a las avecillas cautivas las puertas de sus jaulas; y así como esta manifestación de la ternura extrema hacia los seres inferiores despierta un sentimiento general de simpatía, así también la petición que representa la extrema crueldad en el trato de los animales, provoca una corriente más grande aún, de sorpresa y desaprobación general. Tenemos todavía muchos vicios de qué corregirnos, muchas malas costumbres que enderezar, muchos instintos bestiales que domeñar; pero parecía que de este mal paso del juego de gallos, habíamos, por fin, salido para siempre; y de ahí mi pasmo cuando se me insta a que auxilie a quienes se esfuerzan en hundir de nuevo las costumbres en un vil atascadero de antaño.

Hablarnos de que cada uno es libre de arriesgar, en las patas de un gallo, el dinero que debía servir para el sustento de la familia, para educación de la prole, o aún para mejorar la propia condición; hablarnos de que debemos tener libertad de ser crueles con nuestros animales, porque el derecho de propiedad nos lo da para usar y abusar de nuestras cosas; hablarnos de que el derecho de emborracharse es uno de los derechos inalienables del hombre; hablarnos de que, si es verdad que no tenemos derecho de vivir en la inmundicia y hacer de nuestras casas focos de infección, sí lo tenemos para ser focos ambulantes de infección moral; hablarnos así de la Libertad es humillarla, degradarla, prostituirla, como humilla y degrada al Estado esta ley cuando lo obliga a que haga de baratero en la cancha de gallos. Estoy seguro de que no habría partido político que, en procesiones de propaganda electoral, usara en sus estandartes lemas como éstos: «Libertad de gallos», «Libertad de borracheras», «Vivan los juegos reglamentados.» Me parece, entonces, que si antes de los votos y para ganarlos, no había partido que prometiera leyes inspiradas en esos pseudo ideales, después de los votos no debe haber partido en el poder que las promulgue.

Los restablecedores de las riñas de gallos invocan el argumento de que, a pesar de la prohibición, con toda frecuencia y en muchas partes clandestinamente las hay, y que, por lo tanto, es preferible que la ley las tolere y reglamente. Que haya quienes tal

cual vez jueguen a salto de mata es innegable; pero la insistencia con que los interesados se afanan por que se derogue la ley actual, evidencia que los jugadores viven en continua zozobra de las visitas intempestivas de la policía; y, por otra parte, si la ley se burla en esta materia, también se burlan, por desgracia con harta frecuencia, las que prohiben los hurtos, robos y asesinatos, pero a nadie se le ocurre, fundándose, en esa impunidad, pedir la derogatoria de las leyes penales y que se deje en paz a los delincuentes. Pretender que el bien acabe de una vez con el mal es quimérico. Cuanto los hombres de buena voluntad podemos hacer es perseverar en nuestros empeños de bien público, sin que se entibie nuestra fe por que haya ocasiones en que fallen, puesto que debemos vivir conscientes de que en ellos, así como en todas las demás empresas humanas, siempre hay un tanto por ciento de esfuerzos estériles o perdidos; y si la corriente adversa no nos deja avanzar como fuera nuestro deseo, si no logramos que siempre «el mañana nos encuentre más lejos que el hoy», que por lo menos lo que se ganó en la brega hasta hoy, ganado quede.

Al expresar mi opinión, tal como la veo en el fondo de mi conciencia, lo hago sin ánimo de menosprecio u ofensa para nadie; tengo muy presente la lección de humildad que enseña el Evangelio: «no juzguéis porque también no seais juzgados»; y al examinar la opinión contraria, mi pasado se levanta y me recuerda que yo fuí también gallero. No lo olvido; y aunque hace veintidós años que dejé de serlo, con sólo recordarlo siento que el rubor enciende mi rostro. Por lo mismo, no pondré mi firma en el decreto que me habéis enviado; que sean otras las voluntades que lo autoricen. Ayudaré en cuanto pueda a que Costa Rica sea una segunda Suiza,—Suiza por lo pequeña, por lo montañosa, por lo culta, por lo libre—pero ayudar a que Costa Rica se convierta en un segundo principado de Mónaco, eso nunca jamás.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA FIESTA CELEBRADA EN SU HONOR, EN LA ESCUELA «JUAN RAFAEL MORA», 1922

Señoras y señores:

Es tan grande mi contento por lo que esta noche he visto y oído, en cuanto a mí atañe, como grande lo inmerecido del premio. Vuestra generosidad está bien por lo que os enaltece. En cuanto a mí, todo está en desproporción con vuestro favor, todo es menguado, salvo el sentimiento de gratitud que os guardaré, y que irá siempre

en mi memoria tras el recuerdo de esta fiesta como va tras su amo el perro fiel. Me tocó en suerte, como Presidente, daros albergue en este edificio. Si esto se estima como digno de galardón, ¡qué fácil es ser un gran Presidente! La verdad es que mi acción no tuvo siquiera el mérito de iniciar una política presidencial antes desconocida de interés o devoción por la causa de la enseñanza. Desde el principio de la República, nuestros mandatarios la han considerado inseparable de nuestros destinos. Es mes de Navidad y permitidme que hable en términos de Navidad.

Todos los Presidentes hemos visto en la difusión de la enseñanza la estrella ideal que debía guiar nuestros pasos, como guió la que se puso sobre el establo de Belén, la marcha de los reyes magos. Allí buscaban éstos la redención; y nosotros, en otra esfera del pensamiento y la voluntad, sabíamos que necesitábamos también de otra redención: la de la ignorancia; redención indispensable en una democracia, más que en cualquiera otra forma de gobierno, porque, como lo decía Cristo, «*Conoceréis la verdad y sólo la verdad os hará libres*». Y para que aquí se enseñara la verdad, y porque la libertad nos viniera por añadidura, regocijados pusimos, mi Secretario de Estado, el profesor don Roberto Brenes Mesén, y yo, la firma en el acuerdo que cambió el antiguo Cuartel de Armas llamado el Principal, en la Escuela Juan Rafael Mora, llamada así para que se sepa que la escuela será el mejor baluarte de nuestra independencia y soberanía. Dejadme que robe unos cuantos momentos más de vuestra atención y os ponga a la vista los sentimientos que me alentaron al rubricar aquella resolución. De este edificio mientras fué Cuartel, no tenía yo sino viejos recuerdos ingratos. La primera vez que crucé sus umbrales fué para ser filiado. Me dieron una papeleta del asiento que hicieron en el registro respectivo. Salí luego del Cuartel; leí la papeleta, no me interesó, la arrugué, la tiré al suelo y seguí camino de la Universidad de Santo Tomás. A poco andar, extrañé el aire de sorpresa de las gentes que venían en dirección contraria a la mía; volví la cabeza, y pronto un cabo y unos soldados me sacaron de dudas: corriendo, venían por mí. Se me había visto arrojar la papeleta de filiación; y aquel desafuero tenía que ser castigado. Me encerraron en un negro y sucio calabozo, de piso de tierra; y si no hubieran sido los ruegos de amigos, allí habría pasado la noche. El castigo era justo, pues mi acto irreflexivo y malhumorado no se avenía con la serenidad y buena disposición que ha de mostrar un joven cuando asientan su nombre en la lista de los soldados de la República. Yo no hacía la necesaria distinción entre aquel gobierno militar y la república. De todos modos convendréis conmigo en que de aquella mi primera visita, de aquella primera confrontación con los duros y agrios usos militares, no debí conservar un recuerdo placentero. Años después, en cierto domingo,

recibía junto con mis compañeros instrucción militar. Hubo en las filas un altercado, que pasó a vías de hecho; el instructor dió orden de arresto contra el cabo quimerista; y me tocó a mí cumplir la orden. Se me había ascendido ese mismo día a cabo y aquel fué el primer acto de posesión de mi grado. Conduje al Cuartel a mi hombre. No opuso resistencia; más bien me tomó gran delantera, como si tuviese prisa en llegar; y, antes que yo, habló al oficial de guardia, que se hallaba a la puerta del Cuartel. «Aquí—le dijo,—traigo a este soldado, que viene en calidad de arrestado». «No es cierto, mi teniente,—repliqué yo,—yo soy quien trae al señor».

La paloma lè tiraba a la escopeta.

En la discusión llevé la peor parte, pues aunque yo era estudiante de derecho, él era un viejo y ducho notificador de alcaldías. No pude con él.

El oficial, después de oir nuestras encontradas razones, y no sabiendo a quién darla, y sin que averiguar la verdad le importara un bledo, nos dijo: «Lo mejor será que entren los dos y juntos reconozcan arresto; que tiempo habrá en el día para aclarar el enredo.» Tuve allí la primera lección sobre lo que es la justicia militar. Esa fué mi segunda visita al Cuartel, no más grata que la primera. Luego tuve aquí mismo, una nueva lección objetiva; la de la interpretación que los gobiernos militares dan al principio de la libre emisión de la palabra.

Por razones políticas apresaron a mi hermano, en Cartago. Vinimos en el mismo tren, y como la indignación bullía en mí, la desahogué en palabras que nunca creí que fueran palabras mayores, y lo hice incautamente a presencia del oficial que conducía a mi hermano.

Al apearnos, en la estación de San José, quise despedirme del preso, pero el militar me dijo: «no es tiempo aún de despedidas; usted se viene también con nosotros»; y así vine a dar, por tercera vez, y varios días, a este Cuartel, que no sólo era entonces asiento de guarnición, sino lugar asimismo de calabozos para reos políticos y teatro de durezas y torturas de que es mejor apartar el pensamiento y que fueron obras no del corazón de los hombres sino de los conceptos equivocados de los tiempos.

Comprenderéis ahora, señores, por qué tenía yo que arreglar cuentas con este cuartel; y las arreglé, a mi entera satisfacción, en el año de 1914. Para mí, el Cuartel era el símbolo de los gobiernos fuertes, es decir, de los gobiernos tiránicos, el símbolo, no del ejército que sirve de escudo a las libertades y a la soberanía de la nación, sino el símbolo del militarismo, que es cosa muy distinta. *Esto matará a aquello,* decía Víctor Hugo; y yo me dije: «*la escuela matará al militarismo;* y si no, *el militarismo matará a la república*». Por eso, señores, de este Cuartel hice una escuela. De nosotros se ha dicho que somos un país que cuenta con más maestros que sol-

dados. Completemos la fórmula y digamos: *Un país que tiene más maestros que soldados y que transforma cuarteles en escuelas.* Me pareció que la nueva destinación del edificio hablaría a la imaginación popular y haría palpable la evolución que perseguimos, pues nos pondría a la vista, en este caso, el fenómeno de la transformación de la institución gusano del pasado en la mariposa, de irisadas alas, de la nueva vida. No faltó quién me dijera que era lástima poner una escuela en sitio tan valioso de la ciudad. No pensé lo mismo. Si la escuela ha de tener en nuestra solicitud y cariño el lugar que merece, ninguno será para ella bastante caro en la ciudad. Además, si la renta resulta elevada, sea ello advertencia a la niñez de que el educarla cuesta dinero, y mucho, y advertencia, también, de que esa carga, por pesada que sea, está siempre dispuesto a llevarla, sobre sus hombros, el pueblo costarricense.

Pesó, por último, otra consideración en mi ánimo. Dejó el Padre Chapuí estos terrenos de San José para poblar, para que se diera solar a cuantos quisieran hacer casa bajo la campana, conforme lo dice su testamento. Pues bien, que la primera casa bajo la campana sea, y sea siempre, la casa de escuela. Que la iglesia y la escuela vivan siempre al lado una de otra, en paz, como símbolo de la paz religiosa que reina en la conciencia de los costarricenses y sin la cual no habrá, díganlo tantas naciones, paz política ni social. La Escuela no quita luz ni aire a la Catedral, ni la sombra de la Catedral oscurece las aulas de la Escuela. Ni ésta será una fortaleza que tenga a la iglesia bajo sus fuegos, ni menos habrá de convertirse nunca en dependencia o sacristía de la iglesia. Para bien y sosiego de Costa Rica, perdure el respeto a las conciencias y la tolerancia en materias religiosas!

Y ahora, muchas gracias a los grandes y a los pequeños; y al decirnos adiós y seguir cada uno su camino y con mis deseos de que en el vuestro encontréis ocasiones de nobles empeños y triunfos, atended mi ruego semejante al que acaba de haceros, en palabras vibrantes de elocuencia, el Profesor señor García Monge. Gentes malavisadas codician este edificio y piensan que otros servicios públicos son más dignos de ocuparlo, e intentan desahuciaros a pretexto de empolvados papeles y caducas e imaginarias reclamaciones. *Vosotros los escolares de ayer, de hoy y de mañana, defended este vuestro hogar intelectual. Siempre que lo sintais amenazado, agitad la opinión, moved a vuestras familias, poned de vuestra parte a las mujeres, que defienden siempre a los niños con instinto maternal, y tomad ejemplo de las abejas que si las dejan tranquilas pasan la vida de corola en corola o atareadas, dentro de casa, en el laboreo de su dulce miel, pero que en cuanto un intruso pone la torpe mano sobre la colmena, se alborotan, se enfurecen y la defienden como pueblos patriotas defienden su territorio.*

En los Estados Unidos, donde tantas cosas hay grandes,—y las hay por el acendrado amor de sus ciudadanos a su patria,—no es raro ver en las Universidades, edificios o salones construídos mediante las contribuciones de los que fueron alumnos de las mismas. No os pido que agrandéis, siguiendo el ejemplo de ellos, esta escuela; no os pido tanto; pero sí os pido que no dejéis que desaparezca de su puerta el letrero «*Escuela Juan Rafael Mora*».

Yo os la dí, haciendo uso de mi autoridad de Presidente, nunca tan bien empleada como en aquella ocasión; y el Congreso refrendó mi acto; sabedla conservar y honrar; y la honraréis desarrollando las simientes de vida generosa que maestras y maestros depositaron en los surcos de vuestra inteligencia y vuestro corazón.

UNA PATINADORA DE WASHINGTON

Estaba por fin en el Roller Skating Rink. Ante mi vista se extendía el salón, casi circular e inmenso. Mi primer movimiento fué llevarme la mano a los ojos. Llegando de la oscuridad de la calle, aquella luz arrojada por una infinidad de lámparas eléctricas de diversos colores, producía, al entrar, una impresión demasiado fuerte, un deslumbramiento desagradable. Recorría uno las paredes y su blancura hiriente no se interrumpía sino con los colores de los escudos de armas de los treinta y ocho Estados de la Unión, y con un estrado, que brotaba del muro, sin apoyo en el piso ni arriba, y en el cual los instrumentos de metal de la orquesta bañados por la luz, parecían abrasarse en un incendio. Para reposar la mirada inútilmente volvía los ojos al cielo raso; era aquello una prolóngación indefinida de los colores brillantes de la bandera nacional, que en pliegues ininterrumpidos se adhería al techo y lo ocultaba, a la manera que las inflamadas nubes de la mañana o la tarde hacen desaparecer en el horizonte, el fondo del cielo. Bajaba la vista ofuscado, pero el deslumbramiento no concluía. El piso, perfectamente lustroso con el frote de los patines, devolvía inclemente la claridad cegadora de que estaba saturado el salón.

Mas, pasados algunos momentos, mi pupila se fué acostumbrando a aquella atmósfera, mi primer malestar desapareció y presa de una dulce sorpresa, pronto me entregué a saciar mi curiosidad, excitada por aquella fiesta desconocida.

Cuando entré, el Rink estaba casi solo. A largos intervalos pasaba delante de mí uno que otro niño y uno que otro aprendiz, deslizándose titubeantes. Éstos temerosos de ser arrastrados por la turba de patinadores que debía invadir bien pronto el salón, y más que todo, por evitar las risas de sus caídas, casi seguras, que habrían de provocar, aprovechaban aquella soledad relativa para hacer sus primeros y usados ensayos.

Al principio era fácil darse cuenta de quienes entraban, y seguir con la vista a las nuevas patinadoras, que generalmente se deslizaban en la sala cogidas unas de otras, de dos en dos, de tres en tres.

Así daban unas cuantas vueltas al salón y cruzaban breves palabras y sonrisas de saludo con sus amigas y conocidos; y si eran bonitas, en seguida acudían jóvenes que separaban aquellos apetitosos racimos. Y esto se hacía sin que nadie se detuviera, sin que los patines dejaran de rodar un instante.

A la media hora era ya imposible percibir esos detalles. Un torrente penetraba en el salón, llenándolo sin intermitencia; y aquel gentío, cada vez acrecido, lo ahogaba como una marea creciente.

Estando el Skating de tal modo repleto, no me explicaba cómo en aquella manera de correr no había a cada momento un choque. Pero todos, con una destreza increíble, caminaban unos tras otros, se evadían, se adelantaban, se detenían, se aceleraban, sin hacerse el menor daño, sin perder el ritmo de la orquesta, con más desembarazo que con el que se camina en un salón, con esa agilidad con que se mueven los peces en un vivero.

Aquella mezcla confusa de niños, hombres y mujeres; aquella variedad de vestidos y diversos tipos, característica de este país; la profusión de luz; los acordes de la música, a la que formaban acompañamiento el rumor sordo de los patines y el ruido de las voces y las risas; aquel acelerado movimiento con que todos pasaban y repasaban, sin tregua, cada vez más rápidos, como impelidos sin poderlo remediar, por un viento impetuoso o como si fueran ruedas de una inmensa máquina; aquel espectáculo fascinador de caleidoscopio; todo me hacía perder, por momentos, a mí, para quien aquello era nuevo, la conciencia de la realidad.

El deslizamiento precipitado de ciertos momentos no podía ser llevado muy lejos por todo el mundo.

El cansancio diezmaba la multitud; los asientos que servían de cintura al salón, se ocultaron, primero, de trecho en trecho, y luego totalmente; y sobre las bailarinas, palpitantes y fatigadas, que se sentaban a descansar, una bandada de abanicos batía sus alas. No quedaban en la sala sino aquellos que a fuerza de costumbre y habilidad habían llegado a ser incansables. La misma música parecía necesitar algún respiro; las precipitadas notas del vals se fundían en las despaciosas de la mazurca; y cuando el movimiento de la música languidecía, languidecía también el movimiento de los danzantes.

Entonces mejor que nunca, era de verse la maestría con que algunos hombres, la gracia con que algunas mujeres rodaban sus patines; la fuga acorde de las parejas y los grupos; y la gentil manera como algunos abanicaban a sus favoritas revoloteando en torno suyo, en amplios círculos, al igual de mariposas que hacen amor a una rosa.

En el aire de contento de algunas parejas, en lo radiante de sus miradas, en la sonrisa que iluminaba sus labios, en la indolencia de su balance se revelaba que sus corazones se movían en tan estrecho acorde como sus cuerpos; y que ellas no caminaban ya por la tierra, sino que vagaban por el espacio, sino que bogaban en pleno océano del ensueño.

Había allí una rica cosecha de mujeres bellas, pero sobre todo lucía una a quien no era posible ver pasar sin que los ojos no se fueran tras ella, fascinados. Era blonda, blondísima, de esa blancura y esa suavidad de cutis de las niñas rubias, cuando todavía no han recibido el beso ardiente del sol. Su cabello de un dorado encendido, de ese color de las águilas americanas, apenas salidas del troquel, despedía reflejos al menor movimiento de su cabeza, y parecía entonces ceñida de la aureola que los pintores ponen a sus vírgenes. Su boca de una sinuosidad exquisita y voluptuosa se entreabría a veces y dejaba entonces admirar lindos dientes, en los que se quebraba la luz, como en las facetas de una piedra preciosa; y sus ojos verdes, nítidos y húmedos como las fuentes de nuestros bosques, a las que sirven de lecho vivaces musgos, tenían una expresión de vaguedad, de misterio, de caricia a veces, a veces de dureza que hacía pensar en aquellos mármoles vivos que creó Baudelaire, en sus «Flores del Mal», mitad mujeres, mitad esfinges, que infundían profundas e irremediables pasiones, dulces como un sueño de Oriente y fatales como un veneno.

Iba vestida de azul pavo-real y por supuesto en aquella claridad de día tropical, el tono oscuro de su vestido cortaba perfectamente los contornos adorables de su cuerpo. Su deslizamiento rítmico, cadencioso, era una estrofa de Núñez de Arce; y a semejanza de esas aves de vuelo potente, que cruzan serenas el espacio sin que uno acierte a ver la agitación de sus alas, así corría ella sin que pudiera saberse dónde acababa el impulso que traía y dónde comenzaba uno nuevo. Jamás conservaba la línea vertical; alternativamente, con el movimiento de un verso, iba inclinada hacia un lado y hacia otro, en ángulos agudísimos, imposibles. A cada instante me parecía que ya ella no sería dueña de enderezarse, y que en seguida rodaría por el suelo. El junco elástico se agacha y besa el agua y vuelve a erguirse: así ella oscilaba, sin el menor esfuerzo, armoniosa, indefinidamente sujeta a la cadencia de la música.

Tras ella,—claro es,—corrían los deseos de los hombres ardientes, rabiosos, desesperados, como una jauría lanzada inútilmente tras una presa. Con la vista perdida a lo lejos, como si contemplara el espacio infinito, sin darse cuenta de su triunfo, o más bien desdeñándolo, entregada por completo a su pasión de patinar.

«Elle allait son chemin, distraite et sans entendre
Le murmure d'amour qui s'éléve sur ses pas».

Sonó de repente la señal de despedida. La música se extinguió. Cerca de mí había un asiento vacío y en él vino por casualidad a sentarse ella.

La excitación del movimiento y del placer encendía su rostro, con ese rubor que colora a las mujeres enardecidas por los transportes de la pasión. El ejercicio había sido tan violento que se la sentía sudorosa, humeante, y de toda ella se desprendía ese olor incisivo, poderoso, irresistible de mujer joven que cuida con amor su cuerpo. Mientras su compañero, casi un niño, que traía a la memoria aquellos lindos pajecillos de las castellanas de los tiempos feudales, le desataba los patines, ella se abanicaba a toda prisa, haciendo volar los cabellos rebeldes de su nuca, dorados y sedosos; y al recibir aquel aire acariciador, que el abanico le enviaba a bocanadas, se inclinaba hacia atrás, enervada, en un espasmo voluptuoso, y dejaba admirar, en toda su plenitud, las riquezas de su busto virginal, cuyas redondeces de forma intachable, hacían que uno se preguntara a qué mármol glorioso las había ella robado.

Pronto se puso de pie, se arropó con los pliegues de su abrigo estrecho, que comprimía con delicia, diría uno, los tesoros de aquella niña, y echó a andar. Durante algunos instantes pude distinguirla por sus contornos, por el balance de sus caderas, por su peinado japonés, por aquellos cabellos de la nuca, blondos y rizados, que llevaban a los labios la cosquilla del beso; pero muy luego se perdió entre la multitud, que se agolpaba, en la puerta de salida, en una confusión de rebaño.

Cuando todos hubieron salido, se apagaron, una después de otra, las lámparas, como ojos que se cierran para dormir y bien en breve el salón, rendido de fatiga, se sumió en un sueño profundo.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

En 1869, el mismo año en que llegaba al país el maestro Dr. don Valeriano Fernández Ferraz, nació en San José este hombre modesto y sabio a quien debemos estudiar un día detenidamente, pues no es posible que en pocas líneas podamos referirnos a una vida que, como la suya, es hermoso ejemplo de paciente dedicación y de constante ejercicio en bien del país.

En Costa Rica es uno de los espíritus más singulares, por sus vastos conocimientos, su probidad indudable y por su carácter. Ha sido un solitario, pero desde su soledad ha luchado con entereza y se ha dado a los jóvenes con generosidad. Como intelectual es admirable, por su orientación definida y por la forma sintética con que trata sus asuntos. Sus ideas son amplias. Con Platón, cree que el mal es ignorancia del hombre. «Con conocimientos no habrá perversos, fuera de los anormales»,—dice. Es un hombre a quien se puede estar oyendo muchas horas porque alienta y porque enseña. Desde que dejó la Dirección del Liceo está recluído en su Botica, donde educa hace ya 18 años. No ha publicado ningún libro ni ha querido titularse nunca. Pero ha trabajado fructuosamente en tres revistas: «Renovación», de la que fué Director el anarquista Anselmo Lorenzo; y otras dos que han venido a ser sus tribunas y la expresión de su pensamiento: «Eos», y «Reproducción» que todavía circula. Ha colaborado en casi todos los periódicos y revistas del país, pues su opinión ha sido siempre solicitada y atendida con respeto. Es individualista, pero por encima de todo, es un optimista. Cerca de él, le admiramos más; cosa rara por cierto, porque los hombres a veces sólo son admirables a la distancia.

En el 82 comenzó sus estudios de segunda enseñanza y curioso será anotar que siendo aún colegial, abjuró, en 1885, del Catolicismo Romano. Fué Bachiller en Filosofía en el 87. En el 89 salió para Europa, por cuenta de la República, para proseguir sus estudios de ciencias físicas. Durante los años universitarios franceses trabajó en los laboratorios de química de la Sorbona y en 1893 fué nombrado Miembro de la Sociedad Química de París. Tomó lecciones de fisiología, física, agricultura, toxicología, química, pedagogía e higiene, con maestros ilustres como Richet y Becquerel. En el 94 regresó a Costa Rica y entonces elaboró un *Proyecto de Reforma* de la 1.ª y 2.ª enseñanza, que la comisión desechó, quizá «por ser demasiado moderno» como decía en esa ocasión el Dr. Michaud. Del 95 al 97 fué Profesor en el Liceo y luego viajó dos veces por varios lugares de Europa, dedicando mucho tiempo a los estudios sociales. En el 99 fué Director de la Escuela de Farmacia, donde se le tiene verdadero cariño y admiración. En 1905 fué nombrado Director del Liceo de Costa Rica y no estuvo allí sino un año, en el que se gastó como por cuatro lustros por la ingente labor que llevó a cabo, pero que sirvió para que se revelaran sus capacidades singulares y su vastísima cultura. De allí salió por no ceñirse a ideas en que no alentaba él y, ciertamente, ésto ha sido un golpe para la cultura del país, por la que ha trabajado siempre este hombre sabio y humilde.

UNA MISCELÁNEA DE «EOS»

Soy un simple comerciante del Imperio de Cervantes. No me creo muy tonto, puesto que he podido hacer en diez años el capital que necesito, sin recurrir a engaños ni falsificaciones de ninguna especie. Pero mi caudal literario y científico cabe en poco espacio, pues no he pasado por las escuelas de don Mauro ni he aprendido nada en el Liceo. La iniciación en los conocimientos de cálculo y de gramática que he adqui-

rido—escasísimos, repito—la debo casi entera a las lecciones privadas de un maestro que llamaré don Celso, ya que él no quiere que su nombre verdadero vuelva a figurar entre los mentores de la actual generación. Ello fué hace 28 años, en el barrio de la Soledad.

Dos palabras, matemáticas y lenguas, llenaban el prospecto de aquella escuela embrionaria, sin horario, sin programas y radicalmente neutra en el dominio de lo sentimental (religión, etc.). Don Celso era entonces—y lo es de seguro todavía—un intelectualista puro, al modo del segundo tercio del siglo XIX.

En matemáticas, aprendí cuanto he utilizado en mi comercio; pero soy incapaz de decir si mis procedimientos son aritméticos o algebraicos, euclidianos o analíticos. No se me enseñó a distinguir divisiones en el conjunto de nociones conseguidas, conjunto homogéneo y tan sencillo como fecundo.

En forma de ejercicios de lenguaje, recibí los primeros elementos de fisiología, de física, de geografía. «Para dirigir bien estos ejercicios, son indispensables una ilustración tan honda y una experiencia tan rica como no es posible poseer con mi cabeza y a mi edad», decía don Celso—que contaba entonces unos veintiséis años.—«Para no perderme, agregaba, voy a procurar no hablar sino de las cosas que me parecen claras y que se armonizan bien unas con otras en mi mente. Y en cuanto a reglas o gramática, voy a procurar olvidarme de que soy costarricense y buscar sólo aquello que pudiera ser igualmente útil a un francés, a un inglés, a un italiano.»

Don Celso se enojaba cuando alguno le hacía la pregunta de: ¿Qué idioma le gusta a Ud. más? «A mí no me gusta ninguna peculiaridad, ningún idioma», contestaba siempre. «A mí solamente me interesa el lenguaje del hombre.»

*

La perfección del lenguaje: tal ha de ser el fin de la escuela, si ella ha de ser imagen compendiada de la naturaleza misma. Toda la evolución orgánica que conocemos culmina en el hombre, y el hombre es un organismo que habla. Hablar bien es expresar la verdad, reflejar con exactitud la naturaleza.

La evolución biológica entera tiende hacia la capacitación para la abstracción. Sentir propiamente, es abstraer. Razonar,

es abstraer. Hablar, es abstraer. Cuando digo que el hombre es un organismo que habla, digo que es un organismo capacitado para la abstracción.

*

Dos personas que se entienden bien; que hablan una misma lengua y *dan a sus palabras un valor semejante*, son dos personas que están en el mismo grado de evolución biológica, por diversas que parezcan sus formas orgánicas, en color, estatura, etc.

Sin comunidad de lenguaje, no hay asociación eficaz de esfuerzos.

Y esta comunidad debe ser tanto más perfecta cuanto más elevado sea el objeto de dichos esfuerzos.

La comunidad de lenguaje no se aprecia fonéticamente. Es muy secundario para mí que usted diga *libertad, liberté*, o *liberty;* lo importante es que nuestro concepto de libertad sea igual o muy parecido. Pero, a falta de otro indicio, la semejanza fonética debe servir para apreciar el grado de parentesco, sobre todo cuando se trata de apreciarlo, no entre individuos aislados, sino entre pueblos enteros.

*

Si no tenemos hecho con Dios el trato de que hablaba Larra, acerca de la fijeza de las palabras, es ya tiempo de hacerlo, o renunciemos para siempre a entendernos.

*

De los relatos de la Historia Sagrada que aprendí en la escuela, ninguno me ha impresionado tanto, durante toda mi vida, como el de la Torre de Babel.

Nunca podrá ser imaginado más terrible castigo contra la soberbia de los hombres que éste, de la confusión de las lenguas.

Mientras no nos entendamos, la torre de la sabiduría no se levantará. Las ciencias particulares (la mecánica, la química, etc.) van construyendo fragmentos, nada más.

*

Yo no reputo por buen trabajador, en ningún orden de cosas, al que no procura hablar en términos precisos.

*

El pueblo más culto—a mis ojos—es Francia, porque es el único del mundo en que un sabio puede hablar a su portera correctamente y sin esfuerzo y ser comprendido por ella.

*

Está bien que se hagan a un lado los libros de texto EN LAS ESCUELAS. Estos libros deben servir únicamente a los maestros, a los padres de familia y a todos los que estudian solos—niños o viejos—o bajo la remota influencia de un simple mentor. Esta última clase es mucho más importante de lo que se cree corrientemente. Hace 18 años que salí de la enseñanza escolar propiamente dicha; pero no he cesado de hacer el papel del mentor que aclara una frase de un libro o explica el sentido de una palabra. Son muchos los jóvenes, empleados en talleres o en casas de comercio, que necesitan que se les ayude de tiempo en tiempo en el estudio por ellos emprendido valientemente, a solas y sin pensar en exámenes.

Lo que está muy mal, a mi juicio, en las escuelas propiamente dichas, es que los libros de texto sean reemplazados por los cuadernos de apuntes llevados por los niños. Estos cuadernos ofrecen todos los inconvenientes de los libros, más una multitud de otros peores. Las PALABRAS ORDENADAS Y FRÍAS son justamente las únicas palabras que deben ser retenidas.

*

Nunca he olvidado una explicación del maestro de mi juventud, discípulo de Spencer, según ahora comprendo. Después de explicarnos el complejo papel de las religiones en la vida de los hombres, valiéndose para ello de variadas citas históricas, nos dijo un día: «Pues bien, digan que ya saben algo de lo que hace el miedo, porque todas las religiones son hijas del miedo a la muerte.»

Por todas partes he descubierto después los frutos del miedo. En lo que atañe personalmente, puedo asegurar que todos los desaciertos no atribuibles simplemente a mi ignorancia, debo atribuírselos a algún miedo.

Se discurre a menudo acerca de los milagros de la confianza, o de la esperanza, o de la fe — que salva montañas—, ¿no sería también bueno discurrir igualmente, o mayormente, acerca de los milagros del miedo, que hace posibles las situaciones sociales más aflictivas?

Cuando esté más viejo, y vuelvan las supersticiones a hacer su irrupción en mi cabeza, o se yergan las que hayan quedado en algún rincón agazapadas, el primer dios ante el cual voy a doblarme, — ya lo verán —, será el dios del miedo, que es como si dijera todos los dioses, a juicio del maestro citado.

*

¡Libertad de conciencia! ¡Cuán hermosa y qué triste expresión! Con una sola palabra podríase decir lo mismo: ¡IGNORANCIA! — En matemáticas o en química, no hay libertad de conciencia. En filosofía, sí: es el reconocimiento de que no sabemos nada o de que sabemos muy poco. — En un cuarto a oscuras, sin luz ni algo que pueda orientarnos, pregúnteme usted: «¿por dónde cojo?», que yo le responderé; «por donde guste, con plena libertad de conciencia».

*

En una junta en que se quisiera trabajar seriamente contra la miseria y contra el dolor, sería preciso colocar a la entrada esta leyenda: «¡Deje Ud. afuera la fe y el corazón!» No está mal en buscar paliativos para las desgracias presentes, pero es mucho mejor procurar evitar las futuras. Y para esto no sé de ningún recurso que no se reduzca en último examen a la *difusión de la verdad* y a su corolario: la facilitación de los medios de trabajo. La ignorancia es la madre de todas las desdichas evitables. Esta es mi convicción. A la lucha contra la ignorancia dedico yo todo mi entusiasmo.

*

Mi palabra carece de valor; pero he de decir que no veo la razón para que una diferencia de objeto exija una diferencia de método. Pienso que no hay más que una buena manera de estudiar, cualquiera que sea el objeto de estudio, y que de esta manera no la hemos inventado nosotros solos,

sino que es hija de la naturaleza misma; y encuentro en la aplicación de dicha manera las propias imperfecciones que encuentro en nuestra adaptación orgánica al mundo que nos rodea: a medida que esta adaptación se perfeccione, mejorándose el *instrumento de razonamiento*, se hará más fecundo el método natural, que es y será siempre *el razonamiento discursivo.*

Al lado de los positivistas a que se alude habitualmente, hay otros filósofos que también quieren ser llamados positivistas y que, sin embargo, sólo injustamente pueden ser acusados de agnosticismo: ellos no sostienen a priori la insolubilidad de ningún problema: se limitan a afirmar su resolución de no abandonar en ningún caso el método empleado en las ciencias positivas (química, etc.) Estos filósofos, si alguna vez responden «no puedo o no quiero ocuparme de tal cuestión», es porque el proponente de la cuestión sienta de antemano que ella no puede ser resuelta por el razonamiento discursivo.

¿No es dicho proponente el verdadero agnosticista?

*

Durante los últimos 20 años precedentes al de 1914, los presagios de desgracia habíanse hecho lo bastante patentes y numerosos para que la declaración de guerra pudiera sorprender a una persona mayor de edad. Para predecir con certeza un cataclismo, habría bastado el fijarse en el incremento que tomaban las diversas formas de anti-intelectualismo y de socialismo de Estado. Cuando el individuo se acobarda y *pierde la cabeza*, y, desconfiando de la razón y de la ciencia, pide consuelo a la superstición, y luz y pan al Estado, la tempestad está cerca. La regla no falla. Esas cosas vienen siempre juntas.

*

Reducido el Estado al patrón de sencillez proclamado por los individualistas, refrenada la burocracia, el problema de la tributación no presentaría las dificultades actuales.

En punto de impuestos, la regla de oro es: que puedan ser recaudados sin exceso de gastos y que la recaudación no se preste a injusticias ni al fomento del servilismo. Salvo el impuesto territorial propiamente dicho, puede fácilmente probarse que casi todos los impuestos directos pecan contra dicha regla.

Los peores impuestos son los *personales* (sobre la renta, etc.), por ser los mayormente sujetos a la evaluación arbitraria de los burócratas — más o menos venales o ignorantes — y a la declaración — más o menos falaz — de los contribuyentes

*

Sin libertad, no habléis de fomento a la producción. Dejad al agricultor que obedezca tranquilamente a su razón y a su ciencia—la ciencia es la experiencia propia sumada a la experiencia ajena—; aseguradle que no vais a intervenir en sus planes ni a desbaratar sus cálculos; dadle esta libertad y le habréis dado a él cuanto da el sol a la planta. — ¡No estorbéis el juego natural de las cosas!

*

La relación entre la demanda y la producción es lo que da el precio de un artículo. Cuanto inventéis en contra de esta verdad no pasará de locura e intento vano. — Releed la historia, desde Diocleciano acá, si no queréis ir más lejos, os desafío a que me citéis un solo caso que no venga en apoyo de mi afirmación.

*

«Una cosa no es justa porque Dios la quiera: Dios quiere una cosa porque ella es justa»: esta es la expresión del supremo determinismo. La más alta libertad obedece a la razón.

*

Los «prácticos» y los adversarios solapados de la ciencia, ésos son los únicos enemigos que debemos combatir. Católicos, logoarquistas, simples deterministas, todos podemos trabajar juntos en EOS — valgan lo que valieren nuestras diferencias — mientras tengamos confianza en la RAZÓN y en su obra: la verdadera TEORÍA.

El intelectualismo es nuestra bandera: «DEMOSTRAR O CALLARSE.»

*

Siendo la ciencia lo único que no se puede improvisar, nada es tan natural como el favor de que gozan, entre ciertas

clases sociales, las escuelas filosóficas que prometen a sus secuaces una SABIDURÍA BARATA.

*

La censura hija de la simpatía es la de mayor eficacia. El crítico bien intencionado relativamente a un autor, procura ante todo comprender a este autor aun a través de los defectos o vicios de expresión en que haya incurrido: hace como el químico *que limpia la piedra antes de analizarla.* ¿Pero tienen los autores *derecho* a estos miramientos? y ¿son enteramente inútiles las censuras del crítico que, contrariamente, busca de intento la manera de hacer resaltar aun las pequeñas imperfecciones y los ligeros descuidos de una obra?

*

.....No se torture en vano. Busque la compañía del padre abnegado, del hijo afectuoso, del ciudadano que va del lado de la justicia, de los buenos en acción, sean cuales fueren sus pensamientos, y trabaje de día: *emplee su mente en lo que a usted parezca menos misterioso:* ¡no se deje seducir por lo que le asombre! Y si sobrevienen momentos de ansiedad y zozobra, agárrese del hilo que le ha traído hasta donde usted está. Conforme se perfeccione su visión externa del mundo y se afiance su fe en las leyes naturales, se establecerá, no digo la luz, la serenidad moral. Y si desea usted medir la bondad de su trabajo, mida la suma de alegría y buen humor que él le procura.

*

Hay en mí un pensador—y lo hay también en cada uno de los que me leen—y hay junto a mi pensador un hombre pequeño, débil, repleto de pasiones y flaquezas. Si el hombre se abate al menor golpe, el pensador, en cambio, no se descorazona nunca. Estoy enteramente seguro de que el mal se mata necesariamente a sí mismo. No concibo injusticia ni error ni enfermedad que sean perdurables. Como pensador, miro apaciblemente hacia todos lados, en el tiempo y en el espacio.

*

Las leyes de la naturaleza son muy sencillas, muy claras y abarcan el infinito. Sus moldes son inflexibles y es sin em-

bargo inimaginable la diversidad de modalidades de acción que en ellos caben. Nuestros mandatarios proceden al revés: multiplican la letra, malgastan fuerzas y casi nada bueno alcanzan . . . ¡Con cuánta facilidad legislan los hombres y qué mal lo hacen!

*

La diferenciación es la condición misma del amor, de la belleza, de la vida. Notas sonoras iguales, colores iguales, altitudes iguales, dan monotonía, nivelación, estancamiento. Sin diferenciación de individuos no hay *armonía* social posible, exactamente como — en el mundo físico — no hay armonía musical sin notas distintas, ni hay luz de sol o de estrella sin radiaciones diversas, ni hay perfume de flor sin esencias múltiples y variadas.

VICENTE LACHNER SANDOVAL

Es uno de los científicos que han sabido usar con propiedad la forma literaria para la expresión de su ciencia. Hombre de vasta cultura, es una garantía para la juventud, que esté dirigiendo actualmente el Colegio de San Luis Gonzaga en Cartago; labor esa que, por sus frutos, le ha dado un prestigio más al Dr. Lachner.

Nació el doctor Vicente Lachner Sandoval en Cartago, el 6 de agosto de 1868. Hizo sus estudios universitarios en Alemania y se especializó en Ingeniería, Ciencias Naturales (1887-1892) y en Medicina (1893-98). Es doctor en Ciencias Naturales de la Universidad de Strasburg y en Medicina, de la misma Universidad. Ha escrito bastante, pero su labor está dispersa: tesis, artículos, informes, estudios, etc. Ha ocupado distintos cargos públicos: Examinador de Escuelas en la provincia de Alajuela, 1892; Delegado Especial del Ministerio para las Escuelas de la provincia de Alajuela, 1903; Presidente de la Junta de Educación de Alajuela, 1901-1903; y Diputado al Congreso Nacional. Ejerce el Profesorado desde 1904 y ha dado lecciones de Antropología, Higiene, Ciencias Naturales, Biología, Anatomía y Fisiología del cerebro, y Ciencias Físicas, en los Colegios de Cartago, Alajuela y San José.

NUESTROS PRIMEROS MEDICOS

Durante toda la época de la Colonia, hasta los primeros años del siglo pasado, se vió Costa Rica completamente privada de los servicios de médicos y boticas, los cuales eran desempeñados malamente por frailes y curanderos, que se ser-

vían de remedios caseros únicamente. Por corto tiempo residieron entre nosotros cinco médicos. El primero que pisó nuestras playas, fué el doctor Esteban Courti o Corti, médico y naturalista que vino allá por 1781 y residió algunos años en Costa Rica, haciendo curaciones más o menos asombrosas, en la opinión de nuestras gentes, y comunicando por todas partes sus conocimientos sobre plantas medicinales. Tanta impresión hizo Courti sobre el pueblo, que se le tomó por brujo y fué preso y llevado a Guatemala para ser juzgado por la Inquisición.

En 1806, fué enviado a Costa Rica por la Capitanía General de Guatemala el Licenciado en Cirugía don Manuel del Sol, miembro del Protomedicato, para introducir entre nosotros el fluido vacuno y combatir las viruelas que estaban haciendo estragos. Residió dos años en Cartago y otros puntos del país, siguiendo luego para León de Nicaragua en igual misión.

Por los años de 1825 a 1830 estuvieron en Costa Rica dos médicos, de los cuales sólo sabemos sus apellidos, un Flores y un Gutiérrez. Este último estaba también encargado de la propagación de la vacuna. En 1834 ó 35, cuando una compañía inglesa tomó a su cargo la explotación de las minas del Monte del Aguacate, vino a Costa Rica, entre sus empleados, el doctor don Ricardo Brealey, que permaneció varios años en este país.

En ese período, que es el primero de nuestra historia médica, tuvimos por consiguiente sólo unas visitas cortas de algunos médicos. Por lo demás, vemos a Fray Pablo Bancos administrando el hospital rudimentario de Cartago y curando a otros enfermos como sus pocos conocimientos se lo permitían; al Padre Rafael Arnesto, acompañado de un empírico, vacunando en Bagaces antes de la venida de don Manuel del Sol (ganaban dos reales por cada inoculación); al Padre C. Benavides de curandero en Esparza (que curaba las mordeduras de toda clase de culebras aplicando interior y exteriormente la hiel de víbora o cascabela); a un empírico nicaragüense que se daba el nombre de Doctor Crispín y recetaba entre otras cosas el «caldo de zopilote»; a otro curandero en Heredia que, según dice la crónica, era tan aferrado a un sistema de cierto autor que se titulaba «La purga», que había entregado a la muerte a muchos infelices. Por los años de 1830 ejercía de médico, aunque no lo era, el Bachiller don Joaquin Sáenz, que parece haber poseído conocimientos suficientes.

En vano los diferentes Gobernadores de Costa Rica reclamaban de continuo auxilio de médicos y medicinas a la Capitanía General de Guatemala, cada vez que se declaraba una de las frecuentes epidemias que en aquella época se presentaron en este país; el médico ofrecido para venir a distribuir el fluido vacuno, tardó más de veinte años en llegar, y permaneció entre nosotros, como hemos visto, sólo dos años.

Cómo sería el resultado del tratamiento de los empíricos, cuando, a pesar de no haber en el país ningún médico, se daban medidas restrictivas severas contra el curanderismo. En un bando remitido a Costa Rica por el Gobernador Urrutia, de Guatemala, en 1818, para su ejecución, se prohibía vender medicamentos y materias venenosas, si no eran recetados por los *profesores* (que no existían), so pena de quince días de arresto o trabajo en obras públicas, además de la responsabilidad por los daños causados. La Junta de Sanidad de Heredia, creada para combatir la viruela, prohibía en 1833 el oficio de curandero sin permiso de la Junta, amenazando al contraventor con tres pesos de multa o un mes de obras públicas con una carlanca al pie, o bien si se tratare de una mujer, dos meses de servicio en cocinas; en caso de reincidencia la pena era doble; a los curanderos facultados prescribía la Junta la receta que debían emplear: mientras la Junta procedía a facultar a los curanderos de cada pueblo, y éste debía contar con la asistencia y «*pocas luces*» de los inteligentes de su seno gratuitamente. En el mensaje que el Jefe del Estado dirigía a la Asamblea Legislativa en 1829 se dice: que si se compara el número de muertos con el de nacidos, en clima tan sano, se observará que el Estado pierde mucho progreso de su población, ya por la incuria y torpeza con que son tratados los enfermos y principalmente las parturientas, entre la gente ignorante y pobre, ya también por la bárbara indiferencia y abandono con que se miran entre las mismas gentes las enfermedades de los niños; cree el Poder Ejecutivo que esto se remediaría con establecer en las cuatro ciudades principales médicos o facultativos con dotación bastante de los fondos municipales y una botica surtida por los mismos fondos, siendo deber del facultativo el instruir a las parteras en su operación y a algunos jóvenes que se apliquen o dedique la Municipalidad a ejercer la facultad en lo demás.

En un expediente del año siguiente se encuentra un proyecto del Gobierno para destinar el sobrante de los fondos del Lazareto para dotar un facultativo, «que examinará las medicinas más conocidas para comprobarlas y repartirlas a las municipalidades, que las darán gratuitamente a los pobres; el facultativo debe examinar y recetar gratuitamente a los enfermos desvalidos de cualquier pueblo, y, en caso de gravedad, asistirlos en cualquier pueblo, siempre que se le faciliten viaje y medios de hacerlo.» Como se ve esto era un principio de la institución de las medicaturas de distrito, sólo que no había médicos para este cargo.

Por los años de 1840 concluyó este desastroso estado de cosas, pues médicos extranjeros empezaron a radicarse en el país y costarricenses fueron a estudiar medicina al exterior. El primer médico que se estableció definitivamente en Costa Rica fué el Doctor don Nazario Toledo, de Guatemala, padre del actual médico de igual nombre, el cual vino en 1838 y más tarde fué el primer Protomédico. En 1839 ó 1840 siguió el francés Víctor Castella; en 1840 tuvimos por fin el primer médico costarricense, el Dr. don José M.ª Montealegre, quien regresó aquel año, después de diez de permanencia en Edimburgo, donde estudió su profesión y que más tarde fué Presidente de la República. En 1843, dos costarricenses más vinieron a aumentar el número de médicos, los Licenciados don Cruz y don Lucas Alvarado, que habían estudiado en Guatemala. De ahí en adelante casi no ha habido un año en que uno o más médicos no hayan ingresado al país y bien pronto ellos formaron un gremio respetable y la humanidad doliente tuvo los servicios y cuidados de que tanto tiempo había carecido.

FELIX MATA VALLE

De la «Lira Costarricense» editada en 1890 por el Lic. don Máximo Fernández, tomamos el apunte siguiente: «Félix Mata Valle nació en la ciudad de Cartago el 16 de agosto de 1857. Estudió Humanidades en el colegio que allá dirigió el ilustrado profesor doctor don Valeriano Fernández Ferraz y desde edad temprana demostró su afición a las bellas letras. Se dedicó un tiempo a la enseñanza; fuè Inspector de Escuelas de Cartago y desde 1887 diputado al Congreso Nacional.»

Lo demás lo dicen sus versos, llenos de expresión poética, sencillos y humanos, como fué sencillo y humano el poeta.

Brisas del Irazú se llama el libro de versos suyo, donde están reunidas todas sus poesías. Fué editado en 1915, poco tiempo antes de morir el señor Mata Valle. Hay allí versos para el hogar y para la patria, dos cariños que encendieron siempre su corazón y le hicieron cantar con sinceridad.

AMOR FILIAL

MADRE MIA!

Cuando los ojos abrí
en la cuna, tu semblante
cariñoso y vigilante
fué lo primero que ví.
Ay! quién me diera que así,
en mis póstumos antojos,
cuando esta vida de enojos
me abandone, en la otra vera,
lo primero que yo viera
fuera la luz de tus ojos!

EN EL TERCER CENTENARIO DE LA PUBLICACIÓN DEL QUIJOTE

Crear un sér tan noble en su destino
que cuanto mira todo lo abrillanta,
y el pensamiento y la ilusión levanta
a grande altura del vivir mezquino;
Opugnarle otro sér en el camino,
que al suelo apega la prosaica planta
y, despreciando la ilusión que encanta,
al pan lo llama pan y al vino, vino;
y de ambos seres juntos y distintos,
hacer que el drama de la vida brote
como producto de los dos instintos,
eso, que nadie osó concebir antes,
al dar a luz el inmortal Quijote,
muerto de risa lo alcanzó Cervantes.

GLOSA

Ay, dulce suspiro mío,
cuando te apartas de mí,
no quisiera más de ti
que hallarme donde te envío.

Ay, dulce suspiro mío,
si te exhalo y no te pierdo,
ve y dile a quien yo te envío,
que vivo de su recuerdo,
ay, dulce suspiro mío!

Cuando te apartas de mí,
se acrecienta mi tormento,
temiendo mucho por ti:
que no te seduzca el viento
cuando te apartas de mí.

No quisiera más de ti
al enviarte hasta mi bien
con amante frenesí,
que ser suspiro también:
no quisiera más de ti.

Hallarme donde te envío,
donde ella tierna te aguarda,
viviendo, suspiro mío,
junto al ángel de su guarda...
y hallarme donde te envío.

PORTICO—DESPEDIDA

(Primera página de «Brisas del Irazú»).

En una noche oscura
y enmedio de región casi desierta,
atareado el padre, está en la puerta
despidiendo a sus hijos;
que, descalzos, viejo el traje,
sin rumbo amigo, de lejano viaje
en una noche oscura
van por el mundo a Dios y a la ventura.

Díceles estas cosas:
—Ni bellos sois, ni a la moderna usanza
marcais el ritmo de la grácil danza,
cual otros pajes jóvenes.
Mas yo en mi hogar no puedo reteneros,
como larvas dormidas, prisioneros;
que aun ellas, con ser cosas,
piden alas y se hacen mariposas.

Yo quedo en la ventana,
y con la mano rítmica os despido;
pues sé que vais al puerto del olvido.
Así, no aguardo triunfos:
pagado de vosotros me sintiera,
si de un acento vuestro me trajera
pasando una aldeana,
el ritornelo al pie de mi ventana.

FRANCISCO MONTERO BARRANTES

Nació en San José el 29 de enero de 1864. Desde joven luchó con la pobreza, pero todo lo venció su voluntad, digna de emulación. Después de su casamiento estudió para obtener el título de Bachiller en Filosofía y ya con las obligaciones del hogar entró a la Escuela de Derecho donde obtuvo su título de abogado. Después fué profesor de Historia y Geografía en el Instituto Universitario de San José, en el Liceo de Costa Rica y en el Instituto Americano de Cartago. Había sido maestro de primera enseñanza y tenía verdadera devoción por ese apostolado; así es que su actuación de profesor estuvo siempre llena de simpatía por parte de sus alumnos. El gobierno del Lic. don José Rodríguez lo envió a España con motivo de las grandes fiestas del cuarto centenario del descubrimiento de América y con esa oportunidad tuvo el honor de ser nombrado Presidente del Congreso Geográfico Hispano-Portugués-Americano. Su Majestad la Reina Regente le honró entonces con el título de Comendador de la Real Orden Española de Isabel la Católica; la Real Sociedad Geográfica de Madrid le hizo su Miembro correspondiente y la Unión Ibero-Americana le nombró socio de mérito.

Montero Barrantes ha cultivado especialmente el género histórico y en ese campo es indudable que ocupa preferente lugar en el país. Ha publicado los libros siguientes: *Geografía de Costa Rica*, Barcelona, 350 páginas, 1892; *Compendio de Geografía de Costa Rica*, cinco ediciones; *Compendio de Historia de Costa Rica*, tres ediciones; *Historia de Costa Rica*, en dos volúmenes, 349 páginas cada uno, 1892 y 1894; *Apuntamientos sobre*

la provincia de Guanacaste; además, sabemos que ha escrito el tercer tomo de la *Historia Patria,* desde el año 1890 hasta nuestros días, pero que no será publicada sino después de la muerte del autor—según él dice,—y será un precioso legado para sus hijos y un documento interesante para Costa Rica.

ELEMENTOS DE HISTORIA DE COSTA RICA

CAPITULO XXXIV

SUMARIO.—Gobernación de don José Vázquez y Téllez. Don Tomás de Acosta, Gobernador Político y militar de Costa Rica: sus esfuerzos en favor de la misma. Elogio de este Gobernador.

Don José Vázquez y Téllez, caballero de la orden de Alcántara y personaje español de importancia, fué nombrado por el Rey en 17 de julio de 1789 para Gobernador de Costa Rica, y tomó posesión de su cargo el 7 de noviembre de 1790.

Fué éste el primero que propuso en el país la idea de recoger a todas las mujeres públicas en una casa especial.

En un informe que envió a la Audiencia de Guatemala describe la situación precaria de Costa Rica, cuya agricultura, en vez de prosperar había decaído tan notablemente, que bien podía decirse que no existía. Tampoco había comercio exterior. El cultivo del cacao y del tabaco había ido a menos por diferentes causas que no estaba en las facultades del Gobernador remediarlas.

Con motivo de una solicitud elevada al Rey por don Juan y don Tomás Taylor, vecinos de la isla de San Andrés, aquél resolvió por Real orden fechada en San Lorenzo el 6 de noviembre de 1795, que tuviese la mencionada isla un Gobernador, *con dependencia del de la Capitanía General de Guatemala,* encargado al propio tiempo de la vigilancia y defensa de la costa de Mosquitos. Ese Gobernador fué don Tomás O'Neille, empleado poco digno y codicioso que más tarde obtuvo la extensión de su gobierno sobre toda la costa atlántica de Nicaragua y Costa Rica, desde el cabo Gracias a Dios hasta el río Chagres, y la agregación o dependencia de

la misma al virreinato de Santa Fe, hecho que ha dado origen a las pretensiones de Colombia sobre territorio exclusivamente costarricense.

Para sustituir a Vásquez Téllez en el mando político y militar de Costa Rica, fué nombrado el capitán de infantería don Tomás de Acosta, natural de la isla de Cuba.

Comenzó sus funciones a principios de abril de 1797.

El señor Acosta propuso a la Audiencia que se fundase en Candelaria un pueblo de leprosos por haberse desarrollado el mal de Lázaro de un modo notable en Cartago desde el tiempo del Gobernador Flores, quien quiso hacer otro tanto que Acosta en el lugar llamado Cusó. El proyecto de ambos no pudo realizarse entonces.

Suscitada una cuestión de límites entre Heredia y San José, el Gobernador Acosta declaró que el río Virilla, desde su origen hasta su confluencia con el río Grande, marcaría en lo sucesivo la línea entre ambos lugares, y el río Segundo en todo su curso separaría la jurisdicción de Alajuela y Heredia

La agricultura del país era tan miserable en 1802, que se reducía al cultivo «de alguna hortaliza y maíz. El valor de éste era de 4 a 8 reales fanega. En tiempo de escasez adquiría un precio hasta de 20 reales por fanega, y si había cosechas abundantes valía hasta 2 reales y muchas veces no se vendía ni a ese precio.»

En 1802 eran Tenientes de Gobernador de San José, Heredia, Alajuela y Bagaces, respectivamente, los señores don José Santos Lombardo, don Francisco Bonilla, don Ramón Gutiérrez y don Santiago Bonilla.

El profesor don Luis Castillo estableció en San José, con permiso del Gobernador, *una clase de Gramática* en agosto de 1803.

Deseoso el señor Acosta de procurar el adelanto de Costa Rica, solicitó de la Audiencia que protegiese la agricultura, y además declaró libres de derechos las plantaciones que se hiciesen de añil, algodón, cacao, *café* y caña de azúcar.

Ya por este tiempo el cultivo del cacao había sido casi completamente abandonado; y el de tabaco daba magníficos rendimientos a los que lo sembraban, no obstante estar estancado. Aquí cabe trascribir la nota que el señor don Ricardo Fernández Guardia pone en una de las páginas de la historia

escrita por su malogrado padre don León Fernández. Esa nota dice así:

«Me parece inútil insistir sobre la mucha razón que asiste al Gobernador don Tomás de Acosta, cuando censura el fatal y oneroso sistema del estanco del tabaco; porque todo el mundo sabe en Costa Rica que esta planta es una de las fuentes de riqueza de este país, o mejor dicho, debiera serlo, puesto que, gracias a nuestro notabilísimo sistema financiero, no hay una planta de él en toda la República.»

. . . .

«No se debe desesperar de que ahora que de preferencia tienen acceso al Gobierno muchas jóvenes inteligencias, se encuentre algún Ministro de Hacienda que, comprendiendo el verdadero interés del país, ponga remedio a tanto mal.»

En 1807 descubrió don Manuel Alvarado una mina de cobre en *Las Cóncavas* de Cartago: otra del mismo metal en el cerro de los Micos, en Escasú; una de plata en el Río Grande y otra de oro en Santa Ana, en la quebrada de Los Lavaderos.

Según nota dirigida al superior por el señor de Acosta en marzo de 1808, la población de *San José* se había insurreccionado. El Gobernador vino a esta ciudad a sofocar la revuelta y envió soldados a custodiar los tabacales; pero 20 hombres empeñaron una refriega con las patrullas armadas y pusieron en precipitada fuga a los soldados, robando además una cantidad de tabaco.

A los indios de *Tres Ríos* se les obligaba a ir hasta Matina y Boruca a recoger pita y teñir el hilo con que habían de pagar su tributo; pero a pedimento de ellos se les eximió de tal carga, conmutándosela en una contribución de 27 pesos al año.

Habiendo abdicado la corona de España el Rey Carlos IV en Bayona, el pueblo de Cartago protestó su fidelidad al Monarca español, negándose a reconocer cualquiera autoridad extraña a la madre patria.

Hace poco tiempo que existía en la parte Nordeste de San José una laguna considerable. Ella tenía por causa las excavaciones hechas para la fabricación de los adobes con que se construyeron las primeras casas de la población. El Gobernador mandó en 1808 que fuese cegada, pero no pudo ejecutarse entonces la obra. Al cabo de 65 años se realizó

bajo la Administración del General Guardia, y hoy existen allí el *Parque de Morazán* y magníficos edificios de moderna construcción.

A pesar de los esfuerzos del señor Acosta para levantar a Costa Rica de su postración, no pudo conseguirlo. En 1809 decía él mismo que no había en toda la Monarquía provincia tan indigente como esta, pues se hallaban gentes vestidas de cortezas de árboles, y otras que para ir alguna vez a la iglesia alquilaban o pedían prestados los vestidos.

El tabaco, aunque estancado, según queda dicho, sólo podía venderse en el país; y Acosta propuso que se permitiese su exportación a Guatemala, México y Perú, a efecto de extender su cultivo y aumentar la riqueza de Costa Rica, medida que no consintió la Audiencia de Guatemala, condenando así a esta provincia a la estagnación.

Mientras se hallaba empeñada la guerra de independencia entre España y Francia, había acordado la Junta Central de Sevilla que se convocase a Cortes a los Representantes de toda la Nación, haciendo extensiva esta disposición a las colonias ultramarinas, que también debían enviar Diputados a España.

Con tal motivo eligió Costa Rica para que la representase, al presbítero don Nicolás Carrillo, que no aceptó; y entonces fué elegido el presbítero don Florencio del Castillo, que contribuyó a la inteligente labor de dotar a España y sus colonias de la famosa Constitución llamada de Cádiz, pisoteada más tarde por el despótico Fernando VII, enemigo de todo freno justo a su tiranía odiosa.

Nombrado Gobernador de Santa Marta, en Nueva Granada, el señor Acosta dejó con sentimiento a Costa Rica y pasó allí, donde permaneció hasta 1813. Pero habiéndose insurreccionado aquella provincia la abandonó para volver a este país. Anciano y débil, pero querido de todos los que apreciaban sus virtudes, permaneció en Cartago hasta su fallecimiento, ocurrido en la misma ciudad el 25 de abril de 1821.

Los eminentes servicios prestados por el Gobernador Acosta a la causa del progreso de nuestra patria lo hacen acreedor a que su nombre ocupe una página de gloria en nuestros anales y se perpetúe en la memoria de los buenos ciudadanos. Su mejor elogio se resume en el memorial que el Ayuntamiento de Cartago elevó a la Audiencia en 5 de agosto de 1809, pidiendo «que se le conservase en la Gober-

nación de Costa Rica *por su justicia e integridad, por la tranquilidad de su provincia, sus deseos por el progreso de la misma procurando que la factoría de tabacos proveyese a Lima y a México; por el progreso de la agricultura, por haber abierto caminos y acequias, hecho puentes, establecido muchas escuelas, tratado de evitar la propagación del mal de Lázaro con un lazareto que no tuvo efecto por falta de fondos; por haber propagado la vacuna y por su desinterés y caridad visitando a los enfermos* y regalándoles las medicinas que hacía venir desde Guatemala por no haber botica en Costa Rica.»

Dice don Ricardo Fernández Guardia: «Tampoco hay nada en el país que recuerde la memoria de este excelente Gobernador; mas no dudo que pronto se verá reparado este olvido, causado únicamente por la ignorancia que hasta hoy ha habido en Costa Rica de las cosas pasadas, ignorancia justificada por la carencia de un libro de historia.»

Hacemos nuestras las palabras del señor Fernández, para que algún día suene la hora de la reparación.

MIGUEL OBREGÓN L.

El señor Obregón Lizano nació el 19 de julio de 1861 en la ciudad de Alajuela y ha sido Profesor desde el año 1887 hasta hoy, en todos los colegios de la República. Su expediente profesional acusa largos años de servicio en el Instituto de Alajuela, en el Liceo de San José, en el Colegio Superior de Señoritas, en el Colegio de San Luis Gonzaga de Cartago y en la Escuela Normal. En esos colegios ha dado lecciones de Historia, Geografía, Cosmografía y Administración Escolar.

Fué Bachiller en Humanidades de la Universidad de Santo Tomás en 1883; maestro normal por suficiencia; Profesor de Estado y Miembro de la Real Sociedad Geográfica de Madrid. Fundador de la Biblioteca Pública de Alajuela en 1889 y organizador de las existentes en el país desde 1890 a 1915. Ha sido colaborador de diversas publicaciones de carácter educacional y ha ejercido diferentes cargos públicos: Oficial de la Secretaría de Instrucción Pública en 1885; Secrerario Particular del Presidente de la República en 1886-87; Inspector de Escuelas de San José en 1890-95; Inspector General de Enseñanza y Vicepresidente de la Delegación de Costa Rica al Primer Congreso Pedagógico Centroamericano reunido en Guatemala, en 1893; Jefe de la Sección Técnica de la Secretaría de Instrucción y actualmente Secretario de Estado en esa misma Cartera, que se llama de Educación Pública. Ha publicado las siguientes obras: *A. B. C. de la Geografía*, 1887; *Nociones de Geografía de Costa Rica*, edición de París, 1889; *Algunas palabras sobre la Enseñanza de la Geografía*, traducida de Schrader; *Lecturas Geográficas*, 1914; y *Geografía Patria*, 1922, que es su última

obra y que constituye un precioso documento sobre la geografía física de Centroamérica, arreglada con lecturas interesantes y amenas.

En el país se le tiene gran estimación como educador y como hombre de ciencia.

EL CALOR DE ABRIL

El pasado mes de abril (1903) fué, si se excluye la última semana, excepcionalmente caluroso; la temperatura pasó de 30º C. a la sombra, en algunos días de la Semana Santa y de la Pascua: la madera y el papel de muchas casas sufrieron dilataciones muy sensibles; en algunos muebles la dilatación produjo fuertes detonaciones semejantes a las de un disparo de revólver.

El calor se hizo sentir por parejo en todo el país y fuera de él, y no sólo en la Zona Tórrida sino también en las extratropicales.

Muchas personas atribuyeron aquí el fenómeno a las *quemas;* y en efecto, por todos lados del horizonte se veían campos humeantes.

Nuestros campesinos, como es sabido, tienen la inútil y perniciosa costumbre de preparar por medio del fuego los terrenos que van a sembrar, y aprovechan para ello, de preferencia, los días de Semana Santa en que no se trabaja.

El humo reseca el aire y estorba la radiación del calor terrestre, que queda encerrado entre esas nubes de humo y el suelo, y se vuelve cada vez más fuerte y sofocante. Cuanta mayor sea la actividad de la combustión, más difícil es la radiación; ésta se halla en razón inversa de aquélla.

Las quemas, pues, han contribuido al aumento de la temperatura, pero no son la única causa de él, son un factor puramente colateral de ese aumento.

¿Cuál otra causa—de orden general—explicaría el exces de calor?

Desde hace algunos años, los sabios que se dedican a la astronomía física vienen observando que la presencia de manchas en el disco solar coincide con la realización de varios fenómenos en la superficie terrestre; desde luego, es un hecho

perfectamente comprobado el de que las manchas producen perturbaciones magnéticas y eléctricas.

El gran astrónomo inglés Norman Lockyer, de indiscutible autoridad en estos asuntos, es de parecer que entre los fenómenos sísmicos y las manchas solares existe íntima relación, y en un estudio reciente ha hecho ver que, a lo menos en los últimos 70 años—período de cuidadosa y sostenida observación de las manchas—los mayores sacudimientos terrestres han coincidido con la época del máximum y mínimum de manchas.

Ahora bien, si hemos de creer al célebre abate Moreux, digno sucesor en el mundo científico del inolvidable Padre Secchi, las manchas son indicio de fuerte actividad solar; son originadas por un mayor desarrollo del calor de la fotoesfera; representan regiones recalentadas que, por su altísima temperatura, nulificarían la radiación, y determinado un aumento del calor solar, darían margen a un descenso de la temperatura de nuestro planeta. Sería para el ardiente astro lo que las quemas para nosotros.

Pero las manchas vienen siempre acompañadas de fáculas brillantes que favorecen la emisión calorífica, la cual aumenta en ese caso y en vez de dificultar la radiación, la estimulan.

La teoría del abate Moreux, aunque reciente, ha ganado muchos prosélitos entre distinguidos hombres de ciencia; casi puede afirmarse que está aceptada por la mayoría de ellos.

No habrá, pues, dificultad en admitir que las manchas solares, entre otros efectos, determinan un desarrollo anormal del calor terrestre.

Veamos ahora qué aspecto presentaba la superficie solar en marzo y abril.

El 23 de marzo pudo observarse en ella una gran mancha de 30,000 kilómetros, y el 30 del mismo mes aparecieron al mismo tiempo sobre el hemisferio visible otras cuatro manchas, dos de ellas muy grandes; la superficie manchada era considerable.

Aunque las manchas sufren variaciones de tamaño y forma, las grandes alcanzan, por lo general, a permanecer visibles por espacio de unos 25 días; la observación de ellas ha servido precisamente para determinar la duración de la rotación del Sol.

La gran mancha de 30,000 kilómetros debe de haber des-

aparecido, por consiguiente, el 17 de abril, y las otras cuatro el 24 del propio mes. Hasta esa fecha, pues, duró el calor excesivo, y esta circunstancia es una nueva prueba de que el gran calor de abril se debió a la presencia de grandes manchas en el disco solar, manchas que, según vemos en algunas revistas extranjeras, han sido observadas y fotografiadas en varios observatorios astronómicos.

NUESTRA PATRIA MAYOR

Capítulo II de la «Geografía Patria»

En el punto de vista físico, la América Central debe ser considerada como zona de transición entre los continentes del Norte y del Sur mejor que como parte integrante de cualquiera de ellos.—C. REGINALD ENOCK. *The Republics of Central and South America.*

La larga cinta de tierras que se extiende del Noroeste a Sudeste en la zona tropical, entre el istmo de Tehuantepec y el valle del Atrato, constituye una región perfectamente distinta de las dos masas continentales del Nuevo Mundo.—ELISEO RECLUS. *Nueva Geografía Universal*, trad. de la Soc. Geog. de Madrid, serie IV, tomo II.

Si alguna vez, antes de la era de paz definitiva, convienen las naciones en proclamar la neutralización de los centros vitales indispensables para la prosperidad de la especie humana, los istmos de América se contarán seguramente en el número de esos lugares sagrados.—E. RECLUS. *Obra citada.*

La Geografía, la Etnografía y la Sociología demuestran de consuno que las cinco naciones que ocupan el territorio centroamericano, por su posición topográfica, identidad de razas e igual destino en su pasado, presente y porvenir, están llamadas a constituir una sola gran nación.—JACINTO CASTELLANOS, Presidente que fué de la Dieta de la extinguida República Mayor de Centro América. *Album de la Exposición Centroamericana de Guatemala.*

El amor de la patria es lo único que puede asegurar la estabilidad de la patria; sólo él puede crear esa unión de

espíritus, de corazones, de esfuerzos, de virtudes, que es la vida de un país, su fecundidad y su grandeza en el interior, y el respeto de su poder en el exterior. Un país dividido es una presa fácil para quien la quiera devorar.—CH. LEVEQUE. *La Science de beau.*

***

1.—La República de Costa Rica está situada en el centro de la América y hace parte de las tierras más angostas del Continente.

Estas tierras se diferencian de las del Norte y del Sur por su carácter ístmico, circustancia que, unida a su situación, explica el particular nombre que se les ha dado de *América Central.*

Se extiende la América Central de Noroeste a Sudeste, entre los océanos Atlántico y Pacífico, desde el istmo de Tehuantepec hasta el del Darién, y comprende, por consiguiente, una parte de México; la colonia inglesa llamada *Honduras Británica;* las seis repúblicas de *Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica* y *Panamá*, y la *Zona del Canal*, faja de tierras de 8 km. de anchura a cada lado del canal interoceánico, que fué vendida y pertenece a los Estados Unidos. Pero el uso excluye de la América Central la porción mexicana y la colonia inglesa, y las agrega a la del Norte.

2.—La República de Panamá, ahora bajo el protectorado estadounidense, hizo parte de la de Colombia hasta el 3 de noviembre de 1903, y antes, en la época colonial, había estado regida de diverso modo que los demás países centroamericanos, con los cuales tuvo menos relaciones que las que ellos han mantenido entre sí. Por esta razón figura a menudo entre los países de la América del Sur, siendo, en rigor, centroamericano.

Ese es el motivo también de que el territorio de las otras cinco repúblicas sea el únicamente considerado como el *territorio político* de la América Central. Si a él se agrega el de Panamá, alcanza una extensión superficial de 550.000 km. cuadrados y un total de 5.800.000 habitantes, distribuidos una y otros del siguiente modo:

REPUBLICAS	AREA	POBLACION	
		Total	Relativa
Guatemala	125.000 km. cuads.	2.200.000 hab.	17,76 hab. por km. cuad.
El Salvador	34.000 »	1.300.000 »	38,23 » » » »
Honduras.	120.000 »	650.000 »	5,41 » » » »
Nicaragua	127.000 »	725.000 »	5,74 » » » »
Costa Rica	60.000 »	500.000 »	8,33 » » » »
Panamá y Z. del C. .	84.000 »	425.000 »	5 » » » »
AMÉRICA CENTRAL	550.000 km. cuads.	5.800.000 hab.	10,54 hab. por km. cuad.

Como se ve, Costa Rica ocupa, entre sus hermanas, el quinto lugar por la extensión de su territorio y por el número total de sus pobladores, y el tercero por la densidad de su población.

3.—Al comparar la América Central con los países de las otras Américas y de Europa, se observa que su área es poco más o menos igual a la de Francia y España, individualmente consideradas, y mayor que la de cualesquiera de los otros países europeos, exceptuando a Rusia; pero en América sólo seis son menos extensos: Cuba, Haití, Santo Domingo, Uruguay, Paraguay y Ecuador, aunque éste dejaría de serlo al considerar su área oficial, que incluye las tierras en disputa y alcanza a 650,000 km. cuadrados.

RELIEVE DEL SUELO CENTROAMERICANO

Capítulo III de la «Geografía Patria»

Las montañas crean las regiones habitables, determinan el riego, reparten los climas; son la causa primera de toda la organización terrestre: el estudio de la Geografía Física es casi sólo el estudio de las montañas, de las desigualdades y formas del terreno.—Ch. Garnier, *Géographie Générale.*

Las montañas son fuentes tan copiosas de beneficios para nosotros que sin ellas la Tierra no sería mansión de vida sino de muerte.—A. Schneider, *Costas y Montañas.*

En lo que toca a su aspecto físico y a la configuración de su superficie, la América Central compendia todos los países y climas del Globo.—E. G. SQUIER, *Notes on Central America.*

La América Central parece resumir en su territorio todos los climas, todos los productos, todos los esplendores y todos los encantos del Nuevo Mundo.—FELIX BELLY, *A travers l'Amerique Centrale.*

Colón quedó tan asombrado de la belleza y fertilidad del país que, en su entusiasmo de descubridor y en la sencillez de su fe, creyó haber encontrado en el istmo central que une las dos Américas el Edén de las Santas Escrituras.—W. ROBERTSON, *Historia de la América.*

* * *

1.—El relieve de las tierras centroamericanas, sencillo en el conjunto y complicado en los detalles, está determinado por los siguientes factores:

1.º Una *cordillera principal*, interrumpida a trechos y dividida en dos secciones, la del Norte y la del Sur, que recorre a lo largo el territorio aproximándose al Pacífico más que al Atlántico, excepto en Panamá y en el mediodía de Costa Rica, donde se halla casi a igual distancia de una y otra costa.

2.º Los *valles y mesetas* escalonados entre las estribaciones de la cordillera principal y las cadenas paralelas a la misma.

3.º Las *llanuras* que desde las orillas de los mares, en cuyas inmediaciones forman una planicie casi perfecta, van ascendiendo y perdiendo su horizontalidad, hasta la región de los valles y mesetas.

Este triple aspecto del relieve,—montañas, valles, planicies,—común a las tierras intertropicales americanas, fué caracterizado por el ilustre Humboldt con los nombres de *tierras frías*, *tierras templadas* y *tierras cálidas.*

2.—La zona baja o de las *tierras cálidas* comprende las llanuras, valles y cañadas que desde el nivel del mar llegan hasta la sinuosa línea de los 800 metros de altitud, y alguno que otro valle hondo del interior cuya planta, total o parcialmente, no alcanza esta elevación.

Las tierras que la componen, de origen aluvial casi todas, están pobladas de bosques y sabanas herbosas que alternan con arenales calentados por un sol de fuego o con pantanos que pueblan el aire de mosquitos peligrosos o sencillamente molestos.

La temperatura varía, según los lugares y las estaciones, de los 25 a los 35 grados centígrados. Del lado del Atlántico, los alisios del Nordeste provocan copiosas lluvias, que caen casi a diario, y a veces acompañadas de tormentas, desde mayo hasta noviembre, y con menos frecuencia y menor intensidad en los otros meses. En el lado Suroccidental, los monzones del Pacífico cooperan a la provisión de humedad, porque al pasar el Sol a nuestro Norte, hacia allí los atrae; pero las lluvias sólo duran aquel semestre y son menos recias, excepto cuando, de regreso, el Sol pasa nuevamente sobre nuestras latitudes, rumbo al Sur, arrastrando tras de sí, en cantidad considerable, los vapores acuosos del entonces tibio mar de las Antillas, los que, atravesando el Istmo en el mes que precede y los dos que siguen al equinoccio de otoño, se resuelven en abundante lluvia. Estos acarreos de agua atmosférica desde uno y otro mar mantienen el vigor de los tupidos bosques que festonan las laderas bajas de las montañas.

Es la zona del banano, del cacao y de los cocales.

3.—Las *tierras templadas*, que forman la zona intermedia, se extienden entre los 800 y los 1800 metros de altitud. Es la región anfractuosa de los valles y mesetas, sin excesos de calor ni de frío, con lluvias regulares, magníficos terrenos de labor, y variados y abundantes productos, pues en ella se compenetran los de las zonas colindantes. Su clima delicioso y extremadamente sano corresponde a la primavera de los países extratropicales, pero con aire del que son ajenos los rápidos cambios de temperatura que originan violentas pulmonías. El termómetro centígrado oscila durante el año de los 15 a los 25 grados. Sus condiciones físicas han hecho de ésta la zona de concentración por excelencia, donde las aglomeraciones humanas se multiplican y prosperan.

Es la tierra del café, de los cereales, de las legumbres y de la caña de azúcar.

4.—Las *tierras frías*, las que tienen más de 1800 metros de altura, forman la zona menos extensa y poblada, pero la

de más fuertes anfractuosidades. La amplitud de las oscilaciones termométricas rara vez desciende de cinco ni sube a más de quince grados Celsius. El aire seco, fresco y vigorizador de las pendientes no expuestas a las caricias del alisio antillano, regenera a los tuberculosos, devolviéndoles la salud cuando el microbio aniquilador, que allí perece, no ha logrado perforar mucho las masas pulmonares. Es la región de los panoramas encantadores, de los manantiales de exquisitas aguas y de los bulliciosos torrentes. Inagotables praderas, siempre verdecidas, cubren el suelo hasta las altas cumbres y sostienen la gordura de los ganados que nos dan las mejores carnes y las mejores leches, las leches de que se fabrican los quesos más ricos en crema y la mantequilla más apetitosa. Una temporada en las tierras frías, con buena provisión de víveres y comodidades para la vida y la excursión, equivale a pasar con todo confort y espíritu alegre un favorable invierno en las comarcas que atraviesa el paralelo 45 de latitud.

Es la región de la suculenta papa, de los hermosos pastales y de las ricas frutas de las zonas intertrópico-polares.

APTITUDES MINERALES Y VEGETALES

Capítulo XI de la «Geografía Patria»

La Geografía considera la Tierra, en primer término, como un dominio del que el hombre debe sacar el mejor partido para su comodidad e interés.—F. SCHRADER, *Géographie générale.*

La búsqueda y el tráfico de los metales preciosos han sido en todo tiempo la causa primera de los viajes marítimos y de emigración, y han originado el establecimiento y rápido desarrollo de colonias.

Los metales usuales, y particularmente el hierro, han creado, donde quiera que se les explota, una cantidad prodigiosa de trabajo, de capitales, de fábricas, de caminos, de centros populosos. La hulla completa esas riquezas minerales. A la posesión simultánea de la hulla, del hierro y del cobre debe Inglaterra su potencia industrial.

El grado de fertilidad del suelo depende de la naturaleza y de la proporción de los elementos químicos que lo componen;

del grado de fertilidad y de la naturaleza del terreno dependen los cultivos y el rendimiento de las cosechas, y de éstas resultan la riqueza y el desarrollo de las poblaciones.

Los vegetales, y particularmente las plantas alimenticias y textiles, el café y las especias, tienen gran importancia comercial, y por consiguiente, gran influencia sobre la riqueza general de los países que los producen.

La crianza de los animales domésticos forma una de las principales ocupaciones del hombre. Ellos constituyen para el hombre una gran fuente de nutrición y un auxiliar poderoso en sus trabajos; según su naturaleza y su número, entran como factor notable en la riqueza pública.—Du Fief, *La Terre.*

***

1.—Los recursos minerales de la América Central son muchos, pero mal explotados; el suelo está abundantemente provisto de materiales de construcción y decoración (granito, greda, piedra de sillería, arcillas para ladrillo y alfarería, ocres, mármoles, etc.); de sal (salinas de la costa del Pacífico), y de aguas minerales, algunas de bien comprobadas propiedades curativas.

El subsuelo debe poseer, asimismo, abundantes riquezas minerales, a juzgar por las descubiertas hasta ahora, no obstante las escasas y casi siempre empíricas exploraciones que se han realizado con propósito de encontrarlas.

2.—El metal en explotación es el oro. Pero no faltan la plata, el cobre, el zinc, el hierro, el mercurio, el plomo, la hulla, el manganeso y algunos yacimientos de petróleo.

La hulla blanca y la hulla verde ofrecen por doquiera sus potentes fuerzas, que sólo en mínima escala se aprovechan, pero que habrán de servir para la instalación de poderosas plantas eléctricas capaces de mover ferrocarriles que facilitarán en un futuro próximo las comunicaciones y contribuirán, por consiguiente, al desarrollo de la riqueza pública.

Huehuetenango, Guatemala y Chiquimula, en la república de Guatemala; Metapán, San Miguel y Cabañas, en la de El Salvador; Ocotepeque, Comayagua, Tegucigalpa y Yuscarán, en la de Honduras; León, Chinandega, Chontales y

Nueva Segovia, en la de Nicaragua; Abangárez, Montes de Oro y Monte del Aguacate, en la de Costa Rica; Veraguas, Cana o Espíritu Santo y Coclé, en la de Panamá, son las regiones auríferas más importantes y en explotación. La explotación del manganeso llegó a adquirir gran importancia durante la guerra europea. El carbón de piedra ha empezado a explotarse en Costa Rica, en regular cantidad y de calidad que no difiere mucho del importado.

3.—La América Central debe a su clima y a su suelo la abundancia y variedad de sus aptitudes vegetales. A su clima, porque la temperatura y el régimen de las lluvias permiten que por dondequiera se ostente una vegetación lozana; a la variedad de los matices del clima corresponde la variedad de las formas de vegetación y de cultivos. A su suelo, porque los terrenos ricos en elementos fertilizantes son más numerosos y de más fácil acceso que los pobres; la variedad de los suelos contribuye igualmente a la variedad de formas vegetales.

En la vertiente del Atlántico generalmente muy húmeda y lluviosa, la selva se extiende, tupida, desde la margen del Océano hasta muy cerca de las cumbres más altas, siendo interrumpida raras veces por los pantanos costeros, las peñas y fragosidades de las serranías, o por las obras cada día más extensas, del industrioso agricultor. Aquí la humedad obra a manera de un regulador, supliendo todas las otras deficiencias, y a su empuje la vegetación cubre espesa, exuberante, cada pulgada del suelo.

No así del lado opuesto, en las faldas que envían el excedente de sus aguas al Pacífico. La pobreza de un suelo esencialmente arcilloso, la sequía dominante durante la mitad del año, la violencia de los vientos que bajan de las altas cimas, y tal vez, hasta cierto punto, la intervención, en épocas remotas, de los primitivos moradores, han originado, como principales factores, las *sabanas* y los *páramos* en miniatura, que interrumpen a menudo los altos bosques, en las llanuras de Guanacaste, en el anchuroso valle del Diquís y en las faldas de los montes.—PITTIER, *Plantas usuales de Costa Rica.*

4.—La división del territorio centroamericano en tres zonas de vegetación se basa en el clima, determinado por el

relieve, y en la distribución anual de las lluvias, su frecuencia y su abundancia.

La zona baja o de las tierras calientes comprende las llanuras costeras y las faldas inferiores de los montes, cubiertas en su mayor parte de inmensas selvas y caracterizadas por la presencia de árboles bien desarrollados. Es la región de las palmeras, de las maderas más estimadas, del banano, del cacao y del hule, y prosperan en ella muchas plantas comestibles, forrajeras, textiles, resinosas y medicinales, así como los cereales, la caña de azúcar y las sabrosas frutas.

La zona montañosa o intermedia, correspondiente a las tierras templadas, posee también muchas de las plantas que se desarrollan en la anterior. Hay grandes árboles, maderas estimables, cereales y otras plantas alimenticias, frutas magníficas, pero especialmente se producen en ella el café y las orquídeas.

La zona alta o de las tierras frías, llamada asimismo andina, es la menos rica en especies, pero abundante en pastos de superior calidad.

EMILIO PACHECO COOPER

De los poetas románticos del siglo pasado, Pacheco Cooper es uno de los más puros; por lo subjetivo de su verso, por la elevación de su pensamiento, por su gran amor a la poesía.

En 1891 se escribía sobre él en *La Lira Costarricense:* «Personalmente es un joven de veintiséis años, enemigo de las viejas instituciones, apasionado de las utopías, con un alma bondadosa, un corazón sencillo, casi infantil, un carácter jovial y una risa franca. Su conjunto bien da a comprender que las tormentas de la vida no han dejado en su alma ese gusto amargo que hacía decir a Renán que este mundo es la pesadilla de una divinidad enferma.»

Suyo hay un libro, *Idílicas*, editado en 1900 y dedicado a don Rafael Machado Jáuregui, guatemalteco ilustre que vivió algún tiempo entre nosotros y a quien le debemos un buen impulso en el desenvolvimiento de las letras nacionales. Como a Juan Diego Braun, se le recuerda con simpatía; y es imposible no citar a uno cuando se habla del otro, pues sus nombres vienen juntos en la historia literaria costarricense.

Cabe apuntar aquí, de paso, que su hermano Federico Pacheco Cooper editó, en 1904, los documentos históricos referentes a Costa Rica en 1842, alrededor de las figuras de Morazán, Saravia y Pinto.

MIS VERSOS

Del nido oculto en que yacéis dormidos,
Las alas desplegad, tended el vuelo,
Pobres versos del alma, do palpitan
Las locas esperanzas de mis sueños.

Gritos de libertad, quejas profundas,
Sombras del corazón, risas y besos,
Todo se agita en ellos confundido,
Que es nuestra vida así, combate eterno.

Pobres cantos del alma, versos míos,
Cual aves en tropel, volad ligeros
Hasta la casta alcoba donde mora
La bella musa de mis locos sueños.

Corred!... No os detengáis. Allí tan sólo
Temblando refrenad el raudo vuelo,
Y al oído contadle entre suspiros,
De mi entrañable amor el sentimiento.

Nada otra cosa de vosotros pido,
Que en la ambición sin fin de mi deseo,
Jamás soñé con triunfos ni coronas,
Pues siempre fué el amor mi único anhelo.

UNION CENTROAMERICANA

(Fragmento)

De este siglo el destino portentoso,
No es por ventura encadenar la tierra:
Su evangelio sublime y luminoso,
La luz divina del progreso encierra
Que es tu misión ¡oh siglo venturoso!
Amar la unión y maldecir la guerra,
Cantar la libertad, de uno a otro polo,
Y hacer del orbe entero un pueblo solo.

No ha terminado, no, la omnipotente
Revolución que, a su hálito fecundo,

Hizo al Monarca doblegar la frente
Y la conciencia despertar del mundo;
Pues mientras haya un pueblo solamente
Que ignore su derecho, y cual inmundo
Siervo viva al oprobio acostumbrado,
La Gran Revolución no ha terminado.

La América, es verdad, el yugo fiero
Supo de España sacudir un día,
Mas ¡ay! de su conquista el rico fuero
No pudo comprender cuanto valía.
La discordia cual buitre carnicero
Sus entrañas desgarra todavía.
Y en tanto reine el fanatismo horrible
¡Oh santa Libertad!... no eres posible.

¡No supo libre ser!... que la sedienta
Ambición y el pérfido egoísmo
Aun la devora, sí, y aun hoy la alienta
Con su hálito de muerte el fanatismo,
Y para más baldón y más afrenta
De tus hijos ¡oh América! ahora mismo
Tiranos tienes de esa vil gavilla
De Rosas, de Carrera y Veintemilla.

Mas ¡ay! el desaliento no por eso
Agobie nuestras almas ni un instante;
Tengamos fe en el siglo del progreso,
Que nos empuja siempre hacia adelante.
Centro América al fin el duro peso
Del fanatismo odioso y repugnante
Empieza a sacudir con duro empeño
después de horrible, interminable sueño.

Por fin huyó de nuestro riente suelo
La tenebrosa turba malhadada:
Ya de esperanzas se ilumina el cielo
De nuestra hermosa patria, siempre amada;
Mas aun invade el alma el desconsuelo
Al contemplar por tierra derribada,
Al fiero empuje de codicia insana,
¡Ay! de la «Unión» la enseña soberana.

¡Cuántos por esa causa, héroes amados!...
Barrundia, Morazán, Jerez, Cabañas,
Soberbios adalides y soldados
De grandiosas proezas y campañas;
Víctimas fuísteis, héroes denodados,
Del servilismo artero y de sus sañas.
¡Ay! que la eterna gloria conquistada
Ha sido siempre así vilipendiada.

¡Salud oh Morazán! Mártir sublime
De la sagrada causa del progreso...
¡Cuánto dolor mi corazón oprime
Al recordar de muerte tu proceso!
Ese partido que jamás se exime
En descargar de su injusticia el peso,
Herirte pudo al fin, más no a la idea,
Que aquí en nuestras almas centellea.

De aquel gran día la radiante aurora
Fué con tu noble sangre salpicada.[1]
De hinojos en tu tumba hoy triste llora
El ángel de la «Unión», ¡oh sombra amada!
¡No comprendieron tu valer!... ahora
La posteridad—nunca engañada—
Del servilismo ruin a su despecho,
Justicia ¡oh Morazán! justicia te ha hecho.

. . . .

[1] Morazán fué fusilado el 15 de Septiembre de 1842

PEDRO PEREZ ZELEDON

Es uno de los pocos representativos de la cultura sólida y austera del siglo pasado. Hombre lleno de energías, activo y cultivado, le ha prestado grandes servicios al país.

Nació en San José el 4 de enero de 1854; hizo sus estudios de primera enseñanza bajo la dirección del General y Doctor don Máximo Jerez, a quien recuerda con verdadera admiración, y los de segunda enseñanza bajo la del recordado orador centroamericano Alvaro Contreras. Sus estudios profesionales los hizo en la Universidad de Santo Tomás y se recibió de abogado en 1877. Su carrera pública comienza desde el 69, cuando fué empleado del Registro General de Hipotecas; en el 75 fué Secretario de la Corte Suprema de Justicia y después Fiscal de Hacienda Nacional, Juez Civil, Subsecretario de Hacienda e Instrucción Pública, Comisionado de Educación en los Estados Unidos y Europa, Ministro de Costa Rica en Washington (1891), Agente Financiero de Costa Rica en Londres (1892), fecha que señala un gran triunfo suyo en resguardo de dineros nacionales; Ministro de Relaciones Exteriores y Gobernación (97-98), Diputado al Congreso Nacional de 1904 a 1910; Representante de Costa Rica en Washington para el Arbitraje de límites con la República de Panamá, de 1910 a 1914. Este período de su actuación política, como el en que defendió nuestra cuestión de límites con Nicaragua, es culminante en su vida y será siempre su mejor laurel, pues hizo sentir nuestros derechos en la vieja cuestión de límites y logró el triunfo de Costa Rica. En la corta administración de

Aguilar Barquero, en 1919, fué Ministro de Fomento y es desde 1922 Inspector Judicial.

Su principal dedicación como escritor ha sido en el campo de la historia; ha ahondado fructuosamente en el estudio del período colonial de Costa Rica y es indudable que la bibliografía costarricense le debe al señor Pérez Zeledón preciosos estudios de paciente y sabia investigación. Estudió tan profundamente el asunto de límites con Nicaragua que ha publicado cinco obras en ese sentido; y fué tal la intensidad de trabajo en el arbitraje de límites con Panamá, que tiene 18 libros sobre este asunto, todos impresos en Washington, en los años de 1888 y 1913, respectivamente. La otra labor suya está en los periódicos y revistas del país, de toda época, lo mismo que en folletos, donde están recogidos algunos de sus Informes, Dictámenes Jurídicos, Alegatos, Estudios sobre Agricultura y un sin fin de asuntos que abordó el ilustre jurisconsulto. Actualmente prepara dos extensos trabajos: uno hacendatario y otro sobre la esclavitud en Costa Rica. Debe anotarse, como característica de sus escritos, que usa una forma pura, sin alardes retóricos, en la que se advierte al comprensivo discípulo de Macaulay, conciso y fácil.

Cerca de este hombre, austero y noble, se está con admiración y con cariño; su conversación es fuente de virtud, de energía, de saber. Le buscamos un día para que nos hablara sobre algunos hombres de su época y nos dió lo que sabía, generosamente. Le vimos exaltarse al recordar al Doctor Castro y le vimos emocionarse profundamente evocando a su maestro amado don Salvador Jiménez. Le vimos ser sincero, justo y valiente refiriéndose a los distintos pasajes de la historia en que él fué parte activa o que presenció. Después de haberle oído, cuando ya salíamos de su casa, teníamos la impresión de que habíamos estado con un hombre verdaderamente admirable.

Muchos detalles sobre algunos hombres del siglo

pasado se los debemos a él, pues en su conversación nos ilustró preciosamente. Pero le debemos más aún: le debemos el habernos referido gran parte de nuestra historia íntima, detalles de trascendencia alrededor de nuestros hombres de estado y aun de nuestras mujeres, graciosas y trágicas narraciones que tal vez un día han de recogerse y que constituirán una historia completamente inédita y muy interesante de los últimos cincuenta años de vida costarricense. Además, le debemos el ejemplo edificante de haberlo conocido a él mismo.

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA INAUGURACION DE LA ESTATUA DEL LICENCIADO DON MAURO FERNANDEZ EL 15 DE SETIEMBRE DE 1918.

SEÑORES:

En nombre del Colegio de Abogados de la República y por designación de su Junta de Gobierno, así como también en representación del Ateneo de Costa Rica, encargos que en sumo grado estimo, cábeme la honra de dirigiros la palabra en esta ocasión memorable, para tributar a la memoria del esclarecido señor don Mauro Fernández, Presidente que fué varias veces de aquella Corporación, el testimonio de acendrado cariño y creciente admiración de parte de todos sus antiguos compañeros, por la vasta labor civilizadora que en pro de los más caros intereses de la Patria, tuvo la inmarcesible gloria de llevar a cabo, ya en calidad de Jefe de los departamentos de Hacienda e Instrucción Pública bajo la administración del General Soto, ya como diputado y Presidente del Poder Legislativo, ya en fin como particular, desde su modesto gabinete de hondo pensador, guía, luz y árbitro de la opinión dirigente del país.

Tarea ardua es la que se me ha impuesto con harto agrado mío, si se tiene en cuenta que los más insignes oradores de nuestra tierra y sus escritores más conspicuos han hecho, a porfía, la apoteosis del señor Fernández; sin que, al parecer, quede a mano utilizable, a esta hora, elogio alguno digno de él para ofrendarle. Aun la, erección de la egregia estatua del prócer, inaugurada en este día, no es con verdad cosa nueva.

Hace tiempo la irguieron tres escultores de la palabra, maestros consumados en su arte, Jiménez, Astúa y Zambrana, como voceros

de los Poderes Supremos de la Nación, acordes en declarar que la efigie del señor Fernández, aun antes de la muerte de éste, quedó indeleblemente grabada nada menos que en el sitio por excelencia propio de ella, el corazón de sus conciudadanos.

Vino en seguida muchedumbre innúmera de alumnos de todas las escuelas de la República a confirmar, por un a modo de plebiscito de la adolescencia nacional, el decreto de los grandes maestros, con la prestación de sendos óbolos para cubrir el costo de la efigie en bronce del maestro de maestros, amigo cariñoso de los niños.

Esta uniformidad de pareceres de parte de grandes y pequeños, es altamente significativa. Significa que el país en masa, representado por lo que en él más vale, que son la generación que se va y la generación que viene, sin voto discrepante, es quien yergue el monumento. Significa que cuando don Luis Castro Ureña, refiriéndose al señor Fernández, dijo en vida del prócer: «Ha de ser siempre honrado y enaltecido como uno de los más eximios benefactores de la Patria», no se equivocó. Significa que tampoco hubo error cuando don Adán Saborío, hablando del señor Fernández, profirió este juicio: «El primero de los costarricenses por sus luces y por sus virtudes.» Significa, en fin, que estuvo en lo justo el Dr. Zelaya cuando emitió el concepto de que el señor Fernández es una «gloria nacional.»

Al correr del tiempo y en proporción geométrica ha ido agrandándose, año por año, la colosal, esplendorosa figura de don Mauro Fernández; y tanto más crecerá en lo futuro, cuanto más se difunda el conocimiento de sus dotes maravillosas y de sus excelsas cualidades, y cuanto más se ahonde en ese conocimiento. El estudio reposado de tan bello ejemplar de estadista y patriota es, a mi ver, la más cumplida y provechosa lección que, así el niño como el adulto conterráneos, pueden y deben recibir, para su mayor perfeccionamiento moral. Desde este punto de vista no vacilaría yo en afirmar que don Mauro (llamémosle así cariñosamente) es el BENJAMÍN FRANKLIN COSTARRICENSE, aun más que el Horacio Mann de nuestra tierra, como se ha dicho.

Ensayaré hacer someramente ese estudio, dividiéndolo en dos partes, el hombre privado y el hombre público.

EL HOMBRE PRIVADO.—Ancho pedestal de nuestro gran modelo fué su hombría de bien, a carta cabal, en la vida privada. Ese hecho fundamental es axiomático en Costa Rica y siempre lo fué; mas si fuera menester una demostración, acudiría ante el tribunal sin recurso de la Historia, con el testimonio de dos preclaros costarricenses: el uno, González Víquez, diría, como ha dicho: «tuvo una vida ejemplar»; el otro, Jiménez, añadiría: «de costumbres puras, que nunca conoció el yugo de ningún vicio.»

Hay aún otro testimonio más valioso, la propia conciencia del

señor Fernández; oídlo: «Anoche hubo baile espléndido como nunca en . . . Cumplí mis deberes con ésta, con aquélla y con la de más allá, y me retiré a las 3 a. m. Ya en mi lecho, hice examen de conciencia y nada, amigo, tranquila la regañona, como si no hubiera estado a prueba toda la noche: nada me reprochó.»

Tal era el hombre; y haya indulgencia para quien, sin autorización de nadie, al cabo de treinta años largos, divulga tan preciosa confidencia.

Fueron los venturosos padres de don Mauro don Aureliano Fernández y doña Mercedes Acuña. Por la línea paterna aportó el hijo estas nobles cualidades y virtudes: admirable despejo intelectual; entusiasta arrebato en la prosecución de sus ideales; sociabilidad; derroche de los ricos dones de su amistad; solidaridad familiar; aptitud para el perdón de la ofensa y también para el olvido de ella, ambos por acto simultáneo, instintivo, diríase maquinal; ardor de imaginación; agresividad y empuje en el preciso instante requerido; visión clara de lo lejano y de lo confuso en el espacio y en el tiempo; insaciable afán de propaganda de ideas, principios y causas buenas, nobles y levantadas, cuyo apostolado y aun martirio asumía gozoso, por movimiento espontáneo y natural; instinto músico; carácter eminentemente comunicativo, en raro consorcio con el hábito adquirido de la reserva prudente y necesaria; amor a los viajes; perfecto dominio de los números y afición al comercio y a la banca; estas bellas cualidades han solido resplandecer en algunos de los miembros más distinguidos de la familia Fernández; por supuesto, no juntas, como en don Mauro, por singular concesión del cielo, se reunieron.

De la buena y santa madre, a favor de quien confesaba el hijo esta formidable deuda: «Todo cuanto soy y cuanto valgo lo debo exclusivamente a mi madre», por haber quedado huérfano de padre en la infancia, derivó el señor Fernández las siguientes dotes:

Método; limpieza de pensamiento y de corazón; limpieza de manos y de boca; limpieza de traje y habitación; caridad; prudencia; perseverancia; propia estimación; cuidado exquisito, pero altamente disciplinado, de su inseparable bestia (así llamaba a su propio cuerpo); espíritu docente; serena conformidad con la desgracia irremediable; amor a las criaturas inferiores, y aun a los seres no animados que embellecen la creación; industria; atildamiento; atención para detalles; devoción conyugal; perenne consulta de la conciencia; mansedumbre; anhelo de la paz; fortaleza de alma; medicación generosa de la dolencia espiritual ajena.

La grata compañera de vida de don Mauro, añadió a la esmerada educación doméstica de su consorte, a su primera y segunda enseñanza y a su amplia instrucción universitaria, nuevos medios, aspiraciones y recursos del gran caudal de que ella, mujer de poderosa inteligencia, sabia institutriz, nacida, educada y pulida en Ingla-

terra, disponía, a saber: perfecta y acabada posesión del habla inglesa, no ya para la simple interpretación verbal o escrita del lenguaje científico más elevado, sino para conferir en esta lengua, como lo hizo gallardamente don Mauro en grandes e ilustradas asambleas de Estados Unidos e Islas Británicas; optimismo que pudiera decirse rematado, por la inconmensurable confianza de ambos cónyuges en la bondad esencial de la humana especie; marcado tinte anglosajón en ideas, prácticas, costumbres, gustos y tendencias; y celosísima, británica averiguación del hecho efectivo, para cimentar la determinación sobre base estable, segura, indestructible.

Era de sentir el doctor Holmes que la educación del niño debía comenzar, cuando menos, doscientos años antes de su nacimiento; asimismo pensaba el señor Fernández; y por esto confió una vez a un amigo suyo este primor autobiográfico: «Por veces casi me convenzo de que lo único que yo tengo es UN POCO DE CORAZÓN, Y MUCHA, MUCHÍSIMA FE en cuatro verdades sintéticas, que hallo en mí y no sé si son herencia de siglos, o cómo las he adquirido. Cuando concluya mis estudios de Spencer, le daré toda mi doctrina. Estoy ahora en el estudio de la Sociología, de la cual devoro cada noche, como ración fija, diez fojas.»

Después del *vir bonus*, resalta en el señor Fernández *el filósofo,* en el sano y correcto sentido de la palabra: enamorado de la sabiduría. Dejando a un lado la parte especulativa de su sistema filosófico, que nos llevaría muy lejos, tenemos condensada su rica experiencia en breves sentencias, formuladas para el consumo diario, propio y ajeno, y de ellas dará alguna idea la siguiente muestra.

No hay que sentarse a llorar sobre ruinas. «Al contrario, tras el fracaso debe uno erguirse y evocar toda la reserva de fuerzas que han quedado inactivas, para emprender de nuevo la obra y conducirla a feliz término, sin lágrimas ni recriminaciones, con el ánimo tranquilo y el corazón henchido de esperanzas.» «El que se sienta, sentado se queda.» «De holgado tiempo dispondremos en la tumba para el descanso.»

Bien sabido es que el lema de don Mauro reza así: NIHIL DESPERANDUM.

Piedra no rodada y mucho, por las corrientes a causa de su aspereza, de nada sirve. «El hombre que no ha almacenado, en grande escala, pesares, amarguras, descalabros, etcétera, en la vida, es piedra de filos agudos y cortantes; ser egoísta incapaz de conmiseración; esclavo de su orgullo, jamás limado y siempre dispuesto a la malevolencia.»

Importa cuidar la bestia. El señor Fernández distinguía constantemente en la vida corriente, el ser inteligente, racional, que en nosotros hay; y el ser corpóreo, material, que sirve al primero de morada, de instrumento; a veces esclavo rebelde, malévolo, torpe,

enfermizo; o bien servidor obediente y cumplido. Para que llene bien sus fines este subordinado, segundo yo, ha de ser objeto de cuidados especiales; han de concedérsele sus legítimos derechos; fraternizar con él en lo justo y razonable; refrenar sus malos instintos; celar sus hábitos; educarlo; corregirlo con sanciones adecuadas; y jamás permitir que se haga dejación de sus perentorias obligaciones. Esta bestia que nos acompaña siempre, y sumisa nos lleva y trae, de donde y a donde nos place, agradece intensamente y paga muy bien ciertos regalos, que estamos en el deber de procurarle, como son: alimento sencillo, sano y nutritivo; siete horas de descanso nocturno; baño diario al despertar; baño de sol en seguida, con ejercicio moderado al aire libre, y algunos otros higiénicos cuidados que nuestra inconsecuencia niega, por ingorancia o por desidia, a tan generoso aliado.

Si no quieres que la cosa se sepa no la hagas. Nada bajo el sol alcanza el privilegio de quedar ignorado siempre. Tarde o temprano, todo se descubre. Es menester que tome arraigo en nuestras conciencias esta indisputable verdad. ¡Cuántos crímenes, cuántas faltas, flaquezas y errores se evitarían, si cada cual llegara a convencerse de que la *cosa* indefectiblemente tiene que salir a plaza, avergonzándonos como agentes responsables de ella!

Fernández, en consecuencia, jamás pensó, creyó, dijo, mantuvo, ni siquiera dejó entender cosa alguna, que no pudiera en cualquier instante ser lanzada a todos los vientos de la rosa náutica, como acto limpio, justo, correcto, laudable y honroso.

¡Manjar indigesto! Esta era la expresión de don Mauro para refrenar instantáneamente a quienquiera, deudo, amigo o indiferente, que ante él incurriese en el feo vicio de la maledicencia. Por su parte ejercía al respecto un control perfecto. Era aquella boca manantial perenne e inagotable de consejos sabios, de generosos estímulos, de oportunos consuelos, que valían al agraciado tanto o más que perlas, esmeraldas y rubíes; pero de ella jamás logró escapar un solo monosílabo lesivo, no ya de la honra, pero ni aun de la susceptibilidad de la persona más humilde.

A los amigos hay que conocerlos, pero no perderlos. Podía el señor Fernández resignarse a perder cuanto susceptible de perderse haya en el mundo, inclusive su fortuna cabal, con el fruto del trabajo futuro de largos años por añadidura, como le aconteció; pero le faltaban fuerzas para perder una riqueza que estimaba en mucho más que el oro, el poder y los honores; a saber, *un amigo.* Descubierto el error, flaqueza, inconsecuencia, y aun deslealtad del culpado, surgía ante los ojos de don Mauro un grave problema, para la solución del cual, a fuer de buen matemático y de buen economista, comenzaba por eliminar lo inútil, esto es: la ira, el encono, el reproche, el desprecio, la venganza y todo sentimiento ruín, pasiones que jamás

tuvieron hospitalidad en su hidalgo pecho. Dominada la bestia, con su voluntad férrea a veces, con el apaciguador recurso de la música, en otras, su magnanimidad encontraba pronto una solución honrosa y eficaz. Si su fertilidad de recursos no salía triunfante, caso que rara vez se dió, decía «Nihil desperandum»! Ayudémonos del tiempo, que sabe hacer milagros, y, entre tanto, de mi parte y de parte de los míos, tan buen amigo como antes. Así reconquistó aquel hombre extraordinario amistades que, si definitivamente hubieran quedado trocadas por el sentimiento contrario, le habrían causado amarguras infinitas; porque no hay enemistad tan cruel y despiadada, como la del hermano y del que fué amigo. Vueltas aquéllas a su pristino estado, por circunstancias adventicias que nunca faltan, llenaban de alborozo el amante y admirable corazón de nuestro filósofo.

Jamás cultive usted el odio. «No sólo es amarga por excelencia esta planta, decía, sino también mortalmente venenosa, en especial para su cultivador: amemos a todo el mundo, inclusive el bruto, que en verdad es nuestro hermano; pero ¿aborrecer? a nadie; no, ni aun a quien públicamente se precie de aborrecernos.

Mas la cualidad fundamental y suprema del carácter del señor Fernández, cualidad que encierra en sí todas las demás que lo adornan, ya fuese adquirida, o bien herencia feliz de remotos progenitores, a través de siglos; de contínuo abonada y regada con esmero por la mano diestra y amorosa de dos mujeres sublimes, la madre abnegada y la incomparable esposa; cualidad para el culto de la cual tenía el prócer erguido un templo en el que oficiaba como gran pontífice, fué la *benevolencia;* cuyo decálogo hubo de ensanchar y dilatar a límites tan extensos como estos: querer el bien de todo ser, grande o pequeño, racional o bruto, bello o deforme, virtuoso o protervo, niño, joven o anciano; querer el bien de todo cuanto alienta, ama, aborrece, radica, estacionario o se mueve, nada, salta o vuela.

En síntesis, señores, séame lícito recordar la perfecta descripción del alma del señor Fernández, que debemos al insigne orador señor Astúa: «... en la personalidad del señor Fernández se armonizaban a maravilla, como notas musicales de un acorde perfecto, los más elevados atributos de la humana naturaleza: inteligencia robusta, de amplias perspectivas; corazón generoso; sensibilidad exquisita; voluntad firme; ánimo de valiente; fe de innovador.»

El homre público.—La opinión autorizada de un juez irreprochable, don Ricardo Jiménez, acerca de los méritos del señor Fernández, es esta: «... fué uno de los ejemplares más cumplidos del ciudadano, del estadista y del patriota. Dotólo la naturaleza, para

servicio de su Patria. . . de las más variadas y excelsas cualidades: . . . intelecto familiarizado con cuanta noción el hombre público ha de poseer. . . ; espíritu curioso que vaga por el pensamiento de los pueblos más cultos de la tierra para aportar luego, como una industriosa abeja de oro, a la colmena patria, la miel de su botín; príncipe de nuestros oradores parlamentarios, de palabra fluída, persuasiva, pintoresca, de aspectos tan variados como los de nuestra naturaleza, de interés sostenido siempre aun aplicada a los temas más triviales, o más áridos, y de una alta elocuencia cuando la magnitud del asunto caldeaba sus emociones; continuidad en el esfuerzo; resistencia increíble en el trabajo; don de gentes y tacto social exquisitos. . . ; sangre fría inalterable; ánimo esforzado para quien el clamor de las oposiciones que él creía injustas, nunca infundió miedo y más bien susurraba en sus oídos como un hurra de aliento; ideales que no tuvieron ocaso en su espíritu. . . ; imaginación inquieta que lo empujaba a desear nuevas condiciones de vida social más justas, más sanas, más humanas, y a las que servían de lastre un profundo sentido de lo real y una larga experiencia de los negocios y de la vida. . . ; y por último, sensible a todo soplo del progreso e indiferente a la acción de las fuerzas retrógradas del pasado. . . Por esas cualidades, difíciles de encontrar separadas y mucho más difícil de encontrar en consorcio, fué don Mauro Fernández, en todo el discurso de la historia patria, nuestro gran Ministro de Hacienda en cuyo tiempo y en gran parte debido a su habilidad financiera ascendió a su cenit nuestro crédito público; y sobre todo fué nuestro gran Ministro de Instrucción Pública, el Ministro de Instrucción Pública por excelencia, cuyo soplo titánico, como el de un nuevo Eolo, ha hinchado y sigue hinchando las velas de la República, en su navegación hacia las tierras vírgenes de una mayor libertad, de una asistencia de hermanos más cumplida, de una mejor comprensión de nuestros destinos y del modo de realizarlos, y de una más amplia civilización.»

Todo lo dicho es la justa y correcta exposición de la verdad. Nada debiera añadir a tan magno y cumplido elogio; pero hay detalles que no resisto al deseo de reproducir.

Alguien ha sostenido que la grandeza del genio de Napoleón consistió, antes que en cualquier otra cosa, en el poder de voluntad de que dispuso para concentrar en el hueco de la mano, todos y cada uno de los infinitos detalles de la organización de sus numerosos ejércitos, ya estacionarios, ya en marcha, ya en combate. Sus capitanes temblaban ante el peligro de cometer errores, porque éstos eran inmediata e indefectiblemente descubiertos y reprimidos por la magna labor de escrutinio del Soberano, hecha en persona con grave detrimento de su sueño. Algo semejante le sucedía al señor Fernández. Tras el matutino baño de sol, el gran Ministro de Hacienda emprendía la revisión general de las operaciones financieras del día

precedente, cuyo extracto enviaban antes de la noche todas las administraciones sujetas a su control; por manera que, al cabo de unas cuantas horas, no existía detalle de la gran máquina de là hacienda nacional ignorado por el Jefe. Esto, agregado a sus demás ocupaciones, supone una suma colosal de trabajo; pero aquí viene a cuento recordar la capacidad ilimitada de aquella constitución, al parecer endeble, para resistir tan prolongado y agotador esfuerzo.

Concluida semejante tarea, que no se interrumpía por ninguna consideración, abríase la audiencia pública, se hacía el despacho ordinario y se acudía al Consejo de Gobierno. En su apacible hogar y pasada la comida, se hacía algo de música, se pasaba un rato en amena tertulia, se aislaba el señor Fernández en su biblioteca, para dedicarse a las lucubraciones filosóficas y llegaba el momento de buscar reparador descanso. Para matar desvelos estaban a mano uno o dos volúmenes escogidos, suficientes cuartillas y un lápiz bien afilado.

Recibió las rentas públicas y el crédito nacional en insólita exhaustez; pero en poco tiempo las arcas se colmaron y el crédito creció y floreció como en los mejores días de la República. La leyenda «No hay sello» fué a dar al rincón de los trastos inservibles, y los acreedores del Estado y los servidores públicos contaron en adelante con sus haberes a exacto vencimiento.

En setiembre de 1887 escribía don Mauro a persona ausente, de su cariño: «Pienso llamar a los tenedores de cédulas para el 30 de este mes. Quiero anticiparles la cancelación de sus créditos, y aunque algunos rabiarán, que rabien. Saldaremos, pues, la deuda interior antes del plazo. No crea que es *ronca.*»

En el ramo de Instrucción Pública, la obra imperecedera de don Mauro Fernández fué la reforma, total y completa, de la enseñanza nacional; labor cuyo mérito aislado le habría abierto las puertas de la inmortalidad. Desgraciadamente la evolución quedó huérfana en 1889, a consecuencia del movimiento político que puso término a la administración del General Soto. Ingente ha sido la suma de millones que en el tercio de siglo siguiente se ha invertido en redondear y perfeccionar aquella obra; y es de justicia reconocer y aplaudir el merecimiento de los gobiernos posteriores, que en verdad, no omitieron esfuerzo ni sacrificio para alcanzar la meta apetecida.

Quizás me conduzca a error la tendencia pesimista a que suelo inclinarme en la vida usual, y no sin desconfianza me veo en el caso de emitir la idea de que, a pesar de todo, la educación costarricense se acerca a un tremendo fracaso, no imputable por cierto a su esforzado Apóstol, sino a causas ajenas a su pensamiento, posteriores a su acción, que las personas entendidas habrán de escrutar, y las autoridades del ramo se empeñarán en remediar, como la más grata ofrenda y la más propia muestra de reconocimiento que pueden hacerse, y son debidas, a la memoria venerada del señor Fernández. En apoyo

de mi desapacible tesis, podría invocar cantidad de hechos positivos, incontestables, diametralmente opuestos a las tendencias, ideales, medios y fines del vasto y patriótico plan de quien, de puerta en puerta, llamó en todos los hogares costarricenses de ciudades y campos, al decir del Dr. Zambrana, para distribuir el pan eucarístico de la educación común; pero bastará citar uno.

La resistencia que la vasta máquina de la instrucción pública ha exhibido en su gigantea lucha con el vicio y la corrupción, así en el dominio privado como en las palpitaciones de la vida nacional, por lo tenue e inadecuada, asombra y entristece al observador, propio y extraño. Dichos cánceres sociales, incontenidos, despliegan radiantes a la vista de todos, diríase indiferentes, sus amenazantes banderas negras, de lucha sin tregua ni cuartel, en todos los ámbitos del territorio nacional.

Pues con tan pobre poder de resistencia para contener el avance general del enemigo, no es dable la realización de la aspiración vehemente del señor Fernandez, aquella a que se dirigían todos sus pensamientos y esfuerzos, el establecimiento sólido, duradero e indestructible de una República de verdad. De esa República ideal nos habla don Ricardo Jiménez así:

«Que la energía del señor Fernández, como el sol, que después de haber desaparecido tras los montes del poniente, sigue conduciendo a la tierra a través del espacio, continúe ejerciendo su benéfica influencia en nuestros espíritus, sobre todo para perseverar en la realización de su sueño querido de entregar nuestro suelo, en el que duermen los mayores, y nuestra historia, que conserva sus penalidades, sus altos hechos, sus aspiraciones, a una generación cada vez mejor por su cultura, cada vez mejor por su voluntad, más derecha y más fuerte, a una generacióu que realice la Costa Rica ideal que deslumbró, amó y sirvió, con ardor que los años no apagaron, el prócer a quien mis labios, indignos de la ocasión, consagraron, por mandato honroso del Congreso, el piadoso homenaje de un adiós definitivo, al despedirlo del recinto que ennoblecieron sus discursos y en cuyos ámbitos, por desdicha para la República, apenas suena, cada vez más débil, el eco de su inspirada palabra, ya hoy dormida para siempre.»

La reflexión expuesta y muchas otras palpables, que no caben dentro del marco de mi discurso, patentizan, a mi ver, por modo irrefragable, que en el complicado mecanismo de Instrucción Pública (como en otros mecanismos del Estado), hacen falta ejes, palancas resortes y engranajes esenciales; esto es, una buena cantidad de elementos y condiciones, cuya ausencia origina el malogro del notabilísimo, acariciado propósito del señor Fernández y sus bien intencionados continuadores.

La reforma escolar de 1886 ha alcanzado la edad de 32 años,

por manera que los niños de 7 a 14 de entonces, son adultos de 39 a 46 años en el día, y debieran junto con las tres generaciones escolares subsiguientes haber constituído, desde mucho tiempo atrás, un baluarte impugnable capaz de garantizar el mejoramiento de la moralidad pública y la estabilidad de nuestras instituciones democráticas, si aquella reforma no hubiera sido desvirtuada por hechos y omisiones, que evidentemente la han contrarrestado. De nada sirve que el número de analfabetos haya disminuído visiblemente, cuando vemos triunfante algo, mucho más temible para el bienestar social, que la simple ignorancia, felizmente erradicada de nuestro suelo.

Es de esperarse que esta hermosa fiesta del patriotismo sirva de acicate para que, sin pérdida de momento, se enderece lo que está torcido, y se reemplace con el hecho real y verdadero la ficción dorada.

Tiempo es de terminar mi largo discurso, faltándome sólo derir que don Mauro Fernández, prácticamente ejercitó un poder omnímodo en los departamentos de su cargo, por confianza ilimitada de su digno Jefe. Derramó el bien a mano llena, sin más coacción que la de su palabra persuasiva y la de su avasallador ejemplo y a nadie hizo brotar una lágrima que no fuera de gratitud.

Fué así como, al terminar su gloriosa carrera, aquel espejo de hombres buenos, pudo decir y dijo: «Muero en paz con Dios y con los hombres»; y es así como podemos decir nosotros ahora: *Murió como vivió y sobrevive en nuestros corazones, siempre en paz con Dios, siempre en gracia de los hombres.*

FUSION DE SANGRES

Fué Ana Cardoso una infeliz esclava nacida en casa de doña Ana Pereira Cardoso, y comprada en cuatrocientos pesos a doña Catalina de Palacios por doña Eugenia de Abarca viuda de Calvo, cuando la sierva contaba veinte años; sin que pueda decirse cosa alguna de los progenitores de ésta, ni entrar en otros detalles, pues no llega a tanto el caudal de datos de que para la narración de su vida se dispone.

Tranquilamente debió de correr el tiempo para la parda a juzgar por esa misma carencia de datos, disfrutando así de relativo bienestar, que en algo mitigase las horas acerbas de la vida servil, ya que los registros coloniales no acusan frecuentes cambios de señor, que arrancaran a la moza del ambiente tolerable en que creciera.

No era Ana una negra bozal fina, violentamente plagiada en las selvas de Africa, sino una agraciada morena de tan bella estampa como índole buena, llena de suaves atractivos, y en sus venas circulaba no mezquina porción de sangre española, limpia de tacha; por manera que el señorito de la casa, clérigo minorista, licenciado en ciencias sagradas, que acababa de regresar de León, donde había

hecho amplios estudios, tuvo desde luego en casa una perenne, peligrosa tentación.

Que a la postre hubo caída está demostrado, sin género de duda, nada menos que por documento público, o sea una carta de libertad, absoluta y gratuita, otorgada por la excelente señora de la casa, quince años más tarde; documento en el cual, sin expresar razones, renuncia doña Eugenia la potestad domínica que por derecho ejercía, sobre el mulato blanco, *Francisco*, nacido de la mencionada sierva en 1672.

Frizaba Ana entonces en los veintitrés, y es de presumirse que no se le imponía, en su calidad de esclava, un trabajo ominoso destructor del embeleso de que naciera dotada; porque, a pesar de los hábitos clericales del señorito, tras la primera caída, que dejamos narrada, sobrevino en 1682, una segunda, de que resultó el nacimiento de *María;* y ocurrió otra caída número tres, en 1685, que trajo al mundo a *Feliciana,* hijas ambas de la Cardoso.

El padre, en una y otra y otra ocasión, guardó pertinaz silencio acerca de cómo y por qué, en ausencia suya -de 1673 a 1681—la esclava resultaba estéril, en tanto que, presente en casa el licenciado, ocurriese inopinadamente lo contrario.

Pues ha de saberse que en el régimen de la esclavitud, a despecho de las leyes, en aquel tiempo y siempre, jamás opuso el amo obstáculo de ningún género al siervo para su multiplicación, como no lo opuso al bruto; porque lo único que hacía al caso, en tal problema, era el rápido crecimiento de cabezas y del lucro consiguiente.

Doña Eugenia, abuela al par que dueña de las crías, llamó otra vez al escribano para que registrase en su protocolo la libertad de las mulatillas *María* y *Feliciana*, hijas de su esclava Ana Cardoso.

Abuela, padre, madre e hijos hacían vida común en la amplia casa solariega situada al oriente, calle de por medio, de la iglesia de San Juan de Herrera.

No obstante la perspectiva de infinitas ventajas que al minorista ofrecía la carrera sacerdotal, en familia tan dilatada y de tanto caudal como la suya, hubo al fin de renunciar a seguirla, y ahorcó bonitamente los hábitos en 1687. Mediante el sacrificio de algunas mulas, amén de algunos reales, obtuvo el título de capitán de las milicias provinciales, y repudió para siempre el de licenciado, que nadie se empeñó en darle, a disgusto suyo, posteriormente.

La alcaldía ordinaria, la depositaria general, el regimiento perpetuo, la sindicatura del convento de San Francisco, y por fin la tenencia de gobernación y capitanía general fueron honras y mercedes de que disfrutó el ex-minorista más adelante, sin perjuicio de sus ocupaciones favoritas en agricultura, cría de ganados y de esclavos, comercio y banca, a que de preferencia se entregó.

Raro que no pensase el capitán don Miguel Calvo y Abarca,

que así se llamaba el antes licenciado, en contraer ventajoso enlace, rodeado como se hallaba de beldades, por añadidura ricas herederas, siendo él persona adinerada y de gran influencia por su saber y conexiones; pero venciendo valerosamente toda tentación contraria, se conservó tenazmente célibe.

El noble corazón de doña Eugenia no podía reconciliarse con el peligro de que, en faltando ella, la madre de sus nietos, esclava suya, pudiese recaer en servidumbre de extraños; y resolvió concederle gratuita libertad, bajo la condición de que, en vida de su bienhechora, no abandonara la casa de ésta y su servicio. O bien era la Cardoso espejo de criadas, o bien quiso doña Eugenia ahorrar a la cuitada el posible pesar de ser un día separada de sus hijos.

La condición fué por lo demás algo imprevisora. Allá en su fuero íntimo arreglaba don Miguel, siempre él mismo, las cosas a su manera; y, pecador empedernido, fué nuevamente causa de que, entre 1691 y 1694, hicieran su aparecimiento, uno en pos de otro, con intermedio razonable, *Ana Micaela* y *José Felipe,* cuando la fascinadora liberta contaba la respetable edad de 42 a 45 años.

Si bien no quisiéramos incurrir en nota de malicia, pudiera acaso enterarse de estos hechos, que la mulata no había perdido del todo, con el usual desgaste de los años, sus pristinos encantos, al parecer tan incólumes como su perfecta fidelidad a través del tiempo.

Esta vez no tuvo doña Eugenia que malgastar sus reales en escribano y papel sellado, pues la pareja de rollizos mulatos surgía a la vida en libertad plena, incondicional, inconmovible, como la del más genuino chapetón arribado a nuestras playas.

Ni es de imaginar, en persona de las bellas prendas morales y de los sentimientos religiosos de la señora viuda de Calvo, que los repetidos desórdenes domésticos relatados, pasaran a la categoría de hechos consumados y consentidos, sin condigna censúra de su parte; y aun justo parece admitir que ellos no pudieran menos que amargar los últimos años de la bondadosa señora, quien en 1702 hubo de terminar, con el remedio harto conocido de la muerte, la serie de sus sorpresas y pesares.

Fué entonces don Miguel árbitro único de la casa, y constituyó definitivamente su familia de la mejor manera que pudo; sin que faltara para la completa ventura de aquel sacudido hogar, sino dos cosas: matrimonio de padres y reconocimiento de la prole. Pensólo mucho el capitán, concluyendo con esta determinación: absoluta omisión de lo primero y reserva de lo segundo para el tiempo de testar.

Por fin, en 1715 quedó resuelto el problema, así: murió don Miguel soltero, legando un cortísimo patrimonio, consistente en dinero y esclavos, a la Cardoso para su cóngrua; y todo el grueso de su cuantiosa hacienda lo dejó a los cinco mulatos, por iguales partes, previamente reconocidos como hijos naturales suyos.

María y Feliciana obtuvieron excelente establecimiento, lo mismo que Ana Micaela, las dos primeras por enlace con José y Francisco Echavarría, leoneses, y la última por enlace con José Carranza, maestro platero; Francisco casó en familia oriunda de Cartago, y José Felipe fué a establecerse en Chiriquí, donde se radicó definitivamente.

De tales uniones surgió, apenas hay que decirlo, numerosa descendencia, que en el curso del siglo XVIII se repartió entre Cartago, Heredia, San José, Alajuela, Esparza, León y Chiriquí. Puntualizar las ramificaciones que se formaron sería obra para volúmenes.

A partir de la división de bienes del causante y a despecho del color de los herederos, fueron éstos miembros aceptados y reconocidos de la encumbrada familia de Calvo, cuyos múltiples renuevos ostentaban apellidos flamantes, tales como Arburola Ribarén, Hoces, Navarro, Arleguí, Maroto, Bazterrica, Días de Herrera, Muñoz Hidalgo, Inza, Ibarra, Iztueta, y muchos otros, de lo más conspícuo de la sociedad cartaginesa.

La misma Ana Cardoso, sin que fuera óbice para ello la indeleble mácula de ex-esclava, fué objeto de cariño y ternura de parte de la señora viuda de Arburola (doña Josefa de Hoces), confidente y fideicomisaria de la ex-cautiva para negocios de ultratumba; siendo un hijo de doña Josefa primer capellán de la menguada capellanía, que para el bien de su alma ordenó fundar la Cardoso.

Con el haber recibido del capitán Calvo no era dable que la fundadora de la familia Calvo Cardoso pudiese adquirir propiedad raíz alguna, cuando a duras penas bastóle el ruín legado para el lleno de sus modestísimas necesidades personales, hasta la edad provecta que alcanzó de más de setenta años.

Pero en medio de su gran pobreza vivió Ana contenta contemplando con positivo deleite la ventura de sus hijos y nietos, árbitros de su albedrío. Lejos estaba de pensar aquella madre, tipo raro de abnegación y humildad, que por ley fisiológica indeclinable estaba decretado que descendientes suyos nacerían todavía en cadenas, como fatalmente sucedió. Juan Antonio Chavarría, hijo de María Calvo y nieto de Ana, arrastrado por amor ciego e impetuoso, incapaz de cejar ante consideración alguna, contrajo matrimonio con esclava de don Tomás López del Corral; y esclavo fué, con arreglo al Código de Indias, el fruto de esa unión, hasta que el padre logró reunir el dinero necesario para la redención de esposa e hijo.

El caso de Ana Cardoso es, *mutatis mutandis*, el de innumerables esclavas de la colonia que, comenzando en un principio por ser mero instrumento de placer, concluyeron por verse exaltadas al rango de fundadoras de familias distinguidas, las cuales, andando el tiempo, habían de escalar las eminencias sociales, sin excluir los primeros puestos de la Iglesia y del Estado. Todo por la fortuita y bendita fusión de sangres.

RAMÓN MATÍAS QUESADA

Una memoria dulce, un suave recuerdo lleno de simpatía evoca el nombre de don Ramón Matías Quesada, escritor, artista y profesor de segunda enseñanza; tres aspectos dentro de los cuales se delinea con distinción, sobre todo en el último, pues pocas figuras tan amables y tan admirables como la suya en sus lecciones de Castellano o de Literatura. «Pocas veces he visto mayor esmero ni tanta propiedad para dar una lección de Castellano, como lo ví en don Ramón Matías»,—nos decía alguna vez el profesor don J. Fidel Tristán.

En el aula, pues, tiene relieves altos y un hondo cariño que no se apagará nunca.

Como artista, cultivó el dibujo y llegó a realizar trabajos muy apreciables. Y como escritor fué correcto, de estilo puro. No publicó ningún libro; todo lo suyo ha quedado en diversas publicaciones del país, donde colaboraba con largas intermitencias, pues era excesivamente modesto y nunca creyó que lo suyo fuera para enseñarse. El género histórico le atraía principalmente, aunque escribió con fortuna cuentos y una que otra poesía.

De cuna humilde, pero con voluntad y con talento suficientes para ennoblecer su propia vida, llegó a ser estimadísimo y seguirá siendo siempre vivo ejemplo de virtud y de amor por la belleza, que fué su gran objetivo.

Murió este profesor querido en su ciudad natal, Cartago, el 8 de mayo de 1916.

LOS RUGIDOS DE LA FIERA

Página Helénica.

Terminaba el siglo de Pericles: la moribunda antorcha de la elocuencia griega lanzaba sus últimos y más vivos resplandores. Demóstenes y Esquines, implacables rivales por más de catorce años, Jefe el primero del partido que combate a Filipo, y Director el segundo del bando aristótala vendido al oro del macedonio, tienen avasallados a los atenienses desde la tribuna.

Llega la ocasión decisiva: Ctesifonte había propuesto un decreto por medio del cual se concedía a Demóstenes una corona de oro que debía ser presentada en la solemnidad de las grandes fiestas dionisíacas, como una recompensa a la virtud y a los extraordinarios servicios prestados a la patria por el inmortal orador. Esquines ataca rudamente al autor del decreto, y luego se ensaña con la vida entera y la reputación de su viejo adversario: lo llama cobarde porque se ha cortado en un discurso delante de Filipo, Rey temido por su espada y por el filo de su crítica; lo apellida desertor porque en la batalla de Queronea arrojó el escudo y emprendió la fuga; lo acusa de sobornado porque ha aceptado regalos del Rey de Persia; y por último lo declara indigno del premio, por cuanto no ha rendido cuentas del manejo de fondos públicos, como la ley lo ordena aun al Areópago mismo, el tribunal más alto de la República.

La Grecia entera acude a presenciar la lucha de los dos colosos de la palabra más célebres de la época. No era aquel un auditorio de bárbaros, como dice Samuel Johnson; era una asamblea espiritual, culta en extremo, en donde todos los ciudadanos eran legisladores, jueces y soldados, acostumbrados a discutir con calor, a aplaudir a los titanes del pensamiento, a silbar a los mediocres y a corregir hasta los defectos de pronunciación de los oradores. Tal era el Juez que sobre la arena del Agora, iba a fallar en el ruidoso proceso de la Corona, en que los dos atletas, estimulados por sus odios mutuos, esgrimieron los rayos de su candente verbo.

«Atenienses! exclamaba Esquines -jamás he envidiado las ocupaciones de Demóstenes y nunca me he avergonzado de las mías. No niego los discursos que he pronunciado ante vosotros; pero si pudieran parecerse a los suyos, me creería digno de la muerte. Mi silencio ha sido efecto de mi modesta vida. Satisfecho con poco, no he deseado enriquecerme con la deshonra. Hablo y callo con reflexiva determinación, no impulsado al capricho de ávidas concupiscencias. Pero tú, si se te paga, eres mudo; una vez disipado el oro, gritas.»

Y luego desencadena una furibunda tempestad de cargos contra su formidable enemigo a quien Cicerón llama «El Divino», y termina

apostrofando a la exaltada multitud para que no ciña a la frente de Demóstenes la áurea corona, que es un desdoro para la justicia y un descrédito para la Patria.

La ansiedad y la expectación se redoblan. Ha subido a la tribuna el monstruo, que en fuerza de estudio y de constancia había subyugado todos los obstáculos con que la naturaleza se oponía a su vocación. Allí es un soberano, un profeta, un mago que pone en agitación todas las pasiones del ánimo. Comienza rogando a los dioses inmortales que le faciliten los medios más eficaces para justificarse, y termina suplicándoles que corrijan el espíritu y el corazón de su adversario. Entre estas dos piadosas extremidades, vierte su ironía pintando las ventajas que lleva su acusador: «Los peligros que corremos no son iguales, porque si él no gana su causa, no pierde nada; y si yo me enajeno vuestra amistad... pero no, no saldrá de mis labios ninguna palabra aciaga en los momentos en que comienzo a hablaros. La otra ventaja que le favorece consiste en que hay natural inclinación a escuchar con agrado las acusaciones y las calumnias y a oir con disgusto a los que se ven obligados a hablar bien de sí propios.»

Luego estremece al auditorio, a quien tantas veces había lanzado él desde los teatros a los campos de batalla, y aturde al contrincante con el estallido de su elocuencia atronadora como la voz del Sinaí. «Insidioso Esquines, has tenido la simpleza de pensar que, dejando a un lado mis actos políticos, atendería sólo a rechazar tus insultantes personalidades? Nó, no esperes de mí semejante locura.»

Desciende a veces como el torrente que va arrastrando todos los estorbos y malezas de la cañada, se vindica ampliamente de todas las acusaciones que se le hacen, delata todas las perfidias de su enconado enemigo y, como la ola, que al chocar contra un escollo pasa intrépida sobre él, cubriéndolo de espumas y a veces de alimañas, así él, con inaudito sarcasmo abruma a su contrario. «Yo vituperarte la amistad de Alejandro! Cuándo la has adquirido?—Con qué títulos?—Nó; yo no puedo llamarte ni el amigo de Filipo, ni el huésped de Alejandro, ni soy tan insensato.—Cuándo has visto que los segadores y las demás gentes que ganan un salario se llamen amigos de quien les pague?—No; estos nombres no te convienen ni pueden convenirte, mercenario de Filipo, antes mercenario de Alejandro, ahora así como yo te designo y como te designan todos los que me escuchan!—Lo pones en duda? Pues pregúntales... o más bien yo les preguntaré por ti.—Decidme, ciudadanos de Atenas,—es Esquines el huésped de Alejandro y es su mercenario? — (El pueblo grita: *mystotós, mystotós!)* Ya lo oyes? El pueblo te llama asalariado.»

Después de vehementes increpaciones, critica la pintura del demócrata hecha por Esquines, y pregunta: «Ignoras que el verdadero demócrata no se conoce en sus palabras, sino en sus actos y en su política?»

Y como si le pareciesen débiles aquellos golpes tan certeros, empuña la maza de su poderosa dialéctica, y descarga sobre la cabeza del antagonista maltrecho esta cruel invectiva: «¿De qué ha servido a la patria tu elocuencia?—En ti creo ver a un médico que al visitar a sus enfermos no indicase ningún remedio para curarlos, y que después de muertos asistiera a los funerales y los siguiera hasta la sepultura, diciendo: «si hubiesen adoptado tal sistema, no habrían perdido la existencia, insensatos.—Tal es hoy lo tardío de tu lenguaje.»

Desde la tribuna que a veces se convierte en lira, según la expresión del abate Maury, y a veces tiene todo el fragor de la tormenta, compara Demóstenes su suerte con la de Esquines, y cierra el paralelo con una antítesis tremenda: «Enseñabas las primeras letras, yo tenía maestros; servías para explicar los misterios, yo estaba iniciado en ellos; eras bailarín, yo corega; escribiente, yo orador; histrión subalterno, yo expectador; caías en la escena, yo silbaba. Cuando eras gobernante, favorecías a los enemigos, y yo trabajaba por la patria; y para abreviar el paralelo, hoy mismo que quieres disputarme una corona, somos juzgados, yo irreprochable y tú calumniador!»

Lee la inscripción que Atenas grabó sobre la tumba de sus mártires y exclama con el acento de un profeta: «Lo oyes? Sólo a los dioses inmortales pertenece el no equivocarse nunca, y sólo ellos disponen de la fortuna.»

Y termina la magistral arenga, proclamando así las cualidades del buen ciudadano: «En el ejercicio del poder una firmeza inquebrantable para mantener el honor y la supremacía de la República, y en todo caso, y para todos los actos públicos, desinterés y patriotismo.»

***

Concluida la polémica, la mayoría de aquel inmenso tribunal democrático absuelve entusiasmado a Ctesifonte, y coloca la disputada corona de oro sobre las sienes del vencedor. Esquines se retira a Efeso y más tarde emprende hacia Rodas el camino del destierro. Ahí entonces de la hidalguía ateniense! Demóstenes le ofrece parte de su fortuna; el tribuno proscrito abre una escuela de elocuencia; lee primero sus discursos contra el león de Agora y los discípulos se maravillan de que haya sido vencido, pero declama después el de su rival, y todos se quedan pasmados de admiración. Entonces el maestro, en un noble arranque de justicia, y sobreponiéndose al natural sentimiento de su derrota: «Qué sería si hubiéseis oído rugir a la misma fiera?»

LA INUNDACION DE CARTAGO

27 de Octubre de 1891

I.—El Río.—Reseñar con calma y detalladamente, no le es posible a quien tiene aún el pánico dentro del cuerpo. Adquirir pormenores es más difícil todavía, porque todo el mundo pide auxilio y nadie está para referir episodios en estos momentos.

Por segunda vez en este siglo se ha desbordado el río Reventado, y ha hecho estragos que no guardan comparación, por lo desastrosos y violentos, con los que causara por la misma fecha unos veintiocho o treinta años atrás.

El Reventado, como es sabido, tiene su origen al Norte de Cartago, en una laguna vecina a los cráteres del Irazú y a una considerable altura sobre el nivel del mar. Desciende con violencia vertiginosa desde la cima hasta el valle, por amplio cauce de piedras. En verano está casi seco y ha sido necesario que las autoridades exijan la replantación de bosques en todas las márgenes del río, para evitar la sequía, que se ha venido experimentando de varios años a esta parte. La Municipalidad se ha visto en grandes aprietos para proveer a esta ciudad de suficiente y buena agua potable.

Hasta el día no se ha logrado resolver el problema por más que esté planteado, y no sabemos hasta cuándo seguirá el mal.[1]

El río baja por la parte Noroeste de Cartago; al llegar al valle pasa al Occidente por el barrio de Taras, próximamente a dos kilómetros del centro de la ciudad; riega todas las planicies de Arenilla y Tejar, donde recoge otros afluentes, y luego toma el rumbo de Occidente a Oriente, casi paralelo a la cordillera del Sur, hasta cruzar el Aguacaliente en una profunda bajura.

II.—Causas probables.—Desde el día del célebre cordonazo de San Francisco, octubre siempre ha sido temible para esta población. Riachuelos insignificantes salen de madre y no respetan *vidas ni haciendas.* En cuanto a puentes, ya ha sucedido que muchos que tenían visos de resistencia han sido arrastrados como los juguetes de cartón que tiran los niños a un desagüe. Se ha observado en otra ocasión que, a causa de lo recio de los aguaceros, se reblandecen masas enormes de tierra, que cierran el paso temporalmente a los ríos, y entonces, cuando éstos saltan el primer dique, ya nada respetan. Legos como somos en el asunto, no queremos anteponer

[1] Tan útil mejora se ha realizado ya desde hace algunos años, aprovechando la magnífica agua del manantial de Arriaz, cerca de Quircot, a unos cuatro kilómetros al N. O. de la ciudad.

nuestra opinión al dictamen científico que vendrá después, pero presumimos que la causa que dejamos relacionada, en conexión talvez con algún fenómeno volcánico, debe haber producido la terrible inundación de que hemos sido víctimas desde la madrugada del 27 del corriente. Las lluvias han sido extraordinarias, pero en los tres días que precedieron a la inundación, fueron verdaderamente torrenciales y continuas. Desde la tarde del domingo 25, multitud de familias del barrio Aguacaliente, habían tenido que abandonar sus casas y trasladarse a otros lugares que ofrecieran alguna seguridad. El peligro amenazaba con anticipación.

III. — La inundación. — Por cinco días consecutivos no se le había vuelto a ver la cara al sol, el cielo estaba de plomo y el horizonte oscuro como conciencia de criminal. Las gentes vecinas al Reventado pasaron la noche en vela, viendo crecer y crecer aquel río enfurecido; a las 5 a. m. del 27, emprendieron la fuga, pues el enemigo había inundado multitud de casas.

A la hora en que los gallos cantan para lanzarse a tierra y hacer fiesta a cada hembra que baja del gallinero, toda la población estaba en pie. La noticia del desbordamiento había cundido por toda la ciudad, y tropeles de gente corrían desaforadamente a ver lo que ocurría en El Molino, brazo del Reventado, que corta la ciudad de N. a S., como a 400 metros al O. del templo de San Nicolás, y al propio tiempo, turbas pálidas y desencajadas, de hombres, mujeres y niños, con lo primero que pudieron haber a mano, huían en dirección opuesta, en busca de los lugares altos del centro. Pocos momentos después el agua principiaba a salir por tres calles transversales al E. de El Molino, que es el límite de la ciudad. El pánico subió de punto. El ruido hacia el Noroeste era aterrador. Los hombres de experiencia comprendieron que el Reventado había variado de cauce, que se había echado desde la altura sobre El Molino y sobre los canales antiguos, y que la inundación de media ciudad era inevitable. En seguida no más, el insignificante riachuelo se había transformado en embravecido torrente de lodo, que llenaba las casas vecinas hasta dos metros de altura. Luchando con las piedras y palos de la onda arrasadora se lanzaban hombres atrevidos al peligro, a pie y a caballo, y tornaban con las víctimas sobre los hombros, sobre el anca de las cabalgaduras, como podían, hasta dejarlas en salvo. Aquel heroico trabajo de salvamento se prolongó desde el amanecer hasta horas altas de la tarde. La inundación avanzaba en cada oleada más hacia el interior, y a las 8 a. m. todas las calles transversales, desde San Nicolás hasta el Cementerio, vomitaban sobre la altiva ciudad promontorios de sedimentos fangosos, piedras, troncos de árboles y basuras, todo confundido en una espesa masa, color de chocolate. En la manzana frente al Hospicio de Huérfanos en construcción, el río

entró por los solares de atrás, lo que dió tiempo a los vecinos para huir, y de un solo golpe echó abajo todas las puertas y ventanas del lado de la calle real, formando así estrepitosas cascadas, por donde salían todos los muebles y objetos caseros, confundidos con los despojos arrastrados desde la selva.

La casa esquinera de don Domingo Troyo, bajo la cual pasaba El Molino, se convirtió en una especie de caño, que fué derrumbándose poco a poco, hasta que por fin fué arrastrada con todos sus muebles y herramientas. Sobre los poyos de calicanto que había en la calle, se hacinaron algunos trastos y enseres, que permanecieron allí algunos días, formando como un islote en medio de la corriente.

Algunas calles se tornaron zanjones profundos en pocas horas, y donde fué posible, se ataron fuertes cables a los postes de la luz eléctrica, para auxiliar a las cuadrillas de voluntarios artesanos, que se estaban sacrificando por amparar a los desgraciados. Muchos jinetes se aproximaban hasta los lugares más peligrosos, arrebataban un lío de ropas, un niño o una mujer, y regresaban jadeantes y maltrechos a los lugares indemnes.

A las 10 a. m. sólo se distinguía en la calle real una faja de agua de más de un kilómetro de longitud, interrumpido a trechos por torrentes que saltaban de las ventanas del lado Norte, por los borbotones de las bocacalles y por la heterogénea aglomeración de objetos flotantes. En todas las casas de la mitad occidental se hacían preparativos en las cercas de piedra, en las paredes y en los portones para atenuar el ímpetu de las aguas; los hombres echaban abajo puertas y ventanas, de un lado; reforzaban de otros y abrían desagües; las mujeres alistaban maletas y provisiones y huían como locas, sin rumbo fijo. A la casa de mis padres, que estaba defendida en la parte Norte por empedrados antiguos y estacadas de poró y que por lo mismo pudo salvarse del desastre, acudieron todos los vecinos, y allí se refugiaron más de treinta personas.

La lluvia, entretanto, no disminuía, y a cada momento la amenaza parecía mayor, pues el ruido producido por las grandes piedras que venían rodando desde la altura, era imponente: todos los vidrios retemblaban como si pasase un pesado tren a corta distancia.

. . . .

IV.—Daños más notables.—La precipitación con que han sido tomadas estas notas sobre el teatro mismo de los acontecimientos, y el deseo de darles inmediata publicidad, para saciar la sed de noticias verídicas, que se siente fuera de aquí, han reagravado nuestra habitual incorrección. No importa; ni estamos para literaturas, ni disponemos de tiempo suficiente para fijarnos en remilgos gramaticales, ni en escrúpulos de preceptistas. Abrase campo la verdad, en forma elevada o ramplona, y con ello nos daremos por satisfechos.

Para terminar la presente relación nos podrían haber servido de mucho los datos oficiales, pero los publicados hasta aquí son tan deficientes o confusos que no presentan mayor luz a nuestro intento. Con seguridad se sabe la muerte de Josefa Castillo, en el Reventado, y la de tres niños, cuyos nombres no hemos podido obtener, hijos de Mariano Ramírez, en el Paso Ancho. Se habla de otras víctimas en el Purires y en el Agua Caliente, pero lo que no sepan con certeza las autoridades menos lo sabremos nosotros.

Todas las aguas que nacen a uno y otro lado de la cadena volcánica, desde Avance, Felipe Diaz y Las Huacas, hasta más allá de Turrialba, se desbordaron simultáneamente, debido al recio y prolongado temporal: hacia el lado Sur salieron de madre los ríos Avance, Tiribí, Taras, Quircot, *Reventado,* Toyogres, Páez, Birrís y Turrialba; y hacia las llanuras de Santa Clara, el Toro Amarillo y el Sucio, que se vino devorándole las entrañas a esa mole enorme, sobre la cual se yerguen amenazantes dos enemigos constantes de nuestra tranquilidad: el Irazú y el Turrialba. Interesaría demasiado incluir aquí, para una explicación satisfactoria del fenómeno, la opinión de los técnicos, pero hasta la hora sólo hemos visto telegramas oscuros y ambiguos y disputas entre gentes que ni siquiera conocen la región azotada. Ocasión sería ésta para que se nos dijera, con un estudio concienzudo, si la pequeña laguna del Reventado ofrece algún peligro, o si el nacimiento del río Sucio está a mayor o menor altura que el valle de Cartago. Pero nada de esto sabemos. Como consecuencia de los desbordamientos los caminos rurales y puentes de madera han sufrido bastante dejando aisladas muchas propiedades particulares.

Pasadas las impresiones del primer día, hecho el recuento de familiares, amigos y conocidos, y cuando ya hubo medio, no del todo exento de peligros, de explorar detenidamente la región inundada, millares de personas de todo el país, atónitas unas, en contemplación de sus casas, en cuyo interior el banco de materias arrastradas subía hasta dos metros, y desconcertadas las otras al palpar tanta miseria y tan horrorosos efectos de la inundación, hormigueaban desde las alturas donde estuvo la planta eléctrica en el barrio del Carmen, hasta el extremo opuesto en los Baños Termales o de Bella Vista.

Descorrido el velo de espesa niebla que por varios días ocultó la cima volcánica, mostró ésta nuevos barrancos formados por el temporal. Donde hubo seculares bosques, derrumbes altísimos; donde hubo rehoyas ricas y pintorescas, eminencias de piedra, conglomerados y arenón; donde la mano del agricultor plantó huertos, sembró milpas y cultivó patatales, que eran otras tantas promesas de oro y de bienestar, soberbias capas de detritus; extensas cañadas y potreros planos destinados a la cría y engorde de ganados, convertidos en playones estériles llenos de leña y guijarros; donde había callejuelas estrechas y tortuosas, grandes terraplenes al nivel de los viejos y

característicos empedrados; donde había caminillos de a pie o de a caballo, hondos surcos y en general donde hubo mucha actividad y alegría, paralización y abatimiento. Y gracias a que la onda exterminadora poco antes de llegar al asiento de la ciudad, se compartió en un potrero medio inclinado y siguió un poco debilitada por aquellas depresiones más profundas que presenta el terreno de Norte a Sur, y por donde es probable que hayan discurrido muchas inundaciones precolombinas. En propiedades de doña Dolores v. de Troyo, y de Manuel Vega, se formaron grandes presas de árboles y voluminosas piedras, que desviaron las aguas hacia los suburbios del arrabal, en donde quedan 46 casas falseadas y 8 totalmente destruidas. Manuel Sanabria, José María Alvarado, José Eleuterio Vega, Ignacio Fuentes, Vidal González, Rosa Solano, José M.ª Núñez y Rafael Montenegro, en el primer distrito invadido, han sido de los más perjudicados, sin contar con la completa destrucción de la estación eléctrica, valorada en unos veinte mil pesos.

En el barrio de Taras hay cerca de 60 habitaciones damnificadas, aterradas unas hasta la altura de un metro, desquiciadas otras y en estado de ruina las demás. En la esquina de El Molino fué barrida toda la parte de casa donde estaba el taller de zapatería de don Domingo Troyo. Sufrieron también graves daños las propiedades de Lorenzo Lázcares, Blas Aguilar, José María Quirós, Miguel Aguilar, Patricio Quesada, Juan Bonilla Alfaro, Guadalupe Marín y los talleres de Müller y de Juan Bonilla. En cambio, muchos potreros de gente acomodada por lo general, quedaron cubiertos totalmente de leña, valorada en algunos miles de pesos.

Lo más visible del desastre está en el distrito 2.º de esta ciudad, donde quedan más de 63 casas inhabitables, muchas de ellas minadas por los embates de las grandes piedras, y otras rodeadas de grandes bancos de arena, cuya remoción sería larga y dispendiosa. No obstante el monto crecido de las pérdidas, el referido distrito ha sido el más socorrido con toda clase de recursos destinados a las víctimas.

El Mercado y la estación contigua de Tranvías, el beneficio de Piza, y los inmuebles de José María Castillo, Ramón Rojas Vel, Juan Calderón, Paulino Pérez, Celestino Jiménez, María Bejarano, Rosalía Salazar, Juana Paula de Ortega, y todas las casas situadas entre el Ojo de Agua del Patal y el Molino, presentan desperfectos de importancia. No incluimos aquí la desaparición de muebles, establecimientos comerciales y objetos de valor, arrastrados por el agua porque sería no terminar.

En los barrios de Arenilla y Tejar, situados hacia el centro de la altiplanicie, la ruina fué relativamente pequeña, porque las aguas se explayaron en una gran extensión; perdiendo así toda la violencia del empuje. No así en el barrio de Aguacaliente, pobre, diseminado

abatido desde tiempos lejanos por las enfermedades, y expuesto a ser aniquilado por la aglomeración de materiales que hacia allí convergen, llevados por las aguas de todo el valle de Cartago. Es aquél un barrio digno de verdadera lástima y de entera protección, pues carece hasta de buenos terrenos para la agricultura. Hay allí numerosas familias sin hogar y sin recursos de ningún género. Multitud de vecinos de aquellas localidades pasaron la noche del 27 sobre las ramas de los árboles, viendo desfilar aquella infernal procesión de cuerpos heterogéneos y turbulentos.

Aunque no se ha hecho todavía un cálculo minucioso, personas entendidas y peritas opinan que el monto de las pérdidas no baja de $ 300,000.

PIO VIQUEZ

Cronológicamente es nuestro primer poeta lírico.

Nació en la ciudad de Cartago en 1850 y murió en plena cosecha intelectual, en 1899.

Su vida fué una inquietud constante: maestro de escuela, profesor, catedrático, diplomático, poeta, periodista. Pero en lo que descolló verdaderamente fué en el periodismo: su diario *El Heraldo* que vivió bajo su talento más de diez años, representa una época en la cultura costarricense. El periodista apaga casi al poeta; sin embargo, son bellas algunas de sus poesías tales como *El Apache*, *La Camelia* y la célebre *Torcaz*.

Pudo haber dado mejor fruto su noble talento; pero la inquietud de su espíritu, lo azaroso de su vida y su muerte temprana, nos han privado tal vez de una sonora floración lírica.

Era Pío Víquez de los románticos a la manera del siglo pasado. Influido por Musset, Zorilla y Espronceda, tenía, sin embargo, su expresión propia y cierta distinción moderna.

Sus trabajos fueron recogidos en 1903 por disposición de la administración Esquivel y llevaron a cabo tal labor don Rafael Machado Jáuregui y el Lic. don Tobías Zúñiga Montúfar.

Así tenemos hoy *Miscelénea*, libro voluminoso que contiene las prosas y los versos del poeta y periodista tan recordado.

«EL HERALDO» ESTÁ TRISTE HASTA LA MUERTE

Con mucha razón se queja fúnebremente la hoja que, por desgracia, nos dimos a publicar desde ha cerca de nueve o diez años. La mayor inconsecuencia de las grandes y pequeñas empresas comerciales, y el indiferentismo glacial del público, esos los arrayanes son y las hojas de apio y de laurel de Dafne o Apolíneo con que se le tejen coronas en premio de su afán. Es cosa muy triste y muy aburrida, y más que todo, aburrada, esto de meterse periodista, que es lo mismo que decir: a sacar del brasero las castañas ajenas en el mal aconsejado país de Centro América.

***

El Heraldo seguirá, tal vez, pero su viejo propietario está resuelto a que no se le vea más en esta arena, que no es candente sino arena del desierto, cuya anchura solitaria aflige, enferma el corazón, envenena el hígado, corta el aliento, asfixia, traga y pone sello de olvido sobre el mísero muerto. El fundador y propietario actual de *El Heraldo* está para tomar las de Villadiego, o para poner pies en polvorosa, y escapar, así el cuerpo como el alma, de ese encono injusto con que los hombres de posición imaginan que deben ver y castigar la pequeña oposición común y merecida que les suele hacer, de tarde en tarde, alguna pluma desocupada y no tan harta de buen humor como llagada de fastidio y de odio a las quisicosas políticas.

***

Se va el propietario, abandona la empresa. . .

Es preciso respirar siquiera por Pascua, aunque no sea florida, porque si nó se corre el peligro de que las válvulas se aflojen y abran cuando menos se piense en ello. La dispepsia es un demonio que ojalá fuese reducido a sus antiguos antros del infierno; y ese ¡vade retro, Satanás! que tanto aflige a los que no beben vino, ni comen palabras en salsa, se insolenta más y más contra quienes a diario se ven forzados a tragarse el mal genio de los gobernadores, la bilis de los médicos de higiene, las cóleras de los jefes políticos, los despechos de los contratantes con el Estado, las iras negras de los vanidosos, las donosas indigestiones de las municipalidades, de los ayuntamientos y de los capítulos, los anatemas de los curas, los sortilegios de los sacristanes y los palos de escoba de las brujas Cuando un pobre escritor de buena fe, que todo lo hace con la boca abierta de pura inocencia, se ve en el caso de mascar y engullir esa

carne más que manida de la vanidad toreada, de la majadería babosa y del engreimiento absurdo, entonces, figúrate amigo lector, cómo se le pondrá la panza al pobre prójimo que sólo aspira a que perezca el desbarajuste, a que se hunda la maldad, a que surja la vergüenza, a que se tenga idea clara de la política, a que no se confunda el oro con la margaja, a que el pundonor se corone y la justicia barra el tablado de la representación.

***

Los países pequeños, y sobre todo, cuando apenas están en el crepúsculo de la civilización, suelen andar con susceptibilidades que desconciertan al más decidido a no poner mientes en niñerías. Y todo depende, quizá, de lo poco que los pueblos chiquillos hacen por conocer el mundo grande, porque en su pequeñez se imaginan que su porte de gallo enano no cede ni ceja ante el más zancón, crestudo, plumado y fuerte de las aves de corral; porque una de las primeras condiciones de los chicos es considerarse grandes; de los tontos, considerarse discretos; de los pollinos, considerarse caballos; de los politicastros, considerarse Meterniches; de los monigotes, considerarse curas de almas; de los campaneros, considerarse maestros de orquesta; de los pelagatos, considerarse barberos de la corona; de los bodegueros, considerarse socios de la casa; de los archiveros, considerarse ministros de Estado; de los malos escribientes, considerarse buenos escritores; de los porteros, considerarse señores de la oficina; del herrero, considerarse mecánico; del mecánico, considerarse ingeniero constructor; del rábula, considerarse abogado; del curandero, considerarse médico; y del zampatortas, considerarse zampalimones, etc., etc. De modo que en las villas, aunque lleven el nombre de ciudades, o en los caseríos, aunque se apelliden poblaciones, hay abundancia de pequeños grandes y de majaderos graves; allí es donde no se tiene conocimiento del oro, ni del diamante, ni de la perla; pero allí es donde cualquier pelota jalde, cualquier cuenta de rosario y cualquier lágrima de San Pedro, es oro, es brillante, es perla. Por eso abundan las presunciones, las soberbias locas, y con todo esto falta de paciencia y de tolerancia. Allí encontrará usted las epidermis más delicadas y los amores propios más sensibles.

***

Lo mejor es abandonar el campo y no verles más la cara a las ventoleras. ¿Qué sirve aquí el periódico? Si el periodista no se resuelve a adular incondicionalmente, no sacará su tripa de mal año, ni tendrá seguras sus quijadas, ni libres de un acaecimiento sus costillas; y eso suponiendo que sólo se le trate a puño y palo limpio, porque también es cierto que algunos salvajes suelen apelar a la

pistola y al acero, o bien al juzgado del crimen, que viene a ser cosa parecida. El periodista que habla con ánimo de ser honrado y llama al pan pan y al vino vino, ese periodista no medra sino que enflaquece. Vamos, que ya ni los jueces de paz quieren sufrir que se les diga; hay que dejarles libremente por donde les parece camino más llano. Aquí todo el mundo se indigna. Decirle al Gobernador que en tal parte debe poner los ojos, porque aquello anda mal, es lo mismo que pedirle que nos vea de soslayo y nos aplique, por lo menos, un rodillazo al primer encuentro. Y a un diputado, ¿quién se le encara? ¿Y quéin provoca la cólera de un juez? Ni la higiene soporta que se le llame la atención sobre las ratas que ruedan por las calles sirviendo a los zopilotes de merienda de negros. Y *El Heraldo* recuerda que el otro día un maestrito de aldea le puso las peras a cuarto, porque se atrevió a publicar un suelto en que alguien decía que los exámenes no correspondieron a las experanzas que se tenían.

***

Todos esos efectos repugnantes tienen su origen en lo muy poco que aquí se conoce lo que pasa fuera. En toda Europa, sin excluir a Rusia y menos a España (no contamos a Turquía), la prensa tiene libertad amplia, un pulmón enorme para respirar. Difícilmente se encocoran allá los hombres públicos; y los periódicos, cualquiera que sea el color que los distingue, pueden decir que desde la princesa altiva hasta la que pesca en ruin barca, etc. . . , es decir, que desde el rey hasta el alguacil, todos pasan por su criba. Allí nadie se enoja; es muy raro que alguien se encienda por frases de periódico. Si el periodista censura con razón, el censurado escucha y se corrige; y si el periodista se equivoca o miente, el aludido se ríe y deja pasar, o abandona la causa al fallo social. Durante la guerra hispano-americana, ¿qué cosas no le dijeron los periódicos al Gobierno español? Y la caricatura, y la persecución de la prensa alemana, ¿cuándo dejan en paz al Emperador y los más eminentes políticos que le secundan? ¿Y dónde están el epigrama y la invectiva que no le asesta el periodismo a los hombres de Estado en Francia? De la libertad de la prensa americana no hay para qué hablar. Somos nosotros, los pequeños, los vanidosos e intolerantes, que de todo nos escaldamos.

¡Mejor es irnos! ¡Adiós!

LA TORCAZ

Por qué tan triste, torcaz,
Te lamentas cabe al nido,
Y con acento sentido
Hondo un ¡ay! al viento das?
Triste el ala
Batir con ansias te miro,
Y del aura que resbala
El ramaje estremeciendo,
En las alas va creciendo
Tu gemebundo suspiro.

En tus ojos no dirás
Por qué la inquietud asoma?
¿Por qué suspiras, paloma?
¿Por qué estás triste, torcaz?
¡Ay! . . . ven. . . deja
Del triste sauce la cumbre,
Y a la mía une tu queja.
Esta es del llanto la hora. . . !
Ven, torcaz, conmigo, llora
Del crepúsculo a la lumbre.

Esta es la hora del profundo
Sentir secreto del alma,
Que, perdida ya su calma,
Ancho desierto halla el mundo.
Hora cruel
En que todo triste está. . . !
En que es todo amarga hiel
Para el que gime angustiado,
Recuerdo del bien pasado,
Del bien que no volverá!

Aquella nube encendida
Que se mueve en lontananza
Me parece una esperanza
Una esperanza perdida. . . !
Y el dorado
Lampo que lejos se ve
Sobre el cerro levantado,
Me parece en mi dolor
El trémulo resplandor
De la ilusión que se fué!

Torcaz, tus notas sentidas
Suspende; el céfiro llega
Y el ala trémula pliega
Sobre las flores dormidas.
No el reposo
Interrumpamos, paloma,
Con nuestro triste sollozo:
De la luz la blanca huella
Allá muy lejos destella
Apenas sobrè la loma!

Yo también silencio pido.
De silencio funerario
A este bosque solitario
En pos, tarcaz, he venido.
Gemebundo,
La algazara de la vida,
Vengo huyendo; que en el mundo
No se aviene el altanero
Espíritu placentero
Con el alma dolorida.

El retiro es mi contento,
Porque en el mundo falaz
¡Son antípodas, torcaz,
La risa y el sentimiento!
Aquí nada
Burla el dolor y el quebranto
Del alma desconsolada;
Se llora con libertad,
Pues fué hecha la soledad
Para suspiros y llantos.

De las hojas el murmullo
Sólo suena, interrumpido
A veces por tu gemido
Y melancólico arrullo.
¡Ay! . . . tú sola
En mi pena me acompañas!
Del dolor la férvida ola
A ti te abate también. . . !
Paloma, dime, por quién. . . ?
¿Has amado? ¿No me engañas?

¡Pobre torcaz! . . . como yo
Gimes con pena punzante:
Acaso traidor amante
Tu existencia acibaró!
Ven, paloma,
Si tu ilusión, cual la mía,
Es triste flor sin aroma
Que el vendaval ya deshoja,
Tú calmarás mi congoja,
Yo calmaré tu agonía.

Al pie del sauce doliente,
En cuya cima te apenas,
Sobre menudas arenas
Tranquila corre una fuente.
En su orilla
Los dos, si acaso lo quieres,
Tú me dirás, avecilla,
Al son de las linfas suaves,
Si engañan tanto las aves
Como engañan las mujeres!

Oculta aquí entre las flores
Frescas que bordan la vega,
A contarme presto llega
La historia de tus amores.
Sí, torcaz,
Deja el sombrío ramaje
Y esa historia, me dirás,
Yo entiendo tu idioma bien,
Pues de amor en el Edén
Me enseñaron tu lenguaje.

Yo también evocaré
Del pasado la memoria,
Y de amores otra historia
Harto triste te diré. . .
¡Ay! qué triste
Es pensar en lo pasado,
En el bien que ya no existe,
Cuando muerta la esperanza
Sólo se ve en lontananza
Un porvenir angustiado. . . !

Ven, pues, y posa en mi seno,
No temas posarte en él,
Que de amor mentido y cruel
Está por dentro el veneno.
Compañera
Dulce serás de mi vida,
En tanto que el cielo quiera
Que, al llanto de nuestros ojos,
Se quemen, ¡ay! los despojos
De nuestra ilusión perdida!

De mis amores perdidos,
Amores que me inspiraron
Los rayos que me alcanzaron
De aquellos ojos dormidos.
Sólo un triste
Recuerdo amargo me queda,
Que de luto el alma viste.
¡Ay! paloma. . . qué martirio
Recordar que fué un delirio
Toda mi esperanza leda. . . !

Mas la noche se adelanta:
A la luz ya cierra el paso,
Y del oriente al ocaso
Su cortinaje levanta.
Pavorosa
El alta cima envolviendo
Va en su sombra misteriosa.
Quédate, ¡adiós! . . . tu gemido
No suspendas. ¡Ay! herido
Yo también me voy gimiendo!

SEGUNDA GENERACION

(NACIERON HACIA 1875)

JULIO ACOSTA

Aunque no se ha dedicado plenamente a las letras, es un escritor pulcro, y, más que todo, un orador, de imaginación pronta y de palabra fácil.

Nació Julio Acosta García en la ciudad de San Ramón, en 1872. Hizo sus estudios de enseñanza secundaria en el Instituto Universitario de esta capital, que dirigió don Juan Fernández Ferraz, y en el Colegio de San Luis Gonzaga de Cartago, dirigido entonces por el doctor don Tomás Manuel Muñoz. Entre los condiscípulos del señor Acosta vale mencionar a algunos que en distintas ocasiones han prestado servicios a la República: Dr. don Claudio Volio Jiménez, Lic. don Luis Anderson, Lic. don Carlos María Jiménez, Lic. don Carlos Brenes, Lic. don Alejandro Alvarado Quirós, don Aquiles Acosta, Lic. don Ernesto Martin y otros.

Resultó electo diputado al Congreso Nacional, para el cuatrenio de 1902 a 1906. El Lic. don Cleto González Víquez le nombró Gobernador de la Provincia de Alajuela y luego, en 1907, Cónsul General en El Salvador, siendo ascendido después a Encargado de Negocios de Costa Rica en aquella República, donde contrajo matrimonio en 1910 con la señorita Elena Gallegos. El Lic. don Ricardo Jiménez lo elevó a Ministro Residente y en 1915 el Licenciado don Alfredo González Flores lo llamó al país para confiarle la Cartera de Relaciones Exteriores. A fines del mismo año fué a las otras Repúblicas del Istmo con el carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, y de paso, asistió al Segundo Congreso Científico Panamericano que en aquella fecha se celebraba en Wáshington, invitado por el entonces Secretario de Estado de los Estados Unidos, señor Roberto Lansing.

Caído, junto con el señor González Flores, por el golpe de Estado del 27 de Enero de 1917, se fué a El Salvador, para volver a Costa Rica en 1919 al frente de los patriotas del Sapoá. Luego se hizo cargo de la Primera Magistratura de la República, después de una votación libérrima y casi unánime, el 8 de Mayo de 1920 y en un momento trascendental en nuestra historia, cuando era preciso armonizar, como él lo hizo, la familia costarricense.

VETO

DE LA LEY QUE CONCEDE RECOMPENSAS PECUNIARIAS A LOS REVOLUCIONARIOS

Congreso Constitucional:

Es seguro que durante todo mi período de gobierno no se me presentará un conflicto igual al que surgió en mi espíritu ante la lectura del artículo 3.º de vuestro decreto número 16; porque ese artículo recompensa a los costarricenses que pusieron su esfuerzo al servicio de la libertad, muchos de ellos compañeros míos muy queridos, y yo, con estos reparos, parece que quisiera arrebatarles esa recompensa. Y no es así; que mi deseo más vehemente es transmutar el oro que deslumbra los ojos de la carne, en el otro que resplandece con todos los fulgores del espíritu, derramado éste a manos llenas por el noble pueblo costarricense, sobre la frente de los peregrinos de la frontera, en la apoteosis del 13 de septiembre del año próximo pasado. Todavía contemplan mis ojos las lágrimas de las mujeres, la alegría delirante de los niños, la emoción desbordada de las multitudes, nunca en otra ocasión tan manifiesta, al recibir a sus soldados predilectos; y no puedo, no debo consentir, mientras ello esté en mi mano, que aquello, que es vida eterna, como el agua que el Galileo ofrecía a la pecadora, se convierta en ésto, que es miseria humana, perecedera y triste. Y no por mí precisamente, sino por esos hermanos míos, que en la serena fraternidad de las almas, plenos de ensueños caballerescos, lo ofrendaban todo, con sinceridad encantadora, al culto de la patria.

Lo que allá en la frontera ensanchaba el corazón, era el espectáculo de esos buenos ciudadanos que en medio de las privaciones sólo hablaban de sacrificios sin premio. La altiva silueta de don Alonso Quijano, que es la genuina bandera de la raza, vagaba por

los campamentos y fija en ella la mirada suscribimos en Peña Blanca el Manifiesto de agosto de 1919, cuyo último párrafo dice así: «El Comité de la Revolución estará listo para deponer sus armas en el caso de que al pueblo costarricense se le devuelvan sus libertades y el imperio de su régimen constitucional, para lo cual hace un urgente llamamiento al amor patrio de todos sus connacionales. Así se consideraría satisfecho de haber contribuido desinteresadamente, como lo ha hecho, a la reorganización nacional, sin rebajar el mérito de su obra con indignas esperanzas de recompensas personales como premio de sus luchas en beneficio de la patria. El Comité tiene una sola aspiración: el restablecimiento, sobre bases decorosas y legales, de la libertad y del orden constitucional en la República.»

Tenemos paz, libertad y orden constitucional, todo sin tasa. Ha concluido, pues, nuestra misión. Y no pueden haber cambiado los sentimientos de los revolucionarios; antes al contrario, creo interpretarlos bien al poner hoy mi veto a esa disposición legislativa, en cuanto se refiere al artículo 3.º

Podría argüirse que la erogación es pequeña; pero de aprobarla, ella no sería más que el comienzo de una serie inacabable de reclamos. Es decir, que se fomentaría cierta especie de mercantilismo nacional y desaparecería el alma de la patria, que es la razón de su existencia, para no dejar más que un montón de ruinas, en las que sólo se verían florecer el egoísmo, el desaliento y el frío. «¡Cuántas almas inmensas satisfizo un ramo de roble y de laurel, que con toda la riqueza de Roma, dejándola empeñada, no quedaran ricas ni contentas! Tuvo aquel Senado crédito hasta que por las coronas y señales y flores dió paso a los ociosos; y hallóse fallido luego que empezó a llenar bolsas y dejó de coronar sienes.» Así dice el autor de la «Vida de Marco Bruto.»

Y no creáis que es la erogación en sí, por vosotros lealmente decretada, lo que me asusta. Nada en realidad valen los millones, que hoy son y mañana nó, con ser que somos pobres, tan pobres que nuestra exigua población de 500,000 habitantes se ahoga bajo el peso de una deuda que puede pasar de setenta millones en moneda nacional; consideración que pudo bastar para poner coto a esas larguezas. Nada valen los millones, la añagaza del demonio, con ser que los empleados de la República están mezquinamente retribuidos en esta época de escasez y carestía, y a pesar de que hay centenares de obras que reclaman con urgencia el interés nacional. No me importan los millones que no tenemos y que vamos a obtener aumentando el precio del veneno que mata lentamente a nuestro pueblo, alejando así la supresión de la Fábrica Nacional de Licores y estimulando más la impiadosa avidez del contrabandista. No me importan los dineros que jamás acopiaremos alzando las tarifas de salsas y de frutas y de te, regalo de unos pocos, dineros ilusorios

que dejarán de figurar del todo en las entradas fiscales, ni elevando el precio del champaña que hoy nadie lo bebe en Costa Rica. Es mi deber imperativo de hombre, de costarricense y de gobernante, lo que en esta guisa me hace comparecer ante vosotros.

A las mujeres, que unas veces lloraron y sufrieron, y otras veces con indomable entereza las vimos desafiar a los tiranos, obedeciendo impulsos ardientes de sus almas, ¿vamos a revelarles que eso puede convertirse en fuente de proventos, para así extinguir la llama pura que las encendió, y que ha de encenderlas otras veces, siempre que la patria reclame su auxilio generoso y eficaz? Ellas permanecen silenciosas, mudas, como la heroica y huraña Juana de Arco, que no recibió dinero, y a quien ensalza hoy el clamor del mundo y la viste con ropajes de excelsa santidad.

Arrebatados por fuerzas interiores y hecho ascua el corazón, los adolescentes de los liceos y los niños de las escuelas lanzaron su grito de protesta. ¿Vamos a enseñarles a ellos que eso, que es espíritu, se puede pagar con lo otro, que es materia? Las cosas del espíritu sólo se pueden pagar con cosas del espíritu; porque si no fuera así, se apagaría el fulgor de lo único que engrandece al hombre; y en los tiempos actuales, si no hay en un pueblo ese soplo de lo alto, desaparece su razón de ser.

En Roma ponían hojas de laurel en la frente de sus héroes, cuando volvían, hirsutos y fieros, del fondo de los bosques de Galia y de Germania. Los capitanes franceses de la última epopeya recibieron por todo premio el bastón de Mariscal, y éste no lo cambian ni por todas las minas del Perú.

Guinemer, el as de los ases, se perdió en las inmensidades de los cielos, como dice Lavedan, llevando por alas sus medallas. Si hubiera recibido oro, el peso de éste le hubiera impedido volar.

El Padre Valenciano, que parece por su austeridad un Juan Bautista, severo y hosco, dice, como un romano, que la patria nada le debe en efectivo.

Un grupo de revolucionarios, que parecen inspirados en textos de la antigüedad, han renunciado de antemano a todo beneficio pecuniario.

Cuando el poeta de Nicaragua, montado en Pegaso, escribía la Marcha Triunfal, no oía el retintín del oro, sino las trompas sonoras de la Fama; no veía monedas, sino flores.

Yo he llamado a mis soldados a servir ahora en los puestos de la República. Ellos, con excepción de unos pocos, que ya los tendré a mi lado, colaboran con su jefe. Yo he puesto en sus manos honradas las armas de la nación. Yo descanso en ellos. Yo me apoyo en ellos. Ellos son mi escudo y el escudo de la patria.

¿Hubo gloria en la actitud asumida por los que se enfrentaron al déspota? Entonces no hay paga en dinero.

¿Hubo paga? Entonces no hay gloria; que no se puede servir a dos señores.

Si hay paga, ¿quién ofrenda su vida? Lo único que invita a la muerte es el Ideal. Si éste huye, sólo se oye el masticar de las mandíbulas de Sancho. Y entre ese ruido misérrimo no se pueden alzar los pilares de la patria.

Yo aspiro a que la gloria del deber cumplido orle para siempre la frente de mis compañeros y resplandezca en las nativas páginas para que de su luz surja, noble, vigorosa y fuerte, la patria del porvenir.

DISCURSO

LEÍDO EN LA INAUGURACION DEL MONUMENTO DEDICADO A LA MEMORIA DE DON JUAN MORA FERNÁNDEZ EL 15 DE SETIEMBRE DE 1921.

Al cabo de cien años vuelve a presentarse a nuestros ojos la figura amable y prestigiosa de don Juan Mora Fernández, Primer Jefe del Estado de Costa Rica, como si la voluntad nacional le hubiese mandado levantarse del sepulcro para poder contemplar otra vez sus rasgos de patricio, que fueron tan familiares y queridos a la generación en que él ejerció con gran sabiduría sus altas y patrióticas funciones.

Al cabo de cien años lo vemos otra vez erguido y altivo, como enfrentándose al porvenir, y mostrando en la serenidad de su semblante la convicción de que esa patria, que en acatamiento a sus virtudes lo eligió su primer mandatario, avanzaría tranquila en el camino de su desarrollo, echados por él los recios cimientos en que había de asentarse la fábrica modesta, pero ilustre, de su fuerza y de su gloria.

Y en esos cien años se ha comprobado que era real la visión del mandatario ecuánime y austero. Hoy presentamos a la vista del mundo una nación que supo orillar todos los peligros con encomiable prudencia y con altivez y valor; que pudo escoger entre sus hijos a los que habían de gobernarla, quienes lo hicieron con el mismo amor que si se hubiese tratado de la hacienda y de la familia propias; que supo alentar y robustecer los lazos de fraternidad entre la grey nacional, para que de ese milagro brotase el espíritu solidario y cohesivo que es el origen de su fuerza; que respetó y veneró a sus jefes y mantuvo así la disciplina de las jerarquías espirituales, que es la razón de esa armonía admirable que distingue a la colectividad costarricense; que hizo evolucionar la enseñanza, y sacó de la obscuridad poderes que allí yacían inertes, para lanzarlos a la corriente de la actividad social, hasta ser, como en los momentos actuales, un centro de ebullición en que hierven los pensamientos y los sentimientos que

en esta hora solemne pugnan por libertar al mundo. Y todo bajo el alero sagrado de la paz; todo entre el ritmo del derecho y el ritmo de la ley, que marcan juntos cada uno de los pasos que hemos dado en nuestra plácida vida nacional.

Al contemplar ese bronce, me parece que una voz del pasado murmura a mi oído un haz de consejos y enseñanzas, y que me recuerda que el Jefe de una República, desde el momento que lo es, se transfigura hasta tomar formas incorpóreas, y elevándose sobre los niveles humanos se despoja de su personalidad y de sus amores e intereses personales, para considerar y ponderar sólo lo que a los gobernados atañe y lo que tenga relación con el bienestar de su pueblo y el brillo de su patria. Y así un gobernante realiza obra de piedad y sacrificio, y se ofrece, como el Cordero, en esta escala inferior en que vivimos, listo a calcinar su dicha propia, y a labrar, en la medida de sus fuerzas y de su poder, la dicha de los otros, que es faena imperativa para él en esta espinosa peregrinación del mundo. Y me imagino que esa voz que brota de los labios de bronce que frente a mí parecen moverse en arranques de verdad, de acuerdo con las normas inflexibles del patricio, me dice que la bondad en las palabras y en los hechos llena de luz los más sombríos rincones de la vida, y derrama luz sobre todo el escenario de la creación: que es urgente tender la mano por doquiera, aun para tocar el fango, porque es mejor que los dedos se llenen de lodo buscando levantar un alma, que dejar que esa alma se hunda en el dolor y en la amargura, y que rehuyamos socorrerla con el pretexto de guardar inviolada la blancura de la nuestra; que para ser sabios debemos cometer muchos yerros, porque sólo así se llega a la plenitud del conocimiento y la verdad; que no está bien que nos dolamos de la muerte, ni de que el sufrimiento nos acongoje y acibare, porque la naturaleza entera es un campo de renovación eterna y para alcanzar las formas superiores es preciso que nos vayamos despojando de las otras en medio de las contorsiones del dolor, que es el maestro que regula el mundo; que no podremos hacer alarde de que somos libres, si no hemos arrancado valerosamente de nuestras almas los musgos cenicientos del odio y la codicia, que ahogan su luz, y no la dejan desparramarse en todas direcciones para que alumbre los caminos del espíritu con sus rayos de suave claridad.

Y el bronce severo y aristocrático se agiganta al mirar a la misérrima Costa Rica de hace un siglo, convertida en pradera florida, en la que no solo emergen los adelantos y los progresos que en lo material son su orgullo, sino también los tallos prodigiosos y celestes de la paz, del respeto, de la simpatía, del entusiasmo divino por todo lo que entrañe gloria, de la fe ardiente en todo lo que se refiere a las vueltas sinuosas del futuro. Y el bronce parece estremecerse al sentir que cerca de él ondea la Bandera Federal, la bandera que él

juró, que él amó, la bandera a cuya sombra puso él a su pueblo como la madre pone al hijo al pie de la imagen de la Virgen, y que años después fué rota y deshecha, como si los primeros vagidos de la vida nacional no los hubiera recibido ella entre la maravilla acariciante de sus pliegues, acallándolos con la mágica luz de sus colores.

Feliz Costa Rica que al separarse de la Madre España, obedeciendo sumisa la ley de la naturaleza, no quebrantó ni por un momento el lazo espiritual que a ella la unía, y siguió siempre recibiendo de ella el fluido de su gloria y de su amor. Feliz Costa Rica que al cabo de una centuria hace examen de conciencia, y encuentra que ésta nada tiene que reprocharle, porque jamás hizo nada que revelara maldad del corazón. Feliz Costa Rica que ha tenido una sucesión de Presidentes que merecen bien de su pueblo, y que reciben, vivos o muertos, el homenaje de sus conciudadanos. Feliz Costa Rica que en los altibajos de la suerte jamás tropezó con problemas irresolubles, y los que se presentaron los examinó y terminó con sensatez y sabiduría, como inspirada y guiada por un numen protector. Feliz la patria cuyos miles de corazones laten hoy al unísono celebrando sus fiestas centenarias y depositando coronas y laureles en la frente de sus próceres, y agradeciendo a Dios la prodigalidad de sus dones y mercedes, en antaño y en hogaño, que ha de seguir lloviendo copiosamente en los tiempos que vienen, para asegurar la felicidad de nuestros hijos, entre los himnos del trabajo y el cumplimiento del deber!

EL SECRETO DE CERVANTES

Un joven cervantófilo salvadoreño, — y ya está dicho que es nobilísimo y espiritual, condiciones bien escasas en estos tiempos prosaicos y en este medio ambiente sanchuno, — nos facilitó el otro día un curioso libro intitulado *El Secreto de Cervantes*, que nos ha proporcionado gratísimo solaz, a tiempo que nos ha hecho olvidar sabrosamente, a lo menos por unas horas, este asendereado trajín que, por las trazas, ha de prolongarse hasta el día, la hora y el minuto exactos y precisos en que demos con nuestro cuerpo en tierra, este pobre cuerpo extenuado por la fantasmagórica persecución de la dicha, que ha absorbido estérilmente los nueve décimos de nuestra loca actividad terrena.

Según se barrunta, don Atanasio Rivero publicó en *El Imparcial* de Madrid, «a dos columnas, con titulares gigantescas y en primera plana», unos famosísimos artículos en que demostraba que, a vuelta de indecibles afanes, en los que sale a relucir «la luz fatigada

del Izalco», había hallado el secreto de Cervantes y estaba en posesión de su auténtica biografía.

Es inútil hablar del revuelo y la algazara que produjo la noticia en la villa del oso y del madroño, muy principalmente entre los ilustres miembros de la Academia Española y en el areópago sacratísimo de los cervantistas. Como un panal al que un pillete ha apedreado, así zumbaba el cervantismo, interrumpido extemporáneamente por el buen don Atanasio en lo mejor de sus sesudas y eremíticas lucubraciones.

Rivero, que para colmo de males estuvo en San Salvador, y fué aquí, según afirma un escritor madrileño, «secretario de un generalito chinche y borrachuelo», disipó demasiado pronto el hechizo, al revelar sus métodos de investigación. Y cuando todos se enteraron de que el Quijote venía a ser un vasto y laberíntico anagrama, del que Cervantes se valió para trasmitir a los futuros siglos los detalles de su vida, don Atanasio volvió a la obscuridad y al no ser, de donde en mala hora salió para alborotar el cotarro con sus infundios y enredar aún más esa madeja de once mil diablos en que se van convirtiendo la vida de don Miguel de Cervantes y las aventuras de don Alonso Quijano.

Interrogados los cervantistas acerca de la peregrina humorada de don Atanasio Rivero, dieron a la estampa en distintos diarios sus opiniones, con feliz gracejo unas, donosamente picantes otras, no pocas bien nutridas de erudición y sapiencia, y todas muy interesantes y deleitosas. Con ellas se editó un libro, y éste es el que tenemos entre manos.

Su lectura nos ha sugerido muy diversas reflexiones. Hemos reído muchas veces y hemos filosofado largos ratos, pensando en los belenes que se arman todos los días en este pícaro mundo, todo por no admitir, buena y humildemente, lo que brilla en la superficie de las cosas, y empeñarse en rebuscar en lo más hondo y obscuro, para dar a la postre con sabandijas y endriagos.

Hubo un soldado insigne que perdió un brazo en la batalla de Lepanto, en brava defensa de España y en holocausto a la civilización del mundo. Con el que le quedaba, que era un haz de resplandores, y por que manejaba con el mismo donaire la pluma que la espada, escribió unas páginas que, cuanto más rueda el tiempo, más luz despiden, hasta el punto que la suya casi deja en la penumbra la de otras obras del ingenio humano.

Con mágicos rasgos pintó un héroe, o mejor dicho, dos, que cautivaron y embelesaron primero a España y después a toda la humanidad. Y al pintarlos, como de la vida sólo había gustado los cardos, sin derramar una lágrima, como buen caballero cristiano, antes bien, sazonólos con el agridulce de su risa excelsa, en sus dos héroes, se pintó él, no como Miguel de Cervantes Saavedra, sino

como parte integrante de la raza humana, que es un todo. Por donde resulta que en don Alonso Quijano y en su escudero, al condensar él sus amarguras, sus anhelos, sus sonrisas, su malicia, y en las horas de desaliento, las solicitaciones mezquinas de su naturaleza inferior, y en todas las horas de su vida los destellos fulgurantes y divinos de su espíritu, condensó todo lo que a la humanidad atañe, con sus doradas cumbres y sus honduras dantescas, y todo lo que, de un modo u otro, interesa al extraño peregrino que, atado por los pies a la roca sanchesca de la vida, no aparta, sin embargo, los ojos de aquella cima fúlgida que lo fascina, el Empíreo, la celeste patria, donde vive y sueña la sin par Dulcinea.

Así nos parece, y perdónesenos que tomemos vela en este entierro. Creemos que están deshilachando despiadadamente esa tela incomparable; que están desnaturalizando el genio de Cervantes con ese millón de suposiciones y fantaseos, que sólo sirven para destruir las líneas impecables y perfectas con que se alza ante los siglos la figura del Ingenioso Hidalgo, el Príncipe de los ingenios españoles, el espejo de los caballeros del mundo. La humanidad está allí reflejándose en el límpido cristal. No agitemos las aguas, porque si bien desaparecerían los perfiles acusadores del corazón humano, que pueden ser enojosos para muchos, se borrarían también las huellas del Ideal, que marcó allí el Angel de la Gloria.

En su libro *La Ruta de Don Quijote,* nos dice Azorín que en todas las llanuras de la Mancha, que él recorrió, y muy señaladamente en Argamasilla de Alba, encontró a su paso personajes que cualquiera confundiría con don Quijote o con Sancho. El escritor italiano Paolo Savj-López asegura que los rasgos de Sancho y de su amo se pueden observar en cualquier lugar de toda España: en una plaza, en una venta, entre los compañeros de viaje de una diligencia. Y nosotros añadimos, que las líneas maestras de esas dos creaciones de la Belleza y de la Verdad se encuentran en todos los hombres y en todos los pueblos del planeta, y que, por eso mismo, son inmortales; que por eso mismo mientras aliente un solo ser que tenga las plantas hundidas en el lodo y la frente tocando en los cielos — y ese ser es el hombre — vivirán junto con él las sombras prodigiosas de don Miguel de Cervantes y las de don Quijote y Sancho.

Por lo demás, si a nosotros se nos hubiese interrogado en tan memorable ocasión — y líbrenos Dios de pretender algún mérito para ello — habríamos contestado con don Miguel de Umamuno: «Tales bobadas no merecen ni el honor de hablar de ellas. Son pasatiempos de una infantilidad abrumadora.»

ALEJANDRO ALVARADO QUIRÓS

Es lo que se puede llamar con propiedad un hombre culto.

Abogado estudioso, político sincero y entusiasta, es, además, un espíritu de los más delicados, con un gran amor por todas las cosas del pensamiento. Tendrá apenas 45 años y ya ha sido Presidente del Colegio de Abogados, Presidente del Ateneo de Costa Rica y Secretario de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores durante la primera mitad del período del señor Acosta. En 1920 presidió, con brillo, las Conferencias para la Unión Centroamericana y este año de 1923 ha sido nombrado Representante de Costa Rica ante el Quinto Congreso Panamericano que se reunió en Chile.

Ha hecho una labor literaria copiosa; infiltrado siempre del ideal espíritu de Francia, ha traducido con amor los cuentos de sus más selectos escritores. En colaboración con don Fabio Baudrit editó en 1903 *Piedras Preciosas*, joyero de traducciones del francés.

En 1912 publica la revista «Ariel» de García Monge sus *Lilas y Resedas*, donde el artífice ha vertido a nuestro idioma, con gusto imponderable, cuentos de los mejores autores franceses. En 1916 aparece *Bric a Brac*, donde se recogen sus mejores artículos. En 1917 sus *Bocetos*, delineaciones de artistas y hombres de letras, todos editados por Alsina.

Muchos artículos suyos hay dispersos en revistas y periódicos y podría formarse con ellos un tomo, que sería admirable sobre todo por el estilo fácil, sin tropología inútil, como cabe a un hombre de su cultura y de su visión estética.

LA PARABOLA DE ALSACIA

El General Castelnau, el padre de los jóvenes oficiales muertos en el campo del honor, entró en Colmar un día de la semana anterior; otro brillante General tomó posesión de Huningue entre las aclamaciones de la muchedumbre, y el 24 de noviembre el Mariscal Petain hizo su entrada triunfal en Estrasburgo, ¡en Estrasburgo! ¿recordáis?, la que tenía su estatua enlutada y cubierta de coronas, en la plaza de la Concordia.

Se ha cumplido la profecía de la *revancha,* se ha sellado la página más brillante del patriotismo que registra la historia contemporánea y los héroes del Marne, del Iser y de Verdún, se ocupan ahora en recoger la abundante cosecha de laureles inmortales!

El gran pintor Detaille habría sido de seguro escogido para trazar en los muros del Panteón el inmenso fresco que recordará a perpetuidad la reconquista de Estrasburgo.

Me imagino algo tan bello como su cuadro del Museo del Luxemburgo -la rendición de Huningue, aquel sitio de 1815, en que una pequeña hueste del gran ejército napoleónico, con el General Barbanegra, resistió por tiempo dilatado y se portó heroicamente ante fuerzas mil veces superiores. Desearía que la marcha la tocara el pequeño tamborcillo que con su porte marcial hizo inclinarse al altivo Archiduque, estupefacto al ver aquel puñado de inválidos gloriosos.

Y cuál música para celebrar la redención de las tierras cautivas, si no los marciales acordes y la clarinada soberbia de «Sambre y Meuse», esa música sublime, en que palpita, como en la Marsellesa, el alma viril de todo un pueblo!

Al conjuro del himno llegarán las sombras de todos aquellos que murieron con el anhelo de volver a la tierra prometida, y a recibirlos entre palmas y vítores saldrán a la llanura o ascenderán a las montañas sagradas, las sombras de los que pelearon en 1870, en aquel sitio memorable de la bella capital alsaciana, las de los que sin abandonar nunca la tierra, murieron después sin pactar con el enemigo de la patria distante, vencida y humillada.

¡Ah! los ancianos irreductibles, que guardaban como reliquias una bandera, un viejo libro, un cromo, un puñado de monedas con la efigie de la República y cuya actitud sombría y silenciosa era una protesta más vehemente que el más elocuente de los apóstrofes!

A esa entrada del Mariscal asistieron Víctor Hugo, Gambetta, Paul Deroulede, Jules Lemaitre, François Coppée, y tantos otros, todos los sacerdotes y doctores de la energía francesa y más allá, sobre su pedestal de granito, un héroe que es de la casa: el arrogante Kleber.

El viejo Hugo, con su cabeza leonina, recitará en mente una de sus leyendas del Rhin, y el bravo Deroulede, que es un atolondrado lleno de fibra, como lo fué en la vida, cantará a pleno pulmón alguno de sus cantos de soldado.

A la cabeza del cortejo marchan de seguro el caricaturista Hansi, del brazo del abate Wetterlé y otros cuantos alsacianos que sufrieron condenas de los tribunales alemanes por delitos de patriotismo y burlas a la censura imperial, porque la palabra del uno y las siluetas dibujadas por el otro, de pura cepa latina, jamás pudieron soportar los grilletes y los rompieron con el ácido explosivo de la ironía.

Es tan querida para nosotros Alsacia, para los que de veras cultivamos el amor a Francia, que la realidad y la literatura se confunden en nuestro pensamiento.

Juan Oberlé, educado en Berlín, por un padre renegado que aspira a convertirlo en funcionario siguiendo los dictados de su conciencia y el estímulo de las personas de su sangre que simpatizan con su idea, se fuga, para no prestar servicio militar en Alemania, y a riesgo de su vida, se alista en el ejército francés. Dichoso mortal, que pudo en el instante de estallar la magna guerra, prodigar su actividad y derramar su sangre por la causa predilecta de su corazón! Oberlé vendrá de seguro en los batallones libertadores de su Alsacia.

Y si hubiera caído para siempre en las trincheras, su espíritu habrá volado a la montaña de Santa Odilia, como en la mañanita de pascua en que hizo la ascensión al Monasterio para oir al lado de la novia gentil, el repiqueteo de las campanas de resurrección, después de cambiar el primer juramento de amor.

De allí volverá a contemplar el espléndido panorama de su pequeña patria: montañas y planicies, el vergel de la Francia, según la frase del Rey Sol que para ella lo conquistara.

Campos de trigo que el viento ondea, viñas en las laderas, lúpulos florecidos, hileras de cerezos y perales en los llanos, todo cultivado y cercado a la orilla de las aldeas y ciudades, y allá lejos la Catedral con su torre en flecha, que semeja una inmensa cigüeña heráldica, y más lejos los bosques azulados y los picos llenos de nieve, que rivalizan con los famosos paisajes de los Alpes.

O bien se hará la peregrinación al Rhin que corre por la tierra privilegiada para que los soldados entren en sus verdes aguas como los conquistadores castellanos entraron a caballo, en las playas del Océano Pacífico, al descubrirlo, a guisa de posesión.

Una tarde, en una pequeña ciudad de la frontera de Alemania, contemplamos, nosotros también, las cataratas del Rhin en momentos en que descendía el sol y parecía surgir de sus aguas frías, la luna llena.

Esa tarde, todas las leyendas de los castillos vecinos acudían a nuestro recuerdo y la bella Loreley con sus cabellos rubios suel-

tos — como una Ofelia yacente sobre el cristal — con su carne blanca de nenúfar, flotaba en nuestros ensueños y visiones de ese río codiciado y disputado desde hace siglos por dos razas rivales.

Ahora el Rhin, correrá domado y el vino blanco de los viñedos de sus vegas se escanciará para los franceses, mientras se murmura la dulce y brillante estrofa de Musset, a la salud de una niña fresca, rosada, risueña, la Mireya alsaciana, coronada por el listón de amplias alas palpitantes, que en lo sucesivo trocará su color de duelo, por un matiz claro que armonice con las esmeraldas de sus ojos y con el júbilo de su corazón.

Y cuando Juan Oberlé y todos sus compañeros de batalla y las tropas de Francia, y los escritores y tribunos, vivos y muertos, traspasen los muros de Estrasburgo en glorioso desfile, al repique de las campanas, saludados por los hurras de la población entera, un anciano, casi centenario, ex-maestro de una escuelita de suburbio, con su levitón de los domingos, saldrá al frente de sus antiguos discípulos de 1870, que no han olvidado el francés porque a escondidas lo han practicado, seguido de chicuelos que llevan ramilletes de bleuets, margaritas y coquelicots, o bien banderas deshilachadas de puro viejas, pero en las cuales flamean los tres colores prohibidos y legendarios, y traerán en triunfo un viejo tablero, en el cual M. Hamel — el mismo que Alfonso Daudet consagró para la inmortalidad — diera su última clase de lengua maternal. Allí fulguran escritas con tiza todavía estas únicas palabras: ¡Viva Francia!

Petain ha doblado la rodilla y el anciano lo besó en la frente.

EMILIO ZOLÁ

Víctor Hugo fué el más eximio representante del romanticismo francés y su nombre ha quedado como un símbolo que evoca la pléyade de escritores y artistas contemporáneos suyos que de cerca o de lejos sintieron su influjo.

Treinta años más tarde, muerto el gran poeta y envejecido Ernesto Renán, prosista incomparable, tomó en sus manos robustas el cetro del arte francés, ese poderoso atleta que acaba de morir.

«Zolá, decía Maupassant, ¡qué nombre más sonoro y más a propósito para la *réclame* literaria, y qué hombre para llevar bien su nombre redondo y explosivo como una bala de cañón!»

Todos conocemos la historia de sus primeros años de trabajo, de sus luchas y miserias. Sólo una voluntad tenaz como la suya pudo soportar la larga era de privaciones de la juventud sin desmayar, y ya veremos que sólo su alma grande y estoica pudo resistir con

serenidad las calumnias y ultrajes que como corona de martirio ciñeron sus sienes encanecidas.

Cantar la vida moderna. Hacer la epopeya de los grandes trabajadores, de las grandes masas, de las grandes ideas y de las grandes corrientes que cruzan la Europa en el siglo XIX, tal fué el ideal que se propuso realizar en sus libros. El estudio de la familia Rougon Macquart, descendiente de una pareja de degenerados, en la cual se manifiestan todas las evoluciones de la ley de herencia: el genio, la locura, el equilibrio y el crimen, como productos atávicos, fué más bien el pretexto inicial y el lazo de unión de sus volúmenes.

Muchos adversarios de Zolá le niegan la facultad por excelencia del artista: la imaginación creadora. Saccard, Naná, el beodo Coupeau, el cura Sergio Mouret y el venerable Dr. Pascal, vinieron a mi memoria como sombras conjuradas a defender el nombre de su padre. La teoría del naturalismo expuesta con precisión por el mismo novelista se presta sin embargo a la afirmación de que su arte es comparable al del fotógrafo que coloca la máquina frente a los hombres o a los paisajes; copia servil, dicen, y no interpretación ideal de la vida.

La imaginación humana, según Zolá, tiene diques estrechos y al pretender saltarlos, cae en la exageración y lo deforme. La belleza reside exclusivamente en la verdad, de ahí pues se desprende la fórmula que venía a cortar de raíz los abusos del romanticismo decadente y que era el reverso de la medalla de las torres de Nuestra Señora tratadas como seres dotados de pensamiento y de afecto fraternal para Quasimodo.

«La naturaleza vista al través de un temperamento», es el precepto comprensivo de todo arte, dentro del cual queda la imaginación con las alas recortadas y la observación dueña del campo de los documentos humanos y de los análisis vigorosos del sentimiento.

Ese arte será mezquino, si es el de Jorge Ohnet, será soberbio cuando Miguel Angel tome el cincel y Vinci la paleta, y será refinado si expresa las sensaciones de Teófilo Gautier o de Maupassant.

Recordaremos que los primeros libros de Zolá, «Los Misterios de Marsella», novela de folletín, «Los Cuentos a Ninón» y «Teresa Raquin», pasaron inadvertidos. Empezó la serie de Rougon-Macquart sin éxito tampoco, pero al publicar el tomo sétimo, «La Taberna», su nombre fué favorito del público parisiense y en breve del mundo entero, logrando hacer fieles prosélitos y lo que es signo infalible de genio: detractores encarnizados.

Desde entonces se le vió como portaestandarte de un grupo de escritores que tenía un cuentista exquisito: Alfonso Daudet, un prosista impecable, Flaubert y dos estilistas insignes: los Goncourt; Zolá menos delicado talvez, es el más robusto de todos, el obrero literario, como decía el «Times», que más honda huella deja en el siglo XIX.

La poesía de sus novelas ha sido comparada a la de los poemas épicos, sus descripciones tan exactas, tan minuciosas, tan reales, dejan la impresión de la cosa vista y su estilo en fin, tiene el colorido, la sonoridad y la brillantez que sólo poseen los románticos de pura raza de que él es ilustre descendiente.

Juzgar a Zolá por una sola de sus novelas, como hacen muchos, es caer en un error mezquino; tomar en cuenta lo que dicen de él sus enemigos, es una pequeñez. Hay que amar su personalidad y conocer hasta el detalle de su biografía para juzgarle en la integridad de su obra.

La Comedia Humana de Balzac ofrece un ejemplo semejante de fecundidad y de poder en el análisis de las pasiones humanas, pero en cualquiera de las novelas de Balzac encontramos un resumen de las cualidades psicológicas y del estilo del autor. En cambio, el que sólo haya leído «La Alegría de Vivir», el que hable por lo que le parezca «La Tierra» o «Lourdes» está lejos de poder apreciar lo que vale la fuerza y la flexibilidad del talento de Zolá.

«La Tierra», por ejemplo, es una bofetada lanzada al rostro de la crítica que chillaba por las crudezas de forma de «Naná» y de «Germinal». Es una obra de combate y hay en ella al lado de una pintura fiel de la vida de los campos, exageraciones pornográficas indefendibles.

«La Alegría de Vivir» nos parece una larga y monótona disertación sobre el pesimismo alemán; «Lourdes» es un libro pesado, como decían con *esprit* los críticos franceses, pero tengo prisa de prescindir de los detalles para admirar en bloc la obra del coloso: la pintura magistral de las bacanales del segundo imperio (La Ralea y Naná), la descripción del vicio de las ciudades (La Taberna) y del vicio de los campos (Germinal), del comercio gigantesco (El Vientre de París), (La dicha de las damas); el análisis del crimen (La Bestia Humana) y del crimen colectivo (El Desastre), del escrúpulo de conciencia (La caída del Abate Mouret), y de las esperanzas de la ciencia (El Doctor Pascal). Oigamos esos himnos entusiastas a la ciudad eterna (Roma) y a la capital moderna, a esa ciudad que lo engendró, que le prestó su genio del progreso para que marcara sus centenares de volúmenes y que hoy guarda ufana y reverente sus cenizas (París). Rindamos homenaje en fin a las parábolas del bien y de lo bello contenidas en sus últimos libros que son los más luminosos, los modernos Evangelios (Fecundidad, Trabajo, Verdad).

Sus novelas forman un grandioso monumento construido lenta y metódicamente, cuyo plan fué trazado al empezar la carrera y cuya cúspide acaba de terminarse con la muerte. En ese monumento que

admirarán más que nosotros las generaciones venideras, se ven piedras mal talladas, mármoles toscos, líneas torcidas o relieves exagerados, granitos ordinarios y finísimos alabastros; todo revela de cerca los esfuerzos y las caídas del artista, pero de lejos, como lo verá la posteridad, el conjunto es imponente y el efecto de gran magnificencia: una pirámide.

Después de los años de lucha había llegado el período de labor tranquila y de gloria consagrada. Era Zolá, a pesar del fracaso de su candidatura en la Academia, el novelista por excelencia, el pontífice de las letras francesas, el Maestro.

Así vimos nosotros que su presencia en el Parque Monceau en medio de una asamblea de celebridades que inauguraba el busto de Maupassant, produjo el cuchicheo respetuoso, las genuflexiones presurosas, la curiosidad satisfecha que va en pos de los monarcas. Estábamos en otoño y por todo el parque dominaba el color de oro de la gloria.

Unos meses después en el entierro del hermano intelectual, de Alfonso Daudet, ya en plena bruma de invierno, vimos al mismo Zolá insultado y escarnecido desde lo alto de la imperial de unos ómnibus que cruzaban.

«Muera Zolá, muera el vil judío Dreyfus.» Su figura varonil se estremeció, la mirada de sus ojos penetrantes fué un relámpago, pero el temblor de sus labios nerviosos revelaba el sufrimiento y la angustia de su alma.

Era entonces el hombre más impopular de Francia.

Dos grandes preocupaciones, el cariño al ejército y la pasión antisemita esgrimidas por mano artera contra el capitán Dreyfus, hicieron que su caso se mirara con horror por todo ciudadano francés. La nobleza consideró que era *chic* no discutir el asunto. El ejército naturalmente afirmaba la culpabilidad. La magistratura creía en la cosa juzgada y la Sorbona permanecía indiferente.

Pero una noche memorable los granujas de París gritaban por plazas y boulevares con voz estentórea aquellas palabras mágicas: «Yo acuso» y la redención del inocente fué iniciada.

Nosotros entonces sólo teníamos este argumento para estar en el bando aborrecido: «El oro que reposa en las cuevas del Banco de Francia no basta para corromper la conciencia del eminente escritor, ni sirve para comprar su pluma de acero.»

El desenlace es conocido. Nuestra corazonada prevaleció al fin, y el ex-capitán volvió a ver el cielo de su patria, gracias al indulto soberano.

Zolá en cambio fué calumniado en todos los diarios, y bandas de viles descamisados salpicaban con el lodo de las calles su nombre

glorioso. La Legión de Honor lo puso en entredicho y el jurado a pesar de la defensa del vigoroso Labori, lo condenó a una fuerte multa.

Su corazón que amaba con vehemencia la popularidad, sangraba en esta lucha, y desde entonces envejecido y triste, guardaba contra París el mismo agravio que atormentó a Voltaire antes de su apoteosis.

La muerte sorprendió a Zolá de un modo trágico, arrebatándolo antes de la reparación merecida.

El autor que ha descrito el «Paradou», aquel campo que Eros incendiaba con sus soplos, que recuerda la sencillez mitológica antigua, en que los árboles, las fieras, las flores y los hombres eran simples elementos de la naturaleza, sujetos a sus leyes de amor y de odio, es un poeta delicado.

El escritor que pintó los terribles reveses de la campaña franco-prusiana, para enardecer en Francia el legítimo anhelo de revancha, es un patriota.

El hombre que echó en la balanza de la justicia su gloria de novelista y su tranquilidad de burgués con tal de inclinarla en favor del inocente, tiene la fibra de un apóstol.

Su obra levantada sobre una base de virtud está coronada por la belleza y por la gloria.

Campean allí esos tres caracteres. Hay páginas de literatura verdaderamente clásicas, hay soplos épicos que recuerdan al descendiente de una raza de héroes y sobre todo se descubre el afán de luchar contra todas las preocupaciones: políticas, religiosas y sociales, de aniquilar todas las injusticias y de realizar, como su antecesor Rousseau, el altivo precepto: «Vitam impendere vero.» Dar la vida por el triunfo de la verdad.

ROBERTO BRENES MESÉN

Es un hombre trabajador, fuerte y optimista, cuya vida podría definirse diciendo que es una preocupación inteligente y buena de saber, de mejorarse. Temperamento de artista, proteico, fino y estudioso, ha cultivado la literatura en todas sus formas. Nacido en 1874, es ya un filólogo en 1900. Su órbita política y literaria es rápida. Llegado al país después de haber adquirido su profesorado en Chile, toma pronto ascendiente en las letras nacionales y ejerce poder con la pluma. Alejado un tanto de la política, lo envuelve sin embargo, como tiene que suceder en un artista de preocupaciones sociales. Y en medio de la lucha pertinaz y honda que sostiene contra el arcaismo y mientras combate con coraje el prejuicio, es profesor de Castellano y Lógica en el Liceo de Costa Rica, Director del Instituto de Cartago, Director del Liceo de Heredia. Luego: Subsecretario de Instrucción Pública en 1909; Ministro del mismo ramo en 1913 y 1917. Mientras, a intervalos, va a Wáshington como Ministro Plenipotenciario, hace un viaje a los Estados Unidos para estudiar la organización de las escuelas rurales, vuelve a dirigir la Escuela Normal, va a El Salvador como Delegado de la Segunda Conferencia Centroamericana y hoy está en Nueva York, con su familia, trabajando en la Universidad de Siracusa y escribiendo siempre sobre diversos asuntos con su estilo brillante y metafórico que es tan peculiar suyo.

Su bibliografía es extensa y valiosa: en 1905, la primera parte de su *Gramática Histórica y Lógica de la Lengua Castellana,* edición de Lehmann; en 1907, un libro de versos, *En el Silencio,* imprenta Alsina; en 1908, Pro-

yecto de *Programas* de enseñanza primaria, en colaboración con el profesor García Monge; en 1911, *El Canto de las Horas*, prosas de poeta; en 1912, una traducción de «El Pájaro Azul», de Maeterlinck, que se ha reeditado en España; en 1913, otro libro de versos, *Hacia Nuevos Umbrales;* en 1916, *Voces del angelus*, también de versos; en 1917, *Pastorales y Jacintos*, de versos; todos éstos editados por García Monge. En ese mismo año, *Metafísica de la Materia*, imprenta Sauter; en 1918, sus *Programas urbanos de educación primaria*, imprenta Alsina; y en 1921, editado por el «Repertorio Americano», un folleto: *El misticismo como instrumento de investigación de la verdad.*

EN REBELIÓN LOS DÍAS

La rebelión de los días está aquí! Les siento grandes.
Jamás los mortales miraron un prodigio como éste:
cada día de mi vida que se fué con un celeste
pabellón de pensamiento hacia las rosas de la aurora
está aquí, en mi presencia, fulgurante como un joven
dios del vino y de la luz, como un diáfano Dionysos
cuya sangre fuese fuego, con sus ojos eliseos
perforando la armadura conventual de mi conciencia.

Los días en rebelión de la ausencia han regresado
como arcángeles caídos de la influencia de Satán.
Apuestos y luminosos, de ojos negros y ojos zarcos,
son los hijos de la noche en amores con el hado.

Aquí están en rebelión. Todos traen tensos arcos
como ardientes sagitarios que han corrido por el fuego
de los soles que se queman en los cielos o en las almas.

¡Y regaron las promesas y no quieren esperanzas!
¡Están locos estos días que han venido de la ausencia!
¡Cómo vibran sus palabras! ¡Cómo tiemblan sus carcajes
apolíneos que están llenos con las flechas
preparadas contra mí!
¡Y estos fueron otros días
sobre cuyas cabelleras derramé mis esperanzas,
cuyas manos se llevaron en cristales mis promesas,
como ungüentos y perfumes, a esperarme en el camino.

«No llegaste, no llegaste, fementido!»—me han gritado—
«y en la rueca de diamante donde teje tu destino
«va agotándose la seda luminosa de tu vida.
«Escanciaste en tus cristales el ungüento perfumado
«que nos diste, uno a uno, y las horas se durmieron
«a la sombra de los bosques de laureles, en espera
«de tu obra de milagro que no vino, desgraciado!»

Bellos días, bellos dioses, sagitarios de los cielos,
fué mi vida manantial de corriente subterránea!
Si supiéseis los parajes de divinos asfodelos
que he cruzado, las ocultas galerías de la esfera
del ensueño que conozco! Si miráseis las cadenas
que han pesado sobre mi alma! Si pisáseis las arenas
abrasadas que han hollado acezantes mis deseos,
si lucháseis con las fieras que salieron a mi encuentro,
con la loba y los chacales, con el áspid y las hienas,
sagitarios de los cielos, fueran otras vuestras voces!

Se miran en silencio los días y tienden sus arcos
de astrales fulgores. Esplenden los radiantes nemrodes
como hijos de la luz y del fuego.
De entre ellos avanza
flamígero numen del sol, como el viento desnudo,
y a su voz del color de la púrpura y timbre del oro,
sus flechas de fuego disparan los esbeltos oriones.

Hay incendio en mi vida. Chisporrotean resinas
y gomas en los bosques sonoros y milenarios
de mis antiguos recuerdos; los macizos de arbustos
que me dieron fragancias de amor se queman, adustos,
con el perfume sutil de la pasión contrariada,
y entran a saco en mi vida los más gloriosos días.
Contra sus fuertes rodillas de sol quiebran en haces
mis engañosos prejuicios de cristal de colores;
sus manos quemantes de luz estrangulan visiones;
cuelgan las convenciones de las horcas del escarnio
y sobre ascuas de vergüenza incineran sus despojos:
arde todo en el ámbar que destilan los recuerdos.

La noche se entra en mi alma cantando entre las ruinas,
y en lo alto de una torre, al fulgor de un astro fausto,
con túnica de púrpura colúmpiase el cadáver
del pasado, todo ungido con el olio de los númenes
de la luz y la alegría.
De nuevo nacida,
soy alma recental en el limen de otra vida.

Con sus dardos los días el vientre de la aurora desgarran.
Nace el sol. Con la sencillez originaria de los dioses
en la primera mañana del mundo sube por la falda
del monte de zafiro del espacio. Todo es nuevo
bajo el sol: el rostro de los cielos y la espalda desnuda
de las aguas, la cabellera undívaga y suelta del aire,
la bella y núbil juventud de la llanura sin sembrados,
la fuerza primogénita de mi alma. Nueva mi conciencia;
nueva la ascendente gradería de luz de mi grandeza
en la oscuridad de mi ciencia y la penumbra de mi instinto.
Hay aguas de diamante en la claridad de mi certidumbre
de que ha llegado a mí la fuerza de remontarme a la cumbre
que vió mi juventud tras los soles ponientes de la gloria.
Sé que sigo siendo siempre el mismo, mas siéntome distinto.

Hermosos y joviales en su rebelión están los días.

Como extiende por el césped la lavandera sus manteles
así han tendido los rebeldes sobre mi alma la alegría.

Y se van. Y al partir, llevando en sus cristales los ungüentos
de promesas olorosas como nardos en la ambrosía
de una esperanza de ventura, con sus arcos han mostrado,
sobre la torre de las ruinas, el cadáver del pasado
destilando sobre las crines fugitivas de los vientos
el sacro sándalo y la mirra de mis viejos sentimientos.

LA AVENTURA DE ARION

Va Arión con rumbo a Corinto.

La brisa de labios sonoros
y crespos cabellos
se reclina cantando en la vela
de la nave.
Está el mar tinto
en sangre de violetas, y aquel barco vuela
en los hombros rizados de la ola.
Lleva Arión los tesoros
que ha ganado cantando en Tarento.

Y la gente del barco lo sabe.

La nave
avanza.

Junto a la crespa brisa también se acerca a recostarse el viento
sonando sus clarines
de batalla.
En lontananza
una costa señala confines
al mar, que se hunde y que se alza, y se atormenta, y se calla.

Arión!—le grita un marinero—muere
a puñal o en las fauces de la onda:
qué prefiere
el cantor de Corinto?
—Qué intentas que responda
si yo adoro la vida?
—Abismo o puñal! no hay otro
camino que darte, cantor de Corinto.
—Pues dadme la mar!
Y el viento cabalga en el potro
del mar que suda en el cuello y las ancas
las blancas
saladas espumas que fijan la huella
del potro salvaje del mar.
—Pero quiero,
dijo Arión al marinero,—
entonar mi último canto
ante ese viento y el mar.
—Bien—respondió el corintio remero.
Vistió Arión su helénico arreo
de citarista
y poeta,
ciñó a sus blancas sienes
el único trofeo
de su gloria de artista,
el único inmortal entre sus bienes:
una sola guirnalda.

De nuevo, tinta en sangre de violeta,
se tranquilizó la espalda
del océano incansable.
Se oyó de súbito la dulce melodía de la cítara adorable
prisionera en las palabras armoniosas del cantor:
parecía la voz del instrumento
colgando de la voz del citarista
una invisible flor
derramando el olor de su aliento
en la crespa y sonante cabellera del viento
y en los senos azules del mar.

No hay uno
en la turba de audaces remeros
que rompa el encanto
del canto a Neptuno.
Los mismos delfines
escuchan en torno del barco
callados. Y mudos están los clarines
del viento que escucha.
Los sones postreros
del canto a Neptuno
se mueren.
El mar con el arco
del brazo de una ola se empina hasta el barco,
y Arión en esa ola cantando se lanza.
Los delfines conciertan la lucha
que en breve concluye: uno solo, en su dorso,
llevará hasta la costa distante al egregio cantor de Corinto.

Y mientras allá en lontananza
en la sombra se pierde la nave pirata,
va el delfín sobre una agua de plata,
conduciendo en el dorso, contra la ola y el viento,
el único bien del artista: el talento,
coronado de eterna, de inmortal esperanza.

ENVIO

A Rafael Angel Troyo

Fletaste también en tu barca el tesoro
de tu oro.
Pillaron la nave corintios piratas;
y fueron tus platas,
tus sedas, tus oros un rico botín.
Amigo, te queda
en torno del barco el manso dorso de seda
del Arte que es sabio, benigno, incansable delfín.

EL PODER DE LA OBRA DE ARTE

¿Oiste alguna vez los cantos en escala de la fuente que va llenando el cántaro de barro? Así es la voz del corazón, dulce y ascendente, cuando las límpidas aguas de un sentimiento puro le van colmando; su música imprime al pensamiento y a la acción que entonces se produce una vibración intensa, una armonía simpática que pone a vibrar todas las cosas con un temblor de sollozo o de emoción. El ambiente de todas las grandes y bellas obras de arte posee esta reverberación musical que en las almas selectas se transforma en inspiración y poder creador. Nadie se acerca a ellas sin sentirse mejor y más feliz, sin hallar una excelencia más en su alma o en la de los otros.

La obra de arte engendra lá obra de arte. Su encanto está en producirnos la sensación de que podemos crear obras semejantes, de que la inspiración nos llega por momentos, de que un numen apolíneo planta su trípode en la más verde y más límpida colina de nuestra alma, de la que su voz nítida como un cristal, se eleva de súbito a manera de un surtidor de aguas recónditas que viene a murmurar a nuestro oído misteriosas palabras de poder. La obra de arte sugiere fecundidad y amplitud de concepción; sublima el timbre del oro de nuestra inteligencia; afina y eleva el tono del cordaje armonioso de las arpas de nuestro sentimiento. En su presencia y por la magia de su belleza y de su fuerza, el espectador de entendimiento se hace creador en algún modo. Porque aun la crítica es creación cuando interpreta y cuando comenta.

La obra bella acaba por envolvernos en su atmósfera de emoción y de pensamiento. Nos eleva, y cuando descendemos al mundo de la vida ordinaria traemos una visión de belleza que difundiéndose por encima de las cosas de nuestro ambiente, las hermosea y determina un cambio de nuestra actitud hacia ellas.

Pero este poder de atracción, esa energía de sugestión exigen para su existencia un sacrificio, la radiación, la emanación del alma del artista en todos los instantes de su labor. Enfocando en la obra de arte que sé realiza esas emanaciones la dejan viviente y brillante. La duración de su brillo depende de la energía intrínseca de la emanación del alma.

EDUARDO CALSAMIGLIA

Alma exquisita, de musa picaresca y fina. Poeta, periodista, militar, lo sorprendió la muerte el 13 de diciembre de 1918, en plena actividad intelectual, cuando ejercía el cargo de Ministro de Costa Rica ante el Gobierno de Guatemala.

Fué uno de los pocos cultivadores del teatro. Esperanza Iris, Evangelina Adams, Alfredo del Diestro, Díaz de Mendoza y Jambrina, pusieron en escena varias de sus obras, entre otras, *Vindicta*, *Atavismo*, *?*, *El !*—Suyas son también *El Combate*, *El Diablo en el Cielo*, *Las Opiniones de San Pedro* y *Poderes Invisibles*. Obra póstuma, y de gran valimiento, es *Bronces de Antaño*, escrita en clásica lengua castellana y digna de la fama como *Aben Humeya*, la celebrada obra de Villaespesa. En la edición hecha en 1919 de esta obra, escribe Vargas Coto: «Eduardo Calsamiglia era de buena talla, bastante bien proporcionado, más bien grueso, de anchas espaldas y pecho levantado. Tenía suaves cabellos castaños, los ojos de un azul grisáceo, y el color blanco y mate que daba a su cara una aristocrática palidez; la frente ancha y tersa y muy desembarazada. Fué siempre de altivo porte y muy reposado en sus maneras.

«Militar por vocación y por escuela, supo ganarse en la carrera todos sus grados. Como armas y letras muy bien se avienen, sin hacerse ventajas las unas a las otras, Calsamiglia, a la vez que profundizaba en la técnica de las tácticas y los principios de la guerra, escribía versos y cuentos, dramas y comedias para los teatros, madrigalizaba para álbumes y abanicos y se engolfaba en la lectura de los clásicos. Sabía por millares las anécdotas llenas de

humor y era satírico y burlón como nuestro recordado Aquileo. Su charla graciosa y picaresca, su manera fina, su apostura distinguida, y un ánimo sereno que siempre tuvo, así como su enérgica decisión, propia de quien calza en guante de fina y sedeña malla la mano resuelta y firme, hacían pensar de él que era

> galante con las damas, valiente en la pelea;
> gentil en los salones; ante el peligro inmoble;

tal como dice al hacer el retrato de don Rodrigo de Lara, héroe del drama.»

Calsamiglia se había iniciado con *Versos y cuentos*, en 1898, con prólogo de González Rucavado, y publicó en folleto *Las Siete Palabras*, 1908, que lo revelan como poeta lírico.

BRONCES DE ANTAÑO

Drama en una jornada y en verso.

DON RODRIGO DE LARA

RETRATO

En la paz, los romances del de Vivar hojea;
imposible es que su ánimo altanero se doble:
en bravo no le vence ni el monarca; y en noble
se iguala a los hidalgos de más alta ralea.

Galante con las damas, valiente en la pelea;
gentil en los salones; ante el peligro inmoble;
para el combate duro, como el añejo roble
que el solar de su casa solariega sombrea.

Por aquistar favores de monjas y duquesas
escaló los conventos y llevó a cabo empresas
que le dieron renombre de audaz aventurero.

Sin embargo, en sus ojos que miraron la muerte,
hay fulgores oscuros y profundos, se advierte
que el dolor ha bruñido sus pupilas de acero.

PRÓLOGO

Permitidme, señora, que evoque aquí el recuerdo
de cosas que no he visto, pero de que me acuerdo
con una persistencia más fuerte que el olvido:
son remembranzas viejas de esfumados contornos,
anécdotas sin fecha... dijérase retornos
de las fazañas que hice antes de haber nacido.
Hace treinta y tres años, en este año de gracia,
que vivo entre las máquinas y entre la democracia;
soy hombre de este siglo del auto y del biplano,
siglo de mercaderes y de adocenamientos,
época en que deambulan, torvos y macilentos,
los quijotes que piden a la Esfinge su arcano.
Empero, en esas horas de calma y de mutismo,
en que el hombre parece salirse de sí mismo,
ante mi vista pasan, bajo palios y solios,
ingrávidas visiones de abolidas tragedias,
que emergen de entre el polvo de las enciclopedias
cual si fuesen las almas de los viejos infolios.
Mas no son los remémberes de olvidadas lecturas
los que en mi mente forjan ensueños y vestigios;
son mis evocaciones imprecisas y oscuras,
son recuerdos muy hondos de guerras y aventuras,
que ilustraron mi vida hace ya muchos siglos.
Cuando al pie del castelo entonaba cantigas,
cuando brillaba el oro de mis regias lorigas
bajo el luar romanezco, y hurtado de la ronda,
con el acero al cinto
escalaba los muros de un gótico recinto
para besar las manos de mi princesa blonda.
O cuando bajo el hábito, vistiendo la coraza
quise llevar los triunfos de la cristiana raza
a tierra de Califas, por mares legendarios,
y siendo al mismo tiempo abad y caballero
lucí sobre mi pecho de creyente y guerrero
escrita en tintes rojos la Cruz de los Templarios.
De esos heroicos tiempos, de esa lejana gloria
que dormita entre el polvo sagrado de la Historia,
voy a evocar agora el recuerdo florido.
Son hechos y leyendas de hombres que ya no existen,
cosas llenas de encanto, que aun extintas persisten,
cosas que si no fueron, debieron haber sido!!

LUIS CASTRO SABORIO

Ha descollado más como escritor jurídico. En ese sentido, tiene mucha labor dispersa. Sus estudios sobre Criminalogía y Psiquiatría le han merecido justos elogios en el exterior. Ha publicado varias obras: *Actuaciones Penales*, *Guía Práctica de Legislación y Jurisprudencia*, y ha dirigido la «Biblioteca de Derecho vigente en Costa Rica», que abarca unos 15 volúmenes.

Nació en San José en 1878. Estudió en el Liceo de Costa Rica donde obtuvo el título de Bachiller en Humanidades. Siguió la carrera del Derecho y se recibió de abogado en 1902. Ese mismo año fué nombrado Juez del Crimen en esta ciudad. Ha sido Catedrático de Procedimientos Penales. Ha trabajado casi siempre en los Tribunales de Justicia. Actualmente es Magistrado de la Corte Suprema y Catedrático de Derecho Romano en nuestra Facultad.

EDUCACION DE LA NIÑEZ

TRIBUNALES DE JUSTICIA PARA LOS NIÑOS

Es un hecho comprobado por las modernas investigaciones penales, que esa decadencia que se llama delito, es, o bien producto de la herencia, o bien un resultado del medio ambiente en que se vive; es decir, es una degeneración adquirida.

Los hijos de alcohólicos son a menudo epilépticos, tísicos, idiotas o criminales.

El alcoholismo es un verdadero azote de la humanidad. Debemos entonces combatirlo.

Los hijos de sifilíticos y leprosos, muestran a sus padres los resultados de pasadas orgías, y sus gritos de dolor, lo son también de protesta a la vida que miserablemente les dieron.

Reformemos nuestras leyes civiles acerca del matrimonio entre esos enfermos.

Y que debemos hacerlo nos lo dice la misma naturaleza, que cumple en ellos la ley de selección, dejándolos que vivan una vida de hospital y agostándolos tempranamente, como flores de invernáculo.

Los hijos de criminales, con el ejemplo recibido y la psiquis heredada, son verdaderos vasos en donde incuba la desastrosa tendencia.

Luchemos contra los criminales y sobre todo contra los incorregibles. Hagamos con ellos la función que nuestro organismo opera con los elementos que le son nocivos.

La sociedad es también un organismo y para la convivencia armónica de los coasociados necesita separar a los seres que le perjudican.

No me refiero a la pena de muerte. Quienes no dan la vida no pueden quitarla. Pero el hombre puede ser recluido indeterminadamente en un lugar penal, y volver al seno de la sociedad cuando el tribunal respectivo crea en su regeneración completa.

La miseria económica, es causa de la fisiológica, y aun algunas veces, de la moral y mental.

La desigualdad humana es aterradora y no puede suprimirse, pero sí podemos organizar la manera de llevar el consuelo a esos hogares desventurados en donde se sienta el hambre, promotora en ocasiones del delito.

En las escuelas, en donde el niño del rico ve llegar al andrajoso del pobre, puede acostumbrarse aquél, a ver, no con desprecio y como un estigmatizado al compañerito, sino como un igual a quien la fortuna y el acaso hicieran nacer en cuna diferente.

El niño del rico debe tender la mano al pobre, y contribuir, no a que lo iguale en mundanales apariencias, sino en el color de sus mejillas y en la alegre carcajada con que siente la dicha de vivir.

La solidaridad humana no debe enseñarse en academias, ateneos ni congresos, sino en las escuelas. Más tarde, cuando los niños salgan de la escuela, no encontrarán el motivo de aquellas discusiones filosóficas entre los hombres que desde pequeños se han visto como hermanos.

El orgullo, los gestos despectivos, las burlas, tienen su origen en el descuido en que se deja la educación que enseña a ser humano.

Muy bien puede establecerse en cada escuela una contribución para calmar hambres en los hogares infelices y comprar útiles.

Que no sea la pobreza la que haga perderse en el abandono, muchas esperanzas de la patria.

La higiene debe ser también motivo de estudio.

La medicina escolar no debe concretarse a prestar sus servicios para coser la herida o poner la venda cuando el niño se cae.

El médico debe examinar a cada uno de sus alumnos y estudiar sus anormalidades, mostrando el origen de las enfermedades de la memoria, de la atención, de los defectos para asimilar conocimientos, etc. Tales luces sabrán decirle al maestro, de lo inútil de su severidad, y le harán comprender, dado el temperamento y sensibilidades de los muchachos, que el azote no siembra obediencias, sino que destruye energías; que el dolor inflingido es una humillación sentida y que el insulto tiene un eco que no se pierde jamás y que es simiente venenosa a cuyo alrededor se forma una conciencia rebelde y altanera; que esa severidad lo pone en ridículo ante el niño que es objeto de ella, porque éste no tiene su sentido crítico suficientemente desarrollado para comprender la gravedad de su falta; que ésta no es tan criticable como la poca previsión de quien no supo corregir la aptitud para el mal, demostrada con el hecho de haberlo cometido.

Un maestro debe ser un psicólogo de la infancia, y en su labor concretarse hasta donde sea posible, a llenar las deficiencias que note en la estructura moral o intelectual del pupilo.

Los golpes no dan ideas, y yo nunca he visto sembrar rompiendo la semilla.

La acción del médico debe ir más allá. Notada una anormalidad debe constituirse en la casa misma del niño, y estudiar a los padres en sus manifestaciones viciosas o enfermizas. Debe darse cuenta de la higiene de la habitación y de los lugares adyacentes y dar cuenta de ella a quien corresponda para el saneamiento.

Hay niños que no tienen hogar, que no conocen la dulzura de una caricia ni han sentido el agua fresca de un consejo bueno. Son flores de pantano. La madre no los deja entrar a la casa: o porque no han traído el producto de la mendicidad o porque la cita adulterina se lo impide: porque el padre está borracho y los maltrata o porque han resistido al mandato del hurto que los mantiene.

Esos niños no comen bien, duermen peor y están casi desnudos. No es raro encontrarlos dormidos en las calles o sobre los cajones que guardan sus cepillos de limpiabotas.

Si el niño no tiene hogar, *debe formársele,* para que no crezca en la soledad, que si es fecunda para el sabio que sueña con un sistema filosófico, es estéril y aniquiladora para aquel que cual otro Segismundo se preguntará:

«qué delito he cometido
contra vosotros, naciendo?»

***

La pena para los niños es ineficaz. Ese sentido de castigo que tiene la palabra debe abandonarse y llamarse corrección.

Si es una verdad alcanzada que los niños no deben penarse, ¿por qué hay penas todavía para ellos, cuando se sabe, aun por el ridículo que ello implica, que nadie debe saciar sus iras en un niño?

¡Toda una sociedad contra un niño! ¡Esa monstruosidad sólo se ve en algunos animales que devoran y maltratan a sus hijos recién nacidos!

¿Es natural que la sociedad castigue a la niñez, cuando no puede exigir nada de ella, cuando no es posible por los pocos años que cuenta, por su poco roce, que tenga ya desarrollado el concepto de la sociabilidad, que la convivencia armónica implica?

La pena debe suprimirse para los niños. El proceso no debe abrirse para ellos. Eso es muy serio para tan poco enemigo.

Lo que debe implantarse es lo que los americanos tienen: la Children's and Society Boys Farm, de Nueva York, la Detention Home, de Chicago, etc., algo que hable al niño de hogar, de escuela, de cariño, de salvación.

Algo de esas cuatro cosas que le faltaron muchas veces al nacer y que por esa causa, por esa única causa lo llevaron a cometer un delito cuyo título ignoraba, cuyo nombre se lo ha dicho el Juez más tarde y que ha causado la sorpresa en esa personita, que contestará irremisiblemente: «pues si eso lo he visto yo hacer muchas veces y no sabía que era prohibido.»

A ese niño que delinque por ignorancia, por falta de sentido crítico, no se le puede señalar una pena degradante y mucho menos llevarlo a una prisión.

Penar niños, es formar criminales y con eso incurrir en verdadero crimen, más espantoso que el que se desea castigar.

Y, además: es ridículo el caso, como dije: toda una sociedad conmovida y hecha furia, ¿contra quién? Contra una persona de diez años y un día, que, según dictamen médico legal, goza de discernimiento suficiente para conocer el alcance de sus acciones.

No, ya lo dije antes. Al niño no debe castigársele, debe educársele.

Aún mas. No se debe formar archivo de esas informaciones contra ellos, porque cada niño que delinque no es un criminal, es un vagabundo, es un desamparado que llama a las puertas de la justicia, con el anuncio de su hecho, para decirle que lo salve, educándolo, y que lo libre, precisamente de ser un criminal.

Es un ingenuo, que entregándose, dice a la sabia justicia: es mejor prevenir que castigar.

CRISTO VUELVE

...Pero hay más. Es la angustia del peligro, es el irse de la vida misma, lo que hace clamar a Dios, a esos que estuvieron en el continuo olvido de su nombre.

Es la sangre, en este cataclismo de la guerra, la que arranca el grito implorador del auxilio divino.

Es el espectáculo de la muerte que se presencia y que se teme a cada instante, lo que hace que el hombre, que era sólo materia antes, se transfigure y se convierta en sólo alma y que en esa alma haya sólo un grito: ¡Dios mío! ¡Creo en Vos!

Y ese milagro de la sangre es el que ha hecho que esos nuevos resucitados—los soldados que salieron con vida de los combates—vuelvan a sus hogares, buenos, santos, purificados, llenos de devoción y enseñando a amarse los unos a los otros.

En cada soldado que retorna, vuelve Cristo después del sacrificio, con la sonrisa de bondad en los labios, como símbolo para la futura vida.

Cristo vuelve. Si sus palabras pudieron ser olvidadas dentro de los halagos del mundo con su cortejo de placeres, su sangre, no lo pudo ser nunca. Ha unido los espíritus.

Y así como los hombres sólo comprendieron la pureza de su doctrina ante su martirio, el sacrificio hoy se repite y su verbo llega otra vez a las almas, al espectáculo de su misma sangre que es la vertida por sus hijos que tanto quiso y que tanto amó.

Transfigurados los pueblos después de la lucha; convertidos por virtud de los dolores más intensos; alcanzada la Paz en el troquel de la desesperación, volverán los ojos hacia Cristo; comprenderán de nuevo lo que significó su tormento y harán de la nueva Cruz el símbolo de la futura Paz reinante.

AVATAR

Fué en el tranvía. Aquella tarde iba yo para Guadalupe y frente a mí estaban sentados Juan, el viejo vendedor de frutas en el Mercado, y su hija Silvia, preciosa muchacha de unos diecisiete años de edad y que tiene en sus ojos toda la luz de nuestros soles tropicales y en sus mejillas toda la frescura y colores de nuestros duraznos.

Juan, con las alforjas repletas de comestibles descansando en sus rodillas, oía de su hija los chistes ocurridos durante las ventas del día en su tramo.

El tranvía se detuvo. Entró en el carro y tomó asiento frente a la pareja un cincuentón, de aspecto melancólico, que, al ver a Silvia, noté que había sido vivamente impresionado. Conteniendo su emoción, aquel hombre acariciaba con la mirada a Silvia y parecía que cada

detalle observado reanimaba en su memoria algún recuerdo, doloroso quizá, o muy querido.

La muchacha llegó a inquietarse con la insistencia de aquel examen, y con gesto asustadizo y palabras entrecortadas dijo a su padre:

—Papá, papá (tirándole de una manga de la chaqueta), ¿quién es ese hombre que me mira tanto?

—¿Cuál, hija?

—Ese que te queda un poco al frente.

Volteó a ver el viejo y de pronto gritó:

—¡Hola, Joaquín! ¿Qué te habías hecho? Pero, ¿tú eres Joaquín Bendaña?

—Sí, el mismo.

—¡Qué cambiado estás, hombre!

—¿Me encuentras?

—Oye. Cómo te ha gustado la muchacha. ¡Ah, ya, ya, ya...! ¿Verdad que es el mismo retrato de su madre?

—Sí, Juan; he estado viéndola, y recordando a Rosa, a mi juventud, a mis amores, a la dicha de mi vida... que se fué... que se fué...

—Hombre, Joaquín. La verdad te digo: mejor hubiera sido que Rosa se hubiera casado contigo, porque en realidad era a ti a quien únicamente quería. Yo me enamoré de ella y, como era rico, ya recordarás que sus padres fueron quienes la obligaron a admitirme como esposo.

Llorando llegó al altar. Te lo cuento porque talvez no lo sepas. Como hiciste la tontería de irte del pueblo y no dejarte ver más...

Y de esto hace veinticinco años. ¿No es verdad?

Poco faltará para completarlos. Y... dime, Juan, ¿me recordaba siquiera Rosa como un amigo que la quiso?

Hombre, eso no lo sé. Durante el tiempo que estuvo conmigo—pues ya tiene cuatro años de muerta—siempre estuvo triste. Tu nombre no se le oyó. Jamás una alegría, ni aun cuando nacieron sus hijas. Porque tengo tres, y ésta que ves aquí es la mayor; te la presento.

Silvia, que había estado escuchando la conversación de su padre, llegó a interesarse por aquel hombre y preguntó:

—¿Este señor fué novio de mamá?

—Sí, hija. Y se iba a casar, cuando me metí de por medio y... dime, Joaquín, ¿por qué no volviste al barrio?

Porque... quería demasiado a Rosa para volver.

El tranvía se detuvo. Joaquín bajó después de haberse despedido y Silvia, con la frente pegada al vidrio de una de las ventanillas del carro, siguió a aquel hombre hasta perderle de vista. Cuando volvió el rostro, una lágrima rodó de sus ojos hasta su corpiño, como buscando el corazón.

—¿Lloras, hija?—le preguntó Juan.

—No, es mi madre.

LUIS CRUZ MEZA

Es abogado y periodista. Además, un profesor de energía. Se empeña en algo y lo realiza. Sostuvo aquí por algún tiempo la Escuela de Agricultura y luego levantó la tienda para ir a clavarla en otro predio más propicio a sus anhelos. Desde entonces está en Guatemala, donde trabaja por cimentar su soñada enseñanza de la agricultura.

Nació en la ciudad de Heredia, en 1877. En el 96 se graduó de Bachiller en Ciencias y Letras en el Liceo de Costa Rica. En ese mismo año hizo viaje a Guatemala, en donde, en 1901, obtuvo el título de Abogado de la Facultad de Derecho de aquella República. De regreso a su país, abrió su bufete. Ha sido director de la revista jurídica «El Foro», por más de quince años. En 1912 fué profesor de Psicología, Lógica y Etica en el Liceo de Costa Rica, y ha sido Juez de Primera Instancia en lo Civil.

Es miembro de varias Sociedades Jurídicas de América, y en Guatemala, como en Costa Rica, es bien estimado como abogado inteligente y activo.

DEFECTOS DE MORAL NACIONAL

FRAGMENTO

Acaba de publicar entre nosotros, el ya bastante celebrado escritor Salvador Mendieta, un libro que llama *La Enfermedad de Centro América*, en que, con acopio de observaciones recogidas en los diferentes pueblos de esta bellísima sección de las Américas, a donde su peregrinación de político rebelde lo ha llevado,—estudia los males que nos aquejan,—señala los defectos que padecemos,—ridi-

culiza las costumbres en que vivimos, -apunta nuestras tristes prácticas de desaliento y cobardía, de pereza y de rutina,—nos marca como inhábiles y enflaquecidos, incapaces, no de hacer nuestra felicidad, sino de ser felices; -nos clasifica entre los cansados de la vida, entre los que tenemos miedo de vivir. Todo esto salpimentado con anécdotas picantes que hacen de la obra de este Juvenal nicaragüense, un libro tan ameno como profundamente desconsolador. Porque el defecto de este libro,—libro que aunque sea triste confesarlo está inspirado en la verdad,—es el de no ser completo. De nada o de muy poco sirve señalar el mal, si no se apunta el remedio. Nuestros sabios se lucen haciendo diagnósticos, sobre todo cuando el diagnóstico abarca varios extremos de la posible o posibles enfermedades; pero sus pareceres resultan infructuosos si no agregan el medio de salvar al paciente, si no indican el medicamento preciso que el mal o daño para desaparecer necesitan. Acaso nuestra raza tendría más que agradecer al simple curandero o empírico que nos ofreciera la yerba maravillosa, restauradora de la salud, que al sabio que se limita a pronosticar la muerte.

Y lo que aquí para Centro América ha escrito Mendieta, lo han escrito para la República Argentina Octavio Bunge y Manuel Ugarte, aquél en su libro *Nuestra América,* éste en el suyo *El Porvenir de América Latina,* y el boliviano Alcides Arguedas en el suyo *El Pueblo Enfermo,* y el mexicano Maximiliano Avilés en el suyo *La Acción Individual,* y el extraordinario yanqui Teodoro Roosevelt en el suyo *Las Dos Américas.*

A estas horas es, pues, imposible no saber que estamos enfermos, y el primer síntoma de nuestra enfermedad es la aprehensión de vivir, la desconfianza de nosotros mismos. Hablamos y escribimos estas líneas, no para América, ni para América Central; ni siquiera para Costa Rica y sus provincias; no queremos, ni pensamos que lo que habrá de decirse sea para nuestros capitolinos, ni siquiera para un barrio determinado de San José. Es más concreta la intención: su autor lo ha escrito para sí mismo, y por especial motivo lo presenta a los ateneistas, que forman este centro de cultura y de arte, a las escogidas personas que forman este inmerecido auditorio mío, y las cuales, muy posiblemente sin comprenderlo, sufren alguna de las enfermedades que aquí se denuncian, denuncia que irá acompañada del remedio o medicamento especial que las alivia, y que producen, o que ojalá lo produzcan, el resurgimiento y reanimación de vidas que se apagan y que no deben apagarse.

Durante algún tiempo ha sido, y por supuesto, continúa siendo la enfermedad motivo para darnos importancia.

No conoce la mujer recurso mejor para llamar la atención que el de manifestarse displicente y contrariada; puede ser hermosa, inteligente, cautivadora; pero, según ella, lo será más, si une a su inteli-

gencia la palidez de su rostro, unas ojeras profundas a sus ojos, si une a su hermosura cierta languidez en la mirada, si une a sus dones cautivadores cierto cansancio en el hablar,—alguna que otra angustiosa tos;—y los hombres, si sabios, la consiguiente dispepsia y falta de sueño; si literatos, poetas o escritores, el descuido personal primero, los cabellos largos, el traje de artistas, la mirada caída y hasta las orejas gachas; si políticos de alta escuela, el ceño que indica mal humor o cólera, los bostezos, la displicencia de los seres superiores; si hombres ricos, el reuma o la gota, alguna que otra lágrima, y prolongados suspiros; si estudiantes, la melancolía, la indiferencia, el desencanto: se hallan en la hermosa mañana de la vida y revelan en sus rostros las tristezas crepusculares de la tarde. Algunos imitan a Werther sin haberlo leído.

Por supuesto, en el fondo no hay tales enfermedades, ni tal cansancio de la vida: es sencillamente una costumbre, la costumbre de una importancia fingida y errónea. La más leve sugestión cura radicalmente la enfermedad; acercaos a la hermosa que finge una tosecilla que no siente, reveladle en alguna forma el convencimiento que tenéis de su hermosura, y entonces veréis como ya no se queja de la tos ni de molestia alguna; la tos era un pretexto para llamar la atención respecto a su belleza; la tos hacía el mismo oficio que el lunar encantador, no puesto por el dedo de Dios, sino pintado sobre la rosada mejilla de la enferma;—al político que finge dolores atroces de cabeza, lengua saburrosa y blanca, y repugnancia por las comidas, habladle de las habilidades con que realizó cierta combinación política, del talento que manifestó en señalada proclama, de su claridad para vislumbrar lo porvenir, de la semejanza entre sus procedimientos y los del Canciller Bismark,—decidle, si queréis, cortesano o médico, lisonjearle o curarle, que bajo aquel cráneo palpita el cerebro de un Gladstone, y entonces veréis como no pasó de ficción el dolor de cabeza. Cómo va a producir dolores una cabeza tan extraordinaria! Además se sabe que Gladstone no sufría esos achaques. Las motas de la lengua no eran blancas, sino rosadas como las ilusiones de los niños, y la repugnancia por las comidas se trueca en descomunal apetito, —posiblemente no bastará el dadivoso erario (al que los políticos dirigen principalmente sus visuales, por amor a la Patria, por supuesto)—para satisfacer aquel nuevo afán de comer y de vivir. Aquellos males eran un pretexto para llamar la atención sobre sus dotes de político: aquellos achaques hacían el mismo oficio que la calva reveladora de la mentalidad poderosa del enfermo.

El rico, que además de su enfermedad natural y congénita, la de la desconfianza, tiene otra que yo llamo *la de darse importancia*, os hablará del reuma, de la gota y de su contrariedad, al no poder, por los malos negocios, realizar un anhelado viaje a determinado lugar de baños; pero habladle de la admiración que existe por un

hombre como él, que ha sabido formar por su propio esfuerzo un capital y conservarlo; habladle de la influencia decisiva que por su pericia en los negocios, ejerce en la política del país, entonces el reuma y la gota y las contrariedades desaparecen y la cara ceñuda y amarga, se torna en rostro de complacencias: salta de su asiento para veros más pequeño; recorre de un extremo a otro el salón; se ríe, goza; no hay tiempo de interrumpirlo, habla, habla. . . habla de cómo se aprovechó de la ganancia de un descuidado; de los altos cambios habidos por su influencia, de sus labores, de su habilidad, de su entusiasmo por la vida. El reuma y la gota no eran sino un pretexto para llamaros la atención sobre su riqueza y bonancible estado, y acerca de sus habilidades bursátiles.

Esto no tiene nada de extraño, ni de raro; ocurre aquí como en otras partes, entre los grandes como entre los pequeños, entre ricos como entre pobres, entre instruidos como entre ignorantes, y el problema que parece resultar de allí, es el siguiente: «Si otro puede sugestionar a estos enfermos de ese mal de *importancia*, ¿por qué no se sugestionan ellos mismos? —La vida no vale la pena vivirla sino envuelta en el rosado velo de la felicidad. Si con todas nuestras fuerzas buscamos nuestra dicha, y ésta, siguiendo la doctrina de algunos moralistas ingleses, nos será más fácil encontrarla cuando nos esforcemos en procurar la de nuestros semejantes;—¿a qué atormentar a los demás atormentándonos a nosotros mismos?

Indudablemente, vosotros conoceréis al tipo que quiero referirme: no es alto ni bajo; no muy blanco, ni moreno; no usa lentes y su mirada es sagaz y astuta, gasta bigotes y en ocasiones una pequeña barba a lo Napoleón III; no anda con la suavidad de nuestro cartaginés ni con el descuido del herediano, ni con el atropellado paso del alajuelense; su andar es garboso y firme, como el de los nacidos en la calle real de San José; viste con delicada corrección y esmero; ha viajado mucho; ha sido más apreciado y admirado en otras partes que en su propio terruño; tiene deleite y pasión por versos y recitaciones, y talento muy especial para hacer epigramas y calambures; no sé si es rico, pero vive con esplendidez y holgura, nació. . . yo no sé donde nació; hábitos, métodos de vida, casi sólo tiene los de un niño; no es exagerado en nada; él comprende *que respirar no es vivir*, pero no tiene designios fijos que le coarten su libertad. A mi juicio es un varón interesante, feliz. ¿Quién de vosotros no lo conoce? Se llama. . . se llama. . . Omito su nombre para significar su personalidad psíquica, aunque pudiera llamarle don Fadrique, por su semejanza con el personaje descrito en uno de los mejores libros de Eça de Queiroz.

Este individuo, constituye casi planta exótica en nuestra tierra,—ama la vida con delirio, la ensalza, la idealiza, la considera el dón más inapreciable de que podemos haber sido dotados; al estrechar su

mano, parece trasmitirnos, inculcarnos su felicidad, la idea del bienestar verdadero; permanecer en su compañía, oírlo, es cosechar un mundo de entusiasmo y de placer. —Estoy bien, siempre bien; tal es su contestación favorita. Es, en resumidas cuentas, este célebre personaje, estrella brillante de nuestro mundo social, comparable en todo y por todo a un día de sol que conforta y vierte vida y alegría y entusiasmo en derredor suyo. Las raras condiciones de este hombre, que mide la vida por el *pensamiento* y la *acción,* muévenme a anotar en estas líneas, las ideas de algunos profesores de psicología, mejor dicho de sociología, que nos enseñan el curso de nuestras operaciones mentales o espirituales (como quiera llamárselas); que nos indican el paso maravilloso de la simple sensación, al complicado sentimiento; y que nos revelan cómo la sensación y el sentimiento se transforman en la prodigiosa fuerza de voluntad, que es carácter, que es energía, que es vida! Cuando Epicteto decía: «No anheles que las cosas sucedan según tu deseo, sino desea que las cosas sucedan como suceden», revelaba la más grande de las lecciones de fuerza de voluntad, de valor moral, que puedan concebirse: encerraba en esta lección psíquica la más memorable de las lecciones del arte de vivir, que pueden suponerse. Hemos dicho que la felicidad en la existencia, consiste en saber medir la vida, por el *pensamiento* y por la *acción:* para estas manifestaciones se requiere:

1.º Saber atender: atender activamente; sólo así puede cumplirse la más alta de las lecciones morales, que susbsistirá por los siglos de los siglos, *el conócete a ti mismo.*

2.º Saber reflexionar: nuestros sentimientos deben ser el producto de juiciosos raciocinios; nuestro odio y nuestro cariño, nuestro placer y nuestra pena, nuestra actividad y nuestra inercia, todo, todo lo que del alma brota, no nace al acaso ni instintivamente; hay en todo ello concienzuda reflexión y estudio—y aun cuando no admitiéramos esta innegable verdad—debemos, a lo menos, reconocer, que nacidos con tales o cuales sentimientos, éstos como todos son dignos de mejoramiento y de cultura.

3.º Atendiendo bien y reflexionando con cuidado, se llega indefectiblemente, a la felicidad que tanto ambicionamos; ahora entre la alegría, sentimiento característico de la felicidad, y la pena—sentimiento característico de la no felicidad, encontramos el argumento de la célebre *teoría de las compensaciones;* nuestras épocas tristes, nuestras épocas amargas, han sido precisas para que nos demos cuenta exacta de nuestra alegría presente, de nuestra felicidad actual.

4.º El sentimiento se puede llegar a igualar con el saber, y ciencia y sentimiento son los factores de que se compone nuestra determinación. *Saber determinarse:* he ahí otra gran base de la verdadera felicidad: un *me determino,* me decido, pronunciado, o mejor

dicho, nacido del alma, es necesariamente indispensable para la persona que ambiciona ser feliz.

5.º Tras el *me determino* viene la ejecución: se da un objeto, un ideal a la vida, sabiendo qué es lo que se quiere; pero ese ideal se aumenta, se magnifica,—si cabe la frase,—ese ideal se hace mejor, si estamos plenamente seguros de que la determinación tomada la hemos de ejecutar: no abandonemos al azar el cuidado de nuestra felicidad, cultivémosla nosotros mismos; no debemos ser navecillas abandonadas, que se dejan pilotear al capricho de los elementos, sino potentes acorazados que ejecutan esfuerzos propios que los salven en la vía que de antemano se han señalado; y

6.º La determinación bien hecha, exige no sólo la ejecución enérgica, decidida y firme, sino que requiere, además, la tenacidad, la perseverancia, la paciencia obstinada; he aquí, precisamente, el triunfo de la felicidad, del máximum de felicidad que puede ambicionarse. No ser feliz puede traducirse por no ser sano. Pues bien, el peor mal es el de la *volubilidad;* las veletas que se mueven a todas partes al menor soplo del viento, no quieren, no pueden ser felices.

Sobre estos seis capítulos que vamos a examinar y respecto de los cuales declaro con firme convicción,- todos vosotros tenéis, a no dudarlo, más conocimiento que el humilde mío,- haremos un análisis de la moral, que siguiendo la corriente de nacionalización que aquí tanto nos agrada, llamo *moral nacional:* veremos el aspecto de su base científica, al lado de su adaptación a la experiencia, y buscaremos y conoceremos en sus detalles, los zarzales y breñas que parecen hacerla intransitable para la *conquista social*, que todos los hombres de buena voluntad ambicionamos para nuestra Patria; conquista de *la libertad* que da fuerza, que da poder, que vivifica y engrandece las ideas; conquista de *la tolerancia* que da dignidad, que da grandeza, que sujeta y reglamenta las pasiones; y por último, señores, la conquista de la *comunidad de afectos,* que es la más bella de las obras del Creador. Si entre los animales hasta los más viles insectos tienen y cultivan ese preciado don de la comunidad, ¿cómo ha de ser posible concebir que el hombre se aparte de él y lo desprecie? Pueblo en que la comunidad de afectos, y la tolerancia y la libertad tienen su culto, son pueblos no extraños a la felicidad y a la dicha.

Señalé al principio los libros de algunos sociólogos americanos, con el especial empeño de hacer ver que hay afán en nuestras nacionalidades de América Latina, de análisis de nuestros males y quebrantos, de nuestras enfermedades y miserias, de nuestras inmotivadas penas y fingidos dolores; estos estudios, estos análisis, llevan consigo el grito de esperanza de un resurgimiento moral, de un resurgimiento a la vida de innegable beneficio para todos, y que nos hará no sólo más felices, sino más dignos, completos y mejores.

LA NIDADA

¿Habrá alguien en el mundo que se haya privado del placer de observar una gallina rodeada de sus pollitos? Quien recuerde el espectáculo cuando los pollitos tienen dos o tres días de edad, imagíneme en tal observación con mis hijos y con todo el personal de la casa. La hacendosa e incomparable mamá nos enseñaba en cierto día una gallina con catorce pollitos. Ay, ¡qué lindos!, exclaman todos: vea ese con pintitas blancas! Ay, este tan negrito! Este se parece muchísimo a la pollita que trajeron de Limón! No los toquen porque los pica la gallina, grita el mayor de los muchachos, con aires de mando y jefatura. Y la gallina, llena de orgullo de que la vean con tantos hijos, se pavonea y se aleja por el patio, buscando en cada pedazo de tierra algún gusanillo para entregarlo a la rapacidad de sus hijos; nada quiere para ella, todo para sus pollitos.

Quizás a nosotros los mayores ese espectáculo de la gallina con sus polluelos nos afiance mucho en nuestro espíritu y, por lo mismo, la impresión se nos borra y desaparece pronto; pero en los niños la impresión dura por muchos días. Digo esto, porque cuando nos sentamos a la mesa, enseguida de haber visto la gallina con los pollos, en ella no se habló de otra cosa. Cada uno de los cinco hijos tuvo alguna observación que hacer. Antonio dijo que cuando los pollos llegan a grandes, se peleaban hasta con la mamá; Luisito dijo que lo bonito sería que nadie matara los pollitos sino que los dejaran hasta que hubiera cien mil; Lucita dijo: la gallina es muy linda porque adormece a sus chiquitos; Vicentito, el bebé, neciaba diciendo, *yo quello uno, yo quello uno,* y tanto lo dijo y tanto gritó que tuvo la sirvienta que llevárselo al gallinero para procurar complacerlo en su deseo. Todos hablamos del mismo asunto, por mueho y sobre distintos aspectos de la cuestión; mas de pronto observé que sólo Pinpín, el que está en medio de mi nidada dichosa, no había pronunciado una palabra sobre el particular, no obstante que él estuvo presente y había visto y contado cada uno de los pollitos. ¿Sería posible, pensaba yo, que a él, que todo le impresiona, no le haya impresionado el espectáculo de la gallina con sus catorce pollitos? No dejó de quitarme algún rato de sueño esta observación.

A la mañana siguiente, cuando Pinpín vino como de costumbre a mi cuarto a que le abrochara sus tirantes y le hiciera entrar el zapato derecho, que siempre se le resiste, según su propio decir, lo puse de pie sobre la cama y le dije: —Hombre, Pinpín, anoche no dijiste nada de la gallina ni de los pollitos.

—No dije nada pero estaba pensando.

—Ah, caramba! No te conocía esa nueva gracia. Con que ya tú piensas?

—Todos pensamos, todos. Los chiquitos, los hombres, los gatos, la vaca, la cabrita, las gallinas, todos todos, hasta usted.

—Bueno, dame un beso y me dices en qué estabas pensando.

De nada me sirvió el beso: Pinpín salió corriendo y no me hizo caso y yo me he quedado dándole vueltas al caletre, queriendo averiguar en qué estaría pensando ese chiquillo travieso. Quizá sería sobre lo que dijeron sus hermanos. lo injustos que son los pollitos si, cuando están grandes, se pelean con su mamá, que se desvive por ellos, y lo injustos que son los hombres, que matan los pollos para deleite de sus apetitos! ¡Cuántos millones de pollitos habría en el mundo si no sirvieran para comer! A mí, que también pienso como Pinpín, se me ocurrió, mientras veíamos los pollos, comparar las dos nidadas, la de la gallina y la de mi hogar y me sentí dichoso y muy feliz viendo a la acusiosa, incansable mamá rodeada de los suyos, de los que llevan nuestra sangre, por quienes nos desvivimos, picoteando la tierra y el cielo para buscarles sin descanso todo lo que ha de darles satisfacciones y alegrías. Cuentan gentes desocupadas que hay hijos malos, ingratos con sus padres; yo niego rotundamente esto. Eso es sólo invención de los desocupados, y buscando alguien que apoyara mi opinión, corrí a ver a mis hijos; me rodearon los cuatro hombres y la reinita, la Luz de la nidada, y viéndoles sus ojos y sus frentes, quise hacerles la pregunta de si es verdad que hay hijos ingratos con sus padres, y preferí besarlos a todos y no decirles nada. Hay preguntas que por inútiles hacen tanto daño. . . !

LISIMACO CHAVARRIA

Como de Leconte de Lisle dijo Darío, podría decirse de este poeta agreste: «Nacido en una tierra espléndida de sol, florestas y pájaros, sintióse poeta «el joven salvaje»; la lengua de la naturaleza le enseñó su primera rima y el gran bosque primitivo le hizo sentir la influencia de su estremecimiento. Imaginaos a un Pan que vagase en la montaña sonora, poseído por la fiebre de la harmonía, en busca de la caña con que habría de hacer su rústica flauta.» Y Apolo le dió a este cantor humilde la lira armoniosa y sopló a su oído el divino secreto rítmico. Es cuando baja de la montaña, aún con los vestidos salpicados del mozote silvestre, y entra a la ciudad para que coronen su frente joven y cálida.

Escribió mucho y, como es natural, no todo culminante; pero en todos sus poemas hay su misma modalidad admirable, de estro ardiente y espontáneo.

Hijo humilde de la ciudad de San Ramón, empezó su vida literaria ocultándose bajo el nombre de su esposa doña Rosa Corrales de Chavarría; así publicó su primer volumen en 1904, con el nombre de *Orquídeas.* Poco tiempo después publicó *Nómadas*, con el nombre de su compañera también. En este libro está clara la influencia que ejerce Vicente Medina sobre nuestro poeta; influencia que le hace cantar poesías tan bellas como «Yo juera su novia» y «Quini un paraiso», verdaderos ejemplares de poesía regional. En 1907 publica el mejor de sus libros, *Desde los Andes*, ya con su propio nombre. Libro tropical, cálido, de fluidez poética, pleno de sol y húmedo de rocío. Poco tiempo después publicó un pequeño libro conteniendo

su poema *Añoranzas Líricas,* sincero y hondo. *Manojo de Guarias* es un libro póstumo, editado un mes después de la muerte del poeta, ocurrida el 27 de agosto de 1913. Este librito es humilde y perfumado como las flores que canta.

Lisímaco fué puro en sus versos como en su vida: su alegría era un poco de sol, aire fresco del campo; su licor el agua, que él cantó en su *Poema* laureado.

No contaba apenas 35 años, en plena siembra, cuando cae rendido, entre sus compatriotas descreídos que nunca quisieron ver lo alto de su penacho lírico. Si la vida hubiera querido que este felibre cantara un tiempo más y se hubiera cultivado mejor, Costa Rica habría visto que el Continente se llenaba con sus versos y que este cantor nuestro tendría la misma grandeza que Marquina y esa misma sonoridad maravillosa que hace de Chocano un dilecto de América.

Tuvo la fortuna Lisímaco, empero, de ser admirado por hombres como Darío, Rodó, Medina, Argüello y tantos con quienes sostenía correspondencia y que lo estimularon para el trabajo luminoso y amargo.

Convenido está que Lisímaco fué un gran poeta y que, sin embargo, vivió pobre, casi en la miseria, con la doble pena de su enfermedad y de la indiferencia de sus contemporáneos. Pero su muerte, como la de Silva, como la de Herrera Reissig, como la de Carriego, como la de tantos artistas ignorados en vida, comenzó a ser la puerta luminosa. Triunfo del Ideal ese suyo, como el que recogiera inmortalmente en el lienzo Leopoldo Romañach, el pintor cubano del *Foso de los Laureles.*

Unción de la muerte, tardía y obligada, nunca el fresco gajo para la sien palpitante.

DESDE EL TROPICO

Para una dama europea

I

Ondula airoso, en el puntal del asta,
mi pendón, saludándote, señora;
sé que eres sensitiva y portadora
de gentileza sin igual, y casta.

Tu nimbo es el talento,—eso me basta
para fingirte cual perenne flora:
la gema que más brillos atesora
más la enriquece el oro que la engasta.

Aquí, donde arrebola el sol al día,
región de las orquídeas y quetzales
que inspiran cantos a la musa mía,

aquí, en medio de selvas tropicales,
existe un joven bardo que te envía
esta flor que espigó de sus rosales.

II

Aquí triunfa en los campos el labriego
desde que ostenta su carmín la aurora,
y torna a la cabaña donde mora
cuando apaga el crepúsculo su fuego.

Contra los riscos el torrente, ciego
se estrella como sierpe vibradora
y sus espumas de cristal desflora
y se adormece en las llanuras luego.

Aquí un cáliz de miel es cada fruta,
enormes esmeraldas las praderas
y el soto virgen misteriosa gruta.

Los vientos de invisibles cabelleras
pasan chafando la montaña hirsuta
y ensayan su canción en las palmeras.

ESPIGAS Y AZUCENAS

La muerte es un matiz de la existencia,
morir es florecer en otra forma;
la caduca materia se transforma
en ser nuevo, en rosales o en esencia.

La vejez es la humana inconsistencia
que sometida a la inflexible norma
de Natura, se rompe y se deforma
en átomos, en luz o en florescencia.

¿Por qué miedo a la muerte? No lo acierto,
si de todo placer triunfan las penas,
las cuales finan cuando el ser ha muerto.

La vida se desciñe sus cadenas
y en la huesa, en el carmen y en el huerto,
la carne se hace espigas y azucenas.

AL ODIO

No dejes, Odio, de torcer la rueca
en que hilas afanoso tus venganzas,
espero sin temor tus asechanzas
y el golpe aleve de tu mano seca.

Los alaridos de tu voz enteca
y las injurias que a mi paso lanzas,
no lograrán que niegue las pitanzas
que te da mi desprecio al ver tu mueca.

Alzaste contra mí tu débil mano
y tu agudo puñal en mis entrañas
hundir a muerte pretendiste en vano. . .

Con el cieno que arrojas no me dañas,
pues reptiles que habitan el pantano
no pueden ascender a las montañas.

MANOJO DE GUARIAS.

Moradas cual la túnica de Cristo,
columpiando sus pétalos de seda,
en mis bosques nativos las he visto
donde el sinsonte al manantial remeda.

Caprichos de amatista suspendidos
en los troncos de ceiba centenarias,
fulgores de la aurora detenidos
sobre el remanso azul, así las guarias.

La más preciada flor costarriqueña
que florece en tejados y pretiles,
parece un alma que en la tarde sueña
con el paje floral de los abriles.

De noche, cuando salen las estrellas,
como pálidas niñas del espacio,
riegan collares de ópalos sobre ellas
y entonces son joyeles de topacio.

Un manojo de guarias, tal los versos
que vengo a deshojar a tu ventana;
son candorosos cual tus labios tersos,
como tu sien de rosa y porcelana.

Te ofrezco el ramillete delicado
de las frescas parásitas nativas;
lo recogí no ha mucho de mi prado
de helechos y jaral y siemprevivas.

Aun viene con las gotas de rocío
que sobre él salpicaron las auroras;
tiene fragancia del terruño mío,
de reinas de la noche y de pastoras.

Lo vieron florecer los campesinos
en las mañanas tibias de labranza,
cuando los bueyes van por los caminos
oyéndole al jilguero su romanza.

Lo vieron reventar los manantiales
en las noches de luna, en las montañas,
como rizos de sedas orientales
junto a la paz rural de las cabañas.

Para quién han de ser? Oh dulce niña!
Para ti compañera de mis rutas
son las flores que bordan mi campiña
rica de mies y de doradas frutas.

Para quién han de ser? Entre tus manos
serán así como imperial ofrenda,
cual jirón que te dejen los veranos
cuando en la tarde en el azul descienda.

Recibe este manojo hecho de guarias
que fueron el collar de las encinas;
ellas te llevan las cadencias varias
que saben las dulzainas campesinas.

ANHELOS HONDOS

Allá en el camposanto
que esmaltan las auroras de amaranto
y las tardes de sándalo y carmín,
allá donde la hiedra
abraza con amor la cruz de piedra
anhelo ahora descansar al fin.

Allá donde los vientos juguetones
columpian los rosales en botones
y lloran al pasar,
allá donde los lúgubres cipreses
me esperan hace meses
anhelo descansar.

En mi pueblo que doble la campana
bajo el oro del sol de la mañana
por este su nativo trovador;
en mi pueblo... y que manos cariñosas
me lleven a la huesa muchas rosas
cortadas con amor...

Mi cuerpo que se torne en pasionarias,
y que adornen las tumbas silenciarias
en las tardes de lumbre tropical:
es el único anhelo que hoy me inspira
y que siga la cruz siendo la lira
del alma mía que será inmortal.

JOAQUIN GARCIA MONGE

Es, con Magón, con González Rucavado, con Fernández Guardia, con Jenaro Cardona, uno de los más nobles cultivadores del Folk-lore costarricense. No hay escrito suyo que no lleve la tendencia regional, ya por lo descriptivo, como en sus cuentos, ya por el anhelo de mejoramiento, como en sus campañas pedagógicas.

Su bibliografía es esta: *El Moto*, 1900; *Hijas del Campo*, 1901; *Abnegación*, 1902; *La Mala Sombra y otros sucesos*, 1917.

De él han hablado ya con cariño Alfonso Reyes, García Calderón, Blanco Fombona, y otros. En 1920 ocupó el Ministerio de Instrucción Pública, durante el período del señor Aguilar Barquero. Ha sido un magnífico profesor de Castellano y Literatura y ahora es un admirable director de la Biblioteca Nacional, desde donde irradia su afán incansable de culturalizar.

Una presea suya, la mejor tal vez, la más noble y más honrosa que pueda un hombre ostentar, es la de ser el primer divulgador del libro en Costa Rica y, desde luego, un hacedor de cultura. Nosotros le debemos eso. Ha realizado siempre multitud de ediciones, con gran costo, y ha difundido así la buena lectura en Costa Rica, haciendo conocer a los costarricenses en el exterior. Algunas de sus ediciones se han hecho sentir verdaderamente, a pesar de la apatía literaria de nuestro medio: *Colección Ariel, Ediciones de Autores Centroamericanos, Convivio, La Obra*, *Repertorio Americano*, *Ediciones del Repertorio, Ediciones Sarmiento*, etc.

Aunque un poco más joven que los de la segunda

generación, lo ponemos aquí, sin embargo, porque ellos han sido sus compañeros de letras, cerca de ellos ha trabajado siempre y de esa suerte, estaría extrañado entre los jóvenes de la siguiente generación, que han sido, casi todos, sus discípulos.

UN DOMINGO DE RAMOS CAMPESINO

Hace poco tuve, amiga mía, un gallo junto a mi pieza. Hoy lo mataron y lo sentí porque ya comenzaba a encariñar con él. No puedes figurarte qué placer más íntimo experimenté yo, escuchando su cantar sencillo en estas horas de nostalgia.

Hacía muchos meses que en esta ciudad no llegaba a mis oídos el canto de un gallo.

Y tú bien sabes lo que un animal como éste significa para los que nacimos en la aldea.

El gallo ha vivido en muchas impresiones mías de los años infantiles que fueron.

¿No lo viste alguna vez cantar tristísimo, cuando las campanas suavemente redoblan el toque de las ocho, en una noche blanca y sosegada del trópico? Y también ¿no viste cómo las mamacitas y ancianos buenos al oírlo cantar temprano dicen: «Esta noche tiembla o alguno se ha muerto»?

Con qué gusto en mis prolongados viajes sentía, al clarear de una mañana, el clarín de paz y regocijo de los gallos que me anunciaban la proximidad de un techo hospitalario!

Pues bien, amiga mía, el gallo consabido me recordó aquellos días de Semana Santa en ese terruño de mi amor. De mi cabeza huyeron, sin sentirlo, las ideas de un presente doloroso y se pobló mi memoria de las más dulces remembranzas de un pasado lejano, tan lindo como un sueño.

Créemelo, con el recuerdo me llegó el olor de la campiña costarricense que por estas tardes de marzo recibe del cielo una llovizna refrescante que compensa los vivos calores del mediodía.

He visto las *guarias*, con sus corolas violadas como la túnica del Nazareno, coronar el cansado tronco de los árboles añosos.

Hoy, Domingo de Ramos, a estas horas la gente campesina, muy acicalada, viene corriendo para la Iglesia del pueblo. ¡Quién estuviera por allá para observar una ocasión más a las primorosas doncellas del campo y fijarse cómo, a la vista de las primeras viviendas, se abrigan con recato la cabeza en el rebozo de colores y se lavan los pies, hasta dejarlos muy blancos, en la fuente que circunda al lugar!

¡Y cómo sonará el repiqueteo muy alegre de unas campanas! ¡Y cómo se verá por la calle larga de la villa el movimiento irregular de una muchedumbre que camina! Es que sacan a nuestro Señor del Triunfo de la morada de una señora que tú y yo conocemos. Recuerda... en aquel punto pernoctó el Señor y ahora lo conducen, con palmas, hacia el templo. A horcajadas va, de una tradicional borrica. Cómo le crujirán las coyunturas al santo con el ejercicio! En años anteriores le crujieron, ¿no es cierto? Los dos conocemos la borrica de Nuestro Amo: es orejona, peluda y pequeña. ¡Cuánto la quisimos! Vagabunda, se vivía en las propiedades de los vecinos. Me parece verla perdida entre la multitud sudorosa, que va rezando a media voz las oraciones.

Y por sobre el mar de cabezas, el Señor del Triunfo destaca su hermosa figura. Así tamaños sus ojos negrísimos y muy negra su barba. ¡Cómo brilla su cabellera postiza y engomada! ¡Su cabellera, no lo olvides! Tu madre te la recortó cuando eras niña, para dársela al santo, como el pago de una promesa ofrecida en horas de infortunio.

Recuerda que el Señor se detiene en su marcha triunfal, porque halla las puertas del templo cerradas. Cesa entonces el alborozo de las campanas y de la música. Se cambian unas frases y ceden los postigos. Entra el Señor, cuidadosamente lo bajan de su cabalgadura y lo colocan en el *Huerto de los Olivos.* A su vez, la turba se retira y lleva las palmas benditas. ¡Las palmas! aquellas que con quemarlas aplacan una tormenta y por lo mismo precisa guardar en el armario o colocar con gracia en la pared.

También cuando éramos chicos nos quedábamos, como lo harán los de hoy, junto a la barandilla del Huerto. Este huele a ciprés y se engalana con las mejores piñas, naranjas y racimos, con las semillas tempranas que revientan en explosión de verdura. ¡Y cómo nos asustaba aquel San Pedro seriote y de patillas que tiene una espada en la diestra! El

mismo apóstol viejo y bonachón, a quien pocas semanas antes ni nos atrevíamos a mirar en lo alto de una mesa!

En cambio, ¡qué gustarnos aquel San Juan, con su carita de niño, con la vista al cielo, con la copa en una mano! Si grandes hubiéramos sido, no permitiéramos que tuviesen de rodillas y en actitud suplicante al mismo Señor que días atrás estaba satisfactoriamente sentado en el sillón de su camarín, con la vista muy fija en los fieles.

No olvides este detalle del *Huerto:* los Gallos de Pasión. De aquí los veo dormir, muy tristes, en el rincón oscuro del huerto. Ahora, seguramente, duermen sobre una pata y con la cabeza bajo el ala.

¿Recuerdas con qué respeto escuchábamos su canto ronco y prolongado, semejante al ruido en desorden de una cuerda de reloj que se rompe? Al concluir pegaban con el pico en el suelo. He aquí por qué siento que mataran el gallo consabido. Amiga mía: yo comenzaba a encariñar con él.

Santiago de Chile, 1901.

LA MALA SOMBRA

Sembrábamos entonces unos frijoles invernizos. Proceso Vega se llamaba mi compañero. Eramos vecinos y amigos. Al igual de otras veces, aquélla habíamos conversado poco. Algo me había contado ya Proceso de por qué se casó con Juana y no con otra muchacha que de joven había conocido primero y querido mucho. De pronto nos interrumpieron unas voces que venían de la calle:

—Proceso, aquí está el Cholo.

Miramos a la cerca. Hablaba un tío de Proceso, un viejo pálido, de grandes bigotes grises y expresión triste.

Recuerdo que Vega cesó repentinamente su tarea y creo que se marchó sin decirme nada. A poco ví que se dirigían los tres a la casita de Proceso y que iban profiriendo voces de sorpresa y alegría.



Más tarde volvió Proceso. Contento, locuaz, como raras veces lo había visto así.

Por él supe entonces que Cholo era un hermano de Juana, hermano único. Ausente por muchos años, ya le creían muerto. Tanto que rara vez se acordaban de él. Venía de Guatemala. Muy flaco, muy pálido, muy enfermo, muy pobre. Juana había llorado al reconocerlo difícilmente

Siguió haciéndome recuerdos de mocedad. Me contó que en su tiempo, en el barrio, nadie aventajaba al Cholo en las pescozadas. Ahora el Cholo poseía para Juana, Proceso y todos los suyos, la seducción del que ha estado ausente muchos años del hogar.

***

Sentado al anochecer de aquel día en el corredor de mi casa. Pienso en Proceso, mi amigo y mi vecino. Y le oigo—como otras tantas veces—picando el pasto de las vacas, allá en su casita, al pie de la cuesta, junto al riachuelo. Cetrino, algo corvetas, así es Proceso. Pobre, irritable, labriego laborioso y bueno.

Tiene tres vacas, que pastean por las callecitas y que le ayudan a pasar con la escasa leche que dan y que él vende. Eso, los jornales y la casita es cuanto posee.

Ahora le oigo: vocea a las vacas voraces y con sus palabras agría el anochecer gris, nublado y triste.

***

Ahora nos hemos vuelto a ver y trabajamos juntos. Ha trascurrido un año. Para mí casi todo está lo mismo. De nuevo sembramos frijoles invernizos.

Proceso ha pasado días amargos. Murieron las vacas y murió también la hija menor.

Para comprar unos bueyes, hipotecó la casita. Con los bueyes, se hizo boyero urbano. Malos tiempos, trabajo escaso. Días hubo en que no ganó ni para el sustento de los animales.

Y luego, la enfermedad suya y el deshacerse de los bueyes para pagar gastos de médico. Y lo peor: la tartamudez que le quedó a ratos.

—¿Y qué le parece?, toda esta tuerce me viene desde que llegó el Cholo a la casa. Porque el Cholo nos ha traído la mala sombra. ¿Sabía, don Joaquín? Y de eso nadie me saca.

Así decía el pobre Proceso, entre enternecido e irritado.

Y esto era lo cierto: que el Cholo debía una muerte allá en Guatemala, la de un compañero de trabajo en los ferrocarriles, y fugitivo, había venido a asilarse en casa de su hermana. Y mientras él viviera con ellos, las desventuras no cesarían de perseguirlo.

—Y lo verá, don Joaquín. La casita se perderá también, porque estamos salados.

El Cholo en vano había buscado trabajo y prometido irse. ¿Y cómo despacharlo?

***

Trascurrieron los días implacables, de mal en peor. Proceso ha resuelto irse. ¿Adónde?

—A las Mesas, con la mujer y la hija. Allí hay leche, frijoles y trabajo. Ahí quedan la casita y el solar. Que se los cojan por lo que debo.

—¿Y el Cholo?

—Ahí queda también. Que él se las componga como pueda.

Pero el curso de la vida sigue su propio y misterioso destino. ¿Al fin se fué Proceso Vega a las Mesas? No se fué porque un día de tantos murió, quebrantado de sufrir.

¿Y qué es ahora del Cholo, de la casita, de Juana, de Baltasara—la hija—? ¡Sólo Dios lo sabe!

TRES VIEJOS

Esta es una viejecita tullida y ciega. En poder del yerno —enfermo y pobre—y de una nieta. La hija murió hace algunos años, pero ella no lo sabe todavía.

Ahí se pasa en el aposento, hecha un montoncito.

Cada vez que siente a la casera, le pregunta con voz muy delgada:

—¿Ya nos viene a echar de la casa?

Dicen los vecinos que la tiene Dios como un ejemplo.

***

Este es un viejecito de semblante muy noble, de barba entrecana; bastante jorobadito; con el vestido muy roto.

Viene de Tres Ríos, ya está muy cerca de San José. Salió a las cinco de la mañana y ya son las nueve y media.

Pica el sol.

Ahora se ha detenido a descansar un poqúito. Arrima las esteras a un paredón y con el forro de una de las mangas de la chaqueta, se enjuga el sudor copioso de la frente.

—¿Muy rendido?

—Algo. Ya ni veo claro.

Voz dulce.

Pausa.

—¿Un confite? (De los que llevaba mi hijo.)

—Bueno. Dios se lo pague.

Hace esteras; tres por semana. Las venderá en San José, Dios primero. Tiene que comprar las venas. Ahora escasea mucho la vena. De Curridabat para arriba, en todas las haciendas, han cortado las cepas de guineo. Mejores las del guineo, de invierno y verano. El guineo diario está botando las hojas. La del plátano en el invierno se pudre.

—A ver si llego.

Y sin dificultad se echa la carga al hombro, y al camino.

***

A este viejo hay que suponérselo primero: aindiado, de mandíbulas anchas, sin bigote, descalzo.

Toca recio la puerta y ofrece la mercancía: es un ayote, y lo trae en un saco de gangoche. Trae también un hacha.

Sale a atenderlo una niñita, la hija de la cocinera, y corre a preguntar si mercan el ayote.

—Mire. Llévelo. Es mejor que lo vean. Diga que vale dos riales.

—¡Animas benditas que lo dejen! A ver si me puedo ir yo a buscar algo que comer.

Medio sopetas, como que le faltan algunos dientes.

Entre tanto, el viejo confianzudo ya iba zaguán adentro.

Yo estaba en cama, en una de las piezas inmediatas, dormitorio de la familia, que la señora mantenía con el piso lustroso, y en todo, muy limpio. Un biombo me sustraía a las miradas de las visitas.

Por darle broma y para ver que hacía, le grité:

—¡Che! ¡che! ¿Para dónde va?

Cuando lo ví, fué junto a mi cama. Debo confesar que me agradó aquella inesperada visita. El viejo era ocurrente, locuaz, muy expresivo. Por otra parte, yo tenía el buen humor del convaleciente.

—Ando delgado, me dijo. Soy viejito y vea la hora que es y no he tomado café. Tengo un dolor en este lado. (Todo esto, dicho con gestos muy expresivos.)

—Es ayote cascarito, añadió. Yo antes picaba leña en esta casa, cuando estaba Fidelina Vega. (En otro tiempo, cocinera de la casa. ¡Que Dios la tenga en su santa gracia.)

En eso, la chiquilla.

—Que tome, que es muy caro.

—Diga que cuánto me ofrecen.

Y volviéndose a mí:

—Lo vendo para irme a comérmelo. (Con un gesto hace que come.) Ando a oscuras.

En eso, la chiquilla.

—Que no, que se lo lleve, que no sea necio.

—¡Ah, chiquita de Dios! como no sabe dar una razón.

Y el viejo no salía del dormitorio.

En eso, la señora.

—¡Adió! ¿Y eso? ¡Tamañas patas pintadas en el piso, acabadito de limpiar! ¿Y esas confianzas? Salga pronto para afuera.

El viejo volvía la cabeza para todos lados, y no hallaba qué hacer.

Yo estaba muerto de risa.

Sí recuerdo que cuando salía iba diciendo:

—Hemos de ser tierra, señora. No tenga cuidado. Perdone.

Y se fué con su ayote a otra parte.

CLAUDIO GONZALEZ RUCAVADO

Nació el 13 de setiembre de 1878. Es uno de los pocos cultivadores del *Folk-lore* costarricense. Todas sus obras tienen una tendencia nacionalista. *El hijo de un gamonal*, publicado en 1901, es su primera obra; en 1906 *Escenas costarricenses*, que llevan una segunda edición y han sido traducidas al inglés en el «Pan American Magazin»; en 1914 *Egoísmo?* y luego un libro de cuentos: *De Ayer*. Sobre asuntos sociales tiene: *Ensayo sobre Moral y Política*, de 1911, y *El Poder Docente*, de 1914.

Ha sido profesor de Castellano y Literatura en el Liceo, de 1904 a 1911, cuando tuvo que ir al Congreso Nacional a ocupar una curul. Después de diputado fué Ministro de Gobernación en 1916. En las últimas elecciones le volvieron a nombrar diputado al Congreso, pero rehusó el cargo y se quedó trabajando en su oficina de abogado. Hoy sirve en la Facultad de Derecho la cátedra de Derecho Civil y hace una vida de paz y de trabajo, teniendo el culto más grande en sus hijos.

Es, en suma, lo que se puede llamar un hombre puro; en todos sus gestos, en todas sus palabras, se muestra tal como es, sencillo y generoso. Se advierte que quiere vivir en la soledad, «ni envidiado ni envidioso», al amor de la lumbre hogareña y con el alma atenta en Dios, pues que es un cristiano ferviente.

DE LA MORAL

Critón, noble ateniense, hizo a Sócrates dejar la escultura cuando éste tenía unos treinta años de edad, y lo dedicó a la filosofía; pero Sócrates se convenció de que con puras especulaciones no sacaba nada útil, y entonces se dió a buscar los medios para que los hombres llegasen a ser felices. Cicerón dijo que Sócrates fué el primero que bajó la filosofía del cielo y la introdujo hasta en las casas particulares para que sirviera de guía al conocimiento de la vida, a la distinción del bien y del mal. Sócrates estableció que la sabiduría es madre de la felicidad: que el hombre puede hacer su destino si es poseedor de la ciencia De él es el siguiente concepto: «todo tiene que ser consciente para ser bueno.» Y porque creemos que en el mundo Sócrates guía aún el pensamiento, lo recordamos aquí.

Los hombres conscientes de sus actos, que no proceden instintivamente, estudian y después se resuelven a la acción, buscando siempre lo mejor, aun cuando después hagan un hábito de ello.

La vida, lo que llamamos corrientemente vida, comprende el movimiento. Los fisiólogos dicen que la vida implica *cambios* en la materia y en la energía. «Los fenómenos observables en los seres viviente nos aparecen enlazados por la relación de causalidad, y además por otro lazo distinto. Cada fenómeno observable en un ser vivo, en un substráctum cualquiera de su organismo, implica una relación con el todo; la actividad de cada parte de un sér vivo está constantemente en relación con la de las otras partes y con la del todo; la actividad de cada parte es función del todo *(virus quia unos)*. . .» [1]

Las funciones del hombre son muy complejas: piénsese en que se mueve, habla, digiere, razona, etc., y que todo esto es el producto de numerosas funciones de su organismo, que estudia la Fisiología humana.

Herbert Spencer dice que la vida es «la combinación definida de cambios heterogéneos, a la vez simultáneos y sucesivos, en correspondencia con coexistencias y secuencias exteriores; y aun más aquella otra fórmula abreviada y más clara, según la cual la vida es la adaptación continua de relaciones internas a relaciones externas.» (P. 32, Funds. de la Moral.)

Todo lo bueno, lo mejor que buscan los hombres es para la vida. Hasta aquellos ascetas que desprecian la carne, aman ardorosamente la vida, ¡como se anhela trasmitir a la posteridad un nombre glorioso! Es claro que los ascetas no aman la vida como la dejamos explicada, pero es porque ellos creen en *dos vidas*, una vana y tran-

[1] Fisiología General, por los doctores La[illegible] y Pi, Pag. 7, primera [illegible]

sitoria y otra eterna y divinamente gloriosa, reservada al espíritu justo que sacrificó y aniquiló la carne por su Dios. Santa Teresa de Jesús, precioso modelo de místicos, dejó escrito porque así lo sintió hondamente:

«Vivo sin vivir en mí
Y tan alta vida espero
Que muero porque no muero.»

De modo que la Santa quería la muerte porque significaba para ella alcanzar *alta vida,* allá junto a su adorado, el divino Jesús.

Pero los que no creen en vidas espirituales reservadas a las almas piadosas o a las que no lo son, aman la vida terrenal, la quieren conservar, alargar lo más posible y vivir intensa y dignamente cual corresponde a una *inteligencia servida por órganos.*

Ya se crea en la vida espiritual eterna, ya se crea tan sólo en la material, la verdad clara es que el hombre se ve impulsado a disciplinar su vida conforme a un orden que ha de traerle el contento de la existencia.

Esa disciplina podrá haber sido grabada por el dedo de Dios mismo en el corazón del hombre, podrá haber sido esculpida por Jehová en tablas de granito, entregadas a Moisés en medio de rayos y truenos, en el Sinaí, podrá constar en los Vedas: como se admita, y no podemos negar que el hombre desenvuelve esa disciplina a medida que se civiliza, sujetándola a la evolución lenta, con sus regresiones, de su personal crecimiento. Es un hecho observable por cualquiera, que la conducta del hombre obedece a su pensamiento, e indirectamente al pensamiento de sus progenitores trasmitido por herencia. Por esta razón no es indiferente que el hombre se cree cualquier filosofía. La filosofía de cada cual es como su profesión de fe, y su conducta es efecto de su credo. Seguros estamos de que la filosofía general de un pueblo señala sus tendencias.

En el Manual de Epicteto, de Leopardi, Pág. 108, se lee:

«Señales de estar iniciado en la sabiduría son: no hablar mal de nadie; no alabar a nadie, sea quien sea; no quejarse nunca; no hablar de sí mismo, ni de otra persona de valía; darse a sí mismo la culpa de cualquier estorbo o contratiempo que se experimente; reírse interiormente del adulador cuando nos lisonjee; no alterarse al ser ultrajado; andar con tiento en todas las cosas con la precaución de los convalecientes, que antes de mover cualquier cosa puesta de nuevo, miran si está bien asegurada; haber depuesto todo deseo; aborrecer todo cuanto no esté a nuestro arbitrio y sea contrario a Natura; no dejarse llevar de las primeras inclinaciones y llevadas del ánimo, como no sean tranquilas y sosegadas; no entristecerse por ser tenido como imbécil e ignorante; en fin, estar alerta consigo mismo, ni más ni menos como si él fuera nuestro enemigo.»

Un hombre sólidamente instruído y de claro discernimiento tendrá un buen corazón. Pero vale la pena que aprendamos a dirigir nuestra conducta a la par que nos instruímos, para encarrilar nuestra instrucción y para ayudarnos al conocimiento.

Es posible aprender a disciplinar nuestra conducta analizando la de los otros. A pensamientos como los transcritos del libro de Leopardi, no se llega si no se es hombre superior, ciertamente; pero investigadores criminalistas y sociólogos, después de concienzudo estudio, han llegado a encontrar que existe un sentimiento rudimentario *de piedad* que posee casi toda la especie humana en forma negativa de abstención de ciertas acciones crueles; y que la opinión pública ha considerado siempre como crímenes *las violaciones de este sentimiento perjudiciales a la comunidad;* asímismo existe la *probidad* que la hacen nacer del sentimiento de *justicia* en la generalidad, y de delicadeza en los hombres superiores. [1]

Con respecto a la idea común de un bien y de un mal, sobra aquí una explicación. ¿Quién no es capaz de distinguir cuando él mismo se ha hecho un daño ú otros se lo han inferido? ¿Quién no experimenta un placer íntimo cuando ha hecho una buena acción? ¿Quién, cuando le hacen algo bueno no lo echa de ver?

En este orden de cosas hasta los locos y los animales nos prueban muy a menudo que lo comprenden.

Pero no todos los casos de la conducta humana son siempre tan sencillos que no reclamen inteligencia para discernir el bien y el mal.

LA PLUMA QUE ESCRIBE

Estaba empeñado el pequeñín en que había de escribir.

—Esta pluma no sirve: dame la otra, papá.

—Si no sabes, hijo! Ni con esta ni con la otra harás nada. Ten paciencia y con el tiempo, si te apuras, podrás adquirir una hermosa letra.

¿Y cómo tú desde que te he visto tomar la pluma has escrito?

—Porque cuando fuí niño, como tú ahora, estuve poco a poco aprendiendo, sin querer hacer las cosas de un momento a otro. El muchacho abrió la boca tamaña, admirado de que su padre hubiese sido primero chiquito. Creyó, pues, que le engañaba, y en un instante de viveza exclamó:

Oh. . . ! Ya lo veremos!

[1] Estudios Criminales del Barón R. Garófalo, Págs, 23 y 24.

Esperó a que su papasito saliera del cuarto del escritorio. Así que se vió solo, de puntillas, con el índice en la boca y los ojitos muy abiertos y fogosos, cerró la puerta del despacho. Enseguida con la mayor precaución tiró de la gaveta de la mesa y sacó una caja de plumas: la abrió y comenzó a estrenarlas. La cajetilla se vació pronto sin que el pequeñín consiguiera su objeto. Y cada vez que dejaba una pluma para tomar otra, exclamaba:

—Esta no sirve, venga otra.

Como con ninguna alcanzó el logro de sus afanes, pues con ninguna pudo hacer ni una letra, recordó la pluma de oro de su papá.

Y que allí estaba sobre el escritorio, tan amarilla que relucía, hermosa y bien colocada en el mango de pluma.

—Ah! ¡Qué gracia: aquí está la que escribe; con esta sí! ¡Bien pensaba yo!

Lo dicho, y se hizo con la pluma de oro. Con gran ceremonia la mojó en la tinta, la sacudió, y después, apretando que era un gusto, dió al traste con la pluma, manchando los papeles que había sobre la mesa.

Sin chistar, mordiéndose los labiecitos, la volvió a poner donde estaba y salió de la habitación muy pensativo, diciendo:

—¡Quién sabe dónde escondió papá *la pluma que escribe!*

VICTOR GUARDIA QUIROS

Es abogado de la Universidad de París. Recibió su título en 1897 y para entonces escribió su tesis *La Quiebra en Legislación Comercial Comparada.* Volvió al país ese mismo año y trabajó algún tiempo en la profesión. Luego fué Juez Civil en Alajuela y en San José. En 1907 fué nombrado Subsecretario de Relaciones Exteriores e Instrucción Pública y estuvo encargado del Despacho. En 1909 fué a la Magistratura de la Corte Suprema de Justicia donde estuvo algunos años, dejando ese puesto para ir a hacerse cargo de la dirección del diario «La República», que fué el puente por donde llegó a la diputación. En el Congreso hizo labor tenaz contra el Gobierno de González Flores y fué así uno de los más salientes diputados de la oposición.

La mayor parte de sus escritos son sobre asuntos jurídicos: *Prontuario de Legislación y Jurisprudencia*, 1904, imprenta Alsina; *Redacción de Leyes Mercantiles*, 1909; *Anotaciones y edición del Código Civil de 1888*, en colaboración con el Lic. don Alejandro Alvarado Quirós.

Pero lo que más vale de toda su labor literaria, a nuestro juicio, es la realizada en «La República» en 1912. Nunca vimos mayor pulcritud en el estilo y más agudeza en la intención. Sus editoriales eran páginas dignas del libro. Ya tratando asuntos de la política de entonces, en ardorosos artículos, ya celebrando una fecha gloriosa, era siempre atildado su decir, castiza la expresión, animada su pluma por un ardor tan vivo y con un sabor literario tan admirable, que sólo sentimos que no volviera el Licenciado Guardia a esa tribuna sagrada, que no siempre está en manos de los más aptos.

(EDITORIAL)

ESPAÑA REDIVIVA

12 de Octubre

Esta es sin duda la más grandiosa efeméride «que vieron los pasados siglos y no esperan ver los siglos venideros.»

En esta fecha luminosa se irguió un mundo ante las evocaciones del genio. Allá de Europa en las turgentes lontananzas de los mares, tras las lindes remotas del horizonte azul—allá en los confines del Poniente, donde se precipitaban las aguas en el fracaso de aquel abismo apocalíptico que abría las fauces de la Nada,—allí surgió a la voz de la abnegación y de la fe, el verde retazo—ubérrimo y fecundo—de un girón del Planeta.

Salve, el marino que arrancó a las ignotas y torvas lejanías el secreto botín de la Naturaleza, que llevó al regazo ibérico—de las remotidades procelosas del océano,—en la cubierta de sus frágiles, sutiles carabelas—ante el viejo mundo atónito y confuso—la dádiva de un pesado Continente.

Salve, la reina vidente y próvida, la reina que se despoja de sus joyas, que se desciñe la diadema de esmeraldas, que ofrenda sus búcaros de corte—a cambio de dar vida a un ensueño en cuyo vientre palpitaba el mejor gajo del racimo del Orbe.

***

España fué la del presente, ese presente humano que eclipsa los dones de los dioses propicios. España rompió el velo que cubría el más rico tesoro de la Tierra, raptado a la mirada de los siglos por el estrecho abrazo de dos océanos codiciosos. Oh nación destinada al raro privilegio de donar mundos a los mundos! Por qué la Providencia puso en tus manos el mayor de los tributos con que ofrendó a los hombres?

España, España, empero ya no se cantan tus grandezas, esas grandezas milenarias! La sinfonía de los tiempos estuvo llena de notas españolas; los heraldos de la Fama rompieron sus bocinas repitiéndolas; y no obstante hoy se escarnecen tus ingenuas debilidades tanto como antaño se ensalzaron tus prodigiosas fortalezas.

«Tus infantes de Aragón,
qué se ficieron?
Qué se fizo el rey Don Juan?
Qué fué de tanto galán,
Qué fué de tanta invención
como trujeron?»

Y tus tercios flamencos, y los templarios?; -y tus legiones de artistas y de héroes?;—el de Aba y Navia Osorio, Moncada, los Martínez y Olivares, y don Juan de Lanuza, don Gonzalo y Hernán, y Quevedo y Calderón, y tu manco de Lepanto, y Carlos I el Grande y su bastardo, se llevaron por tu desventura aquella alma de acero que era tu alma, tan recia, tan bruñida, tan altiva, tan bravía como gentil, tan indomable como noble? Dónde se halla Rodrigo Díaz, que ya no se oye el piafar de su Babieca?- Se fué con ellos el lustre de tus abolengos de esplendor?

Oh, no! cien veces no: el alma de esos bravos paladines y magníficos ingenios no sólo vive prendida a las crines espumosas del renombre: ella gime en las venas de una España que duerme en los brazos de la historia, tras la jornada fatigosa de mil años gloriosos. -No importa que el beleño te postre en largo espasmo.—Oh España de arabescos y blasones, un día vendrá en que callen tus guitarras, en que la pandereta pierda esas frívolas voces con que arrulla tus intensas pasiones, con que aquieta el revuelo de tus soñaciones orientales, trasuntos del abencerraje.—Día vendrá en que renazcas de tu síncope de opio, en que toda tu sangre cálida, preñada de esa fiebre en que virtió su fuego el sarraceno, se revuelva en una marejada de tempestuosa voluntad, que te haga romper la marcha de los nuevos destinos; y entonces en la vereda que transitan los grandes caminantes, se oirá por delante el repique de tus yunques o el redoble de tus vivos tambores...

Y entretanto, qué le importa a los hijos de América que la madre de Iberia repose sus andares, mitigando la murria? -Fatigada o dolorida—y aún sentada a la vera del camino—su descendencia le va en zaga. Cuándo habrán llenado los aztecas y los incas—por mano de sus actuales descendientes—las crónicas que ella abrumó con sus hazañas?—Cuándo tendrán un Sol que no se ponga en sus dominios? Cuándo verán una mujer que a una señal haga crecer el Mundo? Cuándo contarán con un hombre que acierte a montar la humanidad, en eterna cabalgata, sobre las líneas de un volumen?

Y aún ogaño alientan en España el fiero hidalgo y el poeta, el campeón y el artista, el afanoso catalán y el rudo vascongado, que valen bien nuestros nacientes timbres; y España sigue siendo, en el rol de las naciones, el caballero Bayardo, sin tacha y sin mancilla.

No la increpemos, pues; no motejemos sus pasajeros devaneos que tantas veces sólo son los defectos de las propias cualidades, que antes que los garfios del cardo son las espinas del rosal.

***

Glorifiquemos su raza legendaria de que nacimos en buena hora.

Si la leona nos llama, nosotros sus cachorros acudamos a la cita y confundámonos con ella en el abrazo de la lengua, de la sangre y del corazón, en un abrazo que no desaten más ni los siglos de los siglos.

Que al oírte, Madre, corramos todos a tu lado.

DISCURSO
PRONUNCIADO ANTE EL SR. REPRESENTANTE DE FRANCIA, EN NOMBRE DE LA JUVENTUD COSTARRICENSE

Señor Representante de Francia:

Ya veis cómo esta gallarda juventud costarricense—cuyas exclamaciones escuchais—me hace el honor insigne de confiarme su palabra en este día, que es el de las más hermosas evocaciones de la Historia.

Qué elogios he de tributar que fueran dignos de esta gran eleméride de la especie humana! Cuáles que lo fuesen de esa Francia abnegada y manumisora, que al precio de su sangre coronó en esta fecha la misión del Crucificado, rompiendo las cadenas de la esclavitud y promulgando los evangelios del Pueblo! Qué palabras mías podrían estar a la altura de este enorme acontecimiento!

Mas observad, señor de Franqueville, que yo no podía declinar el honor, yo que me siento un poco hijo de Francia, y también de su Catorce de Julio. De modo que los homenajes que voy a rendir a la gran nación latina, no han de ser ciertamente el reflejo de una vanidad que me estaría muy mal, sino más bien el fruto de un deber que me subyuga.

Soy un hijo de Francia por algo que yo llamaría la lactancia de mi alma, como lo fué Telémaco del olímpico Mentor: la Sorbona nutrió mi espíritu, como también el pensamiento de Taine y de Renán. Y este rendido apego al Catorce de Julio nace del arraigo profundo que el simbolismo de ese fausto día ha llegado a tener en las orientaciones de mi conciencia de ciudadano libre y de hombre justo.

Y lo que a mí, le ocurre a todos los jóvenes que represento. No todos vivieron como yo sus mejores años a orillas del Sena, sobre el montículo de Santa Genoveva, frente a la necrópolis sagrada, donde el ambiente diríase saturado a la vez del fervor de la santa heroína, del discurso de Abelardo y del eco de bronce de los enciclopedistas. Pero todos saben en cambio que aquella cabeza bruna de Rousseau, que vigila el Panteón, es la efigie de un cerebro que fué laboratorio de las más grandes emancipaciones humanas.

Todos estos jóvenes conocen, señor, la historia luminosa de la Francia, sin olvidar la de las fieras Galias de Vercingetorix, ni la de la invicta monarquía franca que fundó vuestro gran merovingio, Clodoveo el Cristiano. Y todos saben de los Carlovingios, el uno magno conquistador; y de los seis siglos de Capetos, los de Hugo, los Valois y los Borbones; y saben también del Rey Sol, del Rey Caballero y del Gran Emperador—que hizo sonar su bronca espuela por todos los ámbitos de Europa. Mas sobre las hazañas que en manos de vuestros monarcas realizó la oriflama de San Dionisio y la Flor de Lys, ellos aprecian la luz viva y perenne que brota del fanal de vuestra ciencia, que es ciencia creadora, motriz y generosa. Yo no sé si todos ellos comparten el materialismo de vuestro Claudio Bernard, o si algunos espiritualistas proclaman con Brunetiere—la quiebra de la filosofía experimental; pero sí estoy cierto de que la ciencia francesa es el gran surtidor que apaga la sed de sus interrogaciones. Soy también intérprete de todos los circunstantes cuando afirmo que el arte francés es el pasto espiritual que más apetecemos, especialmente en los giros y tendencias de la estética y la psicología literarias. Discrepamos quizá entre la sátira cruel de Rabelais, el sarcasmo regocijado de Moliere o la paráfrasis nítida e irónica de Voltaire o Anatole France; pero entendemos que esos modelos y el clásico Juvenal son bastante a enterarnos de los diversos matices de la filosofía crítica. Preferimos un Baudelaire a un Verlaine, o a la inversa; pero convenimos en que para nadie como para ellos creció el loto y el nenúfar sobre las aguas del pantano. Leconte de Lisle y Heredia nos sirven helenismo; y todos en definitiva nos contentamos con el parnaso de Hugo y el romanticismo de Musset. Esto no es desconocer la universalidad de otras literaturas—la de la madre patria en cuenta—; pero quiero decir que nuestra alma latina gusta más de las mieles de la vieja Lutecia que del vino encendido de España o del pálido del Bajo Rhin. Quiero decir, en achaques de galantería, por ejemplo, que preferimos a las usanzas estrafalarias del ingenuo manchego, las sutiles maneras y los finos envíos de un cadete de la Gascuña.

Con todo, señor, debo confesaros que no hemos venido a rememorar los prestigios mundanos de vuestra historia, ni por aquellos blasones y trofeos que hacen crujir las panoplias del palacio de la cúpula de oro, ni por aquel arte picante y frágil que ella nos cuenta, ni por el testimonio que ella nos ofrece de aquella ciencia provecta y abanderada que con los destellos de su genialidad reveladora ha iluminado todos los surcos de la investigación. Con ser tan rico ese pasado vuestro, hay algo mejor en Francia, algo ultraterreno, que parece un dón del Espíritu Santo: me refiero a su vocación de martirio por la redención del género humano.

Esta suprema y rara virtud debe ser elogiada por encima de

todas las otras, puesto que ha hecho de vuestro pueblo el elegido de Dios, ayer y también ahora, en los duros momentos de prueba a que asistimos.

Venimos hacia esa Francia tutelar, con los brazos abiertos, conscientes de su protección y su grandeza, poseídos de gratitud y de confianza. Venimos enternecidos por el gesto de esa nación madre, que tiene el secreto de abrirse la entraña y derramar el río de esa su sangre eucarística que calma las ansias del espíritu humano. Venimos hacia la magnífica Sibila que en medio de tremendos desgarramientos arrebata de los cielos las fórmulas del Bien, ya el 89 con aquella mano convulsa que grabó los Derechos del Hombre, ya en estos instantes, con esa mano sangrienta que ha venido forjando los Derechos de las Naciones.

Venimos, en plenitud de voluntad y de conciencia, hacia esa Francia que según la reciente expresión de Lloyd George, ha destinado sus mejores energías a la defensa contra el terror amenazante.

Las jóvenes democracias a que pertenecemos sólo han bebido el agua de sus claras fuentes, porque sólo de allí brota el manantial universal. Es cierto que la revolución de Inglaterra y la Carta-Magna fueron el brote de una trascendental revolución; pero su fisonomía evolutiva fué contingente y limitada. Y no porque el genio inglés fuese egoísta o pequeño, sino por razones de étnica racial y por la propia madurez política que inspiró aquel movimiento líbertario, que sólo pudo aprovechar el pueblo anglo-sajón. Tan grandioso suceso no estaba llamado a una filtración pronta y general, al paso que la convulsión de Francia llevaba en sí más verbo y más pujanza, como que ella era el signo de un parto realizado «pro mundi benefitio».

Fijaos que a cada paso se diría de este pueblo propiciatorio que es el pastor del gran rebaño humano. Su alegría nos reconforta en las felices andanzas de la vida, como su heroísmo en paso de prueba. Y si alguna vez nos pareció frívola esa su risa de ática y sana filosofía, pronto supimos que esta risa es el nervio mismo de la raza, que ella en Francia es hermana también del dolor y el sacrificio, y que ella recorre, por igual, el bulevar y las trincheras de Verdun. Sobre la tierra santa del Marne fue vencido Atila, el genio de la barbarie primitiva; y allí mismo este pueblo que ríe, embarrancó el cañón del rojo Guillermo, en quien habita el genio de la barbarie contemporánea.

Ante el cuadro de esa Francia estupenda y salvadora, nuestra juventud valerosa se resiste a refrenar por más tiempo los ímpetus de su corazón. Desde el primer momento de la gran lucha ella estuvo de parte de la moral y del derecho, contra el viejo Canciller que dijo: «la force prime le droit»; y contra el nuevo Canciller que juzga que los sagrados pergaminos que guardan la fe de las naciones son «des chiffons de papier», y que «la necesidad no reconoce

ley». Y movida hoy por los resortes del credo democrático, y solicitada por un sentimiento de solidaridad mundial,—no menos que por el estímulo de este día evocativo,—viene hacia Francia esta juventud liberal, declarando que abjura todo propósito de neutralidad en la Gran Guerra; y viene sobre todo a repetir aquellas palabras que fueron el voto más hondo del gran Pontífice León XIII, el vidente: «Valeat Gallia! Valeat et resurgat!»

Como ciudadanos de un país libre por esencia, creemos con Monsieur Ribot que «la tiranía prusiana es un peligro para el Nuevo Mundo como para el Viejo, y para Alemania misma; y que la tarea de evitar al mundo, mediante el esfuerzo común de los pueblos democráticos, el yugo de esa casta militar y feudal para fundar la paz sobre el derecho, constituye una obra de liberación humana y de salvación universal.»

Y reparad que este anhelo de solidaridad va ganando terreno en el sentimiento de las democracias latino-americanas. El Uruguay pagó pleito homenaje a las nobles posturas de Francia, elevando el 14 de Julio al rango de Fiesta Nacional. En el Ecuador se alza una voz que dice:

«El Ecuador a la Guerra!» «Los países aliados luchan por la hegemonía moral del mundo; por la razón, por la cultura y por los hombres.» «El Ecuador no puede ser indiferente a los dictados de la ética.» «Luchará con los países aliados, porque ellos representan en la hora actual los más caros intereses de la moral humana; y porque tras el espanto de las batallas y el horror a la muerte, nos señalan los futuros destinos del universo.»

Y en un libro chileno leemos las siguientes palabras, que son bien americanas:

«La guerra nos ha revelado un mundo de ideas que presentíamos y que nos acercan a los pueblos latinos de Europa con los cuales tenemos comunidad de origen, de intereses morales y de rumbos de cultura.» Nuestra civilización que procede en primer término de España, ha sido modificada esencialmente por la influencia francesa que hemos recibido durante todo el siglo XIX.» Y no podemos concebir una evolución que nos llevara por caminos opuestos a esos.» «Cuando un pueblo tiene una raza definida, con una historia que le ha permitido constituirse en una nacionalidad bien determinada, no puede aceptar un cambio de civilización impuesto por una influencia externa, sin renegar de sí mismo y renunciar a su carácter y su constitución esencial.»

Ahora bien, los pequeños pueblos del medio-día americano no pueden recoger como los Estados Unidos el reto que Alemania lanzó a la Humanidad; pero hemos oído las palabras de Wilson: «que cada nación decida por sí la manera de contestarlo.» Y sentimos que nuestra democracia costarricense, para serlo de verdad y con entereza,

debe apelar —a falta de otros medios— al grito de la protesta airada y desnuda que de ser justa como lo es en esta ocasión, tiene voz en el concierto de la civilización y en los estrados de la ley de Dios.

Permitidme entonces, vosotros los hombres libres y fuertes a quienes represento, que repita por vosotros y por mí, las grandes palabras del estadista brasilero Ruy Barbosa:

«La neutralidad tiene sus deberes, y los neutrales no deben recompensar con su abstención a los que han premeditado el ataque.» «Entre los que violan la ley y los que la respetan, no existe neutralidad posible.» «Los tribunales, la opinión y la conciencia no pueden ser neutrales entre la ley y el crimen.»

Así hablan los hombres de verdad. Pero ante el espectáculo de la presente guerra impía no deben callar ni las mujeres, según lo dice el mensaje de las mujeres francesas a las mujeres de todas las naciones:

«Van estos crímenes a ser sancionados por vuestro silencio? Olvidareis que el respeto al derecho ajeno sigue siendo la mejor garantía de nuestro propio derecho y que si la Historia, en sus retrocesos, expusiese a estos mismos peligros a otras generaciones y a otros pueblos, ellas y sus hijos no podrían elevar la voz para quejarse ni para maldecir?»

«Cualquiera que sea el país a que pertenece: aliado, neutral o enemigo, toda mujer debe tener conciencia de sus deberes.» «Callarse es tanto como absolver a los soldados que violan los hogares y detienen a los transeuntes para escoger víctimas; es hacerse cómplice de ellos; callarse es condenarse a no invocar nunca el derecho y los tratados, a no dar a una acción, pública o privada, la autoridad de una base moral.»

Ya veis, señores, cómo la mujer francesa, en mitad de esta fragorosa lucha que le arrebata sus padres o sus hijos, olvida las lágrimas y sólo piensa en preservar de semejantes quebrantos a las mujeres del porvenir, sin olvidar a las mujeres alemanas! Ya veis como el Ministro francés no piensa siquiera en dolerse de los males que acosan a su Patria, sino que eleva la mirada hacia el ideal de una humanidad futura que pueda vivir emancipada de los riesgos de la brutalidad y la rapiña.

Esa predestinación altruista que pone alas de amor a nuestra fervorosa admiración, es algo que pertenece a la gran raza latina: es la propia resina de ese árbol añoso y bien nutrido; la resina que quema Francia en sus viejos altares ofrendatorios, cuando por conjurar los maleficios de Satán, satura de esencias los ambientes. Aunque para ser justos debemos añadir que los ingleses, en diversas ocasiones y hoy sobre todo, no se han mostrado sordos a las solicitaciones de las grandes cruzadas del ideal. «Los ingleses,—dice Mr. de Cestre,—rompiendo los vínculos que los ligaban a la familia

germánica, han sabido entrar por el espíritu caballeresco, en unión de las naciones herederas de la Grecia y de Roma, y discípulas del cristianismo.» «Esa cultura latina de idealismo claro, consciente y siempre listo a traducirse en actos, la han abrazado los ingleses, la han amado y la han mantenido con fervor aún en la época romántica, cuando Byron celebraba la grandeza de la antigüedad clásica enclaustrada en la solemnidad de las ruinas, sobre el suelo sagrado del Latium.»

Pero es probablemente porque ella tiene sangre latina en las venas, como lo dice el mismo disertador, y porque ella ha bebido en las fuentes latino-cristianas de virtud y de belleza, por lo que Inglaterra ha hecho figura de nación noble y generosa y por lo que ella supo tomar en 1914, en esa terrible encrucijada de la historia, el recto camino de su deber.

Ahora, señores, comparad en síntesis el alma francesa con el alma germana, a través de las dos solemnes apelaciones que vais a considerar.

La una pertenece a un capítulo del libro «La Gran Alemania», del escritor teutón Otto Richard Tannemberg, y está escrita en versos sonoros dedicados a Thor, el dios de la maza, que dicen así: «Hallóse Thor en los confines setentrionales del mundo y arrojando su maza, la pesada arma de combate, dijo: Hasta donde esta maza sibilante acierte a caer, hasta allí tierras y mares serán míos...! Y la maza voló de sus manos, voló sobre toda la tierra y fué a caer en la más lejana orilla del Sur, a fin de que todo el mundo fuese de Thor.» «Desde entonces constituye un derecho para los Germanos ganar intrépidamente tierra con la espada.» «Somos la raza del dios de la maza, y queremos conquistar el imperio universal.» Esta evocación inspira luego otras ruines palabras a Tannemberg: «La política sentimental es una necedad; las ideas humanitarias una estupidez.» «El reparto del bienestar debe hacerse entre compatriotas.» «La política es un negocio.» «La justicia y la injusticia son ideas necesarias tan sólo en la vida civil.» «El pueblo alemán siempre tiene la razón, porque es el pueblo alemán y porque cuenta con ochenta y siete millones de habitantes...»

...Oid, en cambio, las palabras sencillas y eternas que sirvieron ayer no más de lema en la Sorbona, para encabezar un miting nacional en el que se consolidó la mística y pujante Unión Sagrada. Oid este grito formidable de energía y abnegación: «De pie toda Francia, para la victoria del Derecho!»

Esta voz que desciende del Ateneo a la llanura, es la voz de los tiempos y la voz de los destinos.

El sentimiento pagano habría admirado en esas palabras de la Sorbona la rara conjunción del verbo y de la espada; habría visto en Francia el prodigio de una Atenas espartana; y habría dicho de ella

como de Minerva, que debió ser concebida en la cabeza de Júpiter, para llegar a lo que es: Diosa de la sabiduría y de la guerra.

Pero la luz se ha derramado sobre la senda de ese eterno caminante que se llama el espíritu humano; y el mundo en que vivimos esta suprema hora de evolución—y talvez de expiación,—no piensa ya, cuando vuelve los ojos hacia esa frase alada, en el vivo resplandor de una quimera, sino en el símbolo de las lenguas de fuego del Pentecostés; y sobre todo en la sombra bienhechora de la Cruz que es la sombra que proyecta Francia cuando toda de pie, desgarrada y heroica, abre los brazos en defensa de la salud universal. Elevemos nuestras almas ante esa Nación Mesías, que estoicamente ha embotado todos los aguijones del dolor, con tal de obtener una victoria que sea—según el voto formulado por el obispo de Niza—la victoria del espíritu sobre la carne, de la verdad sobre el error, del Bien sobre el Mal.

Y Vos, señor Representante, decid a esa vuestra Francia—la del Marne—, que esta juventud delirante está de pie con ella, en la contienda a muerte que libran hoy el humanismo y la barbarie; en esta lucha secular de la Luz y la Tiniebla, lucha en la cual ella encarna la misión del Arcángel y sus enemigos asumen las formas del Dragón. Decidla que si aún no nos cabe la merced de ofrendarle nuestra sangre, al menos le ofrecemos, hoy y por siempre, la devota comunión de nuestras almas.

AGUSTIN LUJAN

En 1908 publicó un libro de versos, *Esmaltes*.

Por su vida inquieta e idealista, es un poeta. Ha viajado mucho, conoce Europa y la América del Sur y jamás ha sabido él mismo cómo ha hecho para andar por el mundo. Espíritu de bohemio, no se preocupa por lo que a otros hombres entristece y más bien anhela siempre irse, no estar muchos meses en ninguna parte, ni en su propio rincón.

Tiene preparado un libro de impresiones del Uruguay y tal vez siga inédito, pues no parece que sea su voluntad muy empeñosa por adquirir aquello en que hay que poner un poco de atención o de trabajo.

Es, pues, un espíritu singular, uno de los pocos *idealistas* con que cuentan las letras costarricenses.

NIEVE

La nitidez de la blancura impera
en torno del salón! y diamantino
el triunfo del bordado mayorquino
deslinda su esplendor en la quimera!

El vago resonar de la tijera;
la aguja y el dedal; el corte fino
de una mano de rosa; el blanco lino...
todo ello se conjunta y se venera.

Y al ahondar en la nívea transparencia
descubre el pensamiento la turgencia
de un lirio palpitante entre las telas...

Refulge como un lampo, y al destello
de un seno que contrasta con el cuello,
clava el Ritmo en Pegaso las espuelas!

REY DE REYES

Afínase la orquesta! En el ambiente
un ósculo de fuego precipita
suspiros a compás, ritmo que excita
ficciones de placer sonoramente!

Reina la danza!... Júbilo creciente
dispone entre sus diosas Afrodita...
Ríe el Monarca; plástico palpita,
y el coro dice su canción ardiente!

Exótico y locuaz, a veces fino,
conquista los salones, y en su tino,
su gala adquiere sensación de rango!

París y Nueva York, la aristocracia
de todo lo que brilla por la gracia,
la nota imponen con que triunfa el tango!

UNA FLOR

(En el álbum de Amalia Montagné Carazo

Jardinero, jardinero,
presto desarma el splín
y en mi senda de trovero
pon la flor de tu jardín.

Ven conmigo, compañero,
—al celaje en el confín—,
y en tu rosal cancionero
afina mi bandolín.

Quién—me preguntas—, te llama?
Es Amalia, bella dama,
tan bella como gentil...

Y el jardinero orgulloso
dice un verso primoroso,
vago, ensoñado, sutil...

ERNESTO MARTIN

Tiene 43 años de edad y es abogado. Se ha distinguido como orador y lo es, sin duda, brillante. Voz dinámica, presencia tribunicia, gesto oportuno. De haberse dedicado de lleno a las letras sería uno de nuestros primeros escritores. Pero sólo las ha cultivado a ratos, dedicándose a su profesión, donde descuella como abogado inteligente.

Ha sido Catedrático de Derecho Civil en nuestra Facultad y fué Delegado de la misma en la sesión solemne de las Facultades de Jurisprudencia de Centroamérica, promovida por la Universidad de San Salvador en 1911. Fué nuestro cónsul en San Francisco de California y hasta hace poco en Bélgica, donde era además Encargado de Negocios. Ha desempeñado varias misiones diplómaticas y fué Secretario de la Corte de Justicia Centroamericana, desde su establecimiento en 1908.

En 1898 publicó *Prosa*, con prólogo de Soto Hall; en 1908, *Instituciones Democráticas;* en el mismo año *La Labor del Pacifismo* y *La Corte de Justicia Centroamericana;* y en 1910 dió al teatro una comedia en dos actos, de costumbres nacionales, *Cuento de Amor*. Ha pronunciado y publicado numerosos discursos y estudios sobre puntos de política, derecho y letras, que recogió en 1913 bajo el título de *Palabras Dichas.*

EL MILAGRO DEL MARNE

Francia sigue siendo Juana de Arco. Es decir, la forma más bella y más fecunda del milagro.

Agosto la encontró en brazos de la utopía, inerme y descuidada; y el desvastador torrente pudo alcanzar hasta los bordes de la urbe codiciada, arrollando implacablemente la barrera del heroísmo que el Alberto le opusiera, y haciendo retroceder ante su empuje formidable los ejércitos de la República, llegados en confusa precipitación a combatir en la frontera.

Eran masas enormes de hombres de hierro que interminablemente avanzaban al amparo todopoderoso de los cañones, que por millares de bocas vomitaban huracanes de exterminio. Era la supremacía fatal e incontrastable del número, de la preparación, de la sorpresa, que venía a proclamar, sobre las ruinas de París vencido, la trágica bancarrota del genio latino que en la ciudad luz maravillosamente irradia.

Entonces fué el prodigio. El gran Jefe taciturno ordenó la victoria; los soldados de la República, deteniendo de pronto su angustiosa retirada, dieron pecho al enemigo; y, echando raíces de acero en el terreno que pisaban, dispusiéronse a cumplir estoicamente la consigna de sostenerse o morir, que de Joffre recibieran.

Fué primero la resistencia inquebrantable, contra la cual hubieron de estrellarse las soberbias avalanchas enemigas; luego el ataque fulminante y obstinado, las cargas furiosas y sublimes, el horror de la matanza, la épica locura del fuego y de la sangre. Pudo al fin más el valor de los cañones; y, como en tantas jornadas del pasado, venció Francia por la bravura insuperable de sus hijos, que se marchan cantando, ardorosamente, de la vida, si al caer para siempre ven en lo alto, triunfante, su bandera.

El milagro del Marne, ha dicho el pueblo, con intuición profunda, de ese titánico combate en que los destinos del mundo se jugaron. El eterno milagro de Francia que, habiendo recibido de los dioses la divina custodia de la espiritualidad humana, sabe crear en las improvisaciones de su genio inagotable cuanto para el cumplimiento de su misión augusta se requiere; que, maestra en las exquisiteces que ornamentan y complican la existencia, haciendo más intensa la dicha de vivirla, se desgarra también, si es preciso, las entrañas en el campo de batalla, para darle el sustento de su sangre a la victoria.

No ha perdido Francia ninguna de las magníficas virtudes que eran honor y fuerza de su pueblo. La riqueza, servidora complaciente de refinamientos, puso encaje de frágiles furtilidades como adorno de su vida; las vehemencias de un temperamento alerta y combativo,

coronaron con espuma de discordias la pugna inevitable de intereses, y el calor de las propias convicciones se convirtió frecuentemente, de una u otra parte, en hoguera brutal de intolerancias. Mas la agresión del adversario fundió en un fuego sublime de redención y de concordia todas las escorias, y otra vez fulge limpio de impurezas el metal precioso que dos mil años de gloria aquilataron.

Francia sigue siendo Juana de Arco.

VALERIANO F. FERRAZ

Adelantándose a las frías consagraciones de la Historia, que no pone sus laureles en las cabezas ilustres sino cuando ya las ha coronado de asfódelos la muerte, tributa el país en vida a su sabio Maestro este homenaje, para que el anciano generoso que ha consagrado su existencia a la evangelización de los espíritus, alcance, al asistir a su propia espléndida apoteosis, el premio de fijo más grato a las noblezas de su alma: la satisfacción de ver que las simientes que tan pródigamente derramara en nuestro pueblo han germinado todas, dando frutos de magníficos progresos para Costa Rica, pero dando también cosecha de gratitud y amor para sus benefactores.

Espíritu vibrante que a los ochenta y dos años—cual si hubiese recibido de los dioses el secreto de una juventud eterna—siente todavía, en todas sus plenitudes, los fecundos entusiasmos del arte y la idea; cerebro infatigable que hora tras hora aumenta el tesoro de su sabiduría, como si el tiempo—que todo lo subyuga y lo quebranta respetase piadoso sus vigores, ha sido el doctor Ferraz durante nueve lustros un fanal siempre encendido en las cumbres de esta patria que con orgullo de madre, al igual que la otra, como hijo predilecto le reclama; y puede en su vejez gloriosa, contemplando las generaciones que son hoy fuerza y honor de Costa Rica, ver hechos realidades sus anhelos; encarnadas en la sociedad sus enseñanzas, incorporada por modo definitivo la obra de su apostolado al precioso caudal de nuestra historia.

Ningún nimbo más radiante que el que orla esa cabeza venerable. Ved cómo son efímeros los triunfos de los que encaminan sus empeños a amontonar vanidades o riquezas que la muerte implacable les arranca, si antes no las ha dispersado el infortunio; ved cómo se rompen los imperios que el empuje de las armas construyera; y observad, en cambio, cómo trasciende a través de las edades la labor de los que modelan almas, creando con ello el elemento esencial de las civilizaciones. Maestros obscuros que al guiar la niñez en los balbuceos iniciales de la ciencia, ponen al

pensamiento en su primero, inefable contacto con la majestad de lo infinito, o profesores eminentes que desde los prestigios de la cátedra promulgan las últimas verdades arrancadas al misterio, todos, todos son augustos delegados de la vuluntad suprema que rige el concierto de los mundos e impone su ley de armónico progreso a los seres y cosas que pueblan la naturaleza, desde el mineral en que la materia parece dormir todavía el sueño de las gestaciones inconscientes, hasta la nebulosa en que la inmensidad de los soles lentamente se elabora; desde la planta en que la vida empieza a presentirse a sí misma y el animal en que la conciencia del sér se esboza con las indecisiones de un bosquejo, hasta el hombre cuya inteligencia y entendimiento saben ya plenamente de sus profundas ansias y de sus palpitaciones angustiosas.

Que esta justiciera glorificación infunda nuevas energías al viejo sembrador de ideales, para que la verdad y el bien conserven largo tiempo a su servicio a quien tan alto culto les ha rendido siempre; y que el gallardo campeón de los combates pasados, cuyos bríos son ejemplo de admiración para el presente, guarde en el relicario de sus amores el recuerdo de esta apoteosis que Costa Rica le consagra, ofrenda de un pueblo que no teniendo mármoles y bronces con qué perpetuar sus agradecimientos, solemnemente los proclama para que logren vida eterna en la memoria de la patria.

ELADIO PRADO

Nació en 1880 en San José. Fué a Europa en 1896 y cursó estudios comerciales, primero en París y luego en Londres. Trabajó en el comercio aquí y luego se retiró de él. En 1921 fué miembro de la Municipalidad de la capital y tuvo el honor de presidirla. Pero, más que todo, se significa como un ardiente y sincero católico, a cuya causa dedica toda su energía. Ha sido Presidente de la Congregación Mariana de Caballeros, Secretario de la Liga de Acción Social Católica, del Congreso Eucarístico costarricense y ha colaborado en todos los periódicos nacionales de orientación religiosa, ya con su nombre, ya con los pseudónimos «Boy», «Xavier de Baza», «Burundulín», etc.

En 1913 publicó sus primeros versos y en 1922 fué premiado un poema suyo en el concurso de los Padres Capuchinos de Cartago.

No ha publicado libros; solamente tiene una monografía sobre la antigua villa de Ujarrás titulada *Nuestra Señora de Ujarrás*, 1920, que le abrió las puertas de la Real Academia de la Historia, de Madrid, como individuo correspondiente.

LAS DOS ROSAS

ROSA MUNDANA

Era un capullo de rosa
al romper de la mañana.
Era una rosa temprana
que convidaba al amor!
Era la flor más hermosa
del jardín de mis amores!
Era la flor de las flores!
Y era un perfume su olor!

Era la rosa mimada!
Era mi flor preferida! . . .
Era una rosa encendida
en el más bello color!
Yo con amor la cuidaba
en el rosal do pendía.
Y cuando la rosa gemía
Yo compartía su dolor!

El Sol moría en Occidente.
Mustia la rosa escuchaba
la avecilla que cantaba
sobre el risueño rosal.
. . . Alguien la había maltratado;
yacía la flor, desgajada,
sobre la rama inclinada
presa de angustia mortal!

Llevé mi mano a la rosa
y al contemplar su amargura
la acaricié con dulzura
y su corola besé!
Irguiendo entonce el tallo
hirió mi frente, orgullosa!
. . . Y de la flor desdeñosa,
tristemente me alejé!

ROSA DIVINA

Era un jardín en América
y en el jardín una rosa;
era tan pura y hermosa,
y era tan grato su olor,
que a los confines del mundo
su aroma el viento llevaba
y cuando el viento pasaba
era un cortejo de amor!

Su asiento en Lima tenía
aquel jardín hechicero;
y el Divino Jardinero
la flor del tallo cortó! . . .
Y en el jardín de la Iglesia
sembró de nuevo la rosa,
donde luce más hermosa!
Rosa que en Lima nació!

Rosa que adorna la Iglesia
en su jardín de Ventura!
Rosa que dió su hermosura
a su Señor y su Dios!
Rosa prendida en la llama
de amor divino que anima!
Cándida Rosa de Lima
que enamoró al mismo Dios!

Flor bizarra de los Andes!
Santa Rosa Americana!
Oh! flor que naces temprana
en el verjel de Colón!
hiere mi pecho, te ruego;
y al recibir tus favores,
en tus divinos amores
inflama mi corazón!

YO, COMO TU...

A Berta Graziella Víquez, en Cuba.

Tú sufres?... Yo también, aunque mi pena
la mitiguen los hijos que amo tanto!
Y aunque aspire perfumes de azucena
en la mujer que adoro con encanto!
Yo sufro de tu mal, por eso niña
no extrañes que te cuente mi congoja:
somos como la flor de la campiña
que el viento huracanado la deshoja!

«Señor, Señor, por qué te lo llevaste?»
clama tu pecho, dolorida queja!,
que ignorando, en mi pecho la clavaste,
pues mi pena, en la tuya se refleja!
Yo, como tú, también perdí a mi padre!
Huérfano fuí cuando nací a la vida,
y al abrirse mis ojos ví a mi madre
llorando tristemente su partida!...
Me besaba, la pobre, con ternura!...
Oh beso tan ardiente!... Como el fuego,
—como fuego que abrasa—me tortura
y aún me quema el alma sin sosiego!...

. . . .

Después... mi madre tuvo otro marido,
un hombre de alma noble y generosa!
Un padre bondadoso y bien querido
en él me dió la suerte misteriosa!
Mas ay!... nunca es igual!... porque en el alma
persiste la memoria del ausente
y se vive en un mar donde la calma
trastorna el huracán constantemente!
Yo, como tú, he sentido la agonía
y he sentido las ansias de la muerte
en la noche sin fin, negra y sombría,
que en la orfandad me deparó la suerte!...
Mas, como tú, bendigo a Dios que es Santo
porque a mi padre lo llevó a su Cielo,

donde vive dichoso, mientras tanto
mi espíritu, tras él, emprende el vuelo!...

. . . .

Y como en ti, dos Patrias murmuraron
en mis oídos la canción de amor!
Dos madres que en sus brazos me arullaron
para hacerme olvidar tanto dolor!...
La Patria de tu madre, es Patria mía.
Allí nació papá, bajo el imperio
del León de España!... Niño todavía
a luchar se lanzó contra el Iberio!

Empeñado en la lucha sacrosanta,
en el fragor de la batalla advierte
una herida de sangre en la garganta
donde estrujan las garras de la muerte!
Haciendo frente a la «Amarilla», triste!...
Huyendo por el monte desolado...
Fenece la esperanza que le asiste
y dice adiós por siempre al bien soñado!...
Después... cruzó la mar y en Costa Rica
formó el hogar que el Sol de una mañana
apenas calentó!... la mañanica
que me ha dejado en orfandad temprana!
Oh Cuba! forjadora de mis sueños!
A donde va mi pensamiento ufano
buscando el ideal de mis ensueños
que el corazón persigue siempre en vano!...
Oh Cuba! Cuba reina del Oriente!...
Oh perla de los mares encantada
que surgiste a la vida independiente
en sangre de tus Mártires bañada!
Oh patria de Martí!... Oh pasionaria
combatiendo tenaz en tu carrera,
para formar la estrella solitaria
que trepida orgullosa en tu bandera!

. . . .

La Patria de mi madre es Patria tuya,
porque tu padre vió la luz primera
en Costa Rica, la nación que arrulla
la santa Paz!... Florida Primavera!

Mecida por los vientos de dos mares
se elevan sus volcanes hasta el cielo!...
Y el pueblo en quien inspiro mis cantares
vive labrando en paz el rico suelo!
Y ama la Libertad con ansia loca!
Y es humilde y sufrido y valeroso!
Y acoge al peregrino cuando toca
en su puerta que le abre generoso!
Oh Costa Rica, Patria idolatrada
que amparas al proscrito con piedad
y eres como la luz de la alborada
precursora del Sol de Libertad!

. . . .

Lo ves?... Sin conocernos, nuestras vidas
se parecen; y en pena, nuestras almas
resultan, a distancia parecidas
cual semejan, distantes, nuestras palmas!
Y vamos, de la vida peregrinos
sembrando bienes, cosechando penas:
espinas!... que al final de los caminos
el buen Jesús convierte en azucenas!

. . . .

Junto a tus cristalinos manantiales
ha brotado, Graziella, mi gemido:
semeja al de la alondra en los eriales
cuando se queja al sol desde su nido!
Prosigue en tu camino y la amargura
derrámala en Jesús, y en El confía;
porque el Señor es fuente de dulzura
y en El encuentra el hombre el bien que ansía!

NAPOLEON QUESADA

Es uno de los primeros filólogos del país y muy estimado por la universalidad de sus conocimientos. Se le debe considerar como poeta, también, porque ha escrito y traducido algunas composiciones muy bellas, entre otras, una laureada en el concurso de los Padres Capuchinos en 1922.

El señor Quesada es el tipo clásico del maestro: de conocimientos vastos, de afición innata. Desde los 16 años, en 1890, se dedicó al magisterio y al profesorado, y ha dado lecciones de Historia, Castellano, Literatura, Administración Pública, Cosmografía y Geografía Comercial. Estudió Derecho hasta obtener la Pasantía, pero lo hizo por cultura únicamente.

Ha publicado dos obras: el *Silabario Costarricense*, en 1901, que ya revela al conocedor de los secretos de la lengua, y que es el primer esfuerzo hecho aquí en ese sentido. La otra, publicada en 1906, es de *Recitaciones escolares*, en que hay varias composiciones originales suyas y algunas traducciones. Tiene además, suficiente labor en verso para un volumen; y algún día habrá de recogerse en un tomo el conjunto de sus lecciones de gramática, que de seguro formarán un libro interesante y valioso.

Muchos artículos de índole pedagógica publicó en el «Boletín de la Escuela Primaria»; pero eso, como tantos trabajos en que se ha empeñado, no se conocen del todo, porque su modestia exagerada lo hace recluido e indiferente a los halagos de la publicidad.

Por eso nosotros lo sacamos de su silencio, seguros de que presentamos en él a un escritor y a un poeta de valía.

CONTEMPLANDO A MARTE

Rojo Marte, flor roja,
del jardín de los cielos, háblanos, calma nuestra
ansiedad de un acento; de una voz que nos llame
desde ese mundo, hermano de la Tierra.

Envíanos las ondas
que corran por el éter y lleguen a la antena
y con sus vibraciones en ella depositen
la luminosa carga de la idea;

a las torres que miro
cual suplicantes brazos que hacia el cielo se elevan
para implorar la gracia de un acento divino
que luz, verdad, en nuestras almas vierta.

Ya de un confín al otro
la rápida palabra el globo señorea;
y escuchamos el canto y escuchamos el verbo
que acaban de brotar a muchas leguas.

Pero ansía la mente
salir ya de este punto que en el éter navega;
saber del pensamiento de los lejanos mundos
que nuestro cielo cada noche estrellan.

¿Miríadas de siglos
eres mayor acaso que la morada nuestra?
Tal vez dejaste el seno de la gran nebulosa
millones de años antes que la Tierra?

¿Miríadas de siglos
antes que en este globo se consumió tu hoguera,
y cuando aun era fluido este planeta hermano
ya se formó tu sólida corteza?

¿Y creador movimiento
circuló por tu masa, maravillosa fuerza;
y hubo sencillas vidas y vastos organismos
y pensamiento al fin, divina esencia?

¿Y tuvieron tus seres
corazón y cerebro, sentimiento y conciencia?

¿Formó tu mundo físico, de inexorables leyes,
con el moral la dualidad eterna?

A concebir no alcanza
el pensamiento mío, que de otro modo fuera;
que en ti también ¡oh Marte! corona ha sido y cúspide
del mundo corporal el de la idea.

Pero si existe en ese
astro lejano cuanto en la morada nuestra,
¿el dolor también muerde las almas de ese mundo?
¿clava en ellas también su garra fiera?

¿O el dolor es acaso
tan sólo húesped nuestro, tan sólo habita en esta
morada de los hombres, para acendrar sus almas
como la más purificante hoguera?

Dinos qué pensamientos
agitan a los seres que tu mundo sustenta.
¿Son nobles o rastreros, elevados o ruines?
¡Quién pudiera saberlo, quién pudiera!

Saber si allí las mentes
de Dios enamoradas, en las alturas sueñan,
o ponen como en éste en un becerro de oro
la miserable aspiración suprema

Si en esos corazones,
como planta maldita el odio arraiga y medra;
si también hay mujeres que en unir se complacen
a un rostro de ángel corazón de fiera,

o tan nobles y puras
cual la que fué de mi alma divina compañera,
que fué con sus virtudes bendición de mi vida,
y ya duerme en el seno de la tierra.

Ares, Ares! ¿Acaso
la realidad responde a tu nombre de guerra,
o en la faz de tu mundo, tus sabios moradores
alcanzaron del Bien la luz suprema?

¡Oh Marte, que pareces
flor roja de los cielos, vengan las ondas, vengan,
a decir el misterio de tu lejana vida...
¡Mándanos una voz de tu existencia!

RIMA

Conozco la mirada de esos ojos,
la conozco hace siglos:
su suave luz, su limpidez y gracia
¡cuántas veces vertió sobre los míos!

¿Y qué más? ¡Nada más! Débil memoria,
retener no ha podido
las cosas que pasaron allá lejos,
donde otros cuerpos animó mi espíritu.

De cuando en cuando alguna forma encuentro
en el mundo en que vivo
que despierta remotas lejanías
de otros mundos borrosos, indecisos.

Aquí al mirarte por la vez primera
me sentí estremecido:
despertaste en el fondo misterioso
de mi frágil memoria algo infinito.

Pero algo indefinible. ¡Quién pudiera
hacer fulgor clarísimo
donde se agitan esas vagas formas,
como alumbradas por ocasos lívidos!

¡Poder reconstruir ese pasado
en que los dos vivimos,
y fuiste bendición para mi vida,
bendición que en tus ojos hoy percibo!

¿Dónde he visto esos ojos? . . . ¿Cómo echara
puente sobre ese abismo
que separa esta vida de otras vidas,
ese abismo de sombras y de olvido?

No sé dónde piadosos me envolvieron
en su fulgor divino.
Sólo sé que conozco su mirada,
su mirada dulcísima hace siglos!

A TI

Tú sí eres bella y pura,
azucena, azucena;
no engaña tu blancura,
¡tan buena eres, tan buena!

Azucena, azucena,
mi corazón te dice
que siempre te bendice,
que de gracia estás llena.

Mi corazón te dice
que eres su epifanía:
mi noche hiciste día
cuando mi ideal te hice.

Como una epifanía
ante mis ojos eres;
sólo tú, entre los seres
me das luz y alegría.

Ante mis ojos eres
luz, dulzura, consuelo.
Cuánto tienes del cielo,
sola entre las mujeres!

Luz, dulzura, consuelo,
¡cuán bella eres y buena,
azucena del cielo,
azucena, azucena.

CONTEMPLANDO EL CIELO

(Fragmento de una conferencia.)

Tengo la costumbre de contemplar el cielo. Despejado, espléndido, riquísimo de estrellas en las noches de enero, febrero y marzo, constantemente nos invita a levantar la frente y pasear la mirada por su vasta bóveda; pero en estas noches invernales, en las primeras horas, la mirada busca ansiosa por entre las escasas rompientes de apiñadas nubes un punto luminoso, y si acaso lo percibe, blanco, rojo, amarillo o anaranjado, fuerza a la mente a descorrer el velo de las nubes para completar el cuadro de luz, para figurar el grupo de estrellas conocidas, para acabalar el asterismo. En estas noches invernales, a veces inútilmente se recorre con los ojos de oriente a occidente y de norte a sur la bóveda entera, sin que podamos descubrir un astro en ella; y las luces de la ciudad, por el contraste, contribuyen a hacer más triste y desolado el cielo; y apartamos de la altura los ojos, perdida la esperanza de hallar en ella la mirada de luz misteriosa que corresponda a la nuestra. Pero si, por cualquier circunstancia, nos hallamos en pie en las horas próximas a la aurora, podemos saciar nuestro anhelo de luz estelar; hacia la madrugada las nubes se han disipado, el cielo uniformemente negro, es un admirable fondo en que se destacan los fulgores de la incomparable pedrería celeste.

Hace unas cuantas semanas tuve ocasión de contemplar así el cielo, cuando ni una nube interrumpía su negror ni empañaba las fulguraciones de sus astros.

Y me abismé en aquella contemplación. Por un rato olvidé cuanto he leído acerca de cada fragmento de cielo: de astros decrépitos y moribundos; de jóvenes estrellas en la primavera de su multimilenaria vida; de soles en la plenitud de su existencia; de nebulosas que recuerdan la génesis probable de nuestro sistema; de estrellas extrañamente variables; de colosales hogueras en que nuestro sol apenas sería una chispa, una partícula de luz; de astros que giran alrededor de otros en sorprendentes órbitas; de coloraciones pasmosas, indescriptibles. Todo lo olvidé, para sentir con emoción espontánea y pura la inmensidad del cielo y el misterio de sus fanales, el sobrecogimiento que en la contemplación de las magníficas radiaciones estelares encuentra siempre el alma ingenua, natural y sencilla, aquel temblor interno que ha obligado a los poetas a cantar ese más allá de que nos hablan sublimemente las noches esteladas.

Y repetí con Fray Luis, el poeta castellano que mejor sintió la solemne belleza de esas noches, repetí la *Noche serena*, que Fitzmaurice-Kelly llama «maravillosa, impregnada de dulce y solitaria melancolía, de tranquila y casi sobrenatural belleza, de trémula aspiración a lo infinito:

«Morada de grandeza,
Templo de claridad y hermosura,
El alma que a tu alteza
Nació ¿qué desventura
La tiene en esta cárcel triste, oscura?»

Y recordé también la tristeza de Espronceda que cree hermanar su pena con la de un astro solitario, de luz indecisa y vaga:

«¿Quién eres tú, lucero misterioso,
Pálido y triste entre luceros mil,
Que al contemplar tu resplandor dudoso,
Turbado siento el corazón latir?»

Para sentir así, tan natural, espontánea y hondamente, es preciso olvidarse de la ciencia, de los libros, de lo que los telescopios poderosos y la fotografía, más poderosa aún, han revelado al hombre ante el espectáculo del cielo.

Pero al cabo no puede uno menos de salir de su contemplación muda y extática para dialogar consigo mismo, que dialogar es, en verdad, el trabajo de la mente al proponer una cuestión y tratar de resolverla, al provocar un recuerdo y hacerlo presente en su plenitud, al preguntar y responder en dilatada y constante cadena de puntos que interesan y apasionan nuestro espíritu.

Sí, pasado el arrobamiento se consigue pensar más que sentir; el conocimiento se sobrepone a la emoción o se hermana con ella; obedece uno al estímulo de largas y avasalladoras lecturas que nos dicen de admirables investigaciones, de descubrimientos portentosos,

de pacientes trabajos, de las noches pasadas en los observatorios, con Dios y con los cielos, de días y de noches dedicados a la labor honda y prolija de los cálculos matemáticos. Es la lectura que nos habla de la tarea de un Halley calculando la órbita del cometa que tiene su nombre, de un Leverrier que según la frase de Arago, «encontró a Neptuno en la punta de su pluma», de un Asaph Hall cuando cediendo a las súplicas de su esposa, consagra una noche más, la del 11 de Agosto de 1877, a la observación de Marte y descubre sus satélites; del eminente Alberto Michelson midiendo directamente el volumen de la estrella Alfa de Orión, Betelgeusa, al través de la distancia de 150 años de luz.

Observo: allá Casiopea, con sus cinco estrellas características que parecen formar en el espacio una M misteriosa. Allá, próxima a Kappa, súbitamente apareció, en 1572, la maravillosa estrella temporaria *La Peregrina,* que fué el terror de la Europa de aquella época, fanática y cruel que acababa de presenciar la matanza de hugonotes en la noche de San Bartolomé.

Y evoqué la noble figura de Tycho-Brahe contemplando, asombrado, el luminar nuevo y extraño que brilló durante cinco meses con luz más esplendorosa que Sirio y Vega, que Júpiter y Venus, que fulguraba en pleno día, para amortiguarse luego, perdiendo día tras día su esplendor, hasta desaparecer al cabo de 17 meses de su repentina aparición, como si se hubiera extinguido, como si las mismas llamas de inconcebible fuerza y fulgor que le dieron tal magnitud, lo hubieran consumido y reducido a nada. Misterio. Allá en las regiones del cielo parece que no queda nada de *la Peregrina;* aquí en la Tierra nos queda su recuerdo y su historia contada por Tycho en su libro *De nova stella.*

Admiro la estrella Gamma de la misma constelación, más brillante hoy que Alfa. Su fulgor va creciendo: en varios siglos de observación ha pasado de tercera a segunda magnitud. ¿Llegará a primera? ¿Superará a Sirio? Su espectro es como el de las estrellas temporarias, pero en vez de brillar poco tiempo como ellas,—como la Peregrina, digamos,—y extinguirse o perder en magnitud, su portentosa hoguera es cada vez mayor. ¿Qué cantidad de hidrógeno alimenta esta hoguera de luz blanca que rodea y cubre el cuerpo amarillo de la estrella, amarillo como nuestro sol, próximo ya a la vejez?

Contemplo ahora a Pegaso, el caballo de alas poderosas y de cascos recios que a su choque con la roca dieran movimiento y rumor a la fuente Hipocrene, de las musas, de los poetas, de los artistas.

En esta región del cielo está transportado un hermoso trozo de Mitología, escrito con inextinguibles fulgores, con letras de luz inmortal, fulgurante como la poesía del pueblo que la creó, como el alma helena que todo lo poetizó. Allí están, en esa sección del cielo, Casiopea, Cfeo Andrómeda, Perseo y Pegaso. ¿Quién no recuerda

esta variada historia de la madre vanidosa de su hermosura, de las nereidas vengativas, de la piadosa pero cruel decisión del padre que atiende a su reino, del dolor de la virgen atada a la roca y del valiente paladín que, caballero en Pegaso, blandiendo fulmínea espada y empuñando la espantosa cabeza de la Gorgona, combate por la afligida doncella hasta sacarla del suplicio y volverla a su libertad?

A DON QUIJOTE

Hidalgo dulce y bueno, en paladín trocado,
¡Con qué orgullosa prisa comienzas tu ejercicio!
Vas a buscar la vida que es toda sacrificio,
Por un amor sublime y por la fe alentado.

El ave del ensueño, del ideal sagrado
Va cantando en tu mente magnífico epinicio
Al incansable brazo que pones al servicio
De todo sér que sufre, de amor necesitado.

Ah! Tu mirada interna halla tan esplendente
El ideal, que dudas si habrá labio que cuente
Con verdad el destino que marcas a tu vida.

Vierte el sol en el campo de Montiel su destello;
Jamás alumbró nada tan generoso y bello,
Como en esta mañana, tu primera salida.

II

Todo pasó. Ya sientes, moribundo en tu lecho
Que en los nidos de antaño no hay pájaros cantores,
Que ya los dulces pájaros y atrevidos condores
Por siempre abandonaron el nido de tu pecho.

Ellos llevaron tu alma fuera del mundo estrecho
A bañarse del Cielo en los vivos fulgores,
Y tu alma iluminada te dictó los clamores
De divina justicia, de no escrito derecho.

No sé qué esencia eterna en tu frase palpita
De punzante nostalgia, de tristeza infinita
Que el corazón conmueve con un temblor extraño,

Contigo el alma mía repite acongojada,
Al volver al pasado la doliente mirada:
«Ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño.»

TEODORO QUIROS

Llamado cariñosamente por sus contemporáneos *Yoyo*, fué este festivo escritor uno de los más notables cultivadores del costumbrismo. A través del tiempo, y estudiando nuestra literatura del siglo pasado, no hallamos aún rival para Teodoro Quirós en el singularísimo género que él cultivó. Además de que su estilo, de una jovialidad aguda, lo coloca entre los verdaderos escritores costarricenses.

En 1904 se recogieron en un libro sus *Artículos Escogidos;* y entonces escribía José María Zeledón refiriéndose a Yoyo: «No se sabe de él que esgrimiera su pluma en indignas empresas; su pluma que fué de oro por lo bella y genial y de finísimo acero por lo fina y resistente. Su existencia fué corta, serena, luminosa. Pasó erguido por entre las gentes de su época y supo arrancar murmullos de admiración a la vulgaridad indiferente. Su labor literaria no es sino un fragmento de una obra que prometía ser grande y fecunda.»

«La obra de Yoyo hace reir al principio, con risa espontánea y franca; luego hace pensar y sentir.

«Id por nuestros campos y preguntad por Yoyo a los labriegos. Todos conocen ese nombre, todos le aman. No encontraréis un hogar campesino en donde no se haya leído, uno por lo menos, de sus chispeantes artículos.

«Queréis una popularidad más cierta y honrosa?»

Es indudable que el nombre de Yoyo Quirós, como el de Aquileo Echeverría, va unido a la historia del país porque en sus páginas maravillosas está vibrando el alma nacional.

CRONICA DE BAILE

(Estilo de uso corriente)

La casa, casa de viuda acomodada y *parrandera,* ostentaba por doquier ramos de verde uruca y cándidas flores del pensil.

Por allá se veía una maceta que lucía el tallo enhiesto de una *pacalla* doméstica, por acá un *bouquet* colocado como por descuido en un jarrón deteriorado y acullá una estatua de Venus y de yeso.

Todo estaba dispuesto allí con un gusto y una cursilería, que denunciaban la distinción de los dueños de casa.

¡Qué modo de colocar las sillas y qué manera de disponerlo todo!

A las ocho menos diez minutos empezaron a llegar los convidados. Doña Robustiana luciendo un vestido que pasaba de castaño oscuro, por lo descotado, y sus bellas hijas, Ruperta y Pascuala, ocultando sus misteriosos encantos bajo unos trajes color de crepúsculo vespertino, los recibían en el vestíbulo con amabilidad inusitada, invitándolos a pasar adelante con toda confianza y a dejar sus abrigos y pañolones donde primero pudieran.

Nosotros llegamos de los primeros y, sin embargo, no pudimos cogerle la delantera a doña Clara, que estaba ya en el salón de baile con sus tres hijas: la celestial Lupita, que es un lirio entreabierto, Clarita que es otro lirio un poco más abierto, y Juanita que es también otro lirio, pero abierto completamente a las caricias de la brisa y del que quiera pedir su blanca mano.

Pronto llegaron otras mamás con sus correspondientes niñas.

Eran estas *Charito*, la de talle concupiscente, Laura la de dientes marfilinos, pero postizos, Ernestina la de pecho sobresaltado- Claudia la de perímetro curvilíneo y mórbido, Marta la de cutis en, treverado, Lucía la de pie breve y la cintura semibreve con puntillo.

Pronto el salón se vió cuajado de ángeles y serafines y saturado de perfumes. Presentaba un aspecto verdaderamente *pintoresco* por las muchas pinturas que ostentaban las niñas en sus respectivas fisonomías. Llamaban, sobre todo, la atención, las niñas de Pega y las de Candil tanto por sus físicos distinguidos como por su porte aristocrático.

¡Qué bella estaba Restituta con su traje color de ilusión a medio desvanecer!

¿Y Serafina! Esta sí que daba el opio con sus ojos fosforescentes!...

No estaban menos atrayentes Paca Peca y Lola Lila, y era difícil averiguar cuál de todas aquellas sílfides se llevaría la palma de la belleza.

Los jóvenes, todos ellos de la buena sociedad josefina, esperaban impacientes en los pasillos y corredores, el momento espasmódico en que debían deslizarse por el salón al compás de la música.

Las niñas esperaban también impacientes laho ra de los *deslices*.

De pronto la orquesta rompió a tocar un vertiginoso vals!...

¡Sublime instante!...

Los jóvenes se dirigieron a las señoritas para decirles las frases de reglamento.

—Señorita, ¿me dispensa usted el honor de bailar conmigo esta pieza? Y pronto estuvieron formadas las parejas, empezándose a oir los diálogos entrecortados.

El salón parecía una gruta encantada do resplandecía la belleza, do reinaba la alegría, do el amor batía sus alas y do, re, mi, fa, sol, la, si.

¡Terpsícore y doña Robustiana triunfaban!

Aquélla apoderándose de las juveniles almas, y ésta haciendo derroche de amabilidad, de cultura y de *sangría* con barquillos!

¡Qué dulce expansión es la del baile! No hay nada comparable a ese entretenimiento que instituyó a mi entender San Pascual Bailón, y que nos autoriza para estrechar entre nuestros brazos a las muchachas bonitas, a despecho del recato natural.

Desgraciadamente a mí me toca bailar siempre con las más feas y de esta vez me tocó *deslizarme* con una solterona bastante averiada, que desde el primer momento se agarró a mi cuerpo gentil de un modo alarmante estropeándome mis diminutos pies.

Las otras parejas se entregaban al dulce embeleso de los giros voluptuosos y era de ver el abigarrado conjunto de danzantes, unos llevando el brazo muy estirado como para abrirse campo, otros apoyando la manecita de la compañera en el costado derecho, y otros balanceando el brazo a compás.

Al vals vertiginoso siguió una cadenciosa mazurca y luego unas cuadrillas que se convirtieron pronto en un belén de todos los diablos.

En seguida pasamos al *ambigú* donde nos sirvieron kola sencilla. Le preguntamos a doña Robustiana si tenía kola doble y nos contestó que ella no era ningún cometa y que en su casa todo era sencillez y modestia.

Sin embargo, la fiesta siguió en medio del mayor regocijo. El entusiasmo era grande y la sala muy pequeña para contener a tantas parejas! Las mamás hacían todo lo posible por que sus hijas hallasen el novio apetecido, y no faltaron las promesas de amor, las declaraciones y los suspiros sollozantes.

Ah!... Pero aquellas horas felices habían de pasar muy pronto; a medida que el reloj fuera indicándolo.

Efectivamente, después de las dos de la mañana, hora en que estuvo la fiesta en su mayor intensidad de vértigo, el reloj dió las tres, luego las tres y media y por fin las cuatro, sin que fueran efi-

caces nuestras súplicas para que no diera la hora y para que los músicos tocaran algo más de lo convenido en el contrato.

No hubo más remedio que marcharnos a nuestras casas.

Yo, me retiré llevándome en el alma dulces a la par que imperecederos recuerdos de tan simpática fiesta.

Lo que no pude llevarme fué mi sobretodo, porque se lo robó un joven de la buena sociedad.

NUESTROS PROHOMBRES

Para comodidosos y gorrones, algunos de nuestros hombres *de peso,* los predestinados.

¡Angelitos! Les gusta siempre sacar la castaña por mano ajena, y se figuran ellos que nosotros, los que no somos eminentes ni servimos para ministros, ni siquiera para diputados, estamos en la obligación de buscarles acomodo en los elevados puestos del Desbarajuste Público. Y todo para que luego que vayamos a pedirles un empleo de los baratos, a ver si le mudamos ropa a la familia, nos digan:

Hombre, ¿y usted quién es?

—Yo soy González, ¿no recuerda usted? Aquel que escribía en los periódicos y lo metieron varias veces a la cárcel por patriota... El mismo que lo llamó a usted faro de la democracia.

—¡Buen faro está usted! ¿Se figura acaso que yo estoy aquí porque a usted le dió la gana?

—No, señor; pero como usted vivía completamente ignorado y nosotros le limpiamos el polvo del olvido y lo presentamos al público como una persona decente, y como nosotros somos los que pagamos siempre los vidrios rotos en esto de la política, me parece a mí que no era justo que usted fumara mientras nosotros escupíamos.

Eso sí, ellos nunca sacan el cuerpo ni se meten en belenes donde puedan gastar una peseta o les venga un disgusto, y entre tanto que nosotros andamos por allí soltando cada discurso y cada barbaridad que tiembla el misterio, se están ellos metidos en casita contándole cuentos a los chicos o en cualquier otro entretenimiento honesto, hasta que llegamos a decirles, henchidos de fe y patriotismo:

—Aquí le traemos la credencial, don Aristóteles, a ver si la aprovecha.

—Tanta molestia... ¡Caramba! Y yo que ni siquiera esperaba esto, porque como no soy ambicioso...

—Pues por eso lo hemos buscado, don Aristóteles, por eso, porque en usted están encarnados todos los ideales democráticos y constitucionales.

—¡Tantísimas gracias!... ¿En la casa de ustedes están todos buenos, verdad?

—Un poquillo acatarradillos; ¿y la señora está buena?

—A la disposición de ustedes.

Y nos vamos tan contentos, prendados de la bondad de aquel hombre eminente, pero modesto, que seguramente va a hacernos felices y dejar en paz la Constitución, la pobre, que ya no tiene reposo con eso de las reformas totales y parciales.

Llegan al despacho y enseguida no más empiezan a hacer disparates, y se olvidan del pueblo, de la democracia y de la familia.

Y si vamos a decirles que nos hagan el favor de no ser tan animales y que tengan un poquito de vergüenza, van y nos pegan un puntapié por aquí derecho (donde ustedes saben), y tenemos que marcharnos agradecidos de que no fueran dos puntapiés, y pensando:

—La verdad es que lo merecemos por tontos.

MARIA FERNANDEZ DE TINOCO

Es una de las pocas mujeres que han cultivado con fortuna las letras en Costa Rica. De estilo varonil, fluído; escogiendo motivos de interés histórico, todos sus escritos son muy estimables. En el país se la conoce con el pseudónimo de *Apaikán*, con el cual apareció su preciosa novela de costumbres indígenas *Zulai*, que se editó lujosamente, por segunda vez en 1919. Un escritor nacional ha dicho, refiriéndose a esa obra: «Es una prosa que más que de leche y miel parece hecha de duro mármol apenas herido por el cincel modelador. En este libro *Apaikán* nos recuerda aquella frase que Ricardo Wagner dejó escrita en una de sus obras; para el viejo cantor de las aventuras de los Nibelungos, en la grande vulgaridad moderna, son las mujeres quienes no dejan que sus almas se hagan áridas; quienes saben recibir, más que los hombres, de toda cosa espiritual una impresión más sincera y más evidente.»

Apaikán no pertenece a esa serie de mujeres que se creen literatas, que emborronan cuartillas y más cuartillas sin sentir lo que escriben y sin escribir lo que sienten, las cuales de la feminidad no conservan, en sus obras, sino la murmuración, la vanidad y la mentira; la dulce autora de *Zulai* es una mujer que merece ser leída. Ha sabido concebir una leyenda delicada en la cual, de pie sobre el pedestal de oro del porvenir, parece un profeta que contempla las tempestades que desata el anuncio de lo que llegará a ser tarde o temprano. En *Zulai* hay jirones de historia precolombina, de historia contemporánea y tal vez la historia futura del continente

americano. *Mamita Guaré* es el símbolo de la raza maya que llegó de la soñada Atlántida en épocas lejanas; de esa raza maya desciende el alma indígena de la tribu que habitó el territorio de Costa Rica representada en la figura hermosa de Zulai. *Ivdo* es la personificación de aquella raza descendiente de la India que vivió siglos en la tierra centroamericana que emigró hacia el Sur, de donde volvió saturada de conocimientos adquiridos a fuerza de experiencia y de lucha. *Kaurki* simboliza la cruel raza del Norte que intenta sumir en un letargo a la valiente raza maya, letargo que singnifica soborno, invasión. Los bajos propósitos de una gente ambiciosa que bajo el oro de sus plumas oculta las garras de la rapiña, los estamos viendo manifestarse a cada instante, en cada momento doloroso para las cinco esposas de Kaurki: *Quetzalia* (Guatemala); *Huatla* (Honduras); *Guaraina* (Salvador); *Yami* (Nicaragua) y *Zulai* (Costa Rica).

EL MANANTIAL DE RODAS

En los abruptos peñones de la antigua Helesponto, el retumbar de la mortífera artillería resuena como eco desolado y fatal. Escenas pavorosas se suceden unas a las otras tan fugaces como el relámpago, y el pobre soldado que sobrevive, apenas si se da cuenta de que existe, en aquel caos de muerte.

A veces, después de largas y fatigosas jornadas de rudo pelear, hay una tregua que debe aprovecharse sin demora. Los que están a salvo recuperan las fuerzas perdidas y descansan; pero en vez de lecho, caen sobre el fangoso terraplén de la trinchera, y se alimentan con la helada y añeja ración de conservas, rociada acaso por un sorbo de mal café. Les falta agua, el agua bienhechora para refrescar su sed atrasada, y no hay un arroyo siquiera que humedezca estas caldeadas regiones del Asia Menor.

A la orden muchos se aprestan. Y toca en suerte surgir de entre aquellos zanjones infestados, para ir al encuentro de nuevos peligros, a un oficial joven y valiente, que sale a la cabeza de un destacamento de soldados, codo a codo con sus compañeros de armas, en busca de la deseada fuente.

Su rumbo es un brazo del mar Egeo, en donde bien pronto navega en una pequeña fragata que, ocultándose con sigilo en la oscuridad de la noche, logra arribar a una ensenada de la isla de Rodas, la histórica isla que aprisionó antaño entre sus costas al Coloso, maravilla de Oriente, bajo cuyas gigantescas plantas se deslizaban las velas fenicias con sus trofeos y aguerridas multitudes.

¡Cuánta abnegación la de aquel reducido convoy!

El mar, la tierra, el aire, todo está plagado de enemigos en acecho. Mas, ¿qué importa? Rodas oculta en sus márgenes surtidores de fácil acceso, y fuerza es arrostrarlo todo, palpar de cerca la esperanza, y recoger el líquido de la vida, aun a riesgo de perder la propia! Una y otra vez triunfa el grupo de valerosos exploradores. Los moribundos humedecen en agua sus secos labios, los heridos mejoran al apurarla y los sanos beben en ella mayor vigor para la lucha bendiciendo a sus heroicos compatriotas.

Un amanecer se acercaron como siempre al manantial.

Sobre los legendarios rosales que han dado su nombre a Rodas y que bordean el agua, parecía que el rocío hubiese tendido su manto de brillantes, recamado de esmeraldas con cambiantes nácar, como los plumones que irisaban el espacio.

La Naturaleza esplendorosa y tranquila constrastaba con el aspecto taciturno de los trabajadores. La losa fría de un presagio, como el augurio de muerte que tantas veces sentían allá, en las trincheras, momentos antes de un desastre, se cernía en sus frentes como una vaga sombra de duelo. Sobre sus cabezas, al poner pie en tierra, habían divisado revoleteando la silueta oscura de una máquina alada...

... De pronto, al sumergir las vasijas en la fuente, se escucha un sordo retumbo; después, un estallido formidable; y en aquella confusión, destrozados por horrenda granada, desaparecen los soldados, y el valeroso militar que dirigía la maniobra desde el rosal, cae sobre tan espinoso lecho, ignorante de lo que acontece. Cuando vuelve en sí y mira la escena, un gesto de terror descompone su semblante: él está salvo, pero la sangre de sus sacrificados compañeros le empapa el pecho, ha teñido la fuente y mancha el rosal con pinceladas bermejas. En estoica quietud deja pasar los minutos. El cristal de la fuente ya vuelve a trasparentar su fondo, el surtidor murmura su eterno canto, y todo torna a quedar en apacible tranquilidad.

Entonces, con lenta vacilación se levanta; ni una herida, ni un leve rasguño hay en su cuerpo.

Solitario, ejecuta maquinalmente el trabajo de muchos brazos, y cuando regresa a la embarcación, y desde la playa lanza una última mirada al lugar del siniestro, se pregunta asombrado:

«¿Por qué me salvé, ¡oh! Dios mío?»

Y el hálito delicioso de un perfume, aroma de esencias de rosas, le responde bosquejando la visión bendita de un feliz hogar, allá en América, formado por su amante compañera y un grupo de rubias cabecitas, que elevan al cielo una plegaria por el ausente.

Saturado con este dulce recuerdo, cerró sus ojos dejando al piloto la nave; y la brisa le fué llevando desde el trágico manantial, y a través de las ondas, aquella suave fragancia de las rosas de Rodas.

. . . .

¡Oh! Rosa de Oriente, florecilla del campo que inundas la isla de Rodas, ¿qué misterio ocultas en tu amoroso seno?

¿Qué pies benditos hollaron los arenales donde tú hoy creces?

¿Qué mágicos poderes ha dejado, al correr de los siglos, el roce del sayal del Maestro, que el joven oficial de este sencillo episodio se acoge en tus zarzales, precave la muerte, y bendice reverente la Providencia que lo ampara?...

ESPIRALES

Ascendiendo la ruta de la evolución, en un sitio que alumbra la fama, marcha un joven viajador, un estudiante cuyos títulos de profesor en ciencias, letras y humanidades, así como su elevada alcurnia, le brindan envidiable posición.

El mar iluso de la vida le ofrece aquel placentero oleaje con que arrulla siempre a la adolescencia cuando ella se anega en sus aguas por vez primera; y sin enbargo, en cuanto siente la caricia de la irisada espuma, retrocede y corre a ocultarse entre los silenciosos amigos de la juventud: los libros. Y siguiendo el moderno espíritu de la época, contagia su criterio en las páginas de Buchner, Holbach, Huxley y otros, cuyas teorías fueron tomando asiento en su naturaleza un tanto positivista.

Mas el ansia de saber lo lleva adelante y somete al análisis todas las enseñanzas. Se trasporta al mundo infinitesimal de la molécula, en donde lo subyuga la maravillosa escala de la vida, forma y color, que el lente prodigioso le descorre por la inventiva de Jansen.

Transcurren para él las veladas como meros instantes, siguiendo sus investigaciones allá en el seno del laboratorio, hasta que un día llega el luminoso despertar. Entre los microscópicos cuerpos de las sustancias que analiza, contempla de pronto algo que se escapa a la mirada de la ciencia oficial: un mundo de energía no soñado siquiera por la escuela a la cual rinde culto su intelecto. Quiere explorar ese antro misterioso en cuyas fronteras ve desmoronarse el materialismo, y en un instante de entusiasta desvarío, invoca a los átomos,

pidiéndoles luz para enfocar esa esencia primordial que los origina, esa fuerza de cohesión que los atrae, que los une y palpita vigorosa en medio de ellos.

¡Maravilloso encanto! No bien han fraseado sus labios esta pregunta cuando su pensamiento es impulsado hacia esa misma verdad que busca... Y en la penumbra de su alcoba, donde medita acodado sobre la mesa de estudio, ve disiparse los objetos que lo rodean, y entre vaga neblina aparece un portal custodiado por un niño y por un anciano.

—«Caminante,—le dice este último,—prontos estamos a tu llamamiento: has pulsado la puerta de la verdad con el aldabón de la ciencia; pasa.»

El rostro del novicio se llena de regocijo y desfoga su contento con esta frase:

—«Sí, sí, mensajero de luz; abrid que yo quiero aumentar mi saber.»

Pero la firme voz le detiene diciendo:

—«Vade retro. Deja en el vestíbulo ese egotismo que aquí ni germina ni crece. Arroja lejos de ti el fardo de la personalidad antes de hollar este sendero, y olvida esos pliegos que ocupan tus manos y esas condecoraciones que adornan tu pecho. Así podrás escuchar la voz de tu Maestro.»

Profundo silencio siguió a estas palabras.

La duda cruel le da su dentellada y, al fin, una grísea sombra oculta la luz intuitiva que ha poco rutilaba en su alma. Formula una protesta contra ese ser que lo induce a la sumisión, y por ley natural se desune de aquella misma corriente que lo impelía hacia la verdad.

La tenue quimera se desbarata; la radiante aparición desaparece y torna el peregrino a sus labores; pero como dulce reminiscencia que consuela su nostalgia, una voz murmura muy quedo:

—«Nada se pierde, indomable pasajero de la existencia; todo se trasmuta. Infinitos son los atajos que conducen a este camino... Aguarda... que volverás mañana.»

J. FIDEL TRISTAN

Es uno de los más sinceros cultivadores de la ciencia. Costa Rica le debe magníficos estudios sismológicos y orográficos. El volcán Irazú ha sido su mayor objetivo y casi todo lo que sabemos de él se lo debemos al señor Tristán. Ahora está haciendo expediciones al Rincón de la Vieja y ha logrado tomar fotografías muy interesantes. Como divulgador de la ciencia es admirable; profesor titulado en Chile, ha dado lecciones en los primeros colegios del país y dirige actualmente el Liceo de Costa Rica; hace comprender y amar las ciencias físicas, por su forma clara y amena de exposición y por el conocimiento seguro que tiene de ellas.

Su bibliografía es muy singular; deberán agruparse en volumen todos sus trabajos científicos, publicados desde 1893, en distintas revistas francesas, inglesas, alemanas y nacionales. Un constante colaborador suyo, y maestro, es el doctor Michaud, a quien el país debe también gran parte de su impulso científico.

Señalaremos algunos de esos trabajos publicados por el señor Tristán: *El Dr. Alejandro von Frantzius*, 1897; *Insectos de Costa Rica*, 1896; *Las Hornillas del Volcán Miravalles*, 1903; *An Improved Michaud Apparatus*, 1904; *Extracción de la sal en la costa del Pacífico*, 1906; *Extranjeros Ilustres en el desenvolvimiento científico de Costa Rica*, 1907 y 1908; *Lugares poco conocidos del volcán Irazú*, en colaboración con don Alberto Rudín; *Nayandure*, fantasía arqueológica; *Apuntes sobre el antiguo volcán Reventado; Recuerdo de la erupción del volcán Poás; Notas sobre el terremoto de Guatuso; Acti-*

vidad Sísmica de Costa Rica, informe sobre el terremoto de Sarchí, todos estos de 1910; *How to make an Ultra violet Ray Objective*, 1912; *Fleurs ultraviolettes*, ambos en colaboración con el Dr. Michaud, 1914; *Telefotografía del Volcán Irazú*, publicación del Colegio de Señoritas, 1917, en colaboración con don Ricardo Fernández Peralta; *Apuntes sobre el Rincón de la Vieja*, 1921; *Nota sobre los huesos fósiles hallados en Agua Caliente de Cartago; La familia Real de Talamanca*, y muchos estudios más que sería prolijo enumerar.

El señor Tristán Fernández nació el 6 de setiembre de 1874. Su expediente profesional que hemos consultado, es nutrido: trabajó en la segunda enseñanza desde el año 1896 y ha dado lecciones de Ciencias Naturales, Física, Química, Zoología, Mineralogía, Parasitología, Práctica Pedagógica y Telegrafía Inalámbrica. Hizo los estudios primarios en la escuela privada de los señores Dolores Morales y Francisco Picado. La segunda enseñanza en el Liceo, donde se bachilleró en Ciencias en 1894, y los estudios superiores en el Instituto Pedagógico de Santiago de Chile.

Finalmente, debemos consignar que el primer aparato inalámbrico habido en Costa Rica se debe al esfuerzo del señor Tristán, quien ha logrado ya, con muchos sacrificios, instalar su estación radiotelefónica, donde nos hemos maravillado oyendo una orquesta de la ciudad de Nueva York.

FENOMENOS SISMICOS EN COSTA RICA, 1608-1910

RESUMEN GENERAL

Objeto de detenidas investigaciones ha sido desde tiempos muy antiguos *la causa* o *causas íntimas* que hacen moverse con más o menos violencia la corteza terrestre, sembrando pánico y desolación y acabando de un soplo con el trabajo incesante de muchos miles de hombres en un largo período de años. Las observaciones ya numerosas que se han hecho, contradicen o confirman las teorías expues-

tas o forman grandes lagunas, difíciles de llenar, ya por falta de mayor número de datos, ya por no saberse con certeza lo que ocurre en el interior de nuestaa tierra a varios kilómetros de profundidad. Con todo, puede decirse, que el contingente de tantos investigadores serios y concienzudos que hoy dedican sus esfuerzos a resolver los problemas de la sismología para sentar las bases de una verdadera ciencia nos permitirá en no lejano día, darnos cuenta exacta de gran número de detalles que hoy mantienen el espíritu en curiosidad constante sobre los temblores y terremotos, fenómenos siempre aterradores.

En Costa Rica, como en cualquier otro país del mundo, después de un terremoto o una serie de temblores, se busca con ansiedad *quien nos explique* y nos diga *por qué tiembla, si los temblores continuarán o no, o si nos amenaza algún terremoto*. La explicación de esta ansiedad es muy lógica. Pero no debemos suponer, que con las explicaciones más o menos científicas o más o menos fantásticas, nacidas al calor de la inquietud y zozobra en que se vive durante un período sísmico prolongado, hemos resuelto, pero ni esbozado siquiera los complicados problemas de la sismología. Necesitamos recurrir a las autoridades en la materia y a los especialistas para satisfacer en parte nuestras dudas, y después de todo, siempre quedan las mismas cuestiones pendientes: *por qué tiembla? seguirán o no los temblores? tendremos algún cataclismo?* Lo que hoy día sabemos sobre los fenómenos sísmicos no constituye un secreto para nadie. Las numerosas publicaciones en todos los idiomas, libros, revistas y folletos están al alcance de todo el mundo; de tal modo, que sólo se necesita un poco de buena voluntad para seguir los pasos de los que han avanzado tanto ya en el terreno de las investigaciones sismológicas.

En Costa Rica, merece recordarse sobre este género de trabajos, el estudio publicado por el Ingeniero Luis Matamoros, titulado *Dinámica interna del Globo*, publicado en 1902.

Es cierto que el gran geólogo Lapparent no aceptó la hipótesis del Ingeniero Matamoros, pero ésto no quiere decir que dicha hipótesis esté fuera por completo, de las tantas a que tenemos que recurrir, para explicar el origen de los fenómenos sísmicos. En todo caso, el estudio del Ingeniero Matamoros, tiene su mérito.

***

La recopilación hecha por el Lic. González Víquez prestará grandes servicios a los especialistas y servirá durante mucho tiempo de fuente de información bien documentada, para estudios posteriores.

Los datos recogidos nos permiten presentar un ensayo de clasificación, que facilitará más tarde el estudio de nuestros temblores.

La clasificación está basada en la *intensidad* de los sismos. En tiempo de la Colonia y aun algunos años después de la Independencia, sólo los terremotos o fuertes temblores se consignaron, por un motivo o por otro, en documentos públicos. Los temblores débiles o los que no producían ningún daño, apenas se recordarían por algunos días, quedando seguramente, varios de ellos de alguna intensidad, que no se anotaron, porque no se presentó oportunidad para ello. Este primer período [que comprende sólo los macrosismos, porque sólo existen datos sobre los terremotos y temblores fuertes, principia en 1608 y termina en 1852, fecha en que por primera vez se anota el número de temblores en cada año, según el estudio—primero en su género—publicado aquí sobre temblores, por los señores Kurtze y Streber. De esta fecha en adelante se anotaron con más regularidad los temblores, pero seguramente gran número de microsismos pasaron desapercibidos por la falta de sismógrafos. Este segundo período se prolonga hasta la fundación del Observatorio Meteorológico Nacional, después Instituto Físico Geográfico, el 7 de abril de 1888.

En ese año se instalaron en el piso bajo del Observatorio, dos sismógrafos, el de Ewing con su anexo el Duplex que permitieron registrar todas las sacudidas, inclusive las pequeñas. En la actualidad, después de 22 años, se conservan los mismos aparatos, que continúan prestando servicios, pero conviene hacer notar, que deben traerse otros más modernos, pues los sismógrafos han alcanzado un alto grado de perfección desde aquella fecha.

Tomando, pues, como base para esta clasificación el modo cómo se han anotado los sismos, desde 1608 hasta 1910, podemos dividir este largo período en los siguientes grupos:

A) 1608—1851.
B) 1852—1887.
C) 1888—1910.

A) PRIMER GRUPO.—Comprende sólo los terremotos y temblores fuertes que ocasionaron daños.

Años	No. de temblores	Observaciones
1608	. . .	Se habla de casas e iglesias dañadas.
1615	. . .	Casas caídas o al caerse.
1620	. . .	Ciudad desmantelada de casas.
1637	. . .	Casas dañadas por temblores.
1678	. . .	Casas dañadas por temblores en Cartago.
1680 / 1689 ?	. . .	Terremoto de San Gregorio.

1723.—Erupción de escorias y cenizas del volcán Irazú, con temblores.

Años	No. de temblores	Observaciones
1725	. . .	Campanas de un convento en Cartago que sonaron solas.—Por un temblor?
1728	. . .	Ruina de unas casas por un temblor.
1756	. . .	Temblores de San Buenaventura.
1780 ?	. . .	Daños en las casas y las iglesias.
1794	. . .	Daños en la iglesia parroquial por los temblores de la época presente.
1798	. . .	21 de Febrero. Temblores en Matina.
1803	. . .	En Boruca, iglesia arruinada por un temblor fuerte. 27 de Diciembre.
1821	. . .	Fuerte temblor en Cartago.—10 de Abril.
1822	. . .	Temblores de San Estanislao.—7 de Mayo.
1827	. . .	Iglesia de Nicoya arruinada por un terremoto.—3 de Abril.
1834	. . .	Mayo.—Temblores de ondulación en San José.
1840	. . .	Temblor en el Guanacaste.
1841	. . .	Primera destrucción de Cartago.—2 de Setiembre.
1842	. . .	Temblor fuerte el 21 de Marzo.
1843	. . .	Temblor fuerte en el Guanacaste el 28 de Abril.
1851	. . .	Marzo 28 7 h. 15' a. m.—Temblor fuerte, principalmente en Alajuela.

B) Segundo grupo.—Anotación anual de los temblores por observaciones personales sin instrumentos.

Años	No. de temblores	Observaciones
1852	11	En marzo uno fuerte.
1853	12	Ninguno fuerte.
1854	32	Notable el del 4 de agosto.
1855	3	Sólo enero y febrero.
1860	1	Según apuntes de don Guillermo Molina.
1863	18	Según don F. Kurtze.

1864.—Erupción de cenizas del volcán Turrialba. No hay datos acerca de temblores.

Años	No. de Temblores	Observaciones
1866	15	Nueva actividad del Turrialba. Retumbos.
1867	14	Según Streber. Retumbos. En Heredia 8 temblores.
1868	14	En Heredia 1 en Noviembre.
1869	23	Anotados en San José. En Heredia 13.
1870	4	» » » »
1871	18	» » » »
1872	19	» » » » 2 de noviembre, temblor de alguna intensidad en Puntarenas.
1873	20	Anotados en San José.
1874	12	» » » »
1875	17	» » » »
1876	24	» » » »
1877	13	» » » »
1878	27	» » » »

Años	No. de temblores	Observaciones
1879	35	Anotados en San José.
1880	12	» » » »
1881	9	» » » »
1882	29	» » » »
1883	6	» » » »
1884	4	» » » »
1885	12	» » » »
1886	6	» » » »
1887	9	» » » »

C) Tercer grupo.—Número de macrosismos y microsismos registrados por los sismógrafos del Instituto Físico Geográfico.

Años	No. de temblores	Observaciones
1888	37	Terremoto del 88. 30 de Diciembre. Alajuela y San José.
1889	62	
1890	47	
1891	89	
1892	37	
1893	38	
1894	41	
1895	83	
1896	68	
1897	114	Sólo un temblor fuerte el 7 de Enero. Es notable en este año el gran número de microsismos.
1898	64	
1899	56	
1900	103	
1901	47	
1902	60	
1903	40	
1904	42	
1905	72	
1906	182	
1907	23	
1908	25	
1909	4	
1910	481	Hasta octubre 24. 4 de Mayo. **Destrucción de Cartago.**

Se nota claramente, que cada grupo queda bien caracterizado dor las observaciones y datos que existen para cada uno. Esta clasificación no tiene otro objeto, que la de facilitar el estudio de nuestros temblores, desde el punto de vista de los datos de que se dispone y hacer un resumen general del laborioso trabajo del Licenciado González Víquez que abarca un período de 3 siglos, 1 año y 10 meses.

LAS HORNILLAS DEL VOLCÁN MIRAVALLES

1903, Febrero 11.—Partí a las 11 y llegué a Bagaces a las 2 p. m. El camino es muy plano y se eleva insensiblemente. La vegetación, uniforme. Pernocté en aquella villa y el jueves 12 salí a las 3 a. m. para Miravalles. Poco a poco se sube y principian a divisarse las lomas, que, una después de otra, forman largos cordones en dirección casi paralela a la cordillera principal. Toda la extensión

comprendida por estas lomas está llena de grandes piedras y masas enormes de piedra pómez, cuya superficie está ya descompuesta por los agentes exteriores. En varias partes del camino se notan depósitos de ceniza volcánica, acarreada por el agua de lluvia.

El camino es pintoresco; la abundancia de restos volcánicos esparcidos en todas direcciones le dan un aspecto particular al paisaje; al Sur la bruma oculta el Golfo de Nicoya; mientras que al Norte y al Este aparece despejado el perfil de la cordillera. Principia el gran cerro de Miravalles con sus faldas llenas de vegetación, que llega hasta la cumbre, y los potreros con sus ricos pastos, que alcanzan a gran altura. Sigue después el cerro de Cuipilapa y más lejos, hacia el Sureste, se distingue el pico cónico del volcán Tenorio. A la mitad del camino se encuentra el Salitral, donde hay una fuente mineral, que no me fué posible visitar. El camino continúa elevándose y, a ambos lados, los restos volcánicos aparecen en profusión. Después de unas elevaciones rápidas del terreno, se observan los primeros bosques, que, lo mismo que los pastos, se desarrollan con una magnificencia extraordinaria. El terreno sigue poco accidentado hasta Miravalles, a donde llegué a las 10 h. 35 m.

Viernes 13.—Salí muy temprano, con mi guía, hacia las *Hornillas* del volcán. Desde la hacienda, la subida no es muy difícil; aparecen, a los lados del camino, lomas y pequeños cerros con abundantes pastos; a trechos, las piedras negras, medio enterradas, coronan la cumbre de aquellas lomas y cerros. Hay fajas de antiguos bosques, a lo largo de las cuales pasan las quebradas y algunos ríos, entre ellos el río Blanco, llamado así por el color característico de sus aguas. Las piedras de este río están rodeadas, hasta el nivel del agua, por una capa blanca, que recogí para su análisis. En esta zona aparecen ya los helechos. La temperatura es muy fresca.

Pasada la faja de bosques, se ven los potreros inclinados que forman las faldas bajas del gran cerro de Miravalles, que aparece al frente, imponente, con su cumbre llena de vegetación y cubierta de nubes que parecen salir de un cráter colocado en la cima. No me fué posible dibujar el perfil de la cumbre; las nubes la tenían cubierta constantemente; el viento las arrastraba hacia el bajo, donde pronto desaparecían, pero rápidamente otras ocupaban el lugar de las primeras, de tal modo que el cerro entero parece una enorme chimenea.

El camino se desvía hacia el Este para seguir a las Hornillas. Pasado el cerro de Santa Rosa, se continúa por un terreno irregular hasta alcanzar algunas pequeñas altiplanicies, donde los abundantes pastos, la vegetación y la pureza del aire, alejan de la mente la idea de encontrarse uno próximo a un foco volcánico.

Aquí principian las *Hornillas*—me dijo el guía—y yo buscaba por todas partes algún *cráter*... Ningún indicio volcánico aparecía,

sólo las piedras medio enterradas se veían sobre las colinas. Un momento después la brisa del Noreste tenía un débil olor a anhidrido sulfuroso. Pasada una colina, aparece la planicie, que tiene al Este un bosque y al Oeste depresiones de poca profundidad, llenas de piedras blancas, por las junturas de las cuales salen cantidades pequeñas de anhidrido sulfuroso y vapor de agua. Son las primeras *hornillas:* hay tres principales colocadas en un semicírculo cuyo centro mira al Este.

En esta época el lodo blanquecino que forma el fondo está seco y lleno de grietas por donde sólo sale vapor de agua; la que se encuentra más al Norte está completamente apagada. El lodo contiene una fuerte proporción de arcilla. Cada una de aquellas *hornillas* tiene de 4 a 5 metros cuadrados de superficie. Hacia el Oeste hay un desaguadero, que en la estación lluviosa permite la salida del lodo arcilloso, que baja por las peñas vecinas hacia el río Blanco. Crece alrededor de estas *hornillas* abundante pasto natural y aun en medio de las piedras que se encuentran en los bordes. Continuando hacia el Este está la entrada al foco más activo, que es hoy la única manifestación volcánica del Miravalles. La vegetación exuberante en esta parte cierra la entrada a este *cráter;* por el Oeste queda sólo un camino que se interna hacia las *hornillas* y que permite la llegada hasta ellas con toda facilidad. Se ve en el fondo una peña de 11 metros de altura, que tiene al pie las lagunas de lodo hirviendo; a la entrada y hacia la izquierda se encuentran tres de ellas: las dos primeras están casi al nivel del suelo y tienen de 5 a 6 metros cuadrados de superficie; hay en su interior un lodo gris, que hierve constantemente, sobre el cual se notan capas de una sustancia negra de aspecto oleaginoso; sigue la tercera al pie de una elevación rápida del terreno, coronado en su parte superior por el límite del bosque. Hacia el lado Norte de estas pailas hay un pequeño depósito, de un metro cuadrado de superficie, que contiene un lodo muy espeso; el vapor de agua al salir forma burbujas que estallan en la superficie y hace saltar el lodo caliente hasta dos metros. En la misma dirección y a corta distancia, dos nuevas pailas hacen hervir el agua lodosa con gran fuerza; el agua se levanta en borbotones y choca contra la roca del Noreste produciendo el ruido que se oye al llegar.

Al lado derecho quedan dos depresiones sin lodo; allí la costra está rajada, y por las grietas sale el anhidrido sulfuroso que deposita pequeñas cantidades de azufre: éste se encuentra muy impuro.

Se destaca en el fondo la peña de 11 metros de altura; hay a ambos lados pendientes de fácil acceso, bordadas por una vegetación tupida, que forma sobre la peña un arco de verdor. La mayor parte de esta peña está formada por piedras sueltas, cubiertas de arcilla, masas de arcilla teñidas por sales de hierro y numerosas grietas por

donde sale muy caliente el anhidrido sulfuroso; el terreno mismo tiene una temperatura tan elevada que apenas es posible pisarlo. La grieta mayor está hacia el medio de la peña, al pie de una masa granítica que está totalmente cubierta de azufre por la reducción constante del anhidrido sulfuroso y pequeñas cantidades de hidrógeno sulfurado.

Hacia el Sur aparece la misma vegetación y el zacate natural se interna y crece hasta el pie de la misma peña. En los momentos de calma el vapor de agua forma un velo frente a la peña, pero bien pronto el aire fresco que sopla del bosque del Noroeste lo condensa y aquella aparece despejada.

En la estación lluviosa, el agua de lluvia que baja por la peña se dirige hacia el Noroeste por un desaguadero que comunica con una pequeña quebrada, que va al río Blanco.

La parte conocida con el nombre de *Hornillas*, que tendrán próximamente 70 metros cuadrados de superficie, forma hoy el volcán Miravalles, hacia el Norte y Noroeste siguen las lomas montañosas, hasta alcanzar el pie del gran Cerro, en cuya cumbre no parece haber ningún vestigio de actividad volcánica.

Hacia el Suroeste del cerro, los bosques cubren las faldas con numerosas lagunas, algunas secas, donde crecen abundantes pastos. La ascensión al cerro es fácil, hasta los potreros de «Las Mesas» y «El Pedrero»; de allí en adelante se presentan algunas dificultades, para las cuales no estaba preparado, y regresé de aquellas alturas.

Sábado 14.—Temprano salí con el guía y visité la Poza Verde y una fuente mineral.

Domingo 15.—A las 5 a. m. salí de la hacienda Miravalles, por la cordillera, hasta la hacienda de Guachipelín y de allí a las Hornillas del Rincón de la Vieja.

RAFAEL ANGEL TROYO

Fué un artista en el concepto más romántico del vocablo. O, mejor, un *dilettante*, pero de grande amor y de una dedicación constante por las letras. Rico, tenía su magnífico chalet, refugio de poetas amigos, donde se vivían verdaderas horas de bohemia lírica. Allí Julio Flórez pasó algunos días y allí fueron todos los peregrinos que pasaban por el solar costarricense. Tanto fué su boato artístico, que pronto vinieron a menos sus atributos de hombre poderoso. Pero vivió como poeta.

Rafael Angel Troyo cultivó los poemas cortos en prosa, casi rimada. Era paisajista. El colorido de su prosa para describir es admirable, mucho mejor que el detalle psicológico cuando pintaba un estado de alma. Natural, que dentro de su temperamento exquisitamente lírico, no disuena el excesivo romanticismo de su arte. En otro caso, en otro tipo que no fuera tan entregado al ilusionismo de la poesía, sin su melena partida, sin su gran flor en la solapa, su prosa sería inexplicable.

Muy joven, en compañía de Fernández Guardia, dirigió la revista «Pinceladas»; con Froylán Turcios, redactó la «Revista Nueva» y con Billo Zeledón «La Selva».

Editó lujosamente varios libros: *Terracotas*, cuentos breves; *Ortos*, estados de alma; *Corazón Joven*, novela psicológica; *Poemas del Alma* y *Topacios*, cuentos y fantasías que prologó Julio Flórez con endecasílabos sonoros:

«Este libro es un ramo de azucenas
que aprecio yo... como si fuese mío...»

También Vargas Vila ha tenido una frase de elogio para la obra de Troyo. Pero aún hay otro aspecto muy

interesante de esta «alondra encandilada»: su vida anecdótica. Puede conocerse al Rafael Angel anecdótico en los apuntes que recogió Roberto Valladares en el Homenaje que le hizo al romántico prosista.

Nació en Cartago el 18 de Julio de 1875. Viajó por los Estados Unidos, París, Londres, Berlín, Roma; vivió ensoñado y murió en un momento de ensueño, cuando oía las antífonas sagradas del Templo de los Salesianos de Cartago; el terremoto de 1910 sacudió horriblemente la ciudad y un bloque enorme cayó sobre la cabeza del artista, dejándolo muerto instantáneamente.

Troyo siempre quiso hacer de la vida «una cosa bella» y desapareció cuando su juventud asomaba los perfiles a la linfa de la Fama.

LAS TURQUESAS DE LA PRINCESA EUGENIA

Eugenia, la gentil Princesita, amaba las piedras preciosas con el mismo amor con que hubiera amado a un gallardo Príncipe rubio.

No había rara y bella piedra preciosa que vieran sus lindos ojos, sin que la adquiriese y pagara con gran largueza.

Y para cada una de esas alhajas tenía su rico joyel en donde esparcían los resplandores de su viva y misteriosa luz...

En estuches de marfil y sándalo y sobre almohadillas de terciopelo negro, brillaban los diamantes de diferentes facetas y tamaños, con que la gentil Eugenia ornaba sus manos primorosas.

Y para su blanco cuello de paloma su joya favorita era un rubí, tan grande y tan rojo como el corazón de un mirlo.

En cincelado escriño de plata, dormía una esmeralda, muerta flor de esperanza, a través de la cual Eugenia miraba los mustios y desolados paisajes de otoño...

Y entre aquellas ricas piedras que poblaban de amables ensueños la fantasía de la Princesita, había dos ópalos que le infundían miedo. Dos ópalos, cuyos rosáceos reflejos interiores, parecían las pupilas de un pájaro bravío.

Pero más valiosas que los diamantes y más bellas que el rubí y más hermosas que la esmeralda, eran las gemelas turquesas de los ojos de la encantadora Eugenia, ojos de celeste luz... lindas joyas hermanas de las piedras preciosas.

Aquella mañana de mayo en que el cielo azul semejaba extensa pradera de violetas, la Princesa fué al jardín a aspirar el perfume de las flores y a mimar a su amada garza real. «Magnolia», llamábase el ave blanca, la que parecía un copo de espuma; el ave del armiño y del cariño, la del cariño de la Princesa.

El ave real llegó a Palacio purpurada por la sangre de un ala herida, que arrastraba como un abierto abanico.

Desde ese día la dulce niña comenzó a curarla. Sus sedosas manos adormían el ave con sus halagos, haciéndola olvidar la tristeza que le postraba; porque la garza no comía ni crotoraba alegremente, y los días pasaban y pasaban, y como una enferma magnolia se marchitaba, echando de menos su lejano lago azul, los dorados pececillos con que llenaba el buche, y su nido de las pedregosas riberas.

Poco tiempo después, la garza seguía los pasos de la bella Eugenia a través de los floridos senderos del jardín, buscando aquellas manos primorosas que le daban el alimento, y las voluptuosas caricias de aterciopelada suavidad.

Las piedras preciosas seducíanla con el extraño brillo de sus irradiaciones. Un día en que la joven le tenía entre sus brazos, el ave levemente le picó el albo cuello, donde se agitaba el rubí como una gota de sangre congelada...

Y aquella luminosa mañana del mes de mayo, en que el cielo azul semejaba inmensa pradera de violetas, la Princesita, abriéndose paso entre las frondas, llegó frente al estanque donde como un blanco y casto lirio la garza silenciosa dormitaba.

—«Magnolia», llamó la voz de la divina Eugenia, y el ave real, sacudiendo perezosamente las alas, a lentos pasos dirigióse al borde del florido estanque, en donde la joven le tendía el alimento. Entre tanto, el ave fijaba sus ojos pardos en las azules turquesas de los ojos de su dueña.

Con dulce voz comenzaba la niña a arrullarla, cuando la garza irguiéndose y extendiendo su luengo cuello, en un rápido movimiento le lanzó un certero picotazo, en el rostro...

Eugenia dió un grito doloroso y terrible: uno de sus lindos ojos, de donde manaba un hilo de sangre, aparecía horrorosamente dividido en dos pedazos.

EN LA HORA DEL ANGELUS...

La tarde palideció. Y los altos montes, los valles y colinas se llenaron de silencio y de misterio...

Lejos, el mar sereno y apacible, cubría de albas espumas las playas solitarias...Las gaviotas en oblicuo vuelo, volaban una tras otra, hacia las rocas grises.

Desde la vera del camino, mi amada y yo, asistíamos a la muerte del sol, y veíamos cómo después de ese gran incendio del crepúsculo que todo lo había iluminado con sus rojos fulgores, sólo quedaban grupos de enormes sombras que pasaban y pasaban enlutando la inmensa comba de los cielos...

En torno nuestro, las cosas iban perdiendo su real aspecto, para arroparse en ese fantástico velo que tiende el misterio de la noche.

En la bóveda celeste surgió la luna redonda y bella.

Y sobre nuestras cabezas pasó en rápido vuelo la última pareja de palomas que venían del monte...

—Mira!—me dijo de pronto mi adorada—mira aquella estrella que vuela!—ya se ocultó en la luna... Es acaso un pájaro del cielo que va huyendo de la noche?

—Sí,—la contesté—es una ave de luz que va a su nido, a ese refulgente nido de plateadas hebras, que afanosa un día colgó del firmamento...

DANIEL UREÑA

Daniel Ureña es un hombre modesto y trabajador que se ha empeñado siempre por cultivar bien su vida.

Nació en 1876, en San José. En 1901 fué redactor del diario «El Progreso»; fué fundador de la Revista «Arte y Vida». Ha publicado *María del Rosario*, 1909, Imprenta Alsina, que es un drama en tres actos y en prosa, estrenado con éxito en el Teatro Variedades; *Los Huérfanos*, Alsina, 1910, drama en tres actos y en prosa, estrenado por la compañia de María Díez en el Teatro Nacional; *Sombra y Luz*, 1907, pasatiempo dramático en un acto y en verso, estrenado por la compañía de Carlota Millanes.

Ha llevado a las tablas, pero no ha editado: *De la Estación al Hipódromo*, juguete cómico en un acto y en verso; *San José Alegre*, revista nacional en un acto y en prosa; *El sueño de una noche* y *Muñequerías*.

Como se ve, es uno de los pocos cultivadores del teatro.

Tiene, además, algunas poesías líricas, de cuyo valor podrá juzgarse por las que insertamos aquí.

¿MUERTA...?

¡Está mi musa triste y muy enferma!
¡Está mi pobre lira hecha pedazos!..
Dejad que en el sufrir mi alma se duerma,
ya que el dolor me estrecha entre sus brazos.

Hoy sólo una visión contemplo mudo:
la imagen de mi madre tan querida;
¡ese ángel que en la tierra fué mi escudo,
ese ángel que en el cielo no me olvida!

La muerte, que pensó en mi madre bella,
no pensó que al herirla su guadaña
debió matarme a mí junto con ella,
porque soy un pedazo de su entraña.

No ha muerto, no, mi dulce viejecita,
pues vive en mí, la siento, ¡oh, desvarío!...
Vive aun su corazón, que aquí palpita,
porque ella lo dejó dentro del mío!

EN MEDIO DEL JARDIN

¡No trates esa flor con inclemencia!
Aunque al ramaje con pudor asoma,
ofrece al sol su cáliz de inocencia,
porque un beso de luz se vuelve aroma.

No imites al gusano traicionero
que halla albergue en la planta, y enseguida
deja cruel en cada hoja un agujero
y asesta en cada pétalo una herida.

Bésala con la luz del pensamiento
que dará brillantez a sus colores,
para que sea, en medio del contento,
orgullo del jardín de sus amores.

Brinda, así, de tu espíritu las galas,
y sé como la bella mariposa
que dora con el polvo de sus alas
los pétalos purpúreos de la rosa...

Y tú, flor, que recibes el rocío
que en tu corola se convierte en lumbre,
no te engañe el encanto de ese río
que oculta bajo el agua podredumbre.

La esencia de tu cáliz alto exhala;
que si el ave se encumbra con su vuelo,
también con el perfume como un ala
subir pueden las flores hasta el cielo.

Nunca abajo, de tu ánfora el tesoro
derrames, que la esencia se pervierte
y después tu ropaje ya incoloro
va buscando el camino de la muerte.

Que el sér que tu inocencia no perdona,
si alcanza a su placer tu sacrificio,
aspira tu perfume y te abandona
en el fango mortífero del vicio.

JUNTO AL PIANO

Terminó de las luces el derroche...
y en el silencio, que es una alma muerta,
abrió al dolor mi corazón la puerta,
la rosa de ilusión cerró su broche
y mi alma, que ya ha tiempos está yerta,
bajó al abismo de una horrible noche.

Todas mis esperanzas fenecidas,
como aves negras contemplé a mi lado:
fantasmas que mi vida han empujado
a la tumba fatal de los suicidas;
y si hubiera tenido muchas vidas,
contra todas hubieran atentado.

¿Habré muerto?—me digo.—Mas resuena
a lo lejos el eco moribundo

de este mundo que habito, que es el mundo
donde junto al placer vive la pena,
do la casta y purísima azucena
pierde su aroma entre el olor inmundo.

Vivo estoy... Estoy vivo, pero sueño...
Me miro en un diván muy cerca al piano:
allí mi virgen hiere con su mano
el teclado y entonces con empeño
bogo en la dulce barca del ensueño
sobre las aguas de un cerúleo océano.

En el ambiente todo se respira:
hay música, perfume, luces, flores....
y el alma que se mira en sus amores,
al escuchar las notas de esa lira,
es blanco cisne que su pecho mira
en el cristal de un lago de colores.

Embriagado de dicha y de ventura
quise hablarle al oído suavemente;
su pecho se agitaba fuertemente,
mis ojos devoraban su hermosura;
la dije quedo: ¡angelical criatura,
corone un beso tu inspirada frente!

El piano te dirá lo que no expresan
mis labios que enmudecen ya febriles
al mirar de tu rostro los perfiles
y tus manos que juegan y no cesan
igual que dos palomas que se besan
sobre un nido formado de marfiles.

Una sonrisa dibujó su boca;
de una estrella una lágrima caía
hecha luz, al teclado que gemía
bajo el dominio de su mano loca
que corre sin parar y luego toca
el final de una triste melodía.

Al golpe de un acorde que estremece
rasga los aires dolorido acento,
y marcando un compás lento, muy lento,
la niña en un sopor se desvanece
y en medio de la sala que oscurece
cae en el alfombrado pavimento.

Palpé su cuerpo, estaba ya sin vida:
las luces de sus ojos se apagaron,
sus manos contra el pecho se crisparon
y una flor del cabello desprendida
fué diadema de novia, que ceñida
a su frente sus pétalos formaron....

¡Cuánto he llorado por mi novia ausente!....
Aún oigo las palabras del galeno:
—murió del corazón—dijo sereno,
y yo ya herido el corazón doliente
quise arrancármelo al sentir latente
el fuego en mis entrañas de un veneno.

Desde entonces ¡ay! con el alma inerte
llevo en el corazón mortal saeta.
Por eso a mí la vida no me inquieta
y soporto los golpes de la suerte,
porque sé que el doctor dirá a mi muerte:
—Del corazón murió el pobre poeta!

GUILLERMO VARGAS CALVO

Es exclusivamente periodista. Su estilo es exuberante y lírico. A veces su prosa es de poeta, llena de imágenes y de giros bellos.

Nació en junio de 1881 siendo, por lo tanto, el más joven de la segunda generación. Estudió en el Liceo de Costa Rica donde recibió el título de Bachiller en el año 1899. Entró luego a la Escuela de Derecho, pero no se tituló sino hasta 1913. Fué a Managua en 1903 como Delegado de la Juventud Costarricense al Congreso Centroamericano de Estudiantes. Fué como agregado de la Legación de Costa Rica en Panamá, en 1905; en 1910 tuvo a su cargo la dirección de los Archivos Nacionales y ya había sido, en 1907, profesor de Historia Literaria en el Liceo. Ha viajado por los Estados Unidos, Centroamérica y Argentina. En sus viajes ha tenido la fortuna de conocer íntimamente a las cinco cumbres de la poesía hispanoamericana: Darío, Valencia, Nervo, Lugones y Chocano. En 1902 fué director y propietario del diario «El Irazú»; en 1903, de «La República», y en 1921, de «La Nación». Desde muy joven ha colaborado en distintos periódicos nacionales: en «El Heraldo de Costa Rica», de Pío Víquez; en «El Diario de Costa Rica» que fundaron aquí Alberto Masferrer y Máximo Soto Hall, en 1897; en «La Prensa Libre» de 1898; en «El Fígaro», que dirigía Manuel Argüello de Vars en 1899; en «El País», que fundó Magón; en «La Información», de 1914 a 1917, en «La Prensa», de Nueva York, en 1918 y en «La Nación» de Buenos Aires en 1920.

En 1919 ocupó los Ministerios de Instrucción Pública y de Relaciones Exteriores y actualmente está de-

dicado a su bufete de abogado, pues no es posible, aun siendo periodista como el señor Vargas, .que se pueda vivir en Costa Rica del ejercicio profesional de las letras.

EL MAESTRO ZAMBRANA

La noticia de su muerte nos conmueve profundamente. Había sido un sol de oro su inteligencia en la constelación espiritual de América, y como un sol se fué ocultando poco a poco tras la línea última de los montes y los mares, a la hora del crepúsculo, entre esplendores y reverberaciones cada vez más suaves y más tranquilas, hasta desaparecer definitivamente en el terciopelo de una sombra temblante y pálida. Y ha sido en Cuba su ocaso magnífico, el atardecer de sus melancolías; allí, en la tierra materna en donde hace tres cuartos de siglo brilló, para gloria de la raza, la luz inicial de su vida.

Dios fué espléndido con el Maestro: detuvo un instante su mirada en su cuna y le llenó de dones excepcionales: le dió un cerebro genial, un organismo de hierro, una alma majestuosa como un templo y un corazón repleto de bondad, de caridad, de benevolencia. Y fué suya la palabra, fué suyo el verbo de los apóstoles, de los libertadores y de los poetas.

Su oratoria, era una floresta encantada; floresta de robles y de lirios, con vegetación de jardín y de montaña, al través de cuyos ramajes densos y dorados fluían apacibles brisas o destrenzaban su melena trágica los huracanes; y que se poblaba, en las grandes horas del combate, de múltiples ecos: junto al rugido del león, el nostálgico canto del jilguero; junto al estremecimiento del águila que abre sus alas, la fina nota del ruiseñor que cierra las suyas en el silencio de la noche; junto al anatema del profeta, el llanto miserando del huérfano, del triste, del pobre, del desvalido; junto al himno de la belleza, el trueno de la justicia, y luego, llenando todo el aire, el acento agudo y vivo del clarín de la libertad.

Su elocuencia era como una grande y maravillosa reina, que tenía por reinos los de la Historia, y más allá de ellos el

intangible pero entrevisto imperio del porvenir. Con una ancha diadema de diamantes azules sobre la frente; con una larga cabellera oscura olorosa a esencias de Oriente y a jazmines del trópico, tendida sobre la espalda mórbida; con una veste grácil de canéfora griega, a veces; y a veces con la austera túnica recta de Lucrecia o con el suntuoso traje amaranto de Doña Sol. Y sabia como Aspasia, bella como Helena, olímpica y derrochadora como una Pompadour que regara a su paso triunfal collares de perlas, medallas esculpidas y deslumbrantes pedrerías,—esa reina, la palabra del Maestro, sujetaba bajo su cetro a los hombres y domaba las multitudes temblorosas y llenaba de tesoros de luz el alma de los pueblos.

El pensamiento de América está de duelo, porque ha muerto un Prócer. Ha dejado de latir un corazón de verdad en el Nuevo Mundo. Filántropo, pensador, educador, publicista, jurisconsulto, Zambrana era un gran señor en la Casa de las Ideas. Su muerte nos entristece. Su muerte es dolor de Cuba, pero a la par de Costa Rica, que fué su madre adoptiva. Vistamos, pues, de luto nuestros espíritus; y que Eolo lleve a la Isla de la Estrella solitaria, para depositarlo en la tumba que acaba de cerrarse, el mensaje de nuestras almas, entre un rumor de cedros sacudidos por el viento y de rosales que deshojan sus pétalos...

TREBOL LIRICO

(Album de Amalia Montagné)

De su dulce mirar irradian apacibles fulgores, como finos rayos lunares al través de la melancólica fronda estremecida por auras secretas y leves aleteos de pájaros dormidos—en el silencio y la paz de la noche llena de luz blanca y de aromas de primavera. Por eso sus ojos son como urnas coruscantes de espléndida pedrería, que reflejan con tonos sutiles, sobre las almas hechizadas por su gracia, la reverberación de su aurora espiritual eterna.



De su suave sonrisa fluyen ondas encendidas, como haces de sol que se deslizan píamente sobre el espejo multicolor de una fuentecilla mañanera, al borde del camino en que la vida entona el himno de las horas bajo la azul serenidad del cielo y el ágata polícromo de tersos ramajes floridos.

Por eso sus labios de rosa fresca son como estuche sedeño saturado de exquisitas esencias, donde oculta a la inquieta codicia profana el maravilloso caudal de su risa deslumbrante y grácil y la voz de oro vivo que cantó Verlaine.



De sus manos inmaculadas y fraternas, surgen al conjuro de su voluntad, mil dones amables, como lirios de jardín mágico o espigas de trigal acariciado por vientos de perpetua esperanza. Por eso cuando las cruza sobre el pecho en actitud de meditación y plegaria, simulan un vuelo lejano de blancas palomas; y cuando la hora llegue de ofrendar sus caricias, Eros podrá retorcerlas como enigmas de fuego en la sacra oración del amor!

RAMON ZELAYA

No es un literato profesional, pero cultiva con asiduidad las letras. Dedicado por completo a su bufete de abogado, es en ese campo donde su actuación es más saliente. Titulado en París, y residente por varios años en la luminosa ciudad, conoce bien las letras francesas y ha sido amigo de ilustres escritores.

Tiene publicados estos libros: *Del Criterio en Materia de Gobierno*, tesis; *Comprobación Histórica*, réplica al doctor Rafael Montúfar; *Pleito Ruidoso*, en el asunto del Dr. Cruz contra el Gobierno; *Las Donaciones*, tesis de oposición a una cátedra de Derecho Civil con el Doctor don Manuel Diéguez; *Una Prisión Honrosa; Bocetos Raros*, cuentos; y dos que anuncia en preparación: *Sociología Costarricense* y *Derecho Civil Costarricense.*

Nació el 23 de enero de 1873 en la ciudad de Liberia y fueron así sus primeros años de sol y de pampa. En 1886 dejó las aulas de la humilde escuela de Liberia para entrar en la Escuela Nueva de Miguel Obregón y Federico G. Salazar, en San José. Luego entró al Liceo de Costa Rica, 1887-91, que dirigía entonces don Luis Schenau. Recibió el título de Licenciado en Leyes en París, en 1894, y de Doctor en Derecho en 1897. En mayo de ese mismo año vino a Costa Rica y al año siguiente fué a Inglaterra en vía de estudio. En el 99 hizo su incorporación al Colegio de Abogados de Costa Rica. De 1907 a 1910 sirvió el Consulado General de Costa Rica en Italia, época a la que pertenecen sus *Informes Consulares*, reunidos en un volumen. Finalmente debemos consignar que es un estudioso y que a esa virtud debe el dominio que tiene del italiano, alemán, inglés y francés.

DOÑA PACIFICA FERNANDEZ DE SOTO

No es posible asistir a la desaparición de tan distinguida y apreciable dama, sin que nuestra veneración le dedique un dolorido recuerdo, y sin que nuestra respetuosa amistad deje oir un sincero lamento.

Su ingreso prematuro en el reino misterioso y horriblemente quieto de los muertos, no podrá borrar la estela de alta benevolencia, de distinción genuina y de sencilla cordialidad que deja entre los vivos. Sus prendas morales fueron tantas, que todos los que la conocieron,—aún aquellos que, como el infrascrito, no tuvieron el honor de tratarla sino en los últimos diez años de su vida,—guardarán en el alma, vivaces, rayos de los recuerdos de lo que fué aquella mente vigorosamente femenil, clara y rica en ese sentido común que es lo más raro que existe.

Ignoro si en su niñez tuvo su cartomanciana, como Josefina de Beauharnais; pero a buen seguro fué muy digna de tener una que leyera, en sus manos de niña mimada, los altos destinos que la suerte le reservaba.

Hija y sobrina de Presidentes de la República, antes de cumplir veinticinco años, la edad mínima de las vestales de Santa Catalina, tocóle ser la consorte del más joven y progresista de nuestros Jefes de Estado.

El General don Próspero Fernández,—su padre,—encarna en la corta historia nuestra el pundonor y la lealtad, esos distintivos de todo gentilhombre de sangre.

El General don Tomás Guardia,—su tío,—representa la fina y maliciosa inteligencia, el espíritu de progreso y el ánimo resuelto y valeroso.

En doña Pacífica, esos dones del cielo se cristalizaron en belleza y en armónica afabilidad.

Y por eso, las alturas de nuestro campanario, que a tantos han hecho perder el equilibrio de la equidad y la razón de la prudencia, no alcanzaron a turbar esa sencillez de gran señora que fué la suya, y esa bondad ingénita que no la abandonó hasta el sepulcro.

No alcanzaron mis años a atestiguar su actuación como primera dama de nuestra comunidad. Pero las crónicas, y sus contemporáneos de entonces, me dicen que fué la única consorte de Presidente que haya tenido y mantenido un SALÓN, en el culto sentido que en francés tiene esa palabra.

Su casa, como su mesa, estuvieron siempre ampliamente pobladas de visitantes de toda clase, de amigas escogidas, muchas de ellas pertenecientes a las clases desvalidas de la fortuna, pero trajeadas por la decencia interior y externa.

Tampoco me ha sido posible averiguar hasta ahora,—cuál fuera su participación en la política tan progresista de su benemérito esposo. Mas, a juzgar por la minuciosidad con que miraba—y apreciaba de simple *ciudadana*—todo cuanto podía referirse al buen nombre y al prestigio de su casa, era fácil colegir que su colaboración debe de haber sido grande y eficaz.

Los últimos destellos de gratitud intensa que sintió siempre hacia sus conciudadanos, los vimos en la significativa y justiciera velada que la Sociedad de Estudiantes de Derecho dedicó al Lic. don Bernardo Soto. En esa ocasión nos apareció feliz, con esa dicha intelectual del que sabe y comprende lo que es la Historia, y ve su nombre grabado con letras fulgurantes en sus páginas de acero.

Descanse en paz la gran dama de distinción, de inteligencia y de bondad.

EL CASO DE LISIMACO CHAVARRIA

El doloroso lamento que se elevó del alma nacional a la muerte del hombre humilde que fué el insigne poeta Lisímaco Chavarría, es la más intensa protesta que pueda hacer un pueblo contra el operado político-social de sus estadistas.

Aquel espíritu raro, tan ricamente dotado por el numen eterno, venido de los campos a la urbe josefina en busca del ambiente que requerían sus alas, peregrino de un Verbo que no aprende nadie si Dios no se lo inspira, cándido y creyente campesino que trajo a nuestras puertas su fardo de ilusiones, acaba de morir tuberculoso, es decir, víctima de grandes privaciones y de penas profundas.

Según nuestros informes, semejante dolencia no existe en su familia de labradores sanos, ni pudo provenirle del desgaste voluptuoso que dan las bacanales que ignoraron sus sentidos.

Lisímaco Chavarría, gloria truncada joven, fué desde su infancia un practicante asiduo del culto del trabajo.

Primero ayudó a su padre a mantener su familia con la escultura de santos; fué entonces, de seguro, cuando en la mente del niño surgieron las tendencias idealistas que orientaron su vida. Después, a la edad soñadora, en que es el bachillerato la suprema ambición, él se echó a las espaldas esa cruz de calvario de un himeneo desgraciado.

Lo vieron las escuelas de los campos lejanos ganarse con su esposa el pan negro del maestro.

La musa comenzaba a sonar su trompeta. Tímida y recatada, dió sus primeras notas bajo firma prestada. El rédito de ese mutuo

produjo a la prestamista una gran notoriedad. La firma de «Rosa Corrales de Chavarría» fué inscrita en el registro de los poetas laureados.

Luego vino el divorcio. No siempre la adorada de los primeros años, la que embalsama el ambiente de nuestra juventud y llena con su nombre la primera parte de nuestra vida azarosa, es compañera digna del ascenso penoso de los intelectuales.

Sin esa separación, la gran modestia del poeta humilde lo habría mantenido oculto por muchos años más.

Obligado por su propio destino a firmar sus poesías, Lisímaco se encontró de golpe frente a frente con su celebridad, diosa inconstante cuya sonrisa es el supremo laurel del vate.

Se diría que fué a empellones como ese hijo notable de San Ramón tocó a las puertas de la gloria. No hay prueba más evidente de que ese artista de sangre india nació con la chispa sacra.

La sorpresa no fué menor para los letrados admiradores de la firma «Rosa Corrales de Chavarría», que para el propio bardo.

Cuando más oculto se creía entre los bastidores de la comedia humana; cuando con más dedicación seguía esculpiendo el leño de nuestros bosques para hacer surgir la imagen de los santos mártires y alimentar con ellos a su familia pobre; cuando con más arrobamiento se extasiaba su alma en los magníficos arreboles de la hermosa tierra que le sirvió de cuna, el hado misterioso de su suerte alzó la tela de su modestia y lo expuso al fuego graneado de los aplausos públicos.

Y así se inicia la segunda etapa de su existencia triste.

Lo vieron los letrados andar de Ceca en Meca inquiriendo opiniones sobre sus propios méritos, y buscando pareceres sobre si era o no oportuno aceptar la gloriosa paternidad de su propio renombre y el cetro de su fama.

Cuando, después de vacilar mucho, tomó plena posesión de su notoriedad de inspirado vate, muchos se imaginaron que su ingénita modestia iba a ceder el campo a la vanidad de los mediocres. Mas, consciente de las responsabilidades que todo ascenso implica, más bien dobló su esfuerzo por el cultivo de su arte, que es bello entre los mejores.

Y se agitaron encantados nuestros bosques, se adormecieron con languidez nuestros arroyos y palpitaron alborozadas las avecillas de nuestras selvas cuando en el recinto nacional se oyeron los arpegios de su lira.

Hasta los bueyes de nuestros campesinos mugieron satisfechos al presentir la inmortalidad que les daría el cantor de su vejez cansada y el intérprete de su filosofía paciente.

Y comenzaron a volar por Hispano América y a causar la admiración de los pueblos de habla española sus himnos sonoros al Trabajo, al Sol, a la Vida y al Arte, obras de corte clásico, tanto más

admirables cuanto que su autor era un pobre indio de San Ramón, cuyos estudios no habían llegado al bachillerato.

Y así como algunos pintores antiguos se reconocen por una simple línea trazada en una tablilla de cera que se pasaban como una tarjeta, un letrado verdadero podrá apreciar la buena raza del talento de Chavarría al leer el primer verso de sus rapsodias, arpegio anunciador de su armonía.

Ved cómo aborda el grandioso poema del Trabajo:

«A ti mi canto, atleta poderoso,
que todo lo transformas y engrandeces.»

Al Arte lo saluda con la amplitud garbosa de quien tiene la plena intuición del asunto:

Salve, divino dón! En tu santuario,
las mentes que señalas se iluminan . . .»

Y en gracia de esos poemas, la patria costarricense comenzó a creer en el prestigio del mundo intelectual, como la araña de Iblis que, bajo la mirada apacible del Señor, se fué agrandando hasta constituir el astro Sol, en la Leyenda de los Siglos. Y comenzaron a llover los laureles sobre aquella cabeza que Gall habría declarado insignificante, conquistados por la fuerza fecunda de su intuitivo dón. Triunfante en un certamen panamericano de una gran revista de Nueva York, en México se le declaró segundo poeta de Hispano América, después de Darío, a quien se le adjudicó el primer puesto, en honor a sus prosas.

Imagínese el lector cuál habría sido el lustre que a su país habría conquistado ese ramonense humilde, si en lugar de fallecer a los 36 años hubiera llegado a los 60, él que año con año ascendía cuatro escalones en el dominio del Arte.

Calculen los letrados la amplitud extraordinaria y la riqueza de colorido que habría alcanzado la fantasía de ese vate, si cualquiera de nuestros gobernantes hubiese podido retirar un momento su atención de las politiquillas lugareñas, para aplicarla a los intereses morales y de alta cultura de la comunidad que han gobernado.

El estadista nacional que, adoptando los procedimientos de los políticos japoneses, hubiera puesto hace diez años en la valija del vate desaparecido lo necesario para ir a enriquecer su estética en los valles panorámicos de Suiza, en la contemplación de las Pirámides legendarias del Egipto, de las nieves eternas de los Alpes o en las artísticas bacanales de la Babilonia parisiense, habría hecho más por su personal prestigio y el de su minúsculo país, que todas las fusiones de bandos políticos imaginables y que todas las efímeras Presidencias que afectan desinteresarse de los movimientos pasio-

nales y de las corrientes propagandistas de políticas insanas en la sociedad gobernada.

Los laureles que indudablemente hubiera alcanzado en los certámenes de la inteligencia el humilde hijo de San Ramón, los habría colocado el mundo en las sienes de la Patria.

Pero está escrito que los hombres que han regido este país, desde hace un cuarto de siglo, dejarán en la historia de su época la marca imperecedera de su mentalidad trivial y envanecida, desconocedora de los resortes más sutiles de la Sociología.

Erradamente positivistas, se imaginan que es de buen tono desdeñar el artículo «poeta», sin distinción alguna. No sospechan siquiera que un verdadero vate es un agente poderoso de progreso, de virilidad, de fuerza para el pueblo en que vive.

No hay proclama que hubiera podido reemplazar las estrofas de Píndaro, para formar atletas. Lord Byron y Víctor Hugo son ejemplos casi contemporáneos de que la Lira tiene a veces la eficacia de una batería.

Cierto: los poetas llorones, eróticos y borrachos son una de las plagas vergonzosas que afligen a Hispano América; pero el numen de Lisímaco Chavarría no le inspiró sino cantos sonoros a todas las excelsitudes de la Vida y del Esfuerzo, del Arte y del Trabajo. Y nadie fué más temperante que ese derrochador de colorido.

Es imperdonable, pues, que los gobernantes de este país hayan dejado perecer de necesidad al poeta mejor dotado que haya producido nuestra raza indo-española desde hace muchos años.

Pues no cabe duda de que esa alma de cigarra consumió con su esfuerzo ascendente hacia la luz, el cuerpecillo enclenque y mal nutrido que le sirvió de Rocinante.

Le vieron sus amigos muchas veces tocar a sus puertas en humilde solicitud de cinco o seis colones, para colmar el déficit que le dejaba su triste sueldo de sesenta, régimen de pan y agua a que lo tuvieron sometido los supremos distribuidores de los beneficios de nuestra sociedad.

Y en las amarguras de su triste suerte, es justiciero consignar que en más de una ocasión—como la de Aquileo Echeverría—su sed encontró agua fresca en la mano generosa del Obispo Stork, ese experto estadista.

Mientras tanto, nuestros mentores políticos, cuya excelsitud necesita el pedestal de la Presidencia de la República para hacerse perceptible, continuarán distribuyendo los estímulos del Tesoro Público, en el almácigo de medianías que son su obra, entre esos parásitos sociales cuya desmoralización de levita ha contaminado y pervertido los instintos generosos e hidalgos del pueblo costarricense.

Que el caso de Lisímaco Chavarría, de ese hombre humilde que fué el poeta mejor dotado de la raza indo-española desde hace

muchas décadas, muerto prematuramente bajo el régimen de pan y agua a que lo condenaron nuestros prohombres por el delito de tener talento; que ese caso—repito—complementado por el del festivo Aquileo, sirva de fecunda lección a los hombres jóvenes que avanzan orientados por la estrella de la Inteligencia, rescaldados por alguna noble ambición y erguidos por el sentimiento de la dignidad humana.

Esos hombres deben caminar con el profundo convencimiento de que nada generoso tienen que esperar—ni que agradecer—de sus predecesores en generación.

Y si la juventud nacional desea elevarse a la altura de las esperanzas que encarna para la familia y la patria, y mostrarse digna de las ineludibles obligaciones que le reserva el futuro, necesita urgentemente buscar su fuerza en la unión y desdeñar las propinas caprichosas que a los jóvenes de dignidad acostumbran reservar nuestros profesionales distribuidores del Presupuesto del Estado.

JOSE MARÍA ZELEDÓN

Billo Zeledón es un Jaurés poeta, un escritor rebelde que se empeña ardorosamente en el triunfo de sus ideas. Cuando juzga, cuando alza el grito de sanción, es como Barbey d' Aurevilly que «siempre va en son de guerra, de punta en blanco y con la mirada incendiaria.» Como Barbey, también ha escrito rimas sonantes y armónicas. A veces se siente capaz de enderezar el mundo y arremete contra lo que combate, a riesgo de su vida. Su labor de periodista está llena de luchas, de incidentes.

Pero es artista y apóstol a la vez; todo lo refiere a un mejoramiento social que espera. En 1920 fué electo diputado al Congreso Nacional y tuvo entonces la oportunidad de trabajar por sus empeños socialistas.

Sus versos llevan ese impulso predicador. *Los Elefantes*, que insertamos aquí, es un bello poema anarquista, hermano del de Valencia.

Si lo político-social es su campo, su mejor instrumento lo es sin duda el periódico. Allí ha manejado como nadie la ironía y la burla. «La Linterna», su periódico humorístico, fué el azote y la cosquilla de todos los pecadores. Como poeta es espontáneo, sin asomos de erudición, sin alarde alguno. Ha publicado dos libros de versos: *Musa Nueva*, su primer libro, editado en 1907 y otro, publicado en 1919, que es, como se llama, un fresco y oloroso *Jardín para Niños.*

Ahí tenéis la antípoda; el solitario como León Bloy, el demoledor, el guerrero de lanza en ristre y de poderoso escudo, se sienta entre la ronda de chiquillos y les refiere en armoniosas rimas lo que su alma pensativa escribió para ellos. Un Aquiles que de pronto se hiciera pastor.

LOS ELEFANTES

A la memoria de FRANCISCO FERRER

Marchan con sus andares pensativos y oleosos
como de multitudes—rumiando silenciosos
la nostalgia de aquellos amplios bosques distantes
que los vieron cachorros, juguetones y briosos
y aguardan su retorno—los viejos elefantes.

Los ojos impregnados de una tristeza amarga,
las trompas desmayadas al peso de la carga
bajo los pabellones de sus grandes orejas
colgantes, que el cansancio de la existencia embarga,
parecen de la inopia las formidables quejas.

Sus piernas, avanzando como troncos de *hitabos*
que algún mandato extraño moviera, ante los rabos
pelados como látigos, diríanse en la sombra
del crepúsculo, lentas procesiones de esclavos
hollando del camino la polvorosa alfombra.

Esclavos son. La fuerza terrible que almacena
su contextura atlética, se dobla a la condena
de la audacia del hombre, muñeco desmedrado
que asombra con su alarde y a su alarde encadena
los más recios vigores que a su paso han brotado.

¡Pensar que aquellas moles cuyo empuje invencible
podría ante su marcha derrumbar lo imposible,
resignan su entereza para aceptar los yugos
que pone a sus impulsos la sed inextinguible
de una arrogante raza de locos y verdugos!

¡Pensar que por ignoto secreto de la vida
una tal fortaleza que debió ser temida
abatió sus arranques naturales, medrosa,
cuando pudo a sus plantas tener desvanecida
la violencia que el miedo cree todo poderosa!

Libres los elefantes en la naturaleza
nacen, crecen y viven, sintiendo la grandeza

de su poder; los bosques, tiemblan a sus bramidos;
y allí por donde pasan rompiendo la maleza,
los troncos de los árboles quedan sobrecogidos.

Mas pronto el cautiverio los ata; en traicioneras
emboscadas los cazan, y arriando sus banderas
—las trompas—se someten resignados y mansos.
Parecen cataratas espumantes y fieras
que cayeran vencidas en tranquilos remansos.

Soportan luego todos los pesos abrumantes,
las hambres, las jornadas penosas y distantes,
la vida sin halagos de amor, y las extrañas
piruetas que degradan sus cuerpos arrogantes
que copian los contornos de todas las montañas.

Son dulces como niños; amantes de las flores,
aspiran la delicia de todos los olores
y tienen en sus gustos los caprichos más varios:
son generosos, fingen gravedad de señores,
aspectos de filósofos, gesto de visionarios.

Parece que comprenden los dolores humanos,
fraternizan con ellos, acarician las manos
que se les adelantan llevando un agasajo.
Valientes y sufridos, son nobles veteranos
de todas las gloriosas contiendas del trabajo.

Y no se reproducen esclavos. ¡Gran misterio!
Dijérase que estériles los torna el cautiverio.
Sin sol, la vida trueca su actividad jocunda
en la desesperante quietud del cementerio;
sin libertad, la vida no crea y no fecunda!

Asombra que en la noche de su éxodo infinito
sordos a todo acento, sordos a todo grito
del duelo de su raza humillada y proscrita
—como si obedecieran consignas de algún rito
religioso o patriótico—con crueldad inaudita

discurran por los bosques audazmente adiestrados
en juegos de perfidia por el hombre inventados,
para cazar sus mismos felices semejantes
y atarlos al destino a que ellos van atados
robándoles la dicha que ellos perdieran antes!

Algunas veces, pocas, los elefantes braman;
levantan su dormida virilidad, e inflaman
la cólera inextinta que vela en sus entrañas.
Dijérase que erguida su dignidad, proclaman
el derecho al disfrute de sus caras montañas.

Aisladas rebeliones son esas, sus furores
marcados con la muerte de algunos domadores—
muy pronto desfallecen para rendir sus bríos
ante el *ankus* que esgrimen los nuevos conductores
como los otros duros, y como ellos impíos.

Ha de llegar, empero, para los elefantes
una hora luminosa; desde sitios distantes
convergerán a un punto las legiones esclavas,
y desde allí marchando soberbias, delirantes,
con rumbo hacia las selvas nativas, como lavas

voraces que bajaran diezmando una ladera,
arrollarán con todo lo que antes ofreciera
obstáculo a su paso, y horadarán el monte
de sus esclavitudes, y en una primavera
de amor, irán en triunfo camino al horizonte.

* * *

Tal avanzan los pueblos, los tristes elefantes
humanos, silenciosos, pasivos, jadeantes...
En todas las ingratas jornadas de la Historia,
han levantado el polvo sus marchas ondulantes
buscando los mirajes de una dicha ilusoria.

Atados con los hierros de muchos fanatismos,
tirando de la carga de sus anhelos mismos,
sin nada que les hable de amor y de esperanza,
descienden a las simas de todos los abismos
rumiando turbios sueños de rabia y de venganza.

Esclavos infecundos, no tienen ni el derecho
de procrear sus iras; los déspotas han hecho
pasto de la metralla los hijos de su halago.
Son carne de miseria, son carne de desecho
que rueda en las pendientes del vicio y del estrago.

Juguete lastimoso de públicos juglares
llevan a sus espaldas millares y millares
de parásitos; bailan en las cívicas ferias;
y al lado de sus grandes prestigios musculares
arrastran las cadenas de todas las miserias.

Quién no ha sentido el vértigo de las renovaciones
al ver en un camino compactas procesiones
de gentes avanzando detrás de un estandarte?
Al solo empuje altivo de tantos corazones
qué fueran las murallas del más firme baluarte?

La fuerza arrolladora que está en las multitudes,
lanzada de la vida por los anchos taludes
¡quién sabe a qué confines llevara su energía!
vorágine de culpas mezcladas con virtudes
a dónde nuestro mundo vetusto llevaría?

Y sin embargo, duerme; y sin embargo, calla
ante las tradiciones que son la débil valla
con que los amos ponen medida a sus ardores,
y dobla la cabeza servil ante la tralla
que agitan en los aires audaces domadores.

Allá de tarde en tarde, clarines descontentos
convocan a la lucha; creciendo por momentos
el mar de las hirsutas borrascas populares,
arranca fortalezas, destruye monumentos,
y mata los verdugos, y rompe los altares.

Un día es de Inglaterra la conmoción, y luego
la Francia y las Américas se encienden en el fuego
que corre por los cauces del humano delirio.
Italia rompe el báculo del teocratismo ciego
y Rusia alista palmas para ornar su martirio.

La fuente inextinguible de la sangre española
susurra sus canciones de guerra ante la ola
que azota las riberas de todos los oceanos.
El Portugal desata sus cóleras, e inmola
la potestad divina de sus viejos tiranos.

Mas todo embalde, acaso aislados movimientos
tumbaron nunca el cerro que burla de los vientos

la pugna sostenida? Los pueblos se debaten
en la incesante lucha de todos los momentos;
los unos a los otros se arruinan, se combaten,

y en vez de hacer un solo pendón de sus banderas
y de fundir en una las múltiples fronteras
que estorban el avance de su soberanía,
se acechan en la sombra rugiendo como fieras
mientras sobre sus odios se alza la tiranía.

Y al fin de sus furiosas revueltas intestinas
se elevan nuevos sátrapas, surgiendo de las ruinas
sangrientas de los tronos, y los pueblos errantes
prosiguen, bajo el látigo, sus marchas peregrinas
de tristes, de cansados, de eternos elefantes.

¡No importa! Vendrán tiempos de redención; acaso
no estén lejanos. Surgen del vientre del fracaso
los nuevos Jesucristos del acratismo, y ellos
harán que fraternicen del oriente al ocaso
los pueblos oprimidos. Ya asoman los destellos

del sol, que iluminando la tierra estremecida
por el glorioso impulso de enorme sacudida,
hará que de su incuria la humanidad despierte
y entone marsellesas robustas a la vida
por sobre las derruidas bastillas de la muerte.

Entonces la violencia, rodando hasta el abismo
de su propia ignominia, recibirá el bautismo
del odio, que en las manos del porvenir fulgura;
y muerto para siempre jamás el patriotismo,
no apresará en sus garras la humanidad futura!

FRENTE AL MAR

(En días difíciles.)

Siempre, al sentir que ruge y me acomete
el soplo arrollador de la borrasca,
arrumbo al mar, y busco entre las olas
el gran vigor que en sus espumas salta;

porque tiene en su voz el viejo amigo
para mi corazón dulces palabras,
y hallo confortaciones cariñosas
en el cálido abrazo de sus aguas.

Y es que son unas mismas nuestras luchas
como unas son nuestras eternas ansias:
azotar el orgullo de las rocas
y arrullar el ensueño de las playas.

El mar es una ürna de secretos
y se abre con la llave de las almas
que reciben sin miedo sus caricias
y escuchan sin temblar sus iras santas.

El mar es como un pájaro gigante
que al verse flagelado por la racha,
en vez de recoger, medroso, el vuelo
y escatimar la poderosa garra,

aviva el resplandor de sus pupilas,
encrespa su plumaje, el cuello enarca,
y abriendo los abismos de su pico
prorrumpe en alaridos de batalla;

luego, partiendo fragorosamente
en dos mitades la tormenta airada,
temblando de emoción y de coraje
abre a la tempestad sus grandes alas.

El mar es un maestro de energía
que dió la ley de la altivez humana,
respondiendo el primero a las tormentas
con una tempestad de carcajadas.

Nada hay más bello que mirar sus olas
encabritarse y levantar las ancas,
y correr como potros desbocados
por la extensión sin fin de una sabana,

para llegar, bañadas en espuma
a deponer sobre la arena, mansas,
el bélico furor que abrió en los vientos
senderos de estupor para su marcha.

Por eso hoy al sentir que se revuelve
sobre mi vida un soplo de borrasca,
llegué hasta el mar, y le pedí el aliento
de juventud que en sus rompientes brama;

y esta vez, como siempre, el viejo amigo
me dió el coraje que en sus tumbos canta,
y ese divino néctar, el ensueño
y ese ensueño divino, la esperanza.

Y al dejar, conmovido, la ribera,
sentí correr la fuente de mis lágrimas,
y al doblar en la arena la rodilla
se alzó en mi corazón esta plegaria:

«¡Oh mar que eres la vida! De la muerte
cómo puedo temer la dentellada,
si me has dado el vigor que necesito
para vencer en todas las campañas?

Ya no te pido que al brillar la aurora
sobre el metal radiante de mi lanza,
me prestes el impulso victorioso
que curva el lomo de tus ondas bravas.

Tan sólo quiero que al morir encuentre
para rendir las fatigadas armas,
un pequeño rincón de tu cariño
en el cálido abrazo de tus aguas.»

IR SOLO

En el album de Marta

Hija mía, en tu libro más preciado
—el libro de tus íntimos recuerdos—
quiero dejar la confesión desnuda
de mi robusto, indestructible credo;
para que cuando caigan los dolores
sobre el limpio cristal de tus ensueños
—como derrumbamiento de guijarros
en claro manantial que mira al cielo

te acojas con amor bajo la egida
del pararrayos de mi pensamiento.
Hija mía, la vida es lucha heroica
y es rico quien obtiene un parapeto,
pero sólo es feliz quien brazo a brazo
defiende el corazón en campo abierto.
Marchar solo, llevar el estandarte
de una ilusión erguido contra el viento,
como una henchida y palpitante vela
que desplazara brumas con su pecho;
ser juez de sus acciones, ser el amo
de sus más absolutos pensamientos
y arrojar a lo largo del camino
puñados de piedad hecha desprecio;
alzarse cuando todos se arrodillan,
cuando todos se doblan estar recto,
y mirarse con gesto envanecido
de la propia conciencia en el espejo;
ser como el agua, humilde y transparente
y libre y poderoso como el viento:
marchar solo, mirando a la montaña
que alza su majestad allá a lo lejos,
y hacer de su grandeza solitaria
de nuestra altiva soledad modelo;
cantar cuando la pena el alma azota,
reir cuando se acerca el desaliento,
y llorar cuando viene el entusiasmo,
a enflorar de sollozos nuestro pecho;
desafiar los peligros con audacia,
hacer el corazón inmune al miedo;
y cuando todo se oscurezca y rueden
las más serenas torres por el suelo,
escuchar que en los últimos reductos
aún retumba el cañón de nuestro ejemplo.
Hé aquí, sintetizado, lo que llamo
mi vigoroso, indestructible credo.
Hija mía, la vida es lucha heroica,
toma una luz y alumbra tu sendero;
detrás iré—dichoso peregrino—
guardando tus espaldas con mi cuerpo.
¡Siempre me has de sentir tras de tus huellas
como el más cariñoso compañero!

TERCERA GENERACION

(NACIERON HACIA 1885)

LUIS BARRANTES MOLINA

Barrantes Molina, como Esquivel de la Guardia, vive hace varios años en la República Argentina, donde ha triunfado. Es autor de una síntesis biográfica titulada *Gemma Galgani*, con un estudio de fenómenos de histerismo, sugestión y taumaturgia; de *Namuncurá*, estudio de psicología del niño y de pedagogía comparada; de una biografía de *Monseñor Fagnano*, con la historia de la colonización de la Patagonia, de *Tierra del Fuego, Islas Malvinas*, y una biografía sobre Santa Mónica, con un análisis crítico sobre la obra filosófica de su hijo San Agustín.

Como novelista es muy estimado en la Argentina y ha logrado ya no solamente vivir de su pluma como periodista, sino exclusivamente de la colaboración de libros pagados y solicitados de antemano, tales como la novelita *El Terror Negro*, y una *Síntesis de Economía y Sociabilidad Doméstica*, editadas el año pasado. En la novelita denuncia el autor ciertos atropellos cometidos por las tropas africanas al servicio de Francia que están en la región alemana del Rhur. Pone de relieve en esta obrita su germanofilia, sincera por cierto y que responde a la educación que tuvo aquí con los sacerdotes alemanes. *La Intriga del Sanedrín*, es una novelita histórica, de la que se ha publicado un extracto con el nombre de *La Tragedia del Calvario;* y suyas son también *La Decadencia de Siria*, *El Cisma de Antioquía*, *Drama de Hogar*, *El Maximalismo en marcha*, y muchas obras más que no es posible poder anotar en este espacio.

Como conferencista es muy estimado también y tiene para ello buenas cualidades.

Es colaborador constante de «La Novela del Día», de Buenos Aires, y ha colaborado, además, en varios periódicos y revistas del Sur.

Para ser más exactos al referirnos a Barrantes Molina, debemos recoger este fragmento del juicio que sobre él publicó Esquivel de la Guardia en la revista «Athenea» de 1920: «Barrantes Molina es sobre todo un católico de la más pura cepa; un verdadero creyente; un hombre de fe profunda; un apasionado por el dogma. En una interview que le hizo y le publicó «La Semana» dice: Abandoné los lares de mi dulce patria a los 20 años. Ignoraba que la buena presencia era todavía más necesaria al aventurero y peregrino, cuya mejor recomendación es una noble fisonomía... Mi mala presencia me hace inaccesibles las redacciones, sugiere juicios depresivos acerca de mis aptitudes, obstruye a mis novelas manuscritas el camino de la impresión y de la publicidad, hasta que se deshacen y borran, lastimadas por las frecuentes mudadas de mi azarosa existencia. Mas, aunque se rían los hombres positivos, confieso que la conciencia de no ser nunca un mercenario y de servir con mi trabajo a una causa que en todas partes, ya sea yo explotado o retribuido, es la mía, me ha hecho fácilmente soportable la pobreza.»

No obstante ese pesimismo, Barrantes ha sido en el Ecuador, Chile, Perú y la Argentina, redactor y director de importantes diarios y revistas y tenemos dicho ya que vive actualmente de su pluma.

Es, sin duda, una vida interesante la suya y digna de referirse a los jóvenes para que vean en ella un buen ejemplo de estoicismo y de energía.

PATRIOS RECUERDOS

¡Oh cuánto te embellece la distancia
en que te miro, dulce patria mía,
nido de paz que poetizó mi infancia
y donde anhelo reposar un día!

Trémulas palmas, fuentes y follajes
estremecidos por el viento blando,
casitas blancas, idílicos paisajes
que contemplé desde el vapor llorando.

Las hadas de mis sueños matinales
me evocan aun con su vital aroma
el tremolar de aquellos platanales
y del cafeto la brillante poma.

Cuando ocultarse ví con desaliento
la playa gris, salí de mi letargo,
y sobre el mar volqué mi sentimiento
como sus aguas pertinaz y amargo.

Aquel dolor que me enlutó la vida
quitólo el tiempo ante quien nada dura
y hoy la memoria de tu faz querida
en vez de duelo inspírame dulzura.

Como aquel día, fresco está en mi mente
el panorama ideal de tus bellezas;
y es su recuerdo como luz sonriente
que desvanece todas mis tristezas.

Si el desterrado a quien del patrio nido
echó el tirano, con amor te añora,
¡cuánto más yo que nunca estuve herido
bajo tu cielo, por maldad traidora!

Como en mi infancia al celebrar el día
del patrio festival que nunca olvido,
tu santo amor dentro del alma mía
cual cirio del altar, vive encendido.

Y aunque duerma, despiértase violento
si tu enseña gentil me sale al paso,
o escucho tu himno, pues entonces siento
el afán de morir en tu regazo.

Deseo a veces cabalgar el viento
por dar alivio a mi ardoroso anhelo
de respirar tu maternal aliento
y de saciarme en contemplar tu cielo.

A medida que viajo y que comparo
más me confirmo en la verdad notoria
de que eres digna de tu honor preclaro,
pues no hay gloria más pura que tu gloria,

ni progenie más noble que tu gente,
ni edén que exceda a tu feraz pradera,
ni luz más bella que tu sol ardiente,
ni tricolor que iguale a tu bandera!

A BUENOS AIRES

Buenos Aires, urbe hermosa,
por tu genio soberano
eres el pórtico urbano
en que gallardo se esboza
el cerebro americano.

De esplendorosos progresos
es tu llanura ancha taza,
donde en derroches sin tasa
dejó sus rasgos impresos
el orgullo de tu raza.

No en vano fama te dan
de país noble y fecundo,
pues tu granero profundo
le da bienestar y pan
a los proscritos del mundo!

Tus varias razas condensa
la vieja sangre latina
que las esculpe y hacina,
formando luz tan intensa
que el continente ilumina.

De oro y de lujo estás llena,
porque en tu faz zumbadora,
desde la pálida aurora,
de tu trabajo resuena
la música redentora.

En ti tiene cada idea
su tribuna y su conquista:
junto a la voz idealista
del patriota, centellea
el relámpago anarquista.

Tú, de las urbes más nuevas
tienes el cielo más puro,
y del progreso al conjuro
delante de todas llevas
los ideales del futuro.

Plugo a Dios no darte heridas
con fiebres ni con volcanes;
mas con las iras y afanes
de tus huelgas fratricidas
engendras tus huracanes.

Son hermosas tus mujeres,
es fértil tu pradería
y rica tu burguesía;
mas tienes en tus placeres
no sé qué melancolía.

¿Te proviene esa tristeza
de tu porción sibarita?
¿O es porque en ti se agita
conquistando la riqueza
tu pueblo cosmopolita?

¿O porque en tus calles flota
tanto triste desterrado
que en ti se quedó enclavado
y no halla en tu faz la nota
romántica del pasado?

No lo sé. Pues hay placeres
que infunden melancolía,
y en ti, de la noche al día,
como en todas las mujeres,
la luz del alma varía.

Mas sé que por generosa,
cual golondrinas viajeras,
grandes masas extranjeras
con la esperanza radiosa
arriban a tus riberas.

Y si trabajan porfiadas
a pocos años su celo
premia tu pródigo suelo
y tienden transfiguradas,
cual crisálidas, el vuelo.

JOAQUIN BARRIONUEVO

En 1906 publicó su primer libro *Albores*, pequeños estudios y artículos literarios. La noche del 10 de abril de 1910 se estrenó en el Teatro Variedades su drama en prosa y dos actos *El Grito de la Conciencia*. En 1916 la compañía Ares-Abad estrenó su drama en tres actos y en prosa *El Cuarto Mandamiento*. Fué por varios años redactor del diario «La Información».

Actualmente tiene para publicar una novela, *Las Atormentadas*, y escribe para el teatro.

Nació en la ciudad de Alajuela en 1889.

ANTE EL MAR

... Y el mar acompañó a la tarde en su cortejo con el grandioso arrullo de sus olas...

La Noche despaciosa y llena de misterio iba poco a poco abrazando el inmenso océano que rugía, como si horrorizado de las Tinieblas quisiera detener a la tarde en su camino para vivir la eterna magnificencia del Crepúsculo...

Mas al fin triunfó la Noche, y el mar, rendido en su lucha de titán, quedó tranquilo rizando la espuma de sus olas, que a manera de gaviotas blancas se deslizaban sobre su inmenso pecho, impulsadas por la brisa suave y cariñosa de esa Noche tan llena de misterio y de grandeza...

En el horizonte, una débil claridad dejaba ver a nuestros ojos las aves negras que cruzaban el espacio en busca de alguna roca hospitalaria donde reposar las fatigas de su destino...

Sacudido por una impresión violenta y ansioso de abarcar en un marco más amplio la grandeza del cielo y del océano, torné la vista a mi rededor, y entonces pude ver a un hombre de facciones raras y extraña actitud, recostado a una roca enorme hasta donde las olas iban a sepultar los secretos de las brisas de la Noche...

Algo extraño, profundamente misterioso, había en el semblante de aquel rústico. Era la contemplación hecha líneas magistrales en un rostro nimbado por las glorias agonizantes del Crepúsculo. Era la atracción que la Nada convulsiva sentía hacia el Todo esplendoroso bajo el dombo de los cielos...

... Era el hombre de la montaña frente al Mar...

El horizonte fué iluminándose con más intensidad, y entonces fulguró el genio de Dios en el lienzo palpitante de los cielos: un claro oscuro indefinible en el agua. En la altura, sobre un azul profundo, una claridad inmensa coronada sobre el cenit por nubes esfumadas cuyos bordes parecían arder con la misma palidez con que arden las pupilas de las vírgenes moribundas....

El campesino aquel abandonó la roca y se disponía a llegar al lugar donde me encontraba, cuando de pronto detuvo el paso y gritó, sorprendido desde la playa:

Un incendio en el Mar!... Allá un penacho de humo y un buque que naufraga...!

Miré casi instantáneamente hacia el lugar que el campesino señalaba con su mano temblorosa, y en efecto: del Mar profundo surgía una inmensa y rojiza llamarada....

Era la luna que asomaba sobre el horizonte...

Bañó su faz ensangrentada en el océano y luego ascendió pálida y triste al espacio, donde hizo su carrera en medio de la soledad de la Noche...

PUPILAS MUERTAS

Fué como un florecimiento de lirios en medio de la pampa somnolienta, llena de nostalgias, la sonrisa del pobre ciego, cantor triste y sollozante del Amor y las Tinieblas.

Brotó en un instante de sus labios la sonrisa alegre y juguetona, como si brotara de la ardiente arena del desierto en llamas la fuente de agua que al nacer, el sol que se incendia convirtiera en Nada, para engarzar un copo más de nieve al altar donde oficían los astros en la altura...

...Y cantaba el pobre ciego al son de su guitarra, la sonata sollozante del Amor y las Tinieblas...

Había en su voz la dulzura impresionante de un sollozo inextinguible y en los versos, el dolor de una alma sacrificada entre las sombras; entre esas sombras hasta donde no llega nunca la luz del día que se esparce entre el amor de las mujeres y el rudo batallar por la existencia; entre esas sombras a donde todo agoniza en medio de la fiebre de las ansias, donde todo vive la vida de la Nada...!

Cada nota de su guitarra era una imprecación hondamente dolorosa del infortunio de su existencia. Las vibraciones de sus cuerdas, pulsadas por el dolor mismo, llamaban temblorosas al corazón de los felices, y las lágrimas brotaban de los que alrededor del pobre ciego, asistíamos a la alta revelación del dolor humano; el Amor y las Tinieblas!

...Y cantaba el pobre ciego con sus pupilas muertas hacia el cielo...

La esperanza de la visión parecía aletear en todo su organismo tembloroso y conmovido, pero una lágrima amarga como su Calvario interminable y un gemido de su guitarra sollozante, nos dijeron de su dolorosa desventura:

..Jamás, jamás a la luz del día
podré veros ¡oh, madre mía...!

...Y el ala inmensa de una ave taciturna y muda, posó en nuestras almas la caricia desgarradora de un lirio que se marchita entre la fronda, de un beso frío como el beso de una virgen agonizante...

Despacioso y grave como un andar de sombras entre la selva donde conspirara el silencio de la Nada, fué acercándose al cantor desfalleciente otro ciego de la aldea:

Y dialogaron las Tinieblas de esta suerte:

—¿Tú también, como yo, vas por el mundo cantando las sombras de la noche eterna?

—Yo no canto. ¿Cómo podría entonar el salmo de la consolación, si al perder la vista se deshizo en lágrimas mi alma y marchitó mi corazón su último aliento para latir por la existencia...?

—¿No como yo naciste ciego?

—¡Feliz de ti, mi pobre camarada! Al apagarse la luz en mis pupilas lloré la muerte de mis padres, mis hermanos; la muerte de la Naturaleza entera. Tú no sabes del rostro de tu Madre, y recorres el mundo sin haber nacido. Para mí ahora todo son sombras y más sombras. Distingo a veces el incendio de un crepúsculo, y es la sangre que por mis párpados inquietos va pasando. Percibo a veces la Nada como conjuración de un gran silencio en el abismo, y es la Noche que ha traído su cortejo de sombras a la Tierra...

—En tu vida hubo al menos un brillar de auroras, y concebiste la forma con el gesto de la vitalidad y de la luz. Yo palpo, y la Nada se me revela en forma caprichosa. Tú supiste del sonreir de vuestra Madre, y hoy tus lágrimas pueden santificar su rostro que recuerdas como el día en que el Destino te arrancó la luz para arrojarte en las tinieblas de esta noche eterna, sin fin, de largas soñaciones...

...Luego las Tinieblas continuaron dialogando como dos hermanas del Silencio...

Y la luna, como la pálida pupila de una vigen moribunda, dejó ver a nuestros ojos dos eternas sombras muy juntas, muy solas, que se iban confundiendo entre las sombras de la Noche...

LA SONRISA DEL LOCO

De pronto siguió el loco entristecido por el centro de la alameda; paso a paso, sin mirar al cielo, sin reparar en nada; como si las miradas muertas de las cosas le aterraran; como si fuese su sombra la que vagara por aquel mundo alegre y bullicioso...

La chusma silbaba y se reía al paso de aquel cadáver lleno de pelos en la barba y honda tristeza en sus grandes ojos pardos...

...Y seguía el loco indiferente, paso a paso. De cuando en cuando una risa brutal salía de su boca seca y contraída, y llevaba sus crispadas manos al pecho, siempre camino adentro de la alameda; siempre triste e indiferente...

Llegó por fin al borde de una fuente, y para apagar la sed que le rajaba sus tostados labios, inclinó la frente el pobre loco sobre el agua cristalina y quieta, soltó una estruendosa carcajada y dijo a la multitud burlona que le rodeaba:

—¡Un semblante así jamás le habéis visto! ¿No es verdad? ¡Qué triste es el semblante de un loco!

¿Y quiénes sois vosotros? Los cuerdos, los que de verdad viven esa vida fantástica y engañosa. Sois los hijos de Dios! Nosotros los locos no tenemos a nadie; no es nuestra la tierra ni el cielo que a vosotros ilusiona. En nuestro tremendo desamparo todos nos dejan: no tenemos ni a Dios...

Y quedó de nuevo aquel enfermo con la frente inclinada sobre el agua cristalina y quieta de la fuente!

Luego, al silbido agudo de la chusma que le rodeaba impaciente por oírle perorar de nuevo, alzó al cielo el loco su frente sudorosa, llevó sus manos convulsas al pecho y lanzó, para deleite de la muchedumbre entusiasmada, una nerviosa y estridente carcajada cuyo eco se perdió, como la figura marchita de aquel loco, alameda adentro... muy adentro!

Cuando el entusiasmo de la indolencia rayaba en el delirio, la figura de un niño pálido pero hermoso, del brazo de su madre, rompió aquel odioso círculo, y con todos sus alientos dijo:

¡Vedlos, madre mía, cómo se ríen de ese pobre enfermo! ¡Ese semblante es el semblante de mi padre, y dicen que mi padre murió loco...

De los ojos de aquel cadáver ambulante brotaron dos lágrimas de sentimiento, y la canalla fuese esparciendo poco a poco, alameda adentro...

RUBEN COTO

La obra literaria de Rubén Coto no es copiosa; gusta él de escribir solamente cuando su espíritu se enciende de belleza y no violenta su actitud recogida para obtener el aplauso del público.

En 1922 ha aparecido un tomito suyo, *Para los Gorriones*, editado por la Biblioteca del Repertorio Americano. Es una serie de impresiones del natural, llenas de vida y arte y en ellas se presenta como prosista sutil, cultivando el objetivismo sugerente. Se entusiasma con las cosas pequeñas y las engrandece; una matilla de maíz le inspira un canto al sol. Pero no se extiende en nada, es esencialmente miniaturista, haciendo que se pierda en extensión lo que ha de ganarse en intención. Su musa parece más bien un chiquillo que va, con su bollo de pan bajo el brazo, silbando un aire popular; Gavroche y Cosette en el ambiente costarricense. Cumple así Rubén Coto una finalidad artística, cual es la enunciada por Taine cuando dice que el arte tiene por fin manifestar el carácter esencial, alguna cualidad saliente y notable, un punto de vista importante, una manera de ser principal del objeto.

CANTO AL SOL

Hacia el extremo del corredor, en un rinconcillo inhóspite, surgió el otro día de una grieta del pavimento un mísero y amarilloso tallo de maíz, tan macilento que, de veras, daba pena verlo.

Provista de una herramienta, mi compañera extrajo la planta cogida al terroncillo en que la simiente se asilara.

—Verás—me dijo—y colocó el terrón en un claro del jardín.

Pocas semanas más tarde se había operado un total rejuvenecimiento en la raquítica planta, la cual ostentaba ya, triunfalmente, lozanas y gallardas, jugosas y brillantes, como brazos dirigidos al cielo, seis pares de hojas felices.

—He allí—exclamó mi compañera en presencia de aquella gloriosa transformación—he allí el más humilde canto al Sol. En vano sería que buscases en los libros uno más hermoso y genial.

UNA FLOR

Mi vaso se halla cargado de rosas frescas cortadas esta mañana cuando despertaba el día. Lozanas, perfumadas y de vivos colores, las produce un terrón feraz que el jardinero cultiva con toda solicitud. Hay, sin embargo, una que contrasta en el conjunto: es menos vistosa y acaso no tenga el mismo rico perfume de las demás; es de corola sencilla y su presencia en el manojo es una nota de timidez.

—La he traído—observa la muchacha que ordena mi cuarto todas las mañanas,—a fin de que note usted la desemejanza. El rosal que la dió vivía inadvertido en un rinconcillo estéril en donde escasea el sol; a pesar de todo, ya ve usted, ha dado una flor.

La joven se retira, y yo quedo contemplando la belleza superior de esta flor brotada al acaso de un rosal ignorado que creció en un sitio humilde a donde difícilmente desciende un rayo de sol.

EL ROSAL

Por el camino sinuoso y polvoriento pasa un carro rústico cuyas ruedas giran con melancolía. Dentro, en un cubo de tierra fresca, va un rosal en plena florescencia.

Contemplo el carro y advierto que un espejo mágico está copiando el más recóndito fondo de mi sér en donde, amormío, en rosas de ilusión floreces invisible.

NOCTURNO

Hay en el espacio un florecimiento de astros; y en la silenciosa superficie del estanque, se está copiando un rincón de cielo de terciopelo de color de zafiro cubierto de constelaciones. En una orilla del estanque se adivina un grupo de contornos borrosos: un idilio.

El amante habla con acento conmovido y sus palabras son una constelación de amor.

La amada descansa la sien en el hombro amigo y contempla con delectación la tranquila superficie del agua. Sus ojos se detienen en una copia de estrellas dispuestas en hilera, que le hacen la impresión de unos puntos suspensivos al final de la palabras suspiradas del dueño de su corazón en flor.

EL FLORERO

Una mano amiga dejó una vez en mi cuarto, en el estante de libros, un sencillo y pequeño florero de arcilla. Pronto el polvo cubrió el vaso y una araña hizo en él su vivienda.

El choque rudo de una silla contra el estante conmovió el mueble y el florero cayó en pedazos. Esto me produjo hondo remordimiento: dispuesto siempre a sustentar una flor, el vaso sucumbía sin haberla alentado ni una sola vez.

Más tarde he llegado a conjeturar si no sería por impulso propio que el búcaro, arrebatado de hastío, consumó de suyo su fin trágico. Y he pensado asimismo en los otros muchos vasos que pasan por la vida soñando sustentar alguna flor, una siquiera, y la flor no llega, no viene nunca.

LA REJA

Un acompasado desfile de ardientes resoplidos indicó que la vida, ausente desde hacía dos semanas, tornaba al taller.

En pie sobre el yunque desde donde gobernaba el fuelle, Paulillo, aprendiz de herrero, miraba con entusiasmo las caravanas de chispas de oro lanzadas a lo alto a cada nuevo violento respirar de la fragua y los tumultos de azul y morado danzando sobre el montón de rojo fuego.

El viejo Paulo no miraba nada. Con un apretado manojo de fiereza por entrecejo, parecía estar en uno de esos crueles momentos en que el raciocinio, en lucha oscura con la fatalidad que lo acosa, sintiéndose flaquear, se bate en dolorosa retirada.

—Basta, dijo al fin.

El herrerillo saltó del yunque y fué corriendo hacia la fragua del fondo de la cual el obrero extraía, con auxilio de unas inmensas tenazas negras, un trozo de hierro con semblante de carmín.

A poco, el hierro gemía; enseguida estuvo domado. Seis horas más tarde sonaba el último golpe de mazo sobre el yunque. Estaba

concluida la obra: una reja de seis trozos de hierro reciamente ajustados. Paulillo sonrió, aquel día comerían carne.

El obrero levantó la reja a fin de calcular la altura a que podría ser colocada, y tembló al mirarla de frente. Su primer intento fue de destruir la obra. Sintió que un mar desencadenado batía con fiereza en su frente, y temiendo un estallido en su cerebro iba ya a arrojar muy lejos la reja, cuando le detuvo la sonrisa del niño; adivinó la causa de aquel contento, reparó en lo vistoso de los remiendos del traje del pequeño y luego, luego recordó que había más hijos y que al volver al hogar le reclamarían—¿qué?—lo de siempre, pan.

Aquella tarde hubo contento en la casa. Paulillo hablaba a sus hermanitos con tonos de obrero experto, de la facilidad de adquirir dinero cuando se dispone de una fragua. El viejo escuchaba aquellos regocijos vuelta la mirada hacia otro lado a fin de no enturbiarlos con la dolorosa amargura de su semblante.

Al otro día se fijaba la reja en las espantosas penumbras de una cárcel.

SOL PARA EL CORAZON

Caminando a la ventura me interné por un sendero florecido de silencio. En un recodo de la senda dí con un denso árbol de mango a cuyo pie, mustia, se alza una vivienda. Al frente, tendido en la yerba, se encontraba un rubio muchachito de siete años recibiendo el sol.

—¿Sientes frío?—le pregunté.

—¿Yo? No. Es para mi hermanita...

Confuso con la infantil respuesta, añadí:

—No acierto.

—¿No sabe? ¡Es que la pobre no deja la cama desde hace dos semanas, como se encuentra tan mal! ¡Y dice que tiene mucho frío!

Con ánimo de descubrir el fondo de aquel misterio, quedé contemplando al pequeño. A poco alzó la voz:

—Bytí, he recogido otra porción... ¿Quieres más sol, Bytí?

El rubio muchachito se introdujo velozmente hasta el fondo de la vivienda. Sentí que algo irresistible me arrastraba en pos del niño y seguí sus pasos.

—¿Ves?—le oí decir en el momento en que abrazaba a la hermanita enferma—¿ves?, ahora sí que he traído bastante sol... ¿Sientes menos frío ahora, Bytí?

Al contacto de aquel cuerpecito cargado de sol matinal, la niña abrió con delicia unos hermosos y soñolientos ojos negros, entornólos luego y quedó dormida.

UNA SONRISA

Tengo delante, parpadeando tímidamente en el blanco fondo del papel, el extraño semblante de esta mujer. ¿Quién es ella? ¿De dónde ha venido? ¿Por qué insiste en mirarme?

Su encuentro me produjo ese escalofrío que provoca en ciertos temperamentos la contemplación de una herida profunda, un lamento desesperante o la proximidad de una catástrofe que se presiente irremediablemente. Su edad puede muy bien extenderse entre los dieciocho y los veinticinco años. Su nombre puede ser cualquiera: Angela, María, Rosario, Eulalia, siempre que al nombre correspondan fielmente los rasgos característicos dentro de los que se mueve este perfil femenino, esto es: una frente estrecha y manchada, ojos glaucos y pequeños en marco sanguíneo, nariz deforme y, como la frente, manchada de rojo y unos labios carnosos y rudos. Se trata, pues, de un conjunto extravagante en la fisonomía de una pobre muchacha. Existe, sin embargo, por sobre tanta miseria junta, un detalle amable, la sonrisa de la mujer. Una sonrisa de niña, una sonrisa dulce, leve y tímida, que se alarga al mundo y a la vida como un ruego, como una súplica, como la mano vacilante de un mendigo extendida en solicitud de una limosna de simpatía, de compasión, o de indiferencia al menos. Es la expresión medrosa y fugaz del alma buena y pura de una criatura inocente que comprende que hace daño a cierta impresionabilidad pueril y cobarde y pide perdón anticipadamente por una ofensa involuntaria que no estuvo en su mano remediar. Es el florecimiento de una alma dulce en forma de sonrisa en una boca informe y ruda, como azucena en grosero tiesto.

¿Quién es ella? ¿Por qué persiste en su afán de mirarme? Ahora me parece bella en cierto modo no obstante su fealdad evidente, es tan dulce, es tan amable su sonrisa.

EL ZAPATO

Han caído las primeras lluvias de la estación. Mi pensamiento desciende hasta el más puro fondo del recuerdo y todo en él revive como entonces. Mayo. ¡Las primeras lluvias! Giros de alas que cortan cantando el espacio azul; sonrisas en las hojas, olor de búcaros empapados en agua fresca; lluvia y sol.

Mayo. ¡Las primeras lluvias! Frente a tu puerta discurría un arroyuelo de aguas pluviales arrastrando despojos del verano: pajas, ramas, cortezas, los restos de un nido, plumas de ave... De repente

nos vino la idea de un barco. Buscando en los rincones acertamos a dar con un zapato viejo. ¡El barco!, ¡el barco! Yo aseguré en la proa una banderita blanca, y fué tuya la suprema idea, antes de lanzar al agua la embarcación, de colocar una rosa en el centro. ¡Si me parece verla ahora! Era una fragante rosa encarnada. La transformación fué total; en el zapato se operó un extraño rejuvenecimiento que nos causó el más vivo regocijo.

—Míralo—me dijiste—me hace la impresión de un anciano con una sonrisa de niño en los labios.

En mi ánimo la sensación fué otra. Yo imaginé tener delante un campo de tristeza con una llamita de ilusión en el centro, un girón de cielo oscuro con una estrella en el fondo.

En un instante el barco se hizo a la vela; marchaba lentamente con un ligero balanceo de estribor a babor; y la rosa, inclinada un tanto a proa, también se balanceaba en una forma que parecía querer decirnos «adiós». «Adiós, adiós», exclamábamos nosotros a coro desde la orilla siguiendo el rumbo de nuestro alegre trasatlántico. De pronto un nuevo tributo de las lluvias vino a reforzar el arroyuelo, la corriente cobró bríos y el barco se alejó veloz sin que nunca más tuviéramos noticia de su destino.

Mayo. ¡Las primeras lluvias! Tú quedas en la orilla, yo contemplo extasiado tu hermosura, aprisiono con cariño la rosa con que piadosa quisiste engalanar una hora de melancolía y me lanzo en brazos del torrente. Adiós, adiós.

LA MARIPOSA

Venía columpiándose en la última hilacha de luz de la tarde y se detuvo en un rincón en el marco de la ventana. Era una mariposa de grandes dimensiones, de alas de color de la endrina, presagio de quién sabe qué dolor.

La busqué al día siguiente al amanecer y allí estaba, tranquila, en el sitio de la víspera, inmóvil, fija, sombría, era una nota sorda en el brillante concierto precursor del día. En eso sonrió el sol y su sonrisa, al bañar las negras alas de la mariposa, despertó en ellas, en un punto no más, vagos cambiantes de zafiro.

Oscura mariposa es mi existencia, nota sorda en el concierto de la vida. Y si alguna vez por breves instantes se tiñó de ensueño fué sin duda en un amanecer lejano, al sentir sobre las alas la sonrisa acariciante de tu ternura.

OMAR DENGO

He aquí a uno de los primeros intelectuales jóvenes de Costa Rica, de amplia preparación, de brillante estro, de noble vida.

Sin embargo, no ha publicado ningún libro.

Sus artículos, sus conferencias, sus luchas, sus juicios, todo está disperso en distintas publicaciones nacionales; su palabra —porque Omar Dengo es un orador—, está en todos los lugares a donde fué preciso llevar un consejo o un estímulo.

Lleno de una reflexiva comprensión que lo distingue, tolerante y armonioso, trabaja hoy en la dirección de la Escuela Normal y a ella ha consagrado en los últimos años todo su tiempo y toda su energía.

Como educador, es indudable que ocupa lugar preeminente en el país. En ese sentido, es un idealista en el mejor concepto de la palabra, un apóstol.

Su vida no tiene complicaciones: después del Bachillerato en el Liceo de Costa Rica hizo sus estudios de Derecho en nuestra Facultad, hasta obtener la Pasantía; pero abandonó esa carrera y se dedicó de lleno al magisterio, donde estaba su campo. Ha viajado y ha leído mucho, con provecho.

Su expresión literaria podría ser el «ensayismo», pero un ensayismo de reflexión, de espiritualismo fecundo.

Si no ha publicado todavía una obra, la hace constantemente en las aulas, en la conversación amistosa, en la prensa. Su labor inédita que conocemos tiene un aspecto muy interesante: son miniaturas, impresiones sutiles, a la manera de Tagore. En esa labor se revela

como un «preciosista superior», y ella bastará para colocarlo entre los primeros escritores centroamericanos.

Es, pues, un educador y prosista subjetivo, trascendental.

AMERICA Y EL MAESTRO

—*El Maestro.*—¡Madre América, madre en esperanza de un porvenir cuya eclosión es un designio cósmico, en el cual se concentran, como savias de siglos, los ideales de las civilizaciones para alcanzar a ser luz y redención un día en la hazaña de una nueva humanidad!

¡Madre que llegaste al mundo cuando ya no era tiempo de oir de Sus labios el Sermón de la Montaña, y que por ello merecerías que Jesús lo volviese a decir desde los Andes, magnificándolo!

¡Madre, he aquí que bulle en mi espíritu una profunda gestación de superiores ansiedades y que, incitándome a crear, me mueve a pedirte una enseñanza para el destino de tus hijos...

¡Venga de ti la palabra reveladora! ¡Dígala tu voz, el maestro la interprete y el niño la comprenda, y juntos pongamos amor y reverencia en ella, a fin de que nos guíe hacia el maravilloso advenimiento!

¡Habla, América, como cuando respondiste con tu voz de rocas al grito del nauta que te llamaba a detener las olas en el camino de un viaje inmortal!

—*América.*—¿Quién invoca mi nombre? «Tierra», oí decir aquella mañana; ahora oigo decir «Luz», ¿quién me llama?

—*El Maestro.*—¡El Maestro!

—*América.*—¡Habla, pues...!

—*El Maestro.*—¿De dónde viene tu fuerza?

—*América.*—Ella ruge en los labios de Guatimozin cuando, hecha ascua su carne de cobre, exclama: «¿Créeis acaso que estoy en un lecho de rosas?»

—*El Maestro.*—¿De dónde tu luz?

—*América.*—¡Encendióla Sarmiento!

—*El Maestro.*—¿Quién te dió el sentido de la Libertad?

—*América.*—¡Bolívar!

—*El Maestro.*—¿Qué amaste en él, la espada o el verbo?

—*América.*—¡La espada era llama cuando la palabra era acero¡

—*El Maestro.*—¿En qué lengua oras por tus hijos?

—*América.*—¡En la de Cervantes, divina!

—*El Maestro.*—¿Quién te habló en ella más delicadamente?

—*América.*—¡Darío!

—*El Maestro.*—¿Quién soñó tu porvenir con mayor grandeza?

—*América.*—¡Martí!

—*El Maestro.*—¿Algo te inquieta, madre América?

—*América.*—El Norte...

—*El Maestro.*—¿Qué ves?

—*América.*—Una vasta sombra...

—*El Maestro.*—¿Algo te conforta?

—*América.*—El Norte...

—*El Maestro.*—¿Qué ves?

—*América.*—¡La sombra de Jorge Washington!

—*El Maestro.*—¿Qué escuchas?

—*América.*—¡La voz de Emerson!

—*El Maestro.*—¿Y hacia el Sur?

—*América.*—¡Un potente vuelo de cóndores!

—*El Maestro.*—¿Qué esperas de tus hijos?

—*América.*—¡Piedra y metal para la Historia!

—*El Maestro.*—¿Mármol y bronce?

—*América.*—¡No! Hay lava para cuajar héroes; hay bronce y hierro para coraza y espada; águilas y serpientes para decorar escudos, quetzales para empenachar cascos; pampas trepidantes al galope del potro; jaguares y pumas para cortejo de la victoria y collares de esmeraldas para encadenar cautivos; pero el mundo aguarda de mí el cumplimiento de otra misión... Quiero mármoles blandos como olas para erigir altas columnas y bronces sonoros como olas para fundir fuertes campanas.

El Partenón, coronado de olímpica majestad, debe erguirse otra vez ante el mundo, cual gloriosa piedra miliaria que señalara entre el tumulto de las civilizaciones decadentes, la nueva senda de los dioses... Debe aparecer con la albura de una hostia que la misma naturaleza alzara sobre el dolor de los hombres!

—*El Maestro.*—¿El viejo Partenón?

—*América.*—No el de la ruina sino el de los astros. Por eso, de mármol, que ya debe de atesorar —fruto de la meditación de la tierra dolorida—el secreto de una vida superior.

—*El Maestro.*—¿Y las campanas?

—*América.*—Ellas dirán el nuevo Evangelio, resumiendo en el corazón del bronce todas las voces vírgenes y múltiples de mis selvas. Y su plegaria transfundirá el verbo de mi estirpe en la conciencia de la paz; y ésta será ennoblecida hasta transformarse en expresión de la suprema justicia. Y mis ciudades se poblarán de profetas, y en mis desiertos arraigarán, enmarañándose, las arterias de la vida y mis bosques florecerán en resplandores y mis ríos y mis mares se colmarán de naves...

—*El Maestro.*—¿Y tus hombres?

—*América*—Ellos serán algo nuevo y único en el mundo: ¡los hijos de América!

—*El Maestro*—¿Y si surgiera en el Norte la tempestad?

—*América.*—¡Entonces, oh gesta de mi raza, plumas imperiales de mis Caciques, talla de Atahualpa!, entonces, por mi Raza hablará el Espíritu... y confío en que sería tal la expresión de mi destino, que aquello que pudo parecer una tempestad en el Norte fuera una aurora infinita sobre la génesis de otra humanidad!

INQUIETUD DE LA HORA

(Fragmento)

Ciertamente en todo lo que vive hay una triple manifestación: vida, forma y conciencia. La forma es tosca o fina: piedra, mármol, rubí, onda, flor, ala, hombre. La vida es primitiva o elevada. La conciencia aparece aletargada o se expande plena y suprema.

Hay una onda fluyendo potente a través de los reinos y que cristaliza en formas. Estas contienen la historia de los ideales del impulso de vida en cada tránsito de su peregrinación. La naturaleza es el vastísimo, maravilloso taller de las formas. Ella cumple, ante las forjas en que las fuerzas centellean y resuenan, una misión heroica: darle cauce en el seno de los reinos a la corriente de la vida.

Y hay como una onda plasmando formas, en crisol de siglos, y agitándose dentro de ellas para expresar un símbolo: la conciencia. En su relampagueo ciérnese polvo de astros, palpita ardor de lavas y se vierte aroma de flor.

La vida lucha por un ideal: la conciencia. La vida guarda en su vientre oceánico una sagrada gestación: la conciencia. La forma es el sendero de la conciencia. Mas ésta impone también un ideal por sobre la exaltación de las formas: lo absoluto. Y así, a través de la vida multánime y posándose en la entraña de las formas, construye y destruye y perfecciona, sucesivamente, sin reposar nunca, series concéntricas de órbitas dentro de las cuales la conciencia, para alcanzar la visión de sí misma, intenta aprisionar a Dios.

Sublime este esfuerzo gigantesco de la vida engendrando formas y dotándolas de luz a fuerza de agitarlas, para que un día resplandezca en la frente de un hombre, síntesis de soles, esto que es tenue y que se llama sencillamente idea. La idea es un bajel para llevar la conciencia del hombre hacia la conciencia del Universo. El hombre es un Universo detenido en las mallas de una idea. Cuando el Universo se conmueve, la idea sangra en el esfuerzo de detenerlo.

Cuando el hombre existió, la naturaleza sintió que su vientre

entraba en reposo y que el vacío que dejaban las montañas y los mares se poblaba de estrellas. Cuando el hombre existió, la naturaleza se sintió redimida. Había surgido el amo que, esclavizándola, la libertaría.

Una trinidad concrétase en el hombre: conocer, sentir, querer. Tres férreas cadenas que atan a Prometeo. Otra trinidad se concentra en un núcleo de aspiraciones matrices: Verdad, Belleza, Justicia. Hay, pues, una orientación y una capacidad, un impulso y una posibilidad, un camino y una luz, como decir que hay un Mesías en un establo lejano y una estrella señalando con auroras la ruta misteriosa.

Las razas, ostentando su realeza, vienen desde todos los confines a traer para el espíritu humano cada una un don privilegiado. En alas de mármoles inmortales viene la Belleza; con estruendo de legiones victoriosas, la Ley; con majestad de Pirámides eternas, las Ciencias. Y desfilan imponentes cortejos de profetas y filósofos, estremecidos como oleajes por la emoción de martirio con que la vida de cada gran pueblo engendró un gran don. Y pasan por las calzadas de la Historia con sus trofeos recubiertos de púrpura, y sus miserias abiertas como llagas, y sus errores erguidos como ídolos, y sus ideales destellantes como antorchas que fueran estrellas. Y el desfile de cada gran pueblo marca en el espíritu del hombre una huella profunda, la cual, ahondada por la íntima solidaridad de las razas, tórnase en canal abierto a los fulgores del Universo, para que por él penetren y en lo hondo de la conciencia sedimenten, siglo tras siglo, la sustancia cósmica de que se forman las civilizaciones.

El hombre comienza a reconocer las posibilidades de la conciencia, lo que ya es satisfacer una de las necesidades de ella. El hombre es el portador de una luz. La Civilización es el Pegaso de la Conciencia Las grandes metamorfosis de la Civilización preparan las alas. La naturaleza prepara las formas en el tormento y dolor de los cataclismos. La Conciencia a su vez, no es más que una forma para la evolución de lo Absoluto. A lo largo de los estremecimientos de la Conciencia fluye, cual un fuego de mundos en llamas, la génesis de los dioses.

El hombre sumió una mano en su sér y otra fuera de sí y extrajo las manos colmadas de un tesoro: las civilizaciones. Tal como si deteniendo el viento y corporizándolo, hubiese extendido un par de alas para sus hombros. El hombre de las cavernas vivía en dos cavernas a la vez, de las cuales la más profunda era él mismo.

Homero, como Dante, toman una lira y tañéndola marcan un camino con fulgores de genio esparcidos sobre la Tierra. La estela de la lira conduce al hombre a penetrar en sí mismo.

Sócrates y Platón piensan, y el pensamiento, al levantar el vuelo traza una senda en el interior del hombre. Tras la estela de aquel

pensamienio el hombre asciende dentro de sí y procurando alcanzar su propia altura, que ya le parece inaccesible, aprende a subir. Un Newton descubre un designio del cielo y el hombre, ante el velo que queda levantado, contempla que un vacío de su sér está lleno de astros.

La Ley de la Naturaleza, la superior visión de una idea, la Venus impresa en el mármol, la sonrisa de Gioconda, no tienen sentido como revelación del dominio de la materia o de la forma, sino la importancia de afirmar con perfección, que el hombre creando o comprendiendo, concibió la existencia de su poder, ensayó su fuerza, determinó su dirección y le atribuyó un ideal. El genio es aquel repliegue de la conciencia en que, acumulándose más luz, mejor presiente ella su naturaleza y su finalidad. Los genios pasan derribando selvas de sombra. En la corriente de civilización flota el genio como una vela que las mismas ondas crearan, pero dominando a la corriente y encausándola. En el vuelo del genio viaja el hombre por sobre sí mismo para adquirir la sensación de que la conciencia ha conquistado la libertad.

Mas, por sobre Homero y Dante, el sendero se prolonga con la avidez quemante de que en él pongan sus pies desnudos los Cristos.

La Verdad es forma también; la Belleza es forma; el Bien es forma. Hay algo que debe surgir de la confluencia de aquellas grandes realizaciones. Hay algo que está más lejos y más alto.

Hay algo que se amamanta en los senos de la Belleza; que reposa en la paz del Bien; que medita al resplandor de la Verdad. Hay algo que está presente en la simple transparencia de este ser que llamamos Cristo y que nació bajo unas alas angélicas, del contacto de un lirio y una mujer.

Resplandecientes epopeyas, poemas titánicos, verdades como abismos, pueblos retorcidos como sierpes por milenarias tempestades, manantiales de odio brotando de la ansiedad humana, civilizaciones enclavadas como Cristo al madero de un dolor; y todo ello se paraliza un día, se diluye en la decoración de una noche estrellada, se filtra en el hálito de un buey y de una mula, y como beso maternal sobre una fuente, tiembla cuando nace en un montón de paja, un niño que traía el Universo en el corazón.

Era un sér de luz, de amor, de dolor, el cual vivió poco tiempo y dijo con belleza pocas palabras. Un día, convirtió un poco de agua en vino y el vientre de una prostituta en lámpara votiva; fué perseguido y murió martirizado para hacer sentir a los demás hombres, con una tragedia que los horrorizara, que eran hermanos y que el perdón los uniría. Y para hacerles comprender que la fraternidad, flor de la conciencia, daría el fruto de que se nutren los espacios y los tiempos, los universos y los dioses. Era un camino, una vida y una verdad. La concentración, pues, en un sér superior, de otra triple manifestación. Era un camino blanco y luminoso...

AGUILAS Y HOMBRES

Las águilas no logran abarcar con la mirada la amplia extensión que las cacerías fecundas requieren, sin ascender al cielo. La estructura de la cabeza las obliga a mirar desde lo alto. Simbolizan una constante aspiración de descenso, inepta para realizarse sin subir. Por donde surgen contrastes con los tenaces anhelos humanos de ascensión gloriosa, cuya efectividad supone un descendimiento completo. Los que, cuanto más bajan, tanto más suben. Los que a medida que se alejan de la tumba, más cerca de sí la tienen. Mas tales contrastes sólo son formales. Cuanto al fondo, las águilas representan con excelencia esos empeños de triunfo vano. Pues que suben para buscar desde la altura el alimento que les ofrece la tierra dominada por su vista: aquí un cervatillo, allá un pájaro. No es el amor a la azul infinitud lo que les mueve las alas. Ni una peregrinación al sol la que emprenden cuando se remontan. Pero como,—a menos que en ellas encarnen los dioses,—hemos de suponer que así cumplen con perfección la finalidad de su vida, justo es reconocerles que su vuelo levanta a la vez un símbolo augusto. El de las superiores ambiciones de los hombres. Aquellas que para elevarse a la plena comprensión de las cosas, han de bajar hasta lo más profundo de ellas. Las que tanto más suben, cuanto más bajan. Las que alcanzaron hermosa y definitiva consagración en el «sólo sé que no sé nada». Recogen ellas en los hondones de la vida la luz que les permite orientarse en lo alto, en contraste con las águilas, que del cielo recogen la capacidad de ver lo que abajo les ocultaría la tierra.

Parece que en todo ello se contuvieran dos fórmulas afirmativas de una identidad. Empero, mi viejo amigo habría de deciros sonriendo: no diréis que tanto vale ascender a una colina para contemplar un crepúsculo, como senderarla en busca de una veta aurífera. Ni que es igual bajar de ella tras los rastros de otra más alta, que abandonarla temerosos del mal de las alturas. La catarata es más hermosa a medida que desciende, y más brusco conforme sube el grito del merodeador que pasa. Y si mientras conversárais, pasase volando una águila, para terminar su plática, os diría: mirad cómo su sombra la sigue! No deja sombra!

LUIS DOBLES SEGREDA

Es uno de los escritores que más trabajan entre nosotros; acomete todos los géneros, es lírico y científico, escribe versos y al mismo tiempo ordena un libro de geografía. Como poeta, él mismo lo ha dicho, no puede tomársele aunque ha escrito versos; pero, como no es preciso para que lo sea el requisito de la rima, se dirá que es poeta en prosa, pues la poesía no tiene estricta relación con el verso sino en cuanto se refiere a la cadencia o a la rima.

En Dobles se realiza el principio de que la vida de un hombre debe responder a su obra: es fuerte, es optimista, es trabajador.

Dedicado desde muy joven al magisterio, ha podido también servir desde muy pronto un profesorado de Geografía en el Liceo de Heredia, de Castellano en la Escuela Normal y desde hace poco dirige con acierto el Instituto de Alajuela.

Su bibliografía es interesante: en 1917 la Colección «Ariel» publicó sus conferencias pedagógicas con el nombre de *El Clamor de la Tierra;* en 1918 salió de la imprenta Alsina *Por el Amor de Dios*, retratos de mendigos de la ciudad de Heredia, su mejor obra; en 1919 recogimos en nuestra revista «Athenea», tomo II, número 12, una colección de cuentos suyos; en 1920 aparece *Rosa Mística;* en 1921 *Novia*, versos íntimos en elogio de Trina Sánchez, la amada. Luego se deben mencionar como trabajos suyos: los informes académicos referentes al Instituto de Alajuela, de los años 1919 y 1920; la copilación del valioso tomo de selecciones de escritores alajuelenses, *Hemos*

Escrito; y el arreglo de *Añoranzas*, 1922, que son documentos históricos y geográficos de la ciudad de Alajuela.

Tiene, además, otros libros en gestación: *Por la ventana abierta, Tras la mancera, Indice Bibliográfico Costarricense, Caña Brava y Santa Lucía,* estos dos últimos sobre gentes y tradiciones de la ciudad de Heredia, de donde es nativo el escritor.

MOREIRA

Este es un hombre triste. Envejecido en plena juventud, como esas plantas que crecen bajo los pisos y mueren emblanquecidas, levantando la agonía de sus hojas en la negrura de la sombra.

Un manso de corazón, pobre de espíritu de aquellos cuya única esperanza es ver abrirse las puertas de la muerte para acogerse al reino que Dios les tiene prometido más allá de la vida.

Manso de corazón, inofensivo para todo y para todos, incoloro, insignificante; de esos hombres que pasan por la vida como si anduvieran en puntillas, sin meter el menor ruido.

Sombra que se materializa para el dolor y se desvanece para la alegría. Alma sin sol, labio sin sonrisa, corazón sin esperanza, este hombre vive la vida sin saborear un goce, llevando a la espalda, como en costal de ruina, la enfermedad, la miseria, el hambre y la locura.

Casi desnudo, por todas partes asoma la carne morena, bajo el harapo desgarrado.

La cabeza hundida entre los hombros como agobiado por un peso fatal. Cabeza siempre abatida, que sin saber por qué, no puede alzarse, no sabe erguirse sobre el enfermo cuello.

Ojos pardos y tristes, con esa tristeza vaga que deja en la pupila el letargo mental.

Ojos apagados, con la serena quietud de las resignaciones, por los que no cruza la chispa de un entusiasmo, de un deseo, de un amor, de una esperanza. Ojos abiertos en el vacío, como sonámbulos, que miran las cosas de en torno brumosas, envueltas en una sombra que acaba por esfumarse.

Por eso el tic nervioso que los agita, hace sacudir constantemente el párpado y alzar las cejas como en propósito, siempre ineficaz, de expulsar la modorra que los tiene paralizados.

***

Hablo con él, pero no quiere alzar a verme.

Parece que tuviera miedo a los hombres.

No mira a nadie. Estira la mano cuando oye pasos, se acerca y espera...

Si cae en ella una limosna baja más los ojos, para dar las gracias; si no cae, ensaya el mismo gesto para disculparse.

Baja siempre los ojos, no mira nunca, no sabe quién pasó a su lado.

Manso de corazón este muchacho entontecido.

Sordo a toda pasión, ciego a todo deseo, mudo a toda esperanza. Ni los granujas de la ciudad lo molestan.

No pueden molestarlo, no hay cómo, no da ocasión. No habla, no mira, no se enoja, no corre para perseguirlos. Es una sombra y pasa sin ser notada. Nadie le dice nada y a nadie dice nada. Pasa... Pasa....

Se encoge de hombros, mete más la cabeza entre ellos, hunde las manos en los bolsillos del apretado saco y sigue por esas calles... Y por ese ir así, caminando, caminando, deteniéndose aquí y allá, pero sin volver a ver, sin torcer el camino, como una máquina, las gentes de la ciudad, que tienen un fino espíritu crítico, sólo lo llaman «Tranvía.» Pero tampoco lo inquietan con eso. No responde, no se altera, sigue, sigue, con la inconciencia de un coche de tranvía.

Esta mañana que lo he tenido tan cerca del corazón, me lo ha llenado de tristeza indecible.

***

Por no mirarme, pierde sus ojos en los detalles de mi cuarto, en los detalles gordos.

—Tanto libro... don Luis!

—Muchos, Moreira, te gustan?

—Sí.

—Tú sabes leer?

Sí.

—Y has tenido libros?

—Sí.

El monosílabo del que no dice nada, del que va defendiéndose en la vida con el escudo triste del silencio.

Le he puesto la mano sobre el hombro y se ha estremecido.

¿Piensa que puedo hacerle daño?

¿Recuerda que así se la ha puesto también la policía para espantarlo? ¿Me lo agradece, acaso?...

—Conque has tenido libros?

—Sí.

—De cuentos tal vez?

—No, de rezos.
—Y cómo se llamaba?
—Catecismo.
—Por qué lo tuviste?
—Me lo dió el padre Badilla regalao.
—Para qué?
—Pa que estudiara el «*Yo pecador*».
—Tenías que confesarte?
—Sí. Pa comulgar el Jueves Santo.
—Y lo aprendiste?
—Sí. Me costó muncho.

Lo aprendió para arreglar sus cuentas con Dios el Jueves Santo este hombre sin pecados. Aprendió el «*Yo pecador*» esta pobre cabeza atormentada por todos los dolores. La frente, deprimida abajo y prominente arriba, es agitada por un olear de pliegues.

Qué le pasa? Se habrá desencadenado ya la tempestad? Va a venir el acceso de locura?

No lo sé.

Quizá esté recordando aquel «*Yo pecador*»...

***

—Sí, antes yo podía trabajar.
—Sé que fuiste cartero.
—Llevaba las valijas.
—Y ganabas buena plata.
—Ah sí, muncha plata, muncha plata.

Y aquellos dedos torpes, estremecidos ahora, se agitaban como si contaran monedas que suenen alegremente en el oído.

Pero esa plata de Moreira se fué.

Mucha plata fueron ciento veinte colones reunidos, que se fueron.

Una alcancía de pino los contuvo mucho tiempo, y, a brincos y a saltos, logró irla escapando.

Pero un día no pudo más.

Su hermano se había casado, quería hacer una casita para meterse y el buen Joaquín sonó la alcancía, oyó temblar dentro las monedas y la abrió.

El hermano tomó el dinero a préstamo y él no consintió.

—Te lo regalo, Vital, te lo regalo.

Después se arruinó también Vital y el dinero se fué.

La mujer cayó en cama, cama larga, penosa, y entre la botica y el médico se quedó todo.

***

—Y has estado enfermo de la cabeza?

— Sí.

—Te duele algunas veces?

—Casi siempre y pierdo el sentío.

—Pierdes el sentido?

—Sí.

—Se cuenta de ti una historia... Moreira, dicen que llevaste amores con una mala mujer...

—Mentira, don Luis!

Y que te echó *basurilla* en un cigarro...

—Mentira! Son cuentos de los cristianos.

—Y por qué perdiste el sentido?

El me lo cuenta.

Trabajó como ayudante de los pintores en la Iglesia de la Parroquia. Estaba de cura el Padre Badilla.

Iban a pintarla por dentro. Un día se vino sin tomar café, se mareó y cayó del andamio.

Lo alzaron sin habla. Duró un mes sin darse cuenta de nada. Después supo que se había roto la cabeza.

El Padre lo curó y le ayudó mucho ¡era un buen padre! pero, a pesar de todo, quedó así.

—Cómo así?

—Tonto, tonto y con el sentío perdido.

—Pero si estás muy bien.

—Hora sí, pero a ratos me güelven los mareos y no me doy cuenta de lo que hago.

Vuelve a hundirse la cabeza, despeinada y sucia, en el pecho, velloso y desnudo, que agita una respiración cansada. El tic nervioso mueve de nuevo el párpado y vuelve la frente deprimida a olear.

***

Hablamos de otra cosa.

Esquiva los ojos. Mira un retrato en mi escritorio.

—Te gusta esa muchacha?

—Sí.

—Sabes quién es?

No.

—Es mi novia.

Baja los ojos y los aparta del marquillo de caoba.

—No te gusta, Moreira?

—Sí me gusta.

—Pero ya no quieres mirarla.

—Como es su novia...

—Pero yo no soy celoso. Tú has tenido novia?

—No.

—Ni antes, cuando estabas bueno?

—Nunca!

—No te gustan las mujeres? No has querido a ninguna?

—Sol'una.

—De veras!

—Sí, mi mama.

Ya conocía yo esta pasión del hombre por su madre. Fué su único amparo.

—Después de Dios la mama de uno y nada más, don Luis.

Nunca quiso a otra mujer. Allí está ese corazón dentro del pecho sin conocer el estremecimiento de otro amor.

—Era muy güena. ¡Si usté viera!

—Me lo habían dicho.

—Entonces pasábamos muy bien. Yo estaba alentao y ganaba muncho.

Parece que empieza a soltar la lengua.

—Nada me faltaba, ella me lavaba la ropa, y siempre andaba limpio; tenía mi comida caliente, mi camita, todo. Me daba consejos, me contaba sus cosas y yo le dicía las mías.

Todo lo que yo conseguía era pa ella, todo lo de ella era pa yo. Vivíamos en una casita que teníamos y no los faltaba Dios.

—Todavía tienes la casita?

—No. Mi hermano la vendió pa costiar el entierro.

He pensado en el secreto poder de este cariño, que suelta ahora la lengua dormida para que cuente cosas llenas de sencillez y de belleza. El monosílabo terrible ha huído, y al hablar de su madre, tiene esta cabeza entumecida un chorro de palabras. Parece que un sol de verano fundiese otra vez una cascada que congeló el invierno

⁂

Vendieron la casilla para enterrarla. Yo la conocí, se llamaba Rafaela.

Ya está enterrada ¡y ahora sí pasa trabajos este pobre Joaquín Moreira que no tenía sobre la tierra más consuelo que ella!

Ya no hay quien lo quiera, ya no tiene quien le lave la ropa, ni quien le caliente la cena.

Ha ensordecido porque nadie le cuenta nada, ha enmudecido porque no tiene a quien contarle nada.

Por eso el pobre loquito, después de muerta su madre, no volvió ni a pasar por la casa; come donde le dan el bocado y duerme donde Dios le repara. Ahora en un rancho de cogollo que hizo Pedro Brenes allí, en el terreno de los Zumbados, para cuidar unas milpas. Anochecido apenas, toma el camino del Barrial y busca el rancho deshabitado, abierto a las lluvias del invierno y a los vientos del

verano. Sin cobija, sin almohada, sin un jarro de café para calentarse por dentro, ni un mísero gangoche para calentarse por fuera, se entrega al descanso este desamparado y solitario Tranvía. La policía fué una vez a traerlo del rancho para el Hospital con un ataque cardíaco; otro día volverá para llevarlo a dormir junto a Rafaela, en el campo de los cipreses. No le sería extraño. En el cementerio dormía antes.

Aquel cuerpo de la madre muerta le daba todavía su poquillo de calor.

Por eso durmió en el cementerio como un año.

Muchos le vimos saltar las tapias, después de anochecido, pero ya sabíamos que no era un malhechor, iba a buscar a la madre muerta y a dormir bajo el alero de algún mausoleo vecino.

Después, por caridad tal vez, las autoridades le prohibieron esta pequeña devoción y, como lo llevaron dos o tres veces por desobediencia, cogió miedo y no volvió.

Pero Moreira ha entendido mal la orden de policía.

Ha creído que le prohiben entrar al cementerio y algunos días llega solo y se agarra a la reja de la puerta para mirar la ciudad doliente.

Entonces sus ojos, inexpresivos y vagos, se pierden en dirección al montículo donde duerme Rafaela.

Le he visto algunas tardes.

Aprieta, con sus manos huesosas, los barrotes de hierro y, al sentir qué dura y qué fría es la reja que lo separa de su madre, cierra los ojos y muerde estas palabras:

—Mama, mama pa qué se jué a morir, espí cómo estoy de fregao... si usté estuviera viva!

Se suelta de la reja, vuelve a hundir la cabeza entre los hombros y echa a andar.

Entonces la voz le sale del corazón.

—Pero es mejor asina, que usté ya descansó...

Y la mano temblorosa santifica la frente con la cruz de los martirios y las consolaciones.

EL LATIN Y EL GRIEGO

Mucho contento me da el interés creciente que están tomando los cursos de Latín y de Griego en el Instituto.

En el decreto número 4, de 25 de febrero, que fijó el Plan de Estudios, para el cual no se me participó en lo más mínimo, ni se participó a la Junta de Directores de que formo parte, se dejaron ambas disciplinas en calidad de facultativas y a condición de que

hubiese siquiera 30 alumnos cuyos padres las solicitaran. Ya eso significa algo; a lo menos no se las desterró por entero de los planes, como hasta hace poco. Pero aun es vacilante y tímido el andar, como si tuviera esta materia trascendental que colarse a escondidas y sigilosamente por escotillas.

Debiera abrírsele franca la puerta principal y dejarla en el Plan de Estudios no como intrusa y facultativa, que le da carácter adjetivo, sino como señora de categoría y sustancia, de entera obligación para todos.

Debemos de ser muy vanidosos en este país para haber despreciado, por luengos años, estas disciplinas clásicas que todos los países civilizados, sabedores y entendedores de estos achaques, tienen por primordiales. Porfiamos que son antiguallas y doctrinas inútiles, sin calcular que no son sino ceniza de abuelos con que se abona y fortalece la tierra labrantía de los menores. Llamámoslas lenguas muertas y con ese sambenito encima las apartamos como apestadas. Tal valdría que, con irreverentes piquetas, profanásemos los cementerios para lanzar al viento las cenizas sagradas que forman nuestra gloria y herencia.

Pero, a pesar del dicho, eso no es sino un espejismo vanidoso de gentes superficiales.

¿Cómo han de estar muertas estas benditas y sabias lenguas, que viven de maravilloso modo, floreciendo dentro de las que se tienen por vivas y de las cuales son meollo y osamenta?

¿Quién podrá hablar cuatro palabras castellanas, francesas, inglesas, italianas, sin descubrir en ellas todo el color y el sabor que del LACIO y de la HÉLADE les viene?

Y es que ese matiz ancestral que corre, hecho savia, dentro del organismo vivo de las lenguas modernas, es precisamente su acervo de riqueza, el brillo de su espíritu, lo que es permanente y eterno.

Porque el espíritu es lo que se descubre cuando se estudian el latín y el griego y ello es lo que da realmente el dominio de la lengua.

Para gozar con ella, para ahondar en ella y ejercitarla maestramente es indispensable conocerla un poco más allá de la superficie vulgar y maleada; hay que sumergirse en sus aguas y eso sólo se consigue con el dominio de estas lenguas que son su sedimento, el humus de donde está sacando su vida la flora actual.

Pero, si todo esto es claro y lógico, hay algo que lo será más aún y es decir que aprender estas lenguas es tener abierto el camino de todas las ciencias, porque ellas hablan en griego y en latín de preferencia.

La nomenclatura de todas, llámense Química, Matemáticas, Botánica o Geología, va a legitimar blasones en sus cuarteles y a saciar su sed en la clara linfa de estas aguas profundas.

Una de las grandes deficiencias de nuestra actual enseñanza está precisamente en la incomprensión del espíritu que anima los dictados científicos, de tal modo y manera que aprendemos los fenómenos y las materias de oídas, repitiendo sílabas raras, cuyo sonido imitamos y recordamos, pero cuya esencia escapa a nuestras mentes.

Yo pude sentirlo al dejar mi colegio, y si lo estoy diciendo es con pleno conocimiento de causa, porque la falta de esas armas detuvo y estrujó mi cultura por muchos años, como si esa ignorancia fuese gasa que me velase todos los secretos.

Rudo esfuerzo he tenido que hacer después para ver más claro lo que entreveía apenas.

Ahora miro estos chiquillos, cómo y con qué facilidad se explican todo ese laberinto de términos, para otros mudos y para ellos explícitos y claros por la milagrosa virtud de este latín y de este griego que son su hilo de Ariadna.

Señor Secretario, esto que estoy diciendo puede a muchos pasar inadvertido, pero yo le pido que en ello repare y fije mientes, que es de grande importancia en nuestra cultura.

Si se pretende abandonar el trillo de superficialidad en que venimos traginando y ahondar un poco más en el buen camino, hay que buscar esta brújula, que es la que usan todos los países cultos de la tierra para orientar sólidamente su cultura.

ADOLFO ESQUIVEL DE LA GUARDIA

Es un gran laborioso. Su perseverancia le ha conquistado buenos triunfos. Hoy es Médico y Profesor en Buenos Aires, donde vive hace ya cerca de doce años. En medicina cultiva las tres escuelas: alopatía, homeopatía, naturopatía, siendo, por tanto, un ecléctico. En 1916 fué al Congreso Americano de Ciencias Históricas, como Delegado de la Escuela de Derecho de Costa Rica. En 1917 fué Cónsul de Panamá en Buenos Aires.

Escribió mucho desde joven; y hoy confiesa él mismo su pecado de haber sentido tan pronto el aguijón de la publicidad. Ha escrito versos, pero cultiva la prosa con más dedicación, en varios géneros: cuento, ensayo, crítica, filosofía, periodismo, y hasta ha dado buenas notas en obras teatrales.

Siendo, como es, tan tenaz, se explica que tenga una serie de obras tan variadas. Entre otras, apuntamos: *La Educación de la Mujer*, conferencia editada en folletín por «El Día», diario de La Plata; *Algo sobre Economía Política*, conferencia; *Un vistazo al firmamento*, conferencia; *Lo que representa Centroamérica*, conferencia; *Palimpsesto*, colección de cuentos y artículos; *Madre*, drama en verso y en un acto llevado a la escena en Panamá; *Fisiología e Higiene Sexuales; Resumen de Medicina Homeopática; El Paludismo en la República Argentina; El Saneamiento Norteamericano del Trópico*, *Policromía*, versos, 1923, y otras muchas obras, unas publicadas, otras inéditas, de versos, de ciencias, de arte.

Es un encariñado con lo de la tierra propia y la vida activa de la gran metrópoli no le cohibe para dedi-

car sus buenos esfuerzos a ella; en medio del torbellino social y del estímulo epidérmico que da la vida amplia de una ciudad grande, es fácil para él conservar ese culto costarricense. Así ha podido Esquivel de la Guardia formar en Buenos Aiaes su hogar apacible; casó con una distinguida señorita de la capital, Dolores de la Puente, y vive tranquilo en su casa, a la sombra del amor, trabajando con un nuevo objetivo en la vida.

RESPUESTA

Qué es dicha? preguntáronme las fresas
de sus divinos labios.
Y así los míos respondieron sabios:
Dicha es lo que se siente cuando besas.

LA MAGDALENA

Paganos y rabinos, cierto día
juntó Simón y dióles alimento;
y del banquete en el mejor momento,
entró a la sala una mujer: María

Magdalena. Su mano contenía
un rico vaso de precioso ungüento.
Los pies de Cristo ungió con modo lento
y los secó con sus cabellos, pía.

Gritaron los paganos sin demora:
—¿Tú no sabes que es una pecadora?
—¿No afirmas que en saber todo eres ducho?

Jesús entonces, sin hacerles caso,
abrió a María de Magdala paso.
—¡Te perdono!, le dijo: ¡amaste mucho!

ÚLTIMA CENA

En casa de José de Arimatea,
yantando por vez última, en el seno
de la amistad, estaba el Nazareno
con los doce escogidos de su idea.

Había el visionario de Judea
dado ya vino y pan. Nada sereno,
Juan reprimía, de congoja lleno
ardentísima lágrima febea.

Dijo Jesús: —Es uno de vosotros
quien me ha de traicionar. Unos a otros
se vieron los discípulos sin tino.

Y cuando Judas de Keriot, tan diestro
en fingir, preguntóle: —¿Yo, Maestro?,
la lágrima de Juan cayó en el vino.

CANTOS POPULARES YANKEES

¿Quién, que no conozca el gran país norteamericano o que, aunque lo conozca, no haya prestado atención a sus cantos populares, podrá suponer que ellos encierran armonía y dulzura? ¿Quién habrá de imaginárselos colmados de amor y romanticismo?

Y sin embargo, así son esas canciones: suaves y delicadas como la más delicada y suave que haya brotado de alma española o italiana; soñadoras y plenas de encanto como las trovas del medioevo.

La mayoría de la gente latina, empapada en la idea de que el pueblo estadounidense ha nacido sólo para la práctica comercial y cultiva sólo la caza del dólar, no tiene, por lo general, conocimiento —ni siquiera remoto— de la ternura de esos versos que corren por la calle, de boca en boca o que mueven distraídamente los labios de las robustas sirvientes, revelando, a través de la aparente materialidad, el sentimental y dulce espíritu que alienta en el fondo de los hijos de la patria de Harding.

Cae en mis manos un sencillo cuaderno en el que se hallan coleccionados muchos de estos versos; y al revisarlo

reconozco que son los mismos que he oído cantar en los «varietés»; los mismos que tararean los estudiantes; y en mi mente evoca su música las ya oídas notas de los organillos callejeros y las del silbido o del canturreo del transeunte nocturno, que regresa a su casa, sin prisa, aspirando el aire fragante del verano.

Sin más comentarios, quiero mostrar ahora unos cuantos de esos democráticos renglones, aunque temeroso de que mi traducción les haga perder mucho de su fresco colorido:

«Aquí a tus pies coloco toda mi devoción:—yo soy sólo tu esclavo, tú eres mi única reina;—nunca esta emoción sentí hasta ahora:—soy sólo tuyo, Amada.»

¿De qué otro modo expresaría sus sentimientos una alma castellana?

«Siento solaz sereno;—mi vida un desierto era,—mi vida inútil era—hasta que te he encontrado...

«Tus ojos brillan de amor;—nunca más estaré triste.—Ven, mi ídolo, junto a mí—y dime que eres mía.»

Otro habla de un amor de pequeñuelos, que llegó al fin a consolidarse por medio del matrimonio, y dice que

«los dos que hicieron uno de sus mutuos cariños,
se acuerdan, con frecuencia, de su querer de niños.»

Luego (este es otro botón de muestra) en un arranque de sentimentalismo, tras unos días de enojo, así le susurra un amante al otro:

«Querido, estoy muy triste—por el dolor causado;—ven, bésame, y otra vez—seamos felices... Olvida.»

A veces tales cuartetos son de un estilo más ligero. Uno hay que podría componerse así:

«Nada puede mi tesón:
cerró la niña la puerta;
mas la de mi corazón
queda siempre bien abierta.»

¿No parece esto una copla andaluza?

Sigo, y trato de traducir «True lowe will bring me back again»:

«Cuando marchábase, el marinero
le dijo:—Alegre te quiero ver.
Mi amor, no llores, que amor sincero,
amor sincero me hará volver.

Desde lejano suelo extranjero
así una carta supo poner:
Mi amor, no llores, que amor sincero,
amor sincero me hará volver.
  Años pasaron, y el marinero
volvió, casóla, y a su mujer
dijo:—Ya sabes que amor sincero,
siempre a los hombres hace volver.»

Sueña el rubio varón de aquellas regiones septentrionales con un hogar tranquilo y una compañera que lo ame; y lo expresa cuando canta:

«and with her by my side
down life's river we'll glide...»

es decir, ella a mi lado para que juntos resbalemos por el río de la vida.»

Trata otra de estas piezas del remordimimiento sentido por agrias cosas dichas, e indica que el amador,

«Ahora que una cinta blanca y una corona verde—cuelgan de la puesta de la eterna ausente—se siente condolido, no tanto por la muerte—como por las palabras de aquella vez... »

Pero lo mejor lo he encontrado en las dos que siguen, las últimas, por cierto. Esta es la primera de ellas:

«Nada me importa lo que diga el mundo,
nada lo que haya sido tu pasado;
sólo sé que te quiero, amada mía,
y que amar no es pecado.»

Dígase si esta otra no es también sumamente delicada:

«Pueden las rosas estar floreciendo—y sin embargo el corazón estar triste.—Puede asimismo el sol estar brillando—y el alma estar angustiada.—Así, pues, brille el sol o esté nublado—o estén las rosas, o no, marchitas,—si me amas dímelo ya, dímelo ya de una vez.»

Como se ve, demuestran todas estas miniaturas de poesías el ansia de cariño, el deseo de una correspondencia amorosa, el culto al ideal, las fluctuaciones entre la esperanza, la duda, y la honda desesperación; y dejan traslucir, claramente, que el hombre, para el amor, es el mismo en cualquier parte de la Tierra; porque si es de clima frío, lleva el trópico con todas sus cálidas manifestaciones dentro del corazón, que jamás dejará de latir por el eterno femenino.

ROGELIO FERNANDEZ GUELL

Está ungido por su muerte gloriosa, como héroe nacional.

Muy joven, a los 18 años, Fernández Güell se lanzó contra lo que él pensaba odioso y puso todo su corazón al servicio de su idea. Escribió entonces con *Pascual* en «El Derecho» los fulminarios artículos que tanto se han recordado. Aquella lucha encendió en su juventud un gran amor por las causas del pueblo y luego combatió bizarramente en una campaña política. Fué cuando lo vimos multiplicarse en «El Republicano» y lanzar sus vigorosas flechas con seis distintos seudónimos.

Ha escrito varias obras. *La Clave del Génesis* es de trascendencia arcana, en que el autor se propone desentrañar el esoterismo que encierran los textos bíblicos. *Psiquis sin Velo* es un tratado de filosofía trascendental. *Lux et Umbra,* una fuerte novela filosófica que sorprende. *Los Andes y otros Poemas,* una colección de versos. Los *Episodios de la Revolución Mexicana,* libro de combate, apostólico; en él exalta el autor la noble figura de Madero, su hermano. Además, ha publicado varias conferencias, entre las que es notable la que leyó en el Centro Catalán sobre el poeta Jacinto Verdaguer.

En 1917 llegó a Costa Rica, editado en España, su último libro, *Plus Ultra,* prologado por don Jacinto Benavente y en el que se advierte la gran erudición del autor sobre el conflicto de las razas.

Suntuosa la forma, castiza la expresión, todo infundido de un gran ardor idealista, nos muestran sus libros un pleno dominio de los motivos que estudia.

Hoy, es una figura para la historia de Costa Rica; figura de relieve heroico, que ha de resurgir en bronce un día.

Soldado-Poeta, Fernández Güell repite el caso de Arboleda en Colombia y de Martí en Cuba, que sellaron inmortalmente con su espada la fulmínea expresión de la palabra.

EL TESTAMENTO LITERARIO DEL POETA

Circunstancias especiales me han impedido desarrollar concepciones literarias tan vastas que ocuparían una vida.

Dejo impresas con numerosas erratas (literarias, científicas y de imprenta):

Psiquis sin Velo; Lux et Umbra; Episodios de la Revolución Mejicana; La Clave del Génesis y *Plus Ultra.*

Los Andes y otros Poemas fué impreso en la Imprenta del Museo Nacional de Méjico. No se llegó a tirar el último pliego. El nuevo Ministro de Instrucción Pública (de Huerta), ordenó que fuese destruida la edición. Y lo fué.

En Barcelona intenté también que se publicase una selección de mis poesías. El tomo de prueba que se me envió a Baltimore, contenía tantas erratas, que no autoricé su publicación. Un ejemplar (único) queda en poder de mi señora. De él muy pocas poesías vale la pena de conservar; quizás la *Introducción*, *Canción de amor*, el poemita pastoril *Clarián y Filena*, *Un delirio de Espronceda*, *El Idilio*, *La Serenata*, y algún soneto.

Mis poesías filosóficas de por sí pueden quizás constituir un volumen. Están desparramadas en periódicos y revistas espiritistas. He aquí la lista: *Gritos de angustia*, *La visión*, *Contemplación I*, *Contemplación II*, *Contemplación III*, *Dios* (de Víctor Hugo), *Se construye una iglesia* (de Víctor Hugo), *A. Kardec*, *A Próspero*, *Eheu*, *Fugaces*, *Póstume... Ante la tumba de Manuel Aragón*, *A la memoria de doña Amalia Domingo Soler*, *Cuando yo muera*, *Contraste* (o las Gaviotas), *Mi epitafio* (de Lord Byron), etc. Todas estas composiciones fueron publicadas en *Los Albores de la verdad*, *Luz y Unión*, de Barcelona (Casa Editorial Carbonell y Esteva) y en *El Siglo*

Espírita (después *Helios* de Méjico, órgano de la Federación Espírita, que estuvo bajo mi dirección).

En Méjico se me quedó inconclusa (por cierto cuando iba a entrar en la parte más interesante) una obra titulada: *La Magia y el Espiritismo en las obras de William Shakespeare.* ¡Lástima!, el *Hamlet* me ofrecía un material abundante e inmejorable para el desarrollo del tema. Se publicó hasta la página 40 en el folletín de *Helios.*

Mis artículos que merezcan la pena de conservarse, están desparramados en *El Tiempo*, *El Día*, *El Derecho*, *El Republicano* y *El Imparcial*, de Costa Rica, y en *El Amigo del Pueblo* y *La Epoca*, de Méjico. También publiqué algunos en *Luz y Unión* y *Los Albores de la Verdad* como *Thanatosis*, *La permanencia del Yo*, *Y ví sobre mi cabeza un punto negro...*, *La moral sin dogma*, etc.

Todos estos artículos yo pensaba agruparlos un día en un volumen que se llamaría *Chamarasca.*

En Méjico perdí a causa de la revolución felixista y la traición de Huerta, un pequeño poema en tres cantos: *María*, y algunas otras composiciones. El poemita en referencia, como *Apocalipsis* (que nunca pasó del segundo canto), fué un ensayo juvenil y adolece de grandes defectos; pero contenía algunas bellezas. También perdí una biblioteca selecta con documentos y libros de inestimable valor.

Entre mis proyectos literarios, estaba el escribir una novela histórica titulada *Morazán*, sobre un episodio de la vida de este capitán en Costa Rica, y otra novela, muy humana y muy divina: *Incesto*, título inevitable, aunque existe una obrita de E. Zamacois con este título, pues el tema así lo exige. En esa novela, por una curiosa paradoja, lo moral venía a ser precisamente lo inmoral, y viceversa. El difícil problema se desenlazaba, como dejo dicho, del modo más humano... y divino posible.

En resumen: he escrito mucho; he proyectado más; y sólo lamento desaparecer antes de haber hecho algo que valiera la pena... ¿Quién sabe? Puede que de vivir cien años, tampoco hubiera realizado nada digno de memoria. A lo menos, réstame el consuelo de que ningún Homero ni Lucano fenece, y ese mismo consuelo debe quedarle a las generaciones. Lo siento por los tipógrafos e impresores, a quienes hubiera dado algún trabajo.

A COSTA RICA

Con la voz de tus volcanes
y el ronco grito del mar
quisiera, Patria, cantar
tus triunfos y tus afanes,
y al rugir los huracanes
azotando tu bandera,
con generoso ardimiento
alzar un himno quisiera
que por doquier repitiera
con sus bramidos el viento.

Eres la hermosa trigueña
que, con su indiano plumaje,
Colón en su cuarto viaje
vió en la playa limoneña,
y al mirarte tan risueña,
tan inocente y bonita,
te amó con el alma toda,
y en su ilusión infinita,
te dió la isla de la Uvita
como su anillo de boda.

Eres la pálida diosa
de mis ensueños de niño,
hecha de luz y de armiño
y de pétalos de rosa;
la Patria, visión preciosa,
vergel de amor en la tierra
que a la existencia convida
y los pesares destierra,
¡porque en la Patria se encierra
cuanto hay de grande en la vida!

Eres la madre que abriga
con su bandera a sus hijos
contra la suerte enemiga
y con cuidados prolijos
a su existencia les liga,
y cuando la muerte odiosa

con mano implacable y dura
nos arrebata a la fosa,
¡rasgas tu seno, piadosa,
para darnos sepultura!

En todas partes te miro
tan luminosa y tan bella
como un inmenso zafiro
engastado en una estrella.
Las fragancias que respiro,
la luz que nimba mi frente
y la canción de las flores
en la orilla del torrente
todo, con voz elocuente,
me habla de ensueños y amores.

El mar, que a tus pies murmura,
su rico collar desata
en honor de tu hermosura
y perlas de rara albura
vierte en ánforas de plata.
La estruendosa catarata
al caer desde la altura
suena al pie de la colina
como tu risa argentina
bajo un dosel de verdura...

Y cuando el astro radioso
con sus fulgores la inflama
y el viento que sopla y brama
risa el caudal espumoso
que se despeña furioso,
y olas de azul y de plata
cruzan en rauda carrera,
con ilusión hechicera
brilla al sol la catarata
como tu hermosa bandera.

¡Patria de Cañas y Mora,
recibe la ofrenda mía
como el rayo de una aurora
que anuncia un hermoso día!

Grande en honor e hidalguía,
la Paz bendijo tu suelo,
hizo tu vientre fecundo,
y tienes para tu anhelo,
por todo límite, el cielo;
por todo escenario, el mundo.

Al ver la turba extranjera
que tus laureles hollaba,
te alzaste cual reina esclava
que su cetro recupera;
la faz demudada y fiera
y el gesto imperioso y rudo,
ceñiste peto y escudo,
y al resplandor de tu lanza,
huyó el invasor ceñudo
entre gritos de venganza.

Como un alcázar maldito
de la odiosa tiranía
el viejo mesón se erguía
sobre bases de granito,
y surgió Santamaría
con su antorcha sacrosanta
iluminando la Historia....
¡El negro bastión quebranta,
y sobre sus ruinas canta
el incendio nuestra gloria!

Hoy que gentil y graciosa,
celebras tu independencia,
y al par el Arte y la Ciencia
de olivo, laurel y rosa
ciñen tu frente preciosa;
hoy que ufana se te ve
de tus volcanes al pie,
ostentando entre ambos mares
tu corona de azahares
y tus flores de café...

¡Juremos con noble anhelo
que, antes que rasgue tu manto
de diosa algún tiranuelo

o un nuevo Walker tu suelo
cubra, de luto y de llanto,
sabremos, Patria adorada,
llenos de orgullo tus hijos,
bajo tu enseña sagrada,
morir, besando la espada,
con los ojos en ti fijos!

¡Quiera el cielo, Patria mía,
que soles de eterna gloria
alumbren siempre tu historia
con fulgores de poesía,
y una inmensa sinfonía
repitan roncos los ecos
celebrando tus hazañas,
que conmueva tus entrañas
y repercuta en los huecos
de tus salvajes montañas!

LA LEYENDA DEL CICLOPE

A Tomás Soley y Güell, un paréntesis poético en sus admirables estudios de Economía Política.

Está irritado el cíclope. Como un funesto alarde,
eleva entre la bruma creciente de la tarde
un penacho de humo cuajado de centellas
y golpea los cielos con su pica de estrellas.

En su potro de llamas se retuerce iracundo
como en lo alto del Cáucaso, Prometeo profundo.
Y blasfema y sacude sus melenas hirsutas
y vomita a los cielos en enormes volutas
su dolor y su rabia, en espesos vapores
que manchan, Primavera, tu traje de colores.

¡Y en los cielos impávidos, donde Júpiter mora,
y en el zafir inmenso que la Aurora decora,
Apolo con sus flechas asaetea el volcán
que yergue al infinito su dorso de titán!

Una enorme columna de humo el viento azota
como una gran bandera deshilachada y rota.

Orgullo de mi tierra y azote de Dios mismo,
Irazú, ¿qué pecado te alzó sobre el abismo,
alimentó tus hornos, te abrió la negra boca,
y te dejó por siempre cautivo en esa roca?

Al pie de tu Pirámide, van desfilando siglos,
y cortejos de héroes, quimeras y vestiglos,
¡y tú sigues incólume! ¡y en tu cumbre altanera
relumbra eternamente tu embravecida hoguera!

Con ojos espantados, surgiendo de los mares,
te adoraron borucas, caribes y güetares,
y arrojaban las madres, al oir tus rugidos,
a tu cráter hambriento a los recién nacidos.

Entonces sosegada mostrábase tu cumbre
de la tarde muriente al último vislumbre,
y así pasaron siglos de horror siempre maldito,
y nunca de inocentes el negro vientre ahíto.

Sólo una hermosa india guardaba en las montañas
una bella criatura hija de sus entrañas,
oculta en una cueva. El monstruo lo sabía
y con furiosos gritos la víctima pedía!

Al ver la infeliz madre descubierto el infante
y al pueblo en torno de ella contrito y suplicante,
subió a la excelsa cumbre, el alma hecha pedazos,
y se arrojó a la sima con la criatura en brazos!

Acabóse ese día tu leyenda de horror.
En tu cerviz domada clavó el conquistador
la bandera de Cristo, y de su propio estrago
surgió triunfante y bella la noble y leal Cartago.

Enero 1918.

CUANDO YO MUERA

Cuando pague tributo a la Natura
y mi espíritu vuelva a su morada,
si tú existes aún, mi dulce amada,
dáme al pie de algún árbol sepultura.

En marmóreo sepulcro no me entierres,
que es lujo y necedad la humana pompa;
no podrás impedir que me corrompa
aunque en caja de sándalo me encierres.

Entiérrame a la orilla de una fuente
y cultiva un jardín sobre mi fosa,
y así, mi corazón trocado en rosa,
llenará de perfumes el ambiente.

Más prefiero ser fruto sazonado
que flor para los ángeles nacida;
en vez de grata esencia, ser comida,
y ofrendarme hecho pan al desgraciado.

Dáme al pie de algún árbol sepultura
do pudriéndome, al borde de un camino,
calme el hambre y la sed del peregrino
y le brinde frescor con mi verdura.

ALBUM

de la señorita Amalia Montagné C.

Si de tus ojos, mujer,
el llanto se desprendiera
y, perla suelta, rodara
una lágrima y cayera
en el Infierno, al caer
en Cielo lo transformara.

30-I-1915

JOSE FABIO GARNIER

Nació el 9 de Agosto de 1884. Es Ingeniero, titulado en Bolonia, y hace vida de trabajo en la contabilidad de una casa bancaria.

Como escritor, es fecundo y cultiva especialmente el teatro. Para la escena ha escrito: *El Retorno, Nada!, La última escena, A la sombra del amor, Boccaccesca, Pasa el ideal, La sombra de la hermana, El dulce secreto* y *El encanto de amar, Campanitas de plata*, todas en un acto, menos las cuarta, sétima y novena que tienen tres y la última en dos actos.

Perfume de belleza es un libro de crítica, género que ha tratado de cultivar con predilección. *La Primera sonrisa, La esclava*, novelas; *La vida inútil*, ensayo. Tiene un libro de *Parábolas*, editado en la Imprenta Nacional, sin fecha. En ese libro hay dos trabajos que nos gustan sobre los demás: «El Apólogo de los Fantoches» y «El Apólogo de las Aguas», uno de los cuales recogemos aquí.

APOLOGO DE LAS AGUAS

Como obedeciendo a un llamamiento general llegaban a aquel rincón del bosque las aguas tranquilas del lago, las tumultuosas del torrente, las dulces de la lluvia, las saladas del mar, las puras de la fuente, las melmosas del pantano, las cristalinas del rocío, las frías de la nieve que se deshace, las calientes de los manantiales térmicos, todas, todas las aguas se encontraron pronto reunidas a la sombra de aquel bosque virgen cuyos árboles maravillados se inclinaban curiosos para escuchar las palabras que aquellas visitantes iban a pronunciar.

Tomó la palabra el brazo de mar quien, orgulloso por los tumbos sonoros que daba en las rocas de la costa cercana, pretendía dominar con su voz autoritaria el tumulto que hacían las demás.

—Soy yo el representante de las aguas, el único representante del elemento líquido. Yo encierro en mis abismos inmensos la verdad de las aguas; en mi seno se esconden los tesoros que no tienen ni la fuente ni el arroyo, ni el río, ni el lago, ni el pantano, ni la lluvia, ni la nieve, ni el rocío, los tesoros que produce el agua, cuando es verdaderamente agua. Decidme vosotras—continuó el brazo de mar con acento irónico—cuál de todas cuaja en su fondo las perlas valiosas que tanto lucen en las manos de las mujeres, esas ondinas que juegan con las rachas del viento y que retozan con los hilos de luz del padre sol; cuál de vosotras hace que su seno se vea adornado por los encantadores corales y las graciosas esponjas; cual mueve su superficie rizándola con elegancia y levantando a veces hasta el cielo el blanco inmaculado de sus espumas; cuál acaricia con felina mansedumbre los contornos de diosa de las arenas regadas en la playa y sacude con ira mal reprimida sus cóleras contra las rocas que se oponen al desarrollo de la energía de las aguas? Convenceos—terminó con aire de protección el orgulloso brazo de mar—el único verdadero representante de los esfuerzos del agua soy yo, nadie más que yo.

Callaron por un instante las demás aguas; parecía como si todas se creyeran ofendidas con las palabras que acababan de oir. Las ramas de los árboles cercanos que nunca habían visto el mar, al oir aquella manifestación de energía inesperada, se movieron con entusiasmo como si aplaudieran las frases de vanidad con que el brazo de mar había interrumpido el silencio sagrado del bosque.

Una vocesilla dejó oírse, débil como si viniese desde muy lejos sentada en las alas de la brisa.

—Qué orgulloso está el hermano mar! Qué haría él de sus perlas valiosas, de sus ondinas legendarias, de sus corales ruborizados, de sus esponjas vanidosas y de sus cóleras impotentes si no existiera allá, en lo más alto de la sierra lejana, una fuentecilla silenciosa rodeada de musgos y de otras hierbas humildes? Soy yo—continuó aquella voz haciéndose más fuerte conforme hablaba—la que encierra dentro de sí la verdad de las aguas. De mí nacéis todas vosotras, soy yo quien os alimenta, es de mi seno de donde surgen vuestras fuerzas; de mí, sólo de mí depende vuestra existencia. Decidme, cuál de vosotras siguiendo los diminutos canales subterráneos va recogiendo los hilos de plata perdidos entre arcillas repulsivas y arenas avaras, entre rocas insolubles y entre minerales que se deshacen con solo lamerlos; cuál de vosotras reune en uno solo todos esos canales y sin miedo a nada, como una idea que surge de un cerebro, se lanza a la luz del sol ansiosa de libertad; cuál de vos-

otras, después de haber creado un arroyuelo que luego se convertirá en torrente, vuelve a sumergirse en los misterios de la tierra, en busca de nuevas filtraciones para impedir que os falte líquido y muráis agotadas, tendidas en los desagües que con tanta fatiga habéis podido cavar? Cuál de vosotras vale más que yo? No soy, entre las aguas, la única poseedora de la verdad original?

Las ramas de los árboles vecinos oyendo aquella disertación acerca de subterráneos que no conocían y de misteriosos canales escondidos quién sabe dónde, se movieron con alegría como si aplaudieran las frases de vanidad con que la fuentecilla había interrumpido el silencio augusto del bosque.

—Más que la fuente porque mis aguas son muchas y más que el mar porque las gotas que me forman no tienen ningún sabor desagradable y ningún olor repugnante, soy yo el merecedor de tal distinción que os disputáis. También yo cuajo en mi seno bellísimos bosques de algas y de otras plantas acuáticas; también yo tengo tesoros que no se conocen porque nadie se atreve a sondearme; también yo, de cuando en cuando rizo con coquetería adorable mis ondas sin llegar nunca a perder mi aplomo encolerizándome contra las orillas que me aprisionan. Soy un espejo en el cual se miran, con complacencia de mujeres coquetas, las estrellas que desde el cielo me sonríen cariñosas por el servicio que les presto. Todos me aman, muchos me admiran, nadie me odia; por eso y por muchas razones que callo, soy digno de ser el único representante de las aguas, el único poseedor de la verdad eterna.

Calló; las ramas de los árboles cercanos, oyendo aquellas frases en donde se hablaba de algas y de otras plantas que ellas no conocían, se movieron con frenesí como si aplaudieran los desahogos presuntuosos con que el lago había interrumpido el silencio profundo del bosque.

Deshojando las flores de sus espumas llegó el río caudaloso; al golpear contra las piedras que se hallaban a su paso parecía entonar una canción heroica, el poema del Cid de las aguas de las cuales él se creía el Campeador.

—Yo soy el único digno depositario de la verdad de las aguas. Llevo mucho caudal, el ruido que provoco os lo demuestra, soy fuerte como pocos, si me acompañais hasta el mar me vereis en duelo gigantesco con las olas del océano a las cuales venzo obligándolas a formarme una guardia de honor mientras mis aguas avanzan victoriosas internándose en la azul inmensidad a la cual, generosas, van dulcificando. Ninguno de vosotros puede desplegar tantos títulos de hazañas raras como yo, pues además de vencer al mar, he vencido a las rocas horadándolas con el objeto de abrirme un camino entre ellas, he vencido al hombre, al hombre omnipotente de quien nunca he querido ser vasallo: rompo los diques con los cuales ha

pretendido ceñir mi cuerpo, destruyo los puentes que sus manos fabrican para atravesarme sin peligro alguno, inundo sus ciudades para darme el placer de verlo arrodillado, pidiendo a las alturas el perdón de sus culpas infinitas. Soy el todopoderoso; llevo en mi corriente la verdad de las aguas; por eso debo ser reconocido por vosotras como el símbolo de la potencia nuestra.

Hubo un silencio profundo después del cual las ramas de los árboles vecinos, al escuchar aquellas manifestaciones en las que se hablaba de diques, de puentes y de ciudades que nunca habían visto, se movieron con entusiasmo como si aplaudieran las frases vanidosas con que el río interrumpió el silencio majestuoso del bosque.

Vencer al hombre!—exclamó con infinito desprecio el pantano. Esa no es una labor heroica! Es tan impotente ese omnipotente ser, que yo mismo, con los miasmas fétidos que hago levantarse del fondo de mi lecho, he podido vencerlo de una manera radical: el hombre a quien yo tumbo no es capaz de levantarse de nuevo. Mis aguas están saturadas de una energía invisible, más poderosa que la del mar y más poderosa que la del río. Yo soy el único defensor de nuestra integridad; las legiones de microbios que en mi seno se desarrollan, valen mucho más que los decantados tesoros que duermen su sueño sin despertar en el fondo del lago azul y en el fondo del mar. Debo pues ser el guardián celoso de nuestra verdad, soy el representante único de esa verdad a la cual dedicamos veneración sincera.

Calló el pantano y de la superficie oscura, como obedeciendo a una orden imperiosa, se levantó una nube de mosquitos mortíferos. Las ramas de los árboles cercanos, al ver aquella legión de defensores de las aguas que sin hacer ruido alguno iban a esparcir la muerte por doquiera, se movieron con alegría como si aplaudieran las fatídicas palabras con que el pantano había interrumpido el silencio imponente del bosque.

—Seré yo la última,—dijo con modestia el agua de lluvia—seré yo la última en este congreso de vanidades sumas. Y hablaré, no para recordaros que yo, allá en medio de las nubes a quienes azotan los vientos envidiosos, preparo el advenimiento de todas las aguas del universo; hablaré, no para vanagloriarme, como habeis hecho vosotras, de que sin mi labor silenciosa e invisible, más silenciosa que la de la fuente y más invisible que la del pantano, ninguna de vosotras existiría; hablaré, no para recordaros que al beso del padre sol mis gotas forman el arco irisado que sirvió de signo de alianza entre Dios y los hombres; hablaré para haceros ver que todas poseemos esa verdad cuyo monopolio quiere tener cada una de nosotras. La verdad del agua está en la fuente que murmura quedamente en los diminutos canales subterráneos, allí se manifiesta como precursora; la verdad del agua se agita en los tumbos incesantes del

brazo de mar y en las cascadas del riachuelo y del río: allí se manifiesta como fuerza viva; la verdad del agua duerme en las profundidades azules del lago encantado: allí se manifiesta como energía latente lista siempre a transformarse en fuerza viva como la del río y como la del mar; la verdad del agua pulula entre las gotas verdes del pantano: allí se presenta como creadora de gérmenes destructores; la verdad del agua está en los cristales de nieve en donde se manifiesta en su belleza sólida así como en las gotas de rocío en donde despliega toda su belleza líquida; en fin, la verdad del agua satura mis moléculas porque en mí se reunen la potencia creadora y la potencia fecundadora. Todas somos el símbolo de esa verdad, ninguna de nosotras la posee en más alto grado que las demás.

Dijo la lluvia, y las aguas reunidas callaron sin saber qué contestar, agradecidas a quien había sabido reconocer los méritos de cada una sin deprimir a las otras.

Las ramas de los árboles vecinos, extrañadas con aquellas palabras que lograron callar tantas vanidades manifiestas, se agitaron con frenesí como si aplaudieran las ideas conciliadoras con que la lluvia había interrumpido el silencio profundo del bosque.

EL CANTO DE LAS HORAS

De Roberto Brenes Mesén

Con la conjura del silencio, la que más ennoblece a quien la provoca y la que más envilece a quienes la usan, ha sido recibida por muchos de los intelectuales de Costa Rica una obra de arte verdadero que por mil razones debía de ser tratada de otra manera, me refiero a *El Canto de las Horas*, ensayo de estética muy profunda que pone de relieve la gran facilidad con que su autor maneja el castellano y las muchas bellas ideas que posee con respecto a lo que es y a lo que debe ser el arte.

Roberto Brenes Mesén, como intelectual merece uno de los primeros puestos entre los pocos hombres que, actualmente en Costa Rica, dedican sus energías al cultivo de las artes en general y de las letras en particular. Su manera de razonar las cosas aun cuando esas cosas impliquen ideas que no dividimos hace agradable la lectura de sus escritos en los cuales la frase aparece completamente redondeada, sin necesidad de ser pulida más; tal es el cuidado que Brenes Mesén pone al expresar sus ideas que al leerlo parece estar leyendo algo de poema en prosa que lleva en sí mucha armonía y mucha sinceridad.

El Canto de las Horas es un estudio de interpretación del arte y de sus diversas manifestaciones; el amor de creación, el poder de la obra de arte, el poder creador del pensamiento, el alma de las cosas, la castidad en el arte, la inspiración, la ley de obediencia al maestro, son tópicos a los cuales en ese libro corresponden desarrollos bien razonados y bien modelados. Aquellas frases son frases de artista que defiende lo que es su ideal de belleza con toda la firmeza de una creencia segura y completa.

En el primero de los estudios que forman *El Canto de las Horas*, Brenes Mesén habla del éxito y de la gloria que se traducen actualmente en el afán de aplausos a que se ha acostumbrado la mediocridad reinante en estos países de tan poca cultura artística, en donde se trabaja por ser popular sin preocuparse para nada de lo que vendrá, de aquel porvenir encantador en cuyas horas desearíamos oir pronunciados nuestros nombres como se pronuncian hoy los de aquellos artistas que crearon verdaderas obras de arte.

Ese amor a la gloria de parroquia es el que ha echado a perder a muchos de nuestros mejores escritores, quienes se han dedidado a producir siguiendo los gustos del consumidor, a hacer de bufones, mientras el público, el soberano, les arroja las migajas de su mesa, eso que con tanto orgullo ellos llaman popularidad.

La gloria repentina no puede producir obras de arte: es debido a eso por lo que en América aún no poseemos una obra que merezca con justicia ese nombre; casi todos nuestros literatos escriben siguiendo, en sus evoluciones artísticas, las evoluciones nada artísticas de los pueblos para quienes producen; muy pocos de entre los intelectuales de Hispano-América logran salvarse de esta crítica que con razón mueven los europeos cuando se dignan ocuparse de nosotros.

Debemos trabajar para el porvenir, para ser inmortales, haciendo que esa inmortalidad la vayamos fabricando nosotros mismos sin temor a las indiferencias de los hombres con quienes nuestra suerte o nuestra desgracia nos hace vivir, sin desmayar nunca en el camino emprendido hacia el ideal, sea el que sea, porque, aunque en apariencia los ideales son muchos, en realidad no forman sino un único ideal, el ideal que tiende a la magnificación humana a la cual se puede llegar, con fe y con esfuerzo, por muy diversos senderos.

Lo que pasa con esos ideales es que hay que servirlos con amor hacia ellos y con respeto hacia los que parecen ideales contrarios a los nuestros. La tolerancia es sin duda alguna el atributo del verdadero artista enamorado del ideal, los intolerantes no son artistas, son falsarios del ideal cuyo fanatismo—rojo o negro, lo del color es accesorio—implica desconfianza en la propia idealidad o en la fe con que sirven esa idealidad. El artista verdadero es tolerante porque no piensa en las batallas de hoy, porque para él, son ruido de tor-

menta que sólo asusta a las mujeres y a los niños, el aplauso o la crítica de sus contemporáneos. Su mirada está puesta en el porvenir y allá, de seguro, no habrá divisiones de intereses tan profundas como las hay en nuestros días: así como hoy al admirar a Dante nos parece imposible que en el mismo seno de una misma ciudad, Florencia, hubiera dos partidos que se odiaran a muerte, güelfos y gibelinos, así más allá de nuestra vida, a nuestros verdaderos críticos les parecerá imposible que existieran en una misma tierra partidos más grandes, los cuales, enarbolando banderas de colores vistosos, llegaran a despreciarse hasta el punto de mirar con completa indiferencia una obra que del arte presentaba todos los aspectos, cuando esa obra era hija de un cerebro que rendía pleito-homenaje a ideas que no eran las de todos.

Esa intolerancia obedece al defecto apuntado por Brenes Mesén en su segundo estudio, es la emanación directa del narcisismo: «enfermiza contemplación de sí en el elogio, en el aplauso enguantado de blanco». Como quieren adorarse y adorar las propias ideas no ven o no quieren ver a los demás, quienes, al pasar, dejan una estela de arte que no siendo egoísta es arte verdadero.

La obra de arte, engendra la obra de arte, dice más adelante el autor al tratar del poder de las cosas artísticas. Los que llevan en su mente algo que de verdad vive, al admirar un cuadro hermoso, al oír una melodía delicada o una estancia sonora, al apreciar las curvas sugestivas de un grupo escultórico, al ver la belleza de un edificio suntuoso, sienten dentro de sí una ansia de creación que no se declara satisfecha sino cuando ha producido lo que le es dado producir: una poesía, una estatua, una miniatura, una sonata o un capitel caprichoso como los que coronan las columnas de San Vidal en Ravenna.

La frase *anch'io son pittore* es de una sinceridad grandísima; ante las obras de arte de los demás quien es artista se siente saturado de entusiasmos creadores que no saben apreciar quienes llevan ya mutilada por la envidia el ansia de producir.

Así como ante una arpa que hacemos vibrar, las otras que le están cerca vibran también como obedeciendo a una simpatía sonora, así ante un cerebro que vibra dando a conocer lo que es capaz de engendrar, nuestros cerebros, cuando no están atrofiados, se sienten movidos por una fuerza irresistible que los impulsa a no ser infecundos y a dar a la humanidad lo que están obligados a producir.

El autor no es de los fracasados que desprecian la crítica; para él la crítica es creación cuando interpreta y cuando comenta. La crítica, aun cuando hace su aparición muy tarde en el desenvolvimiento del arte en una nación, es uno de los más elevados géneros, pues ella lleva hacia quienes la desconocen, las bellezas que posee una obra maestra, poniendo en buena luz esas bellezas para

que sean admiradas de la misma manera que un pintor coloca su cuadro a determinada altura, en determinadas condiciones ópticas y, a veces, eligiendo los cuadros que deben estarle cerca, todo para que de su obra irradie la completa belleza que él derramó al concebirla.

Hay hombres—y de ellos hay muchos en nuestra América bienamada—cuyas palabras no llevan el sello del pensamiento que las hizo surgir. Son papagayos que en el reducido círculo de la existencia política, literaria y social de estos países van repitiendo eternamente la eterna palabrería que les malenseñó un demagogo cualquiera, sin ideales o un literato sin lastre artístico. Esa tendencia a hablar mucho sin decir nada es la que ha corrompido nuestra vida, la que nos ha convertido de jóvenes entusiastas que éramos en mujerzuelas coquetas, las cuales no aspiran sino a ser elogiadas a cada instante y por cualquier razón. Esas personas que no saben meditar son las que, a fuerza de lisonjas, nos han hecho creer que hemos llegado a donde no se puede llegar sino con el empuje maravilloso de los pueblos verdaderamente sanos; son ellas las culpables de nuestro ensimismamiento por medio del cual hemos podido convencernos de que somos la América encantada, la tierra de las libertades, el suelo en donde radica todo bien humano; sin que nos detengamos un instante, un instante no más, a meditar en un porvenir sombrío cuyas nubes precursoras ya se alzan amenazantes en el horizonte de algunas repúblicas hermanas.

Si pensáramos, si construyéramos ese castillo interior que todos podemos poseer, muy distinto sería nuestro destino, mucho más satisfactoria sería la vida en estos países a los cuales la naturaleza no ha negado ninguno de sus dones. Y el libro de Brenes Mesén enseña a pensar, induce a considerar muchas de las cosas que para la mayoría son accesorias, atrae la atención hacia el arte, saturándonos el alma de desprecio para todo lo que es engendrado sin amor, para todo lo que nace amparado en la bufonería y en el mercantilismo.

Al leer aquellas páginas escritas en un estilo elegante, a su autor, sea quien sea, piense como piense, pertenezca a una u otra de las divisiones en que la humanidad ha querido clasificarse, hay que saludarlo como se saluda a un verdadero artista cuya obra señala el primer paso dado en Costa Rica hacia la literatura ensayista, deliciosa literatura que piensa armoniosamente en estrofas sin rima, que con tanto amor cultivaron Emerson y Carlyle y a la cual, en estos últimos años, han dado mucha importancia en nuestra América, Manuel González Prada, Francisco García Calderón, Manuel Díaz Rodríguez, Carlos Reyles y Pedro Henríquez Ureña.

LUIS FELIPE GONZALEZ

Es un infatigable trabajador. Cuando estuvo en el Ministerio de Instrucción Pública demostró su cariño por la Enseñanza y realizó algunas obras plausibles, entre otras, el establecimiento de la Escuela Normal en Heredia, su nativa ciudad. Es indudable que la enseñanza del país le debe un buen impulso al señor González.

Muy laborioso, ha publicado profusamente; sobre todo en cuestiones de pedagogía, que es el campo que cultiva. Señalamos: *Andrés Carnegie*, en colaboración con Brenes Mesén, 1908; *El Problema de la Enseñanza*, 1910; *Educación Vocacional*, 1912; *Psicología Experimental*, en los Anales del Ateneo, 1913; *Desenvolvimiento Intelectual de Costa Rica en la epoca del Coloniaje*, 1914; *El Estado Docente*, en los Anales del Ateneo, 1914; *Don Mauro Fernández*, su vida y su obra, 1915; *La Obra Cultural de don Miguel Obregón*, 1920; *Código de Instrucción Pública*, en colaboración, 1920; *Historia de la Influencia Extranjera en el Desenvolvimiento Educacional y Científico de Costa Rica*, 1921.

El señor González colabora en valiosas revistas extranjeras y ha tenido el honor de que varios de sus trabajos sean vertidos a otras lenguas. Y en los periódicos y revistas del país se halla con frecuencia su nombre, suscribiendo estudios o artículos doctrinarios sobre educación. Dignos de notarse entre ellos son los referentes a la «Psicología Diferencial de los Sexos», publicados en 1913, y la serie publicada en febrero de 1921 en «El Diario de Costa Rica» bajo el pseudónimo de Quintiliano, sobre «La Función Social de Nuestros Colegios.»

En el mismo Diario publicó el 29 de junio de 1921, con oportunidad de la celebración del centenario del cultivo del café, un extenso estudio titulado «Historia del Cultivo del Café en Costa Rica y su Influencia en el Desenvolvimiento de la Cultura Nacional.» Todo ello prueba, pues, que ha sido un trabajador empeñoso y entusiasta por el mejoramiento cultural del país.

LA OBRA CULTURAL DE DON MIGUEL OBREGON

Hay en la obra amplia y proyectiva de don Miguel Obregón algo más que la de un modesto profesor y que la de un educador más o menos diligente. Su labor es la de un verdadero civilizador, que civiliza desde su cátedra con el verbo de su palabra y con el fervor por todo lo que es grande y bueno; es la de un espíritu organizador que renueva y forma instituciones; es la del escritor que desde las columnas de la prensa docente inicia a los preceptores en los principios edificantes y en las doctrinas pedagógicas; es la de su propia personalidad moral, que lleva sano esplendor por todas partes.

Tan múltiples facetas se confunden en un solo ideal, en un mismo pensamiento, el cual consiste en promover la grandeza de su patria, valiéndose de la obra regeneradora de la escuela.

En la labor del apreciable maestro hay fuente de inspiración, hay fe, entusiasmo, sinceridad y reflexión, y más que todo, mucho saber y mucha virtud.

Nació don Miguel Obregón en la ciudad de Alajuela el 15 de Julio de 1861. Se trasladó después a San José, una vez terminados sus estudios de enseñanza primaria, para continuar en la capital los de enseñanza superior en la Universidad de Santo Tomás, donde se graduó de bachiller en 1883. Inició sus estudios de matemáticas superiores en la efímera Escuela de Ingeniería, y, por último, optó en 1907 el título de Maestro Normal por suficiencia, en el Liceo de Costa Rica. Si bien las instituciones docentes a que nos hemos referido contribuyeron a cultivar su mentalidad, la cultura del señor Obregón es obra de su autoeducación, de su trabajo propiamente personal, y del resultado de su poder de asimilación en sus lecturas, a las cuales debe la vasta ilustración que posee.

I.—SU ACTUACIÓN DOCENTE

La actuación docente del señor Obregón tiene dos aspectos importantes: el uno en lo que mira a su labor en el profesorado, y

el otro, en lo que respecta a su labor en la formación de textos didácticos.

La iniciativa, la actividad desplegada, el deseo de hacer algo, de renovar, de perfeccionarse en sus estudios y de mejorar la institución en que se desarrolla, nos hace creer en la existencia de dos clases de profesores: los profesores estáticos y los profesores dinámicos. Aquellos conformes con lo que ya son, sin ningún afán por nuevos vuelos, a quienes no halaga ninguna idea de progreso, ni acaso, para dejar huellas de su actuación; y los otros, inquietos, interesados en una renovación constante, con su pensamiento puesto en el desarrollo de nuevas iniciativas, buscando aquí y allá, como la abeja de oro, el alimento que ha de estimular su actividad. A esta última clase de profesores pertenece el señor Obregón. Desde que abraza la carrera del profesorado pone en juego toda su voluntad y deja en pos de sí una magnífica simiente y una renovación para Costa Rica.

Terminados sus estudios de enseñanza secundaria, inició su carrera en el profesorado aceptando cátedras en el Colegio de Alajuela, entonces bajo la dirección de don Antonio Espinal. Pasó después a San José y entró a formar parte del profesorado del Instituto Nacional, regentado ya por el Doctor Ferraz. Inaugurado el Instituto Universitario en 1884 toma a su cargo las clases de Geografía en ese establecimiento.

En su calidad de profesor formula los primeros programas de este ramo, programas que arregla consultando numerosas obras y combinando los métodos seguidos por los profesores Barros, Arana, Du Fief y Broklesoy, profesores respectivamente en la Universidad de Chile, en el Ateneo Real de Bruselas y en el colegio de La Trinidad de Hartfort, Connecticut.

La enseñanza primaria en San José experimentó en 1886 una importante renovación con el establecimiento de la *Escuela Nueva*, plantel en el cual el señor Obregón rompe con las tradiciones de la vieja escuela.

Por primera vez se inició nuestra enseñanza en los principios de la educación integral con la ampliación del plan de estudios que incluye la educación física y estética, los principios fundamentales de la moral y que fortalece la educación intelectual con los estudios de las matemáticas, de la lectura razonada y de los ejercicios de lenguaje. Esta escuela tiene también el mérito de haber sido la primera donde la enseñanza toma un carácter realista con la introducción de las ciencias naturales. Igual importancia se le da a los estudios de Historia y Geografía de Costa Rica, Centro América y general del mundo. En esta escuela se enseña por primera vez la escritura por el método spenceriano. En el plan general de enseñanza empieza ya a esbozarse el orden concéntrico, que quince años después se im-

planta en las escuelas oficiales como una de las mejores conquistas pedagógicas.

El señor Obregón, al desarrollar su plan educativo en la Escuela Nueva, realiza conquistas hasta entonces no puestas en práctica en Costa Rica y a las cuales se les dió vida oficial en el movimiento pedagógico que pocos meses después inicia el Licenciado don Mauro Fernández.

En 1887 se le confiere al señor Obregón la dirección y organización del Instituto de Alajuela, cargo que desempeña hasta en 1890, cuando pasó a servir la inspección de escuelas de San José. Acerca de su actuación en aquel plantel, el Licenciado don Mauro Fernández hace la siguiente referencia en su Memoria de Instrucción Pública: «Al frente del establecimiento que me ocupa (Instituto de Alajuela) se halla el señor don Miguel Obregón, persona devotísima de la difusión de la enseñanza, de sólidos conocimientos, de espíritu organizador y de ideas morales que dan garantía a los padres de familia.»

Al lado del recuerdo que el señor Obregón dejó en Alajuela de su constante dedicación a la enseñanza, de su reconocida estimación por la juventud de aquella localidad, se encuentra el de la fundación de aquel plantel, el del establecimiento de la Biblioteca Pública y el de la Escuela de Telegrafía.

La excesiva dedicación que consagró a la Inspección General de Enseñanza obligó al señor Obregón a permanecer alejado del profesorado durante diez años consecutivos. En 1900 se hace cargo de las clases de Geografía, Cosmografía e Historia, ramos que constituyen su especialidad dentro de la vasta cultura, en la Sección Normal del Colegio de Señoritas. Iguales cursos toma a su cargo a partir de 1915 en el Colegio de San Luis Gonzaga, lo mismo que en el Liceo de Costa Rica en 1899. En el Colegio de Señoritas ha dado clases de Administración Escolar.

La labor docente del señor Obregón es de un aprecio indiscutible, tanto por el completo dominio que tiene de las asignaturas de su predilección y de la metódica de ellas como por el trato afable y respetuoso a la dignidad de sus discípulos, con lo cual ha logrado conquistar su ascendiente moral e intelectual. En esas condiciones ha podido insinuarse en una labor verdaderamente didáctica y educativa.

El otro aspecto de su actuación docente lo constituye la elaboración de textos didácticos. En este sentido su labor se ha concretado a la formación de obras para la enseñanza de la Geografía del país. Su primera publicación fué el *A B C de la Geografía,* y después, sucesivamente, las *Nociones de Geografía de Costa Rica,* de las cuales se han publicado tres ediciones: la primera en París, para agregar al texto de Geografía General de Lemonnier Schrader, pnblicado por la casa de Hachette & C.º en 1889; la segunda, im-

presa en París para su expendio en el Almacén Escolar, y la tercera, en San José, en 1897. También ha publicado el mapa de la República de Costa Rica, puramente escolar, editado por la casa Monrocq, de París; *Algunas palabras sobre la enseñanza de la Geografía por Schrader* (traduccón), *Lecturas Geográficas*, 1914. Todas estas publicaciones, a excepción de la de Schrader, están agotadas, lo cual revela el interés y la simpatía con que los aficionados a esta clase de estudios han visto esas publicaciones. Los puntos de vista de estas obras están inspirados en las corrientes modernas de la enseñanza de la Geografía.

II.—SU LABOR ORGANIZADORA

Don Mauro Fernández expuso en uno de sus documentos oficiales que una de las condiciones por qué se distinguía el señor Obregón era su espíritu organizador. De ello dió muestras muy claras en la Escuela Nueva de San José y en el Instituto de Alajuela; pero este espíritu se hizo sentir más en su actuación como Inspector General de Enseñanza, como Director General de Bibliotecas Públicas y como Presidente de la Junta Calificadora del Personal Docente.

La Inspección General de Enseñanza estuvo a cargo del señor Obregón a partir de 1890. Hasta 1910 y en los últimos cuatro años la sirvió bajo la designación de Jefatura de la Seccion Técnica. Todos los servicios anexos a este Centro fueron objeto de su especial atención. Organizó, dentro de la posible perfección, la Contabilidad General de Enseñanza, la Estadística Escolar, el Almacén Escolar y las Inspecciones Escolares, cursos nocturnos para adultos, instituciones culturales complementarias, Museo y Bibliotecas Pedagógicas, Bibliotecas Públicas. Algunos de estos departamentos habían sido instituidos legalmente en 1886, pero las leyes de educación emitidas por el Licenciado Fernández quedaron impracticables en muchos de sus capítulos. Trasplantada esa legislación de una nación sudamericana, donde aquellas leyes eran producto de un ambiente más culto y de un medio mejor preparado, donde se encontraban autoridades docentes que la podían comprender mejor, no era posible que pudiese ser llevada a la práctica en todas sus partes.

Por su escasa preparación, los funcionarios de enseñanza de aquel entonces estaban incapacitados para comprender el mecanismo legal que se ponía bajo sus auspicios intelectuales. Tal cosa sucedió cuando pretendió hacer funcionar los departamentos de que hemos hecho referencia y, muy especialmente, dar cumplimiento a las disposiciones relacionadas con la compulsión y Juntas de Educación, corporaciones puestas en las diversas regiones del país en manos de analfabetas, para quienes las atribuciones de la nueva ley eran superiores en un todo a su mentalidad y preparación.

De importancia suma son las observaciones que en el sentido

indicado expone el señor Obregón en informe oficial referente a la marcha escolar de 1894. Aunque califica de sabia y de irreprochable en su conjunto e invulnerable por los principios que la informan, la ley de 1886 adolecía de defectos, incoherencias y vacíos que impedían y estorbaban su perfecta ejecución.

La obra organizadora del señor Obregón hubiera sido más provechosa si hubiera encontrado apoyo en las autoridades superiores, pero el carácter político que ha tenido el Ministerio de Instrucción Pública ha sido un valladar infranqueable para realizar las mejores reformas educacionales. Y es que la educación no puede ser jamás un resorte político ni puede tampoco pertenecer a un hombre ni a un gobierno: ella debe estar sobre todos los hombres y sobre todos los gobiernos. No han de llegar allí las pasiones políticas y las ambiciones de la llanura. El día que se respete la educación como se debe respetar la justicia, estaremos salvados; se cometerán errores, fracasarán nuestros gobiernos, pero sabremos que sobre las pequeñeces vela siempre el *espíritu de educación,* el que ilumina el camino a los niños y engrandece a nuestros hombres.

En la labor organizadora del señor Obregón se destaca más que todo su deseo de hacer del magisterio una verdadera carrera, con estímulos profesionales, que constituyan el mejor aliciente, a fin de que la educación alcance toda perfección que es de desearse.

DON VICTOR FERNANDEZ FERRAZ

El ameritado profesor español con cuyo nombre encabezamos esta breve nota biográfica murió en la Habana el 29 de abril del corriente año, después de haber dejado una huella esplendorosa de su actuación docente en su tierra natal, en Suiza, Costa Rica, Cuba y Méjico.

Nació don Víctor Fernández Ferraz en Santa Cruz de la Palma (Canarias) el 12 de abril de 1844. Terminados sus estudios de enseñanza primaria ingresó en la Universidad Central de Madrid y guiado por las sabias lecciones del insigne historiador don Fernando de Castro, posteriormente Rector de aquella Universidad, del inolvidable don A. M. García Blanco, del helenista don Lázaro Bardón, del insigne orador don Emilio Castelar, del clásico profesor en idiomas don Alfredo Adolfo Camús y del ilustre cultor don Nicolás Salmerón, el señor Ferraz adquirió sucesivamente los títulos de Bachiller en Artes (1866) de Bachiller de la Faculcad de Filosofía y Letras (1887) y de Licenciado de la misma Facultad (1883), coronando sus triunfos académicos con el diploma de Doctor de la Universidad de la Habana en la Facultad de Filosofía y Letras (1887).

Encontrábase el señor Ferraz en 1870, en la ciudad de Lausana, de la libérrima república de Suiza, desempeñando una cátedra de Literatura en aquella Universidad cuando le sorprendió el llamamiento que le hacía su hermano don Valeriano para que tomara a su cargo las cátedras de Historia y Geografía en el Colegio de San Luis Gonzaga de Cartago.

Aceptada por don Víctor la proposición que le hacía su señor hermano, resolvió venirse a Costa Rica a principios de 1871 y se dedicó con muy buen éxito a la enseñanza de los ramos referidos.

En 1876, después de haber ejercido con acierto el profesorado en este país, salió con dirección a su lugar natal donde desempeñó en un establecimiento educativo de allí, las clases de Latín. Trasladóse después a Cuba y en las ciudades de la Habana y Pinar del Río desplegó una acción docente muy eficaz. Fué autorizado por el Gobierno General de la Isla en noviembre de 1884 para dar clases en los colegios privados en las asignaturas de la Sección de Letras correspondientes a los estudios de Bachillerato. En la Universidad de la Habana fué profesor de alemán (1892), de la lengua árabe (1897) y a su vez miembro del Tribunal de Filosofía, Estética e Historia crítica de Literatura en la misma Universidad. Desempeñó la dirección del Instituto de segunda enseñanza de la Provincia de Pinar del Río en 1893 después de haber tenido a su cargo en este establecimiento las clases de Latín y Castellano. En la misma ciudad fué vocal del Tribunal de oposición a las escuelas vacantes (1884) y extendió su acción cultural en esa localidad dictando conferencias científicas y literarias.

Fué fundador de la Sociedad de Cosmografía de Santa Cruz de la Palma (1883); miembro de la Sociedad Económica de amigos de la misma ciudad (1883); socio de honor de la Sociedad de Instrucción y Recreo «La Amistad» en Pinar del Río (1890).

Durante su permanencia en Méjico, el señor Ferraz fué catedrático de varios colegios privados (1902) y redactor del periódico «La Tribuna».

Además de los puestos docentes desempeñó en la Habana los cargos administrativos de traductor general del departamento de correos y telégrafos y de director general de comunicaciones cuando le sorprendió la muerte.

La actuación del señor Ferraz en el Colegio de San Luis Gonzaga fué muy meritoria. Por primera vez en Costa Rica se despertó entusiasmo por los estudios de Historia profana, hasta entonces desconocidos, ramo que el señor Ferraz daba con mucho interés y cuyos discípulos escuchaban con gusto por las condiciones oratorias del ilustre profesor.

Cuéntase de sus clases la siguiente anécdota. «Cuando el joven profesor, brillante, fuerte, apasionado y hasta iracundo a veces, ha-

blaba de Aníbal, pintándolo según lo hacía Tito Livio, y acompañábale a través de los Alpes, en sus cuatro batallas Tésino, Trebreris, Trasimeno y Cannas, un alumno entusiasmado con las campañas de Aníbal e indignado a su vez porque no le habían prestado auxilios a tiempo, al salir de la clase gritaba: malditos cartagos que no le mandaron refuerzos para tomar a Roma».

Esto dicho en Cartago, a las puertas del Colegio y refiriéndose a los cartagineses de Oriente tenía que ocasionar extrañeza en los buenos hijos de nuestra Cartago, tierra clásica de la cultura de Costa Rica.

MIGUEL GONZALEZ SOTO

Es un poeta festivo y satírico. Pero a veces su musa suele estar propicia para cantar seriamente las cosas que le rodean. Hombre modesto en extremo, es más conocido por su pseudónimo «Gumiel» que por su propio nombre.

Vive en Alajuela, donde nació el 29 de setiembre de 1881. Después de haber estudiado en el Liceo de Costa Rica fué a Nicaragua y a su regreso de esa República se dedicó al Magisterio con todo empeño. Tuvo que abandonar esa carrera y fué después empleado judicial. Comenzó a escribir a los 21 años y todas sus producciones constan en distintos periódicos del país, especialmente en «El Correo del Poás», «La Información» y en «La Opinión», editado en Alajuela este último.

LOS DOS TITANES

Contemplando la Barra del Colorado, Provincia de Limon.

Desde la arenosa punta
que los tiempos han formado
se contempla al Colorado
cuando al Caribe se junta.

De allí se admira el torneo
grandioso de los titanes
que aplauden los huracanes
con ruidoso clamoreo.

De mercurio una serpiente
finge el majestuoso río,
que se avalanza bravío
contra el coloso insolente.

Las olas de enorme talla
con sus coronas de bruma
se deshacen en espuma
al expirar en la playa.

Y mil iris caprichosos
se forman de cada tumbo,
y se sucede el retumbo
al choque de los colosos.

Y en el dombo de cada ola
que surca la mar salada,
se adivina una cascada
ceñida por una aureola.

El rayo en el firmamento
finge su rúbrica extraña
que reproduce la entraña
del cristalino elemento.

La tarde de oro y topacio
Se incendia al morir el sol,
y el carmín del arrebol
se extingue por el espacio.

Huyendo a la tempestad
en la nave de sus plumas,
las garzas rompen las brumas
y surcan la inmensidad.

La noche extiende su manta
de lobreguez y mutismo
sobre la faz del abismo
mientras la sirena canta.

Pasan las edades, pasan
y en su lucha, imperturbables,
los dos monstruos formidables
se confunden y rechazan.

Y mientras dura el torneo
en que no vence ninguno,
está cavando Neptuno
el sepulcro de Briareo!

EL CENTENARIO

Hoy cumple nuestra Nación
veinte lustros de existencia
¡Cien años de independencia!
¡Un siglo de redención!
Y el Nacional Pabellón,
con sus vistosos colores,
parece un ramo de flores
en la frente de un león.

Para la Patria Indo-Hispana,
mil ochocientos veintiuno
memorable, cual ninguno,
representa la mañana;
porque aquel año engalana
las páginas de su historia,
y en él se cubrió de gloria
la tierruca americana.

Quince de Setiembre hermoso,
primer día de libertad
del primer año de edad
de este suelo venturoso.
Fecha de nombre glorioso
que coronó los anhelos
de nuestros caros abuelos
con el triunfo más ruidoso.

Cien años hace que un día
en esta preciosa fecha
al conjuro de fiat! fué hecha
la Madre Soberanía!
Un siglo hace... quién creería!
que con sublime demencia,
«El Acta de Independencia»
el sabio Valle leía.

Conservemos la heredad
que costó a nuestros mayores
tanto afán, tantos dolores,
por darnos la libertad.
Que la excelsa majestad
de la raza, independiente,
se confunda eternamente
en una sola entidad.

Viva la Patria Indo-Ibera
que al gran ideal se encamina
de la Unión Indo-latina,
bajo una misma bandera.
Que surja radiante esa era
en una fecha temprana;
y en vez de América Hispana
se llame América Entera!

CARMEN LIRA

Todo lo que ella ha escrito está infiltrado de su espíritu, tiene su sello personal tan definido. Si es una ligera obra para que representen sus alumnas, como *Había una vez...*, no puede prescindir de dejar allí, con cualquier pretexto, su poco de filosofía y su frase feliz. *La Niña Sol* es una obrita teatral que conserva inédita la gentil escritora y pasa por ella esa misma real melancolía que tiene lo suyo.

Como novelista ha demostrado su valimiento con el libro *En una silla de ruedas*, editado por Tormo en 1918. De estilo fácil, sin afán buscado de hacer literatura y, por lo mismo, obra de artista, tiene el singular valor de ser una obra real, copiada del natural, vista en el mismo escenario «donde vamos todos, más o menos atados a una silla de ruedas»...

Las fantasías de Juan Silvestre es otra obrita suya, editada por Falcó y Borrasé, en 1917. En 1920 editó García Monge *Los Cuentos de mi Tía Panchita* que se han publicado ya, por segunda vez, en 1922. En esta obra recogió la escritora algunas tradiciones populares de Costa Rica y así ha colaborado en nuestro escaso folklorismo.

Su verdadero nombre es María Isabel Carvajal; Carmen Lira es el seudónimo con que se asoma al mundo de las letras, como lo es Gabriela Mistral para Lucila Godoy.

Y como la Mistral, también dedica su vida a la enseñanza.

UN ENSUEÑO DEL RABI

Jesús, pues, seis días antes de la Pascua vino a Betania, donde estaba Lázaro el que había muerto, al cual Jesús había resucitado de entre los muertos.

E hiciéronle allí una cena y Marta servía.

Entonces María tomó una libra de ungüento de nardo puro de mucho precio y ungió los pies de Jesús y limpió sus pies con sus cabellos.

San Juan, Cap. XII, vers. 1-2-3.

Era en Betania. La tarde dulce y lánguida tocaba el paisaje de melancolía. Las copas oscuras de los cedros y de los cipreses tenían todavía un beso de sol.

El blanco pórtico de la casa de Lázaro sonreía entre los mirtos. Por la puerta abierta penetraba la brisa que venía de jugar entre los pomares florecidos.

Allí en la sala espaciosa de paredes azuladas y techo de cedro, estaban sentados a la mesa Jesús y sus discípulos. También estaba Lázaro el de los ojos profundos que vieron a través de la puerta misteriosa y sorprendieron el secreto de la muerte.

El Rabí estaba pensativo. Sus ojos oscuros miraban soñadores el paisaje que enmareaba la ventana abierta. Por el camino que se perdía como una franja de colores claros entre las huertas y los olivares, se retiraba un rebaño de cabras negras. El pastor iba vestido de pieles y el viento jugaba con su larga cabellera. En el fondo claro del poniente y como pintada en un cristal cóncavo se veían volar unas cigüeñas con rumbo a Jerusalén. Bajo el pórtico de una casita que se alzaba sobre una coliniila cercana, engalanado con hiedra, una joven vestida con blanca túnica, acariciaba a un corderillo.

Rodeaban la casa plantíos de rosales. Entre el jardín se arrullaban las palomas; se las veía blanquear entre la hierba como azucenas caídas.

En la quietud de la tarde se escuchaba quejarse la muela del molino doméstico al que algún criado hacía girar.

La figura dulcemente varonil del Rabí se destacaba del grupo como un lirio rojo en un campo triste. Su largo albornoz de lana gruesa descendía hasta sus pies calzados con zandalias. La frente pálida que el sol había quemado durante las largas caminatas, estaba sombreada por las dos bandas de sus cabellos oscuros, que un postrer rayo hacía brillar como si tuviesen oro. Acariciaba inconsciente, con la mano fina y larga, su barba rizada.

—Háblanos más, Rabí, cantó una voz dulce. Fué como si una flecha de oro hubiera rasgado aquel silencio henchido de meditaciones que, como un velo de seda, flotaba en la sala espaciosa.

—Háblanos más, dinos frases tan consoladoras como aquellas con las que a las tristes hablastes en una ocasión: «las aves del cielo no siegan ni allegan en alfolíes, y nuestro padre celestial las alimenta.» —«Los lirios del campo no trabajan ni hilan y ni aún Salomón con toda su gloria, fué vestido como uno de ellos.» —Sigue, Rabí, y yo cerraré los ojos y soñaré que el viento que murmura misterioso entre las palmeras y los cedros, nos habla con su voz grave y armoniosa como la tuya. —Quisiera oirte siempre, Rabí!—Ah! si supieras! —Tus enseñanzas han florecido en mi alma...!

Fué María, la hermosa pecadora, quien así dijo.

Descansaba en un asiento bajo. Tenía su soberbia cabeza levantada hacia el maestro y en sus ojos tranquilos, hermosos, había un destello de adoración.

Jesús la miró. La energía que brillaba en sus pupilas se endulzó con el contacto de una caricia.

La voz serena; de modulaciones extrañas, que hacía correr por las almas corrientes exquisitas, pobló la gran sala y fluyeron de los labios del maestro las frases como bálsamos amables. Habló del reino de su padre donde todos son iguales, donde todos son felices, donde todos se aman.

Marta la diligente, trajinaba afanosa, y no se quejaba al maestro de la indolencia de su hermana como lo hizo en un día ya ido, porque sabía que él la excusaría; como lo hiciera entonces.

Jesús dejó de hablar. Quedó meciéndose en la espaciosa sala el eco de su voz como humo aromoso de incienso quemado en un pebetero de oro.

Los que allí estaban tuvieron la ilusión de que sobre la brisa se iban flotando sus palabras como rosas de luz.

¡Oh, Rabí! murmuró María—eres bello, eres dulce, eres grande! Mi alma te reconoce por el hijo de Dios.—Para mí eres un Dios!

Se prosternó a sus plantas. De entre sus vestidos sacó un frasco de ungüento de nardo, ungió los pies de Jesús y luego los enjugó con la banda de seda de sus cabellos blondos. El perfume enervante del nardo se extendió en oleadas por toda la habitación.

Jesús no se movió.—Sus ojos profundos la contemplaban ansiosos, llenos de amor.

¡Oh mujer! susurró acariciador. Su mirada besó la frente admirable que yacía a sus plantas como un altar caído, de mármol.

En la sala, de paredes azuladas, había ahora un silencio extraño, lleno de ansia, de curiosidad.

Todos lo miraban sorprendidos; sólo Juan el impoluto, el hermoso y amado discípulo, sonreía dulcemente.

Seca, dura como un martillazo, la voz de Judas el hijo de Simón, deshizo el encanto:

—¿Por qué no se ha vendido este ungüento por trescientos denarios y se dió a los pobres?

El Rabí miró a su derredor, como si despertara de un sueño. Pasó su mano por la frente pensativa y se estremeció. Venía del país encantado, del país del amor. Todas las cabezas que se levantaban en torno suyo, le recordaban su misión dura, penosa, a la que estaba prohibido el ensueño erótico, que robaría energías que los tristes necesitaban.

Habló con acento lleno de dolor:—«¿Por qué dais pena a esta mujer porque ha hecho esta buena obra para conmigo?

De cierto os digo que donde quiera que este evangelio fuere predicado, también será dicho para memoria de ella».

Sus ojos melancólicos, llenos de amor, contemplaban la gloria de oro que acariciaba sus pies de caminante.

Posó su mano en la cabeza de María.—Levántate, mujer! Tu recuerdo perdurará a través de los tiempos e irá unido al mío como el perfume del lirio a la flor.

El silencio reinó otra vez en la sala de aquella casa de Betania que se levanta sobre los tiempos bíblicos como el más encantador de los monumentos de amor.

El paisaje que enmarcaba la gran ventana abierta se deshacía en la sombra. Ya no se distinguía ni el camino con el rebaño de cabras negras, ni la casita con su pórtico de hiedra, bajo el cual jugueteaba con el corderillo la jovencita de alba vestidura.

Blanqueaba entre los mirtos y las palmas la sepultura doméstica y Lázaro la contemplaba con mirada llena de misterio.

Afuera se arrullaban las palomas, y una fuente se alejaba con el glu-glu quejumbroso que cantaba su agua.

El Rabí miraba caer las sombras sobre el campo. Había en su rostro una dulzura infinita como si su alma gustase de algo exquisito, inmensamente bello y delicado.

UNA ELEGIA HUMILDE

Es un pequeño cementerio casi alegre. Su vista no ensombrece nuestra frente con ideas tristes, sino que se piensa dulcemente en la muerte.

Allí descansan todos los campesinos que han muerto en el valle: los viejos, los jóvenes y los niños. Dan deseos de morir en aquel valle, para transformarse como los sencillos aldeanos en ma-

nojos de hierba fresca y verde, en margaritas de centro de oro y en escaramujos de flores humildes.

El pequeño cementerio queda al pie de la montaña llena de rumores y a la orilla del río cantador.

***

En la estación de las lluvias el río se sale de madre y pasa murmurando sobre algunos de los sencillos túmulos. En su seno lleva entonces parte de la tierra en que se deshacen los cuerpos de aquellos campesinos, muchos de los cuales no traspusieron nunca la cumbre de sus montañas; pero el polvo que los formó irá al océano inmenso... muy lejos del quieto pueblecillo que los vió nacer y dormirse para nunca despertar.

Extraño destino! La muerte, que siempre despierta idea de descanso, será para algunos de aquellos aldeanos tranquilos, inquieta y agitada como no fué nunca su vida!

***

De entre la hierba siempre verde emergen las cruces de madera pintada, pero no parecen símbolos lúgubres; tienen más bien un aire gracioso, adornadas con el escaramujo florecido casi todo el año y que sube por ellas abrazándolas cariñosamente.

¿Por qué se piensa al ver el pequeño cementerio que allí sólo hay niños enterrados? Sí, porque fueron como de niño los corazones de los candorosos campesinos que llevaron allí ajenos pies.

***

Siempre esos muertos están arrullados por el canto cristalino del río y por la voz profunda que el viento trae de la montaña.

Debe ser como estar dormido en el regazo de una madre joven que canta velando nuestro sueño.

***

Por las mañanas amanece la hierba del valle blanqueando de escarcha, y es la escarcha que brilla en la hierba del cementerio la que primero se deshace al beso del sol, y de allí suben también los primeros blancos copos de vapor de todo el valle hacia el azul intenso de los cielos.

Y cuando la tarde se apaga lentamente hay una melancolía infinita en aquel rincón en donde los rosales silvestres florecen abrazados a las cruces. Las copas de los lentiscos que protegen la em-

palizada se vuelven luminosas... y cada una de sus hojitas es una lengua que canta una melodía triste. En la música del río y en la voz grave que baja de la montaña y que parece viniera de un órgano, hay un tono más quejumbroso y tierno.

Nunca como entonces me ha parecido más deliciosa la sensación de ver encenderse las estrellas bajo el azul verdoso del cielo: ahora una aquí, luego otra más allá... ¿Qué mano femenina, blanca con blancura de luna, de largos y finos dedos, es la que va encendiendo esos dulces y pensativos luceros?

Los vencejos pasan volando y con la punta de sus alas rozan la tierra que cubre a los muertos y luego se remontan gorjeadores. A la música del río y de la montaña se une la melodía de los lentiscos, el gorjeo de los vencejos y la voz serena de la campana, que llama al hombre a meditar.

***

Frente al pequeño cementerio, separada de él tan sólo por el camino polvoriento, queda la blanca y risueña casa de Sebastián, el viejo campesino. El jardín que se abre a su entrada siempre está de fiesta, ya con sus pervincas de colores, con sus margaritas de nieve y oro y con sus *miramelindos* de seda. Sobre la *cerca* de piedra hay también un escaramujo que la adorna con sus hojas y sus flores. Seguramente la callada vecindad de la cual la separa no más el camino, lo regaló ha tiempo el *hijito* de rosal silvestre que ya tantas veces ha deshojado sus cosechas sobre la *cerca* de piedra.

***

Desde el corredor se ve la tumba bajo la cual se fué a dormir Jacinta, la esposa de Sebastián. Queda al abrigo de las avenidas del río.

Cuando murió era todavía muy joven. Quedaron cinco hijos pequeños, el menor de los cuales está ya para casarse.

Dulce sueño el de Jacinta! Frente a su casita queda su tumba y desde ella seguramente oyó crecer a sus hijos. ¿Y acaso no los vió crecer también? ¿No fueron sus amorosas pupilas color violeta las que asomaron bien pronto a flor de tierra, en los pétalos de las lindas florecillas que salieron del sitio en que reposa su cabeza? No se cansa la plantita de renovarse y de cubrirse de pétalos de color violado.

Sobre su túmulo iban a jugar en las tardes sus hijos.

¡Con qué confianza apoyaba en la cruz blanca, Pascualillo, el más chico, su cabeza infantil, que parecía en lo rubia y alborotada un panal de dorada miel! Lo hacía como si lo hubiera hecho en el hombro de su madre.

Maximina se revolcaba sobre el césped mullido que cubría la

tumba; la niña levantaba al aire sus piernecillas regordetas o escondía su carita risueña entre el césped, lo mismo que si jugara en el regazo materno.

Las carcajadas de todos, llenaban de alegría el pequeño cementerio: los buenos muertos debían sonreír benignamente al oírlos.

Los mayores cortaban las rosas que adornaban la cruz. Y este rosal bebía el carmín de sus pétalos en el corazón de la madre, bajo el sitio en que Sebastián había cruzado sus manos, aquellas manos que tantas veces se posaron llenas de amor sobre las cabezas de sus pequeños: que aun muerta, seguía siendo su corazón fuente de ternura que teñía de rosa las flores que habían de recrear los ojos de sus hijos. Hacían los chiquillos ramilletes con ellas y las colocaban en un vaso ante el altarcito que para la virgen tenían en casa y frente al cual se arrodillaban cada noche a rezar el rosario. Y entonces parecía que la ternura de la muerta campesina sonreía en los pétalos frescos, al mirar el amor que, cual una gota de miel en una flor, temblaba en las rojas bocas de sus hijos, al pedir a la virgen «por el alma de mamita».

Quién sabe que pájaro dejó caer sobre la tumba una semilla de esa gramínea que nosotros llamamos *lágrimas de San Pedro*. Y allí germinó y sus raíces, hundiéndose, fueron a buscar su sabia entre las manos de Jacinta. Con las brillantes semillitas grises los niños se fabricaron lindas gargantillas, que acariciaron sus cuellos graciosos y de las que ellos se sentían ufanos.

Hermoso sueño el de Jacinta! No era, pues, un dulce cuento aquel que habla de una madre muerta que bajaba del cielo a dejar juguetes a sus hijos. ¿No fueron sus manos cariñosas las que fabricaron las lindas gargantillas que adornaban los cuellos de sus niños? ¡Amable sueño el de Jacinta! Si hubiera vivido no habría estado más íntimamente unida a sus hijos, que lo estaba muerta!

***

Desde la puerta de su casa el viejo campesino seguía con tristes ojos los juegos de los chiquillos. Su corazón decía: «Sólo a tus hijos puedes aún ofrecer alegrías, Jacinta, que a mí tu muerte me dejó eternamente lleno de dolor!..»

***

Hasta la hermosa vaca sarda iba a meter su cabeza noblota a través de la empalizada y ramoneaba la perfumada hierba que cubría a la campesina que tantas veces acarició su lomo y apretó su ubre repleta entre los blancos dedos.

Cuando los niños bebían en sus guacalitos la leche espumosa y amarillenta no sabían que comulgaban con el cuerpo de su madre!

¡Dulce sueño el de Jacinta, que aun muerta sabía extraer leche de su seno para ofrecerla a sus hijos!

***

Pero ahora no son los hijos los que juegan sobre el humilde túmulo de la campesina que se fuera del mundo una mañana para dar vida al último de ellos, al rubio Pascualillo. Son sus nietos, blancos y rosadotes como lo fueron aquellos.

Se ha renovado muchas veces el escaramujo que brotara del corazón de Jacinta, bajo sus manos cruzadas; y no se cansa de ofrecer flores aun teñidas de rosa por la fuente inagotable de ternura que emana de lo que fué su corazón. Y ahora son sus nietos los que hacen con ellas ramilletes, se revuelcan sobre el césped mullido, de la misma manera que lo harían en el regazo de una abuelita de cabellos blancos, y llenan el recinto de la muerte con sus carcajadas que vuelan sobre las tumbas como bandadas de pájaros gorjeadores.

Cuando las lluvias comienzan, brotan todavía sobre el sitio en que estuvo la cabeza de Jacinta las florecillas color violeta, del mismo color que tenían las pupilas amorosas de la campesina. Dijérase que en el fondo de ellas tiembla una mirada llena de ternura.

Y ahora es viejo Sebastián. Sentado en la piedra que hay a la entrada de su casa, mira jugar sobre la tumba de su esposa la caterva de rubios nietecillos.

Su mirada triste y cansada es el lenguaje de su corazón, que tanto amó a Jacinta, la belleza campesina de ojos color violeta: «Ya he vivido muchos años sin ti, Jacinta, ya mis hijos no me necesitan... ¿cuándo iré a descansar a tu lado?

HECTOR NARANJO

Como Adolfo Esquivel de la Guardia, hace muchos años vive en la República Argentina, y como él, es un magnífico ejemplo de esfuerzo y de orientación.

Nació en la provincia de Alajuela en 1889 y a los diecisiete años alistó su morral y tomó rumbo al Norte. En los Estados Unidos educó su voluntad. Volvió luego al país y arrumbó de nuevo, pero hacia el Sur. Entonces es cuando va a Panamá, vive un tiempo en Río Janeiro y en Montevideo y se estaciona por fin en La Plata, donde pudo trabajar en la Universidad como profesor de Inglés y Matemáticas. De entonces a hoy, ha llenado útilmente su vida, escribiendo artículos y poesías y adquiriendo una cultura amplia con el estudio.

Toda su labor está dispersa y en ella hay notas muy interesantes, como la polémica sobre asuntos religiosos que él tituló *Al Rojo*, y *Las Fantasías Ultraterrenas*, de crítica religiosa también.

LO QUE DICE TU VIOLIN

Como pájaros que ensayan dulces trinos matinales,
cuando riega el sol distante su oro y grana en el confín;
se despiertan los suavísimos acordes musicales,
cuando trémulo, acaricias, con el arco, tu violín.

Si de Strauss un valse tocas, siente el alma un vago anhelo,
de elevarse y alejarse por un bello país ideal:
cada nota, es una inquieta mariposa, que en su vuelo
despertando va las flores de un jardín primaveral.

Si de Listz una rapsodia, con el arco, luego arrancas;
se aparecen los contornos de un paisaje pastoril...
Sobre el llano, van cruzando las ovejas todas blancas
y se apaga allá en los cielos, el crepúsculo de Abril.

Mas, si es Wagner quien te inspira, nos sugieres las visiones
de castillos señoriales, a las márgenes del Rhin
y de errantes trovadores que le cantan sus canciones
a la pálida doncella, que está sola en un jardín.

Cuando tiemblan en las cuerdas, bajo tu arco, las cadencias
de La Tosca o Rigoletto; de Pagliacci o Trovador,
se despiertan, asombradas, nuestras mil reminiscencias
de los sueños olvidados y de algún primer amor.

Y si es Schubert el que cuenta lo profundo de sus males,
sus amargos desengaños, sus tristezas y su esplín,
se adormecen los suavísimos acordes musicales
y solloza y se estremece, bajo el arco, tu violín.

EL HIJO DE CARLOS

Al descender del automóvil, encontró a su amigo Roberto, que lo esperaba a la puerta del hotel y le refirió,—después de saludarlo,—que sus asuntos comerciales habían quedado satisfactoriamente arreglados en Burdeos y que por lo tanto, antes de una semana saldría de París con rumbo a Buenos Aires.

—A propósito, han llegado algunas cartas para ti, dijo Roberto.

—Vamos por ellas, contestó Carlos alegremente, y del brazo de su amigo, entró al hotel, dirigiéndose al despacho del administrador. Tomó las cartas y los diarios que le entregara el empleado y,—sin dejar de escuchar a Roberto,—fué examinando la letra de los sobres.

—De mi esposa!—exclamó visiblemente emocionado, vamos arriba... ya me tenía intranquilo su silencio.

Una vez en su cuarto y mientras Roberto hojeaba «La Nación», rompió nerviosamente el sobre y poco después, sin llegar al final de la carta, lanzó una exclamación de alegría y—riendo como un niño—se acercó a Roberto, echándole los brazos al cuello. Soy padre!—dijo—y con acento que expresaba toda la cantidad de gozo que es dable sentir a un sér humano, agregó: se llamará Carlos... como yo! Besó la carta y guardándola cuidadosamente en su cartera, empezó a pasearse por el cuarto y sin preocuparse de que su amigo lo escuchara o no, decía:

—Mi hijo... Mi primer hijo! Tiene que ser rubio porque ella es rubia y será alto, porque yo lo soy. Ya verás cuando tenga veinte años! En la carta dice mi señora que el niño parece muy sano y muy robusto. Te aseguro que más de una muchacha va a perder el seso por él. Hum! no lo dejaré casar con cualquiera... Ser padre! Qué felicidad...!; pero ven, animal, abrázame! Esta tarde iremos a comprarle juguetes: no sé todavía qué cosas llevarle.

—Estás loco? Quieres que juegue un bebé que aun no tiene conciencia de sí mismo?

—Sí, estoy loco. La felicidad es una locura. Ustedes, los normales, los que no se casan, los que no tienen hijos... son todos unos infelices. Ella que tiene y ha tenido todo mi cariño, me lo devuelve en ese algo que es tangible, viviente, dulce, hermoso y adorable: que es parte de sí misma, que soy yo mismo... en una forma nueva, mejor y pura... Mi hijo! condensación de todos mis afectos, realización de mis caras esperanzas! Vamos pronto, llama a ese imbécil de camarero y dile que suba champaña...; toma, aquí tienes diez francos, dale de propina.

***

Con la mirada fija en el límite aparente del océano, había estado gran parte de la mañana, reclinado en la barandilla de proa, dejando vagar sus pensamientos tras el panorama de sus recuerdos y la perspectiva de sus ensueños.

La contemplación del mar,—como la de todo lo que es grande—magnifica la capacidad perceptiva del espíritu y lo induce al recogimiento y a la meditación, haciéndole entrever la cantidad de infinito que existe en nuestro sér.

Cansado de remontar su pensamiento por regiones imprecisas, hizo desfilar por su mente, la sucesión de acontecimientos recientes... Burdeos; la renovación del contrato; París; la librea del portero del hotel; su amigo Roberto; la carta de su esposa; la representación de Parsifal en la Opera; la salida del tren en la estación del Norte; la despedida de su amigo Roberto; la llegada a bordo; el compañero de camarote; el uniforme del capitán y por último, como quien de improviso regresa de un extraño y rápido viaje, o como quien sale de un sueño, se sorprendió de hallarse solo, reclinado en la barandilla de proa y con la mirada fija sobre el borroso límite del mar.

En esos momentos, un niño de pocos años que jugaba sobre cubierta y corría en dirección de Carlos, tropezó y vino a caer cerca de él. Levantando con toda solicitud al pequeñuelo, le preguntó si no se había hecho mal y acariciando suavemente su mejilla, lo envió a jugar, recomendándole que no corriese. Y al seguirlo con la vista recordaba Carlos que ya su hijo tenía cerca de dos meses. La carta

de su esposa había sido escrita cuando ya el nene contaba once días de edad. Sus padres le habían escrito el mismo día del nacimiento; pero por el viaje a Burdeos, había recibido todas las cartas juntas. Si a estos once días se agregaban los de la travesía y de la llegada del correo a París, sumaban veintiseis días; trece más de permanencia en Francia y diez que llevaban de navegación, completaban siete semanas, ¡casi dos meses! Una semana más y llegaría a Buenos Aires, a encontrarse con un hijo de dos meses, ¡todo un señor!

Había que pensar en el porvenir de Carlitos,—ya era cosa decidida hacía tiempo, lo del nombre.

Médico?... Sí, lo haría estudiar medicina, puesto que,—naturalmente—el chico tenía que ser inteligente, y qué renombre iba a alcanzar en esa ciencia!... No; mejor hacerlo abogado... Doctor en leyes... todos los caminos abiertos, fortuna, actuación política y... quién sabe? tal vez algún día pudiera decir a sus amigos: «Mi hijo, el Ministro...»

Un oficial que daba órdenes a un marinero, distrajo la atención de Carlos. Será marino..... murmuró a media voz; pero al pensar un momento después, en las largas separaciones que tendría que sufrir, se dijo: lo haré militar.

Ya había recorrido el niño todos los grados de la milicia, salvado la patria y ganado grandes batallas, cuando notó Carlos que—sin haber llegado éste a los dos meses de edad—había alcanzado triunfos en cuatro diferentes profesiones y—por lo tanto—creyó conveniente distraerse, dejando descansar su imaginación. Con este objeto, tomó un diario bonaerense que traía en el bolsillo y maquinalmente se puso a leer...

Cuando la imaginación está fuertemente encaminada en un sentido cualquiera, aunque le opongamos la voluntad para que interrumpa su curso, no lograremos nuestro deseo sino a medias, y no siempre, puesto que la voluntad, aliada a la imaginación, es fuerza dirigente y separada de ella es fuerza dirigida.

Esta observación fué hecha por Carlos al ver que estaba leyendo,—inconscientemente—la sección de avisos del diario. Riendo de su distracción, pasó la vista por la columna de anuncios y,—como obligado por una fuerza superior—la detuvo en uno que terminaba así:... «Aplicación de los modernos procedimientos alemanes. Exito completo. Curación radical en seis meses.»

Una palidez enfermiza cubrió el rostro del joven y—estrujando coléricamente el diario—lo arrojó lejos de sí. La brisa marina arrastró el papel dejándolo bajo una silla de viaje. Presa de grande indignación se encaminó Carlos a recogerlo y, acercándose a la barandilla, lo arrojó al mar.

Pensativo, inmóvil, sombrío, quedó largo tiempo sobre cubierta mirando con disgusto hacia el sitio en que las olas se habían apoderado del papel...

Como un criminal a quien se obligara a escuchar la descripción de escenas odiosas en que hubiese sido protagonista, se debatía contra sí mismo, tratando en vano de alejar sus recuerdos. Y en una como cinematografía interior, fueron sucediéndose en su mente los diversos cuadros de su juventud....; sus locuras de muchacho; aquel primer amorcillo; la modistita olvidada; las alegres veladas en compañía de sus amigos; los regresos al hogar en las madrugadas frías, aturdido por las emociones y el champaña... y después, aquella enfermedad que lo tuvo tan mal... tan mal... y la ansiedad del padre y la congoja de la madre, que se alarmaban porque él — su Carlos — estaba tan triste y porque se negaba a tomar alimento. Y, a pesar suyo, recordaba las graves palabras del célebre médico parisiense, quien, después de una consulta, le había dicho: «No se fíe de halagüeñas apariencias. Su enfermedad es una emboscada constante, que espera el momento propicio para anonadar el organismo. Es como un vengador implacable, que no satisfecho con atormentar a su víctima, *persigue traidoramente a sus descendientes*. La naturaleza tiene sus extrañas *vendettas*.» Pero, después de todo, no le habían asegurado que ya él estaba curado? Y así debía ser. Claro, ya estaba bien. Es cierto que de vez en cuando sentía una ligera molestia, pero eso era una cosa pasajera. El médico le había dicho que estaba curado. Era casi seguro que lo estaba. Se sentía perfectamente. En París tuvo un día de malestar, pero eso era nada, los nervios seguramente. Estaba bien. El lo sabía. Si no lo hubiera sabido, no se habría casado con esa muchacha tan linda, tan buena, tan cariñosa. Qué buena era su mujercita! Y qué felices iban a ser ahora con el nene!... Un nene rubio, rosado, con ojitos azules, siempre risueño y siempre adorable. Había que olvidar esos pensamientos negros... Maldito diario! Había que pensar en ser felices y borrar para siempre los recuerdos de aquellas cosas del pasado... de aquellas locuras de juventud!

***

Tan pronto como bajó el último peldaño de la escalera que unía la cubierta del vapor con el piso del desembarcadero, se encontró rodeado de amigos que habían acudido a saludarlo.

— Oye, te llama aquel camarero, dijo uno de ellos, indicándolo con el gesto.

— Qué quieres?

— El señor ha dejado un bastón en el camarote.

— Está bien, quédate con él, es nuevo y fino. Agrégalo a tu propina. Y volviéndose hacia sus amigos: tienen auto aquí cerca?

— Listo, dijo un chauffer, mostrando con el gesto su taxímetro.

Una vez acomodado el equipaje, subió Carlos al auto con dos de los amigos y dió en alta voz la dirección.

Había empezado a caer una lluvia menuda. Las calles tenían un aspecto triste. El cielo estaba gris y sin ser aún las cuatro de la tarde, parecía que estuviese anocheciendo.

Al notar sus compañeros lo distraído que estaba y comprendiendo su impaciencia por llegar, guardaron silencio, hasta que se detuvieron frente a la casa.

—Hasta mañana, muchachos!; vengan por acá, pues tenemos charla para rato, dijo Carlos al salir del automóvil.

Pocos segundos después dejaba su sombrero y su sobretodo encima de la mesa y abría los brazos para estrechar en ellos a sus padres, que se adelantaban a recibirlo.

Pasadas las primeras y siempre intensas emociones de los encuentros largamente esperados, preguntó Carlos:—Y ella, dónde está?

—Aquí, hijo,—respondió la madre con solicitud: se sentía un poco débil y el médico no la ha dejado levantarse hoy.

Espera, hijo, que la vas a asustar, presentándote tan de improviso. Voy a avisarle.

Momentos después entraba al dormitorio de su esposa y fué tal la emoción de ambos, que se besaron repetidamente, sin darse tiempo y sin intentar decir una palabra... hablándose con los ojos.

Carlos deseaba hacer mil preguntas, pero de aquel tumulto de palabras que bullía en su cabeza, sólo pudo articular—trémulamente—estas dos: —Es rubio?

Algo así como la sombra de un presentimiento vago, oscureció la frente de Carlos. Púsose en pie y, con un ligero temblor en la voz, preguntó: dónde está?...

Lentamente, con gesto en el que había algo de indefinible, de suplicante, de angustioso, extendió la enferma su brazo, indicando una cunita protegida por una cortina de seda. Ahí, dijo. Se adivinaba en el tono con que profirió esa sola palabra, toda la duda que cabe en el corazón de una mujer, temerosa de que el padre de su propio hijo, no encuentre a este hermoso y bello.

Cuando las madres observan los rostros de sus pequeños hijos, encuentran en ellos los contornos de no sé qué vagos ensueños realizados. Y el ensueño es bello por ser ensueño... El candor de una madre idealizando a su hijo, es más que respetable, es sagrado, por ser la manifestación más dulce y elocuente de lo puro que puede haber dentro de lo humano.

Con un movimiento brusco separó Carlos la cortina e inclinándose vivamente sobre el niño dormido, quedó un instante contemplándolo en silencio... Irguióse luego, mudo, trágicamente pálido y con los ojos como clavados en el rostro de su hijo. La luz había despertado al pequeñuelo, que empezó a llorar con una voz débil, entrecortada, gangosa...

Entró la nodriza y lo calmó, arrullándole suavemente. Pronto volvió a quedarse dormido. De pié, junto a la cuna, Carlos lo contemplaba fijo, perplejo, dolorosamente. Y lo estudiaba...

Aquella cosa, era deforme: un cuerpecillo mezquino, sosteniendo una cabeza desproporcionadamente grande; unos bracitos que inspiraban compasión, hinchados en las articulaciones... flojos y casi inertes—lo mismo que las piernas—, se extendían dolorosamente bajo las sábanas. Un rostro feo, no por la fealdad común a los niños recién nacidos, sino porque aquella cara tenía rastros grotescos, como si la hubiese bosquejado oscuramente, algún espíritu del mal. Aquella cara era irregular, llena de manchas rojizas, repulsiva y miserable. La nariz, demasiado corta, resultaba irónica. La boca era espantosa. Se hubiera podido imaginar que el odio, en forma de monstruo, había estampado un beso tenebroso en aquellos labios... convirtiéndolos en llaga! Los ojos estaban llenos de lágrimas. Aquel conjunto era horrible, casi odioso...

Volviendo la cabeza hacia su esposa, observó Carlos que ésta lloraba! Las grandes desesperaciones no pueden definirse con la palabra ni traslucirse en la actitud, ni manifestarse por medio del gesto. La consecuencia inmediata de los dolores supremos es el anonadamiento. Sin saber por qué, sin quererlo tal vez, se retiró, o mejor dicho, se deslizó Carlos en silencio y con la cabeza inclinada sobre el pecho en dirección a su despacho, pequeña habitación que comunicaba con el dormitorio de su esposa, por medio de un corto pasillo.

Dejándose caer sobre un sillón, quiso meditar, pero no pudo. Sus ideas se confundían en el cerebro, como espantadas ante una catástrofe interior.

En un momento de lucidez se apercibió de que afuera, en la calle, llovía mucho. Pensó que la lluvia podía perjudicar las cosechas y sintió una violenta indignación por haber pensado en eso. Sacó un cigarrillo, lo encendió, empezó a fumar y, al momento, lo lanzó rabiosamente contra la pared. Extendiendo el brazo, dió vuelta a la llave de la luz eléctrica. La claridad hirió su vista, pero logró soportar la molestia a los pocos instantes. Recordó que la fórmula química del agua es H2O y maldijo la química y el agua. Estaré loco?, se dijo. La vista de su tintero sobre el escritorio, lo llenó de impaciencia y para no verlo apagó la luz. Y volvió a quedar inmóvil en el sillón. Una hora después se había serenado un poco y empezó a meditar...

***

Hay desengaños que parecen traiciones del destino. Cuando el infortunio aniquila nuestras esperanzas, buscamos la razón de ser del mal, en las fuerzas y los hechos exteriores, olvidando que somos la causa y recogemos el efecto de los sucesos que nos ocasionan

placer o dolor. Somos nuestros propios victimarios y nos creemos víctimas de lo desconocido.

Carlos no había llegado a estas conclusiones en el curso de sus ideas, que poco a poco se iban ordenando. Tenía conciencia de su desgracia, pero no trataba de buscar su causa ni de profundizar su alcance. Fatigado de tanto pensar, dejó caer pesadamente la cabeza contra el respaldo del sillón. Parecióle que se iba empequeñeciendo... sentíase débil... creía estar soñando...; todo aquello debía haber sido un sueño horrible... él estaba en París y no podía existir tal hijo...

De improviso, un llanto agudo, violento como una protesta, llegó a sus oídos y lo hizo estremecer. Aquello parecía el gemido de un fantasma. Su hijo lloraba. Púsose en pie: de un salto—y corriendo hacia la sala—tomó su sombrero y se dirigió a la puerta de la calle. En el momento en que iba a abrir, lo detuvo un sirviente:

—La señora desea verlo, está muy intranquila, ha dicho que lo llamen... sale el señor?

—Sí!, me voy! no molestes!... qué quieres?... Vete al diablo! Y salió precipitadamente.

Llovía con fuerza. La noche había entrado y la sombra se complicaba con la opacidad de las nubes. Los transeuntes eran escasos y sólo uno que otro coche se distinguía a lo lejos, al pasar junto a los focos eléctricos.

Con el sombrero en la mano, la mirada extraviada y el puño crispado, se encaminó a grandes pasos, por una de las calles que desembocan en la Avenida de Mayo. Al pasar por una relojería notó que el hermoso reloj, colocado detrás de la vidriera, marcaba las siete. No terminará jamás esta maldita noche?, murmuró.

En uno de los escaparates de una tienda de lujo, vió que varios maniquíes representando niños sonrosados y risueños, ostentaban trajecitos de último modelo. Debieran quemarlos!—dijo , mirándolos rencorosamente.

Un portero, reclinado contra la puerta principal de un edificio, examinó con curiosidad y sorpresa a aquel hombre empapado, frenético, que con el cabello en desorden y el sombrero en la mano, recorría la Avenida. Mortificado Carlos por la mirada insistente del portero, le gritó «imbécil» y continuó su marcha dolorosa...

Llegó a la Plaza del Congreso, dobló a la izquierda y siguió, sin saber a dónde iba, sin importarle qué calles cruzaba, deseando cansarse, deseando olvidar, deseando morir... Y al internarse en una calle mal iluminada, oyó la voz monótona de un chico vendedor de diarios...: «RAZON Y DIARIO»... detalles completos del crimen de la calle Corrientes!»

Apresuró el paso y—sintiendo que la sombra lo oprimía—agitó los brazos y—como si quisiera desembarazarse de su enorme angustia—, murmuró con acento lúgubre, esta sola palabra: CRIMEN!

SOLON NUÑEZ

Es uno de los pocos divulgadores científicos.

Nació en 1883 y en 1902 obtuvo el título de Bachiller en Humanidades y de Maestro Normal. Entonces se dedicó con entusiasmo al Magisterio, ya como maestro, ya como Inspector. En 1907 obtuvo el primer premio en los Juegos Florales que se celebraron en esa fecha por su trabajo *Crítica de los procedimientos disciplinarios que prescribe la ley y sistema práctico para mejorar la educación moral de los niños dentro y fuera de los planteles de enseñanza.* En 1908 partió para Suiza y en la Universidad de Ginebra se graduó Médico Cirujano. En 1915 regresó al país y abrió su bufete. Poco tiempo después fué nombrado Médico Escolar de San José. Desempeñando este puesto, fué designado para colaborar con el Doctor Shapiro en el Departamento de Ankylostomiasis, como Director Asistente de dicho Departamento. Desde ese momento se dedicó el Doctor Núñez exclusivamente a los asuntos relacionados con la Higiene Pública. Hoy ejerce el cargo de Subsecretario de Higiene y Salud Pública, por decreto de julio de 1922.

En el Concurso celebrado por la Revista Médico-Quirúrgica de Honduras, efectuado en Tegucigalpa el 15 de setiembre de 1921, el trabajo *La Ankylostomiasis*, enviado por el Doctor Nuñez, obtuvo el primer premio.

Ha sido profesor de Higiene y Ciencia Sanitaria en el Liceo de Costa Rica y ha escrito varios folletos de difusión científica, con la orientación determinada de higienizar. Entre esos folletos citaremos: *Influenza Epidémica*, 1921; *Fiebre Tifoidea y Paratifoidea*, 1921; y *Las Enfermedades Venéreas*, 1922.

JESUS Y TOLSTOI

Las áridas colinas de Jerusalén cuentan que en una época, muy remota ya, vieron sobre el caliginoso suelo de la Judea ir y venir magníficamente armado a un gallardo conquistador; era su espada la idea, su coraza la razón y el ejemplo su escarapela; con la primera deslumbraba, con la segunda convencía y con la última arrastraba.

El lago Tiberíades guarda en sus aguas el eco de sus palabras a veces enérgicas como proclamas, a veces llenas de unción y de armonía como las que la cariñosa madre desliza alrededor de la cuna donde duerme su niño; el Jordán lo vió humilde recibir de Juan las aguas bautismales y violento los mercaderes a quienes arrojara del templo de su padre.

¿Quién era ese extraño conquistador cuyas brillantes victorias la sangre no manchaba? Vosotros lo sabéis: era un socialista convencido, sincero y valiente: era Jesús de Nazareth.

Hombre de clara inteligencia, de admirable talento natural y de intuición profunda, domina de un vistazo la situación del mundo de la época, encontrando en su detestable organización social la causa-cuna de todas las enfermedades morales que corroían la vida de los hombres y de los pueblos.

El mundo había escalado la cumbre de la abyección y el embrutecimiento; la esclavitud más vergonzosa tenía sumergida en la ignorancia y el error a los hombres; las ideas de libertad, justicia y moralidad eran incomprensibles; eran ideas sin resonancia en pecho alguno.

Tristemente impresionado ante aquel cuadro erizado de injusticias, el gran visionario, el Quijote sublime, el insigne principista, con una gavilla de ansias en el alma, inicia su campaña redentora. Una sola es su bandera, una palabra sola compendia su doctrina: es la palabra amor, dulce concepto que involucra las ideas de libertad, igualdad, altruismo: luz blanca que encierra todos los otros colores del arco iris.

En la pésima distribución de la riqueza; en la insolente opulencia de un lado y la infeliz miseria de otro, sorprende la causa primera del odio y la tiranía.

¿Es justo, es humano, es natural que mientras unos hombres navegan en la abundancia, carezcan otros hasta de un pedazo de pan con qué mitigar los harponazos del hambre?

¿Es justo, es humano, es natural, que mientras unos hombres lucen al sol trajes de oro y púrpura, carezcan otros hasta de una manta con qué preservar su cuerpo de los rigores de la estación?

¿Es justo, es humano, es natural, que mientras unos viven en palacios, en el mayor confort, carezcan otros hasta de una choza que les sirva de hogar?

Jesús se rebela contra tales irregularidades y exclama: «No es justo que unos tengan demasiado y otros nada; es preciso que todos tengan algo. No quiero la eliminación de la propiedad, ansío tan sólo la cesión de parte de la riqueza en beneficio de los necesitados.»

Imitad a la naturaleza: el sol envía por igual sus rayos de vida al grande y al pequeño, al sabio y al ignorante; la lluvia refresca con la misma solicitud la altiva palmera y la humilde hierba; la brisa perfumada y vivificante de los campos, acaricia por igual las mejillas de la elegante dama que las de la sencilla campesina.

Y aquí un paréntesis: Costa Rica es uno de los países donde la propiedad rural está mejor distribuida; sin embargo, en muchas regiones un escaso número de individuos tiene acaparadas las tierras, no siendo siempre este acaparamiento fruto del trabajo honrado y la economía, sino resultado de la intriga, de la audacia o del favor de los Gobiernos; es hora ya de que el Estado cargue un impuesto sobre cada hectárea de terreno inculto, a fin de obligar a sus dueños a cultivarlo o a venderlo en lotes para que los pobres lo cultiven: en ambos casos aumentará la riqueza individual y la nacional también.

Y volvamos a nuestro tema. El socialista Prudhon, cuando formula sus doctrinas acerca de la propiedad, no hace otra cosa que inspirarse en el socialista Jesús y en el grupo de socialistas que a éste siguieron. Es acaso más atrevida la fórmula del economista francés que la de San Ambrosio, cuando dice: «El derecho privado nació de la usurpación», o que la de San Jerónimo cuando exclama: «La opulencia es siempre el producto del robo; si no lo cometieron los actuales poseedores, cometiéronlo seguramente sus antepasados». Y es que no sólo merece el epíteto de ladrón quien desvalija al prójimo en camino solitario o asalta la caja donde el rico guarda en forma de monedas el sudor y la sangre y las lágrimas de los

trabajadores; lo es también el comerciante descorazonado, el abogado sin escrúpulos, el patrón que explota inícuamente a los obreros a quienes sitia por hambre.

La diferente situación económica de los hombres originó el sentimiento de superioridad en los pudientes, y de ahí la división del pueblo en castas: una pletórica de riquezas y de derechos y otra repleta de miserias y de deberes; de ahí arranca la improvisación de señores y esclavos: éstos trabajan, aquellos consumen; lloran unos mientras otros ríen. Tal anomalía subleva el alma del gran iluso, quien con un valor y una confianza infinitos comienza a librar la segunda parte de su programa socialista. «La libertad y sus aspectos, la igualdad y la fraternidad.»

Si uno mismo es el origen del hombre, cualquiera sea la hipótesis a que nos atengamos para explicar su aparición, ¿por qué entonces surcos tan profundos, diferencias tan marcadas, barreras tan altas entre unos hombres y otros?

Como comprendiera Jesús que la regeneración social sólo se alcanza mediante la regeneración de cada uno de los individuos que integran la colectividad, debiendo ésta iniciarse en el hogar y seguirse en la escuela, clava sus ojos en la mujer, le tiende la mano, la levanta, la redime, la dignifica y de esclava del hombre la convierte en su compañera solidaria; consciente de que la escuela es o debiera ser la fiel continuadora de la obra del hogar, obra que debe pulir y robustecer, forma a su alrededor una verdadera escuela ambulante: «Dejad que los niños vengan a mí» exclama lleno de ternura, cuando los adultos ansiosos de oir su palabra pretenden alejar a los pequeños.

Los soberanos comprenden que Jesús falsea con sus doctrinas las apolilladas bases de sus Estados; comprenden el peligro en que se hallan sus carcomidas instituciones; presienten la muerte de sus placeres, y, no teniendo ante un adversario de tal magnitud argumentos con que combatir sus ideas cristianas y convincentes, resuelven, aterrados, eliminarlo y lo eliminan. Así terminó la existencia de ese socialista convencido y educador sublime.

Dieciocho siglos más tarde, un grupo de hombres recoge las doctrinas del héroe del Gólgota; prepara el espíritu de

un pueblo viril, cansado ya de humillaciones, encorvado al peso de tanto deber, sin que alegre su vida la sonrisa de un derecho, y otro grupo afianza con la espada la idea y provoca la lucha proclamando los derechos del hombre.

Jesús es, pues, el precursor de la Revolución Francesa, de la Revolución Universal que tras las ideas de libertad y altruismo despierta a los pueblos, sacude la vieja Europa, conmueve a la joven América, hace rodar los privilegios y surgir las democracias. Las monarquías absolutas truécanse en monarquías constitucionales, las monarquías constitucionales en repúblicas unitarias; las repúblicas unitarias en repúblicas federales; los efectos de esa evolución no han cesado: ayer no más quiebra el Brasil su corona; hoy es Portugal; la Turquía sale del sopor que la invade y los países todos se aprestan a vivir vida republicana.

De cuando en cuando, a manera de cometa de larga órbita, aparece en el mundo un discípulo de Jesús.

Las frías estepas del imperio moscovita acaban de presenciar, entre un desfile de pintorescos celajes, la postura de un sol: acaban de presenciar la muerte de un bueno, de un enamorado de la libertad y la justicia, del conde León Tolstoi.

El joven luchador de Galilea y el viejo luchador de Rusia tienen gran parecido: uno y otro sueñan en un día en que el bien sea la norma de todos los actos del individuo; en que el egoísmo ceda el paso al altruismo; en que la hipocresía ceda el paso a la sinceridad; en que el odio ceda el paso al amor; uno y otro sueñan en un día en que el valer del hombre se aquilate, no por su belleza física, ni por su fuerza muscular, ni por sus riquezas, ni por la calidad de cuna en que la casualidad lo hizo nacer, ni siquiera por su inteligencia, sino exclusivamente por sus virtudes; uno y otro sueñan en un día en que por el cinematógrafo de la vida deje de aparecer el cuadro trágico de Caín y Abel. Abre Jesús, con una huida, su jornada brillante, y cierra Tolstoi, con una huida también, su brillante jornada.

Sincero como Jesús, Tolstoi acompaña la acción a la palabra; sus ideas forman parte de su naturaleza: están en su sangre, en su carne y en sus huesos; no son ideas adquiridas por acción refleja; sus palabras son cristalinas, como cristalina es la fuente donde nacen: su corazón.

Comprende como Jesús que la riqueza y el lujo exa-

gerados son la causa de la corrupción social, y predica la fraternidad y la sencillez siendo él el primero en desprenderse de sus propiedades en beneficio de los desheredados; cambia su palacio por una cabaña, y camina descalzo por las heladas llanuras de su patria, sembrando por doquiera que pasa, la semilla de la caridad.

Comprende como Jesús, que la regeneración social sólo se logra mediante la regeneración individual, y a ese fin fija su mirada en el hogar primero, en la escuela después y en el campo luego. Educa a sus hijos conforme a sus más avanzadas ideas libertarias; funda con su propio haber la escuela de Yasnaia Poliana; ahí no hay castigos ni recompensas, ahí el interés no existe sino que la libertad y el amor lo son, todo; él es al mismo tiempo padre, maestro y amigo del enjambre de chicos de diferentes edades y de distintos sexos que frescos, alegres y juguetones, frecuentan la escuela ávidos de oir la palabra siempre dulce, siempre insinuante del anciano maestro.

Como Jesús, comprende que en el pueblo, sencillo, plástico y sincero, sus ideas encontrarían campo más propicio para su germinación y a él se dirige preferentemente; los campesinos y los mineros son sus mejores amigos. ¡Cómo le quieren los humildes y cómo le odian los grandes!, porque la palabra de Tolstoi, dulce como música de violines cuando consuela a la viuda o alienta al obrero, es ruido de huracán cuando fustiga las espaldas de los tiranos y de los perversos.

El absolutismo ruso quiso oponer diques a la obra de Tolstoi; pero vano fué su empeño. El hambre, las marchas forzadas, el Knut no le inspiraban miedo, pues a todas esas pruebas se había sometido desde su infancia.

De buen grado la intransigencia moscovita hubiera hecho con Tolstoi lo que la intransigencia judía hizo con Jesús. Pero al fin los tiempos son otros.

Tolstoi debe haber muerto satisfecho de su obra; el edificio de la autocracia rusa está agujereado; su completa ruina es obra del tiempo y de la perseverancia. El, como Jesús, deja una Biblia donde inspirarse los enamorados del bien y la libertad; la Biblia de Tolstoi se compone de dos tomos: «*Ana Karenina*» y «*La paz y la guerra*».

Descanse tranquilo el Cristo Moderno. ¡Los soberbios están de plácemes, los humildes de duelo!

DISCURSO

PRONUNCIADO EN EL ACTO DE INAUGURACIÓN DE LA CALLE PASTEUR EL 27 DE DICIEMBRE DE 1922.

Si el hombre de ciencia tiene una patria, la ciencia no tiene ninguna. Si Pasteur es francés, su ciencia es universal. Por eso los pueblos todos de la tierra, sin distinción de razas ni de fronteras, celebran hoy llenos de entusiasmo y de gratitud el centenario del nacimiento del genio científico más extraordinario del siglo XIX y de todos los siglos.

Tanto se ha hablado y tanto se ha escrito acerca de Pasteur; su acción científica es tan fresca, tan concreta y tan grande, que resulta imposible decir algo que no sea vulgar de puro conocido.

¿Quién ignora sus admirables trabajos sobre la disimetría molecular que llenaron de asombro a los sabios de cabeza cana que habían consagrado su vida a ese género de investigaciones? Él sí se dió cuenta cabal de la trascendencia de los fenómenos que apenas había esbozado y que mucho sintió, absorbido por otros estudios, no haber podido profundizar. Se trataba en ellos de la ciencia pura y Pasteur creía una imperiosa obligación suya dirigir sus investigaciones hacia un fin práctico, que pudiera redundar más directamente en provecho de la humanidad. No fué, pues, a mi juicio, que Pasteur se extraviara en el camino y de no haber llegado hasta el fin, se lamentaba con frecuencia: «Et moi qui aimais tantaut mes cristaux», solía decir cada vez que interrumpía sus trabajos cristalográficos.

¿Quién ignora la inmensa revolución científica que produjeron las célebres y acuciosas investigaciones de Pasteur acerca del origen de las fermentaciones? La fermentación es un fenómeno correlativo de la vida y ella se debe a agentes animados, a seres infinitamente pequeños en su incesante trabajo de transformación. ¿De dónde vienen estos seres? ¿Surgen espontáneamente? Tal es la opinión de los maestros de la época, basada en experiencias al parecer irrefutables. Sin embargo, una convicción íntima le impide a Pasteur creer en la Heterogenia. Todo ser viene de otro ser. Las experiencias se suceden a las experiencias y la luz se hace. La lucha ha sido tremenda, pero el joven investigador triunfa y el

Instituto Pasteur conserva en sus anaqueles, vasos que fueron llenados con líquidos fermentables allá en el año 1860, inalterados aún, por haber sido previamente esterilizados y puestos luego al abrigo de los gérmenes exteriores.

Cierto es que tres siglos antes de Pasteur, Harvey había dicho: «Omne vivum ex ovo». Pero cabe preguntar, primero, ¿cuál fué para Harvey la limitación de los seres vivos? Segundo, ¿qué partido sacó de su conclusión el sabio descubridor de la circulación de la sangre?

¿Quién ignora que los descubrimientos de Pasteur marcan en la historia de la medicina y de las ciencias biológicas una época nueva, al iluminar la verdadera etiología de las enfermedades atribuidas hasta entonces a desequilibrios de humores, a idiosincracias o a causas sobrenaturales? Las enfermedades infecciosas, como las fermentaciones, son también el efecto de la invasión del organismo por seres infinitamente pequeños. A esta trascendental conclusión que cambió la faz de la medicina, llega Pasteur después de repetidas experiencias entre éxitos y fracasos.

Tampoco fué Pasteur el primero que pensó en el origen microbiano de las enfermedades infecciosas, pues en 1721, un médico fleonés, Griffon, decía: «Muchas enfermedades son causadas por insectos venenosos invisibles». Pero las palabras de Griffon, no respaldadas por el laboratorio ni la experimentación, pasaron casi inadvertidas de sus contemporáneos.

Nuevas experiencias han venido a complementar la influencia de los microbios en la producción de las enfermedades. No basta el microbio, es preciso considerar el terreno. Este segundo factor si no fué sospechado por Pasteur, en nada disminuye el valor de su obra. «Non omnia possumus omnes».—Virgilio.

¿Quién ignora que en la galería de los benefactores de la humanidad ocupa Luis Pasteur el primer rango, ya que sus descubrimientos acerca del origen de las enfermedades comunicables trajo como consecuencia la profilaxis de las mismas, creando la higiene preventiva, base de la salud individual, social y pública y del progreso y bienestar de los pueblos? Fué inspirándose en Pasteur, que Lister y Tarnier emitieron sus teorías acerca de la asepsia, las cuales cambiaron la faz de la cirugía y de la obstetricia. «Permitidme, escribía Lister a Pasteur en 1874, dirigiros mis cordiales

agradecimientos por haberme, con vuestros brillantes descubrimientos, demostrado la verdad de los gérmenes de la putrefacción».

¿Quién ignora la influencia de los descubrimientos de Pasteur en la industria y en la riqueza pública francesas? En 1875 la enfermedad del gusano de seda había producido en Francia pérdidas por más de cien millones de francos. Un día sus experiencias acerca de la disimetría molecular fueron bruscamente interrumpidas por Dumas, quien de la manera más exigente pidió a Pasteur abandonarlo todo y trasladarse al sur a investigar la naturaleza de la enfermedad que constituía una desgracia pública; Pasteur rechaza al principio la proposición alegando ignorancia total del sujeto.—«Mejor, le dice Dumas, así no tendrá Ud. que tomar como base la manera de pensar de nadie, sino su propia manera de pensar». Pasteur llega a las zonas invadidas cuyo espectáculo le conmueve el alma y le estimula a hacer algo en bien de su patria. A poco logra él descubrir en el campo microscópico los parásitos que él supone responsables de la enfermedad. (El tardó, sin embargo, cinco años antes de hacer su comunicación al respecto, pues nada—dice uno de sus biógrafos,—era más interesante observar en Pasteur que sus intuiciones inmediatas y la imperiosa necesidad de un control prolongado.)

¿Quién ignora la extraordinaria audacia de este genio, que deseando un día vencer el mal con el mal mismo logra reducir la virulencia de los microbios domesticándolos a su antojo, atenuándolos, hasta convertirlos en preservativos contra las infecciones producidas por ellos mismos? Sus investigaciones acerca de la rabia son verdaderamente emocionantes y ellas, como dice el profesor Grancher, estuvieron a punto de oscurecer la gloria de su larga carrera científica.

Pero hay en la vida de Pasteur aspectos de otro orden que el científico y que hacen que además de admiración, se sienta por él simpatía y afecto profundos.

Pasteur ofrece a los hombres un ejemplo de laboriosidad. Trabajar sin descanso para cultivar la inteligencia, fué su divisa. La palabra **surmenage**, de cuyo sentido tanto se ha abusado, es una palabra peligrosa. Los pedagogos de hoy, a mi pobre saber y entender, aconsejan mal a la juventud inclinándola a la indolencia. El verdadero surmenage es producto

de la molicie, del trabajo sin derrotero, del alcohol, del tabaco y del burdel. El trabajo ordenado, activa las funciones y desarrolla los órganos.

De discreción científica: sus ideas no fueron jamás lanzadas al mundo, mientras una amplia experimentación, documentación y discusión no las legitimaran. Sus conclusiones acerca del origen de la enfermedad del gusano de seda, por ejemplo, no fueron lanzadas al mundo como verdades, sino después de cinco años de observaciones, no obstante haber descubierto el parásito pocos días después de su llegada a la zona donde la enfermedad prevalecía.

De confianza en sí: nuestros jóvenes se cansan pronto de la lucha, cuando sus aspiraciones de carácter monetario casi siempre y pocas de un valor más estimable, no se realizan pronto, lanzándose entonces desconcertados, perdida la fe, a los vicios y hasta acortando violentamente la vida. A los veinte años, cuando nuestros hombres pretenden serlo todo y tenerlo todo, Pasteur era apenas Maestro Inspector en un Colegio con veinticuatro francos mensuales por salario.

De gratitud: con qué placer recordaba en sus días de gloria a sus maestros, atribuyendo a ellos sus méritos por haberlo iniciado en la vida científica. Sentimiento que contrasta notablemente con lo que tan a menudo se observa. Aún hieren mi retina las descompuestas palabras de un maestro dirigidas a uno de los hombres que más han contribuido a la formación de la cultura patria.

De amor a la Patria, condensado en las siguientes palabras suyas pronunciadas el 27 de diciembre de 1892 en aquella inolvidable ceremonia de la Sorbona, cuando Pasteur recibía el homenaje que Francia, París, Dôle, su pueblo natal, los sabios y profesores más ilustres del mundo entero, la juventud de las escuelas le ofrecían, lleno de emoción, dirigiéndose a esa juventud, decía resumiendo en los más nobles consejos, lo que había sido la regla y el honor de su propia vida:

«No os dejéis invadir por el escepticismo denigrante y estéril; no os dejéis acobardar por las tristezas de ciertas horas que pesan sobre un individuo o sobre una nación. Decid: ¿qué he hecho yo por mi instrucción? después, a medida que avancéis, preguntaos: ¿qué he hecho yo por mi país? y avanzad y avanzad, hasta el momento en que tal vez ten-

gais la inmensa dicha de pensar que habéis contribuido con alguna cosa al progreso y al bienestar de la Patria y de la humanidad o al menos tener el privilegio de decir cuando se acerque el gran fin: «yo he hecho todo lo que he podido.»

Desde el primer momento, nuestro Gobierno interpretando fielmente los sentimientos del pueblo costarricense, y consecuente con el principio sociológico de que es obligación del Estado honrar la memoria de quienes invirtieron su vida en beneficio de la ciencia y de la humanidad, pensó en asociarse a la fiesta conmemorativa del nacimiento de Pasteur y cerrando un momento los ojos ante la aflictiva situación económica por que atraviesa el país, envió a uno de nuestros más distinguidos exponentes de la ciencia a París, con el doble objeto de representar al Gobierno en los festejos, y de que ampliara su preparación científica, en la convicción de que este esfuerzo debe redundar en provecho positivo del país.

Asimismo, ha visto con marcada simpatía la iniciativa de la Municipalidad de San José, convertida hoy en realidad, de dar a una de las calles de la ciudad, la más adecuada por cierto, el nombre de Luis Pasteur; y sabedor de que el médico veterinario Doctor Anselmo Rivera, fué alumno regular y distinguido del Instituto Pasteur, como lo comprueban de un lado sus títulos y de otro las manifestaciones de deferencia de sus profesores, dispuso otorgar al Doctor Rivera como en efecto le otorga, una medalla de oro como testimonio de la alta estima en que el país tiene el Instituto Pasteur y su obra magnífica.

CLODOMIRO PICADO TWIGHT

Pocas veces se han juntado tan armoniosamente el pensamiento científico y la forma literaria como en este caso del doctor Picado. Sus estudios son amenos y claros y tienen un valor esencialmente didáctico.

Nació el señor Picado Twight el 17 de abril de 1887 y ha hecho sus estudios universitarios en la Sorbona, en el Instituto de Medicina Colonial y en el Instituto Pasteur de Francia. Es Doctor en Ciencias Naturales, Miembro de la Sociedad Zoológica de Francia y tiene Diplomas de Estudios Superiores de Zoología y Botánica.

Sus investigaciones científicas han tenido trascendencia, habiendo logrado interesar a los profesionales de la Sorbona. Fuera de multitud de artículos publicados en revistas nacionales y extranjeras, debemos mencionar como obras suyas: la *Tesis de Doctorado*, publicadas por cuenta del Bull Cient de la France et Belgique, en 1913; *Pasteur y Metchnikoff*, publicado por García Monge en 1921; y *El Jardín Botánico, su utilidad en la enseñanza secundaria*, que fué su tesis para el profesorado de segunda enseñanza. En este trabajo desarrolla los siguientes puntos: a) generalidades sobre la enseñanza de la botánica; b) sobre los jardines botánicos; c) nuestro primer jardín botánico; d) ejemplos de utilización del jardín.

Admirador del genio fecundo de Pasteur, se ha dedicado como el maestro a la investigación útil y todos sus trabajos tienen la definida orientación de querer servir al país. Joven como es, puede esperar mucho Costa Rica del beneficio que le puede traer su trabajo, tanto más, pues que estudia aún con el mismo entusiasmo del primer día. Actualmente está en París, por cuenta de la nación, para que amplíe sus estudios.

PASTEUR Y METCHNIKOFF

(Fragmento)

«Cuando se estudia bien se llega a la fe del campesino bretón. Si yo hubiera estudiado todavía más, tendría la fe de la campesina bretona».

PASTEUR

«Si es verdad, como se afirma frecuentemente, que es imposible vivir sin fe, ésta no podrá ser sino la fe en el poder de la ciencia».

METCHNIKOFF

La lluvia que refresca y humedece la tierra y el sol que la calienta y seca, contribuyen por igual al mantenimiento de la vida. Los grandes espíritus, ya sean optimistas, plácidos y serenos, o ya pesimistas, escépticos o atormentados, por más que sean opuestos, forman un complejo cuyo conocimiento es tan útil al desarrollo intelectual de los que los suceden, como son útiles a la vida el agua y el sol.

Pasteur y Metchinikoff pueden tomarse como ejemplos de cada una de estas modalidades espirituales.

Pasteur crece como un árbol vigoroso y sano que da sus retoños y sus flores en primavera, y en otoño, sus frutos. Es cierto que el rayo lo hiere, pero después de crecer lozano, normal, tranquilo. Metchnikoff, es como esos árboles de los páramos, azotados por el viento desde que nacen: su vigor vence y los hace crecer, pero sus ramas estarán siempre dirigidas hacia un mismo lado, como brazos que perpetuamente imploran.

Estos dos genios que separan hondas diferencias y cuyos trabajos siguen vías distintas, convergen frecuentemente a lo largo de su transcurso, tocando a veces un mismo tema y pareciendo entonces que un genio único los inspira.

Así como el Tigris y el Eufrates nacen el uno junto al otro, corren luego paralelos, se acercan hasta unirse casi; toman nuevamente direcciones divergentes; convergen luego hasta juntar sus aguas y desembocan al fin siendo un solo río: así Pasteur y Metchnikoff encauzan sus espíritus en sendas que alternativamente se acercan y se alejan, hasta llegar por último a juntarse. Los ríos gemelos de la Mesopotamia engarzan esta tierra como si fuese una esmeralda entre dos hilos de platino. Los trabajos de Pasteur y Metchnikoff forman como una tenaza entre cuyos brazos brilla aprisionada la candente brasa que se llama enfermedad.

El uno descubre los agentes infecciosos; el otro esclarece con brillante luz el mecanismo de la inmunidad. Los dos grandes descubrimientos se complementan de manera tan perfecta como podrá juzgarse por los párrafos siguientes:

«Si es terrible pensar que la vida pueda estar a merced de la multiplicación de los infinitamente pequeños, es consolador también esperar que la ciencia no permanecerá siempre impotente ante tales enemigos».

«El parásito ataca secretando sustancias tóxicas o disolventes y se defiende paralizando la acción digestiva o expulsiva de su huésped. Este ejerce una ación nociva sobre el agresor, digeriéndolo o eliminándolo de su cuerpo y se defiende también por medio de secreciones».

Estas frases que van entre comillas por ser textuales, no son como pudiera creerse, del mismo autor: la primera parte es de Pasteur, la segunda, de Metchnikoff.

Pasteur comienza por investigaciones químicas, hasta el día en que el estudio de la fermentación láctica lo coloca en el terreno de la biología. Metchnikoff comienza por estudios embriológicos, hasta que el estudio de la digestión intracelular lo lleva al campo de la patología.

Pasteur es un espíritu analítico, mientras que Metchnikoff es un espíritu sintético. Del estudio general de las fermentaciones Pasteur llega, poco a poco, y restringiendo el campo, al estudio de los gérmenes patógenos, Metchnikoff, por el contrario, de estudios concretos sobre la digestión intracelular a través de la serie animal, llega a la concepción de su bella teoría fagocitaria.

Pasteur estudia las fermentaciones naturales. Metchnikoff estudia las fermentaciones intestinales.

Pasteur aumenta el rendimiento de las fábricas por medio de fermentos puros. Metchnikoff también, por medio de fermentos puros pone trabas a la vejez precoz.

Pasteur estudia las llamadas generaciones espontáneas, es decir, la aurora de la vida. Metchnikoff emprende el estudio de su ocaso: la muerte.

Estos espíritus parecen, pues, hermanos en todo lo que a ciencia pura se refiere. El arte fué para ellos campo no desconocido: Pasteur fué un amateur de la pintura y aún quedan varios retratos con su firma. Metchnikoff tenía tal sentimiento por la música de sus autores predilectos, que al escucharla lo hacía llorar de emoción.

En cuanto a creencias religiosas se refiere, la disparidad es completa. El concepto mismo de la vida fué para ellos diametralmente opuesto. Pasteur habla en uno de sus discursos del «encanto y pasión» de su vida. Para Metchnikoff el hombre actual no es otra cosa que un caso «del dominio de la patología» y si le sobra pasión, en cam-

bio le falta el encanto. Pasteur establece una familia y sus hijos alegran su vejez. Metchnikoff se priva voluntariamente de esta dicha, pues para él un hombre conciente de la vida, que tenga hijos, es un criminal. Tal es su triste concepto de la vida.

Pasteur muere con el fervor de un creyente y sostenido por sus creencias religiosas que le hablaban de una vida de ultratumba; Metchnikoff piensa que el hombre lleva en sí un instinto latente que hace sentir una verdadera necesidad de desaparecer completamente, de ser... nada; cree que el hombre cuando llegue a la vejez natural, sentirá al fin un dulce deseo de morir, como sentimos actualmente tras un día de fatiga la necesidad del sueño.

Cuando Metchnikoff se prepara a morir, encarga a su amigo Salimbeni que haga el estudio de su cadáver. En tono de broma pide que lo quemen luego en el horno del Instituto que sirve para quemar los animales de experiencia... Añadamos que esta era la tercera vez que se hallaba en trance de muerte, pues anteriormente había intentado suicidarse *dos veces con intervalo* de varios años.

Hoy día en el Instituto Pasteur se guardan los restos de los dos hombres de genio: hay una tumba en una capilla cristiana, en la cual manos piadosas conservan siempre la lámpara encendida como símbolo de fe; allí reposa Luis Pasteur. Un vaso guardado en la biblioteca del Instituto, contiene las cenizas de Elías Metchnikoff, recordando al visitante que somos polvo y al polvo volveremos.

I. INFANCIA

El padre de Pasteur fué en los campos de batalla condecorado por Napoleón; a su vuelta todos sus haberes consistían en la condecoración y ya no encontró siquiera su antiguo hogar; vióse entonces obligado a ganarse la vida como curtidor. Una joven de valiente corazón, llena de entusiasmo, fué la esposa del obrero tenaz. De este joven matrimonio el primogénito fué el niño Luis, que nació en 1822 trayendo a sus padres la alegría.

Como todos los obreros laboriosos y honrados, el curtidor quería para su hijo algo mejor que el duro oficio con el cual ganaba él su vida. La madre tenía para su Luisito sueños ambiciosos, pero de una ambición bien moderada, por cierto. Sus padres querían con orgullo dar al niño una bella instrucción.

En cuanto fué un escolar, su padre solícitamente le ayudaba a repasar sus lecciones. Poco más crecido ya, no hacía sus tareas escolares sino en el mínimum de tiempo para irse a casa de los vecinos a pintar retratos al pastel. En todas las casas lo recibían con regocijo y le daban el mote de «el artista.»

Días más tarde, el joven se da cuenta de los sacrificios que se imponían sus padres para costearle su educación y entonces resuelve recompensar estos sacrificios distinguiéndose en el estudio. Abandona sus pasteles, no sin antes haber ejecutado el retrato de su madre, a quien quería con acendrada ternura.

Es en este momento y cediendo a los consejos de su padre, cuando el joven Luis adquiere el gusto del estudio y la tenacidad en el trabajo que fueron la norma constante de su vida.

Para continuar sus estudios tuvo necesidad de dejar la tenería de Arbois, donde pasó su infancia, para ir a Besanzón.

—Si Luisito llegara a ser profesor en el colegio de Arbois, yo sería el hombre más feliz de la tierra, decía con frecuencia su padre.

Un militar de gustos epicurianos, amigo del juego y de disipar el dinero, perteneciente a la guardia imperial de San Petersburgo, fundó su hogar con la hermana de uno de sus camaradas de regimiento. Mujer espléndida, de rara belleza, de carácter alegre y vivo, muy inteligente y de corazón generoso; en ruso la llamaban «Milotchka», que significa encantadora.

Al cabo de algunos años de vida holgada y dispendiosa y sin nunca haber pensado en el porvenir, notaron que la fortuna de la esposa había sido ya totalmente disipada.

Lo peor era que tres hijos requerían que se pensara en su porvenir.

Decidieron entonces irse al campo a una vieja heredad del oficial. Este viaje no se decidió sino gracias a la tenacidad y energía de la esposa, que buscaba en el campo un refugio para sus hijos.

Junto con el matrimonio va una tía y un hermano del jefe de familia. Ya en el campo nace un cuarto hijo: Nicolás; dos años después, en 1845 y a pesar del deseo de no tener más descendencia, viene al mundo el último hijo: Elías Metchnikhoff.

A medida que los niños crecían, sus relaciones con el padre eran cada vez menores; en cambio, con la madre eran estrechas y cordiales.

Los últimos dos niños: Nicolás y Elías, no se parecían; el primero era de movimientos lentos y graves. Elías, por el contrario, era tan nervioso, que lo apodaron «Azogue.»

La tía-abuela tenía predilección marcada por Nicolás, lo cual desesperaba al pobre Elías. Cada vez que servían un pollo a la mesa, éste seguía con angustia el plato, hasta que veía con dolor que la tía-abuela daba indefectiblemente a su hermano Nicolás los trozos que él deseaba para sí.

El niño no perdonaba a la tía esta predilección injusta en contra suya y en sus plegarias nocturnas pedía a Dios protección para todos, salvo para su tía-abuela.

Otra impresión dolorosa fué el ataque por campesinos ebrios que sufrió en un viaje su familia a la vista del niño. Este recuerdo se grabó en su espíritu de manera indeleble y siempre tuvo horror a las turbas y a la fuerza bruta.

Siendo como era, el más joven, no tomaba parte en los ejercicios físicos y juegos a que se entregaban su hermano mayor y camaradas, pues como era el más débil, salía siempre derrotado y esto hería su amor propio. Así, entonces, el niño bullicioso y alegre, «Azogue», en una palabra, fué aislándose poco a poco, y por vía de eliminación, del medio que le tocó en suerte.

II. —EL DESEO DE CIENCIA

Inmediatamente después de haber obtenido el título de bachiller en letras, Pasteur es nombrado ayudante en el mismo establecimiento. Comenzó entonces a preparar sus exámenes de Ciencias para ingresar a la Escuela Normal. Ya en ésta, empezó a sentir gran pasión por la química y como a su profesor le pareciesen molestas las continuas preguntas del joven estudiante, vióse obligado a recurrir a los conocimientos de un farmacéutico de Besanzón que en otra ocasión había publicado un trabajo en los «Anales de Química y Física.» Consiguió con este farmacéutico que le diese, a escondidas, algunas clases particulares de química.

En los exámenes de la Escuela Normal fué admitido, apenas, como «pasable»; no siendo esto de su agrado y aunque no contaba sino con 14 años de edad, resolvió trabajar un año más para obtener su título con una nota de más mérito. Así lo consiguió al año siguiente en París, donde fué a pasar su último año de estudios. De esta vez Pasteur obtuvo ya el 4.º lugar entre sus compañeros.

Pudo entonces seguir a su gusto los cursos de química de la Escuela Normal y a la vez los de la Sorbona, que tenía a Dumas como profesor de esta ciencia. Pasteur iba a pasar los domingos a casa del preparador de Dumas. Su sueño dorado eran entonces las manipulaciones químicas; queriendo obtener fósforo, compró huesos que pulverizó y calcinó y que redujo con un calentamiento constante al horno desde las 4 de la mañana hasta las 9 de la noche. Esta era la primera vez que en la Escuela Normal se practicaban estas largas y pacientes manipulaciones.

Ya en el laboratorio, ya en la biblioteca, el joven Pasteur nutría su espíritu ávido siempre de conocimientos nuevos.

Cuando Elías Metchnikoff contaba solamente con seis años de edad, vino al campo uno de sus hermanos mayores, que atacado de parálisis no pudo continuar sus estudios en la capital. Para que no

perdiera el tiempo, los Metchnikoff trajeron a su casa de campo un preceptor: Hodunoff. Hacía con su alumno excursiones al campo, con objeto de estudiar la flora local. El niño Elías los acompañaba por vía de paseo, pero pronto se despertó en él tal interés por la botánica, que interesó vivamente al joven preceptor; tomó en serio al niño, que pronto conoció la flora de los alrededores.

Se despertó en él el deseo de enseñar, y para obtener alumnos daba a los demás niños todo el dinero que conseguía con tal de que vinieran a escuchar sus lecciones de botánica. A los 8 años su vocación estaba decidida.

Un día de su santo y a los 11 años de edad, estaba recogiendo animalillos en un estanque; cayó al agua y con grandes dificultades le salvaron la vida. Esa misma noche un incendio se declara en el pabellón de los niños y Elías es salvado por una ventana.

Siendo alumno de un liceo, aprendió el alemán para leer las obras escritas en esta lengua. A los 15 años cayó entre sus manos una obra de ciencias naturales, ilustrada con láminas de seres microscópicos que lo impresionaron tan profundamente, que decidió dedicarse a su estudio.

Lleno de fervor científico, fué a visitar al profesor de anatomía comparada de Kharkoff, que era el lugar en que estaba Elías. Para no parecer muy joven, se cambió su uniforme de liceista por un vestido civil. Metchnikoff quería que en la universidad le permitiesen estudiar el protoplasma. El profesor lo recibió fríamente y lo mandó a... continuar sus estudios de liceista.

Metchnikoff, sin embargo, seguía con la pasión por los estudios de ciencias biológicas. Un día en la lección de catecismo, el profesor notó que estaba embebido en la lectura y queriendo saber con qué se distraía, le quitó el libro; éste trataba de «los cristales de las sustancias proteicas». El profesor de catecismo nada dijo, devolvió el libro y nunca más se inquietó por saber en qué se ocupaba Metchnikoff durante sus lecciones.

En este tiempo había obtenido un microscopio en calidad de préstamo: estudió los infusorios y creyó haber hecho descubrimientos sobre el desarrollo de estos animales. Redactó entonces una memoria que mandó al «Boletín de la Sociedad de Naturalistas de Moscou». Fué aceptada la memoria pero pronto el mismo Metchnikoff constató que se había equivocado tomando fenómenos de degeneración por fenómenos de desarrollo; inmediatamente mandó suspender la publicación, mostrando así su gran respeto por la ciencia y por la verdad.

GONZALO SANCHEZ BONILLA

Nació en la ciudad de Heredia en 1884 y desde muy niño vive con su familia en la ciudad de Alajuela. En 1901 fue enviado a Santiago de Chile, en compañía de otros costarricenses, a hacer estudios normales. Volvió al país en 1904 con su título de Preceptor Normal, expedido por la Escuela Normal de Preceptores de Santiago.

Ha trabajado durante más de diez años en las escuelas primarias y ha sido Profesor de Matemáticas en Liceo de Heredia y en el Instituto de Alajuela. Luego se dedicó al periodismo y trabajó en ese campo dirigiendo «La Razón».

Su bibliografía es ésta: *Geranios Rojos*, colección de cuentos y cuadros, 1908, imprenta Alsina; *El Pobre Manco*, novela corta, premiada en los Juegos Florales de 1909, Imprenta del Comercio; *La Bachillera*, zarzuela en dos actos, música de él mismo, estrenada en 1916, y *Amor es Triunfo*, comedia en un acto, estrenada en Alajuela en 1917.

Además, ha dirigido varias revistas y periódicos como «Selenia», 1910; «Jardín de los Niños», 1912; «El Heraldo de Alajuela», 1916 y otros.

PARA SIEMPRE!

Esa tarde...
hasta la natura lloró sus plumas blancas.

Hube de cruzar una calle toda horrible y misteriosa y—salpicado de nieve—toqué a una puerta.

Ella salió;
y con el mismo amor de siempre,

pasó sus finas manos por mi frente helada; luego sentí en la boca la seda sutil de una caricia—como la de un pétalo de guaria.

Pasamos al salón.

No sabía la pobrecita
que para otras playas partía;
que me iba a despedir... quizás para siempre de esa criatura que tanto me amaba.

Hablamos... hablamos mucho.

Yo: tristísimo—nervioso.

Ella: maliciosa—escudriñante.

—Pero, qué te pasa?—me dijo al fin.

—Nada,—le respondí palideciendo. Es que... eh! no... Sí... que quiero... un *Nocturno*.

—Con mucho gusto. De Chopin?

—Sí, linda: el más amargo; el que exprese... algo así como ilusiones perdidas... el que más nostalgias cante...

Y bajé avergonzado los ojos
¡como que nunca había mentido!...

Adivínolo todo.

Y llorando—acongojada—bailó el marfil de sus dedos por el marfil de las teclas.

Lluvia de armonías!... dolorosas... gemebundas...

En mi locura y turbación
producidas por la tristeza,
hojeaba un libro—que al entrar—había visto sobre una consola de cedro. ¡Era de Edgardo Poe!

Me detuve en la página de «El Cuervo» y fuílo leyendo poco a poco... al compás de la lúgubre armonía.

Sublime momento!

Dos almas grandes... eslabonadas en una amargura: Chopin y Poe contándose sus desdichas!...

El uno:
en el sentir de una *escala*.

El otro:
en el sentir de una *estrofa*.

Y concluyó el *Nocturno*...
en un apagado *morendo*.

Y se extinguió en mis labios...
el *Nunca* «Nunca más» del poeta, con el nostálgico recuerdo de la seda sutil de una caricia—como la de un pétalo de guaria...

CUANDO LAS ROSAS MUEREN

Una salita de recibo de casa humilde, pero arreglada con refinado gusto artístico. Las bellas y blancas manos de Amalia—como surgidas de un aromoso lecho de pétalos de rosa—han puesto su delicadeza sobre los muebles, las consolas y floreros. La linda *begonia* de la ventana, reclina su tallo color de bécquer en una escalerilla de pino. Todo en la estancia es dulcemente triste... La joven Amalia, sentada en el banquillo del piano, revisa al delicado poeta Juan R. Jiménez en sus «Elegías Intermedias». Detiénese en una página... y como recordando una desilusión, suspira... y lee.

Amalia.

Cómo ha podido ser tan negra aquella frente
que fué toda de flores? Cómo ha podido darme
este cristal de hiel y de espadas, la fuente
que me cantaba tanto después de ilusionarme?

Ay, Dios mío! aquel fondo dorado de mi vida
con una paz celeste se hundió yo no sé dónde...
Hoy se me van las rosas por esta negra herida,
y llamo hacia la aurora... y nadie me responde!

Al terminar la lectura de los últimos versos, entra calladamente su bondadoso primo Rolando, y con descuido coloca su sombrero negro en la mesita del centro. Una lluvia de pétalos de rosa—cual *confetti* de lágrimas desprendido de los ojos de una virgen—se descuelga del jarrón y tachona como de estrellas blancas la negrura de su sombrero. Se queda silencioso... y hunde su mirada triste en el ido pensamiento de los pétalos sin vida...

Rolando.—Has observado, Amalia?

Amalia.—Sí, Rolando... Pero lo curioso del fenómeno, es que pareciera que esas rosas esperaran tu presencia para agonizar en tu sombrero.

Rolando.—Será... porque las quiero tanto!...

Amalia.—*(Tristísima y desesperanzada.)* Esas albas flores... han sido mucho más dichosas que yo...

Rolando.—Hablas muy tristemente. Qué te pasa, prima?

Amalia. *(Como si no lo hubiera oído.)* Nosotras las mujeres, también somos flores delicadas... y también las ilusiones que son nuestros sedeños y odorantes pétalos nos abandonan a veces para

ir a agonizar, acongojadas y friolentas, en la estrechez enmudecida de una estancia.

Rolando.—Decididamente quieres que esta noche representemos una comedia sentimental.

Amalia.—Te equivocas, primo: eres cruel con mi tristeza...

Rolando.– Perdona, Amalia, si alguna vez lo he sido... Me desconciertas con tu lenguaje... Es acaso que tu novio, tu músico inspirado, deshojó las ilusiones que tú guardabas avarientamente en tu corazón de artista?...

Amalia.—No, Rolando. *(Como con repugnancia.)* El me quiere... a su manera... y aseguro que con sinceridad. La ilusión amorosa que él conserva de mí, no se ha deshojado todavía.

Rolando.—Entonces... si tú tienes la culpa, si has ahogado en tu corazón el cariño que le profesabas, no debes entristecerte... Hurras de sano contento deben brotar de tu alma, en explosiones de libertad... Y al que fué tu pobre novio, tu delicado violoncelista... mi pésame sincero y mi compasión profunda.

Amalia.—No me trates mal, Rolando. Traduzco en tus intencionadas palabras el deseo de herirme... de herirme sin razón.

Rolando.—*(Extrañado.)* Amalia!

Amalia.—Sí, Rolando. Crees que soy una coquetaque se burla del martirio de un hombre, que vislumbró tal vez en mí la aurora de sus amores... Debes oírme, para que me compadezcas, para que me consueles... *(Se lleva a los ojos un pañuelo que descansa en el atril del piano.)*

Rolando.—A ver! Quiero oirte: me interesan tus extraños sentimientos.

Amalia.—*(Suspirando.)* Tú recuerdas la noche en que nos fué presentado Enrique por nuestro buen amigo Jorge?

Rolando.—Bien lo recuerdo, Amalia, y tan no me he olvidado, que esa noche fuí el primero en percibir la corriente de simpatía que brotó espontánea de los corazones de ambos.

Amalia.—No podría negarlo!..

Rolando.—Noté además, que cuando Enrique te pidió un *Nocturno* de Chopin... te sentaste al piano, emocionada y temblorosa; que tuviste algunas faltas en la ejecución del tierno trozo aquél, cuando ha mucho que lo llevabas dentro del alma, en tu felicísima memoria y en tus hábiles y marfilinos dedos.

Amalia—*(Suspirando profundamente.)*—Es verdad también, Rolando.

Rolando.—Observé esa misma noche—y me traslado sólo a esa noche, porque no lo he vuelto a ver—que Enrique hablaba poco... y como con miedo. Era su mirada... una mirada recelosa...

Amalia.—Recuerdas que ni dió las gracias a aquella lisonja tuya, cuando le dijiste que ya la fama de su violencelo recorría triunfante los círculos artísticos de todo Costa Rica?

Rolando.—Lo recuerdo... Y en mi fuero interno lo disculpé, porque atribuí su falta de cortesía a la turbación en que se hallaba el pobrecillo.

Amalia.—Pues has de saber, Rolando, que no es apocado ni nervioso el espíritu de Enrique.

Rolando.—Entonces...

Amalia.—Ya te explicarás todo esto cuando concluya mi confesión contigo... que me quitará de encima un peso enorme.

Rolando.—Pues sigue... sigue, Amalia.

Amalia. Después de la noche de la presentación, siguió todos los días pasando por esta calle. A veces dió la casualidad que nuestras miradas se juntaron, a la altura de esa ventana: él, que transitaba por nuestra acera y yo... que en ese mismo instante bañaba de tibio sol a mi simpática begonia... Debo decirte con franqueza que mi amor por él cada vez se hacía más grande... Soñaba despierta con mi bello artista, acompañándolo emocionada al piano y libando ternuras en el alma de su violoncelo...

Rolando.—Y siguió visitando tu casa?

Amalia.—Sí, Rolando: por tres o cuatro veces más. En la segunda visita lo acompañó su violoncelo. Sólo mi madre y yo nos encontrábamos aquí... Y nos alegramos mucho, porque íbamos a tener la dicha inmensa de oir a un consumado artista. Desde que comenzó a afinar el instrumento, en una gloria se transformó mi espíritu; arrullos angelicales vibraban en mi interior.

Rolando.—Pero... te entusiasmas demasiado... Parece que quisieras darle vida nueva al mustio tallo de tu desilusión!...

Amalia.—No digas eso, Rolando! Y no quiero cansarte más... El pobre Enrique tocó esa noche su violoncelo con una admirable maestría. A veces yo lo dejaba sólo—sin mover una tecla del piano—para mirarle atentamente su melena lacia y descuidada, o sus temblorosos dedos que arrancaban ayes gemebundos de su instrumento celestial. Y en ese minuto de arte puro, mil y mil veces bendije el corazón que de ese modo hacía vibrar hasta los cristales de mi ventana. *(Suspira muy hondamente.)* Pasaron los días... Nos tratamos cada vez con más confianza... Pero hubo un paréntesis de amargura para mis ilusiones de quererlo con todas las fuerzas de mi espíritu, cuando empecé a notar algunas brusquedades en su trato; muchas palabras burdas en su conversación corriente, muy propias en los labios de vulgares individuos, pero toscas y groseras en la boca de un artista consumado.

Rolando.—Pero tu naciente y puro amor de seguro las disimulaba...

Amalia.—Dices verdad, Rolando... Y como comprendí que me quería con todo el entusiasmo de sus veintiocho primaveras, me hice la reflexión de que me sería muy fácil irle puliendo poco a

poco—con la escasa cultura de mis palabras y con los ejemplos de mi educación, los toscos filos de su lenguaje, y las punzantes asperezas de su descuidada urbanidad.

Rolando.—Y te hubiera sido, en verdad, muy fácil alcanzar esos propósitos, porque el correcto y culto lenguaje, lo mismo que las prácticas de la urbanidad, pueden considerarse como el refinamiento exterior de la cultura, más dependiente del cerebro que del corazón.

Amalia.—Así lo había pensado yo... Pero muchas de mis amigas—quizás unas por envidia... y las otras tal vez sinceramente—se acercaban a mí para relatarme algunos hechos de Enrique que reflejaban en él un corazón envenenado por las sierpes de las acciones inhumanas.

Rolando.—Pero Amalia: fuiste demasiado ligera para juzgar al pobre Enrique desde la tribuna acusadora en donde te colocaron unos chismes callejeros. No tomaste en cuenta que en todas nuestras nacientes y diminutas poblaciones, las intrigas y calumnias son plantas rastreras que crecen con asombrosa exuberancia, y que desgarran horriblemente los más puros sentimientos; que manchan con su lodo inmundo los hogares más honestos, y que clavan sus espinas de disolución en el compacto bloque de una sociedad virtuosa.

Amalia.—No fuí ligera, primo estimado, porque nunca me hice solidaría de los chismes que escuché. Es más: cuando en plática confidencial, alguna amiga mía desea enterarme de secretos o pormenores de personas o familias, asoman a mi rostro los tintes del disgusto y con cualquier pretexto, cambio el giro de la conversación Pero en el caso de Enrique, sí confieso mi debilidad: primero, porque juzgué los chismes como desahogos de envidiosas, y segundo, porque... la verdad... me interesaba todo cuanto supiera de mi bello artista... De ese modo me enteré del agrio y cruel carácter de mi novio Enrique; de la inhumana grosería con que trata a su madre y sus hermanos; de las sangrientas burlas con que refocila su espíritu satánico cuando—a carcajada limpia—lanza insultos y sobrenombres a irresponsables mendigos y a gamines infelices.

Rolando.—Voy a concluir por no entenderte. Te ha enloquecido la desilusión, y ya no piensas en la hoguera de hirientes frases en donde estás quemando vivo a tu infeliz y pobre artista.

Amalia.—Déjame terminar... Por lo que hasta aquí te he referido, parece a simple vista que yo arranqué mi santo y puro amor del corazón de Enrique, por los chismes o calumnias de mis amigas envidiosas. Ese hubiera sido un acto delictuoso de mi vida... que me reprocharía la conciencia eternamente. Pero no hubo nada de eso. El convencimiento de que Enrique—en realidad—es de un fondo moral perverso, entró en mi espíritu por mis propios ojos y con una indecible y natural tristeza...

Pausa larga, en la cual Amalia sume sus recuerdos en un largo letalino de amargura

Rolando.—(Suplicante). Sigue, sigue Amalia!

Amalia.—(Suspirando.) Una tarde, como de costumbre, charlábamos juntos en esa ventana... Te advierto de una vez, Rolando, que mi amor para el inspirado artista, si bien se resentía con el tosco rozamiento de las palabras raras salidas de su boca, no había disminuido un ápice en las reconditeces de mi alma... Pero esa tarde, que quisiera sepultar por siempre en el olvido, acertó a pasar por nuestra acera un gamincillo roto, desnudo casi, con el rostro pálido y sombrío. Las huellas del hambre se dibujaban en sus ojeras color de guaria y en sus ojitos sin brillo...—«Caballero, caballero» balbució el gamín con una voz tan débil como la de un enfermo agonizante—al mismo tiempo que se detenía con miedo al pie de la ventana.—«Usté podría regalarme siquiera un *diecito!* No he comido nada en todo el día!» Volví los ojos a Enrique esperando, con la ansiedad de una sentencia de muerte, el solemne mentís que mi novio—en ese instante—lanzaría con toda su alma pura, como purísima la extiende por las cuerdas de su violoncelo, a aquellas mis amigas envidiosas. Pero un frío nervioso se me prendió de la espalda cuando me dijo Enrique:—«Vieras lo que me divierto con estos granujillas!.. Vas a ver, Amalia!» Y sacó de su chaleco un cordelillo rojo y en un extremo ató una moneda de veinticinco céntimos; tomó el cordel del otro extremo y balanceó la moneda por sobre la cabeza del gamín.—«Si la coges es tuya»—díjole con una risa estúpida. El chicuelo entonces, imperceptiblemente sonrió también, y de sus ojos apagados brotó una chispa luminosa como un relámpago fugaz. Extendió sus escuálidos bracitos para atrapar la moneda blanquecina, pero Enrique la retiró, lanzando una grotesca carcajada... Pasaron dos minutos de suprema angustia para el chiquitín y para la delicadeza de mi alma, que abochornada se sentía de su infame complicidad con aquel crimen del artista... Hubo un momento en que temí asfixiarme de iracundia, cuando ya el pequeñuelo quiso retirarse, sin fuerzas y desesperanzado, al son de las toscas risas de mi brutal acompañante... Y ya fuera de mí con el corazón despedazado le arrebaté el cordón a Enrique y le dije cara a cara:—«No haga usted eso, mal hombre!» Y alcé al gamín a la altura de mis brazos, lo contemplé como si fuera un tierno hermano mío, le besé efusivamente sus pálidas mejillas... y puse la infeliz moneda en sus yertas manecitas.

Se queda inmóvil y acezando nerviosamente, en tanto que su primo la mira con cierto orgullo de familia.

Rolando. Bravo! Bravo, Amalia!... Eso hacen las mujeres que guardan en el alma frescas rosas salpicadas con el vivificante rocío

de la ternura... Y qué hizo luego Enrique, ante tu enérgica actitud?

Amalia.—Se atrevió a mirarme con ojos de fiera encarcelada. Le sostuve el infame centelleo de sus ojillos... y altivamente le indiqué la puerta. Dios miraba por los ojos míos... y la bestia humana se lanzó a la calle!..

Rolando.- Que caso más extraño el de este Enrique!.. Alma blanca tiene para el Arte... y alma ennegrecida para el mundo!..

Amalia.—Bien dices, Rolando: quítale el violoncelo de sus manos, y será una ficha despreciable del montón!.. Es uno de tantos sepulcros blanqueados en el cementerio inmenso del desprestigio...

Rolando.—Como los falsos e hipócritas apóstoles, quienes minutos antes de un discurso han maltratado a sus niños y mujer, y luego disertan en la tribuna—con melíflua voz angelical—sobre la santa armonía de los hogares... Como los periodistas de vendida pluma, que sin un rubor en las mejillas, forjan magistrales piezas literarias sobre el honor y la altivez... Como el ridículo campesino, que vestido de elegante americana y pantalones a la moda, se imagina poseer el *chic* y la soltura de los cultos caballeros...

Amalia.—Así es, en verdad, Rolando.

Rolando.—Pero volviendo al artista Enrique, has logrado desvanecer un tanto el grandioso amor que en su compañía soñaste?

Amalia.—Esa ha sido mi mortificante y verdadera pesadilla... Después del último incidente, en el que nos distanciamos por completo, la nostalgia de sus melodías me hacía llorar como una Magdalena. Y en mis interminables noches de insomnio, a veces pensé que fuí ligera en despedirlo; que talvez con un esfuerzo de mi voluntad y apoyada en el sincero amor que le inspiraba, habría podido cambiar el áspero y negro fondo de su alma, por uno de seda albísimo, en donde amorosamente se acurrucaran los ángeles de la bondad...Pero reflexioné y me dije: «El carácter perverso que a los veintiocho abriles no ha sido domado ni con las sublimidades del Arte, tendrá que vivir por siempre—dejando en su camino—una oscura estela de zarzas y de espinas.» Y por eso sufro... sufro y lloro... porque es hermano mío, pero hermano en el alma de su gimiente violoncelo...

Esconde el rostro entre las manos... y llora sin consuelo la eterna despedida del que fué su inmenso y santo amor.

Rolando toma cuidadosamente su sombrero —tachonado de pétalos de rosa—y en silencio se acerca a Amalia. Esparce en su cabellera perfumada el raro *confetti* de pétalos marchitos, y sale pensativo y cabizbajo...

Segundos después, sólo se oye el chirrido de una puerta que se cierra. Y en el tibio ambiente de la estancia, el acezar acongojado de una bella y delicada artista, que llora la muerte de sus albas rosas...

MANUEL SAENZ CORDERO

No se dedica con especialidad a las letras, pero las cultiva con cariño, sobre todo en el campo del Derecho Internacional.

Nació en 1882, y en 1908 recibió el título de Licenciado en Leyes.

Ha ejercido el cargo de Juez Civil, ha dado lecciones de Derecho Mercantil y en 1920 fué nombrado Subsecretario de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores.

Sus trabajos publicados son éstos: *Causas de la Mala Situación Económica*, 1908, tesis de incorporación al Colegio de Abogados; *Los ferrocarriles de Costa Rica*, 1911, Imprenta del Comercio; *Apuntes acerca del movimiento intelectual y artístico de Costa Rica*, 1912, en los Anales del Ateneo; y luego algunos trabajos publicados en distintas revistas, los más en el «Repertorio Americano», sobre asuntos de Derecho Internacional.

ZAMBRANA

Palabras dichas al descubrir el retrato del Dr. don Antonio Zambrana en la Facultad de Derecho de Costa Rica, el 27 de Noviembre de 1921.

Señor Presidente de la República:
Señores:

El Colegio de Abogados de Costa Rica aspira a tributar en esta noche un homenaje de gratitud y de cariño a un viejo Maestro suyo, cuya palabra docta y armoniosa que aun resuena en nuestros oídos, fué fanal de viva luz que iluminó, durante media centuria, a todas

las inteligencias de la República, y un retrato al óleo suyo, que la devoción de sus antiguos discípulos y amigos hizo pintar por uno de nuestros mejores artistas, va a ser colocado solemnemente en este salón de actos públicos de nuestra Facultad de Derecho.

Este modesto pero significativo festival, estaba llamado a formar parte de los festejos que conmemoraron el primer centenario de la independencia de Costa Rica, porque quien quiera que conozca un poco su historia tiene necesariamente que admitir que el arribo a nuestras playas el año 1876 del doctor don Antonio Zambrana, constituye uno de los acontecimientos nacionales del siglo que feneció el último 15 de Setiembre, y no fué sino por motivos que se escaparon a la previsión del Comité organizador del homenaje, que no se realizó en el momento y en la oportunidad por él previstos.

Séame permitido recordar que en la determinación del Maestro de venir a Costa Rica, Zambrana no hizo otra cosa que seguir los consejos de la fama de nuestra tierra solariega, ya que con razón o sin ella, Costa Rica mantuvo durante esta centuria de consolidación continental la reputación envidiable de nación organizada, y que hasta algunos amigos entusiastas suyos que contemplaron en otras partes los excesos de la libertad o de la tiranía, hablaron de la existencia de una SUIZA en América. Pero lo que en todo caso nadie discute es que nuestra Patria fué y sigue afortunadamente siendo, lugar de reunión para muchos hombres prominentes de Europa y de América; no sólo ahora, repito, sino desde los primeros días de su independencia, cuando nuestra vida política y social, por incipiente, carecía de halagos, y el país no podía ofrecer al extranjero culto otra cosa que las incomodidades de un viaje penoso a través de nuestras campiñas y florestas a cambio de un clima confortable y de una vida apenas relativamente patriarcal.

«Presidentes caídos, Ministros odiados, Generales y Jefes vencidos, notables ciudadanos expatriados, recibieron nuestra cordial hospitalidad» y encontraron en el ambiente de la novel y diminuta República, paz para sus corazones y protección y amparo para sus personas y bienes. Para no ir más lejos, ya por el año 33 llegaron al país los Generales LAMAR, GAMARRA y FLORES, todos héroes de la independencia sud americana y compañeros de Bolívar, Sucre y San Martín. GARIBALDI, el héroe de la unidad italiana, ya en camino hacia su glorioso destino tocó en nuestro Puerto del Pacífico; y NELSON, el vencedor de Trafalgar, aunque por otras razones y distintos móviles, remontó el Río San Juan hasta Castillo Viejo, cuyo fuerte bombardeó. Trevithick quien disputa a Stephenson la gloria de haber descubierto la locomotora, proyectó sobre el terreno el ferrocarril a Nicaragua; Hoffman ascendió al Irazú y al Barba; Silater escribió sobre ornitología de Centro América; Gabb, Salvini, Laurance, y cien sabios más fueron heraldos en el exterior, no tanto de la

excelencia de nuestra vida social, como de las enormes riquezas naturales del país.

En fin, para no hablar ya más que de Zambrana, no olvidemos que las guerras de la independencia americana terminaron en Cuba, pero que antes de que llegara el anhelado día en que la Perla de las Antillas asumiera los atributos de su personalidad internacional, y que en la gasa espumosa que corona sus costas risueñas, devolviera de última a la Madre España, el mensaje ultramarino que la primera fué en recibir del glorioso y desgraciado Almirante, ruda fué la pelea. A cada brote revolucionario sofocado, los cantores y soldados de la independencia cubana huían del fiero león ibero para buscar en las playas libertadas del continente, la espada vengadora de sus gloriosos próceres. Y fué así, tras las huellas de los ilustres proscritos que fueron nuestros huéspedes y después nuestros heraldos, que llegaron a esta capital MARTI, ZAMBRANA y MACEO.

MARTI, fue grande entre los pensadores de América pero sólo fue un astro pasajero en la oscuridad de nuestro pasado; ZAMBRANA, en cambio, era una antorcha eternamente encendida en el corazón de la conciencia cívica; y es así como su aparición constituye, como dije antes, uno de los acontecimientos nacionales en nuestro primer siglo de independencia: porque no sólo fué y es un talento extraordinario, sino que en todas las esferas de nuestra actividad política y social, dejó huellas profundas de su personalidad creadora; porque no se contentó con ser grande, y con saber que lo era, sino que como un sol magnífico todo lo que lo rodeaba, a su vez lo engrandecía.

El se dió buena cuenta de que en la idiosincracia de la nacionalidad costarricense había cepa para practicar la República verdadera, y se empeñó con fe apostólica en hacer República.

El comprendió que a la vida intelectual y al desenvolvimiento jurídico del país hacía falta una más clara y exacta visión del Derecho, dió vida al Colegio de Abogados, y a esta Escuela que es su complemento, a cuyas aulas llevó el bagaje de su vasta y sólida ilustración forense, en todas las ramas de esta vasta ciencia; que la vida literaria carecía de un centro cultural y fundó el Ateneo y lo presidió, brindando con ello oportunidad propicia a nuestros más claros talentos para lucir en los Juegos Florales sus facultades poéticas; fué amigo de los pobres con quienes compartió persistentemente sus escasos sueldos; de los menesterosos, a cuyo servicio puso siempre en las veladas sus frases de cristal, y por último rodeado de un grupo de hombres nuevos, marcó nuevos derroteros en la vida de la República.

Mazo formidable a cuyos golpes la roca de las tradiciones monárquicas se desmoronaba, él fué el clarín sonoro de las excelencias de la República como organismo político, y de la democracia

como institución social: él enseñó con la Filosofía la existencia de los derechos naturales e inviolables del hombre, que nacen con su propio sér, sólo de los cuales arrancan los derechos *convencionales* del Estado.

«Hagamos República», exclamaba erguido y admirable de fe. Hacer República es suprimir sobre todo la omnipotencia del Gobierno.

«Por muchas que sean las libertades políticas de un pueblo, la centralización administrativa suprime una que es muy esencial: la de vivir por sí, la del manejo de sus propios intereses, la de la actividad conciente, que sean cuales fueren sus peligros es la gloria y la grandeza del ser racional sobre la tierra.

«El carácter universal de la ley—exclamaba—es lo que le da su grandeza, lo que hace de ella algo de impersonal, de extra humano, por decirlo así, como si en vez de ser artificio nuestro, fuera un oráculo de la naturaleza cuando es deveras la expresión del derecho una fórmula de la gravitación social, un eco de la conciencia humana; quien quiera que la encuentre y que la fije, no es la obra de este individuo o de aquel, no queda encerrada en los límites de una frontera, no cabe bajo los pliegues de una bandera nacional; tiende su vuelo sobre las barreras que separan a los hombres, y forma parte un día u otro del acervo de la civilización»...

La idea y el sentimiento de la patria—decía—nacen ciertamente en lo más hondo de la naturaleza humana, y por impulso lógico suyo, amamos con invencible amor la tierra en que nacimos, y el pueblo de que formamos parte; estos impulsos son formas del olvido de sí mismos y del sacrificio de los intereses egoístas, nobles y hermosos por lo tanto, pero el patriotismo mal entendido puede convertirse en una especie de ensimismamiento, de miseria egoísta y de miserable avidez, si pretendemos que nuestra patria, por ser la nuestra, valga más que las otras; si ponemos en ella las vanaglorias pueriles y los apetitos desordenados de fama sin fundamento y de prosperidad a costa del derecho ajeno.

Una ignorancia digna de risa cuando no de llanto, repetía siempre, es la que hace imaginar a muchos que la panacea que estos pueblos necesitan se compone de dos drogas: la que ellos llaman LIBERTAD DE IMPRENTA que es el desenfreno de la procacidad, y lo que llaman SUFRAGIO LIBRE, que consiste en que ellos y sus amigos manejen el país...

Pero a qué seguir espigando en los vastos é incommensurables dominios de sus prédicas escritas o verbales. Sería no acabar; y de otra parte, éstas y otras ideas, por generalizadas hoy, suenan ya a clarines lejanos, no así en aquellos tiempos de gobiernos dictatoriales y de democrática ignorancia. Entonces las multitudes sedientas de libertad y de justicia, al oirle lo aclamaban, porque veían cristalizados en forma autorizada y elocuente, ideas y sentimientos íntimos que

nadie les había dictado, pero que sin embargo adivinaban intuitivamente como ALGO que si no existía ya en alguna parte del mundo, se debía necesariamente inventar para hacer más digna y llevadera la existencia trashumante de los hombres y los pueblos.

¡Ah! la obra de Zambrana en Costa Rica no cabe en los broqueles de un artículo sintético y festinado, ni es para ser escrita por una inteligencia oscura como la mía; ella necesita un marco de oro esculpido por un artista genial con las perlas preciosas que él dejó regadas en el propio campo que fué testigo de los más fecundos momentos de su vida.

Pero no fué sólo en Costa Rica a donde el Maestro triunfó. En Chile, la nación pujante del Sur, que es el centinela meridional de nuestra raza, los intelectuales lo incorporaron a su Ateneo, y en México fué nombrado Presidente del Liceo Hidalgo, el primer centro cultural del país. En los Estados Unidos estudió el rodaje práctico de la primera democracia del mundo, y en las Cortes monárquicas de España fué el abanderado de las aspiraciones libertarias de su Isla querida, que lo honró en esa elocuente forma, brindándole deliberadamente ocasión singular para cultivar su espíritu en el trato con los más claros talentos de su época en España y Francia; tales, Hugo y Castelar.

Periodista, orador insigne, catedrático, magistrado, diplomático, legislador y político, Zambrana llena un período entero de nuestra historia; es una cátedra ambulante que con su poderosa imaginación todo lo abarca; pero los dos cultos de su espíritu han sido la democracia y la libertad. Digo mal porque tuvo otro, el culto a Costa Rica.

¿Quién como él para exaltar poéticamente nuestro pasado pastoril, que después echó de menos, a donde la vida como una nueva Arcadia no conocía otro lenguaje que el de la sinceridad, ni otro documento que el de la palabra dada? Quién como él para vincular el ciudadano presente a su propio pasado y para despertar en él un estado orgulloso de conciencia cívica?; para exaltar el culto a nuestros propios héroes, cuyos hechos, «por su carácter, por la causa de la pugna, por las virtudes de los que combatieron y por el resultado que pendía de la victoria, nada tienen que evidiar a las anécdotas legendarias de un Guillermo Tell, que han dado tema a los poetas más nobles del mundo...»

Tengo el placer en declarar—dijo en una ocasión memorable—como hombre que no ha adulado una sola vez en su vida a un hombre ni a un pueblo, que fué singularmente bello vuestro papel en la campaña del 56; que disteis las victorias más cumplidas y los héroes más altos al común esfuerzo, que vuestro Cañas es una figura seductora que recuerda al Hoche de los franceses y al Sucre de los sudamericanos: que vuestro José Joaquín Mora, si no famoso por grandes talentos militares que no había tenido oportunidad de

cultivar, lució condiciones distinguidísimas de inteligencia y de carácter, capaces de llevarlo con prestigio, y con prestigio conservarlo desde su nombramiento hasta los últimos días de la guerra, al frente de todo el ejército centroamericano: que vuestro Presidente de entonces, el ínclito don Juan Rafael Mora se destaca en medio de la crisis como símbolo perfecto de aquella democracia purísima, como centinela desvelado de la Patria, como guardador integérrimo de la confianza en él por vuestro pueblo depositada; que fué símbolo cabal de aquella Costa Rica sufrida, resuelta, heroica, generosa, que si ni en aquella época ni ahora gusta de arrebatos líricos para expresar la fraternidad centromericana, dió en aquel momento extraordinario testimonios bien elocuentes de sentirla...

En 1911, hace de esto ya diez años, una sentencia del Tribunal de Casación, del cual el Maestro era parte, acarreó a aquellos honorables jueces una acusación ante el Congreso, a la cual éste le negó el pase, no sin que en las discusiones previas alguien calificara el fallo de ilegal. El Maestro después de defenderse con altivez, presentó la renuncia de su cargo, que el Congreso aceptó, elevando entonces también la de sus Cátedras en la Escuela de Derecho, y anunció a sus amigos su resolución de abandonar el país. Fueron vanas todas las argumentaciones y los ruegos que se le hicieron en contrario. La misma Cámara votó un decreto reconociendo sus «valiosos servicios prestados al país» y asignándole al propio tiempo la suma de cuatrocientos colones mensuales mientras residiera en Costa Rica: pero él quería irse y apesar de todo se iría.

La despedida que la Capital, porque fué la Capital, le hizo, resultó verdaderamente imponente; y el Maestro se fué acaso para siempre...

Ya para concluir, deseo hacer presente que el brioso revolucionario, que tiene puesto de honor entre los patricios de la nacionalidad cubana, cultivó después de la pelea los más nobles sentimientos de amor a nuestra común Madre España, a quien mucho antes de la fecha memorable a la cual se retrotrae este homenaje, que todos celebramos con regocijo, que no entraña odio a ella, volvimos los ojos cariñosos para recordar que es España una prolongación de nuestra América y algo en consecuencia que forma parte de nuestra propia historia.

Zambrana lo dijo con su proverbial elocuencia cuando en ocasión del centenario del Quijote, se reconcentró por un instante para dirigirle aquella memorable oración: «Oh España, nación de héroes, nación de mártires, nación de paladines; nación de idealismos sacros; nación tanto de soldados como de poetas invencibles; en este rincón humilde del mundo que tu audacia sacó de las tinieblas, estos tus hijos respetuosos al recordar al hombre que basta para hacerle igual a las más altas de las naciones cultas, como los hombres de Lepanto

y Zaragoza bastan para hacerle igual a las más bravas, se inclinan ante tu nombre, besan con el pensamiento tu bandera y la tremolan enorgullecidos, sin abandonar la suya, como símbolo de honor limpio, de gallardía de empeño y como cubierta y envoltura del libro imperecedero que si el ingenioso hidalgo en algún modo te simboliza es porque recuerda la fe y el brío con que has pugnado, estando en ocasiones memorables dispuesta a abrirte las venas por lo que hace hermoso, lo mismo la vida que la muerte, la devoción a lo ideal, ya hagan retroceder tus hijos al Africa que se venía sobre Europa, ya sujeten con clavos de oro tus oradores y tus poetas la atención y el respeto de la Historia, ya domen tus navegantes y tus soldados la espada del Atlántico para colocar sobre la cumbre de los Andes la Cruz del Nazareno.»

Señores: Honrar la memoria del Doctor Zambrana, como lo hacemos ahora, es enaltecer a la República, es pagar una deuda de gratitud y de amor que Costa Rica tiene contraída con él, es llevar a su cabeza cubierta con las nieves de las altas cimas un poco de calor, y a su corazón razonablemente dolorido, el rocío de una alborada que deje caer sobre él las flores polícromas y olorosas de los jardines prodigiosos de nuestra fecunda tierra tropical, que él se empeñó en hacer suya, pues harto sabía que era generosa el alma de sus hijos, y siempre tendrían una arpa eólia para entonar un himno al viejo cóndor, que en su vuelo luminoso a lo largo de los Andes, fué heraldo de progreso, lucha y libertad.

LA FIESTA DE LA RAZA

(12 de Octubre de 1921)

Es de allá de España de donde nos piden a todos los de la América que no callemos en este día. Y si, España así lo quiere, ¿por qué no complacerla? Por qué no renovar anual y perpetuamente el tesoro de recuerdos que nos trae a la memoria el aniversario de esta fecha gloriosa que marcó época, no sólo en sus destinos y en los de nuestra América, sino en los del mundo entero? Tienen estos cumpleaños, lo mismo para las razas que para los individuos, la virtud extraordinaria de provocar una mirada retrospectiva, y en consecuencia, una liquidación moral de cuentas.

Debe ser por eso que España quiere que los representantes espirituales de más de sesenta millones de seres de habla castellana, a quienes los viejos pendones de León y de Castilla cobijaron bajo sus pliegues, promuevan, cada uno en la medida de sus capacidades, el festival de la raza; y que los niños, nuestros niños, vivan y crezcan en el ejercicio de estas prácticas saludables, que robustecen y

ensanchan las simpatías de pueblos y de continentes, que por tener un idioma común están mejor preparados para comunicarse y entenderse, que al tener un pasado común, se complacen en recordarlo y comentarlo al calor solariego de la lumbre, que robustecen su espíritu con el ejemplo de sus mayores, y así, sin quererlo y sin sentirlo, modelan en esos patrones su voluntad de ser como ellos y de revivir con sus hechos su pasado.

Es por esto que los festejos que en este día se celebran entre nosotros, no son un simple retozo de nuestra voluntad placentera, sino una fiesta superior del espíritu hispánico, que va tomando fuerza a nuestros ojos, a medida que el tiempo pasa y nuestros sentidos se perfeccionan; y que al someterse a las leyes inmutables, que hasta ahora se escaparon a nuestra penetración, reacciona sobre las fuerzas colectivas de la raza para que cumpla, como antaño, en forma eficiente, sus futuros destinos.

Es un axioma ya en la sociología moderna que las agrupaciones étnicas como la nuestra, deben tener, tienen que tener, una razón superior de ser, como los astros y las constelaciones enfilados en vía láctea; que para convenir en ello basta recordar la obra exclusivamente española realizada en los siglos que fueron, y el aporte de recias energías y de iniciativas estupendas incorporado a la obra colectiva de la civilización. Si no estuviera la historia pletórica de ejemplos, sería necesario suponerlos; pero todos sabemos que hay una tradición española de heroísmo y bizarría, porque es característica de España ésto de los caracteres fuertes, del culto al valor y del homenaje a los ideales.

Por algo es la tierra de los Grandes Capitanes y de los soldados indomables, de los legisladores sesudos y de los reyes sabios, de los artistas geniales y de los poetas incomparables; que coronando el marco de aquel cuadro refulgente, vive y perdura como fuerza creadora de entusiasmos y energías, la epopeya gigantesca de descubrir y colonizar un mundo, que trajo al acervo de todos los conocimientos de aquel siglo, de todos los prejuicios y las supersticiones de aquella época, el mensaje de una ciencia nueva y el triunfo de aquella fe de España en Dios, que sigue siendo fuente inagotable de civilización.

Es que aquellos conquistadores no se formaron del acaso, sino que fueron el fruto de una época heroica de locuras y sacrificios que al cumplirse fatalmente, modeló aquellos tipos férreos que América necesitaba. He aquí, por qué España es una prolongación de nuestra América. Borradla del recuerdo y América quedará mutilada; porque Ella como la Patria, no es sólo lo que es, sino lo que fué y lo que está llamada a ser, y nuestro pasado, nuestro gran pasado, es español, y vive en España. Allá están todas nuestras reliquias amadas y todas las fuentes de nuestra propia cultura: aquella

Granada de los Reyes Moros, la Explanada y el Convento de la Rábida, los mandobles de Cortés y de Pizarro, los manuscritos de la oda, la égloga y la elocuencia hispánicas, y siempre simbólico, errante e incorregible, aquel Caballero de la triste figura que vaga de América a España y de España a América en busca siempre de molinos de viento contra quienes topar su vieja lanza defensora de nobles y generosos ideales.

Y el reflujo espiritual, el que nos viene de España, continúa como antes incesante, porque América no es sólo la tierra pródiga y el campo propicio a todas las actividades de la humana inteligencia, sino también fuente inagotable de enseñanzas y recuerdos espirituales. Aquí está México el de la civilización azteca, en su capital se juntaron Cortés y Moctezuma, es decir: dos hombres representativos de dos mundos y dos civilizaciones. Sobre aquellos montes y valles escribió Ercilla su AURACANA; y están allá los campos de Carabobo, de Junín y de Ayacucho... y cuando el alma extasiada ante la contemplación de tanto recuerdo vuelve en sí, ve en el horizonte la estela de las carabelas legendarias surcada por los grandes trasatlánticos, en que la humanidad sigue viniendo necesariamente hacia nosotros.

Pero que sean los españoles quienes nos hablen de las emociones que América les inspira, y que digan si el progreso visible de ésta, responde o no a los viejos prestigios de España, y si en el contingente intelectual y material de fuerzas nuevas que aporta a la reconstrucción del viejo solar castellano, enfila o no las iniciativas de la raza al cumplimiento de sus futuros destinos.

Reflexionando es como comprendemos mejor que entre América y España hay algo imperecedero, algo que perdura por encima de nuestra voluntad y nuestra inteligencia; es el alma entera de la raza; es la ley de las afinidades que nos señala una vida común, interrumpida apenas un instante en el calendario de los siglos.

Hemos cometido muchos errores y los seguiremos cometiendo. Es que los hombres somos inferiores a los acontecimientos en los cuales sólo cumplimos el papel que éstos nos imponen. Pero ¿a qué, sino a rectificar esos errores colectivos viene un nuevo estado de conciencia hispánica que nos está impulsando a restablecer la unidad material y espiritual de los pueblos de habla castellana? Nunca tanto como ahora parece necesario este mensaje de España, porque la armonía Latino Americana, que sólo ha existido en la fantasía de los poetas y los cultivadores del ideal ofrece en todas partes grandes motivos de inquietud. América nos inspira la idea de ser incapaz para abordar sus problemas locales, y con más razón para armonizar y resolver los problemas continentales, tan varios como complejos. Pero quienes se dan cuenta de estas cosas, con fe evangélica, nos hablan de una fiesta de la raza todos los años, y una corriente de opinión que se establece insensiblemente, pero que se establece, va

preparando un nuevo estado social de cosas que se dirige a darle vida efectiva, luminosa y razonable a los hombres del porvenir.

Que esta iniciativa noble y tendenciosa, no permanezca reducida al campo de las ideas fecundas que el verbo y la literatura exaltan en las esferas de la intelectualidad racial, sino que fructifique en el corazón de cada individuo en resoluciones de servir noblemente al país en el cual tuvo el privilegio de haber nacido.

Es desde este punto superior de vista que nos asociamos a este universal regocijo, y que presentamos nuestro más fraternal saludo, en esta fecha memorable, a todos los pueblos de habla castellana.

ROMULO TOVAR

Rómulo Tovar nació en San José el 17 de febrero de 1883.

Cultiva la literatura filosófica. Un cuento suyo, un paisaje, cualquier brote de su pluma, tiene un poco de pensamiento. Como periodista es admirable a veces; trata los asuntos con profundidad y fuera de las ocasiones en que divaga, su opinión es considerable. Es abogado y trabaja con cariño en su profesión. Pero por encima de todo, es un pensador. Vale apuntar aquí que pertenece Tovar a esta brillante tercera generación integrada en su mayor parte por sinceros trabajadores en estas cosas del espíritu, hombres orientados los más de entre ellos, ansiosos siempre de adquirir una verdadera cultura intelectual. Nos complace afirmar ésto, tanto más, porque confirma nuestro concepto de que en Costa Rica la bohemia es planta exótica y que más bien aquí se estudia y se trabaja seriamente.

Ha publicado Tovar varios libros: *Don Mauro y el Problema Escolar Costarricense*, 1913; *Hércules y los Pastores*, 1914; *De Variado Sentir*, 1917; *De Atenas y la Filosofía*, 1920.

COMO MATA JACOBO

Ha cumplido sus diez años, Jacobo. Es pequeño para la edad que tiene: es pálido, con palidez de niño enfermo y triste: es flaco. «Perro hambriento», le dicen los otros muchachos que no le quieren. Viste harapos, anda con el pie desnudo en el suelo. Es interesante la cara de Jacobo: la frente se le va hacia atrás como si una inmensa

fuerza la empujara; mira con perezosa languidez. Pero cuando la ira se agarra de su corazón, entonces hay que temer su mirar relampagueante. El cabello se amontona en su cabeza en un desorden salvaje.

Jacobo mata con maneras que son suyas propias. ¿En dónde ha aprendido ese arte de matar?

El no roba nidos; las cosas que no son susceptibles de sufrir un dolor carecen de interés para él, pero con sus dedos, recios y fuertes como tenazas, aplasta la cabecita de los pájaros recién nacidos y luego se oculta y aguarda con paciencia de felino el regreso de la madre de las avecillas muertas. Así completa su infernal deleite, con las manifestaciones de la hembra que encuentra a sus hijos muertos aun cuando ella traía su corazón alegre.

Jacobo no persigue las mariposas por la belleza de colores de sus finas alas. Si logra atraparlas, pincha con un alfiler los grandes ojos de ellas, o arranca las patitas una a una o en un arrebato de crueldad les desprende de un golpe las alas que se deshacen en sus manos.

Tampoco aplasta los gusanos: los clava con espinas al tronco de los árboles o los arroja sobre las brasas del hogar y se complace en ver como se retuercen los animalitos. Y ríe haciendo una mueca tan fea que recuerda alguna horrible figura de pesadilla, o el gesto de un ídolo de piedra indígena, informe y grotesco.

Una vez Jacobo llevó hacia la montaña al perro de un amigo de su padre y lo colgó de la rama de un árbol. Buscaron sus dueños al animal, porque entretenía con sus juegos a uno de los chiquillos de la casa; no lo encontraron. Sólo Jacobo sabía en donde estaba el perro y durante varios días fué a la montaña por ver como moría su víctima.

¿Qué divinidad habita en el corazón de ese muchacho?

—Tendrá mal fin, tendrá mal fin!—observa la vieja Isaura que le conoce porque lo vió nacer.

La vieja Isaura avanza por la vida con una tan gran fe que muchos años se quebrantarán al golpearla antes de que ella muera.

Dentro de quince años acaso, ella, al andar, se apoyará sobre un bordón luciente de color amarillo; apenas verá entonces; al hablar, pocos serán los que comprendan sus palabras. Y, con todo, cuanto ella diga será evangelio. Se dirá que posee el don de revelar los secretos del futuro, y cuando hable del pasado, se dirá que lo hace desde el altar mayor del templo.

Está Jacobo en el presidio. Se habla de él; la vieja Isaura oye el nombre.—¡Ah! ¡sí!, lo conozco muy bien. ¡Pobre muchacho! Cuando niño era cruel: martirizaba a los animales y a los niños. «Jacobo el Verdugo», le llamaban. ¡Dios lo favorezca!

SI SERÁ UN MUERTO?

Es sordo este hombre. No sé de qué dolencia sufrió alguna vez; es lo cierto que desde muchos años atrás ya este hombre no oye. Al principio debió sufrir hasta la desesperación. Cuando se dió cuenta de la gravedad de su desgracia y comprendió que se le condenaba a un cruel aislamiento en el mundo ruidoso, pensó en matarse; mas, no era de ánimo cobarde y la costumbre fué haciéndole aceptable su defecto.

¿Y quién le niega su pena? Hélo ahora frente al tormentoso y rugiente mar. Está la fiera iracunda, forcejea como si fuera a desmoronar las montañas y grita como si todas sus olas fuesen un rebaño de leones, o se lamenta como Job. Quien le contempla se siente dominado y hasta engrandecido ante aquella cosa formidable. Y este hombre ve hoy por primera vez el mar y no se emociona: no comprende su poder, no entiende su lenguaje. Su vasta perspectiva despierta en él un leve pensamiento de infinito. He aquí el corazón de un hombre y el mar frente a frente como dos desconocidos.

La noche no tiene para él sentido alguno. El misterio de la noche está todo en su religioso y divino silencio; para entender su secreto, es necesario haber vivido el día entre el ruidaje de los talleres, de los mercados y de las calles. El silencio de la noche es una cierta compensación para el espíritu. Y este hombre aun cuando supiera estas cosas no sabría cómo explicarlas, si todo pasa ante sus ojos como sombras proyectadas en un lienzo.

Hay muchos pájaros entre los ramajes del jardín, pero ellos no cantan para él. La Naturaleza se ha sustraído a su inteligencia en varias de sus más preciosas virtudes.--¿Por qué?

Alguien llora: él ve, pero le está vedado el encanto de participar en la emoción ajena.

A su alrededor se ríe. Ahora está medroso. ¡Pueden reirse de él!

¿Y si es su vida un eterno suplicio? ¿A qué Dios indignó este hombre, que tan severamente es castigado?

Un día recibe el sol en el jardín público. Hierve aquello en niños. Juegan: ¿juegan estos niños silenciosamente?

De entre ellos, uno, que parece más audaz, se acerca al hombre. Quizá desea referirle una historia; acaso le está proponiendo preguntas finas, ingeniosas, atrevidas. Y el niño comprende al cabo que aquel hombre no le oye. Le mira con gesto interrogativo; luego se aleja entristecido, como presa su alma de miedo.

—¿Si será un muerto?

Tal vez en el interior de este hombre, su alma aulla de rencor, y ésta será la única voz que escuche en el hondo y mortal silencio de sus días.

TAMBIEN LOS NIÑOS

Recordáis haber amado en los días de vuestra infancia—cuando la vida es risueña y alegre como una mañanita de diciembre—a alguna persona mayor en edad que vosotros, haberla querido con un cariño intenso, que no habríais explicado entonces, y a quien llamábais con ese dulce nombre de «mi novio» o «mi novia»? ¿No recordáis ahora cómo sufría vuestro pequeño corazón cuando algún extraño se acercaba a la persona amada y ésta parecía como olvidaros por un instante para cuidarse de los otros? Es un gran coraje el que agita las entrañas del niño enamorado, se quisiera ser «grande» entonces para defender aquel adorable tesoro que el niño no escuda sino con su delicada pasión. Es como un amor pendiente de un fino rayo de luz; como aquellos prisioneros que el árabe caprichoso ataba con un hilo de seda.

El pequeño Rogelio se había prendado de su tía Nelly. Rogelio era el príncipe de la casa; acababa de cumplir los seis años y era de verdad una preciosa criatura. Su semblante, de una suave palidez, se iluminaba en una delicada e indecisa luz melancólica, venida de la hondura de sus hermosos ojos. Estaba enamorado de Nelly, seguramente, la mejor de todas las damas que él conocía, y en verdad, no era mal el gusto del chiquillo.

Creo que la señorita Nelly experimentaba algo así como un cierto orgullo dejándose querer por su bello sobrino. Por lo demás, era aquel amor inofensivo y agradable al mismo tiempo; un juguete de amor, mejor dicho: como quien se entretiene en formar una tempestad con las aguas dormidas y perfumadas del estanque de un jardín. En la casa se llamaba a Nelly «la novia de Rogelio», y era ella quien le vestía, le rizaba los cabellos, le ponía como un rey, le llevaba a paseo y le dormía sobre su regazo virgen contándole leyendas infantiles. Jugaban todos con la amorosa devoción del niño. ¡Pero los hados son crueles! Pronto sorprendió el destino a quienes se complacían con imprudente encanto en el tormento del tierno corazón de un hombre!

Para mayo, que es cuando las rosas alegran los días de las doncellas, Nelly hizo su matrimonio con un joven extranjero, el señor Herder. ¡Qué de fiestas las que con ese motivo se celebraron! ¿Conocéis vosotros de bodas suntuosas? Pues figuraos algo mucho mejor. La casa parecía un palacio fantástico: flores y luz por donde quiera; flores y luz en derroche opulento. Lucían las damas lujosos trajes y los caballeros disputaban en gallardía y en elegancia cortesana. Fué así, acaso, el matrimonio de la Cenicienta.

Al final de la ceremonia religiosa, amigos míos, cuando ya casi toda la concurrencia había rendido su homenaje a los jóvenes

desposados, sucedió algo, que es como el terminar inesperado de una tragedia. Rogelio estaba con una de sus hermanas mayores en un departamento interior. Sus otros hermanitos dormían serenos en sus cunitas blancas; tan sólo él quiso resistirse por ver como pasaban las cosas. Su hermana se empeñaba en dormirlo sin conseguirlo; a veces, se le huía de las manos y desde la puerta de la estancia miraba, en la perspectiva teñida de blanca luz, con asombrados ojos, las damas en ricos trajes ataviadas y los caballeros de negros vestidos, como personajes de un teatro, si es que podemos interpretar así el pensamiento de un niño. Insistentemente preguntaba a su hermana «en donde estaría Nelly» y se dijera que sollozaba en secreto. En un momento en que la niña que le acompañaba se dejó vencer por la fatiga, el muchachillo se escapó furtivamente y se dirigió hacia los salones en donde se hacía la fiesta, en busca de Nelly, como en otras noches en que la reclamaba para que le durmiese con la cadencia vaporosa de un cuento infantil. Y como la encontrara, fué presuroso a ella y dejó caer anhelante su cabecita de oro sobre el regazo de la novia, como una estrella en el ampo de nieve deslumbrador que era el traje nupcial.

La señora Herder, acarició con su mano de seda la blonda cabellera de su pequeño adorador y algunas afectuosas y tiernas palabras dijo, una insistente pregunta quizá, a la cual el niño no respondía.

La joven sintió el cuerpecillo de Rogelio estremecerse y como ella creyese que sollozaba, intentó levantar la cabecita del pájaro entristecido.

—¡Rogelio!—Le llamó casi en un grito de terror.

Su esposo se apresuró a levantar en sus brazos al niño, y sintió como que se desfallecía en ellos. ¿Habéis escuchado algún canto que os dé la sensación de algo que languidece y se apaga?

Regelio estaba muerto; había muerto tan en vago silencio como una de esas harmonías que en el aire se pierden.

Cuando llevaban el cadáver de la criatura, alguien dijo con un acento emocionante:

—También los niños mueren de amor.

¿Fué un joven o fué una doncella quien dijo estas palabras?

ROBERTO VALLADARES

El 27 de agosto de 1920 murió Roberto Valladares, de manera trágica.

Era uno de los hombres verdaderamente idealistas; temperamento exquisito, nervioso, hiperestésico, fué él quien en Costa Rica pudo y supo vivir una «bohemia» sincera y amable. De muy joven se reveló como inquieto innovador en su libro *Flauta Ingenua*, 1908, que provocó gran revuelo en el país. Recluido siempre, apartado en la soledad de su romanticismo idealista, casi esquivó por muchos años la amistad de los hombres. Su vida,—singular en Costa Rica—, fué su mejor poema: extraña, compleja, llena de zozobras y de anhelos imposibles, y sin embargo, sencilla para él que era un iluso.

Optimista, pero con ese optimismo del Quijote, absoluto y fantástico, era para Roberto el mundo «una mentira con los ojos azules».

Después, su mismo quijotismo lo hizo formar un hogar y allí comenzó a juntar su visión imposible con la vida. Dos hijos, muy niños aún, arraigaron su mente al mundo y le hicieron dedicar su esfuerzo activo a la realidad fecunda del mundo. De aquí arranca su «segunda época» y desde aquí comienza a transformarse el *bohemio incorregible* en hombre de acción. Preocupado por las cuestiones obreras, había dado—como siempre lo hizo—, todo su corazón a la empresa redentora. Fundó la Federación Gráfica Costarricense, que ya tiene vida estable y echó los cimientos a esa otra gran obra que ha de evolucionar en los destinos de la nación: La Universidad Obrera. Entonces es cuando aparece el signo inflexible de la muerte, y el soñador idealista que comenzaba a «vivir

en serio», que comenzaba a ejercitar su talento y su corazón en el bien de los hombres, se va, allá donde lo esperan sus hermanos líricos Julio Herrera Reissig y Goicoechea Menéndez, que han de haberlo recibido en su gracia.

EN EL REGAZO DE LA TIERRA

Echado sobre el césped florecido
aspiro los vapores de la tierra
maternal... una ráfaga de vida
purifica mi espíritu... Anhelo
confundir con el alma de las rosas
mi alma...

El Silencio augusto, el Sol lejano
y la sombría quietud de la llanura
hablan... y mis pupilas interiores
sienten la incomparable maravilla
de las cosas lejanamente mudas.
Y en oración a la Tierra
fecunda, le ofrendo mi silencio...
Una emoción extraña
el ritmo de mi sangre
aviva... y en el confín
el Sol apenas deja rojos lampos...

EN MI REINO INTERIOR

Porque acaricié una tarde a un falderillo
cuyos ojos, por el hambre, eran sin brillo,
revelantes de una pena honda y remota
entre burlas se dijeron: *es idiota.*

Y me miran con temor y con recelo
si contemplo con unción el cielo...

Y las gentes me juzgaron vagabundo .
porque arrastro mi tristeza de errabundo.

En vano... Yo vivo en un Reino Interior
cual viviera encastillado un gran señor...

SOLEDAD SONORA...

Oh, Soledad sonora;
poblada de intensas y eternas armonías!
como en ti ya no existe el concepto de la hora
ni se cuentan los meses ni se saben los días...

En ti el alma embrujada
por las músicas vagas de tus fuentes ocultas,
siente una honda piedad por las almas incultas
que ignoran tu universo, donde cree que es la nada.

Aquí las flores cantan sus baladas y riman
sus estrofas de seda, en fragante lirismo,
y las cosas se animan
filosofando el tema de su grave estoicismo.

Tiene el agua un acento
que el alma sólo escucha en tu huerto sellado...
pasa la onda charlando en un sabio comento
leyendas de otras épocas e historias del pasado.

En tu seno al amparo de la humana aspereza
yo he soñado un mundo de fraternal dulzura,
donde existiera un culto a la eterna belleza
y un sacerdocio único: el de la cultura.

Oh, almas indiferentes,
¿no sentís las fragancias que despide este huerto?
¿No os invitan sus frondas, a burlar las ardientes
Soleadas del mundano, anchuroso desierto?

Pasáis junto a la fuente
con labios sitibundos, sin acercaros a ella;
quién sabe si el cristal, de sus ondas, clemente
os descubra el ausente fulgor de vuestra estrella.

Oh, Soledad que adoro!
Sonora Soledad poblada de armonías!
en tu reino al silencio, oí su plática de oro
y cantan redidivas, las ilusiones mías
y mis ideales todos en vigoroso coro!

TOBIAS ZUÑIGA MONTUFAR

Ha cultivado a ratos la literatura. En 1907 recibió su título de Abogado y no ha dejado de ejercer su profesión sino para ocupar temporalmente algún puesto público. Así, fué diputado a los 23 años, en tiempo de la Administración Esquivel; Delegado en 1912 del Congreso de Costa Rica a las fiestas del Centenario de la Cortes de Cádiz; Encargado de Negocios en El Salvador y Secretario de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores en 1918. Además, es miembro de varias Corporaciones importantes.

Sus obras publicadas son: *Misceláneas,* recopilación de prosas y versos de Pío Víquez, con un estudio literario, 1903; *Castelar,* conferencia, 1903. *El Problema del Pacífico,* estudio de los puertos del litoral del Pacífico y del punto terminal del ferrocarril interoceánico, 1904; *Tribunal y Recurso de Casación,* estudio jurídico, tesis de abogado, 1908; *La Verdad Histórica,* estudio político de la evolución de setiembre de 1919, 1922; *El Contrato Pinto Greulich y el Estado,* estudio jurídico de una concesión petrolera, 1922.

RUBEN DARIO

Cuando Rubén Darío, en la plenitud de la vida, abandonó, en incierto viaje de aventuras, sus tierras solares, donde al amor de sus lagos había cantado las garzas blancas y garzas morenas, iba repitiendo por el mundo, con nostálgicas entonaciones, la clásica frase que cristaliza, más que la ingratitud de los pueblos para sus hombres

de genio, la superioridad individual al medio ambiente de cultura en que nacieron: «nadie es profeta en su tierra».

Y al volver al regazo natal de Nicaragua, coronada la frente apolínea por el prestigio universal, era ya el gran profeta, consagrado por su pueblo después de la consagración de una raza, que iba a morir a la ribera de sus lagos y bajo el sol de sus amores, como un príncipe glorioso conquistador de vastos imperios en lejanas tierras.

Pompas, ditirambos, fúnebres oraciones, salmos, elegías, campanas que lloran, flores de cariño, músicas de requiem, liturgias episcopales, civiles procesiones, el alma selecta de la Patria rindiéndole pleito homenaje a la vera del sepulcro, después de haber colmado de postreras bendiciones y ternuras su lecho de muerte.

¡Gran emperador que moría sin otro cetro que el poder de su mágica palabra!

¡Gran pontífice en la Iglesia del Arte, sin otra tiara que la de su cabeza esclarecida!

No tuvieron muchos hombres de genio la misma ventura, la suprema felicidad de este mago de la palabra en las horas de agonía ni al tramontar las regiones de la Eternidad.

Su nombre había llenado por un cuarto de siglo, en ondas magistrales, las tribunas de las letras hispanoamericanas.

En el Boulevard de los Inválidos de la Ciudad Luz, en el regio salón lírico del quinto piso, donde el Carlomagno de la poesía, Leconte de Lisle, presidía el cenáculo parnasiano con la asistencia de los iniciados Catulle Mendés, François Coppée, Villiers de l'Isle Adam, Luis Menard, José María de Heredia, León Dierx, Armand Silvestre, Sully Prudhomme y demás devotos de la secta, se unían, omnipresentes, en sus espíritus, en el pasado, presidiéndoles, el alma inmensa de su divino precursor, el sacro cesáreo Víctor Hugo, dios del pensamiento que está en el cielo del Arte, santificado; y en el futuro, en el viejo y nuevo mundo de las hispanias, el espíritu de Rubén Darío, que vagando por el ambiente de luz astral del Parnaso, recogía las magníficas orquestaciones verbales de la hechicera lengua de Lutecia, para inundar después de innovadoras armonías la lírica hispanoamericana.

Víctor Hugo fué el precursor, el dios creador de las nuevas formas literarias que rompieron los clásicos decires y pensares de la Francia inmortal; y Rubén Darío, arrancando los secretos del verbo innovador, los sustituyó con las melodías de su tropical inspiración en las viejas prosas tribunicias de América y de España y en las monótonas y por largos siglos estacionarias rimas del habla castellana.

Si Leconte de Lisle brillará siempre al fulgor de Hugo,—al decir de Darío—, Darío brillará siempre al fulgor de Leconte de Lisle, por mucho que, como él mismo lo confirmara, hubiera cedido a otras vigorosas influencias de antaño y de la modernidad.

«¿Qué portalira de nuestro siglo—dijo Darío—no desciende de Hugo? ¿No ha demostrado triunfalmente Mendés—ese hermano menor de Leconte de Lisle—que hasta el árbol genealógico de los Rougón Macquart ha nacido al amor del roble enorme del más grande de los poetas? Los parnasianos proceden de los románticos, como los decadentes de los parnasianos. «La leyenda de los siglos» refleja su luz cíclica sobre los «Poemas Trágicos, Antiguos y Bárbaros». La misma reforma métrica de que tanto se enorgullece con justicia el Parnaso, ¿quién ignora que fué comenzada por el colosal artífice revolucionario de 1830?»

Por lo mismo, la revolución hispano parlante de Rubén Darío nace indirectamente del romanticismo hugueano, pero arranca inmediatamente del pontífice del Parnaso, Leconte de Lisle.

Miguel de Cervantes Saavedra, Teresa la Santa, Gracián, Don Francisco de Quevedo y Villegas, Góngora, entre los españoles, según su propio decir, saturaron su espíritu de viejas armonías y pensamientos seculares; Gautier, Flaubert, Varlaine, Mallarmé, los simbolistas como los decadentes, diéronle matices diversos a su genio; pero fué el sumo sacerdote Leconte de Lisle, con sus «versos de bronce, versos de hierro, rimas de acero, estrofas de granito», quien engendró, dándole la sangre, el hueso, la méduia y el inicial arranque al portalira del modernismo hispanoamericano.

El mismo amor del Jefe del Parnaso a la belleza helénica, en la cual encuentra la fuente caudalosa de la inspiración artística, se plasma en las obras perdurables de Darío. Y cuando no es la Grecia clásica de los dioses inmortales la que refleja su majestuoso panorama en las concepciones estelares de Darío, cuando no es la trompa épica de Homero la que repercute en las vibraciones de su tricorde lira o en las cañas de su flauta pánida, es la magia seductora del Versalles del dorado siglo diez y ocho y la ática floración de ingenios exquisitos de la Francia del Rey Sol, la luz que cristaliza en diamantes su criollo pensamiento.

El poeta así lo dice:

Y entonces era en la dulzaina un juego
De misteriosas gamas cristalinas,
Un renovar de notas del Pan griego
Y un desgranar de músicas latinas.

Y muy siglo diez y ocho y muy antiguo
Y muy moderno; audaz, cosmopolita;
Con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo
Y una sed de ilusiones infinita.

No decimos que Rubén Darío cincelara todas sus concepciones en el mármol pentélico de Leconte de Lisle, en que Núñez de Arce,

en España, cinceló todas sus estrofas. El espíritu creador, amplio y variado de Darío tuvo muy distintas manifestaciones, hasta el punto de modernizar los antiguos romances españoles. Decimos que era parnasiano en su iniciación y que en sus transformaciones y modulaciones sucesivas mantuvo su carácter inicial en el afán de renovación del verso, dándole mayor vigor, más dulzura y más altas sonoridades, objetivándolo, precisándolo más a ideas concretas, en la íntima melodía de una música ideal y fonética.

No hacemos obra de análisis. La trascendencia de la revolución métrica rubendariaca, de sus procedimientos, de sus ideales, de su fuerza generatriz, de sus aspectos diversos, ha sido expuesta, magistralmente, por los más doctos artistas de la crítica castellana y por el mismo Darío en múltiples dilucidaciones y manifiestos. Nuestras palabras son de entusiasmo, de admiración ingenua, que bien podrán calificarse como inconsultas lucubraciones por los sabios doctores de las letras, o como infecundas y ociosas cabilaciones por los intransigentes monoteístas devotos del alado Mercurio.

Para juzgar a Rubén Darío en la plenitud de su obra, para comprender la amplitud de su alma, la profundidad de su pensamiento, su amor a la suprema belleza, su respeto por todas las manifestaciones de fuerza del intelecto humano—aun aquellas más alejadas de su temperamento de artista—y su meditación religiosa sobre los problemas de la vida cuando no sobre los misterios de la muerte, hay que leer con ascética devoción sus bellas y nutridas y cinceladas y rutilantes prosas.

Prosa policroma y de estudio, de erudición sabia y de revelaciones estéticas, de labor benedictina y apostólicas propagandas, en «Los Raros».

Prosa de arte, seductora, de encanto, de delectación y de ensueños; prosa de colores y armonías, de músicas aladas y amargos símbolos, en «Azul».

Prosa robusta y preciosa; prosa rica de expresiones y de giros, opulenta de ingénuas admiraciones y llena de dolorosas verdades; prosa patriótica y aristocrática, inflamada por ardorosas ansias de renacimiento, en «La España Contemporánea».

Prosa sutil y reverente, de síntesis y de análisis, de exégesis de arte, prosa musical y religiosa, en «Peregrinaciones», en «Parisiana», en «La Caravana Pasa».

Prosa, en fin, delectable, de sus relatos de viajero, de sus estudios de pequeños y grandes hombres, de ilustres o frívolas mujeres, de cosas extraordinarias y acontecimientos singulares; prosa de selección, laborada al amor del jardín de sus ideales en el reino de su fecunda fantasía, recopilada o diseminada por el mundo como cauda luminosa de un éxodo de cometa.

Leyendo en sus prosas a Darío, se comprenderá mejor que

quien a los asuntos por él tratados llevaba tan minuciosas acotaciones, tan suscintos análisis, tan refinado amor a los progresos del espíritu humano en sus complejos y múltiples aspectos, tan personales observaciones hijas de su genial talento, tan raras, sutiles, elegantes y nuevas formas de lenguaje, no era, no podía ser, en la poesía, como le suponen el vulgo letrado de las gentes o sus menguados imitadores de pacotilla, un simple gaitero mendicante, productor de extravagantes fanfarrias, sino una mentalidad de superior cultura, un artista, un poeta, que conocía a lo hondo, en su complejo mecanismo y en su vasta trascendencia estética, el maravilloso instrumento verbal con que la naturaleza le dotara.

La América Indo-Hispana, conglomerado en fermentación de levadura cosmopolita, tierra de inmigración para todas las razas del Continente Antiguo, después de ensayar por medio siglo orientaciociones distintas a las heredadas de la colonia y de los tiempos heroicos de la independencia, con su espíritu abierto a la rosa de los vientos de la cultura universal, con su amor legendario a la civilización francesa y con su predominante ecleticismo literario, era ambiente propicio para la reforma del verbo nuevo. Y Rubén Darío, acogido y celebrado en las grandes urbes sudamericanas como alto exponente de las letras continentales y como mentor de nuevas generaciones, fué ungido en América, si nó como precursor, sí como individualidad representativa de sus nobles ansias de reforma y de sus étnicas tendencias a la posesión de una cultura superior autóctona.

Después el poeta, en su peregrinación sideral, llegó de la América a España, la España conservadora, agarrada entonces con raíces seculares al siglo de oro de sus clásicas letras. Cumpliéndose la predicción profética del pensador y estilista uruguayo José Enrique Rodó, si Darío no cosechó en España las asperezas de una guerra sin tregua, porque ya entonces estaba consagrado por el Pontífice de la crítica española, el ático don Juan Valera, y benévolamente le atendían algunos de sus provectos intelectuales, encontró «un gran silencio y un dolorido estupor, no interrumpidos ni aun por la nota de una elegía, ni aun por el rumor de las hojas sobre el surco en la soledad donde aquella madre de vencidos caballeros sobrellevaba—menos como la Hécube de Eurípides que como la Dolorosa del Ticiano—la austera sombra de su dolor inmerecido.

Llegó a España el poeta llevando nuevos anuncios para el florecer del espíritu en el habla común, que es el arca santa de la raza; destacóse en la sombra la vencedora figura del arquero; habló a la juventud, a aquella juventud, incierta y aterida, cuya primavera no daba flores tras el invierno de los maestros que se iban, y encendióla en nuevos amores y nuevos entusiasmos. Y en el seno de esa juventud que dormía, su llamado fué el signo de una renovación; y pudo ser saludada, en el reino de aquella agostada poesía su pre-

sencia, como la de los príncipes que, en el cuento oriental, traen de remotos países la fuente que da oro, el pájaro que habla y el árbol que canta».

Así, hoy que ha muerto, le glorifican en España como el precursor del moderno renacimiento literario, al punto de que, vigorosas personalidades de su intelectualidad dirigente le marcan ya, desde las más altas tribunas de la prensa, un puesto ideológicamente insustituible en el desenvolvimiento del habla castellana.

«La historia del teatro y de la novela castellanos modernos, ha dicho Gómez Baquero (Andrenio) después de la muerte de Darío,—se puede escribir prescindiendo de América. La de la poesía lírica no. Ella es obra de Rubén Darío, principalmente. Para apreciar su importancia, para ver la trascendencia de su influencia poética, hagamos esta sencilla consideración: Faltaría algo esencial en la historia de la literatura española moderna, si no mencionásemos a los otros ingenios americanos, a Bello, a Cuervo, a Montalvo, a Caro, a tantos otros? Evidentemente no. Y si quisiéramos omitir a Rubén Darío, al tratar de la lírica moderna, se notaría la omisión en esa historia? Sí. Quedaría incompleta, mutilada, sin lógica, con una laguna o un enigma en los orígenes de su transformación. Esto da la medida de lo que representa Rubén Darío en la literatura castellana contemporánea.»

Hemos hablado del artista ed la palabra. Para el hombre no tenemos ditirambos. Nunca hemos creído que los estímulos de la disipación de la vida acrescienten la potencia de la inspiración artística; antes bien, por leyes fisiológicas constituyen fuente lamentable de prematuras cuando no suicidas decadencias para los astros del pensamiento humano.

Dejamos, por esto, al hombre, en el sagrado inviolable de su vida bohemia y de sus paraísos artificiales.

No es en las oquedades de su revuelto nido donde el águila nos cautiva, ni en las penumbras de su cubil donde el bello leopardo nos seduce. Estas fuerzas de la naturaleza las admiramos: al águila, con sus hipnotizantes pupilas y su frondoso plumaje, cuando tramonta los cielos en raudo vuelo soberano en las glorias del sol; y al leopardo, con su marcial apostura, con su piel de manchado terciopelo y sus fauces de misterio, cuando impera, ¡gran rey! en sus dominios de las selvas seculares.

Ya el liróforo llegó en lo eterno a la ciudad por él imaginada a la muerte de un genio, a la ciudad de Walhalla o Jerusalem, «ciudad de héroes, de artistas, de sabios y de poetas; ciudad de los genios de la fuerza, los genios de la belleza, los genios del carácter y del corazón, los genios de la voluntad; ciudad de las almas soberanas que giraron por la tierra, actualmente cumpliendo con su misión semidivina.»

Llega Darío al coro magno de los inmortales, por él soñado en mística misión.

«Junto a los boscajes de ensueño de esa sublime ciudad, Jerusalem, o Walhalla, los pensadores y los soñadores siguen en peregrina ascensión construyendo las fábricas de sus cálculos, los palacios de sus fantasías. En un aire de luz cruzan las ondas de los pensamientos como en una electricidad suprema».

A su llegada pueblan súbitamente las altas claridades un rumor de alas, un hálito de flores, un resplandor de estrellas y la música infinita del alma de las cosas que moran en la tierra. Un murmullo de salutación nace en la ciudad eterna de los inmortales, y Víctor Hugo se adelanta para recibir él lo dice, a su Vicario de América y España.

LA UNION DE CENTRO AMERICA

(Fragmento de un discurso.)

La idea de la Unión Centroamericana tiene hoy más que nunca, en la nueva evolución universal que se presenta después de la guerra de las naciones, dos básicos propósitos que en uno solo se confunden: la necesidad de la compenetración de intereses por un poder central regulador, para formar un organismo potencial más grande, más fuerte, más ordenado y trascendente en todas sus manifestaciones funcionales internas, que al compenetrar riquezas, productos y corrientes étnicas de todos y cada uno de los actuales conglomerados políticos del itsmo, corrija y nulifique y haga imposibles los vicios y defectos de la vida política y administrativa de estos pequeños y débiles organismos, defectos y vicios que en la pequeñez y debilidad tienen origen, y que han constituído, en un siglo de vida independiente y disgregada, la rémora efectiva para una estable y seria organización y para el desenvolvimiento armónico de sus elementos de riqueza, de cultura y de progreso. Y la compacta compenetración de esas fuerzas para las funciones internacionales de un organismo más respetable por más grande y mejor constituído, de manera de formar entidad semejante y paralela, a las que integran con personería propia el concierto de las naciones Ibero-Americanas, para el ejercicio de la defensa común y para el más amplio desarrollo de sus soberanos destinos.

Como estos altos propósitos son indiscutibles a la luz de la verdad y de la observación de la Historia Contemporánea, los adversarios de la causa centroamericana, que lo son como hijos legítimos de nuestra raquítica estatura nacional, por defensa de sus preponderancias individuales que serían diluidas, aniquiladas y neutralizadas

en entidad política potente y de vastas proporciones, arguyen que debe ser previa la compenetración y uniformidad de los intereses sociales y materiales para que sea viable y eficaz la unión que se realice.

Pensar así es aplazar indefinida y vergonzantemente la resolución del problema, oponiéndose a las repetidas enseñanzas de la Historia.

Por haber esperado para realizar la unidad de Centro-América la previa vinculación de intereses materiales por ferrocarriles, vapores y vías rápidas de comunicación y la unidad de enseñanzas, monedas y legislaciones,—como lo quiere el hábil sofisma de los encubiertos adversarios,—hemos pasado ya el primer siglo de nuestra vida independiente, desangrándonos en luchas pasionales y fratricidas, debilitándonos por la posesión de cinco gobiernos soberanos, causa de hondas rencillas y de ruinosos peculados, desacreditándonos cada vez más ante el mundo, retardando el sereno desenvolvimiento del progreso y abriendo amplios cauces a las parciales invasiones de las fuentes de riqueza y al avasallamiento continuo y ascendente de la soberanía nacional.

Las más grandes y poderosas naciones de la América, surgidas en un mismo momento histórico a la vida independiente, se organizaron en cuerpos políticos de vastas extensiones territoriales, y por la propia necesidad vital de esos poderes en la evolución de sus funciones integrales, han llevado a sus diversos componentes el desarrollo de sus rápidas comunicaciones y el armónico desenvolvimiento de todos sus elementos de vida.

Los Estados Unidos, la Nación que asombra al mundo por la intensidad de su vertiginoso crecimiento, se constituyó al nacer en una República Federada, de diversidad de Estados extensos y distantes, y después se ha engrandecido por yuxtaposición de territorios agregados a la entidad central primitiva.

Si bien la raza anglo-sajona que en su origen integraba aquella sección del Continente, fué uno de los factores eficientes de su colosal crecimiento, puede asegurarse sin incurrir en error, que aquellos Estados nunca habrían alcanzado el fabuloso desarrollo que hoy tienen, si se constituyen separadamente y carecen de la fuerza centrífuga formidable del Gobierno Federal y de la representación potencial de tal Gobierno en sus influencias, gestiones y luchas internacionales.

La Argentina, Chile, Brasil, Uruguay, México y demás grandes Repúblicas Hispano-Americanas, algunas de proporciones territoriales inmensas y de componentes nacionales mucho más heterogéneos y divergentes que los de Centro América, fueron también, desde su origen independientes, grandes unidades políticas y después de pasar por más o menos intensas y prolongadas luchas de gestación, inherentes a todos los organismos sociales rudimentarios, son hoy Repúblicas que van perfeccionando, o han normalizado del todo su vida interna, girando en derredor de gobiernos centrales, formando gra-

dualmente la red de sus indispensables vinculaciones y mereciendo ya el respeto y la atención de todas las naciones del mundo.

No hay, en consecuencia, fundamentos ciertos para que Centro América quede fuera de la ley orgánica y evolutiva de todas las Repúblicas del Continente Americano.

Fuimos una sola entidad en la Colonia, tuvimos 300 años de vida supeditada a los monarcas españoles y formamos largo tiempo una sola dependencia colonial, la Capitanía General de Guatemala; con las mismas leyes nos gobernaron nuestros conquistadores y las mismas instituciones nos rigieron a raíz de la independencia; ocupamos un solo cuerpo territorial en la garganta del Nuevo Continente, entre las dos Américas, frente al Asia, el mundo de la civilización antigua y frente a Europa, el mundo de la hegemonía contemporánea; entre los dos océanos inconmensurables, en posición más ventajosa que lo estuvieron en sus épocas de poderío Cartago, Alejandría, Fenicia, Génova y Venecia; la misma lengua comunica nuestros pensamientos y las mismas religiones nos ligan a lo Ignoto y a lo Eterno; y sin embargo, con tantos dones comunes de la naturaleza y con tantos puntos de afinidad y de contacto, las ambiciones y rencillas lugareñas fermentadas en el caos de nuestra ignorancia rudimentaria, han sido más fuertes que la razón y que la conveniencia de los pueblos, para romper esa unidad que la Naturaleza y la Historia de consuno nos legaron, y formar cinco Repúblicas de Andorra y de San Marino, condenadas al desdén y a la humillación de los grandes y a perecer en la impotencia y en la absorción de nuestras riquezas orientales y de nuestros atributos soberanos.

Pero el pueblo de Centro América al llegar al centenario de su independencia, ha practicado su examen de conciencia, ha escudriñado, si no ha presentido, la causa verdadera de sus desventuras, reconociendo sus lamentables errores del pasado, y en el sacudimiento universal producido por la reciente catástrofe europea, ha examinado los gérmenes de estancamiento y destrucción que lleva en su propio seno, y los peligros de vasallaje que a pasos seguros se aproximan; y busca en una fuerza mayor y en una mejor organización y en la amalgama de sus elementos afines y consanguíneos hoy disgregados, los medios eficientes de reacción para salvarse y entrar en una existencia más firme, encaminada a mejores y más altos destinos.

En Agosto de 1869, después de la batalla de Nagarote, villorrio de Nicaragua, el General Máximo Jerez, caudillo inolvidable de la redención de Centro América, había dispuesto, de acuerdo con su esclarecido Jefe el General Cabañas, abandonar la lucha, y excitado para continuarla por algunos indomables apóstoles del unionismo, respondió sus históricas palabras: «He preguntado al pueblo de Centro América, con el estampido del cañón: ¿Qué hora es? y me ha contestado:—Es media noche.—Durmamos mientras amanezca».

El General Jerez durmió para siempre el sueño de la eternidad y de la gloria, pero sus ideales morazánicos quedaron flotando en gestación redentora hasta penetrar en el espíritu de los pueblos centroamericanos y traducirse, medio siglo después, en ardientes ansias de inmediatas realidades.

Y los pueblos de Guatemala, El Salvador y Honduras, reclamando urgentemente a sus gobiernos la reconstrucción de la Patria primitiva, han enviado a Costa Rica sus mensajeros de concordia para solicitar nuestro concurso en la magna empresa centroamericana, haciéndonos no ya con el rugido del cañón, sino con palabras de paz, de amor y de armonía, la misma histórica pregunta:

—¿Qué hora es?

Y Costa Rica, cerrando hoy sus oídos a las pérfidas insinuaciones del egoísmo lugareño, y con plena conciencia de sus altos destinos, en vez de romper vínculos sagrados y aislarse, ahora ya para siempre, del concierto centroamericano, habrá de contestar resuelta, dignamente a sus interlocutores:

Ya pasó en nuestra conciencia la hora de la media noche, en que los ojos del pensamiento se cerraron a la luz de un porvenir de hermosas realidades. Y en los anales de nuestra Historia la aurora de un nuevo día alumbra nuestra conciencia con los bellos resplandores del ideal centroamericano, en las regiones de una vida fecunda, y siguiendo el sabio consejo del profesor de idealismo uruguayo, marchamos con nuestros hermanos al encuentro del futuro, vibrantes con la impaciencia de la acción, alta la frente, en la sonrisa un altanero desdén del desengaño, colmada el alma por dulces y remotos mirajes que derraman en ella misteriosos estímulos, como las visiones del Cipango y El Dorado en las crónicas heroicas de los conquistadores.

15 de Mayo de 1921.

CUARTA GENERACION

(NACIERON DE 1890 A 1895)

Angela Acuña

NO OLVIDEMOS A ESPAÑA

Muchos años han pasado, y estos hermosos pueblos de la América Latina, parece como si vinieran olvidando poco a poco que su madre existe. Volvemos nuestras miradas de admiración y de agradecimiento hacia la Francia apasionada, para pedirle que nos invite al banquete de sus glorias, y para saludar sus esperanzas con transportes de alegría.

Francia con su encantadora sonrisa nos ha enamorado siempre; su literatura exquisita, el verbo democrático que de sus entrañas ha salido, el lenguaje acariciador, he aquí las causas que han llevado a estos pueblos a prosternarse seducidos ante aquella nación fascinadora.

Es justo declarar que Francia es admirable aun en sus mismas locuras, que es bella hasta en sus grandes desastres, y que la novela de París es la novela de nuestras almas; pero esa admiración que le hemos tributado no debiera ser tan grande, como para cubrir con un velo la gratitud piadosa que debemos a nuestra Madre Patria, porque es preciso recordar con el delicado autor sud-americano, que «sólo la tradición bíblica concibe sin madre, sin gesto retrospectivo, al primer hombre creado, que lo fué por virtud milagrosa, dicen sus libros; y sólo refiriéndose a ese Adán, pudo Miguel Angel suprimir en su estatuaria todo rastro umbilical».

Para estudiar nuestro carácter, preciso es remontarnos a su origen; y puesto que somos el fruto, busquemos la semilla que lo produjo. La trasmisión hereditaria es hoy casi una verdad demostrada; nuestro carácter individual, con ligeras variantes, lleva el sello inmortal de nuestros progenitores. En la papeleta de conducta está marcada nuestra inextinguible filiación, y todos los testimonios de nuestro abolengo están diciendo que somos neta y puramente españoles. No olvidemos, pues, a España; allí está, donde la hallaron erguida las hordas invasoras de los bárbaros, recibiendo en calma los besos del Mediterráneo augusto. Volvamos nuestro corazón a ella y estrechémonos en su amistad cariñosa, ya que hubimos de abandonarla en nuestra edad temprana, como audaces rapazuelos sedientos de libertad. Después de haber usado el vestido colonial y una vez

que nos sentimos desligados de lazos que consideramos opresores, emprendimos, en espíritu, nuestra vuelo ansioso hacia el Norte de Europa en busca de sensaciones nuevas. ¡Pobre Madre Patria! Sus intenciones fueron siempre nobles y generosas para nosotros; mas la fatalidad se puso en su camino, cuando se acercaban los tiempos en que su abrazo hubiera operado la regeneración en la América descubierta y conquistada por ella. Ya antes había dado su sangre para nutrir a sus hijos de este lado del mar, y los hados le negaron la fortuna de que fuera ella misma quien les diera más tarde independencia y bienestar.

Recordemos, para confortar nuestro espíritu, las hermosas tradiciones españolas, que son nuestras propias tradiciones. Las gratas memorias del hogar, del santo hogar de nuestros abuelos, relicario de virtudes, de nobleza y de alegrías; rincón querido donde se guardan siempre los más hermosos y dulces recuerdos de la vida. Allí, donde cada noche, en cariñosa tertulia de familia, se traían a cuento las famosas historias de caballería, el positivismo de Sancho y el idealismo de don Quijote, allí tuvo origen nuestra idiosincracia, personal y familiar, extendida a las sociedades y a los pueblos de esta América Hispana, a través del turbulento Océano, infundiendo por un lado en nosotros su carácter belicoso y aventurero, y por otro sus tendencias conservadoras y pacifistas. La Historia eterna de la vida: el alma generadora aleccionando al alma engendrada y en ambas el positivismo tirando de la túnica dél idealismo para que no lo arrastre en su vertiginoso vuelo.

Y aquel hogar modelo de que he hablado, en cuyo seno brilló siempre la fe más viva y la caridad más consoladora, parece que lo hubiéramos olvidado, volviéndoles airosos las espaldas. Hemos cambiado de orientación por un procedimiento evolutivo, lento y calculado, nacido al calor de nuestras falsas concepciones y teorías.

Hemos querido equivocadamente seguir las huellas de otros países, que se dicen portadores de la alta antorcha de la cultura moderna, y esa equivocación tan remarcada, ha originado en América la decadencia de la familia, y grandes perjuicios en las sociedades políticas, por haber puesto a un lado las nobles ideas que nos legaron nuestros padres.

Si quisiese describir con toda exactitud los diversos y admirables tipos que componen el pueblo español, me encontraría perpleja ante la multiplicidad de sus caracteres y de sus costumbres. De la Coruña a Cadiz vamos descubriendo en el camino una espléndida variedad de tipos; el severo asturiano difiere grandemente del español del Sur, que lleva en su cuerpo el ritmo de Sevilla. El extremeño no hace *pendant* con el habitante de Cataluña, reposado y adusto. Las provincias Vascongadas, con su acostumbrada tenacidad, desafían la ligereza de juicio de la orgullosa y encantadora Castilla. Y sin

embargo, todos estos caracteres llegan a fundirse en un rasgo predominante que es el distintivo de la Nación Española: la Hidalguía.

El individualismo es una de las notas más salientes de su complicada psicología; luego la confianza en sí mismo, el gusto por la aventura arriesgada y misteriosa, su exagerada fe, el estoicismo tan arraigado que ha dado a España resignación nunca igualada ante la rudeza del sufrimiento; todo eso ha contribuído a la formación de la historia de su nacionalidad, en la que resalta admirable, lo mismo en la prosperidad que en el infortunio, el carácter peculiar y siempre asombroso del hidalgo español.

Mas al llegar a América aquel carácter ha sufrido una modificación bastante sensible. La mezcla del español con la sangre indígena, y el clima enervante de nuestras selvas en valles y montañas, le han hecho perder mucho de su intensidad originaria. Ya el español en estos pueblos no conserva su primitivo brío, su temperamento impetuoso y activo; ya sus amores no provocan aquellas locas aventuras de que nos hablan las trovas galantes de nuestra literatura clásica, ni en sus odios encontramos la ira sangrienta que nos revelan sus admirables dramas.

España, entusiasmada con los descubrimientos de lejanas tierras, que dieron ambiente de conquista al glorioso siglo XV, envió a sus hombres a través del océano desconocido, en busca de nuevos territorios en donde plantar su estandarte glorioso, e imponer sus leyes, su religión y sus costumbres. Fueron ellos los conquistadores atrevidos, de estirpe noble unos, de sangre plebeya otros, pero todos henchidos por ambiciones de gloria y avidez loca de fortuna. Ellos debían triunfar a toda costa para honra de su patria y de su rey; y triunfaron, derramando a torrentes sangre indígena e incendiando hogares de vencidos, para ponerse como propietarios de la tierra, en sustitución de las razas autóctonas; y de allí en medio de las selvas vengadoras, entre aquellas tribus de Tupis, de Tupinambas, de Caribes y de Charruas, dejaron por fin sus huesos la mayor parte de aquellos valientes y audaces soldados españoles, sin conseguir los tesoros ambicionados, y delirando acaso por la patria que abandonaron para seguir tras de los engañosos mirajes de un ensueño.

Estas luchas desenfrenadas, que dieron sangre para lavar los campos conquistados, fueron las primeras piedras que como falso cimiento los españoles colocaron para levantar la poderosa construcción que proyectaban. Después de estas primeras tentativas de dominio, un siglo luego se repiten con más brío las expediciones guerreras, se multiplican las ordenanzas implacables contra la rebeldía indígena, hasta que más tarde, llegada a los oídos del Monarca español la voz fraternal y humanitaria de fray Bartolomé de las Casas, hubo de cambiarse la violencia por la piedad, la ira por el amor, y los nuevos conquistadores españoles pudieron fundar entonces ciudades estables

en asocio del elemento indígena. Después todo fué de parte do España cariño y protección para sus hijas del Continente americana. Prueba de ello la tenemos en el precioso monumento que legó e estos pueblos: la Legislación de Indias, de la cual dice Edward Gaylord Bourne en su libro *Spain in América*, lo siguiente:

«Hispano América estaba también gobernada como España, y, en lo general, era más próspera; la condición del Perú y del resto de la América del Sur, era inferior a la de nueva España, bajo muchos conceptos; y en ningún tiempo de la historia de México, hasta el último cuarto de siglo, ha sido el gobierno tàn bueno como el que su pueblo tuvo bajo hábiles virreyes tales como *Mendoza* o *Velasco,* en los principios, o el joven *Revillagigedo* al terminar la dominación española».

Tal era la situación bonancible creada entre la Metrópoli Ibérica y las colonias del Nuevo Mundo, cuando sonó en Europa el clarín de rebeldía, arrancado por Juan Jacobo Rousseau del mármol de las edades, y dió principio en 1789 en la vieja Europa, uno de los dramas más extraordinarios que han presenciado los siglos cuya repercución alcanzó hasta nuestras playas, y nos arrastró en sus potentes evoluciones.

La Revolución Francesa, con sus fanatismos y sus dogmas delirantes, no sólo devoró las entrañas de Francia, sino que sus fuegos y sus lavas alcanzaron a las regiones españolas de América, trayéndonos sus promesas y propósitos de fraternidad universal, que vinieron a sacarnos de la apatía en que vivíamos, y a inducirnos a romper los lazos que nos unían con la Madre Patria.

Un día despertamos emancipados, y en nuestras manos infantiles se encontraba todo un problema de vida y de gobierno. Cuando España se preparaba a borrar de nuestros corazones el recuerdo sangriento de sus conquistas, nosotros la abandonamos; salimos del regazo materno a hacernos cargo de varios problemas sociales, morales y políticos; fué preciso trazarnos un camino y marchar por él a ciegas en busca de la luz consoladora: y a nuestro turno, pusimos en nuestra ceguera demasiado olvido y hasta desdén acaso, para nuestra madre abandonada, a la cual *atribuíamos* la culpa de todos nuestros desaciertos, y a ella, y sólo a ella la hicimos responsable de nuestras caídas políticas y de nuestras locuras gubernamentales. Juicio demasiado severo y además injusto porque fué descargar culpas, que sólo eran nuestras, en el hombro maternal, que no protesta nunca, que jamás se siente agobiado por la injusticia irreflexiva de sus hijos.

No amo el coloniaje, y bendigo por el contrario nuestra sacrosanta independencia; por ésta vibran con sonoro ritmo de entusiasmo todas las fibras de mi alma. Comprendo que aún en nuestras luchas fratricidas ha habido notas de grandeza; que hemos sido audaces y

valientes como nuestros progenitores los españoles y como ellos hemos sabido hacer sacrificios inmortales. No todo es escoria en nuestras luchas, también hay páginas de oro en nuestra convulsionada historia. Pero de eso a renegar o a olvidar siquiera la generosa nación que nos dió la vida, hay un abismo que no podríamos llenar con nada ante la honradez de los hombres y ante la justicia de Dios.

Abracemos a España, nuestra Madre cariñosa, y unidos con ella en sentimiento de amor imperecedero, marchemos juntos a la conquista del porvenir que será grandioso para todos los pueblos de nuestra valerosa e inteligente raza latina.

LA VOLUNTAD

Vivir, solamente por vivir, sin anhelos, sin aspiraciones, sin llevar en el alma el deseo ardiente de algo grande, sería una tendencia negativa, absolutamente contraria al fin social del hombre. Esto sólo puede concebirse en aquellos seres entregados a mortal apatía o guiados por oscuros impulsos, que no saben sino de lo que la vida les ha regalado y puesto al alcance de su mano.

Vencer dificultades para la conquista del mejoramiento y del bien, cualesquiera que sean las que se nos presenten en el camino; luchar contra intensas amarguras, obstáculos serios, desengaños crueles, eso es digno de nuestra condición de seres inteligentes, que tenemos en el mundo una misión altísima que llenar. Esa misión requiere ciertamente el valor de los héroes; pero sólo de los héroes han hablado con admiración la Historia y la Epopeya. Las virtudes que conducen a ese estado sublime que nos lleva primero al sacrificio y después a la gloria, son bien conocidas, y de ellas haré una enumeración suscinta.

En primer lugar, la resolución firme de no ejecutar jamás sino el bien, y luego la paciencia para contrarrestar las instigaciones del mal, la fortaleza para empeñarnos en cuanto pueda concurrir al mejoramiento de nuestra condición y de nuestra vida; la constancia para no desfallecer ante las dificultades que la realización de todo bien lleva consigo aparejadas; el valor, en una palabra, para acometer nobles, generosas y altas empresas, que es lo que nos hace dignos de ocupar el rango altísimo que nos señaló la Divinidad en el conjunto universal de lo creado.

Para buscar una forma gráfica, que me ayude a la expresión clara de mis ideas, me permito una comparación que se adapta perfectamente a mi objeto. El espíritu humano es como una lámpara encendida, que puesta en sitio donde nada tiene que alumbrar con

los rayos de su luz, ni calentar con la fuerza de su calor, se consume y muere sin objeto y sin fruto. Por el contrario, si esa lámpara la llevamos donde haya tinieblas que disipar, y al mismo tiempo colocamos encima de ella el hornillo de las ideas para extraer de éstas la esencia primorosa que en su seno encierran, el espíritu humano llegará a ser luz que disipe oscuridades, y calor que fecunde gérmenes de sabiduría. Al hacer esta comparación tengo en mi abono el ser ella una parábola evangélica.

Vencer todas las dificultades que en nuestro camino se presentan en busca de algo nuevo y grande, en eso consiste la sublimidad de nuestro destino en la tierra, y a cumplirlo debemos hacer que concurran todas nuestras facultades y nuestras energías.

Aún el goce de los placeres honestos, que en los seres sin energía provoca los desastrosos efectos de la molicie, producirían en las almas fuertes el incentivo del mejoramiento a que debe tender sin cesar la humana estirpe. Gozar de los placeres de una rica mesa, de las facilidades y ventajas que nos ofrece la fortuna, del cariño que encontramos en el seno de la amistad y del hogar, todo eso es bello si lo hacemos concurrir al fin excelso para que hemos sido creados, y no lo limitamos a la satisfacción particular de nuestra individualidad estrecha y efímera.

Quiero decir, pues, que nuestra dignificación en el conjunto social a que pertenecemos resultará únicamente del esfuerzo que pongamos por la conquista del bien y del perfeccionamiento, empleando para ello conjuntamente los inagotables recursos de nuestros placeres y de nuestros dolores.

Debiera decirse, en síntesis, que ese resultado sólo puede obtenerse por la educación de la voluntad, que ha sido el objeto de profundos estudios de algunos filósofos. Voluntad para el bien, para el perfeccionamiento, para arrancar a la Naturaleza sus secretos y a la vida universal sus fuerzas escondidas; voluntad para multiplicar los dones intelectuales y físicos con que nos gratificó la próvida Naturaleza, y valor para mantener firme el propósito soberano de nuestra voluntad.

Este valor se manifiesta en la Naturaleza en diversas formas. Ya es el valor afectivo del pájaro que defiende su nido, y que en toda la esfera de lo creado se manifiesta siempre en las más altas formas del heroísmo. Pero de éste no hablo ahora porque él es un sentimiento connatural a todo lo que existe, necesario a la conservación de cada especie; pero no a su mejoramiento y excelsitud. Para esto último es preciso otro heroísmo, que no radica en el corazón sino que tiene sus fundamentos en el cerebro.

Cuando María de Padilla recogió la espada que había quedado abandonada al pie del cadalso de su marido, para continuar combatiendo con ella las huestes de don Pedro I, a fin de salvar los fueros

amenazados de la noble ciudad de Toledo, no era el amor lo que impulsaba a aquella mujer sublime a emular a los grandes capitanes, en su empresa tan temeraria como heroica; era la conciencia de un deber hacia la fortuna de un pueblo, que poseyó el alma de aquella gran mujer y la ha hecho inmortal.

Cuando Juana de Arco, la campesina de Domremy, movida por una inspiración divina (porque es divina toda inspiración que mueve a los espíritus resueltos), se presentó a pedir que se aceptara su concurso para la libertad de la Francia, no la animaba el sentimiento afectivo y limitado del amor a su hogar o a su nido, sino el sentimiento enorme del amor humano, que en ella pudo haber tenido límites de frontera, pero que en la filosofía humanitaria de hoy no podría tener otros límites que los inmensos y no señalados de la tierra.

Y dejando de un lado el valor heroico que conduce a los grandes espíritus a las batallas, tenemos otro género de valor, que no es menos digno que aquél de ser pregonado por las trompetas de la fama.

Es el de los grandes inventores, el de los descubridores, el de los que encerrados en el fondo de su gabinete o desplegadas las velas de su audacia por los horizontes de lo infinito, van al descubrimiento de una verdad oculta o de una tierra ignorada y mueren en la demanda, dejando a la humanidad por legado una idea nueva, o una tierra nueva, que son hemisferios abiertos a la futura habitación de nuestro espíritu.

En todos los siglos ha habido esos hombres eminentes que yo me propongo presentar como ejemplos que debiéramos seguir para que fuera fecunda nuestra misión en la vida. Se haría interminable la enumeración si de cada uno de ellos me propusiera hablar, y así me limitaré únicamente a recordar *ciertos espíritus excelsos que en la época más atormentada del mundo político y religioso* —hace más o menos un siglo,—fundaron las bases de la libertad de la conciencia, y abrieron campos ilimitados al raciocinio y al estudio, rompiendo las preocupaciones que fueron grilletes de la ciencia y del saber durante una época milenaria.

¿Quién no recuerda con admiración los nombres de La Mettrie, d'Argens, d'Holbach, d'Helvetius, de Raynal, de Ducos, de Diderot, de Rousseau, de Voltaire y de tantos otros que soplando en el horizonte ennublecido, hicieron con su esfuerzo aparecer la aurora que hoy nos alumbra?

Los ejemplos de heroísmo que he presentado, si bien son muy altos y hoy se yerguen en las cimas elevadísimas de la historia, no son difíciles de imitar, si nuestra voluntad se empeñara en seguir el rastro luminoso de sus hechos.

Una regla sajona, que es canon de esa raza vigorosa, que nos

marca hoy el procedimiento por el cual se puede llegar a ser dominador del mundo, se expresa como un evangelio en estas cuatro sencillas frases: I AM, I CAN, I MUST and I WILL, esto es: yo soy, yo puedo, yo debo y yo quiero; y así el hombre que tiene conciencia de su ser, conciencia de su capacidad, conciencia de su querer, y pone su voluntad para la realización de lo que su espíritu ha concebido como posible y como bueno, llegará a las alturas por el cumplimiento de su hermosa misión sobre la tierra.

El esfuerzo y la voluntad han sido formadores de los grandes hombres y de los grandes pueblos, y todos podemos con ese esfuerzo realizar hechos que sean para gloria nuestra y para bien de la sociedad en que vivimos; el verdadero pecado mortal en estos tiempos está en la cobardía, la negligencia y el abandono, cuando a todos nos obliga el sacrificio para cumplir en la tierra una misión divina.

José Albertazzi Avendaño

BIBLIOGRAFÍA:
Poesía: *Fragmentos de Alma*, 1910.
Bajo el Azul, 1918.
Prosa: *Por los Recodos del Camino*, 1918.

LA POSTRERA ILUSION

Al pie de la montaña, una alquería,
un huerto de racimos y de flores,
donde lleguen los pardos ruiseñores
a saludar con su laúd el día.

En el hogar sin galas, la alegría
inmaculada de mis tres amores;
ciega la puerta a todos los rencores
y sorda el alma a la filosofía.

Para la quieta noche, un libro ameno;
restañar con espíritu sereno
hondas heridas que causó un dolor,

es toda la ilusión que mi alma abriga,
bajo el signo fecundo de una espiga
y la amable sonrisa de una flor.

CROMO

Al caer de la tarde, se moría,
como se dobla un tallo, el limpiabotas;
y al mirarlo en su lecho, parecía
una esperanza con las alas rotas.

Pálido, débil, en su frente había
como un agonizar de ansias ignotas;
y giraban sus ojos, en sombría
visión de horas oscuras y remotas.

Madre, murmuró entonce el moribundo
con un hilo de voz que fué un sollozo:
arregla mi cajón que fué en el mundo

mi único amigo y mi mejor consuelo:
voy a lustrar, radiante de alborozo,
las botas de los ángeles del Cielo...

LOS RELOJES

(Para José Rodríguez Cerna)

Uno, dos, tres, cuatro, y doce campanazos, uniformes, húmedos, se dejaron oír en la habitación oscura, tendiéndose como hilos electrizados de una madeja cuyas extremidades se perdían en el silencio, porque de él venían y a él iban, como doce voces hermanas,—perfilándose en un ambiente de quietud,—que llamaran a la boca de un abismo de sombra y de misterio.

Tic tac, tic tac, va diciendo el reloj a lo largo de la noche, como un constante martilleo que socavara la roca enorme que oculta el sol.

Y me pongo a pensar que lo único que vive a estas horas en que la ciudad entera duerme, son los focos eléctricos que se estrechan en un abrazo de luz, en las calles, y los relojes, en las iglesias y en los aposentos. Ah! pero sobre todo los relojes, cuyo *tictaqueo* sonoro, parece la palpitación de un corazón mecánico que no sintió nunca más altas preocupaciones que las del tiempo que pasa y que no vuelve. Que no vuelve—decimos—que no vuelve para nosotros; pero que va a anidarse en las cajas de los relojes que están en fabricación, allá en las fábricas lejanas, en cuyas cuerdas se enreda, para vibrar luego en su tic tac monótono. No habéis sentido nunca, cuando escucháis los campanazos de un reloj grande, o las palpitaciones de un reloj de bolsillo, que vivís horas pasadas, ante paisajes que se destiñeron en vuestra memoria pero que resucitan de momento? Es que el tiempo vuestro que presidió esos paisajes y esas horas, y que pasó,—como serpiente en la hojarasca,—enroscándose en la cuerda de algún reloj que os perteneció o que os pertenece, fué a vivir de nuevo en las cajas de esos relojes que ahora os llaman al pasado, cumpliendo el milagro de una evocación.

Ninguno de los objetos que con nosotros llevamos está tan cerca de nuestra intimidad, como los relojes: ellos conocen la exi-

gencia de nuestras ansias cuando se asoman a su carátula, en cuyo fondo se miran las agujas que van tejiendo la vida sobre el tafetán de una inquietud constante: una de puntada veloz porque va haciendo la primera tejedura, a la ligera, mientras la otra va tomando las pequeñas puntadas, más despacio, en ese eterno tejer y destejer que, como la tela de la griega que aguardaba, es nuestra vida.

Hay relojes de muchas clases: grandes o pequeños, de caja de madera o de metal, vibrando como azorados en el bolsillo, marcando justas las horas del hogar sobre las cómodas, o clavados como ojos eternamente abiertos, que no parpadean, que no duermen, en la fachada de las iglesias, desde donde dejan caer sus campanazos sentenciosos, que al rodar sobre los inmensos muros en cuyos hombros se levantan, se transforman en musgo fino, alfombra sobre la cual se aduerme el tiempo.

Nada más sugestivo que ese par de manecillas negras que en la cara del reloj va y viene en su eterno trajín, bien pudiera decirse que tejiendo nuestra mortaja o mostrándonos el camino de la tumba. Y a ella vamos después de cuántas vueltas, de cuántos millones de vueltas sobre esa ruta inevitable, como ruta de un tren que sólo tiene una estación.

Para mí, enamorado del alma multiforme y vibrante de las cosas, que se aduerme en los recodos de los caminos en las noches de luna; que vibra en los altos trenes que beben horizontes; que canta o que llora en las campanas; que se asoma como un presentimiento a las ventanas silenciosas de las casas abandonadas; para mí que he visto prenderse en los ojos de los perros el alma en un reflejo de hermosa gratitud, y en los de los bueyes en las tardes tranquilas, cuando regresan a la aldea, mientras se diluye en sus pupilas todo el oro y la púrpura del poniente; para mí tienen también los relojes una semejanza con los hombres, con los hombres vanidosos que creyeron superar a todo el mundo que los rodea, olvidando que son apenas manifestaciones del aliento universal que se cristalizó en ellos, como cristalizó en perfume y en color en las flores, y en vellón y en mansedumbre en los corderos; para mí, los relojes, que recorren todos su camino sin fatigarse, sin quedarse rezagados, con todo y que el de unos es largo como el de los relojes de iglesia y el de los otros es pequeño, se parecen a los hombres, de los cuales unos hacen vida de reloj público, mostrando toda su trayectoria, anunciándose hasta en su más pequeño paso, mientras otros viven como los relojes pequeños intensificándose, reconcentrándose en sí mismos, sin que hagan más aquéllos, ni laboren más, como no hace mayor trabajo ni anda más el reloj grande que se muestra a todo el pueblo, y que para hacerse más visible como los hombres que gritan cada una de sus conquistas se anuncia a todas horas con sus campanazos.

Cuántas veces hemos querido poner nuestra inquietud como una paja entre la cuerda de los relojes, y detenerlos, para hacer vivir un momento más una hora de alegría o para impedir que llegue una hora de dolor. Pero ellos, superiores a nuestras impresiones, indiferentes a nuestro pobre vivir que se alimenta de tan pequeños motivos, marchan y marchan con la solemne gravedad de las *cosas sin alma* que está pregonando el triunfo del alma de las cosas; porque saben que la ventura, y el infortunio, y el dolor, y la alegría, lo son por ellos, porque ellos los hacen fugaces, pues que el día que ocuparan toda su carátula, perderían su mejor atributo, se desvestirían de su encanto, que les viene de ocupar sólo un ángulo más o menos grande, formado por sus manecillas que se unen dos veces en cada jornada: a medio día y cuando viene la noche, para contarse sus impresiones y seguir luego el camino.

Yo no sé si a vosotros os acontece lo que a mí. Pero es lo cierto que muchos de mis mejores recuerdos de la infancia están vinculados directamente al grande y viejo reloj de mi casa, de voces enronquecidas por el tiempo, metido en su jaula de madera como un eterno vigilante. De las cinco a las seis de la tarde era nuestra hora de juego, en la plaza de la aldea, que, como la de todas las aldeas, es una alegría de césped encuadrada entre la escuela, la iglesia, la Jefatura Política y el mejor establecimiento comercial; y allí jugábamos todos, en esa inocente fraternidad de la niñez, hasta que la plaza se iba llenando de sombras y caían del viejo reloj parroquial esos seis campanazos que abren los labios y el corazón a la plegaria. Pues bien; yo no puedo volver a esas horas por la blanca carretera de los sueños, sin acordarme del reloj—del viejo reloj de mi casa,—pero más particularmente, sin acordarme del ángulo que formaban las manecillas del reloj a esa hora de las cinco. Ahora que vuelvo a ahí en la evocación, a esa plaza que debe de estar con menos césped porque los niños de hoy deben quererla menos, sin los árboles por entre cuyo ramaje la luna escribió sus más tiernas serenatas; ahora que me siento muy pesado y muy torpe para jugar como entonces al *quedó* y a la paleta, me parece que toda esa alegría de entonces, que todo ese pedazo de vida riente y vigorosa, y esa bendición de oro del sol cayendo sobre nuestras cabezas y reflejándonos en los muros de la escuela, están enmarcados en el ángulo que formaban las negras manecillas del reloj, como en una viñeta diminuta que hubiera pintado el mágico pincel del recuerdo.

A mí por eso nada me dicen los relojes cuando no han salido aún de la fábrica o de la relojería. Todavía no tienen historia, ni fisonomía propias. No han marcado el tiempo de nadie, no han sabido de las ansias de nadie, son, como han dicho de los niños, papeles blancos en los cuales quién sabe qué Dios escribirá.

Y tú, querido reloj mío, que has hecho vibrar en muchos

momentos tu alma junto a mi alma; que has marcado mis horas de insomnio, entre cuyas sombras viene la imagen de mi buena, de mi dulce amada, tú has de marcar la hora de su fiesta; pero para que esa hora quede de veras fija, distinta de las otras, sobre las cuales pasas con gesto desdeñoso, detente en ella, sujeta tus manecillas para que no hagas ruido en nuestra silenciosa ventura, como si en tu cuerda la felicidad de esa hora hubiera hecho el mismo efecto que esas hondas impresiones que ponen un nudo en la garganta.

ALMA CAMPESINA

(Cuento regional)

Tres días de lluvia pertinaz... y no había señal de que cesara. De la mañana hasta la noche, sin un minuto de interrupción, era un constante llorar del cielo, de un cielo oscuro, sobre la tierra húmeda. Aquello era el diluvio.

Todo está *cerrado*, había dicho la pobre Angelina saliendo a la puerta de la casa y haciendo visera con las manos puestas sobre la frente. Mira, le dijo a Rigoberto, el mayor de sus tres hijos—robusto cachorro de vencedor de las selvas de ojos vivos y de puños fuertes—mira: por ningún lado hay traza de que *escampe;* y ambos, fundidos en una sola inquietud, en aquella puerta que parecía una cariñosa boca de luz y de calor abierta en la neblina, eran la viva personificación de la angustia.

La milpa había sido arrasada: la troje en vano aguardaría por mucho tiempo las mazorcas; los dos *chacalines* menores no habían podido volver a clases, a la escuela lejana, vacía ahora como jaula de pajaricos sueltos, según el dulce decir de Medina; la provisión de leña se iba concluyendo y, cómo buscarla entonces, en la montaña, bajo el temporal?

Pero eso no era nada; se plantaría otra milpa: para eso tenían vigores en los brazos Julián y su hijo, y la tierra, en la bajura, era vientre fecundo que premiaba con mazorcas los esfuerzos; la escuela, bien podía estar cerrada durante unos días: la madre enseñaba a sus niños las oraciones y ellos podían repasar sus lecciones en los libros; por leña irían al monte y la secarían al humo; todo eso nada valía... lo malo era que Julián, el padre, se había ido a San José hacía dos días con una carretada de granos, y quién sabe qué suerte había corrido. En tanto, bramaba abajo el río como una gran bestia encadenada.

No era ese el primer invierno rudo que mortificaba a la familia

de Julián. Angelina lo estaba ahora recordando. Hacía bastantes años, un noviembre como ese, sufrió ella unas angustias semejantes. Estaba recién casada, apenas llevaba el primer hijo en las entrañas. El San Lorenzo también entonces se salió de madre y fué sembrando el espanto a lo largo de su curso, como un río de muerte dispuesto a barrer la vida de sus márgenes.

Lo tenía ahora muy presente: las cosechas perdidas, caballos ahogados en la corriente impetuosa, los puentes desprendidos y llevados río abajo como débiles pajas.

Pensaron entonces Julián y su esposa en abandonar su rincón de paz y de sosiego, aterrorizados por las furias de tan temible vecino. Pero... y el miedo a una inundación, los iba a arrancar de aquel dulce retiro donde habían probado la felicidad, de aquella casita que incubó un amor vigoroso y sencillo, de aquel rincón de montaña donde el cielo era tan azul, el sol tan tibio, y los surcos tan propicios que pagaban la primicia de un grano con una sonrisa de flores y una fiesta de hojas verdecitas y tiernas? No; no se irían. Allá, afuera, estaba el pueblo, y es cierto que allí había iglesia, y escuela y telégrafo; pero ¿qué religión podían predicar en la iglesia que ellos no conocieran y practicaran? Poco veían a las gentes, pero cuando hasta allá, a su casita, las llevaba el camino, encontraban en ella una taza de café y una palabra de cariño; por lo demás, los pájaros y los bueyes llegaban a guarecerse bajo su alero, en las tardes lluviosas y frías... y ellos nunca habían oído hablar de Francisco de Asís; la escuela sería para cuando tuvieran hijos, con todo y que no sabían qué ciencia de más alto valor podía ella enseñar que la que se aprende entre las eras, bajo la lluvia del sol; y el telégrafo... para que trajera los ecos de las mentiras y de los odios de los hombres, bien podía quedarse allá. No; no se irían de su rincón de paz.

Mientras, el cielo se oscurecía cada vez más, la lluvia arreciaba, y comenzaba a correr un viento huracanado. De los labios de Angelina se colgó una oración. El río pasaba cada vez con más estruendo. Y Julián, ¿dónde estaría? Quizá preso entre dos derrumbes; y los ríos... si cada uno era un abismo de muerte!

De la mano de Rigoberto bajó Angelina hacia el San Lorenzo. Ahora, lo mismo que hacía muchos años, el niño bajaba con ella a ver la inundación: sólo que ayer lo llevaba entre las entrañas y ahora iba de su mano.

¡Qué horror! ¡Si aquel no era el mismo río! Parecía que uno diez veces más caudaloso hubiere tomado ese cauce y que el San Lorenzo se hubiese ido quién sabe por dónde. La piedra donde ella lavaba la ropa, en el mismo sitio que servía de abrevadero a la yunta de bueyes que tanto quería, qué se había hecho? Bajaban los árboles íntegros, arrancados de cuajo, y las piedras bajaban en revuelta confusión, dando tumbos, hacia abajo.

Todo lo mismo que hacía cerca de catorce años; sólo que entonces Julián estaba con ella, y con él, cuanto podía importarle en el corazón de aquella montaña, y en cambio ahora sólo estaba con ella un pedazo del alma de Julián. Emprendieron el regreso. Chapaleando agua, saltando por encima de los arroyos que bajaban hacia el río, llegaron a la casuca.

Fué cayendo la noche, más aterradora y tenebrosa que nunca, sobre la montaña y sobre las conciencias de aquellos infelices. Los dos menores, al ruido de la lluvia se durmieron, pero quedaron cerca de la vela, azotada por el viento que entraba por las rendijas, Angelina y Rigoberto, uno frente a otro, un dolor frente a otro dolor. El río seguía creciendo.

En tanto Julián, alma valerosa de campesino costarricense, había podido llegar hasta la margen del San Lorenzo. El viaje había sido una conquista. Sus bueyes, maltratados, allí estaban frente a las ondas tumultuosas. La noche era una tiniebla impenetrable. Se acercó al paso del puente, y sólo oyó la corriente tempestuosa pasar, ensordecedora, encabritándose como para arrastrar el bastión que quedaba allí, desnudo e impotente. La lluvia seguía cayendo con la misma tenacidad con que comenzó en la mañana. Calado hasta los huesos, tiritando, tenía que escoger entre estas dos decisiones: o la noche allí, frente al río, al lado de sus pobres bueyes hambrientos, o la lucha con la corriente impetuosa, para ganar la otra orilla. Ese era el dilema. Pero el camino en ese punto era muy accidentado y, ¿quién le decía que aquel peñón no podía descolgarse sobre su cabeza? Por otra parte, ¿sabía él hasta dónde alcanzaba aquella inmensidad de agua que le salpicaba la frente, pero cuyas proporciones no le era dado medir en la oscuridad que le rodeaba? Su casa, su buena, su querida Angelina, sus *chacalines*, ¿dónde estarían, cómo estarían a esas horas?

Trató de distinguir algo allá, en la otra orilla. En vano. La sombra se lo había tragado todo. Entonces le pareció escuchar entre el estruendo ecos de voces humanas. ¿De dónde vendrían y adónde irían? E instantáneamente pensó que pudieran ser los suyos, su Rigoberto, su Angelina, que pedían al misterio de la noche el socorro que no podía prestarles el padre perdido en el camino. Hasta creyó percebir su nombre: ¡Julián! ¡Julián!... Su espíritu de acero, hecho a vencer las fieras de la selva, su hidalgo espíritu manchego se puso de pie y se impuso al cálculo del peligro. Anudó fuertemente las fajas del yugo a las astas de los bueyes, pasó su mano ruda sobre el lomo de éstos como para alentarlos, se aseguró la cruceta a la cintura y con un «a la mano de Dios» firme y resuelto, llamó a sus bueyes y se lanzó a la corriente.

Desde el primer momento comprendió Julián lo atrevido de su empresa: la fuerza del río era invencible. A poco, sumergido completamente

tamente entre las ondas, con sólo la cabeza de fuera y asido de un cuerno del animal más fuerte, dejó hasta de llamar a sus bueyes, porque éstos, perdidos en los primeros impulsos, comenzaban ya a ceder al poderoso empuje. La lucha continuó por breves momentos, pero era una lucha desigual. Vió a todos lados, ni una luz; pero seguía oyendo que lo llamaban: ¡Julián! ¡Juliáaan!... sólo que ahora iban las voces río abajo, con él. Comprendió que todo había concluido; tocó los hocicos de sus bueyes cuyas pupilas seguramente copiaban, con la luz de un último pensamiento, la trágica grandeza de aquel instante; pensó en su Angelina, en Rigoberto, en sus *chacalines* que quizá a esa hora soñarían con él, los magnificó con una última bendición y se abandonó a las olas.

En la casuca, Rigoberto se había dormido en el regazo de la madre, cansado de esperar; y ésta, con las manos juntas, los ojos puestos en lo alto, decía con el alma en la oración: «Padre nuestro que estás en los cielos...»

SERENAMENTE...

En días de amarga esclavitud.

Amada buena, dulce compañera
que aguardas mi retorno, entristecida;
lo ves?... no brota sangre de mi herida,
porque es herida oculta y traicionera.

Cierra las puertas del hogar; afuera
toda idea de bien está perdida;
y a través del espacio y de la vida
la bestia triunfará, salvaje y fiera.

Sólo quiero tus manos, y las finas
manecitas de amor, manos divinas
del ángel que colmó nuestra ilusión,

para posar en ellas mi cabeza
sedienta de quietud y de terneza,
mientras pasa bramando el aquilón...

Marzo, 1918.

Rafael Cardona

Bibliografía:
Revista *Renovación*, 1914.
Oro de la Mañana, 1918.
Revista *Athenea*, 1918.

EL POEMA DE LAS PIEDRAS PRECIOSAS

...y encontré que cada una de las piedras preciosas tenía una naturaleza, y, por decirlo así, un espíritu, ya de Bien, ya de Mal...

ESCENA:

Un jardín. Tenue luna. Primavera...
El recodo de un lago. Escena sola:
un canto se adormece y a lo lejos
se puebla de luciérnagas la sombra.
Un decorado a lo Perrault, en donde
los lirios del remanso se deshojan;
pequeña pausa y el cortejo llega
recostado en las frágiles carrozas...
(las frágiles carrozas del cortejo
son nelumbos de lívidas corolas...)

Del fastuoso desfile a la cabeza,
que al paisaje quimérico decora,
el Diamante: monarca de las piedras,
con manto, cetro y señorial corona.
Luego el Príncipe Azul, y la Esmeralda
de pupilas hieráticas y torvas;
el Rubí, la Amatista y el Topacio,
de airado gesto, excelsitud y pompa.
El Agata y la tímida Turquesa
que no puede decir si piensa o llora,
van seguidas del Opalo de Hungría
de blanca veste y cabellera blonda.

Es la fiesta ritual donde las gemas
—las núbiles amadas de la gloria—
celebran sus fantásticas orgías
llenando de luciérnagas la sombra,
cuando alegran sus mágicos fulgores
las ávidas pupilas de una novia...

... y en el áureo jardín, bajo el misterio
de la luz, y el perfume de las rosas,
se alza el canto sonoro y argentino
cual vuelo de sonámbulas palomas:

EL DIAMANTE

—Fué trágico mi origen:
por darme nacimiento,
las selvas primitivas en gigante balumba
se hundieron en la noche con enorme hundimiento,
y en las vetas sombrías fuí como un pensamiento
que irradiara en el fondo de una lóbrega tumba.
Fué la luz inefable de mi eterna pureza
el verdugo divino de los grandes suplicios:
trastorné las entrañas de la naturaleza,
y adopté desde entonces la rebelde belleza
de sus rocas deformes y de sus precipicios.
Yo ví pasar los siglos:
la fiera primitiva
que en marcha gigantesca sobre la tierra indócil
como tronco animado de existencia intuitiva
rasgaba los breñales, y la tumba furtiva
donde duermen los huesos del prehistórico fósil.
Palpé el oscuro seno de las savias potentes:
la gestación eterna de la materia bruta,
y con los espejismos de las aguas yacentes
contemplé de lo hondo los astros ignescentes
trazar en el vacío su quimérica ruta.
Y el Tiempo, torpe y grave, cincelaba el granito
del mundo misterioso sin etapa ni nombre,
ante el mustio silencio del arcano infinito,
¡como si presintiera la llegada del hombre!

. . . .

... y ví cómo el planeta se pobló de visiones:
los seres animados de una vaga experiencia
violaron los secretos de sus vastos arcones,
y a pasos de camello, las civilizaciones
comprendieron la Vida por el Arte y la Ciencia.

Y fué todo el Oriente:
desde el austro lejano
ayuntaron los hombres su ambicioso desvelo;
exploraron la Tierra, conocieron mi arcano,
y al tenerme en la cuenca de su férvida mano
parecíles un astro desprendido del cielo!
Después, todos los hombres de innúmeros países
miraron a la tierra como arca de caudales,
y del puño cerrado de sus negras raíces
extrajeron la pompa de mis regios matices
y exornaron los pomos de los cetros reales.
Temblé entonce en las copas del angélico vino
que ofrendaron las uvas del valle Senaar;
temblé bajo los rizos de la frente de Nino:
Semíramis me tuvo por el rayo divino
que brillaba en los dedos de Teglatfalasar.
Viví en Alejandría coronando la frente
del ídolo sagrado de Osiris, y de Ammón,
y a la luz fabulosa de las tardes de Oriente,
miré soñar a Belkiss, melancólicamente,
en los ojos astrales del Buen Rey Salomón.
Soy símbolo de todas las múltiples pasiones:
mirada en que se abisma la casta juventud;
en mí se cifran todas las blancas ilusiones
que luego se desatan en rudas ambiciones
segando para siempre la flor de la Virtud.
. . . .
—En Venus Matutina brillé sobre los mares.
En mi lumbre sin mácula se inspiraba la Grecia
que elevaba a sus dioses los marmóreos altares.
He ceñido las frentes de explosiones lunares
y he enjoyado los brazos de la púber Lucrecia.
Yo soy el soberano de las piedras preciosas:
soy lágrima y estrella, soy dolor y placer;
desciendo de unas negras entrañas silenciosas,
y tengo la pureza de las místicas rosas
que fingen en las ánforas mejillas de mujer.
He estado bajo el torno del hábil lapidario
y he puesto en sus buriles la magia de mi luz;
he sido en las penumbras el alma del sagrario,
y en el tosco madero sobre el Monte Calvario
palpité en las retinas del muriente Jesús.
Yo soy cosmopolita:
me fecundó el carbono
en Egipto, en la India, la Sicilia y Sumatra;

dejé entre las hulleras la majestad del trono,
y ha siglos que mis gemas bebieron abandono
en las hondas pupilas de la reina Cleopatra.
He unido las edades—minutos de mi vida—
y he puesto ante mis ojos fantásticos derroches:
he visto la culebra del Trípode, dormida...
La magia de mis venas ha siglos fué vertida
en los cuentos azules de «Las Mil y una noches.»
Yo tengo el iris suave del trémulo rocío:
la pura transparencia del alma de una hermana;
imitan mis quietudes parálisis de río,
y soy como un espejo donde mira el vacío
de sus astros errantes pasar la caravana.

. . . .
. . . .

—Soy caja donde el rayo guardó su fúlgea veste:
estuche en donde queda prendido el arrebol,
y tengo la grandeza del piélago celeste
que adorna de luceros el tálamo del sol!

EL ZAFIRO

... la pradera rubia donde las hadas
se coronan de zafiros...

Frega, Vora, Yolanda y Melusina...
Sutileza ideal de las riberas
del Rhin, en donde todo se prestigia;
en donde el suelo enamorado siente
el beso de las horas y las brisas,
y en donde Bóreas tenue y melancólico
las ramas peina y las vertientes riza...
Valles de luna y de silencio, en donde
la vida acompasada se desliza,
y en donde ponen los encantos toda
su orquestación de duendes y de ondinas;
recodos de leyenda y de pasado
donde forjan los duendes su divina
joyería de ensueño, y van los gnomos,
que consuelan las novias afligidas,
por las rutas quiméricas, en lo hondo
de las selvas prohibidas...
Los patriarcas enanos, cuyas barbas
son *riberas* de lotos florecidas...
Amigos del prodigio y del misterio
que guardan el alcázar de la Vida:
diminutos danzantes de la noche,

de sandalias de luz y áureas pupilas,
que con los elfos sus hermanos corren
en las eras de blancas margaritas...

Los coriganes de cabezas rubias,
trajes de niebla y mágica sonrisa;
los nixos que brillando en los estanques
como llamas de fósforo vacilan...
Los trolls de vestiduras perfumadas
que duermen en las rosas pensativas...
¡Oh cortejo risueño que los cuentos
tejieron con las hebras de la brisa!
¡Cortejos imposibles que el Ensueño
forja en las fraguas de la Fantasía!
¡Deidades del azul, bebed mis aguas,
vestid con el color de mis pupilas!

Ved a Frega, la pálida, que llora
las lágrimas de oro; ved a Melusina
que enguirnalda de blanco las praderas
con la mágica luz de su varita;
a Vora, que en los pinos soñolientos,
pulsa el arpa de notas indecisas;
a Titania la loca, que en la noche,
desciñe al viento la melena undívaga;
ved la rubia Yolanda que deshoja
sus cantos en la fuente cristalina;
a Mab, que en su carroza, por las rutas
musgosas de la selva pasa y guía
sus dos potros azules (moscas de oro
con élitros de luna) que la tiran...

Van pasando las reinas de los cuentos:
Frega, Vora, Yolanda y Melusina...
. . . .

Origán, Margiolano, Flor del Lino,
sutilezas quiméricas distantes,
que sois como un puñado de diamantes
arrojados en medio del camino...
Vosotros, que cuidáis del peregrino:
de todos los cansados caminantes,
que ofrendáis la ilusión a los amantes
y humedecéis las ánforas de vino;
Vosotras, oh deidades hiperbóreas
que cantáis en la noche, cuando el bóreas

modula en los pinares su suspiro,
venid para enjoyaros con mis gemas:
ornaré vuestras pálidas diademas
con mi azúreo cristal: ¡soy el zafiro!

LA ESMERALDA

Así traduje el secreto de esta piedra
lúbrica y gloriosa...

Yo soy un poco de agua pensativa
que se filtró del fondo de los lagos:
como el Diamante, supe los estragos
de toda la existencia primitiva.
Soy la pálida efigie del Hastío
del Hombre, de la la Selva y del Arcano;
una escama del férvido oceano
y un remanso monótono del río...
Yo soy la piedra mórbida, enfermiza
como el espectro de la oscura pena:
por eso me llevaba Magdalena
cuando ungió sus cabellos de ceniza.
Yo guardo el peligroso neurotismo
de un recóndito «mal azul y verde»...
¡Ay de aquel que en mis dédalos se pierde!
Yo no tengo riberas: ¡soy abismo!
Soy el ojo del monstruo que fascina:
el dardo venenoso que se clava;
el fanático filtro de la esclava
y el grisú crepitante de la mina.
Descifraron los magos de Caldea
mis gélidas entrañas, y dijeron:
los dos hijos del rey que se murieron
amaban a la lúbrica Astartea...
Yo soy el ojo inmóvil que medita
bajo la obscuridad de las cavernas,
y que acecha en la sed de las cisternas
la santa beatitud del cenobita.
Soy frescura que engaña: San Antonio
se apartó de mi lúbrica grandeza,
como si fuera mi fatal belleza
algún signo excitante del demonio!
Yo coroné de pámpanos la frente
de Grecia joven, y el jovial veneno,
del culto del dios Baco y de Sileno
un rito popular hizo en Oriente.

Buscad en los racimos de las uvas
la causa que al espíritu contenta:
¡es que el tirso de Baco las fermenta
en el amplio regazo de las cubas!
Yo soy la placidez de la ribera
que a gozar la existencia te convida:
¡huye de ella, que el agua está podrida!
¡Te engaña su aparente primavera!
Soy copa de cicuta entre los labios
que pidieron ansiosos a la Ciencia,
el origen del mal, la decadencia
de civilizaciones y de sabios...
Soy la piedra del vicio y la lujuria:
del Placer, de los éxtasis, la muerte!
¡La caja de Pandora que se invierte
y la cita traidora de la Furia!
Yo pongo palidez evanescente
en la carne glacial de las ojeras,
y entrego a la caricia de mis fieras
los últimos pudores de la mente.
Nerón vió a mi través los soberanos
esplendores de Roma bajo el fuego,
y en la arena del circo alzarse el ruego
de los rebeldes mártires cristianos.
Yo fuí el ojo del mal y la demencia
de los antiguos crímenes ducales:
al pomo de sus ágiles puñales
me llevaron las damas de Florencia.
Guardo en el seno la feroz herida
de la pasión al desbordante celo:
¡temblé en los ojos ásperos de Otelo
acechando a Desdémona dormida!

***

¿Qué ha sido del origen placentero
del labio en flor y el alma adolescente
de mi frescura, que ciñó la frente
con sus lazos de luz al padre Homero?
¿En dónde están los pífanos de caña,
las uvas glaucas, las manzanas rojas,
que entre mis otros émulos—las hojas—
llenaron de rumores la montaña?
La luz de los crepúsculos marinos,
¿no vió danzar en ágiles rondeles
en torno a los simbólicos laureles

a los gesticulantes campesinos?...
El campo verde que domó la trilla
celebrando el retorno de su exilio,
¿no inspiraba a Teócrito y Virgilio
la pre-fecundación de la semilla?

***

Yo encierro los extremos de la idea:
soy la sombra del mal: luz del idilio;
¡satánica en los ojos de Astartea
y angélica en los ojos de Virgilio!

EL RUBÍ

Mi sér simula el fuego: la llama que devora;
mi sino está en la lumbre brutal de las hogueras;
palpito en las pupilas en celo de las fieras,
e incendio con mis fraguas la nube que decora
con ígnicos diseños las verdes cordilleras.
—De aspectos multiformes dotádome ha la tierra;
mutismo de remanso, solemnidad de mar:
—las dos polaridades que el corazón encierra—
feroces las heridas de la implacable guerra
y dulcemente rojas las brasas del hogar.
Soy sangre de los hombres:
en mi cáliz eterno
bebieron los humanos su belígero afán:
filtrado por las vetas hacia el trípode interno,
caí sobre las llamas bullentes del infierno
y salpiqué de rojo las alas de Satán.
Bandera de los héroes de púgiles hazañas
que enjoyaron sus armas con la sangre vertida;
¡fontana inextinguible, por cuya abierta herida,
los flujos impetuosos—volcán de las entrañas—
invaden en torrentes las selvas de la vida!
Bosquéjase en mis aguas el símbolo divino:
¡ser sangre de los justos! —Alcázar soberano
que tras de la tortura tiene abierto el destino.—
Encierro Muerte y Gloria: por el mismo camino
se hicieron inmortales Juana de Arco y Giordano.
. . . .
Decoran mis jacintos las manos femeniles;
escucho en las hogueras los cantos pastoriles
las noches de San Juan;
mis émulos granates decoran las manzanas

que luego entre los labios de mozas aldeanas
su gloria cantarán.
Los coros de las ninfas de pie rosado y breve,
la rosa centifolia, copón en donde bebe
la abeja del jardín;
los granos del cafeto, las pulpas esponjadas,
—estuche en donde guardan mis gemas las granadas—
¡joyeles de carmín!
Decoro los perfiles de los nevados montes:
con sangre de mis senos, los vastos horizontes
teñidos de arrebol,
enjóyanse las fimbrias de rúbicos encajes
que fingen desde lejos pletóricos ropajes
en donde muere el sol!
Del vientre áspero y rudo, los cíclicos volcanes
desatan en las selvas—cual pétreos huracanes—
su roja tempestad;
sepúltalas su aliento forzando las cadenas,
y entonces, en las sombras, fecúndase en mis venas
la eterna actividad!

LA AMATISTA

Digna tan sólo de la ungida mano:
mística gema del claustral decoro,
donde cantan «los órganos de oro»
la augusta majestad del dios cristiano.
Cetro del alto Emperador Trajano:
diadema de Almanzor, califa moro;
¡pompa celeste donde oficia el coro
del César y Pontífice Romano!
El ático cincel de Benvenuto,
en los bordes del cáliz impoluto
incrustó mis románticas facetas,
para que, protegida por la capa,
la sombra ávida y trémula del Papa
se embriagara con vino de violetas...
En el fuego lunar de mi opulencia
ha nielado el artífice suntuario
un minúsculo y fino relicario
con el texto en latín de una sentencia.
Símbolo grave de ritual clemencia
que pende del litúrgico rosario,
como cárdena rosa del Calvario
en el pecho de un Papa de Florencia.

Majestüoso pectoral de Gloria
de Alejandros y Píos, cuya historia
colma de gemas el arcón romano,
y que, cuando el Pontífice aparece,
es un ramo de lilas que florece
asomado a un balcón del Vaticano...

EL TOPACIO

Soy una hebra de sol en una caja
de sílice, de alúmina y fluorita,
que adornó con su mágica varita
el prohibido jardín de Lindaraja.
Yo fuí en la danza impúdica, sonaja
del molífico harén del sibarita;
gota de oro en la blanca margarita
con que la duda del pudor se alhaja.
Imitaron mi temple los guerreros
que en Castilla lucharon por sus fueros
contra el herraje de la acción moruna,
porque al verme hecho sol en los espacios
las Hadas incrustaron de topacios
la espada de don Alvaro de Luna.

LA TURQUESA

Soy la pálida lumbre de la aurora
reflejada en un témpano de hielo,
donde vive el amargo desconsuelo
de todo lo que sufre y lo que llora.
El alma del poeta me atesora;
ese místico pájaro del cielo
que siente la nostalgia y el anhelo
de cantar los jardines de la aurora.
Ved pasar las siluetas de las vivas
encarnaciones del amor, cautivas
que fueron aldeanas o princesas...
Todas van por el áspero sendero
al lejano ideal, donde un lucero
se enjoya de fantásticas turquesas...

EL AGATA

En mis ondas parece que yaciera
la exática expresión de la pupila
de un gato, que del fondo de una pila
caer los astros sobre el agua viera.

Silenciosa expresión que a la ceguera
de un bosquejo de barro se asimila,
o a los ojos de un Cristo que destila
melancólicas lágrimas de cera.
Cuando del arte al inspirado soplo
modelaba el acero del escoplo
un boceto en arcilla de la Ausonia,
brotaban de mis aguas estancadas
las exangües pupilas apagadas
del divino poeta de la Jonia...

EL OPALO

Soy el nácar doliente de una rosa
de indeciso blancor de porcelana;
una gota de savia, leve y vana,
en las alas de alguna mariposa.
Dentro mi láctea palidez, reposa,
como un velo detrás de una ventana,
la material fecundidad humana
donde gesta la vida silenciosa.
La aurora de mis gemas boreales,
a las obscuras vetas germinales
con un amor nostálgico se aferra,
como si, al desprenderse de su lado
lamentase el proceso que ha pasado
en las bolsas matrices de la tierra...

***

. . . .

... Calla la última gema. En la distancia
se abre el terso abanico de la aurora,
y al vaivén de una vaga somnolencia
la Noche se va en hombros de las Horas.
Con la irreal atenuación del sueño
que idealiza la mente de las cosas,
en la blanca quietud de la mañana
el desfile quimérico se borra.

. . . .

El Diamante, cual gota de rocío,
se dormirá en el cáliz de las rosas;
el Zafiro, cual símbolo de Ensueño,
dormirá en el cincel, palabra o nota;
la trágica Esmeralda en el regazo
de las fascinaciones y las hojas;

el Rubí, la Amatista y el Topacio,
en la sangre, los ritos y las pompas.
El Agata en los ojos sin pupilas:
la Turquesa, en el alma del que llora,
y el Opalo de Hungría en las entrañas
«donde gesta la vida silenciosa...»

LOS CABALLOS DE ULISES

(Simbología homérica)

He aquí que el raudo grupo de caballos salvajes
—haz de fuego y de nervios que estruja los rendajes—

surge de pronto, en medio de los campos de Itaca:
la voz de sus resuellos es como una resaca

de golfos agitados. Un esplendor siniestro
brota de sus melenas cual de un trágico estro;

la espuma de sus colas, como una extensa cauda
la plenitud del anca con sus velos defrauda,

y el fuerte y fino casco de ámbar transparente
despierta entre las rocas una flora ignescente

que arde, con una vasta crepitación sonora... —
Ulises, al mirarlos, se regocija y llora.

Son cinco los caballos. Sus colores son cinco.
Cuando en el llano inician su vuelo con un brinco

monstruoso, sus pelajes que el vértigo estremece
tienen un espejeo lúbrico que parece

un raudo tumbo de olas bajo el cenit radiante.
Sus carnes son macizas y su aliento es fragante.

Sus cuellos son tan bellos como una balaustrada;
sus ojos, en que duerme la luz de la alborada,

denuncian algas de oro sobre un fondo marino;
sus pechos, que son fuertes como troncos de encino,

semejan la rodela de un hóplita desnudo,
que bajo el golpe recio medio abollarse pudo...

Como ante la amenaza de una fusta de auriga,
tiemblan ante la brisa que doblega una espiga,

y el vuelo de los pájaros hace girar su oreja
fina, como una espina de contera bermeja.

Son cinco los caballos. Sus colores son cinco.
El excelente Ulises los ve con el ahinco

de un dios que cuida el tronco del carro de la aurora.
Cuando en Itaca el alma de la mañana dora

el vaso azul y rosa del encendido Urano,
Eumelo abre las puertas del esculpido vano

y el grupo de caballos surge en tropel sonoro
cual si se abriese un cofre de pedrerías y oro...

El mar, que allá a lo lejos recita como un bardo,
los recibe en su seno de zafiro y de nardo;

Tethis los unge en una neptuniana ambrosía,
y entre las olas fingen una trompetería

de líricos tritones, que al carro desuncidos,
se entregasen a juegos de amor desconocidos...

Conságralos Ulises a la diosa Atenea;
sus venas son divinas y ninguno procrea;

jamás mortal sus lomos olímpicos mancilla,
y sólo el dios Apolo que entre las nubes brilla

los ensilló en la seda de su telar remoto.
En sus establos comen sólo la flor del loto.

El primero es Epafos que rozó dulcemente
la mano de la diosa, dando un sol a su frente

y un cordaje de nervios sensitivo y compacto.
Epafos es la bestia del inefable tacto.

Su piel es la nocturna fuente de las visiones
y en ella espeja el curso de las constelaciones.

El segundo es Aqueros: lo bautizó Thanato
y le dió por herencia las finuras de olfato;

y su piel es dorada como miel de colmena,
como polvo de bronce, como playa de arena...

El tercero es Cymintis, el caballo robusto
a quien legó Dyonisos las vendimias del gusto,

y en cuyo pelo asoman purpúreos resplandores.
Cymintis ama el campo y entiende a los pastores.

El cuarto se llama Audos, el caballo nacido
para vencer al Hermes corredor del sonido

que al Universo colma de musicales notas.
Audos escucha el vuelo de las aves remotas.

El quinto es Omnos: todo. Es el potro adivino
que guía el mismo Zeus por el ancho camino;

eternas nieves cuajan en sus ancas veloces;
astuto como Ulises, sabio como los dioses,

es el compendio altivo de la naturaleza,
y en sus ojos medita la uránica tristeza;

es alto y bello como la lumbre del lucero;
su pata tiene el ritmo de un épodo de Homero;

él interpreta el cielo de la mirada humana
y es polvo de su calle la nebulosa arcana;

percibe los matices y sorprende los tonos;
llevó por las tinieblas la ceguera de Cronos

hasta el profundo lecho donde durmió la Dea,
y amó el pezón dorado que le brindó Amaltea

en el tonel de estrellas del anular Zodiaco;
la cítara de Apolo y el címbalo de Baco

le hacen danzar erguido sobre el musgoso risco,
como la ninfa alada, como el brutal panisco;

él es el gran sereno y el orgiasta beodo,
y conoce el origen de la estrella y del lodo...

Cuando a la sombra quieta del encinar y el higo
rumia su pan de aromas este quíntuple amigo,

y Eumelo da en su concha músicas de retorno,
los caballos resoplan en sus belfos de horno

y al galope armonioso de su rápido callo,
por su unidad semejan un múltiple caballo

que alzando en la llanura la gloria de sus colas
esparce por el éter un murmullo de olas...

La diosa que sólo habla a los seres queridos,
desciende al héroe en forma de su pastor Eumelo,
y dice estas palabras en que destila el cielo:
«¡Tus caballos, oh Ulises, son los cinco sentidos!»

Claudio Castro Saborío

Palabras pronunciadas por el Licenciado don Claudio Castro Saborío al colocar el retrato del Doctor don Antonio Zambrana en el Salón de Actos de la Escuela de Derecho, en Asamblea celebrada el 28 de noviembre de 1921.

Señores:

Entre todos los trascendentales acontecimientos que forman el inmenso cuadro de la grandeza humana, cabe señalar como los más culminantes por su profundo influjo en los dominios de la civilización y de la cultura, en primer término la aparición del Cristianismo que acabó con los cultos y corrompidas costumbres paganas, y que grabando en el alma de los hombres los sagrados principios de la unidad de Dios y de la especie, hizo posible en el correr agitado de los tiempos, contra las recias tempestades de la soberbia y de los egoísmos desenfrenados, el definitivo advenimiento de un régimen en el gobierno de los pueblos, que habría de operar en la marcha del mundo, las más hondas transformaciones, como que aún en nuestros días, se percibe de vez en cuando, en los más apartados horizontes, la atronadora resonancia de sus ecos.

Me refiero al resurgimiento de la República, como sistema de gobierno de todas las naciones avanzadas, y bajo cuyas amplias y sólidas columnas del más firme granito, vióse en un día, que fué de luz y de gloria inextinguibles, el maravilloso milagro de reconquistar el hombre el señorío absoluto de su inteligencia, y el libre ejercicio de todas sus actividades.

La Antigüedad no conoció la República en el sentido doctrinario del concepto, pues estratificados los pueblos en castas irreductibles y oprimidos por la más sombría ignorancia, no pudieron gozar nunca del hermoso campo de todos los derechos, en una zona igual a la de las clases tenidas por superiores, y así fué cómo la República Romana hubo de perecer en los brazos del genio de Julio César, y en el docto siglo de Pericles, ya se había extinguido con el último sorbo del fatal líquido que entregó para siempre a la inmortalidad las serenas disciplinas de Sócrates.

Y después, el magno ideal, aunque pálido y escueto en aquellos

tiempos de la civilización Greco-Romana, se perdió al fin entre las fratricidas disputas por el dominio del mundo conocido, que invirtieron el curso de la historia, con el consiguiente olvido de la humana dignidad y de sus destinos más elevados.

El propio sentimiento religioso fué convertido por sus malos mantenedores en fácil instrumento de todos los despotismos, y no fué sino hasta principios del siglo diez y ocho, que clareó una nueva aurora, bajo la luminosa acción de dos libros inmortales, que habrían de ser las dos alas de una nueva época en la marcha de la humanidad: aludo al Espíritu de las Leyes de Montesquieu, y al Contrato Social de Rousseau.

Mas la obra redentora necesitaba para la realización de los nacientes anhelos, de un Continente virgen y del concurso de otros hombres, ajenos a las viejas tradiciones y a las viciadas costumbres ancestrales, que injustamente habían mantenido a los pueblos en el mayor estado de ignorancia y de miseria.

La tierra fecunda que arrancó del infinito por el conjuro de su indomable energía, el genio de Cristóbal Colón, fué la escogida por los supremos designios de Dios para tan feliz acontecimiento, y en ella efectivamente recibió el nuevo bautismo, el primero de todos los ciudadanos: Wáshington, y acto seguido, como por la acción de un prodigio jamás contemplado, se oyó el clamor apocalíptico de la Gran Revolución en el corazón de la humanidad, en la generosa Francia, salpicando de sangre y de heroísmo la deslumbrante veste del Universo, y encendiendo en la noche mental de toda una época las estrellas más puras de la redención.

La escarapela tricolor dá la vuelta al mundo por la imperiosa voz de La Fayette, y las entrañas mismas de todas las naciones, en aquella hora de dolor y de tragedia, se estremecen con las palpitaciones del más agudo de los alumbramientos: la República ha renacido ante la faz sobresaltada de los cinco Continentes, y es reconocido por todos los hombres, el libre ejercicio de su razón y el imperio de su superior dignidad, así como también la soberanía de los pueblos, sin otras fronteras que las señaladas por los principios indestructibles de la igualdad y fraternidad universales.

El supuesto derecho divino de las monarquías es substituido por el supremo derecho de los ciudadanos para organizar los poderes públicos, y ejercitar el complicado organismo de sus funciones, levantando por sobre la voz y el capricho de las pasiones y de la soberbia, otra voz más poderosa aún, que puede ser reclamada por el más humilde de todos los mortales: la Ley, la ley que ha de inspirarse siempre en los eternos principios del bien y de la justicia.

Así como el Cristianismo tuvo sus mârtires y sus apóstoles, ostenta con legítima complacencia sus templos magníficos y todas las obras que descubren su incuestionable influjo en los destinos de la

humanidad, el ideal democrático que informa todos los sistemas políticos fundados en la República, también exhibe con singular orgullo, sus más brillantes adalides y sus maestros más insignes, que alcanzaron unos la corona del martirio, y otros el laurel de las consagraciones definitivas, y todos cuyos nombres están vinculados con las libertades constitucionales e independencia de los países más cultos, y con el desarrollo creciente del espíritu de las nacionalidades, cuyas palpitaciones aun tiene convulsa a la Europa. Ellos han sido los factores de las instituciones más libres de la tierra, que hoy son gala y ornato de la raza, y sus nombres gloriosos, desde Wáshington hasta Wilson; desde Bolívar, epónimo creador de las repúblicas indo-hispanas, hasta el excelso Martí, en nuestro joven Continente; y desde el tempestuoso Mirabeau hasta Erzberger en la Alemania de nuestros días, para no citar otros del Viejo Mundo, constituyen la más esplendorosa constelación de hijos beneméritos de la humanidad, a quienes se debe por la mágica fuerza de su acción y de su pensamiento, todo el pujante y sorprendente desenvolvimiento material, científico y filosófico, que data en la historia desde los primeros albores de la República.

La civilización y el progreso de que en los actuales tiempos nos gloriamos con justicia, son sin duda alguna el fruto difícil y tardío de la acción combinada, en el enorme crisol de la edades, del dulce evangelio de Galilea, que fué un grito lejano y hondo del corazón, con el formidable ejemplo de Wáshington, que fué un canto, jamás oído, de la mente ya madura de los pueblos.

A la Revolución Francesa correspondió darle todo su exacto sentido a los nuevos ideales, convirtiendo el Estado-Dios en la deificación del individuo, que pasó a ser dueño y señor exclusivo de sus derechos y libertades, sin más limitaciones que los derechos y libertades ajenas. La moral política quedó reducida desde entonces a los reducidos moldes de la ciudadanía, y el sostenimiento de las modernas instituciones se dejó acaso transitoriamente al imperio de su propia virtualidad.

La labor de la educación y de los conductores de los pueblos no se impuso desde aquel feliz instante otra tarea, que la de reafirmar cada día con mayor eficacia, los rígidos caracteres del nuevo sistema y a crear ciudadanos rectos y respetuosos de todas las leyes, como único medio de conservar la granítica armazón de la República.

A estos enamorados de la democracia individualista, fruto de la Gran Revolución, pertenece sin duda el Maestro Ilustre que en este acto venimos a honrar, aunque tardíamente, bajo los muros de este hermoso plantel de enseñanza de las severas disciplinas del Derecho, que supo escuchar por más de veinticinco años su sabia prédica de sincero republicanismo, despertando al país, desde que puso su pie de peregrino en nuestras costas, de su largo sueño patriarcal, que al engañoso vaivén de sus clases dirigentes había casi

olvidado el ejercicio consciente de sus instituciones políticas, con ostensible menoscabo de su dignidad y de su progreso.

El eximio Doctor don Antonio Zambrana con la sutil penetración de su verbo y de su elocuencia, y los superiorea atractivos de su robusta mente, cultivada con todos los resplandores del luminoso siglo, operó desde los diversos campos de su infatigable actividad, sea en la cátedra, la tribuna y la prensa,—los estrados más altos del pensamiento – la más profunda transformación en lo que mira al creciente ejercicio popular de los derechos ciudadanos, abriendo brecha contra todos los vicios políticos de la época, e imprimiendo con los más firmes caracteres en todos los espíritus, especialmente de los jóvenes, un florido remozamiento en el culto por los ideales democráticos y en el amor por las libertades públicas.

Varias generaciones le son deudoras de sus afanosos empeños por los estudios jurídicos y sociales, y de su resuelta participación en el ejercicio sano de la política nacional, así como en el de las funciones administrativas, que deben corresponder siempre a los hombres que trabajan y que aman de verdad a la Patria.

Y cosa singular; el desenvolvimiento más importante que ha experimentado Costa Rica, en lo que se refiere a la vida de sus instituciones civiles y constitucionales, y aún con relación al desarrollo de su educación popular, concuerda con la presencia, y con la esforzada actuación del abnegado Apóstol, del Profesor inolvidable, que como lo hubiera hecho en su propio país, supo estimular todos los resortes de la conciencia nacional, en todo lo que significa elevación de ideas y nobleza de espíritu.

El Doctor Zambraña ha sido en nuestro suelo, el Maestro por excelencia de la República, la más alta escuela de la civilidad, y en favor de cuyos elevados fines prodigó sin descanso todo el tesoro y la virtud de su cerebro preclaro, así como las valiosísimas prendas de su carácter y de su decoro.

Su nombre esclarecido puede servir en nuestra naciente historia como punto de arranque del período en que la cultura nacional adquirió sus lineamientos imborrables, pudiendo mostrar Costa Rica en él, plena de satisfacción y de bien fundada gratitud al más prestigioso precursor de todos los progresos intelectuales, tanto en el dominio de la política, considerada ésta como la conciencia de sus libres instituciones, como en el fervoroso culto de las letras y del arte bello.

Con él principia nuestra verdadera época contemporánea, y sus enseñanzas y sus libros, servirán siempre a las generaciones venideras, por lo que tienen de noble inspiración y de desinteresado amor al destino fraternal de los hombres.

Es por ello, por lo que esta pequeña fiesta en honor del querido Maestro, cuya cabeza augusta aún orean, para nuestra dicha, los dul-

ces cantos del sublime Martí, allá en la bendita tierra que abrió sus ojos, está unida a los comunes regocijos de la Patria, con motivo de la memorable fecha del primer Centenario de su Independencia, pues que hemos de hacer siempre votos por la felicidad y por la integridad de nuestro suelo, al pie de su verbo incomparable, que nos señaló con el ademán vibrante de un apóstol, los amplios mirajes de una República vivida de verdad, y por todos cumplida, como fórmula única de estable cultura y solidaridad duradera.

Y ya que el destino, en uno de sus pasajeros eclipses, nos privó de contemplar con mirada cariñosa el tranquilo crepúsculo de su radiosa ancianidad, justo es, que en este momento de nuestra vida política, en que la acción corrosiva de una fría indiferencia pareciera quebrantar todo el resultado de su obra regeneradora, acudamos con nuevos bríos a evocar sus nutridas lecciones de civismo, para prometer con patriótico entusiasmo, ante el ara santa de la República, nuestra decidida voluntad de servirla y de consolidar cada día más el imperio de sus instituciones, bajo el soplo de las nuevas ideas que señalan los actuales tiempos, llevando con orgullo el honroso atestado de ciudadanos libres, que constituyó para nuestro padre Bolívar el modesto título de sus grandes sueños y la aspiración gigantesca de todas sus sangrientas batallas, prefiriéndolo a todos los mayores honores y pomposas glorias que pudiera ofrecer el Planeta, en nuestro leve paso por la vida...

Para concluir, señores, os excito muy respetuosamente, a saludar de pie al ilustre Maestro, que pareciera escucharnos en estos solemnes momentos, tras las líneas artísticas del hábil pincel; formulemos con toda la sinceridad de nuestro cordial afecto y de nuestra intensa gratitud, una oración silenciosa, infinita y profunda, que se dirija a prolongar bajo los auspicios de la más pródiga ventura, su preciosa vida de apóstol y de pensador, que pertenece ya a la eternidad de nuestra historia, por lo que en ella sembró de luz y de avanzado idealismo, haciendo más bellos nuestros cielos, más ricas nuestras montañas, más sonoro el clamor dilatado de nuestros océanos; pero sobre todas las cosas, porque logró darle al frágil velero de nuestros espíritus, su rumbo más claro, más puro, más sereno... la línea inmutable de nuestros deberes para con la Patria!...

He dicho.

Rodolfo Castaing

COMO FRANCISCO I...

La lucha que acaba de verificarse, con fulgores casi de tragedia, en Jersey City, entre Carpentier y Dempsey, no ha sido, como la considera la generalidad de la gente, una simple pelea entre dos hombres que se disputan los honores de la supremacía de la fuerza. Ha sido algo más grande, algo más elocuente, algo más simbólico, hasta más terrible si se quiere: ha sido el encuentro de dos civilizaciones, el choque rudo de dos almas raciales, en el reducido espacio de un «ring», frente a los ojos apasionados de más de noventa mil espectadores...

La raza latina, que lleva siempre bajo el guante de seda, suave y femenino, el puño de hierro que sabe golpear reciamente cuando el caso lo requiere, se ha enfrentado a la raza sajona, fría y calculadora, cuyo interés y egoísmo no le dejan ver más allá del fin práctico que persigue.

La primera se ha empeñado siempre en vencer, porque quiere vivir. La segunda sólo anhela vivir, porque quiere vencer.

Carpentier representa a la espiritualidad francesa, en todo aquello que tiene de atrevido y de galante, como es la alianza del brazo y del corazón.

Dempsey representa al espíritu emprendedor del yankee, dispuesto en todo momento a la lucha, sin importarle los medios, galvanizado por la obsesión profunda de hacer a un lado a su rival; y si éste, en su empeño muy humano de subsistir, se obstina en no apartarse, despedazarlo, pulverizarlo, reducirlo a la nada, con esa crueldad tan especial de ciertas aves, que se complacen en prolongar la agonía de su víctima.

Para Europa entera, donde Carpentier ha paseado, durante tantos años, el esplendor de su musculatura triunfante, este atleta, gallardo y poderoso, es su ídolo. Hasta las mismas mujeres, en sus arranques de entusiasmo, le han ofrecido las mejores floraciones de su corazón, que aplaude a los fuertes y desdeña a los débiles.

Cuando estalló la guerra, Jorge Carpentier era un hombre consagrado al deporte. Pero eso no le impidió que acudiera sin va-

cilaciones a la llamada de su Patria, abandonando los triunfos, abandonando las glorias, abandonando el hogar, a ocupar su puesto de «poilu» en las trincheras, donde iba a luchar por una finalidad más grande que la de poner fuera de combate a un hombre con la fuerza de sus puños. Y se batió heroicamente, como se batieron todos los franceses.

Jack Dempsey, por el contrario, no creyó oportuno atravesar el Atlántico para ir a decir a Francia, con el Comandante Stanton, en el Cementerio Picpus, pagando así una deuda de honor: «Lafayette, ya estamos aquí!».

Y vino la paz. Carpentier volvió victorioso a revivir su vida anterior.

Y he aquí que un buen día, el ansia mercantil de un empresario, le lleva a los Estados Unidos, a medir sus fuerzas con las del campeón mundial del boxeo.

La atención de los pueblos, apartándose de asuntos bastante delicados, se concentra por un momento en la lucha que va a efectuarse. La vieja Europa, casi por completo, pone sus esperanzas de triunfo y su orgullo continental en uno de los tantos héroes del Marne. Sólo Inglaterra no quiere decidirse. Carpentier, dicen los grandes rotativos ingleses, tiene todas nuestras simpatías, pero hay que reconocer que Dempsey parece invencible.

Y la clarividencia del inglés, desgraciadamente, se ha confirmado.

En los primeros asaltos, Carpentier recibe un terrible golpe en la nariz; mas no por eso disminuyen sus energías. Antes por el contrario,—cuenta el cable,—parece que reserva toda su fuerza para una acción final, que desarrollará valiéndose de su gran rapidez. «En el cuarto round,—decía en París,—espero vencer a Dempsey.» Pero el yankee acierta una vez más y rompe un ojo a su intrépido adversario. El triunfo, desde ese momento, está a favor de Dempsey. Luchar con un hombre herido, que acaba de perder un ojo, es luchar con medio hombre. Carpentier no cede y haciendo un derroche de valor, que sólo los estoicos conocieron, vuelve a la lucha. Tal vez la idea de que por cinturón lleva la gloriosa bandera de su patria, le hace despreciar el dolor físico y seguir, en tan desventajosas condiciones, una pelea que toma todos los caracteres de un encuentro bestial.

Por último, cuando con prodigios de valentía y de destreza, logra sacudir a su contrincante, resbala en su propia sangre y no puede levantarse más... Sólo entonces los jueces insensibles dan por terminado el torneo.

Dempsey sonríe socarronamente y se ajusta satisfecho su faja de campeón. Ha vencido nuevamente; sí, pero su victoria no es completa, porque aquel adversario, tumbado en el suelo, bañado en

la sangre que respetaron las balas alemanas, al igual del Aguila Napoleónica en Waterloo, ha triunfado también en su derrota.

Dempsey es el héroe de la fuerza, porque sus músculos han salido victoriosos: pero Carpentier es el héroe del valor, porque su indomable espíritu, que desdeña el dolor del cuerpo con un gesto sublime de desprecio, no ha sido vencido aún. Hasta allí no pueden llegar los puños de un mísero mortal.

Los Estados Unidos, con esta victoria, han demostrado poseer la fuerza física que triunfa sobre la materia. Francia, con esta derrota, ha probado una vez más, que es dueña del temple de espíritu que triunfa sobre las almas.

Y el valiente peludo del Mariscal Foch, cuando vuelva a su patria, tal vez con un ojo menos, pero orgulloso de esa proeza admirable de arrojo y de juventud, que ha empañado la gloria relativa del vencedor de Jersey City, podrá decir a sus amigos, como Francisco I escribió a su madre: «Todo se ha perdido, menos el honor!»

¡DE PIE LOS MUERTOS!

Las trincheras se inundan de metralla.
El sol, horrorizado de la guerra,
va buscando un abrigo tras la sierra
y tiñe en rojo el campo de batalla.

El fragor del combate, que no acalla,
retumba en los espacios y en la tierra;
el corazón del hombre al mal se aferra
cuando el fervor patriota en rabia estalla.

Los germanos avanzan por doquiera
y embisten con indómita constancia
a Beauséjour, final de su carrera.

«¡De pie los muertos!», grita en su arrogancia
el último viviente en la trinchera
y los muertos responden: «¡Viva Francia!»

Fausto Coto M.

AMA, JOVEN

Joven, para que salves la vida en todos los sitios en que la encuentres; para que seas un manantial de alegría del cual huya la muerte; para que en torno de tu corazón vibre en toda hora la exquisita melodía que cautiva a los hombres,... ama, ama siempre y ámalo todo.

Joven, ámate a ti mismo con un amor profundo, y date para ti cuanto de bueno halles por el camino. Ama a los otros y dales cuanto de bueno tengas que darles.

Joven, ama las cosas que te rodean, ama a los animales, ama a las piedras, ama a las plantas..., a las de tu jardín porque florecen para ti y perfuman el aire que tú respiras y son así amables colaboradoras de la paz interna de que te nutres, y a las del camino porque florecen y purifican el aire de los que sin jardín propio y sin hermanos, van campo arriba solos y tristes...

Ama, joven, las obras de los hombres para que sirvan, para que triunfen, para que vivan. Asocia tus energías a las energías de todos, creyendo a ciegas que todos lo hacen, que todos te aman, que en todos tienes apoyo y fe y sonrisa franca...

Joven, ama. Ama el sol que dá luz para que tú veas lo que hay a tu orden bajo tus plantas, y ama la noche porque es el velo que Dios extiende sobre tus penas...

Ama los vientos, ama la lluvia- canción amiga de tus cristales que dice a tu oído la nota fría, la nota clara, la nota pura...

Ama la tierra, madre eterna en cuyo seno después—cuando se acaben tus fuerzas y ya no te amparen los hombres que tú amparaste, y la ciencia en que tú creíste ya no te sirva, y tu Nada y tu Realidad sean una misma, y te abandone la vida—hallarás abrigo, y te transformarás en tesoros que no se acaban, en otros mundos...

Ama, joven, con un amor profundo. Ama siempre y ámalo todo..., para que salves la vida en todos los sitios en que la encuentres, para que seas un manantial de alegría que cautive a los hombres... Ama siempre y ámalo todo...

VUELVE LA LLUVIA

Oyes?..

Oyes como un rumor de palabras que se acercan más y más?

Oyes?..

Es la lluvia que regresa, loca, risueña, con la cabellera suelta en el aire para acariciar a la tierra que se muere de fiebre y de sed...

Oyes?..

Es la alegría del primer aguacero que viene desde allá, desde Dios, a llamar las simientes dormidas porque amanece, porque amanece primavera y es hora de fecundidad...

Oyes?..

Oyes?..

. . . .

Es que hace muchos días que todo en la tierra se durmió. Con la cosecha,—único interés de estos hombres, mezquinos,—nadie volvió a pasar la mano por el surco en son de caricia ni en reclamo de fuerza... Y los campos, doloridos, se pusieron tristes... Y los yerbasales, sin agua, se tornaron esqueletos amarillos sobre los cuales el viento pasó como un insulto soplando polvo... Y las aves, sin refugio, sin sombra fraternal y sin hijos, vagaron llenas de fastidio y sin amor a la vida, sin cantos, sin fiestas de alas... Los insectos se fueron a lo hondo y allí se quedaron en letargo sombrío, como muertos. El arco iris de sus alas no matizó más los campos, ni la zampoña de sus ruidos estremeció más el aire...

Todo estaba feo y sucio, y seco y triste... Y los hombres,—sedientos siempre de belleza banal,—se fueron del regazo de esta madre inmensa que acaricia con dedos finos—pétalos—y se hundieron en el río de los vicios, locamente... Y se les halló ebrios,—ruinas—horribles, dementes, bestias—y se les halló lascivos, y se les halló ladrones...

Entonces la tierra fué un solo dolor y una sola amargura... y una gran desolación... Y el llanto de las madres, misericordioso, y el llanto divino de los niños, subieron como un incienso hasta los cielos, y se enredaron en los cabellos del Señor, y le agitaron el espíritu—el gran espíritu de Dios, inmenso,—con tanta pena y tanta queja y tanta oscuridad... Y el Señor oyó; y el Señor sintió... Y cuando se hubo enterado de todo lo malo que los hombres se habían vuelto por la esterilidad de la tierra, extendió su mano blanda sobre el mundo, lentamente... y sus cinco dedos fueron cinco grandes nubes que salieron a apaciguar a los hombres... Y Dios dijo al dolor de las madres y a la amargura luminosa de los niños:—«Callad... callad que desde ahora tendréis frescura para tanta fiebre, y ocupaciones y encantos que arranquen a vuestros hombres del Mal»...

Y el cielo contrajo el ceño... Y vino, cantando, una brisa violenta y fresca... y luego hubo un momento de silencio profundo en el cual se oyó latir el corazón de Dios, clemente y manso... Y cayó una gota—la primera—y luego la otra—la segunda—y después otras, y detrás otras, y luego mil y mil, y fué como el canto de los cielos abiertos de pronto sobre las cabezas angustiadas de los hombres...

Y llovían gotas y llovían notas, y llovió también la noche... y los hombres se aquietaron y se durmieron en paz una noche completa, sin locura y sin dolor, en la que soñaron, felices, que una madre muy grande en su regazo enorme los mecía, y les contaba aventuras maravillosas y les acariciaba la cabellera con los dedos perfumados, y los besaba en la boca con los labios untados de miel.

. . . .

Ahora, si tú descorres las cortinas con tu mano sedosa y blanca; ahora, si tú abres los cristales de la ventana de tu alcoba quieta, y dejas que aquel rayo de luz que viene de lo alto, como un chiquillo te bese en la frente, verás un mundo nuevo: verás cómo sube la tierra hecha esmeralda en los tallos que nacen, y cómo se estremecen las semillas para alumbrar sin dolor miles de plantas..., y oirás cómo zumban en el aire las arpas de los insectos en peregrinación de amor,... y verás cómo lo tiñen de oro, de ópalo y de sangre con sus alas temblantes..., y te extasiarás con el canto de mil aves que celebran—como tú con un suspiro—con trinos deliciosos el regreso del agua...

. . . .

Dulce día! Mágico despertar!

Mañana habrá campos nuevos, verdes, frescos, y habrá botones de rosas y jazmines en flor, y habrá comienzos de nido en las ramazones; y habrá alegrías, mucha alegría, porque con la lluvia que ha vuelto, risueña como tus ojos de mujer dichosa, está el cielo lleno de promesas, y está lleno de esperanzas el corazón del hombre...

Ricardo Fernández Peralta

UNA VISITA AL VOLCÁN IRAZÚ

El 26 de agosto próximo pasado, a las 4 de la tarde, partimos de Cartago el Profesor don J. Fidel Tristán, don José Joaquín Peralta y yo, hacia el volcán Irazú, el que hacía más de un año no visitábamos. El tiempo fué muy favorable hasta el Sanatorio Carit, en donde el doctor don Jorge Sáenz, director de aquel establecimiento que mucho nos honra, nos brindó toda clase de atenciones. Luego que la lluvia hubo pasado, emprendimos de nuevo la marcha, pues nuestro propósito era pernoctar en la hacienda «San Juan», a la cual llegamos a las 8 de la noche, siendo muy bien recibidos por los señores Robert, quienes amablemente pusieron su casa a nuestra disposición.

Al día siguiente a las 6 de la mañana estábamos de pie; el tiempo se presentaba muy desfavorable, lo que nos causó gran disgusto, pues nuestro objeto principal era obtener buenas fotografías del cráter y de la actividad del volcán. A las 8 decidimos partir a pesar de la lluvia que se había iniciado desde las 7 y que al parecer persistiría todo el día.

Los señores Robert nos aconsejaron que hiciésemos la ascensión por el sendero que conduce a los potreros de su propiedad, colindantes con los «Arenales», pues el camino generalmente empleado se hallaba en muy mal estado desde la hacienda del Lic. Volio. Acordamos hacer el viaje por el camino que nos indicaban, sobre todo porque nos era completamente desconocido y se nos presentaba una buena ocasión para recorrerlo. Este es amplio y de gradiente moderada hasta «Pozo Amarillo»; desde aquí se sigue por un sendero que asciende rápidamente a través de un potrero de suelo firme, en el cual los caballos resbalan poco.

Cerca de los «Arenales» fuimos envueltos por una ráfaga de viento y lluvia acompañada de un frío intenso, que nos hizo pasar un mal rato; poco después llegábamos a ellos y salíamos al sendero del Roble. Nos llamó la atención el aspecto que presentaban los mirtos y arrayanes, desprovistos totalmente de ceniza, contrastando fuertemente con el aspecto gris que tenían en nuestro último viaje, hace año y medio. Esto nos hizo pensar que las lluvias han sido

muy fuertes y frecuentes, impidiendo que la ceniza se deposite en las hojas y las ramas de los arbustos.

Grande fué nuestra sorpresa cuando vimos en las grietas que recogen las aguas de lluvia la fortísima erosión causada por éstas, pues la gruesa capa de escorias que cubre la región denominada «Los Arenales» se presentaba en todo su espesor, como metro y medio en término medio, viéndose perfectamente la capa de rocas de color rojizo que forma el subsuelo del macizo superior del volcán. Ni el Profesor Tristán ni yo habíamos visto en ninguno de nuestros numerosos viajes un trabajo de erosión tan fuerte como el que presenta hoy día la cima del Irazú, lo que corrobora nuestra suposición de que las lluvias han sido excepcionales desde el año pasado en aquella región.

Los múltiples senderos que cruzaban «Los Arenales» en todas direcciones han sido en su mayor parte destruidos por las lluvias, no quedando hoy más que el de la hacienda «El Roble» que pasa por el borde superior del cráter y el cual en muchos lugares presenta peligro para el paso de caballos.

Bordeamos a «Playa Hermosa» y descendimos a ella por el este; estaba cubierta por un manto de niebla que no nos dejaba distinguir ningún detalle. Llegamos al borde a esperar pacientemente que el tiempo mejorase; de vez en cuando veíamos dibujarse débilmente los contornos del cráter y nos lamentábamos de que ni siquiera podríamos darnos cuenta de los cambios ocurridos en él, desde nuestro último viaje. De pronto comenzó a desaparecer el denso velo que nos cubría y pudimos contemplar durante algunos minutos el gran cráter completamente despejado.

Inmediatamente nos dimos cuenta de los grandes cambios ocurridos en la boca M, letra con la cual hemos designado la boca formada el 9 de octubre de 1918, siguiendo la denominación dada a las otras por el sabio Dr. Carl Sapper en 1899. En nuestro último viaje verificado el 16 de marzo de 1919 en compañía del geólogo señor David A. Southerland, la boca M que comprendía una parte de las antiguas bocas B, D y F, se ha ensanchado notablemente, alcanzando un diámetro que estimamos en doscientos metros y que comprende hoy totalmente las tres bocas antes mencionadas, más la L que también ha desaparecido, como puede verse en los planos adjuntos.

La boca G, que se halla muy próxima a la M, no nos fué posible observarla debido a que la columna de vapores que arroja esta última, la cubría completamente. En la H notamos un pequeño desprendimiento, pero no pudimos comprobar si éste salía de su interior, o si eran los vapores de la boca M que al pasar por encima de ella eran arrastrados hacia adentro por las corrientes de aire que luego veíamos salir lentamente. El cráter se nubló de nuevo sin haberlo podido fotografiar.

El señor Robert, que tuvo la amabilidad de acompañarnos, se regresó mientras nosotros nos disponíamos a esperar que el tiempo mejorase, lo que al parecer no había muchas esperanzas de que así sucediese, pues a cada instante la niebla se hacía más densa y la lluvia comenzaba a caer con un frío intensísimo que hacía difícil suponer que a las 10 de la mañana y en los trópicos se pudiese temblar como en un riguroso invierno. Poco más de media hora soportamos aquel suplicio, hasta que fatigados decidimos regresar antes de que la lluvia comenzase con la violencia que le es peculiar en estas regiones. Emprendimos la marcha y cuando íbamos llegando al borde superior de «Playa Hermosa», cesó repentinamente el viento y la lluvia; brilló el sol y se despejó de nuevo toda la cima. Aparecía «Playa Hermosa» ante nuestros ojos como un manto gris salpicado aquí y allá de puntos negros, rocas, algunas lanzadas por el volcán; en el fondo se destacaba perfectamente el gran cráter humeando. Descendimos de nuevo hasta el borde y pudimos esta vez no sólo ver el cráter, sino fotografiarlo también.

Observamos que el nivel de la boca M ha bajado del que tenía cuando lo vimos en marzo de 1919, lo cual nos explicamos perfectamente, porque en aquel entonces se hallaba situada como he dicho anteriormente entre las antiguas B, D y E, parte que se encuentra a un nivel mayor que los fondos de las mismas, que forman hoy casi todo el borde de la boca M. Este borde se halla completamente agrietado por la erosión de las aguas de lluvia, dando origen a grandes y frecuentes derrumbes que la ensanchan constantemente y que indudablemente son la causa principal de las imponentes erupciones que tan a menudo contemplamos.

Después de algún tiempo logramos ver la boca G, que también se ha agrandado y unido ya completamente a la pequeña boca G 1 afectando la forma de un gran corazón, pero que no presenta ningún cambio sensible en más de un año, desde que la vimos la última vez. Ya no tiene el aspecto de gigantesca chimenea que tenía antes de la formación de la boca M, lanzando al aire una columna compacta y recta a varios centenares de metros de altura. Hoy día los vapores ascienden lentamente, la gran boca M es una amplia salida; la G ha perdido su importancia y su encanto. Una delgada pared divide estas dos bocas, que de continuar la actividad por algunos años más, llegará a derrumbarse dando origen a la formación de una gran boca elíptica; sin embargo es de notar que esta pared está constituida por sólidas rocas que sólo la acción de muchos años podría hacer desaparecer, a menos que se produzca una violenta explosión que la destruya.

Por la boca H observamos de nuevo vapores, pero, como anteriormente, no nos fué posible precisar su procedencia. Los bordes de ésta están intactos; suponemos que su fondo se ha rellenado bas-

tante por estar recibiendo constantemente la ceniza que se desprende de la columna de vapores que le pasa por encima, lo mismo que la gran cantidad de los materiales de las grandes erupciones. La pared ya casi destruida de la boca C forma hoy parte del borde de la M. La F está muy rellena de ceniza y cruzada de grietas por las que pasan las aguas de lluvia que recogen las paredes del oeste del cráter y las exteriores de la boca H; estas aguas se precipitan por una gran grieta a la M. La A está también cubierta de ceniza y llena de grietas, lo mismo que sus paredes interiores; las aguas que aquí se recogen van a la laguna que se ha formado en la boca I, que está en gran parte rellena de ceniza y que también tiene sus paredes interiores muy agrietadas.

El cráter en su conjunto presenta cambios de consideración; sus paredes están completamente cubiertas de grietas producidas por la erosión de las aguas de lluvia, que le dan un aspecto muy particular. Esta erosión se ha efectuado en su mayor parte en la gruesa capa de ceniza que cubre el cráter, y no en la antigua capa de escorias. La actividad del volcán, el día de nuestra visita, era relativamente poca; no tuvimos la suerte de presenciar el grandioso espectáculo que nos dió en nuestro penúltimo viaje verificado el 3 de febrero de 1919, de imponentes erupciones de lodo y piedras, las cuales en gran número, describiendo caprichosas parábolas, caían fuera de la boca con ruido de una sucesión de disparos.

Poco más de una hora nos complació el volcán, después de la cual se cubrió completamente. Regresamos por el sendero del Roble, que pasa por la hacienda «Irazú» del Lic. Volio y es el empleado generalmente por los visitantes del volcán. Nos alegramos mucho de no haber ascendido por allí, pues hubiéramos dejado medio muertos nuestros caballos, tales son los huecos y las grietas que las lluvias han formado. A las 2 de la tarde almorzábamos en la hacienda «Irazú», y a las 6 llegamos a Cartago bajo una lluvia torrencial, pero muy satisfechos de nuestro feliz viaje.

A nuestro juicio la actividad no ha aumentado en este último año; en cuanto a las grandes erupciones y a las lluvias de ceniza, son originadas por los frecuentes derrumbes de los bordes de la boca M que la erosión de las aguas de lluvia ha agrietado muchísimo, como también a la gran cantidad de materiales que arrastran las aguas, arrancados a las paredes del cráter y llevados a la boca M por numerosos riachuelos.

El volcán Irazú se presenta hoy día como una gran solfatara, con los cambios de actividad que son naturales en esta clase de manifestaciones volcánicas, y de las cuales el volcán Poás es uno de los mejores ejemplos. A don José Joaquín Peralta, quien nos proporcionó todos los elementos del viaje, y a los señores Robert, que nos brindaron su casa, les doy las más expresivas gracias.

Ricardo Fournier

NUESTRAS BELLAS VENTANAS

(Poema escrito sobre un ejemplar de Ronsard,
en un día de bombardeo.)—Traducción.

Mignon, vamos a ver si la vitrina,—que vibrante como un élitro parece también exclamar: «Yo resistiré», —se decora dentro del marco que la sostiene, con papel recortado en forma de astro o de Cruz de San Andrés. Salgamos: abril está en las frondas, el obús cae y mutila los mármoles, un niño recoge un casco de metralla y el estallido hace volar las palomas. Vamos a ver a París bajo el bombardeo, es necesario verlo así.

Algún día, señora, os sentiréis orgullosa por haber contemplado a París en plena guerra, mientras os paseábais a pie por sus calles; y entonces diremos con el pecho henchido: «Era la época en que las vidrieras se adornaban con figuras de papel.»

París se divierte con los recortes que pega sobre sus limpios cristales. ¡Y cree Berlín que París tiembla! Extraños son los tiempos en que vivimos. Vamos a admirar los rombos de las vidrieras engastadas en blanco.

¡Cuán raras son las cruces con que se cruzan las ventanas de los Campos Elíseos! París todo lo convierte en arte: trata de proteger sus ventanas y crea con ese afán un estilo decorativo y pintoresco!

Veamos, agucemos la mirada. Estos retazos de papel colocados sobre la piedra, son obra de arquitectura; por ello al verlos, Gavroche—espíritu de la raza—dice: «Ojalá permanecieran por siempre en las vidrieras».

Cada tienda se llena de cuadritos que forman una caprichosa reja, y desde Auteuil hasta el Puente Nuevo el gusto de París—que se exalta—cambia en florón la ventanilla, en rosetón la claraboya.

A lo largo de los malecones, cuyo recorrido es tan ameno, las vitrinas se ilustran con una escarcha que el sol no funde jamás. Y como un corazón por la robustez de una idea, cada vidrio se fortifica por un frágil dibujo de hondo sentido. Ah! Realmente son síntomas

honrosos este cuidado de la línea y este esmero por el adorno, todavía vivos! Caen los obuses de lo alto, pero la elegancia subsiste. ¡París lanza aún una moda!

Gracias al severo bombardeo el papel florece sobre el cristal. Y al poner París, con sus artísticas manos, lo frívolo sobre lo frágil, nos da una muestra palpitante de su fortaleza! Ved cómo en poco espacio, bajo el hielo, Mignon posee flores y pájaros y mil ornamentos inmaculados que las midinettes recortan con sus diestras tijeras. De entre esta simbólica florescencia, brota el ingenio de los tradicionales oficios de nuestra patria: el fondista recorta un emparrado, la florista una cesta, el fabricante de guitarras una clave de sol; la modista ofrece a su clientela un poco de guerra hecho encaje. Algunos, huyendo de los salones y de las fiestas, han ido a refugiarse a los rincones campestres. ¡Qué lindas ventanas han podido admirar los que han permanecido en París!

La gracia de París es más fuerte cuando a las bombas, solamente opone sus cristales decorados por una rosa. Así es cómo precisa que la Mimí Pinson de Musset responda ante el mundo a la Bertha de Krupp. ¡Un papel contra un proyectil! Sí. Porque París finge ser pueril cuando es más grave, y esos adornos que parecen hechos con serpentinas de antiguas fiestas, son sellos misteriosos! Grandes sellos que ponemos sobre nuestros cristales y sobre nuestras almas! No importa que el obús siga en su empeño: el miedo no podrá ocultarlos. Por otra parte... ¿Por qué nos ha de inspirar temor lo que sólo matarnos puede?

París, Capital de la Gracia, se embellece en el momento mismo en que se arma. En ello está su heroísmo. Y si el hombre azul, con la pipa en la boca y el casco en la cabeza, llegara hoy a París, de seguro desarrugaría el ceño y exclamaría: «Esta visión bien vale el viaje!» Porque a través de este claro y polícromo enrejado, trasunto fiel de un Trianon, habrá visto la imagen de la Gran Ciudad sonriendo tranquilamente, entre las fauces del Supercañón.

Arturo García Solano

Bibliografía:
Poesía: Revista «*Renovación*» No. 84, 1914.

RAPSODIA SENTIMENTAL

I

En la dulce quietud de aquella estancia
que anidó tu amorosa primavera,
aún palpita el calor de tu fragancia
cual los ecos de una onda en la ribera.

Estatuillas que lloran tu inconstancia...
y allá sobre la frívola esquinera,
la sombrilla que empolva su arrogancia
desde entonces parece que te espera...

Como antaño se asoma a la ventana
el rubio sol que amaba tus regazos
y el aire leve que enviáronte las lomas;

Y si acaso se inicia la mañana,-
con arrullos y torpes aletazos
te reclaman las fértiles palomas!

II

Primaveriza tu recuerdo amado
todos los ecos del ruinoso ambiente,
tal un blanco rosal embalsamado
que escarchara las aguas de una fuente.

Te adora mi dolor inconsolado,
tibia ausencia que sois la confidente
del cautivo secreto de un pasado
que custodian las garras de un presente.

Tu huella leve persigo en las cortinas,
entre la funda que abrigó tus penas,
¡y acaso entre las negras muselinas

que en tu escote, aromado de verbenas,
semejaron hambrientas golondrinas
sobre un nido de blancas azucenas!...

Octavio Jiménez

BIBLIOGRAFÍA:
Prosa: *Las Coccinelas del Rosal*, 1918.

LA VISION DE MARTIRIANO

«Is not this a mystery of life?» — RUSKIN.

Martiriano ha pasado lo mejor de su vida tirando de un carretón que conduce carne desde el Matadero hasta un cuartucho que junto a los parquecillos de la iglesia sirve de carnicería.

Muy joven era cuando un día le dieron como compañero a un carretón también joven, porque todo pintado de rojo, con las llantas de sus ruedas intactas y su capote duro y redondeado, semejaba, mirado de lejos, un enorme hongo rojo recién salido de la tierra.

Cuando al atardecer llegaban hasta él los rayos amarillentos del sol que se ocultaba, resplandecía en tal forma que hacía pensar en el «Río de Oro» de aquel hermoso «Valle del Tesoro».

Martiriano era también de color rojo. Lo llamaban así en recuerdo de su dueño anterior, un buen viejo labrador que con gran afán dedicaba un lugar de sus tierras para morada de unas abejas que cuidaba con cariño.

Cuando llegó Martiriano al Matadero la primera vez y le colocaron tanta faja y tanta cadena encima de su cuerpo, sintió tristeza y abandono. Así que notó que sus ojos, sus grandes ojos azules, se los cubrían lateralmente con cueros duros, comprendió que empezaba para él la ascensión de un nuevo sendero.

Todas las mañanas yo le veía pasar por el frente de mi jardín tirando del carretón con trote menudillo. Del Matadero salía con él repleto de carne temblorosa. Recorría siempre el mismo camino.

Mucho tiempo pasó en esta vida igual y tranquila como un chorro de agua que se recoge y se conduce a mover una rueda determinada.

Es ya viejo. Le han separado de su carretón que también es viejo porque lo condenaron a llevar siempre cosas muertas para alimento de gentes vivas.

El Matadero oculta un gran secreto: llega para Martiriano el momento en que debe comprenderlo. Podrá ver la multitud de cosas, que antes, cuando tiraba del carretón amigo, estaban para él ocultas a pesar de que las miraba diariamente.

No es que la vejez haya hecho nacer en su alma la curiosidad de ir a sorprender lo que en tiempos pasados no pudo. Siente ahora la inquietud que lo decide en esta noche a encaminarse hacia el Matadero.

Comienza a recorrer el camino pedregoso en hora tarde de la noche. En el camino todo es armonía. Cantan las ranas, los grillos, las hojas al pasar el viento. Es una perpetua música llena de olor que Martiriano va sorbiendo lleno de congoja, como si inclinado ante una agua que fluye, la sorbiera a grandes tragos temeroso de que se extinga embebida por la plantas de la orilla. Quiere ir repleto de armonía porque así sabrá comprender mejor el secreto.

Llega con lentitud a la baranda del Matadero. Siente enseguida que una corriente de aplanamiento circula en aquel odioso lugar. No se deja dominar y hace salir entonces la armonía que empapa su alma. Es así fuerte y sabrá mantener erguido su propósito.

Coloca su arrugada cabezota en medio de dos rejas de la baranda. Abre sus ojazos azules como si quisiera en un instante adivinar el secreto. Escucha el eco triste que produce el rozamiento de los cascos de los bueyes que amarrados esperan con amargura que amanezca para morir. Siente cómo se adentra en su corazón el bramido de las vacas viejas que también morirán porque ya no dan leche. Permanece así largo rato y va luego bajando con mucha lentitud sus párpados lustrosos hasta cubrir sus ojos plenos de bondad.

Una araña hambrienta baja presurosa del alero del galerón; se detiene en la frente de Martiriano y comienza a hacer su tela. Deja un hilo de su seda prendido allí, corre apresurada en dirección de la oreja, baja hasta los ojos, prende más hilos, gira muchas veces en torno de la cuadrada frente y deja así formada su tela. Y llena de avidez se coloca en el centro en espera de la inquieta palomilla que se entretiene dando vueltas alrededor de la lamparilla eléctrica que cuelga del odioso galerón. La palomilla, atraída sin duda por la fuerza de meditación de Martiriano, se acerca a su frente y queda prendida de la tela. La araña hambrienta de sangre, corre hacia ella, la ata con más fuerza, hace salir de su cuerpecillo un verdadero chorro de hilos de seda. Parece que su alma de araña, hecha seda, saliera toda entera por allí.

Y ya así, Martiriano ciego a las formas externas, comienza a ver. Ve que un hombre conduce a un buey que camina con mucha pesantez porque hace tres días que no come. Lo ata con dureza a una argolla que pegada en el pavimento del sonoro galerón, semeja el ojo de un avaro codiciosamente abierto en espera del bocado que

necesita y persigue con descorazonado afán. Cae, le golpean el cuerno izquierdo, lo degüellan y la sangre sale a borbotones. En sangre roja que sube por conductos invisibles a lugares llenos de asperezas y de odios. Siente rozamientos de animales peludos y hambrientos que acuden al momento como si alguien los hubiera llamado. Percibe sus formas y sus colores. Se beben azorados la sangre que ya ha llegado hasta ellos. Se estrujan desaforadamente por conseguir un mejor lugar en donde chupar más sangre.

Son vampiros. Moradores de lugares en donde es necesario que la sangre llegue en enormes cantidades. Animales hambrientos que nunca encuentran satisfecha su inquietud de sangre y que se congregan, con maravillosa prontitud, en todos aquellos sitios, en que la sangre, perdido ya su movimiento ondulatorio, se derrama por los suelos.

En horas tardes de la noche llenas de sabiduría ciertas flores comienzan a abrir sus corolas con timidez y delicadeza. Esperan estos buenos momentos para reflejar sus grandezas porque saben que a ellas llegarán abejones zumbadores a contemplarlas con devoción. El buen Martiriano, después de su visión, comienza a alzar sus parpadotes arrugados y cubiertos de telaraña, hasta dejar abiertos sus dos ojos azules. Toda aquella visión se ha adentrado en su alma y se siente lleno de inquietudes. Separa su cabeza de las rejas, mira con dolor hacia los corredores en donde están atados con dureza tantos bueyes y sus hambres lo martirizan y lo obligan a marcharse de aquel lugar odioso.

Como Jacobo de Boehme, Martiriano fué vidente, pero quedó loco después de su visión.

¡Pobre Martiriano loco! Ahora sólo locuras sabe hacer. Muy temprano de la mañana llega al cuarto vecino de los parquecillos de la iglesia. Se detiene un momento y cuando piensa que su imaginado carretón está lleno de carne, se va con ligereza hacia el Matadero. Llega con trote cansado, se coloca en la misma posición en que en tiempos pasados lo hiciera cuando tiraba del carretón amigo, golpea el empedrado con sus patas delanteras, mueve con ligereza la cola casi desprovista de crines, hace un empuje hacia adelante y se echa a caminar por el camino que recorrió, tropezando tantas veces. Y al poner su mirada de loco en el suelo polvoriento, recoge, en cada piedra, una fresca remembranza de sus tiempos pasados.

Y como si quisiera devolver prontamente al Matadero toda la carne temblorosa que lo hicieron conducir, repite estas peregrinaciones hasta que comienza a atardecer.

Carlos Jinesta

BIBLIOGRAFÍA:
Prosa: *La Instrucción Pública en Costa Rica*, en colaboración, 1921.

ESQUILO Y EL AGUILA

En el picacho, cerca del nido pleno de aguiluchos, el águila miró un momento en torno de sí.

Se embriagó de espacio.

Después afiló su pico en la roca, cual el verdugo su hacha, desplegó las potentes alas y, con vuelo inclinado, descendió al valle, rumbo a la playa...

Transcurrieron horas.

Ya picaba el sol.

De pronto, en el cielo apareció el ave. ¡Cuán obsesionante!

Había devorado una tortuga y, como trofeo de su hazaña, traía a los hijos, en el hierro de sus garras, el caparazón del quelonio. Y aconteció que en mitad del camino, quizá adrede, soltó el carapacho que vino a tierra con suma celeridad, causando mortal herida en la cabeza de Esquilo, el trágico, quien andaba de paseo en busca de emotivas e ideales impresiones.

Días andando, aquella concha la aprovechó un zagalillo, de rizados cabellos blondos, para construirse un laúd, a cuyos mágicos acentos, bajo el ensueño de los atardeceres eglógicos, se adormecían los pastores con cierta candorosísima dulzura y con cierta dulcísima candorosidad, para despertar luego, ¡oh mudanza!, atormentados por la visión *del águila del más allá*, que, como el buitre de la leyenda, le arranca las entrañas a más de un humano Prometeo...

TOPACIO

Mamá, ya esto no se puede soportar... Mire! Mire Ud., por Dios!

Y Ondina, una pequeñuela adorable, como racimo de uvas del valle Senaar, mostraba a su madrecita el vestido recién estrenado, todo lleno de agujeros y rasgones.

¿Qué animalillo despreciable le destruía el trajecito rosa té, tan cuco y bonitillo?

La madre de Ondina, con el objeto de poner coto a tamaño mal, dispuso mudar de sitio la delicada prenda.

La chiquilla, conforme, se fué al jardín a jugar con el jilguerito domesticado, que en ese preciso momento deshojaba ramilletes de frescos gorjeos. Al pajarillo, bajo las horas de sol, le contó lo acaecido, con lentitud, con suavidad. La avecilla, al sentir el cosquilleo que le producía en sus oídos la voz de su dueño, movía la cola, rítmicamente.

Transcurrieron semanas.

En una tarde perfumada y roja de amor, Ondina, con los ojos anegados en lágrimas, de nuevo enseñó a su mamá el vestido rosa té. El daño seguía en aumento. Su trajecito parecía ahora un disco de pianola... Habráse visto.

La madre indagó sin encontrar al detestable autor.

Pasó el enojo.

Y Ondina, como siempre que deseaba comunicar sus disgustos o sus regocijos, encaminóse al jardín ansiosa de ver al alado amigo.

Lo llamó.

—¡Topacio, Topacio!

Este, cosa extraña, no acudía.

—¡Topaciooo...!

El jilguero no aparecía. Lo buscó, veloz como una alondra, con el corazón palpitante, descompuesta la faz.

Cuando iba a lanzar el grito al cielo, lo descubrió hecho un ovillo, entre las ramas de un naranjo en flor.

Alegría!

—Conque esas tenemos...

Y al irlo a coger, el muy pillo se escondió en una especie de arandela, en una concha...

Sí, sí, se metió en un nido.

Topacio tenía un nido!

Y la niña bajando una rama, examinó el minúsculo lecho, curiosa, feliz, triunfal. Por dentro estaba hecho de un tejido fino, raro... Nada, nada. Allí se hallaban los pedacitos que faltaran al vestido rosa té.

Ajá! Muy bien. Tú eres el ladronzuelo... Caballerito socarrón...

Y Ondina acarició a la avecilla que brincó a sus tibios hombros, y extendiendo las alas, rompió a cantar divina y melodiosamente...

Ricardo Jinesta

BIBLIOGRAFÍA:
Prosa: *Martelo Silió*, 1914.
Sándalo, 1915.
Páginas de Amor, 1920.
La Instrucción Pública en Costa Rica, en colaboración, 1921.

LA SARDA

La llanura se ocultaba arropándose con las nubes indolentes. En el horizonte, aparecían pequeños arcos luminosos: un monstruo de fuego, huyendo de las tinieblas, se deslizaba en el abismo dejando tras de sí débiles ondas de luz.

Pero las sonrisas luminosas del crepúsculo desaparecieron y, con ellas, la calma nazarena de los campos. La naturaleza estaba inquieta. El viento sacudía con furia la selva, que protestaba iracunda haciendo sonar la cabellera de su follaje.

Vino la tempestad.

Lloraban copiosamente las nubes, y zig-zags de fuego cortaban el firmamento mientras el eco repetía el estruendo aterrador de la rugiente tempestad. El río que cortaba los campos se hacía a cada momento más caudaloso, llevando en su braveza indómita muchos árboles arrancados de cuajo en las riberas, y produciendo horrendo ruido ensordecedor, como si hubieran sido agitadas a todo vuelo las campanas de cien iglesias parroquiales.

Bramando de tristeza, el ganado buscaba amparo en la selva.

Una vaca, que caminaba con dificultad a través de los zarzales, se situó bajo el follaje de un quizarrá secular, cuyas ramas, forzadas por el viento, besaban el suelo poblado de helechos.

En una ramita, envuelta en musgo, que nacía en la base del árbol, un jilguero hembra velaba, con las alas extendidas, proporcionando abrigo a sus hijos, delicados y adorables. De cuando en cuando cantaba con dolor y dulzura.

La vaca solía extender la cabeza en dirección del nido, y parecía comprender los temores que inspiraba el instinto maternal. ¡Qué

de congojas, qué de súplicas querría significar con su canto, saturado de amor y de poesía!

Aumentó la noche las proporciones de la tempestad.

La endeble rama era agitada por el viento. Momento de suprema angustia. Falseado el débil sostén, y sin que los esfuezos de la madre pudieran conjurar el peligro, cayó el nido con su preciosa carga sobre la hierba.

Quedó el hogar frente a la vaca que parecía contemplar con ternura a la madre y se deleitaba con su canto.

A poco respiraba la vaca fuertemente, calentando con su vaho a la primorosa familia colocada por el azar en la hierba, rodeada de helechos.

***

Al amanecer del siguiente día, la tempestad había cesado. La brisa llevaba al través de la llanura los trinos de los pájaros: y sobre las montañas aparecían túnicas de rosa y palmas de oro.

El ganado era llamado a grandes voces por los trabajadores de la almunia; y un mozo halló junto al quizarrá majestuoso de la selva, a la vaca más hermosa, que se ocupaba todavía en vahar a los pichoncitos y a la agradecida madre que cantaba con dulzura y amor.

A los gritos del arreador, la pájara voló a una rama vecina y su protectora de la noche se alejó...

Caminaba el vaquero contemplando satisfecho la ubre inmensa de «La Sarda», y al oir los gritos de los pichoncillos puso colérico un pie sobre el nido, dejándolos moribundos, y continuó su marcha por entre el boscaje.

Los pájaros piaban desesperados, y la res volvía con frecuencia la cabeza, bramando fuertemente como si suplicara misericordia.

***

Esa mañana, «La Sarda», el ejemplar más hermoso y manso de la vacada, escondió la leche...!

EL AMOR

Qué misterio tan grande encierra el amor, que todo lo avasalla, que se lleva en pos de sí, alegrías y vidas; que pide todo, que todo lo arrastra, y que, cuando no logra su objeto, salta como una fiera herida, loca de dolor, deseosa de venganza? Será superior el amor a la gloria, al honor, a la vida misma, ya que todo se sacrifica en su

hoguera como holocausto a un ideal que todos sienten, pero que nadie comprende? Oh, es inmenso, poderoso, ese tirano de las almas que las destroza siempre y que raras veces las complace! Con él se sueña aunque la realidad advierta que no llegará nunca. Se le busca aunque se comprenda que traerá desdichas, amarguras, dolores, inmensos dolores de alma. Se le sigue, a oscuras, sin pensar en el fin; sin vacilaciones, sin reservas. Una mirada de ternura puede producir una catástrofe; una palabra bondadosa, pronunciada a flor de oído, con sobrecogimiento respetuoso y temblores, suaviza los caracteres más fuertes, alivia los padecimientos más grandes, hace olvidar lo que no es ventura y ensueño, y determina una existencia nueva.

Si asoman lágrimas a los ojos de una mujer, el hombre más duro se desconcierta, tiembla y se rinde, aunque con su abdicación se sacrifica la vida misma. Si no se ama, hay más tranquilidad, pero no hay dicha; si se ama, se sufre, y como se sufre, la imaginación enloquece, pero pasan horas de borrasca que toda inacción trae, y aparecen el cielo más puro y la existencia más amable, y entonces hay placer primero e infinito gozo después; y cuando las llamas del amor devoran toda el alma y a la par brotan pesares y alegrías, alegrías inmensas y pesares muy grandes, entonces se llega al supremo ardor del placer, porque la verdadera felicidad se incuba en el dolor. Se abre entonces para el alma un nuevo templo, refugio seguro de la ventura, donde todo es sueño y dulces recuerdos, y florecer de sonrisas de pureza y despertar de santas preocupaciones. Pero si se cierra ese templo para siempre, caen las ilusiones en la sombra, porque se ha terminado el amor de alguno de los pebeteros, y todo se acaba, y viene el eterno sufrir y el sufrir sin esperanza, y no hay luz, ni anhelos, y el sol de la dicha se oculta y el alma se muere en su lecho de dolor, de amargura y de tinieblas.

Julián Marchena

VUELO SUPREMO

Quiero vivir la vida aventurera
de los errantes pájaros marinos,
no tener, para ir á otra ribera,
la prosaica visión de los caminos.

Poder volar cuando la tarde muera
en indecisos lampos mortecinos,
y oponer a los raudos torbellinos
el ala fuerte y la mirada fiera.

Huir de todo lo que sea humano;
embriagarme de azul... Ser soberano
de dos inmensidades: mar y cielo,

y cuando sienta el corazón cansado
morir sobre un peñón abandcnado
con las alas abiertas para el vuelo!

EL OLVIDO

¿Ves, Amada? ¡Qué pronto lo olvidamos!
Nos sentimos dichosos y risueños.
Un tiempo nos amamos,
y ya ese amor distante, perdido en nuestros sueños,
es como esos paisajes que miramos
cada vez más pequeños.

No somos lo que fuimos, ni aun lo que seremos.
¡Nadie lo pensaría!
Sin embargo,—mas no te pongas fría—,
un hilo de recuerdo nos une todavía
débil, muy débilmente... ¿Lo rompemos?

EN EL MAR

Silba el viento en las jarcias temblorosas,
el velámen se hincha como un seno,
serpentean las aguas espumosas
y alza su voz de majestad el trueno.

En medio de las súplicas medrosas
de almas que sienten un pavor sin freno,
sigue el piloto rutas misteriosas
imperturbable como un dios sereno.

La tempestad amaina. Se despeja
la noche. Triste, óyese la queja
que el balanceo a la nave arranca.

Sobre el azul del mar y el firmamento,
la luna asoma el rostro macilento
como una gota de pintura blanca.

ESCUCHA, PEREGRINO...

No aligeres el paso, peregrino;
que tu pupila con espacio vea;
de todo lo que ahora te rodea
nada has de hallar de nuevo en tu camino.

Así como el del agua es tu destino,
y en busca de quietud,—que es lo que crea,—
hazte remanso con tu propia idea
antes de darle vueltas al molino.

No desdeñes la flor por ser pequeña;
duélete del dolor que no se enseña
y del pecho sin fe, que es roto nido,

y sin hacerle muecas a la suerte,
aguárdate a que el soplo de la muerte
te apague, como el sol, sin hacer ruido...

Francisco María Núñez

Bibliografía:
Prosa: *Labor de Prensa*, 1912.
Mi Tierra Nativa, 1917.
La Evolución del Periodismo en Costa Rica, 1921.

FIGURAS DE LAS LETRAS PATRIAS

EL PROFESOR DON RAMÓN MATÍAS QUESADA

Hace ya 7 años se apagó la existencia del profesor don Ramón Matías Quesada, que fué siempre una luz a cuyo alrededor se desarrollaron muchas inteligencias y fiorecieron muy nobles sentimientos.

Por los años 1878 al 80 se educaba en el Colegio de San Luis Gonzaga que regentaban los beneméritos P. P. Jesuitas.

Como discípulo se distinguió siempre, especialmente en el dibujo, para el cual tenía especial afición.

A fines de 1880 hizo el grado de bachiller, junto con nueve compañeros, logrando obtener la calificación de sobresaliente por unanimidad, que era la más alta. De ese grupo de bachilleres sólo viven tres: Andrés Zúñiga que radica en Nicaragua; Enrique Jiménez Núñez, profesor de segunda enseñanza que radica en Guadalupe y Eduardo Peralta, intelectual de vida modesta, que vive en Cartago, consagrado a recordar a sus profesores haciéndoles honor, siguiendo adicto a la fe que le inspiraron y distinguiéndose por sus virtudes.

De ese grupo le tocó morir primero al menor, Lorenzo Montenegro, de Alajuela; le sucedió Darío Zúñiga, de Escasú, y después Sinesio Ruiz, de Heredia.

Siempre guardó don Ramón Matías especial cariño para sus profesores, que pasaron a ser sus amigos; nunca interrumpió la comunión postal con ellos y honró su memoria siempre que estuvo a su alcance hacerlo.

Para estudiar la vida del amigo cuya memoria recordamos, debemos observarla en sus diferentes aspectos.

EL ARTISTA

Fué un artista en la extensión de la palabra.

Cuando ingresó a las clases del eximio profesor el P. Santiago Páramo. S. J., dibujaba bien, sin más escuela que la natural habilidad que le caracterizaba.

De aquí nació el amaneramiento, que apuntó su maestro; defecto muy difícil de corregir, porque es como el estilo en la carrera de las letras: un sello individual.

Fueron sus compañeros en la clase de dibujo, entre los distinguidos, Emilio Pacheco, Pablo Alonso Urrutia, L. Mejicano, J. Francisco Roldán (hoy P. Jesuita), Juan Andrés Bonilla y Enrique Jiménez Núñez, todos muy hábiles y talentosos.

Ganar el primer premio era un triunfo difícil y en la proclamación del año 79, lo obtuvo don Enrique Jiménez Núñez y el accésit, o segundo premio, don Ramón Matías, invirtiéndose el orden el año siguiente.

Como último tributo a la memoria de su maestro de dibujo, hizo una copia feliz a la acuarela, en pequeña escala, del telón de boca del salón de actos del Colegio, pintado al temple y en gran tamaño.

Representaba las Ciencias y las Artes guiadas a la cúspide del saber por la Religión; algunos le dan errada interpretación, diciendo que eran las musas conducidas por la religión, como si el paganismo lo pudiera conducir Cristo, dice nuestro amigo don Eduardo Peralta en un comentario.

Su gran afición fué por el dibujo clásico y simbólico; para la ornamentación tenía especial gusto.

En muchos álbumes de sus discípulas del Colegio Superior de Señoritas pueden admirarse portadas simbólicas y orlas de estilo serio.

Para la enseñanza del dibujo tenía verdadera vocación; con las alumnas pequeñas del Colegio hizo un curso muy interesante y original, sobre todo.

Hizo práctica de lo que se llama mano libre, buscando que cada modelo dijera algo.

Siguiendo su curso hizo un librito que bien podía servir de modelo: una letra la convertía en ratón u otro animal, simplemente con una prolongación de líneas, sencillas todas; así lograba interesar a sus pequeñas alumnas, despertando sus aficiones artísticas.

EL LITERATO

Tenía don Ramón Matías muy buen gusto; poseía pocos libros pero conocía toda la literatura y se recreaba con los modelos clásicos.

Como escritor descolló en la referencia histórica; también escribió cuentos y versos en alguna ocasión.

Para juzgar su valor literario basta conocer la serie de artículos sobre «El Arte» y los apuntamientos respecto al terremoto del 4 de mayo de 1910, ambos trabajos de serie publicados en la revista *Páginas Ilustradas.*

Se consagró a los estudios históricos, principalmente de su ciudad natal; pero mucha de su labor quedó inédita y el resto esparcido en revistas y periódicos.

Cabe decir que su obra no ha sido juzgada y como fué modesto en extremo, se ignoró casi completamente. Y por desgracia, mucha parte de su trabajo lo malogró el terremoto, según le oímos lamentarse más de una vez.

EL PROFESOR

Aquí sí podemos extendernos; su vocación especial era para la enseñanza.

Fué profesor de castellano, historia y dibujo, distinguiéndose en cada ramo, por la profundidad de sus conocimientos, la claridad y sencillez de sus lecciones y sobre todo el interés que sabía despertar en sus alumnos.

En Cartago sirvió durante muchos años, llegando hasta ocupar la dirección del Colegio de San Luis.

Cuando durante la administración González Víquez fué nombrado para integrar la Junta Calificadora de maestros, se trasladó a esta capital y entonces se pudo apreciar su dedicación, la amplitud y diversidad de sus conocimientos y sobre todo la devoción que profesaba al magisterio.

Don Fidel Tristán, director del Colegio de Señoritas, lo invitó a servir la cátedra de castellano, y se excusó repetidas veces, aduciendo su falta de preparación.

Este solo rasgo da una idea de su modestia y resalta más ahora que la pedantería literaria improvisa profesores que pontifican con humos de catedráticos.

Don Ramón Matías fué muy estimado en el Colegio, tanto por el profesorado como por sus alumnas.

Logró despertar interés por los estudios de castellano, despertando el gusto por las buenas lecturas.

Buscaba modelos selectos y hacía su estudio y análisis, corrigiendo defectos de pronunciación, errores ortográficos y dando importancia a la gramática que había sido dejada de la mano de Dios.

Sus lecciones eran muy amenas; no divagaba y les buscaba interés, logrando siempre alguna nueva enseñanza.

Muy buena idea de profesor metódico, discreto y ordenado, podía dar su libro de preparación de lecciones.

También tuvo en el Colegio las lecciones de Historia Patria y fué entonces, el año 1908, cuando hizo un croquis histórico, cuyo

original se conserva en el plantel y se reprodujo en el Atlas de F. Volkmar, Edición Costarricense de 1913. (Pág. Nº 7.)

A las clases de dibujo les dió mucho realce; sus alumnos adquirieron gran destreza e hicieron muy recomendables trabajos para las escuelas primarias.

En el Colegio se guardan los mejores recuerdos suyos y en el archivo pueden verse anotaciones que le honran.

Al cerrar su expediente de años de servicio se lee en estos o parecidos términos: «Fué un profesor muy querido; hizo labor muy recomendable, etc.»

EL HOMBRE

Para terminar este ligero apunte biográfico, debemos referirnos al hombre.

Nació de cuna humilde y ennobleció el abolengo, con su dedicación y sus virtudes.

Recibió una educación esmerada y llegó a ser el orgullo de la familia y de la sociedad, correspondiendo a los esfuerzos de sus progenitores con creces.

De sus padres: Ramón Quesada Echavarría y Matías Valerín Matamoros, distinguidos por sus sanas costumbres y por la nobleza de sentimientos, heredó no sólo dos nombres, sino sus bellas cualidades, que le merecieron la alta distinción de que siempre fué objeto.

Hizo de su hogar un culto y le dedicó todos los momentos de su vida.

Era reservado en extremo, pero cuando estaba de humor y le rodeaba la confianza, se tornaba un gran conversador, eso sí, siempre prudente.

Tenía una memoria muy feliz, y gustaba del chiste fino, la anécdota oportuna y la cita que ilustraba su decir.

Fué un fervoroso católico y reverenció siempre la memoria de sus maestros los Padres Jesuitas.

Trabajó todos los días con empeño; nunca faltaba en la sala de profesores, dibujando o escribiendo mientras llegaba la hora de sus lecciones.

Quienes tuvimos oportunidad de tratarlo de cerca, pudimos notar en la melancolía que le acompañaba, una contrariedad manifiesta.

A mi juicio,—nos decía el profesor García Monge,—parecía un hombre desilusionado, que se dolía de no haber realizado sus aspiraciones.

Eso sí, fué siempre generoso; amó el talento y la virtud y predicó con la palabra y el ejemplo, la dedicación al trabajo.

Con motivo de los temblores de abril de 1916 se fué a Cartago, donde enfermó y terminó sus días el 8 de mayo siguiente.

Sus labios no pronunciaron una queja ni reprobaron los reveses de fortuna.

Consagró su existencia a buscar la belleza en el colorido de la paleta, la música del verso, la sonoridad de la prosa y la grandeza del corazón hamano.

Por eso fué silencioso y murió como el pobrecillo de Asís, amando la vida.

1923.

FIGURAS DEL SIGLO PASADO

M. I. Sr. DEAN Dr. DOMINGO RIVAS

Dijimos en otra ocasión que ninguna figura de la Iglesia costarricense se destacaba tanto como el M. I. señor Dr. don Domingo Rivas, «genio eclesiástico, de excelsa penetración, muro de granito contra el racionalismo y la impiedad, corazón sereno en medio de las grandes tempestades que sobre su personalidad quisieron desatar sus enemigos políticos y eclesiásticos, pluma siempre invariable y siempre victoriosa en la defensa de los fueros y derechos de la autoridad eclesiástica, orador de primera fuerza, cuyo continente majestuoso mantenía en grande respeto y silencio profundo a los auditores, literato de primer orden, canonista célebre, jurisconsulto distinguido, teólogo insigne, figura eclesiástica, en fin, que será siempre sol refulgente en la historia de la Iglesia Católica de Costa Rica», para decirlo con las palabras del no menos eminente y recordado Padre Trejos.

Nació en esta ciudad, el 8 de febrero de 1836; fueron sus padres don Prudencio Rivas y doña Josefa Salvatierra.

Se preocupó mucho de su educación el Ilmo. señor Llorente, que siendo apenas diácono, de acuerdo con el Presidente don Juan Rafael Mora Fernández, lo llamó a servir como Canónigo de la Catedral.

Se ordenó en León de Nicaragua el 20 de febrero del 59, de manos del propio señor Obispo Llorente, que se encontraba allí, en calidad de desterrado.

El señor Rivas no cesó nunca de estudiar: en la Universidad de Santo Tomás, elevada al rango de Pontificia, por Breve del 31 de mayo de 1851, figuró entre los alumnos más distinguidos, y por el año 60, se graduó de Licenciado en Derecho Civil y posteriormente, Doctor en Derecho Canónico.

Fué ejemplo de virtud y probidad, de entereza de carácter y sobre todo, fué un devoto del estudio, al cual consagró por entero su vida.

Así llegó hasta ocupar el cargo de Rector de la propia Universidad, hasta la muerte del señor Deán Calvo, Vicario General del

Illmo. señor Llorente, a quien reemplazó, sirviendo tan honorífico puesto, hasta el fallecimiento del señor Obispo.

Desde el 20 de setiembre de 1871 al 5 de enero de 1877 sirvió como vicario capitular de la Sede vacante, por elección del venerable Cabildo Eclesiástico y hubiera sido el segundo Obispo de la Diócesis, sin la oposición del entonces Presidente General Guardia, que obligó a su Santidad a zanjar las dificultades, enviando en carácter de Delegado, al Ilmo. señor Obispo de Abides *in partibus*, don Luis Bruschetti.

«En tan delicado puesto, estaba el Dr. Rivas en su verdadero lugar: su ciencia, su virtud, su desinterés y energía eran de molde para gobernar un obispado, dió repetidas muestras de gran prudencia y de ardiente celo por la gloria de Dios, aunque muchas veces tan noble carácter le acarreó sinsabores y amarguras; mas el Dr. Rivas era hombre que a trueque de la satisfacción, idea que causa el deber cumplido, desafiaba impertérrito la censura, la crítica amarga y aun las persecuciones de quienes habrían deseado verle doblegar su venerable frente ante mezquinas consideraciones.»

También figuró en la política del país, como representante y Presidente del Congreso, durante la administración del Licenciado don Jesús Jiménez y hasta formó parte de su Consejo de Cobierno.

Tuvo el privilegio de administrar el Sacramento de la Confirma que le discutió el señor Penitenciario doctor don Francisco Calvo, pero que un tribunal teológico le ratificó.

Por el año 79 estuvo en Roma y fué recibido y colmado de atenciones por el Sumo Pontífice León XIII, tocándole a su regreso un nuevo destierro.

Durante 20 años le atormentó una cruel enfermedad que lo llevó al sepulcro el 25 de abril de 1900.

«El ilustre Canónigo Doctor don Domingo Rivas fué, sin discusión, el sacerdote más eminente y el entendimiento más despejado del Clero de Costa Rica, en la segunda mitad del siglo XIX», dice el Padre Valenciano.

«La obra literaria del Padre Rivas se reduce a sus famosas Pastorales, entre las cuales sobresale la que combate el Racionalismo; sus sermones y algunos artículos de carácter político, cuando la campaña de la Unión Católica.

Tienen sus escritos un corte clásico, de períodos largos y donde se revela el hombre de estudio, profundo en historia, teología y derecho.

Como conversador también tuvo buena fama; era jovial, profundo y de una memoria feliz que le permitía la cita frecuente y la trascripción de pensamientos ajenos.

A su célebre pastoral contra el Racionalismo se atribuye la muerte del periódico *La Razón* y la sociedad de librepensadores que lo editó.

El Doctor don Lorenzo Montúfar reconoció la altura de ese documento y le señaló como una de las figuras centroamericanas.

Fué discípulo de don Vicente Herrera y supo honrar a su maestro.

Traslucen sus escritos un conocedor y discípulo de Donoso Cortés con la forma sentenciosa de Mirabeau.

En lo material, recuerda su empeño, la Metropolitana, construida por su esfuerzo y el del Ilmo. Dr. Ulloa.

Se cree que a su personalidad distinguida se debe la conversión de Juan de Dios Trejos.

Desgraciadamente su archivo, quizá muy valioso, fué sometido al fuego, sin escoger lo que allí había escondido y que podrían ser documentos preciosos para la historia patria.

El hoy Canónigo don José Joaquín Calderón, dice que ante la presencia del señor Rivas había que inclinarse.

Un biógrafo desconocido, que publicó una serie de artículos bajo el epígrafe «El Clero Costarricense», que firma V. S. J., agrega: «Fué una notabilidad, en la completa acepción de la palabra».

Ante esos juicios, nada cabe agregar.

Por eso el olvido no ha podido oscurecer la figura preclara del sacerdote, el escritor y político, sino que cada vez parece resaltar más, conforme se disipan los nublados de las pasiones que le hicieron sombra...

Hernán G. Peralta

Bibliografía:
Prosa: «*España y América*», 1918.

EL PADRE ESTRADA RÁVAGO

En la historia del descubrimiento y la conquista de Costa Rica aparece la figura del padre Estrada Rávago rodeada de una aureola de merecida simpatía que la muestra atrayente e interesante a los ojos de la posteridad. «Amalgama curiosa de fraile aventurero y conquistador, pero compasivo, generoso y lleno de imaginación», dice un historiador costarricense, tiene adquirido el título, quizá debido a la casualidad, pero siempre meritorio, de haber sido el primer sacerdote que de una manera estable y con provecho predicara el Evangelio en nuestra tierra. Contemplemos un instante su actuación en la conquista con mirada serena e imparcial, y aceptaremos el fallo de la historia que lo llama sacerdote correcto y ejemplar, y capitán bondadoso, honrado y benemérito.

Caducados los derechos de don Pedro Gutiérrez de Ayala a la gobernación de Costa Rica y después de algunos años en que nada se había intentado para llevar adelante las exploraciones en nuestro territorio, fuera del nombramiento de un corregidor para Nicoya y de una comisión dada a don Alonso Ortiz de Elgueta, la Audiencia de Guatemala comisionó en 1560 al licenciado don Juan de Cavallón para conquistar y poblar a Nuevo Cartago y Costa Rica. Cavallón era un joven abogado, natural de Castilla la Nueva, que había sido Alcalde Mayor de Nicaragua, y cuando la Audiencia, fiada en sus capacidades, le encomendó la conquista, el licenciado vivía en Guatemala en una paz obligada que sentaba mal a su espíritu empresario y aguerrido.

Aceptó Cavallón la propuesta pero como el negocio había de ser a sus expensas y era pobre, repudríase cavilando cómo saldría de la andanza, cuando quiso su buena estrella que un clérigo rico y amigo suyo se asociara a él y juntos decidieran poner manos a la obra. Era este ascerdote el presbítero don Juan de Estrada Rávago,

español de Guadalajara, que había sido cura de San Juan de Puerto Caballos y Gracias a Dios en Honduras y de algunas parroquias de Guatemala. Listo estaba el religioso para marcharse a España, cuando supo la expedición de su amigo, y por voluntad propia y consejo del Obispo de Guatemala don Francisco Marroquín, decidió acompañar a Cavallón y jugar sus reales en la empresa.

En los primeros meses del año de 1560 salieron de Guatemala los dos socios, acompañados de varios amigos, entre los cuales iban Sancho y Juan Barahona, hermanos de doña Leonor, esposa de Cavallón; Alonso Cuillén, Ignacio Cota y Diego de Trejo. Llegados a Nicaragua comenzaron los preparativos de la expedición, y como ésta había de entrar según orden de la Audiencia, tanto por el Pacífico como por el Atlántico, resolvieron de común acuerdo que el padre iría por agua hasta la bahía de Almirante, en tanto que el alcalde marcharía por tierra y penetraría en Costa Rica por el camino de Nicoya.

En el mes de octubre del mismo año, trescientos hombres a cuyo frente iba el padre Estrada Rávago se embarcaban en Granada en dos fragatas y se hacían a la vela al través de las azules aguas del gran lago. Eran setenta soldados españoles y algunos indios y esclavos negros que los acompañaban, que una vez más exponían la vida a inconcebibles peligros, siguiendo el estandarte de los reyes de Castilla que ondulaba en manos del alférez Alonso Anguciana de Gamboa. Dos borrascas, una en el lago y otra en la barra del San Juan, casi hacen zozobrar las embarcaciones: salváronse los expedicionarios pero se perdió el cargamento que iba en dos canoas. Mal cariz presentaba el asunto, y refieren las historias, que no faltó algún lince que juzgara de mal agüero la presencia del padre en aquella expedición.

Sin embargo, en el mes de noviembre, sin más contratiempos, desembarcaron los viajeros en la bahía de San Jerónimo o Bocas del Toro, donde el padre Estrada fundó la villa del Castillo de Austria, hecho que participó al rey en carta que de allá le remitió. Pero la residencia del padre y sus compañeros en aquella región había de ser turbada por el mayor enemigo que tuvieron los españoles en Veragua: el hambre. Y véase cómo, por primera y única vez, metido en calzas prietas por la necesidad, apeló Estrada a una violencia para salvar la vida.

Era costumbre de los conquistadores cuando carecían de comestibles, internarse en las selvas y saquear los pueblos de indios para alimentar a sus tropas. El padre había enviado una fragata a Nombre de Dios, con dinero y algunos objetos para vender, con cuyo producto pudieran traer alimentos para la expedición; pero la fragata no volvía y el horrible fantasma del hambre, del hambre acosadora, se cernía sobre aquellos desgraciados, que en las soledades de la América, cercados de peligros y abandonados a su suerte, eran sin

embargo un grupo de cruzados mensajeros de la luz. Fué entonces cuando el padre despachó veinticinco hombres con orden de internarse en busca de maíz, pero los indios que velaban arma al brazo con la paja tras la oreja, se defendieron bravamente, atacaron en número de trescientos a los veinticinco españoles, mataron a un soldado, hirieron a siete, y luego, asustados por las detonaciones de los arcabuces huyeron no sin antes dar fuego a los ranchos y a las milpas. Los españoles pudieron encontrar un poco de maíz y regresaron a la villa. Es ésta la única ocasión en que la historia hace constar una dureza del padre Estrada contra los indios, y como se ve, sus gentes llevaron la peor parte.

Caminaba el tiempo y la fragata enviada a Nombre de Dios no regresaba, los perros habían sido el alimento de aquella hambrienta caravana y la muerte comenzaba su fúnebre misión. Entonces resolvió Estrada Rávago mudar el asiento de la villa y llevarla al puerto de Suerre, y al efecto se embarcó con unos cuantos soldados en la fragata que quedaba, y a los que no cupieron les dijo que se fuesen por la playa.

En Suerre no tuvo mejor éxito el intento de fundación de la colonia, y ya desalentado el padre, resolvió volver a Nicaragua. El Obispo Carrasco supo en León las penalidades del pobre fraile y se trasladó a Granada con el objeto de enviarle socorros; pero ya Estrada había salido del puerto de San Juan, donde murieron varios compañeros y llegó a Granada con treinta hombres enfermos, de los cuales algunos fallecieron.

Ese fué el resultado de la tentativa de conquista del padre Estrada Rávago. Quedaron los indios dueños de sus bosques, las fieras durmiendo en sus guaridas, los pájaros volando hasta las nubes y sólo la joven tierra americana fecundada con tumbas españolas.

Cavallón, por su lado, entró también en Costa Rica, pero como no es nuestro propósito referir aquí los episodios de su marcha, diremos que su expedición sí tuvo resultado práctico, pues fundó la ciudad de Garci Muñoz en marzo de 1561 a orillas del río Ciruelas, y luego pobló la villa de los Reyes en la llanura de Santo Domingo y el puerto de Landecho, hoy puerto de Caldera. El alcalde llevó la conquista a sangre y fuego, sus gentes llegaron hasta cerca de Tucurrique, y si es cierto que su trabajo fué real y efectivo, en cambio se enajenó la voluntad de los indios por la dureza con que los trató. En enero de 1562 fué llamado a Guatemala porque el rey lo había nombrado fiscal de la Audiencia, y el gobierno de la provincia quedó en manos del padre Estrada Rávago a quien los indios amaban por bondadoso y caritativo, y quien había llegado a Garci Muñoz con Alonso de Anguciana en busca de don Juan.

El padre comenzó entonces una constante y ardua labor; hizo cuanto pudo en bien de las ciudades recientemente fundadas, se ganó

la voluntad de los indios y españoles, compraba ropas y víveres y los repartía entre ellos, construyó iglesias y las dotó de lo necesario para el culto, gastó en hacer el bien todo su dinero, se quedó sin un centavo y llevó una vida irreprochable. La fama de su celo y el recuerdo de sus virtudes enaltecen su memoria y decoran su nombre con el título de benefactor de la provincia.

Tuvo una ambición: conseguir el obispado de la tierra que tanto amaba, y este deseo, tal vez exento de vanidad ya que no era una amable tentación la mitra de una tierruca como la nuestra de aquellos tiempos, no la pudo satisfacer. La llegada de don Juan Vázquez de Coronado amargó su vida, pues era natural que sintiera celos del rival que el monarca le mandaba. Tuvo rencillas con este ilustre caudillo, sin que llegasen nunca a una verdadera enemistad que no cabía en su índole generosa ni en el corazón magnánimo del nuevo gobernador; y aun así las cosas hizo dos viajes a España sin poder obtener nada. Entonces abatido y triste, pobre, decepcionado, le dijo adiós a la América, a la remota tierra de sus sufrimientos pero también de sus alegrías, y tornó a Guadalajara, a su rincón nativo, a pedir a la miel de sus colmenas el néctar que la ingratitud le había negado, a suspirar bajo el jirón de cielo del Cardenal don Pedro y del Conde de Tendilla.

¿Se perdió el fruto de sus trabajos? No, la conquista continuó de este lado de la mar, y cuando el noble Perafán la llevaba a feliz término, ya la civilización tenía una brecha, la religión un reducto, España una perla más y Jesucristo un altar.

Bien podía descansar el padre Estrada, bien podía dar tregua a sus fatigas, bien podía dejar en reposo el espíritu y el músculo, él, andariego castellano, fraile caminante, conquistador de Costa Rica, que mereció con justicia portar aquella simbólica divisa, aquella dulcísima leyenda que coronaba el emblema de un recordado obispo misionero: *Evangelizare pauperibus misit me Dominus.*

José Joaquín Salas

ETERNO ANHELO

Escribir un soneto en el reverso
de un medallón antiguo es mi porfía,
y dejar con la música del verso
un poco de tristeza y de alegría.

Confundir en un ritmo, suave y terso,
el tesoro de amor y de poesía
que rige, como un dios, este Universo
forjado por la Gran Sabiduría.

Escribir, contemplar, amarlo todo,
agitar del espíritu las alas,
y olvidar nuestro origen: ¡puro lodo!

Y así, bajo el amor de una mirada,
olvidado del mundo y de sus galas,
vivir como gilguero en la enramada.

PAISAJES NATIVOS

PAZ DE ESCUELA RURAL

Paz de escuela rural. Despertar de la tierra al conjuro de las primeras lluvias. Los yigüirros, como espíritus invisibles, ponen en el paisaje una alegría matinal, casi infantil. El prado es verde y sobre él pastan los ganados. Los caballos relinchan y las tortolitas picotean la yerba.

En la casa de campo las gallinas cacarean, el humo se levanta de las tejas empapadas por el aguacero de la noche anterior, y, en el corredor, cerdos, perros y gatos, bajo las carretas, duermen en amistosa compañía.

La maestra, con sobretodo, a la puerta de la escuela, espera a los niños que van llegando de uno en uno, y de rato en rato.

Frente a la escuelita que parece un nido, amarrada a un árbol, todavía con la montura puesta, la bestia que trajo la maestra, medita... Es buena la bestia, y lo mismo resiste al hambre que a la fatiga. Las durezas de una vida de privaciones le enseñaron la filosofía del desinterés y del sacrificio.

Por entre los potreros, cañaverales y montañitas vecinas, vienen los niños a las escuelas: niñitas limpias y simpáticas, con delantales llenos de flores y frutas para la maestra, y chiquillos con calzones largos y panzoncillos. Unos pasan y dicen «Buenos días, señor» y otros ni me vuelven a ver, llevan las miradas fijas en sus pizarras y en voz baja tararean una lección.

A poco se percibe el zumbido de la colmena: es el murmullo de una oración; y después:

Ala.
A-la.
A-l-a.
A-la.
Ala.

Y por un prodigio espiritual, mi pensamiento vuelve a los días de la niñez y de allí, vuela al regazo de la madre incomparable que está en el cielo y cuya muerte, nunca, nunca dejaremos de llorar.

ARANDO

Ey! ey! ey!

Ese es el impulso de vida que anima estos campos en la clara alegría de este amanecer.

Ey! ey! ey!

El niño conduce los bueyes y el abuelo dirige el arado.

A veces parecen rugidos las voces del viejo y entonces el campo se anima y el arado pasa rompiendo las raíces: remueve la tierra y abre los surcos con más vigor.

Arriba el monte y coronándolo la mole de piedra cubierta en parte con árboles y plantas; a un lado la ermita y al frente, en lo profundo, el valle y la ciudad.

Las montañas a lo lejos tienen un azul celeste, y el cielo está azul, límpido y sereno.

Cantan los yigüirros y los zoterrés, y por el camino pasan a caballo los viajeros. En un rancho de hoja de caña unas mujeres conversan, y en la puerta un chiquillo, sucio y raído, juega con un perro. Por un sendero, al lado del camino, pasa una niña, ligerito, con la alforja al hombro: lleva el almuerzo para el abuelo y para el niño. Dulce serenidad del ambiente, cántico de pajarillos, vuelo de aves, sencillez primitiva del corazón: todo eso confunde y reanima en esta clara mañana, tierna y bondadosa como el alma de un niño.

Raúl Salazar

Bibliografía:
Poesía: *Fragmentos de Alma*, 1910.

VORTICE SONORO

«Fuentes de ensueño, dulce Sherezada
alondra de eucarística armonía,
escrutemos la regia orfebrería
donde el alma racial está guardada...»
Tal mi espíritu dijo a la Quimera
en horas de benéfico sosiego...
y la Quimera complació mi ruego
con voces de esta dulce primavera:

ESPAÑA

Cármenes florecidos de Granada la mora,
que aprisionan saudades de olvidados califas;
Carmen la «modistilla», Rosa la «cantaora»,
vértebras que definen carnavalescas rifas!...
¡La matrona piadosa que, sin pensar en nada,
consulta a la gitana de ojos de berilo:
Dolores, la romántica novia desengañada
violada por el íncubo de conventual asilo!
¡Oh perdurables símbolos de tradición hispana
que constituís el alma de la raza cristiana
«y confiada y alegre» que canta sus rondeles,
Siempre seréis los mismos, junto al de la marquesa
que estuvo a punto un día de tornarse abadesa,
y que rabiosa oprime los trajes de caireles!...

FRANCIA

¡París! Cerebro y alma: femenidad turgente
que embarga a los sentidos con dulce hiperestesia;
languidez de jardines, rumor de impura fuente
que pregona el secreto de la fatal Lutecia!

Perversidad, locura, sentimiento, inconciencia,
alcázar nunca exhausto de la galantería:
Joffre que ve su vida con santa indiferencia
y Antonieta, la reina, signo de rebeldía!

Un idílico vórtice: Folies Bergére; un río,
que también es un vórtice, pero de almas inquietas
y un apache que aguarda en la noche, sombrío...

Verlaine, Musset y Hugo, magníficos poetas:
modistillas que mueren de tisis y de frío
y ventanas en donde se mustian las violetas!...

ALEMANIA

¡Qué dulces placideces! ¡Qué paz tan elocuente!
¡Qué serenos alientos respiran las montañas!
Vuelven los labradores cantando alegremente
con rumbo hacia la tibia quietud de sus cabañas!

Suspira el viejo padre, de faz que el sol reseca,
por el hijo que en Leipzig prepara su mañana...
mientras las hijas tejen, calladas en la rueca,
y sólo alzan la vista si tañe una campana!

La vida se desliza con placidez sonora:
el viejo lee periódicos de la última hora
a través de los lentes que sus manos ahuman...

Los novios se comportan de un modo edificante:
pues mientras él divaga con un Kaiser flamante,
ella se sutiliza con los cuentos de Schumann!

JAPÓN

Yosiwara adorable! Vértigo, fantasía...
equilibrio del alma japonesa y galante
donde la Oirán, temblando de lujuria bravía,
colma de besos cálidos al samuray triunfante.

Komurasaky tiene su leyenda dorada:
cuando jurara amores al pie de una corola
de crisantemo; Kane suspira atolondrada
y Atsumori se apresta para la lucha, sola.

En las tricordes arpas que Amaterazu vibre,
siempre una tanka evoca la legendaria y libre
heroicidad galante de sus fieros ronines.

¡Oh devoción fanática por los nobles aceros,
donde se abren el vientre cumplidos caballeros
para seguir el canon de viejos mandarines!

GRECIA

Viajero, esta otra raza soñadora, apolínea,
tiene el prestigio blanco que tienen las magnolias;
Fidias le dió los ritmos sonoros de la línea
y Píndaro los cánticos de las arpas eólias.

Su tradición divina tiene blancor de nieve;
su boca es como el ánfora de las sabidurías...
Perséfona y Ariadna, Leda, Oritiva y Hebe
surcan el cielo como simbólicas teorías....

Las viejas coroplastas de Venus y Atenea,
florecieron en mármol al Ritmo y a la Idea,
obedeciendo al alma del helénico ambiente.

Vástagos de Thanatos, Melisa y Praxiteles
que marchan al combate como briosos corceles
coronados de rosas y pámpanos la frente!

INGLATERRA

Rumor de muchedumbre convulsa; turba humana
como un río de voces que el loco Hamlet viera...
tal surge a la pupila soñadora y profana
el espíritu ecléctico de Londres, la severa.

La missis que discreta conserva sus esplines;
la proporciona el tennis una emoción furtiva;
el Music-Hall, a veces, tañendo sus violines,
le da apariencia vaga de muñequita viva!

El lord fuma y divaga: «¿Dónde estará la tierra
que ha de agrandar los vastos dominios de Inglaterra?»,
y el filósofo ríe con profundo desaire...

Afuera es el bullicio de la resta y la suma
y la columna de humo, cuyo negror se esfuma
en los brillantes ópalos prendidos en el aire!...

ITALIA

Viajeros del Ensueño, si la pelea es ruda
y sentís que os abate la losa del cansancio,
Italia es un milagro de belleza desnuda
que anuncia al mundo el mago tesoro de Bizancio...

Bolonia con sus torres es la sabia inmutable;
Nápoles y su Corso, un resplandor arcaico:
Milán es como una arpa sonora y admirable
y Venecia un ensueño fantasmal y brujaico.

Pasead vuestras pupilas por las suntuosidades
de Italia, de esa fuente que apuran las edades
en busca de las hostias de comunión divina.

Y no te olvides, Numen, excelsa flor de nardo,
que esa madre armoniosa de Alighieri y Leonardo,
le dió sus sacros pechos a la estirpe latina!...

* * *

Calló la voz. Pobláronse mis sienes de latidos:
y yo que la escuchaba con devoción preclara,
entorné las pupilas tal si me fatigara
una visión augusta de cóndores heridos!...

Mario Sancho

Bibliografía:
Prosa: *Palabras de Ayer y Consideraciones Actuales,* 1912.
La Joven Literatura Nicaragüense, 1919.
Revista *Athenea* N.º 13, 1920.

DIVAGACIONES LÍRICAS

Ninguno de los dioses de la fábula helénica tiene para el pensador y el artista más prestigio que esta noble y serena virgen, a quien los atenienses sutiles hospedaron en un templo de mármoles. De todos los sueños que soñó el alma griega, siempre joven como los adolescentes que sonríen en el friso sagrado del Partenón, el más hermoso sin duda es el que se refiere a esta altiva diosa de los ojos glaucos que el genio ático puso sobre una montaña para que protegiese la ciudad inmortal de los poetas y de los filósofos.

Ni el cetro de Júpiter, que hace temblar a cada rato las paredes diamantinas del empíreo en los ingénuos poemas paganos, ni el tridente triunfador con que Neptuno pasa en su carro veloz, tirado por caballos más ligeros que el viento y más blancos que la espuma, sobre las ondas amargas de la estéril llanura que dice el viejo Homero, ni las irisadas plumas del pavo real de la celosa Juno, ni el caduceo de oro del alado Mercurio, ofrecen destellos tan radiosos y espléndidos como los que arranca el sol en las diáfanas mañanas del Acrópolis a la invencible lanza de Palas Atenea.

Todos los símbolos con que decoraron los griegos—esos eternos niños admirables—a sus divinidades, son nada ante el buho que acompaña en la augusta soledad del mármol a la intrépida y virginal guerrera. No hay pájaros en los bosques de la Hélade dichosa que puedan compararse le, ni siquiera aquéllos que, según una tradición de Tracia, cantaban en el amanecer de la civilización sobre la tumba del desventurado Orfeo. El buho, sin embargo, no sabe cantar ni tiene lindas plumas; por el contrario, vive callado en la noche que generosamente cedió al huésped constante un pedazo de su manto para que se hiciera un vestido de seda gris. Pero él es superior a las demás aves que cruzan el cielo de la mitología, pues que sus ojos escrutadores pueden ver a través de las sombras, penetrar en lo desconocido y leer en el futuro. Sus grises pupilas adivinan la luz

antes de nacer el sol, que, alumbrando las montañas de zafiro y los valles de esmeralda con sus pródigos puñados de oro, ha de lanzar, —rubio e invicto guerrero—, a los azulados espacios como certera flecha la jubilosa alondra. El pueblo de Atenas pensó que su diosa tutelar debía ostentar ante la rendida admiración de los siglos, junto con la horrible cabeza de Medusa, que representa el genio del mal en el imperecedero simbolismo de los mitos, estas pupilas de acero que acuchillan la tiniebla antes que la luz las haga hilachas y las consuma con su fuego. Y por eso el buho tuvo un lugar en la ciudadela santa a donde no llegaban sino las plegarias sinceras y los cantos rituales del pueblo escogido.

Luego que se desvaneció en los tiempos esa aurora del espíritu humano que sabios y soñadores han ido a evocar entre las blancas piedras de la urbe prodigiosa de Fidias o al amparo de los plátanos que sombrearon las disertaciones de Platón, bajo los pórticos que atemperaban las ardientes filosofías estoicas y hacían más suave y deleitosa la plática epicúrea, o sobre las gradas de la tribuna en que la palabra de Demóstenes —inspirada en el amor de su marmórea patria — se hizo eterna como si también se hubiera vuelto mármol, vino, tras la irrupción bárbara y el cataclismo romano, la pensativa Edad Media, la cual apenas levantaba los ojos de los vetustos infolios de teología cristiana para posarlos sobre las almenas de los castillos y los yelmos de los caballeros. La Edad Media que alentaba bajo férrea coraza los sentimientos del Evangelio y la concepción católica del universo,—tan distinta del plácido ensueño pagano—, supuso erradamente que si el pájaro de Minerva vivía en la sombra era porque estaba resignado y acostumbrado a ella, y pensando que sus ojos se abrían en la noche, no para penetrarla, sino para llenarse de tiniebla, simbolizó con ellos la ignorancia. Mas, gracias al esfuerzo de unos cuantos elegidos que desde la Francia gentil, la reflexiva Alemania, la tesonera Albión y la dulce Italia, han hecho el viaje, ya en galeras homéricas o ya en trirremes latinos, al país encantado donde nacieron el arte y la filosofía, para ir a despertar las sombras del terrible Esquilo, del armonioso Píndaro, del sutil Sócrates y del divino estagarita, la olímpica Minerva ha recobrado el prestigio de sus símbolos y la devoción admirada de las gentes. Todos sabemos hoy por fortuna que en las entrañas profundas de la tierra no existe oro de mejores quilates que el oro de su lanza, y que jamás cabeza alguna ha ceñido corona más radiosa que su casco.

Los ojos de la diosa amada de Pericles, —más hermosos que los de las más hermosas reinas—, atraen y atraerán siempre la teoría inacabable de los corazones limpios y de las almas selectas. El santuario minervino, sustentado por el amoroso respeto de la conciencia humana, es y será siempre la mejor oración del espíritu ante el misterio del mundo y ante la gloria de Dios.

RENÁN Y LA BRETAÑA

Siempre que leo alguna página de Renán u oigo citar su nombre, se me viene a la memoria el viaje que hice,—pronto hará cuatro años—a la ciudad nativa del filósofo.

Viaje, he dicho. No, peregrinación, santa peregrinación al pueblo donde vino a la vida aquel sabio y benigno ironista, evocador de dioses y de santos, que vivió con la austeridad de un Padre de la Iglesia y la sencillez bonachona de un cura de aldea.

Renán ha sido para mí algo más que una lectura entretenida. Los mejores entusiasmos de mi corazón, en esa edad de los veinte años, en que comenzamos a sentir las primeras inspiraciones de la belleza y del bien, contra los cuales moverá luego el mundo feroz guerra, han ardido en la llama sagrada que calentó las sienes del historiador de los orígenes cristianos. No he conocido de joven una cima de sabiduría y de virtud más alta que su cabeza magistral. Ninguna corona de rey o de emperador valía en mi pensamiento, lo que sus románticas guedejas. Ninguna flor era más bella que la sonrisa que iluminaba eternamente los labios que un día dijeron la Plegaria de la Acrópolis, sobre la montaña de mármol.

Renán me hizo amar a Atenas por hermosa, a Roma por fuerte, a Alemania por sabia, a Francia por gentil, a Inglaterra por enérgica, a Jerusalén por santa. ¡Qué genio más comprensivo el suyo! No hay época histórica, ya sea el Medioevo místico y caballeresco, el Renacimiento sensual y refinado, la adusta Reforma luterana, la Roma de Marco Aurelio, la Palestina de Pilatos, el Egipto de los faraones y la India de los brahamanes, que no pareciera iluminada en cuanto ponía sobre ella sus miradas este prodigioso viejo, para quien era tan fácil leer un texto hebreo, o un sura del Korán como un drama de Sófocles o una comedia de Plauto.

A través de Renán aprendí a amar también a la Bretaña. ¡Oh vieja y dulce Armórica en que las cosas y hasta los propios hombres tienen la crepuscular opacidad de los antiguos tapices señoriales, tierra antiguamente habitada por caballeros hazañosos y hadas encantadoras, llena hoy de una paz profunda y de un silencio solemne! Con cuánto amor y gratitud os recuerda mi corazón. Tan humillado como está ahora por la vida, con sólo añorar los días que pasó en vuestro ámbito sereno se siente contento y casi dichoso. Vuestra nostalgia no le deja amargura; dijérase que viene ungida de la quietud sedante de tus aires. Es como la caricia maternal, de suave y resignada. Llega y al punto surgen de lo más hondo del recuerdo las iglesitas que levantan en medio de los campos, rodeadas de mieses, igual que los altares rústicos de antaño, sus torres contritas; las capillas, a la orilla del mar,—donde se venera a la Virgen del Buen Viaje, donde

los marineros llevan a bendecir las redes y donde en los días de tempestad, las mujeres acuden a decir sus oraciones para que el hijo que anda batallando con las olas y los vientos, en la brega terrible de la vida, no perezca;--las casitas de piedra tosca como la cara de sus dueños que os saludan, sin embargo, con la mejor sonrisa, os hacen pasar adelante y no quieren luego dejaros ir sin probar el blanco pan de sus hornos y el vino negro de sus viñas.

¡Divino país de mares sombríos, costumbres ingenuas y rocas legendarias, en que el cielo mismo,—instruido de reminiscencias de Abelardo y de amores de Isolda,—diríase patinado por los siglos, tan gris es y tan triste; y en que los pastores no cantan como en las églogas latinas, sino que se están silenciosos cuidando su rebaño o mirando horas enteras el horizonte, donde sus ojos acostumbrados a las inmensas lontananzas, saben distinguir una sutil línea de plata: las leves espumas lejanas que aparecen y desaparecen hasta dar la impresión de que el océano estuviera sonriéndose irónicamente con la costa; en que los caminos conocen más bien la historia de Lancelot, de Merlín y del hada Viviana que los maestros de la Sorbona, y en que dólmenes y menhires perpetúan en la desolación de las llanuras las viejas leyendas druídicas! No quisiera morir sin haber antes respirado otra vez tus auras saludables, cargadas de yodos marinos y de aromas agrestes, y visto de nuevo los vetustos campanarios en que las campanas, a la hora del Angelus, más parecen lágrimas que quisieran escapar de provectas y cansadas pupilas.

Pero por sobre todos los paisajes y las cosas de Bretaña, mi memoria va derecho, cuantas veces pienso en Renán, al tranquilo solar de sus abuelos,—todos ellos gente de mar, acostumbrada a desafiar la tormenta—donde él tuvo su primera novia, la dulce Noemi, que tenía los cabellos rubios como el trigo maduro y los ojos azules como el agua quieta o el cielo despejado. En aquel pueblecito trascurrió toda su infancia, prematuramente grave; allí en la calma, apenas conmovida por los tañidos de las esquilas solemnes, que también aveníase a la apacible melancolía de su temperamento, aprendió a amar y a comprender los ideales religiosos de su raza; allí en las tardes de invierno, su madre le contaba historias medrosas de otros tiempos y su hermana Enriqueta le hablaba de cosas grandes y profundas... Renán jamás pudo olvidar aquel rinconcito bretón, «ou l'on reve et ou l'on aime.» Cargado de años y gloria, casi todos los veranos llegaba a descansar a Treguier de las faenas de su pensamiento, siempre ocupado en pacientes y largas investigaciones. Gustaba de vivir entre esos campesinos y marineros, silenciosos y rudos, con algo de sacerdotal en el gesto y una gran calma en la mirada, que yo iba contemplando en el tranvía la mañana que llegué a conocer su casa paterna y la iglesia en que se elevaron a Dios sus plegarias infantiles, por entre trigales de oro y praderas de esmeraldas...

Francisco Soler

BIBLIOGRAFÍA:

Prosa: *La Iniciación*, en colaboración con Camilo Cruz Santos, 1914.
El Resplandor del Ocaso, 1918.
El último madrigal, 1919.

EL UNICO CUENTO DE HADAS

I

El crepúsculo primaveral se detiene en la ventana que mira al jardín como un ojo negro con pestañas de hiedra, donde las blancas flores de los maceteros tienen temblor de lágrimas bajo el nácar del ambiente.

Apenas filtra en el salón claridad que lanza contra el suelo la sombra espesa de las cortinas y agujerea el cristal de un espejo que, allá en el fondo, viste de sosegado brillo azuloso la pujante desnudez de una cazadora que impone tímidamente su blancura en un rincón.

Las barbas caídas en el pecho cual un chorro de agua, frente a la tela montada sobre el caballete en la que empieza a plegar los labios la Gioconda, el anciano Leonardo de Vinci acecha una sonrisa para dar el toque postrero con el rojo que acaba de encender en su pincel. Ambos se encuentran cansados. El maestro realiza esfuerzos por matar el tedio. En vano. Tiene tan bruno el humor que las bromas acogen allí disonancia perezosa, mortificante. Ella se halla fácil a la burla, por donde las palabras del viejo ruedan secas hasta confundirse con los bostezos del lebrel echado junto a sus pies, silencioso y en quietud lo mismo que si fuese de barro.

Monna Lisa.—Luego, no la encontró?

Leonardo.—Ah!... No, señora. Nunca supo encontrar el pie que calzara aquel zapatín de cristal cuyo taconeo hubiese resonado claramente a carcajada. Aún no estábais vos en el mundo.

Monna Lisa.—Pero la historia, si no recuerdo mal, os contradice. Y por sencilla razón de edad es probable que goce de mejor experiencia que vos. Es tan vieja la pobre! Si hasta ha dado en repetir siempre lo mismo!

Leonardo.—Fué sabio en alguna vez dar oído a la historia? El príncipe quiso, sí, calzar a mil y una damas. Mas ellas se negaron, que no todas se atreven a lucir los pies tras la escarcha del cristal. No comprendéis que así aumenta la dificultad de esconder el rumbo que llevan nuestros pasos?

Monna Lisa.—Continuáis torciendo la leyenda. Entendía yo que entre ellas se suscitaron riñas en acopio, pues que no hubo una que no se fingiera acreedora de calzarlo. Qué provecho va en ocultar el movimiento de los pies cuando, al cabo, en la tierra los puntos cardinales se reducen a cuatro y, a la corta, unas veces, otras a la larga, todos nos vemos en el camino.

Leonardo.—No obstante tratamos de jugar al escondite.

Monna Lisa.—Para qué!...

Leonardo.—Para entretenernos, acaso.

Monna Lisa.—Es una manera, pues, de hacer algo. Nos aburrimos tanto! Sin embargo, ya nos fastidiará el tal entretenimiento. Entonces llevaremos todos el alma lo mismo que se llevaba el cuerpo en las edades olímpicas, cuando el sol era el único encargado de vestir con sus morenas quemaduras la carne de triunfal vigor.

Leonardo.—La mucha juventud os engaña. Todavía creeis en los hombres. En la regeneración de los hombres. Sois muy joven. Y yo tan viejo... Es la distancia que separa vuestra sonrisa del rojo que aletea en mi paleta. Yo ni en vuestras sonrisas creo: es mientras ingenua, misteriosa; y me parece impenetrable, al tiempo que me parece un panal roto que destila miel sobre el cual revuela sin ruido, con el aguijón saliente, una avispa transparente y dorada. No he sabido aprender si sonreís a una esperanza, o, si por vuestra desventura, ocultáis un desengaño. Pensemos en la noche, señora, que está llena de luces, y, ya la veis, es cuán oscura...

Monna Lisa.—Jamás como vuestra leyenda. Tenéis aún al príncipe con el zapatín en la mano, cosa que no cuadra bien a su estirpe. A quién calzó, en definitiva, el príncipe, aquel zapatín de cristal?

Leonardo.—A nadie.

Monna Lisa.—Y siendo así, por qué me tenéis esperándolo?

Leonardo.—Como era de cristal, posiblemente a estas horas se ha roto. Además que vos merecéis lucir los pies desnudos.

Monna Lisa.—Merecimiento, amigo mío, que no tomo por exclusivo, y que me explica por qué el zapatín...

Leonardo.—Basta; no tolero que os mezcléis con las otras. El zapatín, os lo acabo de decir, como era de cristal debe de haberse quebrado.

Monna Lisa.—Triste fin, mía fe.

Leonardo.—Al quebrarse se haría música.

Monna Lisa.—Luego la pobre muchacha, modelada, quizás, para alivio de las almas en pena, se sangraría las plantas en el sendero sin sombra de su vida, al caminar sobre los guijarros...

Leonardo.—Ni más ni menos. El destino viene de casta de ciegos.

Monna Lisa.—Eso cuentan del amor.

Leonardo.—Pero mienten. El amor tan sólo ha sido vendado y ve mejor de lo que suponemos.

Mona Lisa.—Sabéis, maestro, que vuestras leyendas antes que halagüeñas resultan brumosas? Poseen la rara virtud de los pájaros enjaulados que cantan alegremente para llenarnos de tristeza.

Leonardo.—Perdonad. Quise alegraros. Sino que cuando no os veo sonreír se empaña todo para mí con aquella heláda grisura que asumen los paisajes a través de la lluvia. Rebosáis de ilusiones, amiga. Y a pesar, no adivino qué melancolía las baña. Esa melancolía es una larga lluvia monótona. Esperemos el iris.

Monna Lisa.—Llamad, pues, siete ilusiones de siete colores diversos. Ahuyentad mi melancolía y sonreiré. Anhelo sonreír. Olvidásteis vuestras añejas historias? Las historias que hace cuatro años me sacaban de la vida...

Leonardo.—Por la razón sonreíais.

Monna Lisa.—Puesto que acertábais a abrir en mí grietas por donde se escapaba la risa. Hoy tenéis en olvido vuestras historias antiguas pobladas de rubias princesas con ojos que veían azul, eternamente complacidas de magos que en tocándolas con sus labios ansiosos las ponían a temblar y las encendían como una llama al viento... El bufón remedaba vuestros gestos de entonces.

Leonardo.—Recuerdo una ahora.

Monna Lisa.—Que yo ignoro?

Leonardo.—Quizás.

Monna Lisa.—Y es...?

Leonardo.—Eran los buenos tiempos en que las hadas venían a la tierra.

Monna Lisa.—Y ya no vienen?

Leonardo.—Vinísteis vos y entiendo que sin cortejo.

Monna Lisa.—Poco poderosas somos las hadas cuando nos está vedado hasta reducir nuestra propia tristeza.

Leonardo.—Sucede que vos...

Monna Lisa.—Mas como yo conozco mi historia, referid la de aquellas hadas de los buenos tiempos.

Leonardo.—Allá en un país tan lejano que sólo en el viento se lograba ir hasta él, nació hace luengos años, cuando el sol quemaba más, una niña.

Monna Lisa.—Era un hada la niña?

Leonardo.—No. Era una mujer, que ya es bastante; no hace falta más... Una nube que se dejaba guiar por cualquier ráfaga. Pues sucedió que la madrina, la dulce madrina que sí era hada, tuvo en antojo enseñar a sus compañeras los ojos de carbón de la niña prontos a levantarse en llama. Y se los sacó...

Monna Lisa.—Y la niña no pudo ver en adelante...

Leonardo.—Más le valiera! Venía el hada de regreso trayendo los ojos en que sus compañeras pusieron extraños prodigios: la vieja reina Mab, sin salir del carro de perlas tirado por libélulas que la

llevan a los astros, poder para ahuyentar las sombras; Paribanú, fuego para encender las almas; Veriluna, tranquilidad para acrecentar la belleza, como el verano, por ejemplo, que acentúa los crepúsculos; y las siete silenciosas del bosque, que jamás tuvieron voces por encima del rumor de las hojas, la virtud de dormirse durante los instantes felices en un prolongado regocijo, según hacen los mármoles que aprisionan a menudo un vuelo de la gracia y en vez de libertarlo al trotar del tiempo, lo hacen con mayor fuerza.

Monna Lisa.—Qué feliz!

Leonardo.—Sin embargo la suerte perdió el camino.

Próxima a llegar la madrina, sintió que se le quemaban las manos. Temerosa y violenta arrojó los ojos por tierra. Luego hízose imposible encontrarlos. La niña, es natural, creció. Sus carnes enjutas, sin forma por más de quince años fueron hinchéndose de tentaciones en el desenvolvimiento armonioso de las líneas que rimaban entre sí con aquella divina redondez de los exámetros en los cantos del otro ciego, del ciego cuyos ojos muertos vieron el fondo de los siglos. Y conforme se llenaron de sangre ansiosa sus venas, desatósele en la cabeza el tropel de las ilusiones sin encontrar, ya lo supondréis, unas pupilas por donde escaparse y salir a mecerse en el viento. Entonces la niña, plañidera y doliente, dióse a rogar que le devolvieran la vista, aunque sin virtudes extraordinarias. Enfurecidas las hadas por semejante desprecio, retiraron los dones que concedieran y condenaron al fuego de aquellos ojos a incendiar y convertir en cenizas las ilusiones que anidan en la imaginación sin cesar de batir las alas, ensayando vuelos imposibles hacia la realidad. Mucho tiempo esperó la niña alcanzar los colores que visten las cosas. Y de la esperanza nació el credo de que un príncipe lejano, tenía que encontrarlos para entregárselos junto con su propio corazón, casa de alegrías.

Monna Lisa.—Todas las mujeres esperan así.

Leonardo.—Y a todas suele acontecer lo que a la de mi historia. Un mendigo de los caminos encontró los ojos. Hízose por malas trazas con los arreos principales que debían delatar a un amable prometido del ensueño. Rindió a la niña. Pero cuando quedó de nuevo mal cubierto por girones, en pago de su engaño recibió el desprecio. He aquí la historia de la niña que iba a ser feliz. La historia de siempre!

Monna Lisa.—Y vos, maestro, la habéis relatado, naturalmente, para alegrarme.

Leonardo.—Para distraeros. Sólo que yo peino canas. Mis manos tiemblan. Y el tremor de mis manos aleja de vuestros labios la sonrisa que aletea en el rojo vivo de mi paleta.

Monna Lisa.—La sonrisa que sentís en vuestra paleta, en otra hora la tuve yo.

Leonardo.—Con mis labios debí apresarla en los vuestros lo mismo que se prende una mariposa.

Monna Lisa.—Debiérais mediros, que estáis dando justa razón al rumor volandero que anda con mi fama. La mía y la limpia fama de Micer di Giocondo.

Leonardo.—A mi edad, señora, las audacias de un hombre resultan inofensivas. Son dardos embotados. Más ofensiva es la sonrisa que se desprende ahora de vuestra boca, enigmática siempre, pero transparentando la burla mezclada con la piedad.

Monna Lisa.—Copiad entonces esa sonrisa.

Leonardo.—Tánto me duele que habría de copiarla con sangre del corazón.

II

Repentinamente penetra un niño con las guedejas desaliñadas, la cara sucia, asustados los ojos y el pecho jadeante. Está cubierto de astrosos harapos que permiten ver, a parches, insinuaciones de una fuerte musculatura. Su voz, en rehilo tiene, no obstante, decisión categórica. Mira hacia todos lados, y poco a poco va calmándose.

El niño.—Salvadme!

Leonardo.—Qué sucede?

Monna Lisa.—Quién te persigue?

El niño.—Los alguaciles. Me persiguen porque rompí con una piedra el pie de una estatua del palacio del Duque Cosme. Amparadme!

Monna Lisa.—Pierde tus temores. Estás en mi casa.

Leonardo.—Cuál es tu nombre, rapaz? Dímelo sin mirarme de esa suerte altanera que bien pudiéramos creer que nos estás protegiendo.

El niño.—Mi nombre? Benvenuto.

Leonardo.—Y el de tu padre?

Benvenuto.—Giovanni Cellini.

Monna Lisa.—El músico?

Benvenuto.—Sí...!

Leonardo.—Tú eres aquel niño de quien repiten las gentes que cuando tocas, conviertes tu flauta en una jaula de pájaros?

Benvenuto.—Las gentes nada saben. Mi hermano y yo aprendimos los secretos que mi padre recibiera de un vagabundo de Bizancio. Pedro se escapó para engrosar los tercios del bastardo Médicis. Yo hubiera ido a acompañarlo pero me juzgaron inútil por pequeño. Mejor. Allí hay que hacer lo que otros mandan.

Monna Lisa.—Según eso has seguido en tu oficio?

Benvenuto.—Nó. Mi padre me castiga porque me cree perezoso. No soy perezoso. Solamente que, como hallo incompleta la música, me cansa. Nunca alcanzo a interpretar mis anhelos.

Monna Lisa.—Incompleta la música!

Leonardo.—Le sobra razón.

Benvenuto.—Sí, incompleta. Imaginad, señora, que le quitaran

los labios a vuestra sonrisa o las pupilas a vuestro mirar. Así es la música: una mirada sin ojos, una sonrisa sin labios.

Leonardo.—Aprende a pintar.

Monna Lisa. Pintarás sonrisas en tanto estés joven, que a cierta edad es cosa menos que imposible.

Leonardo.—Señora, pintar un misterio equivale a romperlo. Nadie se resigna a ser profano. Y tú, niño, por qué no empeñas tu agilidad en la escultura?

Benvenuto. Porque resulta tan imperfecta como la música. Se me antoja una garganta sin voz, un seno sin leche. Yo quisiera resumir en un pedazo de piedra la musculatura de un dios bárbaro y sangriento, encendido en colores de pasión, que cantase con ligereza de trino versos que perduran en el tiempo con la firmeza sinuosa de una montaña.

Leonardo.—Eres un niño más sabio que los sabios!

Benvenuto.—He aprendido tánto en las tabernas...

Monna Lisa.—Tú frecuentas las tabernas?

Benvenuto.—No os extrañe. Un vecino mío es hijo de un tabernero establecido al otro lado del Arno. Siempre que mi padre me azota porque me niego a tocar flauta, me refugio en la taberna.

Monna Lisa.—Jamás pierdes tu pereza de tocar?

Benvenuto.—En algunas ocasiones toco.

Leonardo.—Quieres hacerlo ahora?

Benvenuto.—No traigo mi flauta.

Monna Lisa.—Aquí hay una.

Leonardo.—Que la traigan.

Monna Lisa.—Stello! Stello!

Aparece el paje, todo rosa hasta los pies.

Stello.—A vuestro servicio.

Monna Lisa.—Traed la flauta.

El paje se marcha silencioso.

Benvenuto. Ese paje es una copia de vuestra beldad, señora. La sonrisa de la tela que pinta el maestro es más de él que vuestra.

Leonardo.—No desmiente la cepa.

Monna Lisa.—Cuentan que es mi hermano.

Leonardo.—Es un paje que sabe madrigales y en los ratos de ocio fabrica con la seda que halla en la rueca, prisiones para encerrar moscas. Además tiene una historia romántica que nadie se atreve a repetir en voz alta.

El paje retorna ceremonioso.

Stello.—En que más he de serviros?

Monna Lisa.—Por ahora en nada.

Leonardo.—Qué vas a tocar, Benvenuto?

Monna Lisa.—Sabes una plegaria que compuso hace poco tu padre?

Benvenuto.—No he podido aprenderla. Yo sólo sé interpretar el sentido de lo que veo. Queréis que saque de mi flauta este crepúsculo?

Monna Lisa.—Abre, Stello, la ventana y que entre la primavera.

El paje obedece. Hay una lenta fuga de sombras. Los hilos de luz que acaban de entrar parecen colgarse de la flauta que el niño toca. Todos están suspensos. Bruscamente, sin soltar el pincel de la mano, interrumpe el viejo.

Leonardo.—Oid, señora, el único cuento de hadas: la vida. La vida que asalta vuestro palacio por el agujero de una flauta. Paso a la primavera que trae la vida.

Monna Lisa.—Leonardo!

Ella sonríe. Y en un estremecimiento casi involuntario, el anciano pintor traza un rasgo en la boca del retrato.

Leonardo.—La vida es el único cuento de hadas que os hace sonreír.

Benvenuto.—La pinceladà que acabáis de dar os conduce a la inmortalidad, maestro!

Monna Lisa.—Maestro!

Y él se vuelve hacia la tela.

Leonardo.—Ahora, señora, seguid sonriendo a la vida.

Monna Lisa.—Leonardo!

Volviéndose hacia ella.

Leonardo.—Y sonreíd a este viejo que está tan cerca de la muerte!



Rogelio Sotela.

Bibliografía:

Poesía: *La Senda de Damasco*, 1918.
Cuadros vivos, Teatro, 1919.
Prosa: *Valores Literarios de Costa Rica*, 1921.
Recogimiento, 1922.

DIOS NO SE ASOMA A LAS PUPILAS TURBIAS...

«Cierto, en ti está Dios.»
Isaías, xlv; 14.

Has dudado de Dios y sin embargo,
tú lo llevas adentro...
Está en ti, como está en todos los hombres,
pero en ti, por ti mismo, hace silencio.

Ahora que te pones pensativo
y que miras al suelo
con una inquieta angustia que ennoblece
tu propio pensamiento,
miro al Dios que hay en ti, un Dios callado
que espera, ha mucho tiempo.

Miro ahora en tus ojos
y me ha parecido ver en ellos
un extraño fulgor, como si tu alma
los hubiera encendido de momento.

Recógete en ti mismo, busca, mira...
Y ya verás que Dios estaba adentro!

. . . .

«Como es arriba todo es aquí abajo»;
Dios es omnipresente
y tú te esfuerzas por buscarlo arriba...
Ya verás, Dios está donde lo encuentres!

Pero mírate a ti, busca primero
si en ti algún cielo tienes
donde pueda vivir el Dios que buscas;
si no tienes un cielo, ese Dios duerme...

Muchos lo buscan solamente arriba
y no ven que a sus propios pies lo tienen.
Dios es la plenitud de toda cosa;
el aliento presente
que pone en el gusano una crisálida
para que a Él se eleve,
que ha regado en la tierra savia, y junta
y ordena las especies;
el mismo que aparea las palomas
y da vida a los astros y a los peces
y miel a las abejas, y reviste
a los «lirios silvestres»;
el mismo que dejó el árbol impreso
entero, en la simiente.

Dios no se asoma a las pupilas turbias
sino que como el agua de la fuente
se verá sin trabajo
si limpio es el jarrón que la contiene.

AMERICA A ESPAÑA

Gonzalo de Berceo, Herrera, Garcilaso...
en la América hispana
hay un poeta joven que canta a vuestro paso
la urdimbre de sus rimas en lengua castellana.

Juan Ruiz el Arcipreste de dualidad extraña,
Juan de Mena el galante de la lírica hazaña
y Fray Luis el divino rimador y maestro...
¡encended en mi espíritu el magnífico estro
pues tengo de cantar a vuestra grande España!

¡Gloria de las Castillas, esa es mi humilde ofrenda!
Porque la noble estirpe que así clavó su tienda
bajo los claros cielos de América, no pasa;
que nos dejó su fe, su idioma y su leyenda
y nos dejó una herencia: la sangre de su raza!

. . . .

Madrid, Andalucía...
Remansos de cariño y de alegría,
donde hay una gitana que despeina
su cabellera entre la algarabía
o se ve un niño huérfano en la vía
que ha bebido los senos de una Reina.

Burgos, Valladolid...
Solares de los nombres sin mancilla
en donde Alfonso le jurara al Cid
por Dios y por los fueros de Castilla!

Y Córdoba y Toledo idealizadas,
donde recuerdan sus encrucijadas
legendarios motivos de tragedia;
románticas ciudades de rondeles
donde aun flota la voz de los rabeles
y todo tiene un gris de la Edad Media...

Y Sevilla, que canta y que tremola,
que fué del arte columnata y plinto,
consagrada la Atenas española
por Felipe Segundo y Carlos Quinto.

Blancas, parecen la ideal Sevilla
y Cádiz, las canteras de la luna;
allí los ojos queman la mantilla,
todo es gracia imposible y la cuchilla
sirve como amuleto de fortuna...

Y después otros nombres... Y la mente
por la emoción se queda fatigada
y piensa en esta España floreciente
que guarda los arcones del oriente
entre los arabescos de Granada...

Y recuerda a la España ennoblecida
donde un fárrago arcaico de la vida
escribiera con fe para mañana;
y sabe que en su amor y en su locura,
y que en su noble heroicidad, perdura
el alma de una Grecia castellana.

Tierra noble y gloriosa
que se inmortalizó con su quebranto
cuando fueron Zamora y Zaragoza
la resistencia augusta y dolorosa,
y cuando, con su espada victoriosa,
don Juan de Austria se glorió en Lepanto!

Jamás una epopeya habrá que ponga
ese vigor que te valió tus famas:
por Alcama, Escipión y Aníbal, clamas
que Pelayo ha vencido en Covadonga
y Numancia y Sagunto están en llamas!

Bendita Madre que miró asombrada
el germen infecundo de un atraso,
y que si vió el dolor en Torquemada
dió una Santa Teresa iluminada
y tuvo una Isabel que fué un regazo.

Entraña universal que fué el proscenio
de un gesto mitológico y vidente
con la fe de Colón, que eternamente
será el supremo símbolo del genio.

Asombrada la América se acoge
bajo tu colosal clarividencia
y en Juan Luis Vives y Servet recoge
la luminosa hoguera de tu ciencia.

En tu pródigo seno
se fecundó el relieve de los nombres:
Rodrigo de Vivar, Guzmán el Bueno,
Rogèr de Lauria, Córdoba, Balboa,
Cortés, Pizarro, de las Casas... Loa
a la España inmortal que dió esos hombres!...

. . . .

Jimena, Doña Sol, mi canto os llama:
que vuestra noble gentileza alcance
a hacernos caballeros del romance
que luchen por su Patria y por su Dama.

Que en las mujeres arda lo que ardía
en la virtud de vuestra fe preclara;
y entonces habrá amor y habrá hidalguía
y el bravo caballero os llamaría
Doña Inés, Doña Elvira o Doña Clara...

Que vuestra hidalga evocación esmalte
con amor la leyenda peregrina,
que haya un Duque de Arjona que os exalte
y un paje que os ofrezca el gerifalte
declamando a Gutierre de Cetina...

. . . .

España, España grande que nos legas
tu Siglo de Oro que llenó el espacio
y así en los Argensolas viste a Horacio
y un heraldo anacreóntico en Villegas.

Madre de los Jasones fecundantes
que fueron tras la luz de un Vellocino!
Vientre de las Américas infantes
que en la divina lengua de Cervantes
han bebido las cubas de tu vino!

Nidal de los homéricos caudillos
que gestas el prodigio entre tus hombres
y que marcas tus siglos con los nombres
de Velázquez, de Goyas y Murillos.

. . . .

¡Gloria perenne para su nobleza!
Gloria inmortal para la cuna ibérica,
que por el alma de su raza, América
tiene el alto blasón de su grandeza!

Y pues que así esa Madre se prodiga,
bendigamos la pléyade española
que por su idioma y por su fe nos liga;
y que su Santa Eulalia la bendiga
y la guarde su Ignacio de Loyola...

Si nos hemos salido de su suelo
su casta hidalga aún nos ilumina:
y cual blasón eterno de su anhelo,
sus hijas de la América Latina
serán un arco iris en su cielo!

MAYA

(Cuento bucólico.)

Maya era dulce como las ovejas que cuidaba.

En todo el poblado de Santa Lucía, no se vieron unos ojos más llenos de mansedumbre que aquellos suyos, apacibles y oscuros como dos pozos circuidos de hiedra.

Silenciosa, casi tímida, se la veía ahora en las tardes bajar por el collado, tras de su hato que se apretujaba en el camino gris.

Las mozas la veían pasar en comentarios: Sí,—decían unas—a Maya le ha cogido algún mal. Desde que vino al pueblo el señor Manuel, para este verano, Maya anda otra. Está alucinada la pobre, decían las demás.

Y así las voces por todo el contorno seguían y se repetían las zagalas en lo mismo cuando bajaba ella por el camino gris, pensativa, tras de su rebaño blanco, como un ángel.

Pero Maya apenas si podía traerse con sus pensamientos y no reparaba en el asombro de las gentes. Se inquietaba mucho la zagala

por entonces con las cosas de su amo, el señor Manuel, que llegara hacía dos meses de la ciudad a pasar un tiempo en sus campos.

Callaba su pena la pobre pastorcica al amado y esa tarde, como otras, venía del Alto, en donde la esperaba siempre Lorenzo.

Ancho y atezado el rostro, viva la mirada, era garrido el mozo.

Maya tenía suspendida el alma de los ojos de Lorenzo y era dulce aquel amor idílico, sentados en el prado, juntos pasando las manos por el vellón de alguna oveja tímida...

Cuando volvió ese día del aprisco, tarde ya, pensaba Maya decir a su madre el temor que la mordía. Y era extraño su silencio al volver, arrastrando su cayado por el camino sinuoso, desvaída y triste.

Esa misma noche sentada cerca de su madre, Maya aventuró con timidez su queja:

—No sé— decía vacilante—se me cala una idea, madre.

La buena vieja que jugaba con los pulgares sobre el regazo, acercó su butaca, diciendo sonreída:

—Cátame que el tal Lorenzo...

—No, madre—interrumpió Maya cariñosamente—si no es de Lorenzo. Es...

Y hacía pliegues con su ancha enagua a cuadros.

—Es que... que debiera salirme del señor Manuel. Para lo poco que gano lo buscara en otra parte. No sé...

La buena anciaña la reconvino severa:

—Qué hablas hija! El señor Manuel que está para la casa tan abierto! No, hija! Por el tiempo que anduviste mal, bien se fijó en tus menesteres. Anda, que estás de mala gracia!

Levantóse nerviosa, se alejó rezongando, mientras movía extrañamente las manos.

Penosa, sin valor para insistir, Maya volvió el rostro hacia fuera, por el hueco del postigo, sobre el campo esfumado en la niebla, como si prendiera en la soledad el ruego triste de sus ojos...

***

El señor Manuel era hijo único de la antigua familia Tejar y Dólñez, que bien hicieron gran fortuna en las haciendas y dejaron hondo el relieve de su nombradía. Y pues que estaban ancianos sus padres, el hijo Manuel cuidaba con esmero del viejo solar paterno, llevándose en todo caballero, leal y franco, como venía a gentes de su laya.

Educado en las Universidades, al calor de su padre—viejo hidalgo castellano—y en familiar convivio de la vida del campo, era claro su saber, robusto su pensamiento, sanos el corazón y el cuerpo.

Aprendió que los surcos se prodigan más que los hombres y que la sabiduría sencilla y honda de las cosas daba mejor rendi-

miento que la angustiosa de los laboratorios. Y vivía así, satisfecho, ya recogido en la casa solariega, cerca de sus padres cuando estaba en la ciudad, ya difundido en la belleza del campo, plácido y libre.

Sabía él que todo se daba allí, en ese ritmo constante de lo agreste, que su mundo era el mundo mejor y que si en el cielo florecían como rosas las estrellas, en su predio reventaban como estrellas las rosas.

Hecha su mente para la soledad, gozábase su alma contemplativa viendo metido el universo en una gota de rocío.

Los trabajadores de «El Arrullo» —que así llamó el señor Manuel su finca— mirábanle con cariñoso respeto, que siendo el patrón severo, era de todos el amigo bueno.

Mas vino en esa sazón un rumor por todo el pueblo y el asombro corrió entre los vecinos de Santa Lucía.

***

Una tarde como aquellas en que bebían amor mientras pacían en el prado los corderos, Lorenzo quiso saber la verdad del rumor que andaba por el pueblo. Maya se lo callaba miedosa y cauta. Mas él la inquiría fervoroso, y al cabo, fijos los grandes ojos en el suelo, con una suave emoción en la voz, confesó vacilante:

—En verdad, Lorenzo, que así es. El señor Manuel me trata como a señorita. Asústome de verlo así y en veces huyo. Asiéndome por las manos, sin yo quererlo, me dice cosas raras; y yo pensara en su bien porque me habla bueno, pero siendo yo una zagaleja como soy, no ha de ser, no ha de ser con la pobre pastorcica que te quiere a ti, Lorenzo.

Los ojos de Maya, suplicantes, buscaron los de Lorenzo que estaba pálido, asombrado el gesto.

—Y no lo contabas, Maya,—balbuceó el mozo con pena. Mal se ve que andabas. Pero... el señor Manuel! El señor Manuel!...

Se le encendían los ojos y se le tornaba el gesto en enojo. Hubo un silencio de rubor o de miedo, que Lorenzo rompió de pronto:

—Adiós, Maya, tus corderos te cuiden y el señor Manuel te quiera. Te daba yo lo mío tan así, tan pobruco, y no me cataba de tu mal, Maya. Pero, el señor Manuel!... El señor Manuel...!

—Lorenzo,—gritó Maya asustada,—y le estrechó, llorando sin hablar, aquellas manos fuertes y toscas.

Y sin mirarla, contraído el rostro extrañamente, casi con violencia se deshizo de ella y fuése solo por el camino gris, por donde antes pasara la zagala dulce, al geórgico son de las esquilas....

***

Siguió Lorenzo sin mirar el camino, mascullando palabras, como un noctámbulo. Iba hacia la casa del señor Manuel, en «El Arrullo», fijo en su idea. Llegado a la casa, abrió la verja violentamente, preguntó por el amo a una rapaza que estaba por allí y sin esperar razón entróse resuelto a la oficina.

No encontró al señor Manuel Lorenzo, y se detuvo, jadeante y nervioso en medio del despacho. Como no llegara, sentóse junto al escritorio, haciendo girar continuamente el ancho y sucio sombrero entre las manos. Encontraron sus ojos inquietos una carta abierta y como viera de pronto el nombre de Maya entre las líneas, se arrojó sobre ella igual que una fiera lo hiciera con su presa. Era de los padres del señor Manuel la carta y en ella hablábanle con ruegos, porque ya sabían de una Maya, zagala ella, por quien decían en el pueblo llevaba perdido el seso el señor Manuel; le rogaban que se volviera a su serenidad, por el amor de sus padres, por el bienestar de su familia, por el dolor que tendría Isabel, su novia de siempre, por su honor de caballero y por todo, todo lo que se perdería sin decoro, inútilmente, tontamente; que conservara aquello que habían creado sus mayores: fortuna y prestigio.

De esa suerte continuaba la carta, y se vertía en ella el gran dolor de los viejos padres cariñosos.

Lorenzo temblaba con el pliego y releíalo azogado.

Súbito pensó la verdad, vió su gran corazón perdido, perdido por el otro en buena lid, y salió, baja la cabeza, como si le pesara mucho el dolor sobre sus hombros.

Antes de pasar la verja se detuvo, pensó en que habría de saberlo todo, todo de una vez, pues la carta no bastaba. Recordó que Maya tendría de llegar pronto a la casa del amo y que allí vería él lo que ahora era un incendio en su cabeza. Se apostó tras de unas parras que cubrían las ventanas del despacho y esperó, esperó media hora, dilatado el pecho, desmesurados y encendidos los ojos como brasas.

Apareció al fin Maya, pensativa, en medio de la sala, y recibióla el señor Manuel sonreído. Le rogó sentarse junto a él.

Maya no movía los ojos, retorciéndose las manos al dar cuenta de su labor.

En tanto, afuera se empinaba Lorenzo desesperado, ansioso, olfateando como un tigre. Cuando oyó qué hablaban, acercóse más.

El señor Manuel tenía cogidas las manos de Maya y le hablaba con pausa, dulce la voz:

—Mira, Maya, nunca dejas ese modo para mí, tan huraño. Bien sé que siempre has pensado mal de lo que te digo, mas, créeme, Maya, yo soy bueno, bueno como los corderos que te quieren a ti.

Quiso acercarse más a ella, fervoroso, y la zagala retrocedió, temblando.

El señor Manuel seguía con dulzura:

—Me tienes miedo, Maya, tienes miedo del amo porque piensas que no podría ser tu compañero. Pero, oye, no te asustes. Yo seré para ti como son las riberas para el río, te cuidaré siempre, estaré siempre junto a ti, Maya. Piensas que el amor sólo puede ser entre los iguales, que lo que tú llamas señorito no puede querer a una pastora como tú; piensas que no podrías llegar a mí, y fíjate: mira cómo se aprieta a un roble la trepadora, anhelosa y sedienta... Ven a mí así, cúbreme, te daré mi savia!

Maya abrió para él los ojos llenos de mansedumbre, como dos grandes caricias de luz, y parecía menos asustada.

En tanto, Lorenzo afuera se empinaba ansioso, olfateando como un tigre.

—Y has de saberlo, Maya, Isabel era mi novia, la prometida mía, distinguida por su belleza y por su casta. Para mí es como esas flores que tú ves en la ciudad vendiéndose caras, prendidas en lo alto de un estante. Y yo no quiero comprarla, Maya. Yo quiero recoger lo que ha florecido para mí, a mi calor, para que yo lo quiera!

La buena zagala quería hablar y le temblaban los labios. Por fin, animada por la fe que le infundía su amo, dijo titubeando:

—No, señor Manuel, que no diga esas cosas! Déjeme usted que me vaya con Lorenzo y será grande mi dicha. Yo no creo, señor Manuel, yo no creo.... Repare usted que junto a él bebo mi agua; que el amo no bebería como Lorenzo, agachándose en la fuente, con el hueco de la mano, sin trabajo en doblarse. Y vamos así juntos por la vida como las alas van en las palomas...

Maya, dime que eres mía,—dijo con fuerza el señor Manuel.

—Déjeme usted—repuso ella suplicante. Andaría yo por alcanzarlo como a la flor de su cuento, y Lorenzo está conmigo como están las madreselvas en la rama.

—Créeme, Maya, créeme, sería para ti como la madreselva.

—No,—contestó menos nerviosa la pastorcica. Déjeme usted salirme. Haga que me vaya con lo mío... Que yo no viviera bien subiéndome hasta usted, sino que me estoy contenta de la vida con Lorenzo, metida en él como se mete el hilo de agua que corre con el hilo de agua que se encuentra... Déjeme, señor Manuel, que Dios se lo ha de ver, por favor!

Dejóla él, rendido, y se puso de codos en la mesa.

Ya la zagala tenía húmedas las pupilas, cuando a tientas, por detrás de ella, abrió la puerta y se escapó, corriendo como una corza.

—Maya!—gritó con toda voz Lorenzo que salía de las parras a encontrarla. Maya mía, mía!...

Y corrieron los dos abrazados, alegres por el camino, juntos, como van las alas en las palomas, hacia el nido...

COMO EL ROBLE...

Me dijo el amigo:
te hieren con saña,
escarnian a gritos tu nombre
y lo ultrajan...

Y, fíjate bien, son los mismos
los que antes en triunfo te alzaran,
aquellos que ungiste a tu lado,
los mismos...

La voz alterada,
nerviosas las manos francas del amigo,
vehemente y airoso me instaba:
mira que te hieren en lo hondo, mira...

Con el claro gesto de quien no se exalta,
sereno, con una sonrisa de paz que se abría
en surco del alma,
seguro de ser más humilde
que aquel que me hablaba,
repuse al amigo querido
sin una violencia que nos alterara:

«En un campo mismo, a la par crecían
un pequeño roble y una trepadora;
era un vasto campo de notas alegres:
la montaña, el río, el árbol, la alondra...

Sucedió que un día
el roble arraigaba sus raíces hondas
y el ramaje todo florecido y verde
alzaba a los cielos sus ramas hermosas.
Y en el campo alegre y perfumado había
un cariño nuevo para aquellas frondas.

Y el río cantaba debajo del árbol,
y cantaba el pájaro por entre las hojas,
y el viento pasaba por entre las ramas
y era todo el árbol una lira eólia...

Y en el campo era todo alegre fiesta
y sólo callaba una trepadora,
una pobrecilla trepadora mustia
que no pudo alzarse por sobre las cosas

Pasaron los días...
Vió al roble crecido solo en la montaña,
oyó que a su paso le cantaba el río
y que entre sus hojas se quedaba el alba;
lo vió tan alegre sobre el campo, ella,
la pobre arrastrada,
que probó a subirse por el ancho tronco
y hundir en el árbol con furor su zarpa,
y estrujar al roble y apagar su vida
y sentir su altivez desgajada,
y luego dejarlo tronchado en el campo
donde nadie oyera su canción alada...

¡Oh la trepadora
y lo que pensaba!

El fecundo roble lo miró sereno,
comprendió sus ansias
y ayudóla a subir a la cumbre
haciéndole brazos de amor con sus ramas.

Y por cada paso de la trepadora
por hundir su zarpa
el roble tranquilo dábale su savia!

Sube—le decía—sube hasta mi cumbre
y serás en mi cumbre admirada.
El sol y la tierra y el viento y el río
formaron mi entraña
y Dios mismo puso con amor de hermano
todo lo grandioso que en mis venas haya...

Tómalo y sé buena; no envidies a nadie,
y al beber mi savia
tu espíritu encienda
el Amor sereno que todo lo alcanza!»

. . . .

Asida al nudoso tronco de algún roble
verás, aferrada,
a una pobrecilla trepadora.

Aprende
el sabio consejo que alienta esta fábula
y haz con los amigos que te hieran, eso:
darles el amparo sereno del alma!

PROMETIDA

Amalia Montagné Carazo.

Yo juntaré mi pensamiento casto
al pensamiento celestial de ella,
como se juntan bajo el cielo vasto
el fulgor de una estrella y de otra estrella.

Tendré su mano pura entre mi mano
como un pájaro trémulo y caído
que busca rimas en lugar de grano
y va a sorber azul entre su nido.

Juntaré mi tristeza ennoblecida
a su tristeza angélica y serena,
como una luz de luna desprendida
sobre el blanco temblor de una azucena.

Le ceñiré mis lauros y la nombro
la Reina espiritual y pensativa
para ufanarme con su frente esquiva
coronada por mí sobre mi hombro!

Frente de hostias y de luz, pequeña
como una estrella que cayó del cielo
para venir hasta su sien que sueña
bajo el ala ondulada de su pelo...

Veré sobre la paz de su mirada
la más honda promesa del Halago,
y allí estará mi alma reflejada
como un astro sereno sobre un lago.

Y como es un ánfora su cuello
en donde el alma de la Grecia busca
la línea inmaterial del arte bello,
será para mi amor ánfora etrusca.

Y mi mano en el ánfora, amorosa,
ávida de posarse en lo impoluto,
soñará en la caricia temblorosa
tallar sobre un marfil de Benvenuto!

. . . .

Signo de caridad en mi camino
será la buena amada que venero;
y para que arda ante su altar divino
será mi corazón un pebetero...

Altar de la Harmonía
donde en un cáliz de ilusión consagro
el rito espiritual de mi poesía,
en donde el ideal se hace milagro
y el amor se hace blanca Epifanía.

Porque la amada que mi verso enciende
es fuente donde todo bien se hilvana;
ella el sentido de lo azul comprende,
sus alas blancas como un ángel tiende
con una santa devoción de hermana.

Yo la tendré junto al ensueño mío
para que haga más noble mi esperanza;
mi alma será la flor y ella el rocío
y estará el corazón en su acechanza
como están las riberas para el río...

Y así estará mi fe en su compañía,
y así estarán su bien y mi tristeza,
fundidas su humildad y mi alegría
como un hilo de agua que corría
con el hilo de agua que tropieza...

Y ser ella la espuma y yo la fuente,
y ser la musa que me dió sus galas
para seguir los dos serenamente
como van en un pájaro las alas!

PARRAFOS DE «RECOGIMIENTO»

La primera perfección que se ha de poseer es el conocimiento exacto de lo real y de lo no real.

La realidad es «aquello que no es afectado por el tiempo». Los objetos que nos rodean son ilusorios, al contrario de lo que creen muchos ; y al contrario de la creencia general, diremos que lo real es lo espiritual o lo que se piensa. Cuando se comprende y se vive ésto, hay un absoluto desprendimiento de las cosas «vanas» y se ponen los pies en el sendero...

***

Ya está muy citado Goethe con su definición del poeta y convenimos por ella en que el arte consiste en realizar ideas por medio de imágenes. Pero conviene saber que las imágenes no sólo existen, como para Chocano, en las cosas que se ven y que se embellecen en el verso, sino que existen también en el mundo sutil invisible que

el hombre debe buscar. Cuando el artista logra ver la imagen de las cosas y realiza ideas por medio de imágenes, es poeta; pero si, además, comprende el sentido interior de la imagen de las cosas—como Nervo—es Poeta y Sacerdote. Sacerdote en el gran sentido de la palabra.

LEYENDO A PLATÓN

Para ti, Amalia, que llevas en el nombre las letras de alma

Después que hemos leído juntos a Platón me he quedado frente a ti, mirándote, y he visto como en una ojiva el radioso esplendor de una estrella. Mi corazón se asoma a tus ojos y mira allí el contorno armonioso de la palabra Amor.

Amor es lo bello buscando lo bello, Amor es la idea suprema del bien, Amor es la adquerencia de lo bueno para el sér, Amor es felicidad, Amor es identidad, continuidad de pensamiento: Platón hubiera embellecido más sus páginas si hubiera estado frente a ti, que eres amor, que eres sabiduría, que eres belleza!

Mi corazón se asomó al tuyo como a una ojiva y vió el contorno armonioso de la palabra Santa. Tú lo eres todo, hermana; tú lo tienes todo, Amalia; tú lo serás todo, Amada!

Junto a ti se hace noble la vida y se sutiliza todo. ¡Quién hubiera nacido el día del dios Apolo; quién fuera tocado en los labios por las abejas del Himeto para cantar en tu loor.

Emoción inexplicable y honda das tú, amada, a quien te vela amándote! ¿Cómo? ¿Cómo explicar ese momento de sensación pura que procuras?

¿Oiste alguna vez una melodía de Beethoven o una sonata de Bach? ¿Cerraste las pupilas soñadoras y sentiste una ablución angélica? Al pie del altar, sumida el alma en Dios, cuando se alzaba la hostia para ti, oíste el trémolo del órgano enredado en las gasas del incienso?

Ah! Exaltación purísima de lo interno; de lo eterno, de lo grande, de lo único verdadero que existe.

Amor!

Se comprime el diafragma, se angustia el pecho, se siente venir a los ojos un dulce lloro, y la voz quiere subir a la garganta para decir a tu oído, como en un susurro: Amor! Amor! Y tener entre las manos el óvalo puro de tu rostro y mirar una eternidad en tus pupilas. . . y estar así en una laxitud de siglos... y sentir que la vida se refiere a ese momento, mientras el corazón se precipita y las manos oprimen otras manos y el labio febril suspende el alma en un beso puro y se queda así junto a ti, en un éxtasis celeste, en una emoción única, en un temblor santo!..

Otilio Ulate

EL HOMBRE DE PRO

Los costarricenses, evidentemente, no hemos inventado la pólvora, pero hemos inventado una casta de hombres que, si bien tampoco han podido ser los inventores de la pólvora, sí son viva enseñanza de que, lo que nunca ha servido para nada, puede llegar a ser, en cierto momento, lo absolutamente indispensable. Sobre todo en la política.

Hablo, señores, de los hombres de pro. El hombre de pro es artificio que por un extremo termina en un par de hules protectores del calzado contra las lluvias,- porque el hombre de pro será siempre previsor—y por el otro en un sombrero de bombín, como temiendo que se derrame lo que lleva dentro de la cabeza y no haya dónde recogerlo.

El hombre de pro suele ser, físicamente, como en lo intelectual, inclasificable: ni alto, ni bajo; ni obeso como una pelota de hule, ni largo como una línea de ferrocarril; ni enérgico, ni débil; ni avaro, ni generoso; ni hermoso, ni feo; ni agradable, ni repulsivo; ni blanco, ni negro.

Si ocurre una catástrofe, antes que retirar escombros, cruza los brazos y lanza una exclamación de su uso personal:—¡Sea por el amor de Dios! , con lo cual presume no agraviar a Dios, supuesto autor de la catástrofe, ni ofender a las víctimas, porque un hombre de pro debe cuidarse mucho de estar en paz con todos.

Por lo mismo, es un inevitable asistente a todos los entierros, con lo cual nadie se da por disgustado. Y el hombre de pro es el dueño exclusivo de aquella frase con que, invariablemente, se presenta en las visitas de pésame:

—Hay que resignarse. No se aflija usted, que es camino que todos tenemos que trajinar.—Como diciéndole al doliente:

—Tranquilícese, hombre, que también a usted se lo llevará el Diablo cualquier día de estos! Y de esta manera, al que no quiera caldo, le da dos tazas.

Su característica más acentuada, de la cual derivan sus prestigios de hombre público, es la ausencia de opiniones en todos los

casos. No dirá jamás un disparate, pero morirá sin habérsele ocurrido una sensatez.

Si va al extranjero volverá inmutable.

—¿Diga usted, son allá bonitas las mujeres, prodigiosas las construcciones?

—Le confieso a usted que no tuve ocasión de observarlo. Es posible que lo sean...

Si va por la calle, apestado de solemnidad, dirige saludos en todas direcciones y tiene una frase afectuosa para cada transeunte. Pero no le hablen de política: él no será nunca conservador, ni liberal, no atacará a nadie, no romperá su gravedad silenciosa.

Pertenecerá a las asociaciones religiosas y de caridad, será socio de los clubs, sin visitarlos, tendrá un seguro de vida...

Y así, mudos como la esfinge, estos hombres llegaron a ministros, les aclamaron las multitudes, fueron jefes de gobierno, escalaron las cimas de la victoria porque no opinaron nunca y nunca hicieron bien ni hicieron mal, tal que los postes de la luz eléctrica.

Jenaro Valverde

EL DIALOGO SOMBRIO

- Señorita: usted practicaría su habitual confesión auricular si los sacerdotes profesionales del catolicismo fuesen de su mismo sexo?

El silencio de la señorita lo interpretamos como una paladina negativa, y nos aprovechamos del momentáneo desconcierto de nuestra bella interlocutora para aventurar audazmente:

—En tal caso, señorita, debe reconocer usted cierta trascendencia naturalmente sexual en ese diálogo íntimo de la confesión...

Ahora sí, nuestro comentario tendencioso ha tenido eficacia dinámica porque hemos observado cómo su cabecita ha erigido una postura de altiva conveniencia.

Mas su enojo ha sido también inefable, y si por un momento lo hemos visto agravarse en sus inmóviles pupilas, a poco se ha fugado dulcemente por la onda sepia de su cabellera.

La ocurrencia nos ha dejado un sabor intenso de fruto ácido.

Es innegable que hay una sugerencia sensual en esa parroquia de mujeres tocadas de negro que van a la cita del confesionario, gárrulas y emotivas como colegialas en un día de asueto.

Hablamos naturalmente de las mujeres que aún no han traspasado el Rubicón de los treinta años, y, en todo caso, de esos seres delicados capaces de preocupar noblemente nuestra atención con un detalle gracioso de línea o movimiento, pues fácil es adivinar que no interesa al cronista ese cortejo de beguinas *sin consecuencias* que hormiguea en cuanto la jauría de los esquilones inicia su algazara.

La tentación del mal desconcierta nuestras fuerzas sensorias disciplinadas y nos obliga a danzar la zarabanda de los Siete Pecados Capitales.

Ahora bien. Meditad en la diversidad y linaje de pensamientos atrevidos que pueden inquietar la vida de una mujer.

El Pecado tiene algo de íncubo porque asedia con singular predilección a las mujeres.

La virgen está frente al tocador distraída en ese eterno diálogo egoista con el espejo. Se encuentra sola, pero la presencia del espíritu del Mal es inminente y, de pronto, la libélula se ha sentido

atravesada por invisible aguijón. La caja armoniosa de su cuerpo está poseída por el Intruso y siente dentro de si como un revolar de golondrina atolondrada que choca contra los cristales en busca de la luz.

El alma poseída por el Mal debe ser libertada a todo trance.

Nosotros hemos observado la apacible liturgia exorcisante.

El rito tiene una sencillez conmovedora y contagiosa. El taumaturgo desaparece tras el velado cortinaje de la caseta establecida al amparo propicio y subjetivo de una media luz conveniente.

(La presencia de esta caseta alveolar se no antoja una garita de balneario transportada de la playa canicular a este falansterio sombrío, a este invernadero dedicado al cultivo de cirios votivos).

Como el diálogo es con sordina no alcanzamos a escuchar una sóla palabra a la hermosa pecadora.

Y, sin embargo, cómo quisiéramos enterarnos de sus malos pensamientos, de ese inventario de perversidades deliciosas que ahora está verificando en presencia de Dios!

Sospechamos y conjeturamos las tremendas complicaciones que haya forjado esa cabecita arrepentida inclinada sobre ese locutorio en actitud de lánguido desmayo, pero esa especulación intelectual no nos satisface. La sospecha es una inútil polarización de energia que no prodiga ningún regocijo sensual.

Y nuestra perversidad anhela el deleite singular de oír el relato del escándalo íntimo que está revelando esa boca piadosa, más bella que piadosa, y que talvez todavía no conoce el beso del hombre...

Pensad qué deliciosas cavilaciones ocurrirán en una virgen adolescente aconsejada por su ingenuidad y su instinto únicamente; pensad en la mujer de treinta años y considerad todas las posibilidades al servicio de Satán...

Ni las «cajas de bombones afrodisíacos» de Catulle Mendés; ni el ardiente viaje a través de las novelas de Collete Willy; ni el huerto prohibido donde cultiva Rachilde sus mandrágoras; ni las irreverencias incisivas de ese detective de la alcoba femenina que se llamó Balzac, podrían sugerirnos un mayor encanto que el de una bella mujer acusando sus pecados en un transporte místico de fe.

Oscar Wilde ha dicho que el mejor medio para resistir una tentación es ceder a ella. («The best way to resist a temptation is to give way to it»).

Este pensamiento lo practican las mujeres con ese instinto religioso que las permite contar con el perdón aún antes de haber pecado.

Cualquier boticario trasnochado nos dirá con aparente razón que ese perdón es ilusorio puesto que una culpa no se borra del alma como si fuera un trazo de yeso sobre la pizarra; pero el insensato no medita, en su miopía unilateral, que el Pecado es también una ilusión...

¿Por qué no dejarán a los pobres mortales morir con sus peca

dos que han sido sus fieles compañeros y su único goce positivo durante el viaje de la vida?

La absolución es una iniquidad.

Oh ilustres vagabundos! Defendéos de esta inminente absolución que en los hospitales afiliados al catolicismo querrán asestaros, cuando estéis moribundos, del mismo modo que se asesta una puñalada...

EN LA JAULA DE LA MUSMÉ

La tendenciosa anécdota que inflama
nuestra charla, quedó al punto inconclusa:
pero tu gesto malicioso aguza
la equívoca intención del epigrama.

Presientes que esta noche eres mi dama
para animar la vieja escaramuza
de soltar unos broches de tu blusa
y arreglar el desorden de tu cama.

El color de tu liga he comprobado,
y en este trance mi discurso artero
agrava su motivo irreverente.

Luego cambias tu traje complicado
por el fácil kimono y yo me espero
mientras muda la piel de la serpiente.

Asdrúbal Villalobos

BIBLIOGRAFÍA:
Poesía: Revista *Athenea*, 1918.

MOMENTO PROVINCIANO

Llueve desde hace días. La gente se arrebaña.
La ciudad silenciosa, como bajo un alero,
al pie de la montaña
espera resignada que cese el aguacero.

(El cielo es una ubre
turgente de agua pura, que con monotonías
de chorros desiguales ordeña el mes de octubre
en su amplio recipiente de treinta y un días).

Se oyen palabras burdas dentro de la taberna:
una muchacha guapa cruza la calle y por
recogerse la falda, ha mostrado la pierna
donde la enagua rosa pone un leve rubor.

Pasa un perro faldero corriendo tras un gato;
un reloj da las cinco y señala las tres:
en vuestro seno, pueblo recogido y beato,
todo marcha al revés!

Por el parque un borracho camina dando topes
y una mujer idiota insulta a un policial;
(he aquí un bello motivo para Luis Carlos López...)
... Desfilan las alumnas de la Escuela Normal...

Y yo bajo el alero torcido de la esquina,
las manos al bolsillo, espero amada mía
que desde la ventana tu mirada bovina
auyente el desamparo que da la tarde fría.

RECELOS DE PAPÁ

Ciertamente, se explica la actitud del vecino
que usa sin cortapisas extremado rigor,
en evitar los medios de que el sietemesino
le regale sonrisas a su hijita menor.

Y es verdad lo que anoche con un gesto mohino
el papá de la niña decía a otro señor:
que no son el vestido ni un bastón, pergamino
para que oiga una niña huecas frases de amor.

Pues uno que sólo usa calcetines de seda,
corbatas de Bulgaria, perfume de reseda,
y un ramo de violetas prendido en el ojal,

no tendrá más obsequios para su prometida,
que las desilusiones que espigó por la vida
o las sonoridades que encierra un madrigal!

LA NOVIA DE FERMIN

La besaron las hadas cúando estaba en la cuna,
y en sus ojos azules de pestañas rizadas,
con bondad exquisita le pusieron las hadas
el fulgor delicado de un rayito de luna.

Es hermosa y seduce con la gracia de una
princesita de aquellas que en las largas veladas,
escuchaban atentas las sentidas baladas
que entonaba el poeta por su buena fortuna.

Tiene un gesto en los labios como un rasgo de ensueño,
y resalta entre todo su conjunto risueño,
su pelo que dividen dos lazos de tisú;

pero cuenta su novio que se aburre a su lado,
y las más de las veces se retira cansado
de mirarla impasible masticando tolú!

Moisés Vincenzi

BIBLIOGRAFÍA:

Prosa: *Mis Primeros Ensayos,* tres series.
Valores fundamentales de la Razón.
Aticismos Tropicales.
Principios de crítica, R. Brenes Mesén.
Paulino y Suetonio.
Voces Lejanas.
Crítica trascendental.
Mensaje a las juventudes de nuestra América.
Froilán Turcios, crítica literaria.
La segunda dimensión,
de 1915 a 1922.

HACIA LA GRUTA DORADA

¡Adolescente apolonida! Absorto en su silencio de bronce y en las lejanas costas del misterio de Oriente, vagando bajo los arcos subterráneos de la Gruta Dorada, empeña su estro en admirar las estalactitas y estalacmitas de su mundo interior... Y sus aguas, azules, con sus arenas de jacintos y topacios, en cuyos fondos se insinúan los dorsos de ignoradas ninfas prisioneras y exóticas salamandras escapadas de los hornos de Vulcano.

¡Balbuciente Ascanio de cincelado escudo! En los cuarzos rosados de tu estro azul, se rompen, como impolutos cristales, los ecos broncíneos de las trompetas temblorosas de tus versos...

¡Ascanio, balbuciente apolonida de los versos sonoros!

... Hacia la Gruta Dorada, ahí va tu rumbo...

Hacia ahí los corceles de melenas líricas, trotan con los cascos de diamante...

Y corren las ninfas de etéreas y divinas formas, cinceladas con el cincel de un mago orfebre...

Y allá, en el Levante, se alza la esperanza con su disco de bruñidas talladuras de argento, en que se fundirá la esencia legendaria de tu virtud de ébano y sándalo, ya fragante con las fragancias del fruto de oro, cargado de azúcares inmortales, para la fermentación de los divinos brebajes olímpicos, que se apuran en las copas musicales del palacio sideral de Apolo, pastor de soles y de espacios iluminados...

Adolescente apolonida, hijo de Eneas:—que suenen tus bronces, y no enmudezcan en los campos de las batallas musicales tus ritmos y tus rimas...

¡Látigo a tus corceles de redondas ancas y melenas líricas! ¡Hacia la Gruta Dorada de tu ígneo esfuerzo y de tu mundo interno, hacia la esperanza inmortal. endereza las luminosas ruedas de tu carro!

MI LEXICO

Palabras: las hay, en rica elección, que visten mantos de oro cuajados de piedras preciosas: palabras reyes, palabras príncipes, palabras ninfas, palabras estatuas, palabras calandrias, palabras terciopelo y seda y suntuosidad; palabras fuentes, palabras líneas armoniosas, palabras cisnes, palabras cristalinas, palabras de bronce labrado, palabras de argento y de oro, palabras de carne y de mármol; palabras azules, palabras violetas, palabras grises, palabras tintas, palabras amarillas, palabras celestes, palabras de colores lánguidos; las hay musicales como violines con sordina, como violoncelos dulces, como arpas y como liras; como trompetines sonoros y como flautas románticas; palabras lisas y relucientes como el ágata cincelada, palabras ásperas como la roca plutónica; palabras venablos; palabras espadas; palabras rosas, palabras margaritas, palabras clavelinas, palabras lotos; las hay cándidas y pudorosas; las hay impúdicas y lascivas; las hay mansas como los remansos serenos de los lagos de Italia y turbulentas como los truenos del trópico: cortejos de palabras danzantes y cortejos de palabras contemplativas y mustias...

Dormía ha largo tiempo; el dolor habíame postrado en el antiguo camastro de bronce. Y la Visión llegó con sus palabras aladas, y quemó, a mis pies, sus mirras sagradas. Llamó, mientras dormía, armoniosamente, e hizo desfilar con mágico encanto el cortejo de sus musicales palabras. No recuerdo todas las que se presentaron obedientes a la voz sonora de la Visión ¡pasaron tantas y tan dulces palabras!

Pasó la palabra Amor y la palabra Promesa y la palabra Música, y la palabra Idea; y la Dulzura de brazo del Llanto; y la Tristeza que confidenciaba con el Beso; y el Abrazo; y la mirada, que cristalizó sus rocíos en mis pestañas; y la Forma, bella como la Venus de Milo; y la Virilidad, con sus racimos maduros, detrás del Beso y del Suspiro y del Ruego y del Sacrificio; y pasó, de última, la Esperanza y se sentó en el borde de mi camastro de bronce: Ella era sutil como el viento, armoniosa como el viento, alada como el viento...

Hernán Zamora

BIBLIOGRAFÍA:
Poesía: Revista *Athenea*, 1920.

LA ULTIMA SAMARITANA

Por la sombra ritual de la capilla
cruza un rayo de sol—junco de oro
venido del jardín que afuera brilla,
para mecer los cánticos del coro.

La imagen de Jesús! En su mejilla
palpita, como luz, el santo lloro,
y la angustia refleja su amarilla
palidez en el místico decoro.

Al recinto de paz llega el rugido
de la exterior, carnavalesca lucha
como grito insultante y maldecido,

y en medio de las sombras, el Rabino
se estremece, extenuado porque escucha
nuevos golpes del paso de Longino.

***

Hay púrpura en la frente y el costado,
la luz en las pupilas agoniza
y el oscuro cabello ensortijado
tiembla– frío tal vez—a cada brisa.

El labio de Jesús está asediado
por una sed letal, que no suaviza
la caridad del hombre, alimentado
con la sangre del mismo que agoniza.

La golondrina, húmeda su gala
entre la niebla, por su vuelo rota,
entra al santuario, convulsiona el ala
con amor de los hombres imprevisto,
y en un giro sutil, deja una gota
entre los labios cárdenos de Cristo.

UN CUENTO

Un cuento fantástico y extraño.

En la oscura torre del templo de una ciudad remota, alegre y sonora vivía una colonia de golondrinas. Todas saludaban al sol antes de que el viejo campanero desperezara las campanas para llamar a la primera misa.

Un día, entre los trinos de las otras, despertó una de ellas; su asombro fué grande; era plena noche y ya cantaban sus hermanas. Ni las plumas de su pecho podía ver, tal era la tiniebla.

—Hermanas golondrinas, por qué cantáis en plena noche?

—En plena noche?—murmuró su vecina—ya el sol tiene toda su faz de fuera y la torre está dorada.

—¿Cómo? En torno mío sólo hay sombra.

—Oh! cómo tienes de opacos los ojos! Estás ciega. Eres ya tan vieja!—Así dijo la vecina acercando su pico a la cabeza de la pobre golondrina ciega.

La escena se fué repitiendo día a día. Ya sólo quedaban dos golondrinas con los ojos sanos, ya sólo dos vocecillas, que no alcanzaban siquiera a salir de la torre, saludaban al sol por la mañana. Sólo la Reina y la Maestra veían la luz.

La misma Reina entonces recogía, acompañada de la Maestra, el alimento para las pobres enfermas.

Bajo la campana más antigua, las dos, Reina y Maestra, dialogaron:

—Es preciso, dijo la señora Reina, buscar un remedio. Señora Maestra, has estudiado lo bastante para que confíe en tí; precisa buscar un remedio.

—Mi señora, dijo con humilde sabiduría la otra, es bien difícil encontrar el remedio, falta luz para los ojos de nuestras hermanas y la luz no se fabrica, ni aún los hombres saben hacer luz.

—Y qué hacer?

—El problema es difícil, requiere estudio.

Al otro día la Reina no cantó, la noche se había aposentado en sus pupilas.

—Maestra, Maestra!—gritó tristemente la soberana al oir el canto aislado de la golondrina de los ojos sanos.—Maestra Maestra! La sombra ha llegado a mis ojos. Ruda será tu tarea, tienes que buscar el alimento para todas.

—Señora Reina, poco durará el mal; anoche no he dormido buscando el remedio, y lo encontré. Mas es tan difícil! Necesario es ir al sol y pedirle luz para las pobres golondrinas ciegas. Penoso es el viaje, pero es el único medio de que sanéis.

—Sabia Maestra, dijo con tono imperial la Reina un tanto consolada, irás tú, eres la única que puede dirigir su vuelo. Sí, irás tú. Gracias a Dios conocemos bien la torre y a tientas encontraremos de comer.

—Parto ahora mismo, dijo la sabia golondrina, por penoso que sea el viaje buena recompensa tendré si veo sanar a mis hermanas.

Partió la buena golondrina. Sus alas cortaron el aire y al batirlas una emoción extraña hacía latir con fuerza su pequeño corazón. Y voló, voló; cuando ya no pudo más, descansó sobre una nube y tomó un poco de agua.

Descansada, repuesta partió de nuevo hasta posar sus patitas sobre la superficie de la luna, y vió la tierra como un disco luminoso perdido en el espacio.

—Pobres hermanas mías, dijo entonces, si viérais qué cansada estoy!

Y continuó su viaje. Ganó estrellas y estrellas hasta que un día llegó al sol. Un duendecillo luminoso se adelantó a recibirla.— Oh! pobre pájaro, le dijo, vienes por luz?

—Si me haces el favor, contestó la golondrina, todas mis hermanas están ciegas: con una gota basta.

—Pero, piensas acaso, pobre pájaro sin seso, que puedes llevar la luz sobre tus alas? No habrás volado un segundo, cuando ya irás a oscuras! Sólo podrás llevarla dentro de tus propias venas, confundida con tu sangre. Estás dispuesto al martirio?

—Dentro de mis venas, confundida con mi sangre la llevaré. Todas mis hermanas están ciegas!

El duendecillo la invitó a seguirlo y llegaron frente a un palacio luciente cual nunca vieran los ojos del pájaro.

—Este es el Palacio de la Luz, entra y sorbe la que quieras, dijo el duende.

El ave entró y, cuando pasados unos instantes salió regocijada, aquel luciente duendecillo compadecido de la pobre golondrina maestra, le trajo algo de comer.

La torre había quedado silenciosa como un sepulcro. Un día, cuando las muertas pupilas de las aves ciegas se acurrucaban bajo los párpados plegados de aflicción, la golondrina maestra, enfiaquecida y hambrienta, saludó a sus hermanas con un trino que fué un himno de gloria.

—Hermanas mías, hermanas mías, abrid los ojos, aquí os traigo luz.

Todas agitaron sus alas a la voz de la maestra que cantaba sobre la viga que sostenía la más vieja campana.

—Bendita seas—bendita seas!—gritaban las pobres enfermas: a dónde está la luz?

—Oh! Bien guardada viene; aquí dentro de mis venas, confun-

dida con mi sangre. Acercaos: aquí estoy, aquí sobre la viga de la vieja campana, aquí; acercaos todas; con vuestros picos abrid mis venas, sorbed mi sangre, allí está la luz.

Ansiosas se amotinaron las golondrinas buscando la viga con el tacto de sus alas. Una luz increíble inundó la triste oscuridad de la torre. Cayó desde lo alto ensangrentado el cuerpecito de la golondrina maestra y se oyó en la torre el canto alegre de sus hermanas que contemplaron desde la altura el abierto horizonte.

LUZ DE SANGRE

Poeta, profesor de la esperanza
y ruiseñor de la constante aurora,
que vas dejando tu canción sonora
lejos del bienestar de Sancho Panza;

ya que tu corazón, hora tras hora,
esgrime la ilusión como una lanza
de Quijote inmortal que no descansa,
en el altar de Dios bendice y ora.

Y si quieres, pastor de corazones,
que haya lumbre de amor en tus canciones,
quémate con el fuego de tu luz,

como el Maestro de sapiencia pura
que para iluminar con su ternura
se prende con tres clavos de la Cruz.

LOS JOVENES

(NACIERON HACIA 1900)

Alejandro Aguilar Machado

BIBLIOGRAFÍA:
Problemas Centroamericanos, 1921.
La Conferencia Internacional Americana, 1923.

15 DE SETIEMBRE

(DE UN DISCURSO)

Celébrase hoy la fiesta magna de la patria. Con la protección de los héroes que velan por la felicidad y gloria de ella, se debe hacer un recuerdo de las causas que operaron el milagro de la libertad en estos pueblos tan agitados por implacable destino, para reconstruir así el panorama que allá en las lejanías de la Historia, es el más poderoso estímulo que podría agitar los superiores anhelos de nuestro espíritu.

Esos hechos no se presentan con los perfiles sobresalientes de las grandes conmociones de la Historia. Ellos están comprendidos en el modesto marco de un grupo pequeño de naciones; y es por eso que les falta toda la perspectiva y todo el colorido que pudiera hacerlos perceptibles entre los sucesos que tejen la vida, a veces turbulenta y otras apacible, no siempre interesante, de las naciones poderosas.

La Independencia de Centro América no encontró para ser pregonada por los ámbitos de la tierra el mágico clarín con que pregonara la victoria de Salamina el incomparable Sófocles. Nuestra epopeya, sencilla y modesta, no ha sido cincelada en estrofas inmortales por un ciego iluminado, como lo fué la que escribiera en los muros de Troya, el pueblo que con mieles del Himeto y ambrosía de los Dioses, modeló eternas concepciones de belleza. Ante el fallo improvisado de la posteridad, los sucesos de los pueblos y las acciones de sus hombres se miden según sea el tamaño del pedestal sobre que se asientan; y sólo para formar el definitivo veredicto, Clío, esta musa implacable y divina, llega a ponderar el valor esencial e intrínseco de todos los acontecimientos de los hombres y de los pueblos. La autonomía política, si así puede llamarse el estado que conquis-

tamos apenas hace un siglo y un año, marca todavía el ritmo a cuyo compás parecen moverse aún las agitaciones de nuestro progreso en su marcha ascendente y evolutiva.

Del análisis sereno que se haga de las causas precursoras de la libertad, brota la idea que siempre he tenido de la falta de responsabilidad moral de España por los gravísimos errores con que manejara a sus colonias. No culpemos a la generosa madre de nuestras mejores tradiciones por habernos dado lo único que en aquellos oscuros tiempos podía darnos: el absolutismo. No la culpemos a ella por equivocaciones que a la sazón se erguían en granítico pedestal ocupando el lugar que sólo a la verdad se ha reservado!

Si España misma tenía que soportar el yugo de Fernando; si vió reducidas a polvo las conclusiones de las Cortes gaditanas, todo por satisfacer las ambiciones del despotismo; si el anhelo de libertad cuando apenas comenzaba a mostrar sus primeros brotes fué tronchado en botón por la mano férrea de los magnates, ¿qué podía hacer ella por sus hijas dilectas? ¿cómo rompía las cadenas que la tenían enlazada al grillete del error, para ir a ofrecer a aquéllas la leche agradable y nutritiva de la libertad, que en su robusto pecho ocultara...?

Rigoberto Alvarez Berrocal

BIBLIOGRAFÍA:
Poesía: *Las Fuentes Iluminadas*, 1920.

EL TUMBO DEL MAR

Adviértese en el mar un súbito temblor... tal se dijera
de un potro de las pampas que, en veloz carrera
a través de los largos y remotos confines,
desatara oleajes enormes en las crines...

Franca extensión marina salpicada de espumas,
que son collar de perlas sobre cuello de brumas,
de la bestia salvaje diríase el flanco
cuando brota sudores de espumarajo blanco...

Ensombrece la onda una faja extendida
que viene desde lejos, fugaz y enfurecida,
como si fuese el puño de gigantesco brazo
que chasqueara en las playas un fuerte latigazo...

En el último tumbo, sin llegar a la arena,
el león de la ola sacude la melena...
y se escuchan ruídos de campanas a coro,
entre las cuales suena un cascabel de oro...

Un millón de fauces de fieras africanas
ábrese, cuando sórdidas repican las campanas:
dientes de estalactita, encías de diamante,
y lenguas como el moco de trompudo elefante...

Franca extensión marina salpicada de espumas,
que son collar de perlas sobre cuello de brumas...
Vértigo clorusódico de aguas maravillosas
da en las playas el vómito de las piedras preciosas...

Carlomagno Araya

MI VERSO

Mi verso es un chiquillo, de maneras
casi, casi grotescas.
Por ser el hijo de mis primaveras
tiene sus labios como rosas frescas.

Las aves le enseñaron sus cantigas
dulces y melodiosas
y el oro singular de las espigas
dió color a sus trenzas primorosas.

Es claro y transparente cual la linfa
de los serenos ríos.
Su novia idolatrada es una ninfa
de ojillos muy sombríos.

Que parece un chiquillo tan chiquillo
como él y ya con novia de deveras!...
Gran lástima le tengo; pobrecillo,
cómo sufre por ella! Si lo vieras
meditativo y triste
llorando múchas veces!..
Hará próximamente cuatro meses
que ya ni se acicala, ni se viste...

Con todas las personos es cortés
de un modo campechano.
Con él llegué a tu casa y ya lo ves,
ni un momento lo suelto de la mano...

Si vieras por las noches... Malcriado!
Ah! cómo me desvela!...
Ahora que estoy aquí, lo que he pensado
es ponerlo a la escuela!..

VENGO DE LA CIUDAD...

Vengo de la ciudad de mi cariño
donde ví, por mi bien, la luz primera;
de la ciudad que quiero desde niño
con todo el corazón y el alma entera.

Allá quedó el barbecho
que tarde a tarde contemplar solía,
y bajo humilde y cariñoso techo
quedó también la buena madre mía.

Una mañana resolví mi viaje
y calzando mis rústicas sandalias,
a esta casa llegué, llegué y os traje
de mis nativos prados unas dalias.

Oh los prados nativos! Los hermosos
prados llenos de una insólita fragancia,
donde pasé los ratos más dichosos,
los más alegres ratos de mi infancia!

Allá quedó el «yurrillo»
de rumorosas aguas cristalinas,
donde yo iba a pescar cuando chiquillo
cangrejos y «olominas»!

Allá quedó el boscaje
sahumado del olor que los jarales
sueltan en las mañanas. Y te traje
la miel de los panales
que doblan las tupidas ramazones
que dan frescura al trillo...
y todas las canciones
que en la escuela aprendí cuando chiquillo!

Víctor Manuel Elizondo

PINCELADA CAMPESTRE

Como si no quisiera morirse todavía
—tal vez porque ha sentido que su vida fué escasa—
con sus débiles rayos el sol en agonía
se agarra de los árboles que rodean la plaza.

Pero por fin lo absorbe la oscura lejanía
y ahora todo es silencio: mudo el Angelus pasa;
y como triste queja de amarga nostalgía
el mugido de un toro la campiña traspasa.

Al frente de su iglesia su santidad pasea,
el pastor de mil almas, el Cura de la Aldea
que lee en latín las hojas de un mugriento breviario

y sólo lo interrumpe a veces el antojo
de mirar santamente con «el rabo del ojo»,
las piernas de una chica que va para el rosario.

EL HIJO Y LA MADRE

—Quién me llama en la sombra, cuando duermo, Dios mío,
y con suaves caricias mis ensueños provoca?
—Soy un poco de tu alma que se muere de frío
sin el cálido aliento que despide tu boca.

Y en la brisa traviesa que se agita en la sombra,
quién tan quedo me llama, quién tan suave me nombra?
—Pero no me conoces? si mi íntima esencia
sólo es forma intangible de tu misma existencia.

—No te veo y te anhelo, dime pronto quién eres,
porque a veces te escucho y en ensueños te siento,
ignorándote te amo sobre todos los seres;
alma mía, eres sombra, eres brisa, eres viento...?

—Cómo es eso: me ignoras y en tu vida he vivido:
entre todos tus sueños el más dulce yo he sido.
Cuando amor en tu alma dulcemente nacía,
me escuchaste mis manos palmotear de alegría?

Pero no me recuerdas? Muchas noches de aquellas
en que nada dormías, no soñabas conmigo?
Soy tu hijo, que vaga todavía en las estrellas
y solloza en la noche por venirse contigo.



Rafael Estrada

PARA MUCHOS...

Para muchos la ausencia es dolor y es olvido;
para mí la ausencia ha sido
fuente de convicción, ala de mi ilusión.

No encuentro compañía que valga lo que vale,
ni amor que le compita ni mujer que le iguale:
nada como ella encuentro.

Y esto me ha valido
contra todo dolor, y contra el olvido;
he de quererla siempre,
siempre; pues (ni igual—menos mejor—)
nada como ella encuentro
para mi corazón.

Mi soledad me hace esperarla;
mi dolor, bendecirla;
recordarla siempre, mi amor.

YO NO SÉ...

Yo no sé por qué a veces
me pongo triste.
Me he asomado un momento
para ver la tarde:
el agua de la lluvia caía lentamente,
y allá lejos el sol encendía las nubes
tras los montes lejanos y azules;
ha pasado un carruaje;
ha pasado una niña;

ha pasado una vieja que llevaba un pañuelo
sobre la blanca testa;
se ha oído a lo lejos el pitazo del tren.

Y yo he visto la tarde,
y he visto la lluvia,
y mis ojos han visto las miradas ardientes
de la niña que pasa,
y la figura escuálida de la vieja harapienta.
Y mi alma desde adentro
se ha puesto triste,
y mi pecho se ha turbado
y me ha puesto a sollozar, y a suspirar,
amargamente.

DEBES SER, OH ALMA...

Debes ser, oh alma, como esta luna
que asciende tan serena;
hay ojos que la miran,
y hay ojos que la ignoran;
la luna, sin embargo, se abre campo
por entre las malezas
de las nubes que argenta,
y una vez desprendida en el espacio
raya las negras sombras
y se calca en la tierra,
coronada de estrellas.

Debes ser, oh alma, como esta luna
que asciende tan serena,
sin saber si la miran,
sin saber si la ignoran.

Si esta noche, sobre este rincón de la tierra
hubiera dejado el invierno
prendido un andrajo,
la luna brillaría tras las sombras,
como esta noche brilla,
obediente a su Ley, únicamente.

Oh alma! Debes ser como esta luna
que asciende tan serena.

Rubén Iglesias

Bibliografía:
Poesía: *Album*, 1922.

JUNTO AL MAR

I.—Tierra caliente.—Al doblar una curva, en que el tren culebrea bajo las montañas, el paisaje cambia de improviso: la cordillera pierde sus gestos soberbios, y a los peñascos desolados suceden las colinas llenas de bosquecillos y palmeras. A la sombra de los árboles, el ganado mira pasar el convoy con mirada mansa y dulce. El aire es ahora tibio y salino; en un estero cercano a la vía, una bandada de garzas refleja su blancura sobre las aguas muertas. Y allá, a lo lejos, brilla ya el mar...

II.—La tarde.—En el horizonte lejano, allá en occidente, el oro del cielo y el oro del agua son una sola mancha que cabrillea, cada vez más oscura, cortada a trechos por las siluetas de las embarcaciones. Las gaviotas ponen fugitivos puntos de sombra sobre los últimos celajes. Los ruídos cesan. Las luces y las estrellas se encienden; una canción popular viene en la brisa tibia, que mece las palmeras y juega con tus cabellos. Hay un encanto apacible en el ambiente, y una melancolía, ténue como un velo, en mi alma. Evoco otras horas distintas, en que pasé a tu lado ignorando tu presencia, y quedo silencioso, con un silencio en que me reprocho no haberte entonces conocido... En qué piensas? me dices, y yo miro tus ojos, que reflejan la lejanía borrosa de otro horizonte azul, y te contesto lentamente: en ti!

Y en nuestras almas, esta palabra es como una canción...

III.—La noche.—Junto al mar, infinito ante nuestra mirada como lo eterno, sentimos más nuestra pequeñez de gusanos: gusanos que pueden, sinembargo, en alas de su fantasía subir hasta las estrellas...

Y esta noche, el ruído de las olas despierta en nuestro sér un eco indefinido, que nos envuelve con su sugestión extraña, y así hemos permanecido largo rato viendo en silencio deshacerse en la

arena los encajes de la espuma. Después, nuestras miradas se encuentran, y prolongan en su brillo vagos horizontes de ensueño... Me he sentido dulce y bueno, tal vez porque a tu lado todo se baña en el aura de tu bondad.

Bajo el esplendor de las constelaciones, ha pasado una barca, que alza sus velas al soplo del viento como una ave que abre las alas; involuntariamente, hemos pensado en la ausencia que tal vez mañana separará nuestros corazones, y entonces he sabido que a veces, en un solo instante de ventura podemos vivir con una intensidad que nos hace, olvidados de todo, sumirnos en nosotros mismos, y ser como las estrellas que, reflejadas en el cristal de las aguas, siguen empero en lo azul, parpadeando en lo infinito...

EL DANUBIO AZUL

Oíd el Danubio Azul, el vals que la abuelita
gusta también de oir, porque la resucita
todas las cosas de su vieja historia,
que se van borrando hasta de su memoria...

Oíd el Danubio Azul... Los ojos de abuelita
se han humedecido... No llores, viejecita,
pensando en aquellos que ya se fueron
y oyendo este vals amaron y rieron...

Mira en tus nietos tu historia florecida:
ellos también hoy aman, y sueñan con la vida,
todo ruborosos bajo el dulce amparo
de tus ojos grises de mirar tan claro...

Oíd el Danubio Azul... El vals que la abuelita
gusta también de oir, porque la resucita
todas las cosas de su vieja historia
que se van borrando hasta de su memoria...

Y en sus ojos grises, que se han entornado,
todos sus dolores se han cristalizado
los hondos dolores de su alma sencilla
en una lágrima que temblorosa brilla
entre sus pestañas, tal como si fuera
una gota de agua en una enredadera...

Napoleón Pacheco

BIBLIOGRAFÍA:
Prosa: *Meditaciones*, 1918.
Ensayo sobre el Poeta, 1919.
Personalidad literaria de V. García Calderón, 1921.

TRIPTICO

FUERZA TUMULTUOSA

I.—¡Fuerza tumultuosa!

¡Fuerza de la semilla, del gérmen!

¡Sagrada fecundidad del Universo! ¡Oh magnífica santidad de las fuerzas germinativas!

Sobre los montes y los campos y los mares, ¡oh maravilla! se desata bárbaro y salvaje, el poder de la conservación!

Sobre los montes y los campos y los mares, sobre todas las cosas, hiende la vida la fuerza del espíritu.

Fiestas de la carne,

Abrazos de Dionisio,

Tardes de Argos, de Arcadia,

Noches de Grecia,

Estrellas sobre los arenales de la Tebaida, sobre las chozas de los ermitaños,

Profundidades del océano, a quienes nunca estrechó el viento cargado de esporas, ¿cómo será la germinación en vuestro seno?

II.—¡Fuego! ¡Fuego!

Y sobre los campos alumbra la tea;

Y sobre los montes no queda ni un tronco;

Brasas gigantescas de robles añosos, ramas que crugen, deshechas al viento...

Y sobre el mar, ni una ave; sólo la chimenea del tras-atlántico y el canto del bravo capitán:

El último canto de la vida sobre el mar *(La Marsellaise* o *Good save the Queen?)*;

El canto del buen capitán,

Cómo estremece las ondas...

Desaparece el tras-atlántico y un torbellino de aguas saladas, de aguas inquietas,
Ahoga el canto del buen capitán.
Las cosas reposan,
Las cosas duermen y aguardan el retorno.
¡Oh el retorno de la esperanza!
¡Oh el sagrado retorno de las germinaciones!

III.—¿Quién repobló los campos, los montes, los mares?
¡Oh las semillas, los árboles, los marinos!...
Ha vuelto la vida sobre el mundo;
Ha vuelto el dolor a las cosas,
Y en el ardor de los soles entroncan sus formas y enlazan sus almas.

DIOS HA MUERTO...

Traigo una nueva para los hombres;
Traigo una nueva para los tiempos.
Oh! si vieran mi espíritu,
Si sintieran mi corazón,
Cómo descifrarían la vida,
Cómo encontrarían el mensaje que dulcemente guardo en mi interior.
Soy el poeta de las grandes concepciones;
Soy el sacerdote, el profeta de la nueva que trae para los hombres, para los tiempos.
Pronto desaparecerá el pensamiento,
¡Oh buenos hombres, mis buenos compañeros!
¿Y qué nos quedará?
Preparaos para transformar vuestro espíritu, para sentir de cerca todos los seres.
¿Véis las herramientas con que la democracia labra su vida?
¿Véis el mundo, sumido en la sangre, en el horror, en la miseria?
Todo está preparado para que el poeta os revele la gran nueva.
Hombres, qué haríais sin poetas, sin religiones, sin pensamiento, sin Dios?
Y ahora nada de esto tenéis.
Oh! escuchad al poeta que aún duda en daros la buena nueva.

* * *

Nada os sobra en la vida:
Ni la juventud, ni el talento, ni la inspiración.
Oh! mis compañeros, mis buenos compañeros,
congregaos en las plazas, en las calles, en los parques,
Buscad por todas partes la vida;
Con las herramientas, con las simientes, con la voluntad.

Preparaos a recibir el aliento de una buena nueva.
Oh! hermanos, Dios ha muerto...
¿Aún no os estremecéis con esta nueva?

***

Dios ha muerto...
Buenos hermanos, hombres de mi siglo,
No tenemos Dios, estamos sin ley divina, y, sin embargo, el Universo vive.
¿Será posible, ¡oh mis grandes amigos! continuar viviendo sin Dios, sin ley divina?

***

¡Cómo será el Dios del futuro,
Mis camaradas!
El Dios que aún no hemos imaginado,
El Dios de Nuestros hijos, de nuestros hermanos.

SAGRADA PRESENCIA

¡Yo y mis iguales no convencemos con argumentos, con comparaciones, ni con estrofas rimadas:
Convencemos con nuestra presencia!
WALT WHITMAN.
(Canto de la vía pública)

...Yo también os he escuchado,
Dulces cantos de la vida:
En el corazón de las mujeres, en el llanto de los niños, en la risa de los hombres.
Yo también os he visto,
Paisajes misteriosos de la vida:
En las azules ondas del mar, en las asperezas de la montaña, en el aglomeramiento de las ciudades.
Yo también os he sentido,
Místicos obreros de la vida:
En el silencio de las capillas, en el fondo de los ríos, en lo íntimo de las casas abandonadas:
Yo también os he amado,
Terribles ideas de la vida:
En mi talento, en mi alma, en mi espíritu!
Loca danza de todo lo que vive,
Loca danza de hombres, de cosas e ideas,
Aquí estoy para que os recojáis en mi interior;
No en mis palabras, ni en mis estrofas, ni en mis libros,
Sino en mis nervios, en mi sangre,
En mi sagrada presencia!

Teodoro Picado M.

BIBLIOGRAFÍA:
Antecedentes de la Guerra Nacional, 1922.

ANTECEDENTES DE LA GUERRA NACIONAL

Apuntes para nuestra Historia Diplomática

(Fragmento)

Señores miembros de la Junta Directiva del Colegio de Abogados:

En el trabajo que voy a tener el gusto de leer, me he propuesto hacer algunos apuntes relativos a la gestión diplomática que precedió y determinó la Guerra Nacional. Fué esa la crisis más grave de nuestra vida independiente y el conocimiento de las circunstancias en que se generó constituye un importante capítulo de nuestras relaciones con los demás estados centroamericanos, con los Estados Unidos y con algunas naciones europeas. Fué además nuestra política internacional de ese tiempo una excepción al huraño aislamiento que mantiene Costa Rica casi desde sus primeros días. Fué una excepción llena de grandeza, y los hombres que mantuvieron sus resoluciones en el campo de batalla y los que las mantuvieron en nuestras relaciones diplomáticas fueron también, en verdad, hombres excepcionales.

Efectivamente, a pesar de que el presidente Mora expulsó a varios ciudadanos poco después de haber iniciado su período y disolvió el Congreso en 1852, Costa Rica se desenvolvía en medio de la paz y con admirable prosperidad. Pero conforme avanza el año 55, se nota en nuestra política una orientación cada vez más acentuada hacia el estrechamiento de relaciones con las demás repúblicas de Centro América y un deseo cada vez más vehemente de intervenir en los asuntos muy malos de Nicaragua. Sobre el edén costarricense, como sobre todos los edenes, asomaba el peligro. La amenaza no era todavía Walker; era el llamado coronel Kinney. Era este aventurero natural de Tejas, donde había ejercido el comercio y, según parece, otras actividades menos inocentes.

En 1852 adquirió una concesión que el rey mosco Roberto Carlos Federico había otorgado a los súbditos ingleses Shepherd, Rennick y Haly en 1825 y pretendió explotarla organizando con mucha tenacidad una compañía destinada a colonizar la costa de Mosquitia, que al menos dentro de las pretensiones inglesas y moscas, comprendía una faja enorme que empezaba en el cabo Gracias a Dios y concluía en la Bahía del Almirante. Durante la primera mitad del siglo pasado, la influencia inglesa era notable en Centro América, y se ejercía directamente en casi toda la costa atlántica, pues la Gran Bretaña, dueña de Belize, pretendía además la propiedad de las islas de la Bahía de Honduras y, protegiendo la risible soberanía de los reyes moscos extendía sus pretensiones ya no sólo sobre las costas de Nicaragua sino también sobre las nuestras, con insistencia que estuvo a punto de provocar un conflicto armado durante la administración de don Braulio Carrillo. Pero aparte de eso, no eran pocos los centroamericanos que deseaban la intervención británica en nuestros asuntos y, en efecto, la solicitó el gobierno de Nicaragua en las postrimerías de 1839; en connivencia con el de Guatemala, impotentes ambos para derrocar a Morazán de la presidencia de El Salvador. En Costa Rica el ex-presidente de El Ecuador, don Juan J. Flores, hombre de influencia en el primer gobierno del Dr. Castro, no ocultaba su apego a la causa británica.

Pero el crecimiento de los Estados Unidos, debido a la inmigración y a su enorme ensanche agrícola e industrial, iba a limitar mucho la esfera de acción de Inglaterra, hasta anularla con el tiempo.

Eso explica que en 1848 pudieran los Estados Unidos oponerse tan vigorosamente a la ocupación de San Juan del Norte por los ingleses y los moscos, y que, agriadas las relaciones entre ambas potencias, hubieran de suscribir el tratado Clayton-Bulwer en 1850, por cuya más importante cláusula se comprometían los Estados Unidos y la Gran Bretaña a no tener nunca exclusivo dominio sobre el canal de Nicaragua, a no erigir fortalezas que lo dominasen, a no ocupar, ni fortificar ni colonizar, ni ejercer dominio alguno sobre Nicaragua, Costa Rica, la costa de Mosquitia, ni tampoco a prestar o dispensar alianza, protección o influencia a ningún estado o pueblo centroamericano. Sobre el tratado Clayton-Bulwer, que rigió fase importante de nuestra vida internacional durante medio siglo manteniendo una especie de neutralización que hoy, idas las cargas de un lado, sería muy difícil renovar, hay una copiosa literatura contradictoria, pues como decía Mr. Blaine, «Sin entenderlo se convino él; fué apenas comprendido; se le interpretó contradictoriamente, y fué causa de desagrado para ambos». Los Estados Unidos, sin embargo, al concluirlo fincaron en él numerosas esperanzas porque relativamente faltos de poder para realizar el canal de Nicaragua y muy necesitados de él para establecer comunicaciones fáciles entre los estados

del Atlántico y los del Pacífico, bullentes de actividad estos últimos con motivo de los descubrimientos de las minas en California y la colonización del Oregón, creyeron realizarlo con el auxilio inglés. Sea como fuere se destaca la trascendencia que tenía para las dos potencias la posesión de Nicaragua o la de territorios adyacentes a la proyectada vía canalera. Para Inglaterra y para los Estados Unidos era una cuestión de interés político y económico importantísimo, porque la preeminencia de una u otra significaba la ruptura del equilibrio creado por el tratado Clayton-Bulwer; pero para Centro América era una cuestión vital, de soberanía, de existencia.

La empresa de Kinney realizaba precisamente una curiosa alianza: aprovechaba las pretensiones territoriales inglesas poniéndolas al servicio de intereses norteamericanos y tenía por lo mismo, para Centro América, un doble peligro que nuestra cancillería previó y combatió con diligencia y energía. Refiere Walker que Kinney estaba muy envalentonado porque creía tener influencia en la administración de Mr. Pierce, valiéndose de sus relaciones con Sidney Webster, secretario particular de ese mandatario. Lo cierto es que nuestra cancillería, frente a los designios de Kinney y a los de Walker después, trató de realizar y realizó tres difíciles campañas: falta de recursos y de influencia en los Estados Unidos, consiguió aliar a los suyos poderosos intereses norteamericanos; buscó el auxilio de Inglaterra y Francia haciéndoles ver el peligro que para su política significaba el predominio exclusivo de los Estados Unidos en la zona canalera: buscó la ayuda de los pueblos hermanos del Continente y consiguió realizar la cooperación de todos los estados centroamericanos; empresa ésta la más penosa y ardua, porque habían de ser conciliados múltiples y contradictorios intereses lugareños, carlanca siempre pesada para sujetar las ideas grandes, en que aquellos, por reflexión de su propia pequeñez, no ven sino asechanzas, emboscadas y pérfidos móviles.

Leer nuestra correspondencia diplomática de aquellos tiempos dificultosos es lección gratísima por el patriotismo y decisión que revela, y lo único que disminuye el singular deleite espiritual que produce su conocimiento, es pensar que no hemos hecho por la memoria de quienes fueron abnegados defensores de la soberanía centroamericana en el campo diplomático, todo lo que su extraordinaria labor merece. Afortunadamente el olvido ni a ellos ni a nadie le quita méritos.

Nuestro representante en Washington era don Felipe Molina y, a su muerte, acaecida a principios del año 55, le sustituyó su hermano don Luis. Eran hijos del prócer guatemalteco don Pedro Molina. Don Felipe es el autor de «Bosquejo de la República de Costa Rica», país donde había ejercido su profesión de abogado con bastante éxito. Fué luego uno de nuestros primeros diplomáticos; en 1850

consiguió de la Santa Sede la erección del Obispado. Encontrándose en Wáshington se le unió don Luis, a quien los demócratas habían extrañado de Nicaragua. A don Luis le tocó llevar lo más pesado de la campaña, porque fué representante de un país débil; tenía de su lado al Derecho, pero no contaba con el prestigio de la fuerza o de la riqueza y en cambio sus enemigos eran grandes y poderosos.

Tanto don Felipe como don Luis, en asocio de don José de Marcoleta, representante de Nicaragua, trataron de impedir la partida de Kinney, quien si bien gozaba de las simpatías del bando esclavista, menos intensas, sin embargo, para él que para Walker, encontró notable oposición en la Compañía del Tránsito cuyos intereses iba a perjudicar, ocupando San Juan del Norte.

Uno de los directores de la Compañía, Mr. Joseph White, coadyuvaba con los mencionados diplomáticos, desplegando una actividad muy eficaz. Era Mr. White el tipo acabado de esos abogados norteamericanos audaces y empresarios, que colaboran al lado del capital prestándole el indispensable apoyo de sus conocimientos y de sus habilidades: en 1849 gestionó con el gobierno de Nicaragua un contrato para la realización de un canal interoceánico, y en 1852 otro a favor de la Compañía Accesoria del Tránsito, presidida así como la que debía realizar la anterior empresa por Cornelius Vanderbilt, con el más hacedero propósito de establecer un servicio de transporte de San Juan del Norte a San Juan del Sur, usando las aguas del río y del gran Lago, atravesando el istmo de Rivas y con el objeto aparente de facilitar la construcción de la vía canalera. Nuestros países tienen gobiernos misérrimos, pero en cambio las más compañías extranjeras que en ellos se radican son poderosas y poseen recursos que no guardan proporción con los de los estados bajo cuyas leyes se desenvuelven y prosperan. La del Tránsito era de esas y su auxilio no despreciable, si se atiende a los múltiples entronques financieros y políticos que en los mismos Estados Unidos la hacían prominente.

Los adversarios de Kinney trataban de frustrar la salida de la expedión haciéndola caer bajo las leyes de neutralidad, que son como es sabido de una perfección que justamente enorgullece a la Gran República. Era necesario probar que la expedición era ilegal y eso lo consiguieron con la declaración de un tal capitán O'Brien, reclutador de colonos y lugarteniente de Kinney, quien aportó una comunicación firmada por éste, con fecha 27 de marzo, en que le ordena la salida de doscientos hombres dándole además un puesto en el futuro gobierno de Centro América. El tal O'Brien declaró además que Kinney se iba a apoderar de los vapores y propiedades de la Compañía del Tránsito. Ante tales pruebas el Gran Jurado de Filadelfia dictó unánimemente a mediados de mayo auto de prisión contra el aventurero, que consiguió pocos días después su libertad

bajo fianza y obtuvo que se pospusiera el conocimiento de la acusación establecida en su perjuicio para fines de julio. Lo que iba a hacer en intertanto no hay para qué decirlo. Marcoleta recurrió a la acción directa del Gobierno, pero éste contestó que su intervención no procedía por estar el caso pendiente en los tribunales. Sin embargo, en compañía de Mr. White, reanudó sus gestiones basado en una ley de 1818, registrada por el district attorney Mister Mc. Keon que autorizaba al Poder Ejecutivo a obrar bajo su propia responsabilidad en caso de urgencia, y como fuera de la razón legal pusieron de por medio la conveniencia de amparar a la Compañía del Tránsito, cuyo concurso y el de sus directores deseaba asegurarse el gobierno de Mr. Pierce, en vista de la campaña reeleccionaria que deseaba intentar, logró que el 28 de mayo se expidiesen las órdenes necesarias para venderle la salida a la expedición. El señor Marcoleta se alardeaba extraordinariamente de este triunfo que creía por lo visto de grandes consecuencias, pero no pudo impedir que Kinney y diez y nueve se hiciesen a la mar en la goleta «Emma» y llegasen a San Juan del Norte no sin haber naufragado antes frente a las islas del Turco. Kinney se tituló gobernador y aun editó un periódico oficial, pero empresa iniciada con tan malos augurios no tardó en decaer, entre otros motivos por la deserción de los colonos.

Marcoleta, despechado, solicitó del gobierno norteamericano el envío de un barco de guerra para efectuar la captura de los expedicionarios, pero le contestó el secretario de estado, Mr. Narcy, que las funciones de su gobierno se reducían a impedir la salida de las expediciones, pero que no podían extenderse a proveer a la defensa de las costas de Nicaragua. Solicitud con igual fin hizo al ministro inglés, pero fué también desechada. En Costa Rica y Nicaragua los gobiernos protestaron del modo mas enérgico contra la expedición: por decreto de 1.° de junio esta última república, que además llamó a las armas a los ciudadanos.

Pero ya por este tiempo una expedición de mucha más importancia, por la audacia y talento de su jefe, por la extensión de sus propósitos, por las simpatías que despertó en gran parte de la opinión norteamericana y sobre todo por las circunstancias en que se formó y desenvolvió, preocupaba a los patriotas del Istmo: era la de William Walker.

Corina Rodríguez

RITMO

El mar... el manglar... la luz rosada... Tú... Quietud vespertina que evoca el silencio augusto de los templos solitarios que iluminan las lámparas votivas.

En la frágil arena escribe el sol su poema dorado y al caminar delante de ti va echando el oro a tus pies.

Las lanchas de los pescadores dejan una estela que ritma con la belleza de la estrella blanca en el fondo rosado de los cielos.

¿Es la luz, es el mar, es la hora o eres Tú? Algo hay que ha dado mi nota y mi alma se ha puesto a cantar.

Cantan también la estrella, ahora azul, el mar fosforescente, las arenas frágiles y el manglar.

Tú estás en todo lo que yo amo y por eso todo se ha puesto a cantar...

EL BUZÓN

Siempre en la esquina, vestido de verde, indiferente e inmóvil, como un fakir de la India.

Aunque el dolor lo consuma, o la piedad lo enternezca, su gesto es siempre el mismo, nunca cambia.

A él voy todos los días con un gran cariño, con una gran tristeza, con una terrible inquietud, o con mi carga de ensueños.

Ni siquiera me mira, recibe mi carta y cierra sus labios marchitos y sabios, y después, el chasquido, el grito, el murmullo, el golpe seco o el ¡ay! me dicen lo que siente el buzón.

¡Ah! ¡él sabe que hay manos de manos! El conoce las cartas escritas por las manos de la novia, por las manos del trabajador, del poeta, de los buenos y de los malos.

Hay manos que al tocarlo lo queman y manos que lo acarician, como hay cartas que queman y cartas que acarician.

Por el buzón pasan todos los días mensajes de amor, de angustia y de esperanza.

En su corazón hay ansias infinitas, se devoran odios, se encienden pasiones, se agitan la vida y la muerte y él permanece siempre impasible.

Dichoso que ha visto lo mejor y lo peor de la vida, que la conoce ampliamente, que ha sentido el fuego de las manos apasionadas y el milagro de las manos buenas!

¡Feliz porque lleva por dentro la pena o el goce, sin que su gesto se altere, ni la marcha de las cosas se interrumpa!

AZALIAS BLANCAS

En el jardín del teatro hay dos matas de azalia blanca. Dos criaturas humildes que ostentan una profusión de flores, que por tener todas las tonalidades ritman con mis caprichos.

La luz casi no puede pasar por entre las hojas y las flores al aprisionarla se sonrojan; se tiñen de color violeta o azulado; se estremecen cubriendo con sus pétalos de seda las moneditas de oro del sol, que danzan bajo la tupida red de hojas verdes.

Todos los días al pasar las miro y me siento tan contenta como cuando veo correr el agua o paladeo con los ojos la llanura verde. Tienen el don de revelar el aspecto más hondo de la vida, la serenidad. Al trasplantarlas a mi espíritu se han centuplicado, y ahora las llevo para dejarlas en todos los corazones donde mi espíritu penetre, para apagar la vehemencia de los que amo, para no maltratar más y para poner en todas las cosas la nota blanca que las criaturas humildes me enseñaron a escuchar en el jardín del teatro.

San Ramón, Costa Rica.

Alfredo Saborío

UN DRAMA EN LAS SELVAS DEL GUANACASTE

El bosque tenía aquella hermosa tarde de diciembre todos los hechizos capaces de contener la magia de los tiempos y el encanto de las horas en que las hadas vagaban a caza de ensueños por entre los tonos verde-oscuros de la fronda. Por entre los claros que dejaban los cedros milenarios, llenos de parásitos y por entre los bejucos que formaban caprichosas figuras al abrazar los añosos troncos; por entre las lianas y los robles al separarse de las ramas, con la brisa fresca del atardecer, la luz del sol muriente se transformaba en un haz de resplandores opalinos que ponían al paisaje un velo de poética quietud. La frondosa flora tropical representada en aquel artístico rincón del Guanacaste por infinidad de especies, vestía en esa hora de ensueño un traje resplandeciente que elevaba el espíritu para transformarlo perfeccionándolo con su euritmia y su ática belleza. Paz, la eterna paz que brindan los rincones llenos de poesía de la naturaleza, se respiraba en aquel retiro aromado por las hojas tiernas de los árboles, por los canelos en flor y las largas vainas del carao. Allí no se conocía del bullicio, ni de la fiebre de las ciudades, ni del enervamiento de los placeres que consumen la vida; allí las aves «con su canto no aprendido» daban satisfacción y alegría al oído y llevaban al alma sensación de plácido existir; todo allí como fuentes de aguas vivas hacía admirar las horas presentes sin despertar añoranzas tristes ni abrir el velo gris del porvenir; todo allí hacía recordar estas frases de oro puro: «Héroe, levántate y lucha! No confíes sólo en el porvenir, por agradable y risueño que te parezca. Que el pasado fenecido entierre su muerte. Moveos, moveos en el presente. Elevad los corazones y que Dios os guíe». Dulce paz y don preciado que el Supremo Artífice, Señor del Universo, ha dado al hombre para que viva horas de dicha en su quieta y feliz contemplación! Jamás soñada felicidad para quien no conoce sus encantos e ignora sus atractivos! Es la embriaguez del espíritu por la poesía vivida la que se siente entre las selvas, entre aquellos bosques capaces de contener la magia de los tiempos y el encanto de las horas

en que las hadas vagaban a caza de ensueños por entre los tonos verde-oscuros de la fronda...

***

Al lado de un arroyuelo, todo belleza por sus flancos con helechos y acacias y por el rielar sonoro de sus aguas, se levantaba una casucha construída toscamente con rollizos palos. El techo del *rancho* era de hojas de palmeras colocadas en espesos haces, de modo que las aguas de la lluvia pudiesen rielar fácilmente sin penetrar al interior de la rústica habitación. Al frente de la singular casona se había construido una empalizada, que servía de corral para ordeñar las vacas y para encerrar las bestias del servicio. Era la vivienda ésta, digna morada de una familia nacida en el litoral, y presentaba el aspecto de esas chozas primitivas que dieron abrigo a nuestros aborígenes en tiempos de la conquista. Todavía existen muchas de estas construcciones en el Guanacaste y son curiosas por la sencillez con que se levantan y por el aspecto de originalidad que muestran, tanto en sus paredes maestras cruzadas de varillas, como en su techo cónico, semejando el todo, un inmenso cucurucho o sombrero puntiagudo con puertas y ventanas para dar paso y luz a sus moradores.

A la hora en que hacemos esta descripción, un hilillo de humo salía por la parte superior del techo y, temblando a las caricias de la brisa que soplaba, se desvanecía en las nubes. Millares de guacamayos en los palos de *tucuico* y *papaturro* ponían un ruido infernal, que era aumentado por las bandadas de pericos que pasaban de Sur a Norte, haciendo una algarabía y estruendo capaces de llenar de asombro a quien por primera vez se internase en aquellas inmensas y solitarias selvas de la feraz provincia de «los soles de fuego y llanuras inmensas», como la ha llamado un escritor nacional.

***

El *Chiricano* fumaba cómodamente instalado en un *chinchorro* o hamaca hecha de tela; su cara presentaba el aspecto del hombre que ha envejecido prematuramente a causa de los vicios: cruzada de arrugas y llena de las pústulas de la viruela, que lo mismo afean una belleza venusina, que el rostro seco de un campesino, acusaba su inclinación desmedida por el alcohol; carrillos flojos y mirada débil, falta de firmeza; las ojeras abultadas y en las manos y pies un lijero temblor, signos eran, inequívocos, del hombre alcoholizado y disipado desde temprana edad. Este era el jefe de aquella familia o grupo humano que se componía de la esposa, alta y flaca como una palmera que ha perdido su lozanía, y una chiquilla sucia y llena de harapos, consumida por la anemia, cuajado su cuerpo de carde-

nales y llagas porque era tierna mártir de quien había perdido todo amor paternal o nunca le había tenido.

Allí, perdido en aquellas agrestes soledades, vivía este conjunto de hombres, si tal cabe llamarlo, y día a día conmovedores dramas, en los que siempre era triste víctima Maricucha, la anémica chiquilla, se desarrollaban al claror de la luna o al agonizar de los días después del regreso del *Chiricano,* que llegaba borracho de los pueblos vecinos.

Triste estado el de aquellos seres que vivían torturados allí donde bien pudieron hallar paz y felicidad. Allí, solos, lejos del bullicio de la ciudad, donde se ignoraba de sus fiebres, del enervamiento de los placeres que consumen la vida... Cuán cierto es que con el hombre marchan las penas y dolores y le siguen aún se halle en medio de dulces atractivos o en la paz agreste de los bosques; aún viva en lugares de delicias y placeres, o more en la quietud divina de los campos, «huyendo del mundanal ruindo»!

Ña Manuela se moría... la calentura se iba llevando poco a poco sus torturadas carnes y ya no quedaba más que una débil armazón de huesos; había sufrido mucho por su Maricucha, a quien veía azotar diariamente por el *Chiricano.* Cuántas veces ella había tratado de poner fin al martirio del anémico angelillo! Pero había sido imposible: siempre también era maltratada con brutales empellones del su hombre! Qué hacer? Oh Dios! Todo era en vano... mas los ojos de ña Manuela brillaban con resplandor siniestro. Sí, ella pondría fin al martirio: una determinación suprema se leía en sus ojos... sí, aquella noche... y la histérica reía presa de exacerbantes paroxismos... Llevaría a su angelillo para darlo a la Virgen de la Montaña... y luego, luego... sólo Dios sabría lo sucedido...

***

La noche toda sombras se echaba encima de los árboles e invadía los lugares más recónditos del bosque; llegaba silenciosa sin esquilas ni oraciones que anunciaran su lento pero inevitable arribo; llegaba la noche prendiendo en el dombo inmenso de los cielos multitud de puntos argentados y haciendo gritar a los animaluchos de la selva virgen; a las ranas en los fangales de la hondonada; a las lechuzas entre los riscos y a los *congos,* que en las ramas ponían un bullicio atronador, semejando todo este ruidal el fantástico himeneo del Dios de las selvas y de las llanuras, la apoteosis de las hadas que vagan a caza de ensueños por entre los tonos verde-oscuros de la fronda. La noche toda sombras se echaba encima de la selva. Un viento huracanado comenzó a soplar del lado por donde el carro de Faetón se oculta en su carrera eterna. Miles de nubes tempestuosas invadían la bóveda del cielo, y cuando la esposa de

Titón comenzó a mostrar su opalina faz por entre dos altísimos egidos, ya las ramas con sus hojas desprendidas no esperaron quietas el baño de Selenia, sino que se doblaban como locas al compás creciente de los vientos...

«Noto, Austro, Boreas, Aquilón querían
arruinar la máquina del mundo.
Negra noche horrorosa se extendía
a los cielos do el polo todo ardía!»

El relámpago alumbraba por instantes la espesura y rugía el trueno entre las nubes, cual bramido de algún monstruo torturado y oculto en las alturas siderales. El bosque todo se estremecía al estruendo de los árboles derribados por el huracán, y el arroyuelo fué inmensa catarata que se desbordaba amenazando tragarse todo el orbe. La casucha, batida por el vendabal, apenas si por un milagro permanecía en pie; ya las palmas de su techo habían volado lejos y eran arrastradas por la corriente del arroyo.

Un relámpago más intenso que los otros dejó ver dos bultos negros que salían del *rancho* y corrían veloces por la espesura... Nada más se vió... pero quien a caza de impresiones hubiere estado, habría podido escuchar que entre el ramaje monologaban: «a la Virgen, a la Vigen de la Montaña», y luego una larga carcajada que salía de los rincones de la selva, haciendo más siniestro y lúgubre el instante... Luchar titánico de los elementos y reir de histéricas!..

«Negra noche horrorosa se extendia
a los cielos do el polo todo ardía!»

***

Al día siguiente todo se volvió a su calma habitual, y era mañana de sol. Sin embargo, se notaban los estragos que la tempestad había causado por todo el litoral. Casuchas derruídas, cuyos techos habían sido arrancados y llevados en alas del huracán sabe Dios a qué abismos o barrancos, árboles desarraigados y sin hojas; algunos ganados muertos por el rayo o por los golpes de las ramas desprendidas al embate de los vientos, y cien mil estragos más, triste recuerdo de una noche tempestuosa entre las selvas... y era mañana de sol.

Don Juan Manuel salió aquel día de su finca a inspeccionar los alrededores. Caballero en brioso alazán con sobrero de anchas alas, era nuestro hombre tipo exacto de quien está habituado a los rudos trabajos del campo, y de quien no conoce la malicia tan propia de los hombres que con hombres establecen relaciones. En las faenas diarias de su finca había formado su espíritu, entre las cosas, cuya continua compañía elevaba su corazón purificándolo y no dejando cabida a otros sentimientos que los del honor y la bondad. Semejante a esos hidalgos de antaño, cuya divisa era su Patria, su honor y su

dama, caminaba hogaño don Juan Manuel por esos campos de Dios, con la su alma toda belleza y bondad, dando órdenes que cumplidas eran, para el buen manejo de la hacienda y la prosperidad de sus campos. Caballero en brioso alazán, don Juan Manuel salvaba riscos y cruzaba arroyos, inspeccionando los estragos de la terrible noche pasada; allí de un caballo muerto por la brusca caída de un árbol; más acá una vaca con la tierna cría mal herida y lisiada, que bramaba tristemente; don Juan Manuel desmontaba solícito, cual un buen padre de familia, y vendaba cuidadosamente las heridas de los brutos para proseguir luego su camino, salvando riscos y cruzando arroyos.

De pronto, por entre el follaje de un oscuro rincón de la selva, le pareció oír un gemido humano... Soñaba acaso? Su imaginación impresionable le arrebataba de la realidad para llevarle a mundos de ilusión? Era presa de ensueños? No, él había escuchado claramente el grito triste; venía de allí, de entre el ramaje espeso. Desmontó don Juan Manuel prestamente y hacia el sitio oscuro del boscaje fuese con su corazón lleno de ansiedad, temiendo una desgracia o descubrir algún estrago, más espantoso aún que los por él mismo apreciados ya entre la selva... Corrió veloz cortando ramas con su *cutacha* de bien templado acero, y en mitad de su carrera, por segunda vez, con más intensidad, oyó el gemido que le perturbara enantes. Entonces pudo de mejor manera orientarse, y, no para narrar con pluma humana fué el doloroso y trágico cuadro que se presentó a sus asombrados ojos: una anémica, sucia y harapienta chiquilla buscaba abrigo entre las ramas y se retorcía de dolor por los piquetes cáusticos de infinidad de hormigas enormes, que hacían su yantar sabroso con las carnes tiernas y desangradas de la triste víctima del *Chiricano;* porque era Maricucha la que allí estaba con los ojos muy abiertos y secos a fuerza de llorar; llena de llagas, entre un nidal de ortigas, no parecía criatura sino montón de podridas carnes que llevábanse a pedazos las hormigas... y era Maricucha la que allí estaba con sus ojos muy abiertos y secos a fuerza de llorar...

Don Juan Manuel sintió partido el corazón al contemplar cuadro de tristeza tal, y llena su alma de piedad, llevada por los más nobles sentimientos hubo de sufrir y de padecer. Cómo ser humano de tan tierna edad, resistir pudo aquella noche en que las desencadenadas Furias vagaban asolando el litoral? Era cierto y real el cuadro que sus ojos veían? Piadoso, de toda piedad, don Juan Manuel tomó en sus brazos a Maricucha, que le tendía sus tiernas y débiles manecillas gritando tristemente: «mamá... mamá». Llevóla hasta donde estaba su cabalgadura, y montando con ella en brazos partió al galope, camino de la casona, cruzando arroyos y salvando riscos.

Iban por entre el boscaje el viejo hidalgo desfacedor de entuertos y Maricucha, la chiquilla, con los ojos siempre abiertos y

secos a fuerza de llorar. Caminaron sabe Dios cuánto por la montaña, y, cuando ya cansados, sentíanse desfallecer, la fachada de la vetusta construcción, morada de don Juan Manuel, se irguió soberbia por sobre la fronda del ramaje, dominando el fondo azul purísimo del cielo, pues era mañana de sol, digna hora para piedad e instante propio para justicia... Allí se encontraron don Juan Manuel y la hija del *Chiricano*... La vieja puerta tornó a cerrarse, y quietos quedaron otra vez la agreste casa con sus contornos, la selva y el boscaje, y la llanura, las hondonadas, el campo todo...

***

En las cercanías del *rancho* endeble del *Chiricano* todo era soledad y silencio; la rolliza puerta permanecía cerrada, y en la cumbre del pajizo techo no había hilillos de humo que acariciase la brisa, para desvanecer luego en las nubes que ahora cubrían el dombo todo de los cielos. El arroyo seguía su eterno curso y sus murmurios al rielar de sus aguas por sobre las piedras y las raíces de los añosos robles y los cedros milenarios; un sinnúmero de hojas y de flores secas arrastraba la corriente para llevarlas al océano donde íbase «a se acabar y consumir»...

De pronto, por el lado oeste de la selva, se separaron quedamente las ramas, y una siniestra cara de mujer apareció inspeccionando la casona. Tenía aquella cara un satánico aspecto por sus ojos, que parecían querer saltar de sus moradas órbitas; el cabello desgreñado, ondeando al compás de la brisa que soplaba, daba la ilusión, junto con la faz lívida y demacrada, de uno de esos cuadros tétricos de Apeles o de una Arpía salida del averno... La cara desapareció luego... mas resonó con ecos lúgubres por la selva toda una nerviosa carcajada, que fué creciendo poco a poco en intensidad, para perder luego su claro timbre y esfumarse entre las hojas y las ramas... Volvió la calma, el silencio, pero era un silencio y calma lúgubres, cual si el aire estuviera saturado de tragedias o en el ambiente vagaran dramas agrestes perdidos en aquella soledad salvaje, en el bosque en que las hadas vagan a caza de ensueños por entre los tonos verde-oscuros de la fronda...

Penetremos al interior del *rancho* que parece deshabitado. La penumbra no nos permite ver al principio los objetos, pero nos habituamos a la débil claridad y vamos percibiendo poco a poco un sinnúmero de utensilios para la vida del hogar; todo en desorden esparcido por el suelo; las mesas caídas y unos viejos bancos quebrados y llenos de grasa; trastos aquí y allá. Asombrados percibimos luego una vieja cama en un rincón del desmantelado cuartucho y observamos con horror, sobre ella, un cuerpo inerte... nos acercamos... es el cadáver del *Chiricano*... allí está con los ojos fijos

en nosotros y con las crispadas manos en los cabellos cual si quisiera arrancarlos en un espasmo de dolor... La faz del infeliz aparece descompuesta por las postreras contracciones que hubo de sufrir antes que la guadaña certera de la muerte le arrastrara a los misteriosos reinos de lo ignoto... Ahí está, mirándonos impasible. De qué ha muerto? Nos preguntamos. Mas la pregunta no es fácil de contestar. Abrimos la puerta para salir, y cuando ya nos retiramos, se oye en la selva una nueva risotada que llega hasta nosotros, cual si quisiera darnos la explicación del lúgubre cuadro que acabamos de contemplar... es toda una nerviosa carcajada, que va creciendo en intensidad, para perder luego su claro timbre y esfumarse entre las hojas y las ramas...

***

La historia llega a su fin. Una clara tarde de marzo zarpa del puertecito fluvial del Bebedero una pequeña gasolina. En ella va la familia del viejo hidalgo don Juan Manuel, aumentada con un miembro más, con Maricucha, la anémica chiquilla, que ya no está sucia y harapienta, sino que luce vestido nuevo de gasa y ostenta rosados matices en sus carrillos tiernos y tersos.

«La Sultana» hiende las tranquilas aguas del río Bebedero, cuyos verdes flancos aparecen matizados de oro y de zafiro a las postreras luces de aquel muriente día. Millares de garzas completan la poesía del paisaje, semejando copos de alba nieve entre los árboles de las orillas, que se mecen suavemente a las caricias de una fresca brisa que sopla del oeste. Maricucha observa la blanca estela con fosforescentes tonos que el barco deja atrás... y en sus ojos se nota una lijera nubecilla de tristeza. Pensará en ña Manuela, en la tierna y cariñosa madre? No lo sabemos, pero sus ojazos negros tienen ahora un sello inequívoco de melancolía...

Pocas horas después «La Sultana» se halla en pleno Golfo de Nicoya. Las estrellas comienzan a iluminar la bóveda del cielo y quiebran sus argentinos rayos sobre la cresta espumosa de las olas. Sigue rumbo de Puntarenas «La Sultana» mecida por las olas y acariciada por le brisa del oeste...

Ya Maricucha se ha rendido al sueño, y cree ver entre las selvas de su tierra la cara de su madre que la sonríe con ternura y con cariño... Empero, una ola de sangre oculta el cuadro que contempla, y entonces sus labios se abren temblorosos y pronuncia quedamente, con sonrisa de angelillo: «mamá», «papá»... Sigue rumbo de Puntarenas «La Sultana» mecida por las olas y acariciada por la brisa del oeste.

. . . .

Han pasado mucho años. Maricucha vive con la familia de don Juan Manuel en San José. Allí la he vuelto a ver, y siempre sus

ojazos negros tienen un sello inequívoco de melancolía... Mas ahora es ya mujer, y sólo vive para sus amos a quienes quiere con afecto bien correspondido y lleno de ternura. No ha vuelto al Guanacaste porque sus benefactores se han radicado definitivamente en la capital. Sin embargo, siempre suspira ella por su querida tierra, por sus selvas.... y acaso por ña Manuela, que en sueños se le presenta sonriéndola con ternura y con cariño....

Yo sí he estado varias veces en la feraz Provincia de «los soles de fuego», y siempre que paso por el fúnebre lugar que antaño viera la tragedia narrada en esta historia, me parece oír entre el follaje la nerviosa carcajada de la histórica protagonista que lo fué de un drama agreste perdido en los archivos de lo eterno...

Los vecinos del lugar aseguran que en las noches tempestuosas, cuando el trueno ruge entre las nubes y el huracán azota los árboles de la selva, ven pasar corriendo una mujer por entre el bosque, con el cabello suelto y echando fuego por los ojos... y que, cuando todo vuelve a la calma, se oye en las oquedades del ramaje una siniestra carcajada que va creciendo poco a poco en intensidad, para perder luego su claro timbre y esfumarse entre las hojas y las ramas; que luego es el silencio, pero un silencio lúgubre, cual si el aire estuviera saturado de tragedias o en el ambiente vagaran dramas agrestes, perdidos en aquella soledad salvaje, en el bosque en que las hadas corren a caza de Ensueños por entre los tonos verde-oscuros de la fronda...

Carlos Luis Sáenz

MEMORIA SENSITIVA

Dèja les beaux jours!

Un pájaro de la aurora
es la tristeza, que llora
en mi florida ventana.

¡Y tu recuerdo me llega
con la brisa veraniega
que perfuma esta mañana!

Oigo el canto de las fuentes
cristalinas, siempre rientes,
bajo el claro sol de amor.

¡Y perfuman las resedas
a las hondas aguas quedas
de mi profundo dolor!

EL PERRO Y EL PASTOR

Perfílase a lo lejos la alquería
rodeada de cipreses y de huertos:
la noche azul del plenilunio radia,
y el perro y el pastor están despiertos.

Y vagan por los prados hacia inciertos
palacios de quietud y fantasía.
¡Están los ojos de la noble bestia
cual los del hombre a plenilunio abiertos!

Oye el pastor que surgen del olvido
las frases melodiosas de su canto,
y dá su alma a la flauta, cuyo encanto,

en la argentada noche silenciosa,
hechiza el alma de la bestia ansiosa,
que a los pies del pastor gime un aullido.

JARDÍN INTERIOR

Cada vez que una rosa
en mi jardín se abre,
bendigo tu clemencia,
Dador incomparable.

Cada vez que una estrella
en mi crepúsculo arde,
mi alma se arrodilla,
Señor, para loarte.

Y cuando sopla el viento
que hace volar mi nave,
la lira de mi alma
Señor, rompe a cantarte.

Y en la desierta noche
de mi pena insondable,
y cuando en la tormenta
va a naufragar mi nave,

Señor, como tú existes,
como eres inmutable,
la fe me da sus alas,
y vuelo hasta encontrarte.

EN MI SILENCIO

Cada vez más conforme con tu sabiduría,
mi vida se va haciendo más pura y más serena;
con cada nueva aurora me viene tu alegría,
y no hay en mi conciencia ni sombra de una pena.

Ya mi dolor no tiene el gesto de otros días
torvo y desesperante; ahora su mano buena
con piedad va arrancando zarzales que crecían
en mi sagrado huerto, y dejé la verbena.

La música hechicera de tu flauta armoniosa,
en la selva de mi alma yo me he puesto a tocar;
enroscada la sierpe se ha quedado dormida.

Se ha poblado la selva de una paz luminosa,
y en el hondo silencio en que escucha mi vida,
tu palabra sagrada ya se va a modular.

Vicente Sáenz

BIBLIOGRAFÍA:
Prosa: *Traidores y Déspotas de Centro América*, 2.ª Ed., 1920.
Cuentos de Amor y de Tragedia, 1920.
Cartas a Morazán, 1922.

LA PROFESIÓN DEL PERIODISTA

Señoras y señoritas; señores:

Ha sido fundada en México la «Casa de Salud del Periodista».

Eso indica que los eternos luchadores, los que siguen en esta era prosaica la cruel carrera de las letras, los poetas y escritores que en las rudas faenas de la diaria publicidad difícilmente encuentran lo necesario para el sustento, comienzan a «pensar con la cabeza».

«A pensar con la cabeza». No sólo con la imaginación que tanto engaña; que llevó al ínclito de don Quijote a estrellarse contra los molinos de viento; que muy hermosos castillos edifica sobre bases etéreas, para caer luego al suelo hechos pedazos, convertidos en montones de escombros.

¡Ruinas sombrías por entre las cuales asoma triste, en ocasiones trágica, la figura de un pobre soñador que sintió sobre su cabeza, cuando menos lo esperaba, el golpe inevitable de la realidad!

Porque eso es, señores, lo único que a la postre recibe el periodista: golpes de la realidad, cruel e implacable, desengaños y amarguras, al comprender que los ideales por cuya realización incesantemente labora, jamás se ven cumplidos.

¡Y cómo! Para que el triunfo de los empeños nobilísimos del periodista fuera efectivo, necesitaríase la cooperación franca y decidida de quienes en su mano tienen el poder de hacerlo. Sería preciso que, como aquel, gobernantes, y empresarios, y hombres de negocio, y hombres de la banca, pusieran más empeño en el bien del prójimo, del pueblo, de la comunidad, que en el de sí mismos.

¡Vana utopía! Ya todos sabemos que el segundo mandamiento es el menos acatado; que se viola en todo instante por medio de la intriga, de la pequeñez de espíritu, de la calumnia y del insulto; que

el periodista digno de verdad se ve forzado a sostener continuamente, día y noche, desigual batalla contra el escudero contemporáneo, algo sutilizado, menos barrigón que su señor don Sancho, pero insaciable como él, cuando llaman a comer y a beber.

Si Cervantes resucitara, ¡cuánta pena sentiría al parar mientes en la situación que actualmente soporta su hidalgo y generoso «desfacedor de entuertos»!

Adolorido y maltrecho; ora encerrado en una cárcel porque «halló conveniente» sublevársele y, una vez triunfador, «creyó cuerdo y oportuno» vejarlo su antiguo asistente y compañero de aventuras y andanzas; ora humillado y escarnecido sin misericordia, porque no claudicó ni puso su lanza al servicio de causas ruines; ora escuchando sin cesar las más groseras injurias, los más horribles denuestos.

Y entretanto, riendo a carcajadas el logrero y mofletudo Sancho Panza, desde su trono de la Insula, de la cual pudo al fin llegar a ser Gobernador, gracias al concurso del pobre caballero que lo sacó de la obscuridad y lo hizo célebre.

Así el periodista. ¡A cuántos saca de la obscuridad y hace célebres! ¡A cuántos mediocres, a cuántas medianías insoportables por su soberbia y desenfado, dá gloria y renombre por exceso de gentileza! ¡A cuántos que después serán sus más emponzoñados enemigos, abre una senda de resonantes éxitos, que él mismo ilumina con la brillantez de su numen!

Ya véis, señores, cómo es de dura, de ingrata y de amarga la profesión del periodista.

Me refiero al periodista de vocación, no de ocasión. Al que pone toda la fuerza de su mentalidad, todo el acopio de sana energía que su corazón desarrolla, toda su experiencia, todo su entusiasmo al servicio único y exclusivo de campañas nobles y sanas. De esas patrióticas cruzadas que, por desgracia, sólo miseria y dolor producen, porque no encontraréis detrás de ellas, sosteniéndolas, ni a poderosos banqueros, ni a grandes compañías de explotadores, ni a los audaces políticos que llegan de pronto a las más altas cumbres del poder y de la gloria, *para escarnio de ese mismo poder y de esa misma gloria.*

No mencioné, pues, al escritor que vende su pluma y su talento al rico, al tirano, al poderoso, al dios éxito en una palabra, sino al periodista honrado que sabe en qué consiste su delicada misión, que comprende hasta donde llega el alcance de su responsabilidad, que no tiene más amo que su honor, ni más severo juez que su conciencia libre de mácula; al soldado que acude a todos los frentes, que asiste a todas las batallas, defendiendo a los explotados, a los pobres, a los humildes, a esa masa popular que por cierto nada agradece, porque en ella domina la inconsciencia, y que luego rinde tributo y levanta monumentos a sus propios victimarios mientras duer-

me en un lejano rincón del cementerio, olvidado y escarnecido, el pobre y heroico luchador que no pensó en su propia vida, ni en el bienestar de sus hijos, cuando se trató de ese pueblo y de esa Patria, cuyos derechos tan fervorosamente procuró siempre salvar.

Pero ya, como al principio expresé, comienzan los eternos soñadores «a pensar con la cabeza». Ya tendrán en México una casa propia a donde irán cuando sientan que su cuerpo desfallece, que su salud está quebrantada, que necesitan del reposo, que han menester del afecto, de solícitos cuidados para restablecerse.

No puede ser más generosa la iniciativa de quienes fundaron esta Casa de Salud del Periodista. Y por eso la culta sociedad de Tegucigalpa, cuyo sincero altruismo y nobilísimos sentimientos, jamás han sido desmentidos ni puestos en duda, responde de manera tan entusiasta al llamamiento que un grupo de intelectuales centroamericanos le hace.

Señoras, señoritas y señores que tomáis parte en este hermoso festival. Señoras, señoritas y señores que realzáis esta velada con vuestra presencia: estad satisfechos y orgullosos de prestar vuestro valioso contingente para que una idea, luminosa de justicia, se convierta en realidad. Colaboráis en la realización de una obra buena.

Estáis ayudando a que, por un momento al menos, baje el escudero de su trono y, sobre sus blandos cojines, calme su sed y su fatiga el ínclito, el valeroso, el gentilhombre y noble caballero de la Tristo Figura.

(Discurso leído en el Teatro Nacional de Tegucigalpa, el 22 de marzo de 1922, durante la velada en pro de la «Casa de Salud del Periodista» fundada en México.)

AMADO NERVO

El gran poeta se encontraba en Nueva York, de paso para la Argentina a fines de 1918. La colonia hispanoamericana que ya pasa de medio millón en dicha metrópoli, manifestó de diferentes modos su aprecio y simpatía por el ilustre místico, siendo especialmente digna de recuerdo la hermosa manifestación que le fué tributada en la noche del lunes 2 de diciembre en el Salón Principal de la Universidad de Columbia, cuya rectoría—en nombre de los estudiantes latinos le había rogado que recitase algunas de sus producciones, y que honrara con su presencia la prestigiada Institución.

Desde una semana antes comenzaron a circular las tarjetas de entrada, y era de ver el entusiasmo que reinaba entre todos los miembros de la colonia por asistir a la brillante fiesta.

Cuando llegué a la Sala Magna pude advertir que una gran multitud se agolpaba a sus puertas y que hacía inconcebibles esfuerzos por entrar, aunque la mayor parte de las veces sin lograrlo: eran todos los que no habían podido conseguir invitación pero que deseaban a todo trance escuchar la voz del celebrado vate. Y se les negaba entrar, no porque no llevasen el boleto sino, sencilla y simplemente, que el local reventaba de concurrencia.

Cuando el poeta, con su simpática y agradable sonrisa apareció en la tribuna, una ovación vehemente y espontánea llenó todos los ámbitos de la sala. Y después, conforme iba recitando—sin amaneramientos, sin artificios, con esa naturalidad que le caía tan bien—sus más recientes producciones, se sucedían los vítores, los bravos y los prolongados aplausos, en contraste con esos intensos silencios dolectivos, con esas suspensiones hasta del movimiento respiratorio que hacen los públicos en los momentos de honda, estética emoción. Pocas veces en mi vida he sentido—digámoslo así—una voluptuosidad artística tan profunda como la que experimenté en esa memorable noche.

Cuando el poeta hubo terminado, una tempestad de gritos, de aplausos y de ¡todavía no!, es muy temprano! (ya eran las doce de la noche) hizo que el ilustre encantador ocupara de nuevo la tribuna para bajar de ella ya cerca de las dos de la mañana.

Después, todos querían abrazarlo, levantarlo en peso, llevarse algo suyo: un autógrafo, un papel que sus manos hubiesen tocado, un cabello, cualquier cosa.

Yo vi a una dama que lloraba, mientras el poeta escribía una palabra en su abanico.

Fué esa la última vez en que pude oír y abrazar al inmortal Amado Nervo, gloria de México, de Hispano América y del Mundo.

Carlos Salazar Gagini

CREPUSCULAR

Con la tristeza del adiós postrero
agítase tu mano amargamente,
a la luz de la tarde opalescente
que idealizó la cinta del sendero.

Oyóse en la quietud el agorero
lamentar de un zorzal; y, tristemente,
armonizó sus notas el doliente
silbo del caramillo de un cabrero.

La tarde te envolvió en un pincelazo,
e imperialmente te vistió de raso.
Al robar la distancia tus aromas

el dolor conjuró sus acechanzas
y, en mi desolación, las esperanzas
huyeron como un vuelo de palomas.

COMO LA CASUCA

Todas mis tristezas las tiene su casa,
la casuca aquella de ventanas rotas,
por entre las cuales el ábrego pasa
aullando doliente sus trágicas notas.

Dime, peregrino, tú acaso no viste,
en esa guarida de desolaciones
una ensoñadora muy blanca y muy triste
rezando a la luna tras de los balcones?

Pobre ensoñadora. Romántica amada;
la muerta alegría de la muerta casa,
que me dejó el alma tan abandonada

como la casuca de ventanas rotas,
por entre las cuales el ábrego pasa
aullando doliente sus trágicas notas.

Manuel Segura

LOS JUGUETES

Alma y fantasía, mundo de alegría...
Vitrinas, estantes, risas, emociones;
opio, aturdimiento, fantasmagoría,
¡vitrinas y estantes llenos de ilusiones,
de ensueño y locura, de alma y fantasía!

Por allá un carruaje, por aquí un escudo,
detrás una fina caja de herramientas;
y un payaso ríe cerca de un felpudo
y un bebé solaza su cuerpo desnudo
y una moza enseña su collar de cuentas.

Ovejas grisáceas y azules pastores,
un perro que ladra detrás de un pollino;
sables que a los rayos del sol dan fulgores,
cornetas brillantes y oscuros tambores
y en busca de gloria, soldados de pino.

Alma y fantasía,
mundo de alegría...

Muñecas que aguardan dentro de la tienda
tal vez las caricias de una compradora
que les hará muchos trajes de leyenda,
como a Caperuza, Yolanda o Pandora.

Muñecas rosadas, de cabellos blondos,
largas las pestañas y la boca breve;
¡germanas soñando quién sabe en qué hondos
amores que ilustran paisajes de nieve!

Muñecas altivas en su aristocracia,
que muy bien pudieron en otras edades
dar el brazo a un césar y con regia audacia
vencer corazones y vencer ciudades.

Muñecas ruinosas y desfiguradas
en que trazó el lápiz la boca y las cejas;
hijas adoptivas de las olvidadas...
muñecas bermejas sin ropas bordadas,
que en los escondrijos morirán de viejas.

Alma y fantasía;
opio, aturdimiento, fantasmagoría...

He aquí los corderos
de claras esquilas;
las palomas cuyos ojos lastimeros
recogen silencios de tardes tranquilas;
los gatos de armiño que entre los aleros
encienden como astros sus áureas pupilas.

He aquí las panoplias, el peto y la lanza,
que fueron antaño, amor, fe y azote;
¡tiempos de fatiga para Sancho Panza,
tiempos de locura para don Quijote!

Clarines, espadas, cañones,
condecoraciones nieladas con arte;
¡siéntese un desfile de invictas legiones
con que va Alejandro rindiendo naciones
y abrumando imperios llega Bonaparte!

Aquí tiene Arquímedes blancas geometrías;
Copérnico, esferas; Beethoven, teclados...
Duermen en sus cajas nerviosas jaurías
para que los reyes atisben venados
y alegren los ecos de las lejanías.

Hay amplios salones
en donde es bien fácil bailar el minué,
hay velos y ajorcas y etéreos crespones
para que en las fiestas dance Salomé.

Pájaros que ensanchan sus alas de cobre
como si añorasen contornos perdidos:
aleros distantes; marquesinas sobre
las que se deslustran los huérfanos nidos.

Hay osos polares,
osos fatigosos;

osos cuyos ojos son crepusculares,
quietos, silenciosos,
con ese silencio que aduerme los mares.

Todo un mundo vive en estos estantes
de ingenua alegría,
en la que una mano de ensueño me guía
como si buscara las horas distantes
de la primavera de mi fantasía.

¿Por qué, si soy hombre, se van mis cariños
tras estos remedos de fáciles nombres...?
¿Será que ante el mundo de Dios somos niños,
como ellos ante estas figuras son hombres?

Niño de alba frente, de pupilas grises,
dí tú lo que quieres:
te daré caballos para tus placeres,
vapores si anhelas ir a otros países;
un sable y un kepis que atraigan mujeres...

HORA ROMÁNTICA

Un amor inconcluso... En la remota
claridad de la tarde se extravía
mi vago pensamiento que sabía
amar tu incierta liviandad de ignota.

Oscurece el paisaje una derrota
de negras golondrinas. La alquería
desmáyase en silencio; y tu alegría
aun entre mi espíritu rebota.

La noche, que está lejos, se inaugura
en una misteriosa franja oscura
alterando el verdor de las colinas;

y al pensar en tu amor, que vive muerto,
sutil como un sarcasmo colma el huerto
otro alegre rumor de golondrinas.

Salvador Umaña

BIBLIOGRAFÍA:
Poesía: Revista *Athenea,* 1920

EXALTACION

...Ha florecido el alma del poeta los versos
con la riente facilidad de las estrellas;
con la tibia mansedumbre de la gota de sangre
que mana, cuando hiere la espina, de la arteria.

Unos, hijos del sentimiento vigoroso y altivo,
tienen la palpitación de las estrellas;
otros, alas de la tortura y el dolor de la vida,
ponen sangre en los labios, cual flor salobre y viva.

Y en el recogimiento del corazón poeta
desfilan sus anhelos con un signo constante:
unos, bajo la vestidura, dejan mirar la estrella;
otros van recubriendo con sus velos la sangre...

Mas todos, en su lenta procesión infinita
dejan la dulce ofrenda de luz en la alba mano
del poeta: y transforman su visión de la vida
y divinizan, sabios, su corazón humano!

MEDITACION DE UNA TARDE EN EL CAMPO

¡Quién pudiera en el verso meter la dicha grata
de que disfrutas, bello campesino rincón,
y con ella en la mano presentarse a la ingrata
muchedumbre y con ella curarle el corazón!

Que tal vez esta paz en el alma, aboliera
el humano destino de odio feroz y error,
y al no existir el crimen, hasta la idea muriera
del triunfo abominable de la brutal pasión.

Oh belleza dorada de la tarde tranquila
que en este valle fértil nos predicas amor...
asombra tu silencio que es génesis de vida
y hace que nazca en rosas la íntima oración.

Que cual flor de jarales en la roca sencilla
tus bellezas florecen en el interno altar:
perfuman tus corolas, germina tu semilla,
y en gloria se transforma la belleza de amar!

EL PAPALOTE

En la bella transparencia de la tarde con sol distinguí el papalote rojo, dominando las casas y los campos. Soplaba la brisa fresca y parlera del comienzo de la estación seca; la naturaleza hacía gala de todas sus bellezas y hasta el alma como que quería salirse del cuerpo y lucir. Y por encima de todo, con la serenidad palpitante de una estrella, mejor aún, de una luna color de sangre, volaba el papalote.

¿Qué mano oculta mantenía tensa, con cuidado solícito, la cuerda que lo hacía elevarse? ¿Qué cariño infantil o adolescente, por un capricho adorable, vigilaba para que ninguna ráfaga traidora o percance desgraciado pudiera turbar su tranquilo vuelo?

Lo veíamos, rojo y resplandeciente por los rayos del sol, quieto, como clavado en la extensión magnífica. Solamente la *cola* negra, nudosa, como ondulante fila de puntos suspensivos y las *barbas* laterales hacían recordar que lo animaba una vida transitoria y que su elevación era obra de diversas causas también transitorias. Pero el ojo no podía percibir el misterioso hilo que lo ligaba con la tierra, aunque sí comprendía que allí debía estar, invisible. Y con eso eran más bellos sus esfuerzos inútiles por ascender más, inútiles por el hilo y posibles por el hilo.

Como para completar el cuadro la imaginación adivinaba entonces, en un jardín ignorado, la presencia de un muchacho robusto, en alto el brazo hábil para mantener suspendido allá arriba el objeto de su deleite...

Así la ilusión de nuestro espíritu... Cosa frágil, como las cañas y el papel, logra vencer las perdurables cosas de la tierra, logra desprenderse de la realidad y un minuto brilla soberana ante los ojos estupefactos de los que no la poseen, para descender luego, ¡ay!, tal vez destruída y sin dejar otra huella que su recuerdo simbólico, bella nota de humanidad entre el ocaso divino!

Así como el papalote, la ilusión necesita de un cuerpo grosero, de un pobre sér mortal de vida mísera y rastrera, pero cuya soñadora mentalidad sea capaz de cernerse sobre las luchas absurdas de los hombres y las bestias para descubrir horizontes más generosos; como él, necesita de un hilo conductor que lo impulse, que lo contenga, que posibilite su ascensión y que lo una al barro aun cuando se halle entre las nubes y como el papalote, la divina ilusión tiene la sagrada locura de elevarse más y más, hasta llegar un día a vivir entre los astros, donde se siente el infinito y sereno influjo de Dios...

INQUIETUD

Hay en mi corazón amarga duda:
¿qué será mi futuro, qué será?
Yo creo en Dios: mi fe brilla desnuda;
mas lo desconocido, existirá?

¿Qué será de mi vida, triste, humana,
ya que mi cuerpo débil morirá;
volveré a revivir otra mañana?
otro sol en mi vida brillará?

Joaquín Vargas Coto

AMALIA MOLINA

(Crónica)

Pandereta alegre como un florecer de clavellinas en un tapial de primavera, manojo de sangrientos claveles cordobeses reventando sobre una mata de cabellos negros en tarde de corrida; capote de oro y seda que lleva el diestro en el desfile pinturero de la cuadrilla; gitana de negros ojos que va por el mundo diciendo la buenaventura; gorgorito de agua cristalina que canta bajo los arcos de un puente; serranillo que llora su pena, mirando desde lo alto de un monte la torre de su iglesia; mañica de Aragón que canta al Pilar, y siente en la sangre hervir la jota arrabalera, la jota del Portillo, la jota inmortal de los sitios: sultana cautiva de blancas manos que añoran el viejo esplendor de Granada; mora de Puente Genil: sangre abencerraje que llegó del encantado oriente danzarino; caña de manzanilla; pregón de flores; mantón de Manila; castañuela loca; guitarra de las verbenas: Andalucía gitana y mora; Andalucía de penas, de sollozos y cantares; pasiega buena y pura como un chorro de agua de los montes: alma de España, Amalia Molina.

En la calle soleada, en la calle alegre, florecen los tiestos de las rejas; por entre las enredaderas y las malvalocas se adivina el patio de los azulejos; los moros se fueron, pero el alma musulmana se quedó allí, cautiva y suspirante, enamorada de los patios frescos, de las fuentes claras, de los cipreses de ensueño donde cantan ritornelos los ruiseñores, de Córdoba la Sultana, de Sevilla, hija del Guadalquivir, de Granada la Bella. Y en ese decorado, como hecho por los pinceles de Romero de Torres, florece tu cara morena, y brillan tus ojos gitanos; y, aroma de claveles, y fluir de regatos cristalinos, tu voz va cantando la pena, la madre, la traición, el querer. . . la copla andaluza que vuela como un perfume de dolor, de amor y de muerte.

El río que pasa turbulento y opaco bajo las arcadas del puente; la luna, entre nubarrones sombríos, que alumbra el paisaje: y cerca del río, el templo añoso y fuerte; dentro del templo, el Pilar. Y el mañico que canta coampañándose del sonoro guitarro que hace vibrar

en el aire dormido las notas jocundas de la jota, de la jota de Aragón, marsellesa del valor, arrullo cariñoso, piropo a la Virgen del Pilar.

Tacita de plata: fortaleza que emerge cuadrada, como una perla que surgiese del milagro azul del mar; el horizonte abierto, el camino de la América nueva y hermosa, por donde se aventuraron un día las tres carabelas de la hazaña: Cádiz. Y el gitano alegre, el gitanillo soñador y vagabundo que baila churumbelas, el gitanillo que canta infortunios de amor y arrulla el ensueño de su compañerita buena y pálida, flor de martirio que se mustia de celos.

Y Amalia es compendio de esta alma de España, del alma lírica de la Patria madre, de la patria cuna de santos y de bandidos, de héroes y de majas: alma de la España pinturera que pintó don Francisco de Goya y Lucientes, alma de la España diáfana y celeste que pintó Murillo, el de las vírgenes inmortales.

Amalia Molina, pandereta alegre, castañuela loca, guitarrico triste, alma de los cantares, puñao de claveles y de rosas, salero, graciosa macarena, virgen de las angustias, maja de las verbenas: España.

¡SEÑORA ALEGRIA!

(Carnaval de Año Nuevo)

Señora Alegría, reina de los carnavales; Señora Alegría, hada protectora que haces florecer sonrisas en la faz del mundo; ahora que un año expira y otro nace, Señora Alegría, desciende a la tierra desde tu olímpico trono.

Desciende a este mundo, ahora que hace un hermoso tiempo de carnaval y que la multitud enloquece de fiestas; ven a colgar los crótalos sonoros de tu risa, como guirnaldas de cristal, en el escenario de la vida; ven a consolar el dolor que gime en los lechos de los hospitales, y a acariciar las frentes pálidas de los niños huérfanos; ven a extender la batista de tus pañuelos perfumados, de tus pañuelos locos que han volado al viento, como banderas de dicha, haciendo señas de un lenguaje discreto de pecadoras relaciones, y seca con ella los ojos de los que lloran; ven a reconfortar el abandono de los presos que miran con ojos dolientes las rejas de las cárceles; ven, loca inconciente, y con mano generosa acaricia todo el dolor humano, el que gime en las tenebrosas covachas donde se refugia la miseria desesperada, o el que se retuerce, mordiendo las plumas de precioso abanico, en los aristocráticos salones donde la luz se quiebra en reflejos de cristales, de marfiles y de sedas, el que fatalmente aconseja los suicidios en los burdeles donde el vicio trasnocha a la luz de las lamparillas rojas, y el que hace a los lores adien-

rados tirarse al mar, desde las bordas del yatch que los ha paseado por el mundo con el pesado fardo de sus hastíos; ven, Señora Alegría, que ahora hace un hermoso tiempo de carnaval y hay en el aire músicas que atruenan y van los hombres llevando careta risueña y grotesca, vestidos como los saltimbanquis de una loca farsa.

Señora Alegría, que tienes todas las volubilidades de la mujer, de la onda y de la nube; ilusoria promesa que viajas frente a nosotros, en una lontananza mentirosa, igual que el espejismo tras del que anduvieron trescientos años los ilusos caravaneros de que habla un viejo relato; vente por el mundo a ver cómo alborea el año nuevo y cómo se hunde en un ocaso rojizo el sol postrero del último día del año viejo; ven y saludemos, al filo de la media noche fría, cuando parpadean las estrellas, cuando el champaña se descorcha con sonoros estallidos, y burbujea en anchas copas, rubio como las cabezas de las hadas, el año que nace; despidamos al que se va, al que en ese instante muere, y muere dulcemente, oyendo cómo la locura humana lo despide en su minuto postrimero con la misma música de risas con que lo arrullara en su primer minuto.

Ven, Señora Alegría, ven y agita tu pandereta de gitana vieja y haz que dance en mi corazón su última danza el oso torvo de mi pena. Ven, dame tu brazo, y vamos bajo las alegres luces, y bajo el cielo estrellado en el que se envuelve entre gasas blancas la luna menguante; vamos, que esta noche es carnaval, a confundirnos con la embriagada y loca multitud, a aturdirnos con sus gritos, a cantar al compás de las guitarras coplas de amor y de vida; ven, Señora Alegría, bebe en ancha copa el vino de Año Nuevo y embriágate; tal vez borracha, Señora Alegría, cobres el valor que te hace falta para matar el dragón de la Tristeza.

Raúl Villalón

BIBLIOGRAFÍA:
Poesía: *Preludio*, 1919.
La Selva de Pan, 1920.

NOCHE BUENA IMPLACABLE

Noche-Buena implacable, coruscante y sonora,
claudicando en la fibra, en la lúgubre entraña;
hacia el Mar se encamina, milenaria, incolora,
espasmódica turba por la oscura montaña.

Noche-Buena inclemente, desconciertas al Mundo.
Torturando la plebe, gesticula y confunde
en tu seno un lamento de mortal, gemebundo,
de una vaga tristeza que en la sombra se funde.
A los pobres, que has visto, desgarrados, sin trabajo,
con los pechos transidos afrontando rigores,
nada rindes. Y en tanto, que suspira el frondaje,
estremeces las almas con sublimes temblores...

Noche-Buena implacable, coruscante y sonora,
claudicando en la fibra, en la lúgubre entraña;
hacia el Mar se encamina, milenaria, incolora,
espasmódica turba por la oscura montaña.

Noche-Buena benigna, de amarguras sin cuento,
abrasada, terrible, consumida y doliente;
por la lúgubre cuenca se columbra al momento,
la execrable colùmna de la escuálida gente.
Tú lo sabes, nimbada por las dulces estrellas:
auscultando el misterio de las viejas sibilas,
yo apercibo el secreto de las hondas querellas
en el triste lenguaje de tus lácteas pupilas.

Noche-Buena implacable corusante y sonora
claudicando en la fibra, en la lúgubre entraña;
hacia el Mar se encamina, milenaria, incolora,
espamódica turba por la oscura montaña.

Noche-Buena bohemia, trashumante y felina:
donde quiera al camino predilecto, la lumbre
llevarás de tu antorcha. Solitario a la fina
gestación de la Luna tamizando la cumbre,
—erigiendo la copa de cristal de mi ensueño, -
obtendré de tus antros las hieráticas flores:
y al empuje indecible de tan grávido empeño,
moriré en las penumbras de tus grises alcores.

Noche-Buena implacable, coruscante y sonora,
claudicando en la fibra, en la lúgubre entraña;
hacia el Mar se encamina, milenaria, incolora,
espasmódica turba por la oscura montaña.

Fernando Volio

¡CUATRO DE MAYO!

Hoy baten al viento
las viejas campanas de las catedrales
su fúnebre acento
milenario, hierro y lágrimas, las espirituales
salmodias del alma que llora
la angustia tremenda de la hora!

¡Dolor!... ¡Dolor!... ¡Dolor!...
dice el eco sonoro del bronce esta tarde
con rumor
apagado, cual si estremeciese
las últimas rosas
del ténue crepúsculo que arde
y se mece
en las lejanías radiosas.

¡Cuatro de Mayo! Voz doliente
que sube del corazón
a la garganta seca y desfalleciente
por la oración!

Heroica urbe legendaria,
fuerte entre las fuertes, que nunca terminas
de sufrir, pues que así place a los caros
designios de Dios! La frase himnaria
del poeta, y los preclaros
acordes de su lira
que por ti abatida suspira,
consagran sobre el negro silencio de tus ruinas
aún tremantes,
el amor
del ritmo florido y las canciones
suplicantes,

para que te amen las generaciones
y te bendigan todas las edades,
y ante la caída de tus potestades
fervorosas pronuncien las palabras de
¡Dolor! . . . ¡Dolor! . . . ¡Dolor! . . .

Pío el labio, musita
su más dulce plegaria de amor
por
los sucumbidos
y el alma contrita
eleva al Señor sus ojos afligidos!

Madre: yo sé por qué en este día
la melancolía
cubre de duelo
y quebranto
el tranquilo cielo
de tus suaves púpilas! Yo sé de tu llanto,
de las amarguras
de tus lágrimas puras!

¡Cuatro de Mayo! Voz doliente
que sube del corazón
a la garganta seca y desfalleciente
por la oración!



Marco A. Zumbado

LA VIDA CON MIS HERMANOS

LA AMISTAD

Tengo un amigo que aspira, que piensa, y que es bueno. Ello es bastante para que yo le ame con el alma.

Comprende la cantidad de bien que encierra en su corazón vuestro amigo, para que, dentro del tuyo, le ames de veras, en la fraternidad de lo Uno.

La mujer es amable y es buena, sensible, intuitiva. Si eres capaz de cultivarla para un fin superior, tu vida será como la vida de un dios. Si no eres capaz de eso, déjala tranquila, no sea que desviándola de su naturaleza sea su perdición y la de ti mismo.

Si quieres saber cuál es tu verdadero valor moral, recuerda cuántas veces te has respetado a ti mismo.

El hombre mejor es el más tolerante, el que mejor sirve y da. Con la primera virtud los hombres marchan hacia la fraternidad; con la segunda la hacen efectiva; y con la tercera contribuyen a convertir a los demás hombres en simples Directores de las espontáneas y prodigiosas fuerzas de la naturaleza.

Quién eres, tú, a quien yo no conocía, que vienes a mí, traído por la vida, a ofrecerme un presente de amistad?

Te observo...: traes suaves aromas, colores vivos y vibraciones de una íntima resonancia en mi alma.

Entra a mí, como he entrado a ti, hermano. Traes para mí belleza, pues has transformado mi corazón en el temblor de las más dulces rememoraciones, y mi vida se ilumina, en un convencimiento que me ha llenado de fervor. Traes belleza, que es decir, traes sabiduría.

Quiero, sí, solo una parte, no vaya a embriagarme, en la efusión amplísima de nuestra sinceridad, y pierda lo que tengo preparado para ti; porque la vida es acción, y la acción requiere fuerza y perseverancia.

ALGUNOS JUICIOS DEL EXTRANJERO SOBRE LA LABOR DE ROGELIO SOTELA

ALGUNOS JUICIOS DEL EXTRANJERO SOBRE LA LABOR DE ROGELIO SOTELA

Yo sé que la labor de un hombre no se demerita ni se crece por lo que de ella digan los demás; subsistirá si está llamada a subsistir, a despecho de todo. De tal modo, que creo solamente en el valor intrínseco de la obra, no en las apreciaciones diversas que merezca. Sin embargo recojo aquí algunas opiniones sobre mis primeros libros; lo hago por gratitud y porque siempre alienta la voz fraternal de un compañero. Esas voces me estimularon —no para la gloriola inútil— sino para que el trabajo fuera fecundo.

R. S.

Argentina

La *Oda a España* es uno de los mejores trabajos escritos en las dos Américas. *Bartolomé Galíndez.*

Quo Vadis?, Buenos Aires, Agosto 1918.

Tenemos en él a un poeta de verdad que no se conforma con ser nacional sino que está tallado en el molde universal, y que no canta sin escuela, sino que por el contrario, no ha desdeñado perfeccionarse en el grandioso conservatorio de las humanidades. *A. Esquivel de la Guardia.*

Revista Nueva, Panamá, N.° 6.

Llegaron a mis manos *La Senda de Damasco* y *Valores Literarios de Costa Rica*. La lectura de ambos libros ha dejado en mi espíritu la impresión de que es usted un excelente poeta y un literato erudito.— *Leopoldo Durán.*

Hay en su producción, además de su valor ideológico, el indiscutible mérito de la forma, por el estilo cristalino, por la expresión clara y natural y por la frase sencilla y breve, cualidades todas de expresión que si son difíciles y encomiables en obras de imaginación, lo son mucho más en asuntos filosóficos.—*Luis Barrantes Molina.*

Es usted, amigo, un artista fino y erudito que ha sabido encauzar su labor por el camino de las nuevas realidades estéticas, marchando decidido y triunfal a pesar de las indiferencias del ambiente, que su corazón ha sabido cruzar con vuelo de águila hacia la cumbre donde reina la gloria.—*Atilio García Mellid.*

Recibí oportunamente su libro *Valores Literarios* que he leído con sumo interés y por cuyo envío le doy a usted las más expresivas gracias.—*Ernesto Quesada.*

La Senda de Damasco descubre a un poeta-artífice, a un poeta-idea, a un poeta sentimiento.

Nuestra América, enero de 1920.

Cultor y bien versado en asuntos literarios, don Rogelio Sotela ha preferido esta vez supeditar su nombre en gloria de las letras de su tierra y, con paciencia y entendida labor de selección, y sobre todo, con mucho amor a sus poetas, en nutrido volumen nos presenta la cuerda lírica de Costa Rica.—*Enrique Stefanini.*

Brasil

Rogelio Sotela, fulgurante espirito, paladino da cruzada intelectual e fraternal de «Nuestra América».—*Saul de Navarro,* 1922.

Folgo em entieter relacoes com um dos mais brilhantes espiritos costarricenses, a quem já venho de muito apreciando atravez das produccoes poéticas que tenho lido. Logo que me sobre tempo envidarei esforcos para verter sua poesía *Prometida* do bello idioma de Rodó e Darío para o de minha patria natal, isto pediendo lhe desculpas das falhas que en venha commeter na versao.

Cofrade admirador e grato.—*Augusto de Azevedo Lenz.*

Colombia

Saluda atentamente al señor Rogelio Sotela, autor de los *Valores literarios de Costa Rica* y le agradece mucho el envío de su libro que está leyendo con interés y agrado,—*Cornelio Hispano.*

No he perdido de vista la labor literaria de usted, y todo escrito que tiene debajo su firma, —ya gloriosa—, lo leo con delectación. *Recogimiento* fué durante mi reciente viaje a Bogotá, un refugio para apaciguar los ardores estivales del río. — *Simón Latino*, Cartagena.

En verdad, es usted el poeta de seda y hay que elogiarle mucho por eso.

Su obra *Valores Literarios* le honra a usted por haberla planeado, seleccionado, acotado y llevado a feliz término; pero honra, es natural, mucho al país, si despoblado y diminuto, alto y rico, ya que suscita ante los ojos atónitos de sus hermanos de habla española, y de latinos ideales tan bello florilegio de intelectualidades. — *Camilo Cruz Santos.*

Repertorio Americano, junio de 1920.

Todo lo que usted me dice, es estímulo para mi labor presente y consejo animoso para mi futura labor. Si a algo he aspirado siempre es a merecer el aplauso de los espíritus como el suyo, ajenos a lo que Rodó llamara «codicia simoniaca de gloria», y abiertos como un horizonte a todas las perspectivas de la generosidad mental.

Recibí *La Senda de Damasco* y la leí con el interés que me inspira todo lo suyo.—*Miguel Rash-Isla.*

Mi querido poeta: acabo de recibir su último tomo de poesías, mil gracias. Lo leeré con todo el cuidado que se merece una obra de arte.—*Diego Uribe*, 1918.

Cuba

El señor Sotela ha hecho una valiosa antología de escritores y poetas costarricenses que tiene el doble mérito de ofrecer especímenes de las producciones de esos intelectuales y de dar reseñas biográficas y datos históricos del desarrollo de la literatura en la república hermana. Son útiles, necesarísimas las obras como la del señor Sotela.—*Enrique Gay Calbó.*

Cuba Contemporánea, julio 1920.

He recibido su interesante obra *Valores Literarios*. Mucho me complace poder seguir en sus páginas el movimiento intelectual de un país unido por tan poderosos vínculos al mío. He leido ya los estudios sobre los señores Brenes Mesén y García Monge; y éstos me han hecho desear el conocimiento de los restantes. — *Enrique José Varona.*

Chile

Muy hermosa su última obra! No se imagina usted cuánto bien hace al alma y cuántos horizontes abre... Su «palabra más» es una palabra única. Envié a un diario del Sur una impresión referente a su *Recogimiento.* -*Araucana (Julia Sáez).*

Valores Literarios es un bello esfuerzo suyo, que me complazco en aplaudir muy efusivamente. Alguna vez creo habérselo insinuado en el Liceo: «sin dejar la lira del todo, iníciese en la prosa». Ya ve usted, mi buen amigo, que algo reclamo de sus éxitos presentes y futuros.—*Juan Dávila.*

Dinamarca

Mon trés cher confrére lointain: Je vous remercie de tout mon coeur par votre ouvre savante sur la literature de Costa Rica; il me será d'une grande valeur pour mes etudes sur la poesie de votre pays. Je vous serai trés reconnaissant, si vous voulez preé les jeunes poetes de votre patrie me envoyer leurs poesies. Je suis hereux d'avoir un si bon et savant ami dans un pays si lointain! Votre bien devoué ami danois,—*Karl Kjersmier,* Kobenhavn.

Ecuador

Un verdadero éxito y un sonado triunfo ha sido para Sotela la publicación de esta hermosa colección de poemas.—*Isaac J. Barrera.*
Letras, Quito, No. 51.

En *La Senda de Damasco,* poema que bautiza el volumen y lo abre, desarrolla Sotela en forma dialogada la doctrina de armoniosa comprensión de la vida que predicara el maestro de *Ariel;* en amplios alejandrinos va desflorando elegantes conceptos henchidos de esa sonriente filosofía que caracterizó al risueño pensador de los *Motivos de Proteo.—Medardo Angel Silva.* *Patria*, Guayaquil, N.° 148.

Las letras de Costa Rica se reducían a poca cosa para nosotros: Aquileo Echeverría, Lisímaco Chavarría, Carmen Lira, Rogelio Sotela y dos nombres más. Hoy, con la plausible obra del señor Sotela, se nos vuelve más conocida la literatura costarricense, y asomados a su vestíbulo sentimos ganas de familiarizarnos con ella. Dotado el autor de espíritu sereno y justo, cordial e inclinado a la simpatía, su obra de crítica nada tiene de censura sino de alabanza y amistoso consejo. Por amor a la patria ha llegado a la comprensión de sus escritores. *América Latina*, Cuenca, N.° 1

Rogelio Sotela, el aplaudido autor de *La Senda de Damasco*, acaba de publicar *Recogimiento*, un tomito de prosas filosóficas; de serenas enseñanzas para la juventud. Hecho con amor, cincelado cual si fuese la imagen dorada de una diosa que colmara de armonías el silencio, se nos presenta el libro. De las cuatro partes del libro las dos últimas - *Arte* y *Alma*—manifiestan más claramente esa filosofía poética de Sotela que siempre se ha caracterizado por ser agradable, sin urdimbres o falsas figuraciones ideológicas. — *Ricardo A. Alvarez.*

El Imparcial, Quito, 25 de febrero de 1923.

España

Sumamente agradecido por *La Senda de Damasco*. La he leído con encanto, y no necesito unir mis parabienes a los que de seguro le ha valido ya su obra.—*Alfonso Reyes.*

Doy mil gracias por el envío de los libros de Alvarado, Albertazzi y Soler. *La Senda de Damasco* la tenía apuntada no sé de qué revista. Cuanto guste en este Ateneo de Madrid, su afmo. amigo, *Julio Cejador.*

Estados Unidos

El libro de Sotela *Valores Literarios*, no sólo revela su país a los extranjeros sino que es, en no escaso sentido, una obra de autorevelación.

The Literary Review of the New York Evening Post, 14 de enero de 1922.

Es la suya una delicada lírica francesa, a ratos mussetiana en la lengua de Martínez Sierra y Juan R. Jiménez. Por imitación no. Por temperamento. Delicadeza de concepto. Y a menudo ventura de expresión. Ternura y amor y espiritualidad. Y por sobre todo eso, la frescura de una comprensiva simpatía. Su poder de amar le rodeará de amor.—*Roberto Brenes Mesén.*

Francia

Valores Literarios está escrito con gran cariño y es un verdadero panegírico de la literatura de Costa Rica.—*Rafael Lozano.*

Prisma, N.° 2, vol. II.

Es usted poeta, poeta de veras. Lo es usted independientemente de las ideas que exprese. ¿Necesitaré asegurarle que la lectura de

su libro ha sido un regalo exquisito de mi espíritu? Gracias, muchas gracias por el rico presente de su libro.—*Ernesto Martin*

Sotela, dans le rumeur de son âme sensible, dans les simples dévotions de ses amours, a écrit des strophes musicales, d'une douceur romantique. *La Senda de Damasco* contient des piéces d'une serénité peu commune.—*Napoleón Pacheco.*

Revue de L'Amerique Latine, N.º 13.

La Senda de Damasco, imprimerie Alsina.—Beaux vers qui montrent un poéte fervent plein de l' amour de la race.—*Francisco Contreras.*

Mercure de France, 16 Octubre 1919.

Guatemala

Lo más expedito es tu discurrir, feliz y armonioso, sobre la Escuela. Son sugestiones muy bellas y oportunas. Hay unas veinte páginas de tu libro *Recogimiento* verdaderamente notables, en las que mejor florece una dedicación y devoción por lo bello y lo verdadero que te dignifica.—*Rafael Cardona.*

México

Al poeta de *La Senda de Damasco* envío mis felicitaciones y el cariñoso homenaje de mi libro *Parábolas;* al amigo mando mis mejores saludos y un poema inédito para su revista «Athenea». Con mis felicitaciones, reciba un apretón de manos y las seguridades de mi estimación.—*Enrique González Martínez.*

Le confieso, *Recogimiento* me ha dejado una sensación de serenidad espiritual, una activa quietud de ánimo, que no quisiera me abandonaran nunca.—*Julián Marchena.*

He leído *Valores Literarios.* Esa obra ya se hacía necesaria y más tratándose de una tierra donde hay tan buenos y serios trabajadores mentales. La verdad es que nos conocemos poco, por no decir que no nos conocemos de puertas afuera. El libro de usted es una hermosa campaña.—*Rafael Heliodoro Valle.*

Nicaragua

Teníamos conocimiento del autor como intenso cantor del sentimiento y de lo bello, mas al abrir las páginas de *Recogimiento,* nos

hemos deleitado saboreando, en lenguaje exquisito, una exposición doctrinaria de gran alcance.

La Estrella de Oriente, Managua, N.º 2, Vol. XI.

Recogimiento, es el título de la nueva obra que nuestro ilustrado colaborador, el laureado poeta don Rogelio Sotela, ha publicado últimamente en Costa Rica. En el presente número insertamos parte de este trabajo, el cual recomendamos a todos los pedagogos.

Las Revistas, Managua, N.º 4, 1922.

Rogelio Sotela, tantas veces premiado con medallas de oro, es un muchacho lírico, de un lirismo muy original, en que a través de sus producciones se revela una fuente transparente en cuyas linfas se viera la diafanidad de su alma de poeta. Tiene un optimismo de vivir, de cantar, de soñar.—*Armando Ocón.*

Conozco poesías de usted dispersas, que me hacen quererlo y sentirlo, pero no he recibido su libro de versos.—*José Olivares.*

Estimador de su buen talento, mucho me complacerá cultivar una amistad como la suya. Mi huerto íntimo no se prodiga mucho. Sé que la amistad, como todo lo selecto, es raro. Pero en usted presiento un corazón paralelo con su cerebro, y eso me acerca a usted. Tal paralelismo raras veces se encuentra. El crecimiento del uno atrofia al otro. Aguardo con gusto nuevas noticias suyas y quedo su amigo afectísimo,—*Santiago Argüello.*

El Trianon, Marzo de 1923.

Panamá

Indudablemente que Sotela pertenece a la categoría de estos cultivadores refinados y exquisitos de la estrofa, pero con tan sobresalientes méritos, que de continuar por esa senda no tardará en llegar a señalado puesto de honor en la poesía.—*Simón Eliet.*

Revista Nueva, Junio de 1918.

Podría plantarme en medio de la senda y gritar: «Abrid paso al Centauro!...», y usted, agobiada la sien bajo el peso de tantos laureles, pasaría soberbiamente, alta la frente como un emperador.—*Guillermo Mc. Kay.*

Perú

Rogelio Sotela, cultísimo escritor, poeta y maestro costarricense, maneja con gracia y cuidadosa inspiración el verso.—*J. Gabriel Cosío.*

El Comercio, Cuzco, Julio 28 de 1923

El libro de versos de que damos cuenta, es una primorosa colección de composiciones líricas y épicas, en que resalta la brillantez de una forma pictórica y musical. El poema titulado *Un Cuento del Quijote,* es, a nuestro modo de ver, lo mejor del volumen.

Mercurio Peruano, Lima, N.º 9.

La Senda de Damasco es un libro lleno de emoción y de hondura, que delata al poeta de verdadera vocación.—*Alberto Ureta.*

Mi querido Sotela: Reciba usted, no mis felicitaciones, sino mis agradecimientos por la lectura de sus poemas tan ajenos al «literatismo» como trémulos de sinceridad.

Yo no sé juzgar de poesía; digo sobre ella no la opinión que me merece, sino la emoción que me produce.

La vida es tan múltiple que resulta absurdo fijar puntos de vista a la poesía, que harto sabido es que en la vida está antes que en los libros. Me place, así, por igual una arenga homérica que un madrigal anacreóntico. Lo único que me interesa es la sinceridad: lo demás sólo es «literatismo».

Por tal razón tengo que confesarle a usted mi preferencia en sus poemas por los *Motivos de Ella* y en éstos por *Invernal, Las Cartas* y la *Berceuse de Noche Buena.* Trátase de notas vividas que al tomar traje rítmico se hacen, por arte de usted, poesía eterna.

Quien tales páginas ha sabido arrancar a su propia vida es para mí, característicamente, un Poeta.

Le agradezco, pues, el rato que me ha proporcionado usted con tal lectura. Leer poemas tan libres de lo que pudiera llamarse «Química verbal», produce una impresión sedante y melancólica, como de paisaje desdoblado al través de una leve lluvia...

Quiera usted aceptar los agradecimientos de su amigo, que considera demás felicitarle. Un fuerte abrazo!—*José Santos Chocano.*

Puerto Rico

Contiene este libro un número de bellas composiciones poéticas del más delicado gusto. Hay entre ellas una cuya lectura nos ha proporcionado especial deleite, nos referimos a la titulada *Vida Adentro,* la que daremos a conocer en el próximo número para que nuestros lectores puedan admirar y conocer su exquisita belleza.

Puerto Rico, Setiembre de 1919.

República Dominicana

Conozco únicamente de Rogelio Sotela el libro que motiva estas líneas. En sus páginas se advierte un juzgador ecuánime que

sabe poner las cosas en su lugar, sin desplantes. Sotela es un escritor correcto, muy merecedor de ocupar honroso lugar en el movimiento de las letras centroamericanas. He leído su libro con verdadera satisfacción espiritual. Me ha dado a conocer escritores costarricenses de verdadero mérito.—*F. García Godoy.*

San Salvador

Valores Literarios, tal es el título de un precioso libro que en Costa Rica ha publicado Rogelio Sotela, talentoso poeta que va por la senda del triunfo conquistando laureles que bien merece. El libro de Sotela ha sido recibido en todos los círculos literarios con aplausos.

Mundo Ilustrado, N.º 13.

Su literatura elevada, su verso fluido y su prosa de altas tendencias filosóficas diéronle ya a Sotela el renombre de que justamente goza en los países de habla española. *Recogimiento* es su último libro. La más alta concepción de su espíritu de las cosas puras, está en *Recogimiento;* la forma poética de su obra literaria está en *Recogimiento;* la línea armoniosa y perfecta de su verso está en *Recogimiento;* su amor a la Patria, y su creencia y su fe en los celestes preceptos divinos del Dios Unico, están también sintetizados en *Recogimiento.*

La prédica suya será la prédica de los poetas del porvenir.—*Antonio Ochoa Alcántara.*

Diario de El Salvador, 11 Agosto 1922.

Regocija muy deveras ver en esta Centro América tan inquieta y desorientada, en que se vive sin rumbo, casi no se piensa y se escribe con ignorancia y de prisa, haya jóvenes como Rogelio Sotela que, pacientemente, ha logrado fundir en su nuevo libro pensamientos profundos en formas armoniosas.

Revista del Istmo, San Salvador, N.º 2.

Grata expresión he experimentado al leer su interesante libro acerca de los valores literarios de Costa Rica. Su labor es altamente encomiástica. Yo alabo su evangélico tesón en bien del progreso intelectual de su bella tierra nativa.—*Salvador Turcios.*

Uruguay

Recogimiento me ha procurado una lectura de verdadero deleite, de espiritualidad y de saludable optimismo. Con *Valores Literarios* presenta Ud. un invalorable servicio a la cultura nativa.—*Eduardo Salterain Herrera.*

Valores Literarios vale por las juiciosas semblanzas de los autores presentados, escritas con amplio criterio y con una inteligencia preparada por abundantes lecturas que se desgranan en reflexiones muy oportunas y loables.

Pegaso, N.° 25, Montevideo.

Es bellísimo su libro, de una emoción y una musicalidad admirables. «Un Cuento del Quijote» me parece estupendo; en los «Motivos de Ella» hay tal melancolía que el lector se siente con el corazón oprimido ante esa angustia noble y dulce que es, a la vez, una infinita saudade. Algo más quiero decirle sobre Un Cuento del Quijote; no se imagina usted cómo me ha conmovido la encantadora dedicatoria:

«Madre, este poema obtuvo una medalla...»

Qué orgullosa se pondrá su madre! Si mi hijo, cuando sea hombre, me proporcionara un día un orgullo y una emoción así...

Luego, lo culminante del libro: el poema inicial *La Senda de Damasco*. Gran pensamiento y realización felicísima. En él Apolo le dió a usted lo más que fuera capaz de dar.

Su libro *Recogimiento* me ha encantado. ¡Qué título más exacto para esta admirable serie de meditaciones altas, serenas, profundas. Tiene usted un cerebro y un corazón privilegiados.

Juana de Ibarbourou.



INDICE